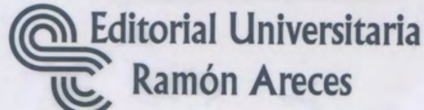
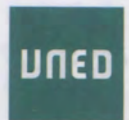
PREHISTORIA II
Las sociedades metalúrgicas

Francisco Javier Muñoz Ibáñez (Coordinador)
Ramón Fábregas Valcarce
Íñigo García Martínez de Lagrán
Elisa Guerra Doce
Alfredo Mederos Martín
José Manuel Quesada López
Sergio Ripoll López

Tercera edición







AUTORES:

FRANCISCO JAVIER MUÑOZ IBÁÑEZ
(Coordinador)
Profesor Contratado Doctor de Prehistoria (UNED)

RAMÓN FÁBREGAS VALCARCE
Catedrático de Prehistoria (Universidad Santiago de Compostela)

ÍÑIGO GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN
Investigador Juan de la Cierva (Universidad de Valladolid)

ELISA GUERRA DOCE
Profesora Titular de Prehistoria (Universidad de Valladolid)

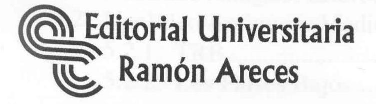
ALFREDO MEDEROS MARTÍN
Profesor Titular de Prehistoria (UAM)

JOSÉ MANUEL QUESADA LÓPEZ
Profesor Contratado Doctor de Prehistoria (UNED)

SERGIO RIPOLL LÓPEZ
Profesor Titular de Prehistoria (UNED)

FRANCISCO JAVIER MUÑOZ IBÁÑEZ
(Coordinador)
RAMÓN FÁBREGAS VALCARCE
ÍÑIGO GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN
ELISA GUERRA DOCE
ALFREDO MEDEROS MARTÍN
JOSÉ MANUEL QUESADA LÓPEZ
SERGIO RIPOLL LÓPEZ

PREHISTORIA II
Las sociedades metalúrgicas
Tercera edición





Primera edición: enero 2011
Primera reimpresión: julio 2012
Segunda edición: julio 2015
Primera reimpresión: julio 2016
Tercera edición: enero 2021

Tomás Bretón, 21 - 28045 Madrid
Teléfono: 915.398.659
Fax: 914.681.952
Correo: cerasa@cerasa.es
Web: www.cerasa.es

ISBN-13: 978-84-9961-383-3
Depósito legal: M-208-2021

Impreso por: LAVEL, S.A.
Humanes (Madrid)

Impreso en España / *Printed in Spain*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

La experiencia obtenida durante los años de vigencia de este manual, nos ha llevado a plantearnos una tercera edición con un doble objetivo. El primero de ellos es el de actualizar la información reflejada en el mismo a partir de los resultados de las nuevas investigaciones. El segundo es un cambio en la orientación docente de los temas propuestos para facilitar, en la medida de lo posible, el aprendizaje de los contenidos fundamentales.

Por esta razón, no van a encontrarse con grandes modificaciones en lo que se refiere a la estructura formal ni a los epígrafes concretos de cada uno de los quince temas, pero sí en cuanto al desarrollo interno de los mismos y la forma de exponer los datos. Sin renunciar a la información necesaria y fundamental para el estudio de esta materia, hemos intentado que sea más global y menos detallada por yacimientos. Hemos elaborado un primer apartado de distribución geográfica en el que mencionamos las diferentes culturas y su localización en el espacio junto a una notas básicas, para posteriormente incluir las grandes cuestiones sobre asentamientos, ritos funerarios, cultura material, economía y aspectos sociales y/o religiosos en conjunto, pero especificando aquellas excepciones a la pauta más generalizada y detallando las diferencias. Consideramos que esta fórmula hará más asequible y fácil de asimilar la información.

El objetivo es ofrecer un panorama global para que el estudiante conozca lo que representa una etapa determinada en un entorno geográfico amplio, pero también un desarrollo interno de cada una de ellas, es decir, tratamos de exponer la información de forma horizontal (sincronía de los acontecimientos en los diferentes ámbitos geográficos) y *vertical* (desarrollo diacrónico por zonas).

También hemos incluido aquellas novedades que han ido apareciendo en la bibliografía de estos últimos años sobre resultados de excavaciones y prospecciones, estudios de materiales arqueológicos depositados en los museos, y también análisis y reflexiones sobre temas que han sido y son objeto de discusión y de hipótesis muy variadas.

El intento de homogeneizar planteamientos en la elaboración y el resultado final de los diferentes temas que conforman este libro es, en ocasiones, difícil. No solamente porque la libertad de cátedra permite a cada profesor hacerlo como lo considere adecuado, sino y sobre todo, porque la información de que disponemos para las diferentes etapas cronológicas y las diversas regiones geográficas es muy heterogénea en cantidad y en calidad, impidiendo en muchas ocasiones dar una visión de conjunto más o menos uniforme.

La investigación en Prehistoria está siempre sujeta a una renovación y cambio constantes. Por esta razón, aunque tratemos de presentar un texto lo más actualizado posible y que pueda tener una cierta permanencia, en cualquier momento resultará anticuado o desfasado porque se haya producido un nuevo hallazgo o nuevas dataciones que modifiquen lo que hasta ahora creíamos que era lo que verdaderamente sucedió.

Dado que éste es el texto básico que el estudiante necesita para adquirir los conocimientos teóricos que son objeto de evaluación en la prueba presencial y también un apoyo fundamental para la realización de las PEC (Pruebas de Evaluación Continua) o pruebas prácticas, pensamos que este manual debía contener toda, o al menos la mayor parte, de la información necesaria para llevar a cabo esta tarea. Pero también que ésta estuviera estructurada de una forma más elaborada que les permita obtener una formación adecuada a lo que se les va a exigir para superar la asignatura de Prehistoria II. No hay que olvidar que las PEC requieren para su elaboración otros conocimientos que están recogidos en el libro de *La Prehistoria y su metodología*, que también va a ser objeto de una nueva edición.

Esta asignatura es la continuación de Prehistoria I. De hecho, esta división se debe a las exigencias del plan de estudios en el sentido de que deberían de ser todas asignaturas semestrales en lugar de anuales. Sin embargo, no podemos olvidar que la Prehistoria es el estudio de la vida del hombre en la tierra desde los orígenes más remotos hasta el conocimiento de la escritura y, en consecuencia forma un todo continuo que siempre es difícil parcelar o cortar. Por esta razón, la división establecida puede resultar un poco forzada ya que responde a necesidades de programación exclusivamente. En este caso el libro comienza con la expansión del Neolítico por Europa y el resto del mundo, para acabar con la segunda Edad del Hierro en este continente.

Por último, una novedad de esta tercera edición es la inclusión de códigos QR con enlaces a documentales y vídeos de corta duración que sin duda facilitarán al estudiante comprender como vivían nuestros antepasados.

Francisco Javier Muñoz Ibáñez
Coordinador
30 de octubre de 2020

Tema 1

EL NEOLÍTICO EN EUROPA

Íñigo García-Martínez de Lagrán

1. INTRODUCCIÓN

El Neolítico es uno de los periodos más estudiados y analizados de la Historia. Sin lugar a dudas, esto se debe a su trascendental importancia ya que con su aparición todos los ámbitos del ser humano y de sus culturas cambiaron, y lo hicieron para siempre hasta nuestros días. Porque hoy podemos rastrear el Neolítico en cuestiones como la vida en las ciudades, la complejidad social, el cambio climático, la expansión de la tecnología, los ladrillos de tierra cocida de nuestras casas, el pan, los productos lácteos, la lana, etc. Los investigadores han reflejado este carácter trascendental y transformador definiendo el Neolítico con expresiones como la *Revolución neolítica* de V. G. Childe y E. Cartaillhac, o el *Segundo nacimiento del Hombre* de J. Guilaine, por ejemplo.

Como veremos en el siguiente capítulo el origen del Neolítico a nivel mundial fue multifocal desde el punto de vista geográfico y cronológico. En lo que respecta a Europa, el área originaria desde donde llega el Neolítico, fue Próximo Oriente, el denominado Creciente Fértil. Por lo tanto, el Neolítico en el Viejo Continente no se estudia desde una perspectiva de su ***Surgimiento*** sino desde los conceptos interrelacionados de ***Expansión*** (de un nuevo modo de vida), ***Interacción*** (entre grupos indígenas mesolíticos y colonos neolíticos) y ***Consolidación*** (del sistema agropecuario con sus elementos materiales, su nueva cosmovisión y su economía productora). Todo ello está determinado por la propia concepción y por la definición de lo que cada investigador entiende por *Neolítico*.

En este marco interpretativo adquiere una importancia trascendental la definición del denominado "*package* neolítico". Esta expresión hace referencia al conjunto de elementos materiales que se consideran genuinamente neolíticos y cuya aparición en un contexto arqueológico lo definen como tal, nos referimos a las evidencias de agricultura (trigos, cebadas, legumbres) y ganadería (vacuno, ovicápridos, cerdo), a la cerámica, a la industria lítica pulimentada pero también a otros rasgos específicos del poblamiento, de los rituales funerarios, etc., en general de una nueva manera de ver y concebir el mundo. Cuando todos ellos aparecen al mismo tiempo los investigadores concluyen que la comunidad que los poseía era *plenamente neolítica*. El problema surge cuando nos encontramos sólo uno o unos pocos de ellos, en ese momento el abanico interpretativo se abre con múltiples posibilidades. Por ejemplo, ¿cómo podemos interpretar un abrigo en el que aparecen cerámicas junto con restos de animales salvajes cazados y restos líticos de puntas de flecha? Una primera opción sería un grupo de cazadores-recolectores que habían adquirido esas cerámicas por intercambio con otro grupo neolítico. Pero, al mismo tiempo, podría definirse como un contexto utilizado por una comunidad neolítica para cazar. Al tratarse de un lugar para una actividad específica no es necesario llevar allí, por ejemplo, plantas o animales domesticados o útiles pulimentados o adornos neolíticos que se utilizan como ajuar funerario.

En este caso la funcionalidad y no el intercambio sería la causa de una aparición parcial del *package* neolítico. Por lo tanto, debemos ser muy cautelosos a la hora de definir los contextos y yacimientos que estudiamos ya que las posibilidades pueden ser varias y antagónicas.

La definición de la ***Expansión*** es relativamente sencilla. Cuando en un territorio aparece por primera vez un grupo con el *package* neolítico completo, incluidos rasgos genéticos de origen proximoriental, hablamos de "colonización" o de "grupos neolíticos colonos". El primer investigador en proponer la difusión del Neolítico desde Oriente a Europa fue V. G. Gordon Childe en los años 20 del siglo pasado. Posteriormente, a mediados de los 60, J. G. D. Clark confirmaría este proceso a partir del estudio de las primeras dataciones radiocarbónicas, y será una década después cuando A. J. Ammerman y L. L.

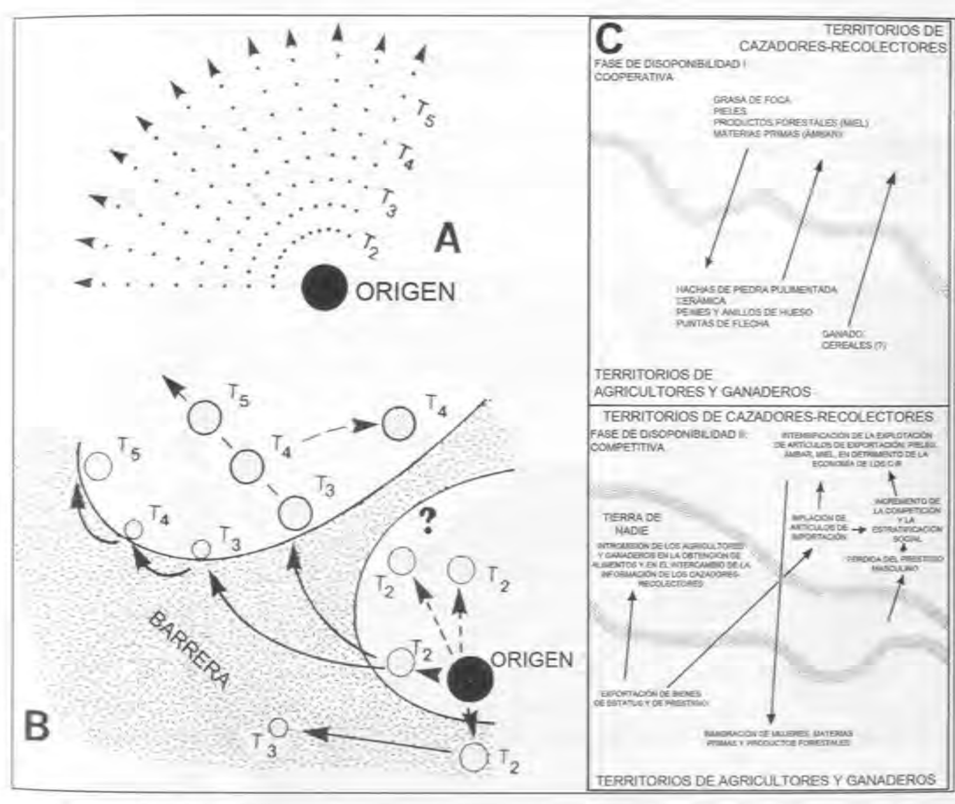


Figura 1. (A): Patrones de movimiento según el modelo de "Ola de avance"; (B) Patrones de movimiento según el modelo de "salto de pídola" propuesto por Van Andel y Runnels. Fuente A y B: Van Andel y Runnels, 1995, pp. 496, figura 12; (C) Marco general de intercambios en la zona de frontera entre cazadores-recolectores y agricultores-ganaderos según Zvelebil. Fuente C: modificado de Zvelebil, 2000, pp. 67, figura 7.6.

Cavalli-Sforza publiquen su conocido **Modelo de difusión démica** u **"Ola de avance"** (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1984; Cavalli-Sforza, 2002; Ammerman, 2003) (figura 1A). A la inexistencia de una domesticación autóctona en Europa y al patrón este-oeste mostrado por las dataciones, estos dos autores añadieron la información de algunos rasgos genéticos de las poblaciones europeas para confirmar ese mismo esquema de difusión del Neolítico desde Próximo Oriente hacia Occidente. Estos autores propusieron una infiltración progresiva y constante de individuos o pequeños grupos más que migraciones a gran escala de poblaciones completas y numerosas. Además, también consideraron la difusión cultural como otro factor de la neolitización, es decir, la transmisión de innovaciones tecnológicas entre los grupos locales mesolíticos. Casi desde su aparición este modelo recibió muchas críticas y se ha ido ajustando en sus planteamientos a medida que han aparecido nuevos datos, principalmente en lo que respecta a la velocidad de expansión. Pese a ello, la "ola de avance" puede considerarse como un macromodelo de difusión válido a escala continental pero que debe ajustarse a las características regionales y locales y también cronológicas y arqueológicas.

Otra propuesta que explica la expansión neolítica a nivel continental es el **Modelo arrítmico** desarrollado por J. Guilaine (Guilaine, 2000) (figura 2). A nivel general, la expansión no sería acompasada en el tiempo como se sugería en la "Ola de avance" ni con una velocidad continua, sino que en la misma se detectan pausas o momentos de estasis en determinados periodos cronológicos y en unos espacios geográficos concretos como veremos a lo largo del texto. Las causas de estas paradas y momentos de mutación cultural pudieron ser muy variadas, desde situaciones climáticas hasta la posible resistencia de los grupos locales a la neolitización.

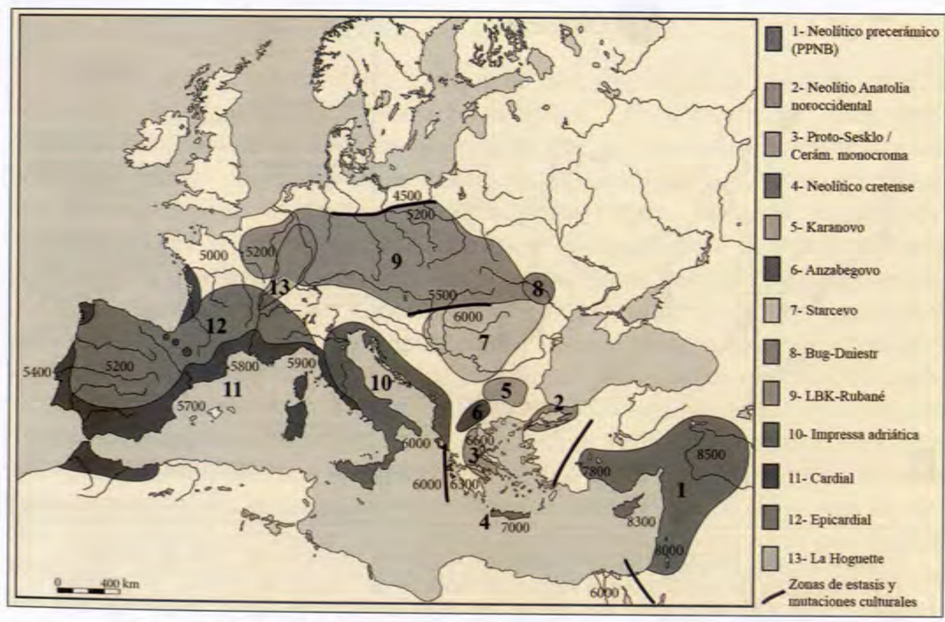


Figura 2. Mapa del Modelo arrítmico de J. Guilaine con los principales grupos culturales del Neolítico Antiguo. Fuente: modificado de Guilaine, 2015, pp. 86, figura 4.2.

En la línea "difusionista" de dar preeminencia a los movimientos poblacionales en el proceso de expansión se encuentra, también, el **Modelo de colonización de pídola** o ***leapfrog colonization***, *salto de rana* en su traducción literal (figura 1B). Varios autores como A. Sherratt (Sherratt, 1980) y T. H. van Andel y C. N. Runnels (Van Andel y Runnels, 1995) propusieron que la expansión neolítica se produjo mediante fenómenos de colonización pionera a pequeña escala que se localizan discontinuos en el espacio, pero continuos en el tiempo. El patrón resultante de estos grupos sería puntuado y direccional, y claramente restrictivo y selectivo de zonas muy determinadas como lagunas y humedales en zonas llanas y de interfluvios que eran las más aptas para la agricultura y la ganadería.

En el propio germen de estos y de otros modelos más o menos similares, subyace una de las grandes cuestiones del proceso de neolitización: ¿por qué estas comunidades neolíticas se expandieron de manera continua, incluso en ocasiones realmente rápido, hasta los más variados y últimos biotopos disponibles? Se han propuesto respuestas relacionadas con el agotamiento de la tierra en el contexto de una tecnología agrícola no muy desarrollada, con el crecimiento poblacional insostenible relacionado con periodos de crisis, con la desagregación de grupos por conflictos sociales, etc., pero sigue siendo una cuestión totalmente abierta.

Una vez que las comunidades neolíticas llegan a un nuevo territorio por primera vez se iniciaría un periodo de ***Interacción*** con los grupos indígenas de cazadores-recolectores. En este punto la variedad de situaciones posibles se multiplica exponencialmente debido a las influencias mutuas entre ambos grupos. Diferentes investigadores han utilizado expresiones distintas para expresar esta variedad proponiendo un *proceso de aculturación* o *diferentes momentos o niveles en el proceso de neolitización*, etc. Está claro que entre la adquisición de un recipiente cerámico por intercambio por parte de un grupo mesolítico, a la dependencia total de la agricultura y la ganadería hay un larguísimo trecho con infinidad de situaciones posibles (ver Introducción del capítulo 2). Y todo ello lo estudiamos y lo inferimos a través del registro arqueológico que, la mayoría de las veces, nos escatima sobremanera su generosidad. En este sentido, los contextos arqueológicos de posibles interacciones son realmente escasos en la neolitización europea y, en muchas ocasiones, difíciles de interpretar.

M. Zvelebil y P. Rowley-Conwy intentaron sintetizar estos procesos en su **Modelo de tres fases** a partir del registro del norte de Europa que es uno de los

más ricos en este tipo de contextos de interacción (Zvelebil y Rowley-Conwy, 1984; Zvelebil, 1996, 2000, 2006) (figura 1C). Estos autores proponían que en determinadas regiones la frontera agrícola entre grupos neolíticos y mesolíticos fue estable en el tiempo y en el espacio. En consecuencia, la transición a la economía productora fue mucho más lenta que en otras zonas, fundamentalmente debido al éxito adaptativo de los grupos mesolíticos. En esta zona de frontera se producirían intercambios y relaciones entre neolíticos y cazadores-recolectores que, finalmente, serían neolitizados. Este proceso de larga duración se estructuraría en tres fases sucesivas: 1ª) *Fase de disponibilidad*: los dos grupos, mesolíticos y neolíticos, forman unidades culturales y subsistenciales diferentes, pero se inician los contactos y el intercambio de bienes e información entre ambos lados de la frontera; 2ª) *Fase de sustitución*: en las comunidades mesolíticas la agricultura y la ganadería se irán imponiendo progresivamente pero aún no sobrepasan el 50% de los restos, al final de la fase la caza y la recolección dejarán de ser la principal fuente de alimento; 3ª) *Fase de consolidación*: la economía es mayoritariamente neolítica y crece tanto de manera intensiva como extensiva, concluirá cuando la situación socioeconómica en ambos lados de la frontera sea la misma y desaparezcan los efectos y las actividades de transición.

Como sucede con la *Expansión*, en el concepto de *Interacción* existe una gran duda por resolver: ¿por qué los grupos de cazadores-recolectores abandonaron un modo de vida perfectamente adaptado al medio y exitoso durante milenios por otro que presentaba peores condiciones de vida? Además, se añade la incógnita de por qué lo hicieron de una manera tan rápida en algunos casos, en apenas dos o tres siglos, y mucho más prolongada en otros.

En las páginas siguientes aunaremos bajo los epígrafes *Neolítico Antiguo* tanto el proceso de neolitización como la primera etapa plenamente neolítica, igualmente llamada Neolítico Antiguo. En el primer caso, atendiendo a los antecedentes mesolíticos y a los procesos de expansión e interacción, y en el segundo a los primeros pasos de la consolidación del modo de vida Neolítico.

Al igual que en la *Expansión* y en la *Interacción*, el proceso de ***Consolidación*** del Neolítico variará de unas zonas a otras dependiendo de factores como la adaptabilidad de los domésticos al medio, los procesos de colonización del territorio, cuestiones climáticas, desarrollo socioeconómico, etc. Lo que parece claro es que después de la implantación del modo de vida neolítico (*Neolítico Antiguo*), éste se desarrolló de manera rápida, intensa y definitiva (*Neolítico Medio y Final*). Desde, *grosso modo*, el V milenio y durante el IV asistimos a un proceso de causa-consecuencia entre el crecimiento demográfico y la economía de producción. El primero materializado en el aumento de yacimientos, y el segundo en el desarrollo tecnológico y en el aprovechamiento de nuevas tierras, culminado en el Calcolítico, o a sus puertas, con la Revolución de los productos secundarios definida por A. Sherratt: el uso de productos lácteos, de las fibras animales para tejidos, el aprovechamiento de los animales para el tiro y el abono, junto con la aparición del arado y la rueda, etc.

En el registro asistimos a la proliferación de grupos arqueológicos o "culturas" en los diferentes territorios (figura 3) y, al mismo tiempo, se observa una intensificación de los intercambios a larga distancia de determinados bienes y materias primas. Muy probablemente estos eran demandados y utilizados en el marco de una creciente complejidad social y del surgimiento de élites locales y regionales. Como opinan algunos autores, tal vez, el Megalitismo fue la última tentativa del triunfo de la comunidad frente a estas élites, mediante la inversión de trabajo y excedentes en un esfuerzo comunal para la construcción de panteones colectivos para los muertos y de monumentos para las celebraciones de los vivos.

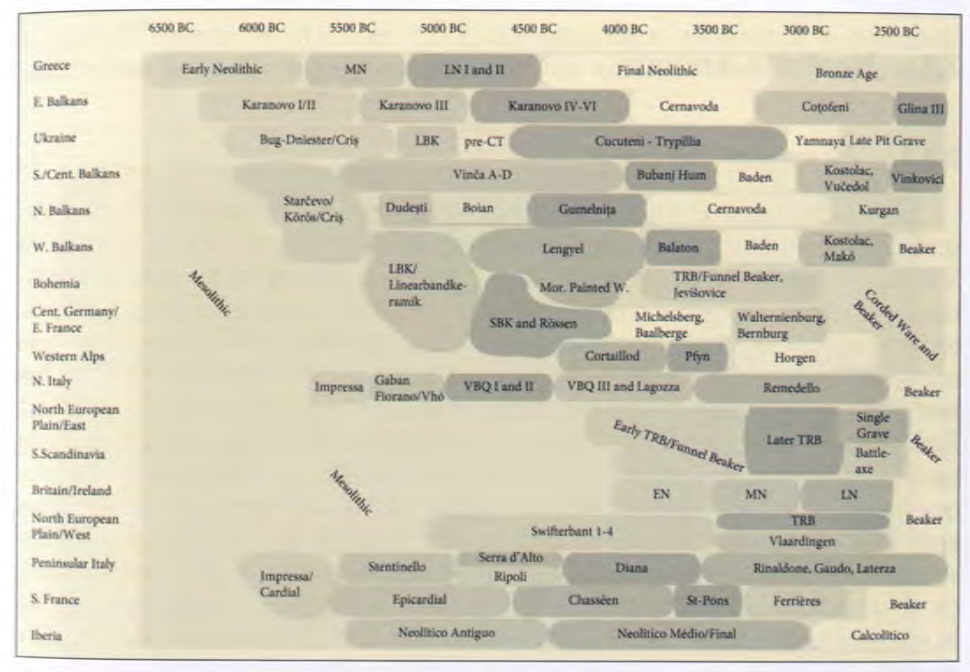


Figura 3. Esquema de las principales culturas arqueológicas del Neolítico en Europa. Esta figura es una guía general que no recoge todas las culturas o grupos arqueológicos definidos por los investigadores, del mismo modo, se debe tener en cuenta que tanto las áreas geográficas como los lapsos temporales están en constante revisión y en algunos casos concretos puede haber ligeras variaciones entre estos datos de la figura y el texto debido a datos recientes y a diferentes interpretaciones de los autores. Abreviaturas: EN = early Neolithic; MN = middle Neolithic; LN = late Neolithic; CT = Cucuteni-Tripillia; Mor. Painted W. = Moravian Painted Ware; TRB = Trichterbecherkultur (= Funnel Beaker culture). Fuente: Fowler, Harding y Hofmann, 2015, pp. 5, figura 1.1.

2. EL SURESTE DE EUROPA

Bajo esta denominación estudiaremos una amplia zona que va desde Anatolia suroccidental, el Egeo, las regiones de Tracia, Wallachia en la actual Rumanía, las zonas danubiana y transdanubiana, la cuenca de los Cárpatos y los Balcanes (figura 4).

El registro arqueológico nos muestra que el Neolítico llegará a esta amplia región de una manera abrupta, sin embargo, esto no es óbice para que se produjeran fenómenos de interacción con los grupos mesolíticos locales que contribuyeron a este proceso.

2.1. Neolítico Antiguo

2.1.1. *El entorno del Egeo*

El periodo entre el IX a.E.C. (todas las referencias cronológicas del texto serán *antes de la Era Común* a no ser que se especifique lo contrario) y el VII milenio en el Egeo, Creta y el litoral sur y occidental de Turquía está protagonizado por cazadores-recolectores con una explotación estacional del territorio. Algunas interpretaciones consideran que desarrollaron un modo de vida semisedentario en función de algunas características subsistenciales y de los restos arquitectónicos de sus casas. En el primer caso, es común al área del Egeo el procesado intensivo de plantas con molinos. En el segundo, las casas de estos grupos son circulares con un poste central, suelos pavimentados y en otras ocasiones enlucidos y una zona de entrada estructurada. Debajo de las mismas aparecen enterramientos. Su ocupación sería multiestacional y en su interior se realizarían diferentes actividades domésticas. Otra cuestión muy importante, es el desarrollo de una amplia red de contactos definida a partir del uso de la obsidiana de Melos y Gyali. Esto junto con las actividades de explotación marina, evidencian un alto conocimiento náutico de estos grupos mesolíticos (rutas, corrientes, tecnología, fuentes de agua, etc.). Todo ello junto con contactos esporádicos con los grupos PPN del Levante, supusieron un caldo de cultivo muy propicio para la llegada de los elementos y las formas de vida neolíticas.

El Neolítico irrumpe en esta zona entre el 7000 y el 6000 según el lapso calibrado general, aunque el análisis estadístico detallado de las dataciones establece las mayores probabilidades en torno al 6700. Algunos autores han propuesto la existencia de una fase anterior de exploración terrestre y marítima que sería fundamental para el éxito de estos primeros, y al parecer definitivos, asentamientos neolíticos colonos, como se infiere del registro arqueológico. Los yacimientos propios de estos grupos serían: Barcin Hüyük, Ulucak, Çukuriçi, Ugurlu, Knossos, Nea Nikomedeia, Achilleion, Franchthi, etc., (figura 4). Estos asentamientos ocupan las zonas más aptas para el modo de vida productor. De hecho, en la zona continental los asentamientos neolíticos se concentran casi exclusivamente en la denominada región submediterránea del Egeo (Tesalia, Macedonia griega, Tracia griega, extendiéndose hacia los Balcanes por los ríos Vardar, Struma y Mesta) que presenta este tipo de clima que es el más propicio para la agricultura y la ganadería.

La imagen que nos ofrece el registro arqueológico es de una ruptura, de una aparición abrupta del neolítico con nuevos ítems materiales y características socioeconómicas desconocidas hasta el momento. Por ejemplo, en la industria lítica la principal novedad es la talla por presión para obtener mayoritariamente láminas y laminitas. Otro elemento distinto serían las plantas de las casas neolíticas que son rectangulares como en Çukuriçi XIII, Ulucak VI y, probablemente en Knossos X. Estas estructuras presentan importantes secuencias de suelos superpuestos lo que nos indicaría una ocupación recu-



Figura 4. Mapa del sureste de Europa con los principales yacimientos citados en el texto.

rrente y permanente de las mismas. Al mismo tiempo, el uso de suelos enlucidos en ellas podría ser un indicador de interacciones e intercambios culturales y tecnológicos con los cazadores-recolectores locales.

Estas primeras comunidades colonas neolíticas basaban su subsistencia en la agricultura y la ganadería fundamentalmente. Además, también practicaban la caza (en menor medida), la pesca y la recolección de moluscos, lo que se ha interpretado como un alto grado de adaptabilidad de estas comunidades neolíticas a los nuevos nichos ecológicos y climáticos que se encontraron. Curiosamente la cerámica es prácticamente inexistente en las primeras fases, con formas simples y decoraciones impresas sencillas de concha como en Barcın Höyük.

Desde el punto de vista de la investigación se han distinguido diferentes grupos arqueológicos, por ejemplo, el Proto-Sesko en la zona de Tesalia, Albania y Macedonia con los tell de Sesklo, Nea Nicomedia y Achilleion como ejemplos. En este grupo destacarán sus cerámicas, principalmente las monocromas y pintadas. También podemos mencionar la cultura de Marmara, entre el mar Negro y el Egeo, con los ejemplos de Çuruçi Hoyük o Ulucak.

Por lo tanto, desde el 7000-6600 la *expansión* neolítica por toda esta región se produce en unas pocas generaciones. A partir del 6500 el aumento del número de yacimientos parece revelar un crecimiento demográfico muy importante. Se ocupan diferentes territorios y asistimos a una intensificación del modo de vida productor. Como consecuencia, comienzan a aparecer *grupos regionales* con identidades particulares y otras características compartidas, incluso algunas que perduran desde tiempos mesolíticos como la pesca, la recolección de moluscos y el intercambio de obsidiana a larga distancia.

2.1.2. *Los Balcanes*

Desde esta zona del Egeo el Neolítico se difundirá hacia los Balcanes donde, de nuevo, la imagen general es de un proceso abrupto y rápido de expansión entre el 6300/6200-6000. Sin embargo, antes de que esto sucediera parece que el Neolítico tuvo un periodo de adaptación climática a los duros inviernos continentales entre el 6550 y el 6050. Estaríamos ante uno de los "parones" o periodos de mutación cultural definidos por J. Guilaine en el modelo arrítmico que vimos en la introducción. Posteriormente, su expansión seguirá los valles de los ríos Struma y Vardar, principalmente, hacia el resto de Tracia, la región de Wallachia en la actual Rumanía (bajo Danubio), y la cuenca de los Cárpatos o llanura panónica.

De norte a sur y de este a oeste de los Balcanes se han identificado diferentes grupos o "culturas" arqueológicas, principalmente, Karanovo, Starcevo, Körös y Cris, que perdurarán hasta el 5400/5300. Entre ellos muestran evidentes diferencias, pero también un amplio fondo común que ha llevado

a los investigadores a definir un "Neolítico balcánico", o *Tell Culture* balcánica, o complejo Karanovo-Starcevo-Körös-Cris. Lo que podemos observar en estos grupos es una cierta continuidad de los elementos fundamentales que definen el Neolítico al sur del Danubio, el Egeo y Anatolia occidental: casas rectangulares de adobes, cerámicas monocromas, con engobe y pintadas (rojo, blanco), también impresas y con representaciones de ungulados aplicadas en relieve , figurillas de arcilla, cucharas de hueso, sellos o pintaderas, los adornos de *Glycimeris* y *Spondyus*, los enterramientos infantiles, los *tells* y asentamientos de superficie en las zonas más aptas para el desarrollo de una agricultura de cereales y leguminosas y de una ganadería de ovicápridos, vacunos y cerdos, etc., (figura 5). Obviamente, no todos los elementos están presentes en todas las regiones y a lo largo de todo el periodo, pero sí forman el sustrato arqueológico y cultural de toda esta región en el Neolítico Antiguo.

En esta zona de los Balcanes los grupos mesolíticos parecen limitarse a la ocupación de determinadas zonas microregionales. Entre ellas destaca el área de las Puertas de Hierro con uno de los yacimientos más conocidos del Mesolítico-Neolítico europeo: **Lepenski Vir**. Este yacimiento presenta una secuencia en tres fases principales: Mesolítica (9500-6300), fase de transición Mesolítico-Neolítico (6300-5900) y Neolítica (5900-5100). Son muy características sus casas de forma trapezoidal (3-4 m de lado) con hogares cuadrados y sus ídolos-guijarro de aspecto antropomorfo con ojos saltones, escamas

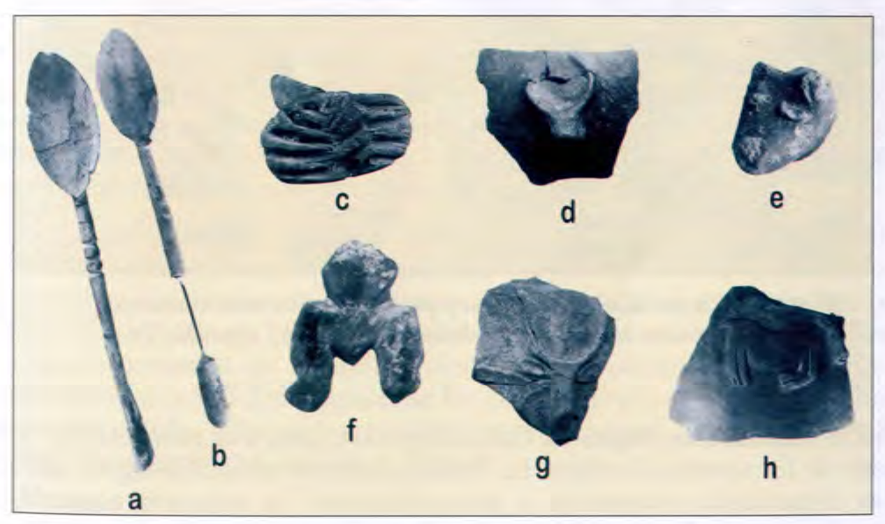


Figura 5. Algunos componentes del *package* neolítico citados en el texto: (a y b): Cucharas de hueso de Aşağı Pınar; (c) pintadera de Aşağı Pınar; (d y e) Motivos de *Bos* aplicados en cerámica con engobe rojo de Hoca Çeşme; (f) Figurilla con forma de "M" de Hoca Çeşme; (g y h): Motivos de *Bos* aplicados en cerámica con engobe rojo de Tepecik-Çiftlik. Fuente: Özdogan, 2011, pp. S422, figura 2.

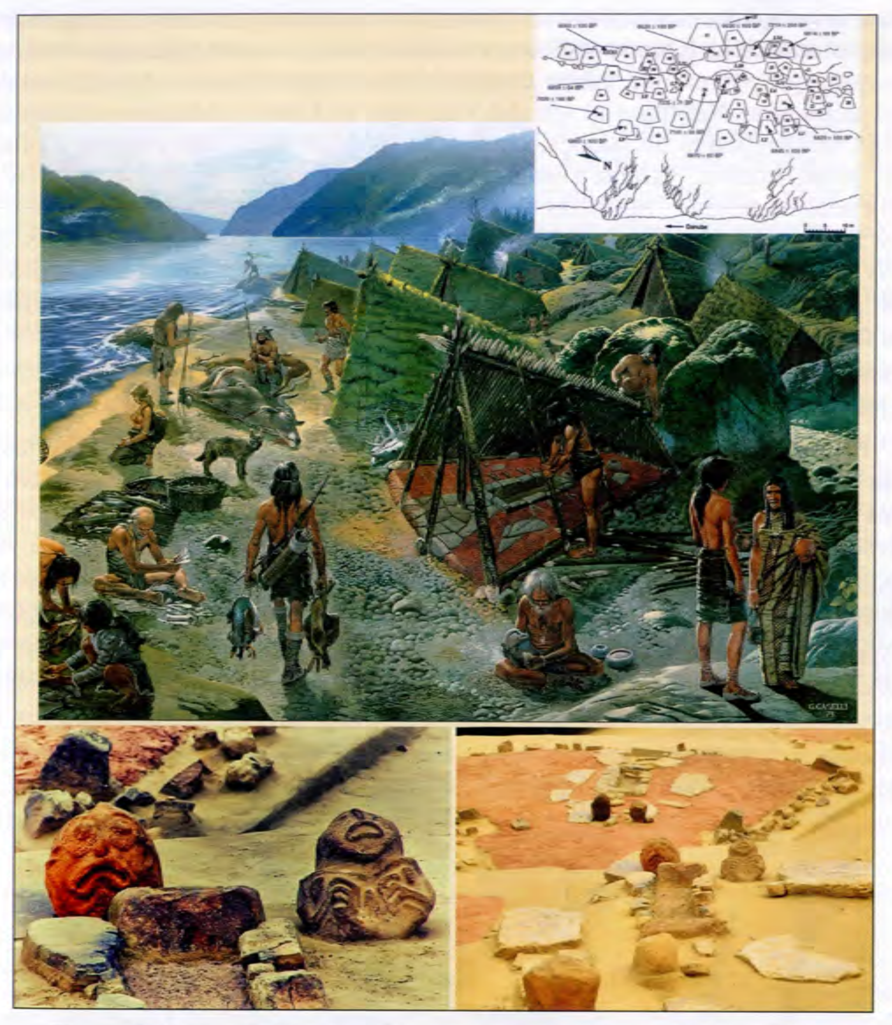


Figura 6. Planta ideal, recreación y puesta en valor con ídolos-guijarro de aspecto antropomorfo de las cabañas de Lepenski-Vir.

y bocas redondeadas (figura 6). Estos elementos, junto a su economía de explotación de los recursos fluviales, ha llevado a algunos autores a sugerir que eran unas comunidades sedentarias o semisedentarias. La secuencia arqueológica y los últimos estudios de ADN e isótopos sugieren que en esta zona del Danubio se produjeron fenómenos de interacción muy importantes entre estos grupos mesolíticos y otros neolíticos antes del 6000 y que continuaron durante generaciones. Los primeros "inmigrantes" neolíticos en Lepenski Vir fueron mujeres que tenían exclusivamente ancestros de Anatolia, y que llegarían, muy probablemente, en el contexto de intercambios matrimoniales con otros grupos neolíticos. Ellas y sus descendientes próximos fueron enterrados según las costumbres mesolíticas y tuvieron una dieta cazadora-recolectora. Posteriormente, las tradiciones arquitectónicas, funerarias y tecnológicas mesolíticas fueron suplantadas por las de comunidades del complejo Starcevo-Cris propias del Neolítico Antiguo en un momento posterior a la zona de la cuenca baja del Danubio.

2.2. Neolítico Medio/Final

2.2.1. *Sesklo*

Tras la llegada del Neolítico la principal cultura o grupo arqueológico que se desarrollará en la actual Grecia, especialmente en la zona norte, durante el Neolítico Medio, *ca.* 5300-4400, es **Sesklo**. Junto a su tell epónimo el otro asentamiento destacado es Otzaki cuya estratigrafía ha permitido una división interna de las diferentes fases neolíticas, principalmente el Protosesklo (equiparable a la *Tell Culture* Balcánica), la cultura Sesklo y el Neolítico Final. En general, en el Neolítico Medio se observa un aumento del número de yacimientos y de su extensión, en concreto Sesklo presenta entre 10 y 12 ha con una población estimada de 3.000-4.000 habitantes. El poblado consiste en una acrópolis rodeada de una muralla de un metro de grosor, en otros yacimientos aparecen fosos delimitadores.

Una de las características más destacadas de la fase Sesklo son sus casas de forma cuadrada con un pórtico que preludia el *megaron* del Egeo. Están construidas con cimentación de piedra y algunas presentan dos pisos. Es muy interesante la presencia de un edificio mayor que el resto en el centro del poblado que se ha interpretado como una residencia de un personaje principal o en clave ritual como lugar de culto.

En la cultura material destacan dos elementos. Por un lado, las figurillas mayoritariamente femeninas y algunas masculinas. Por otro lado, las cerámicas que sobre fondo blanco tienen decoraciones pintadas en rojo o marrón con motivos variados desde patrones geométricos a otros más elaborados. También son importantes las cerámicas monocromas con engobes rojos. En el Neolítico Final (4300-2500) aparecen las cerámicas grises con decoraciones polícromas y mates y formas carenadas y engobes negros con paralelos en las culturas contemporáneas del sur de Grecia.

2.2.2. *Dimini*

El Neolítico Final en Tesalia está protagonizado por la cultura **Dimini** que extiende sus influencias por Macedonida, Albania y zonas de Dalmacia. Para algunos investigadores más que hablar de culturas específicas habría que tratar

del Neolítico Final en Tesalia y zonas cercanas de una manera conjunta debido a sus características compartidas. Así hay dos grandes subperiodos. En primer lugar, la fase Tsangli-Arapi (*ca.* 4300-3800), donde es llamativa la ausencia de figurillas de arcilla y donde se han encontrado evidencias de diferenciación social en el cementerio de cremación de Plateia Magoula Zarkou. Estas diferencias estarían basadas, probablemente, en el género, y se han definido a partir de los ajuares de cuentas y de cerámicas. La segunda fase se denomina Otzaki-Dimini (*ca.* 3800-3300) en la que, sin lugar a dudas, destaca la cerámica de Dimini. Al igual que Sesklo, Dimini se estructura como una acrópolis rodeada de murallas y un megaron central. Como decimos, el elemento material más destacado es la cerámica que evoluciona desde las monocromas en rojo o negro a decoraciones pintadas en negro o marrón sobre un fondo rojo o crema. Las decoraciones preferidas son las espirales y los patrones de "meandros" junto con otras representaciones geométricas. Entre las figurillas aparecen algunas naturalistas, aunque las más comunes son las esquemáticas en mármol.

El Neolítico Final en Grecia se extenderá hasta mediados del III milenio aproximadamente y según las zonas. El grupo arqueológico más destacado será Rachmani cuya cerámica presenta una gran variedad de decoraciones, y se observa una gran frecuencia de figurillas y una intensificación de los contactos interculturales que marcarán ya la Edad del Bronce.

2.2.3. *Vinča*

En los Balcanes la principal cultura del Neolítico Medio y Final será el grupo **Vinča** (*ca.* VI-IV milenio). En torno al Danubio, el mar Negro y la gran llanura húngara se desarrollaron otras culturas que se sintetizan en la tabla 1 y que presentan un gran número de rasgos compartidos como por ejemplo en sus poblados de tipo *tell*, en sus cerámicas y en sus figurillas.

El tell epónimo de la cultura Vinča se localiza en las cercanías de Belgrado (Serbia). Esta cultura parece que tiene su origen en la confluencia de tradiciones locales de la *Tell Culture* balcánica e influencias de áreas más orientales. Su cronología abarcaría el Neolítico Medio y Final aproximadamente entre *ca.* 5400 y el 4550 con dos fases denomindas Vinča-Tordos en el Neolítico Medio (hasta el 5000 aproximadamente) y Vinča-Plonic en el final. Para diferentes autores Vinča formaría una unidad taxonómica y arqueológica que se extiende a lo largo de un amplio territorio y comparte múltiples elementos de cultura material. Esto sería la consecuencia de una amplia red de rutas comerciales interregionales y de una red social compartida que se enmarcarían en un proceso de consolidación del Neolítico y de agregación de la población en *tells* y en poblados de superficie. Las características de las casas perduran de la fase anterior ya que están construidas en tapial y madera con varias estancias. Entre los materiales compartidos destaca la producción artesanal

de cerámica oscura bruñida con perfiles carenados y también las figurillas de terracota con caras alargadas globulares y las máscaras con decoración pintada e incisa. En la fase final de esta cultura aparecerán las fortificaciones en los asentamientos y el inicio de la actividad minera y metalúrgica. Hacia el 4600-4500 en el oeste y centro de los Balcanes y en el este de la llanura panónica se producirá la desintegración de los asentamientos de tipo *tell* y un horizonte de incendios marcará el final de esta cultura en muchos yacimientos.

NOMBRE/S	CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES
Karanovo III o Veselinovo	• Cerámica lisa gris o negra con asas de botón, vasos polípodos. • Paralela a Vinča-Tordos.
Karanovo IV o Kalajonovec **Karanovo V o Marica**	• Poblados más amplios, casas planta rectangular alargada pavimentados con piedra o madera. • Asentamientos con empalizadas.
Dudesti	• V milenio: Neolítico Antiguo y Medio. • Neolítico Medio: cerámica incisa similar a Karanovo, Vinča-Tordos y Boian.
Boian	• *Tells* a veces defendidos con fosos. • Figurillas femeninas de barro cocidos paralelas a Vinča. • Cerámica incisa con meandros y espirales, en una segunda fase rellenos de pasta blanca. • Fase final metalurgia del cobre.
Gumelnitsa	• Casas de adobe con una o dos habitaciones. • Cerámica: platos de borde reforzado con motivos en negativo. • Fase final: poblados fortificados y metalurgia.
Cucuteni-Tripolje	• Relacionada con Boian. • Cerámicas pintadas bícromas o polícromas con meandriformes y espirales, destacan los pies. • Casas alineadas o formando círculos. • Figuras humanas y animales y maquetas de viviendas en terracota. • En algunos yacimientos fosos perimetrales. • En la fase final metalurgia.
Hamangia	• Casas ligeramente excavadas. • Cerámicas incisas e impresas a peine con incrustaciones de pasta blanca. Copas, cuellos cilíndricos, fondos planos. • Vasos, estatuas y brazaletes de mármol. • Figurillas antropomorfas.

Tabla 1: Otras culturas del Neolítico Medio y Final del sureste de Europa. El área geográfica de cada una de ellas se resume en la figura 3.

3. EUROPA ORIENTAL

Las primeras evidencias del Neolítico en la zona de la estepa oriental (en las actuales Moldavia y Ucrania) provienen de varios grupos mesolíticos entre *ca.* 6800-6000. En primer lugar, la denominada cultura **Yelshan** en el curso medio del río Volga. Sus cerámicas de formas simples y perfiles en "S" presentan fondos redondeados o cónicos. La mayoría de los recipientes no están decorados, otros presentan impresiones e incisiones con algunos patrones en forma de zig-zags y otros con bandas de impresiones bajo el borde. En segundo lugar, se ha definido el grupo arqueológico de **Rakushechnyi** en la parte final del río Don. Al igual que en Yelshan la mayoría de los recipientes no presentan decoración y cuando lo hacen consiste en impresiones de concha o espinas de pescado en bandas bajo el borde. A medida que avanza la secuencia la decoración se complica con formas triangulares, ovales, zig-zags, etc. Los asentamientos de estas culturas son estacionales y se localizan en las zonas inundables de los ríos o de lagos con marcado estiaje. Su base subsistencial es eminentemente salvaje: caza de ungulados (antílope saiga, uros, ciervos, etc.) y una gran importancia de los recursos fluviales. Por lo tanto, estaríamos ante grupos de cazadores-recolectores con cerámicas y, tal vez, algunos recursos domésticos, obtenidos por intercambio y contactos con grupos neolíticos.

Entre el *ca.* 6200 y el *ca.* 5000 se han definido los grupos **Dniepr-Donets** y **Bug-Dniestr** en las cuencas de estos ríos. En el primero de ellos se han encontrado en algunos recipientes cerámicos impresiones de granos de trigo, cebada, mijo y, tal vez, lino. Estos grupos basan su economía mayoritariamente en recursos salvajes, aunque cuentan con la presencia de especies domésticas. De nuevo, los contactos con los grupos neolíticos de Centroeuropa (LBK) y del sureste (Körös-Cris) serían los focos originarios de estas evidencias domésticas. Estos intercambios iniciarían el proceso de progresiva neolitización de estos grupos. Estas influencias con la zona del sureste de Europa que ya hemos analizado continuarán en el Neolítico Medio y Final, por ejemplo, en la cultura Cucuteni-Tripolje.

4. CENTROEUROPA

4.1. Neolítico Antiguo

4.1.1. *La LBK*

La **LBK** (*Linear Band-Keramik, Rubané* en la historiografía francesa, *Neolítico danubiano* o *Cerámica de Bandas*) y el grupo del Cardial mediterráneo son los dos grupos arqueológicos más representativos y estudiados del Neolítico Antiguo europeo. De hecho, la evolución en su análisis y las diferentes

interpretaciones que sobre ellos se han planteado sirven de muestra y guía de la historiografía y de los marcos teóricos generales de la Prehistoria reciente en Europa. Esta dupla LBK-Cardial también es la representación arqueológica de las dos corrientes de neolitización que surcan y se expanden por Europa, la terrestre por el centro del continente, y la marítima por el Mediterráneo.

Se pueden establecer cuatro elementos fundamentales que definen el horizonte arqueológico y *cultural* de la LBK: su origen y expansión por Centroeuropa, su carácter plenamente productor, su cerámica y sus representativas casas alargadas.

Origen y expansión

Las propuestas más recientes sitúan el origen de la LBK en la cuenca occidental de los Cárpatos, concretamente en el triángulo que forma los ríos Drava y Danubio y el lago Balatón a partir del germen y las confluencias de las últimas fases del grupo Starčevo y de las primeras del horizonte Vinča (Vinča A), en el periodo 5600-5500 (figura 7). En estas fechas desde el noroeste de Hungría y el oeste de Eslovaquia comenzará la primera expansión que no cruza el Rhin hasta dos o tres siglos después. Para algunos autores esto pudo deberse a la interacción o, incluso, competencia, con los grupos de La Hoguette (ver *infra*). Continuando hacia el oeste, y en las últimas fases, llegará a la cuenca

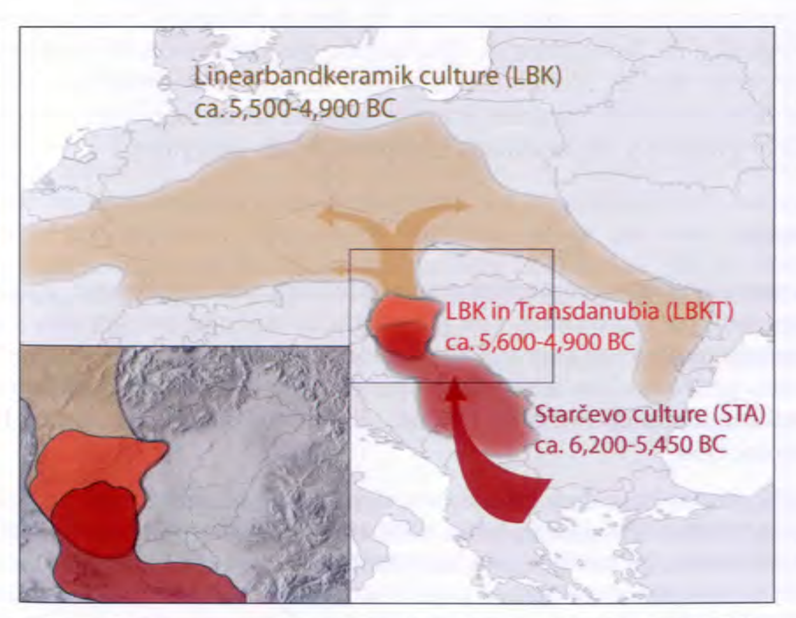


Figura 7. Representación gráfica del origen y difusión de la LBK. Fuente: Szécsényi-Nagy *et al.*, 2015, figura 1.

de París *ca.* 5000. Hacia el este estas comunidades alcanzarán la actual Ucrania con asentamientos en los valles de los ríos Dniestr, Prut y Reut.

Generalmente, y con variaciones según regiones y autores, la LBK se divide en tres fases: Antigua: *ca.* 5500-5250; Media o Flomborn: *ca.* 5350-5150 y Final *ca.* 5150-4950, dando paso al Neolítico Medio.

En torno al 5350-5300 algunos investigadores plantean una transformación de los grupos LBK. En este momento se producirá una división en el estilo cerámico (ver *infra*), un cambio en algunas características arquitectónicas, se ocuparán nuevos territorios y se detecta un aumento del número de asentamientos lo que indicaría un aumento poblacional. Tal vez estaríamos asistiendo a un primer momento de *Consolidación* clara del modo de vida productor en toda esta amplia zona de influencia LBK. Este desarrollo y crecimiento continuará durante los dos siglos siguientes en los que se observan densos agrupamientos de yacimientos, y en los que se ocuparán nuevas zonas, por ejemplo, en Bélgica y en Francia en el oeste. A partir del 5100 se detecta una crisis en las comunidades de la zona occidental de la LBK. Por ejemplo, en varios asentamientos asistimos a fenómenos violentos o conflictos (ver *infra*).

Para todo este proceso de expansión y desarrollo se han planteado múltiples modelos que, como decíamos al principio, son una muestra de las diferentes tendencias o corrientes teóricas e interpretativas más importantes (Schier, 2015). Estos modelos han basculado entre el difusionismo y el indigenismo y el debate continúa. Lo que parece evidente, y obvio, es que no existe una única explicación ni un único modelo. Se dieron procesos de expansión neolítica seguidos de fenómenos de interacción con comunidades locales de los que surgirían nuevas comunidades y que modificaron otras para siempre. Los análisis genéticos muestran esta variedad de situaciones y la dificultad de establecer grandes y encorsetadas interpretaciones generales.

Economía

Su subsistencia es eminentemente productora, principalmente, agricultura de trigo, lentejas y guisantes y la ganadería de vacuno, ovicápridos y cerdo, apareciendo también el perro. A excepción de este último, las últimas investigaciones genéticas han demostrado que el origen de estas especies domesticadas se encuentra en Próximo Oriente. En menor medida se ejercen la caza y la recolección.

Estos grupos buscaban las mejores tierras para la agricultura y la ganadería. Sus poblados se asientan junto a los ríos o en los fondos de los valles en las fértiles tierras de los loess. Se han planteado diferentes interpretaciones en relación a la explotación del territorio y a la dispersión de los asentamientos. Está claro que los pioneros de la LBK o bien tuvieron que ocupar los claros naturales de los bosques, o bien practicar una agricultura de "quema y roza"

para obtener zonas despejadas en las que sembrar su agricultura intensiva de cereales y leguminosas. Una vez agotado el suelo, la comunidad se desplazaría a otro territorio generando así un patrón disperso y extenso desde el punto de vista geográfico. Para otros autores, esta combinación de trigo, lentejas, guisantes pudo favorecer un tipo de explotación agrícola aún más intensivo con la combinación e, incluso, rotación de estos cultivos. Esta agricultura pudo desarrollarse en el interior de los cercados que aparecen en muchos poblados, lo que daría lugar a comunidades más estables con una ocupación más prolongada del territorio. El desarrollo de estos sistemas de explotación sugiere una gran capacidad adaptativa y un profundo conocimiento tecnológico de la producción de alimentos por parte de estos grupos. Otros datos van en esta misma línea. Por ejemplo, se han detectado variaciones en el cultivo de los cereales que en el este (Bulgaria, Rumanía) eran de invierno (sembrados en invierno y cosechados al principio del verano), mientras que en Europa central eran más frecuentes los de primavera (sembrados a comienzos de primavera y cosechados al final del verano o principios del otoño).

Cerámica

Como hemos visto en la evolución de estos grupos, se puede establecer una diferenciación en la producción cerámica de la LBK entre las fases más antiguas y las más recientes. Al principio el estilo LBK es más reconocible, con mayores similitudes interregionales, pero en la fase Flomborn esto cambiará hacia una mayor variabilidad (figura 8).

Las primeras cerámicas de la LBK suelen fabricarse con desgrasantes orgánicos y fondos planos. Las formas más habituales son los cuencos, ollas y también los perfiles compuestos como botellas, también aparecen perfiles carenados. Se decora una cantidad reducida de recipientes que presentan incisiones en forma de "U", a veces combinadas con impresiones varias, más raras son las acanaladuras o las digitaciones. Las cerámicas finas suelen estar decoradas con espirales o meandros opuestos, arcos, etc. Son excepcionales las representaciones de rostros humanos y zoomorfas. En las fases más recientes se observa una progresiva complejidad de las decoraciones apareciendo "regiones estilísticas" como Flomborn en el Rhin, Áčkový en Bohemia, Žofipole en Silesia, Keszthely en el sur de la zona transdanubiana y el estilo "de notas musicales" en el Danubio medio.

Casas alargadas

Algunos autores consideran que estas casas son la "quintaesencia" de los grupos LBK (figura 9). En líneas generales, estas viviendas presentan ciertas características más o menos estandarizadas: su planta rectangular (±10-45 m x ±5-7 m), a veces trapezoidal; su orientación que presenta sistemáticas variaciones regionales con un predominio norte-sur donde se localiza la entrada;

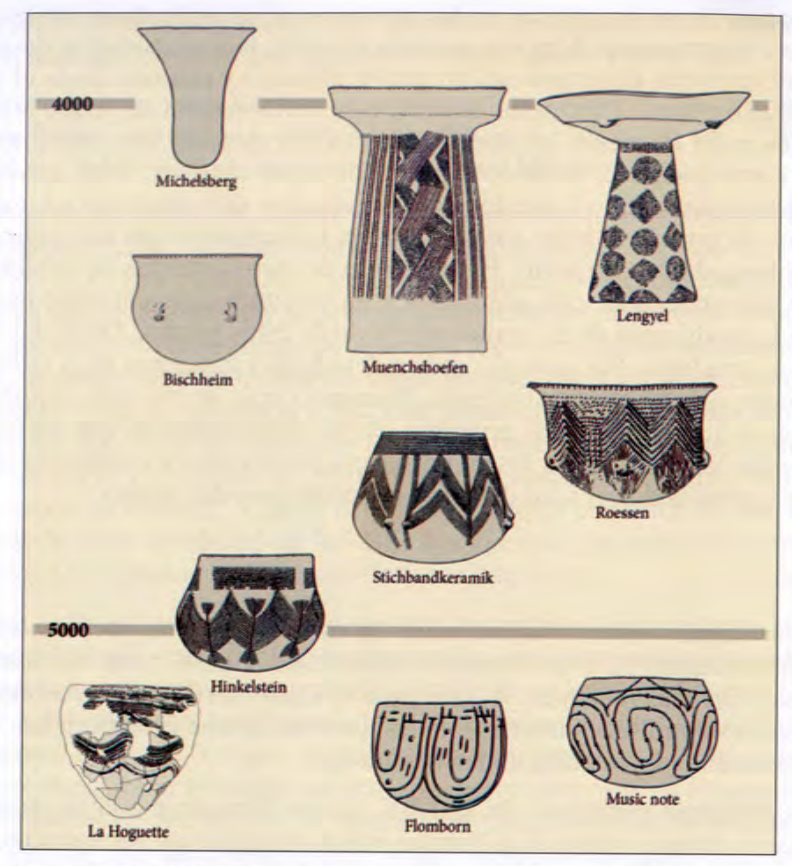


Figura 8. Recipientes más representativos de las principales culturas de Europa central (sin escala). Fuente: modificado de Gronenborn y Dolukhanov, 2015, p. 200, figura 10.2.

su compartimentación en tres áreas; la división interna por múltiples filas de tres postes transversales; la presencia de zanjas en los laterales más alargados junto a las paredes cuyo fin es la obtención de barro para el enlucido de las mismas; estas últimas están realizadas con ramas y manteadas de barro y la techumbre de madera y paja a doble vertiente. Aparentemente estas viviendas estaban ocupadas por diferentes linajes o familias extensas.

Estas casas aparecen agrupadas dentro de recintos de tierra, con empalizada y foso. Estos poblados suelen presentar entre 25 y 30 casas, separadas entre sí, a veces varios cientos de metros, con una extensión aproximada de 2,5 ha. Además de estos poblados aparecen agrupaciones con menos casas, denominadas aldeas, y "granjas" aisladas. Por ejemplo, en el poblado de Bylany (Chequia), de cerca de 40 ha de extensión, aparecen casi todas estas características y se han definido hasta 27 fases de ocupación a partir de la

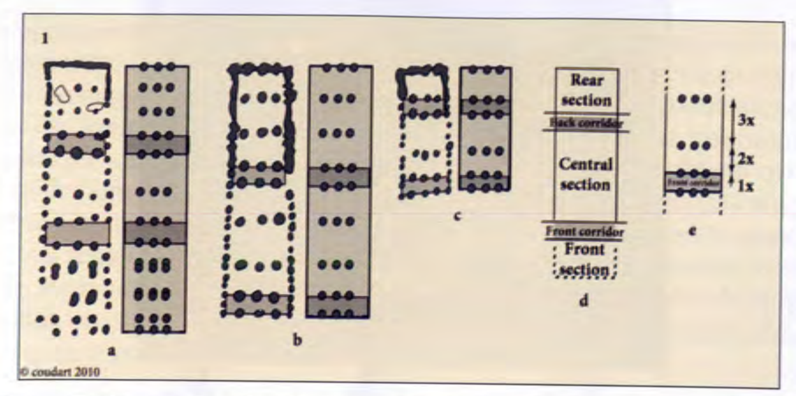


Figura 9. Planta tripartita de casas de la LBK; (a) Casa 32 de Miskovice, Bohemia, República Checa; (b) Casa 245 de Cuiry-lès-Chaudardes, Cuenca de París, Francia; (c) Casa 57 de Elsloo, Limburg, Holanda; (d) Patrón de la casa tripartita de la LBK; (e) Patrón más común de organización de la sección central de la casa LBK. Fuente: modificado de Coudart, 2015, pp. 312, figura 16.2.

rubefacción anual de las paredes de barro de los silos para desinfectarlos. En el asentamiento de Cuiry-lès-Chaudardes (Francia) se ha estimado una población entre 80 y 250 habitantes que varía según las épocas.



Esta página web (http://www.archaeo3d.com/) ofrece multitud de recursos sobre el yacimiento de Bylany (República Checa): Izquierda: viaje virtual por el yacimiento; Centro: museo virtual (descarga de aplicación); Derecha: Aplicaciones móviles y Realidad Aumentada.

Las últimas interpretaciones de estas construcciones se han centrado más en su papel simbólico y social, incluso como metáfora mental y comunitaria, en línea con algunas corrientes teóricas postprocesuales. La casa no sólo sería la herramienta para dominar el medio físico sino también serviría para ejemplificar las reglas y los referentes de la sociedad que las construye.

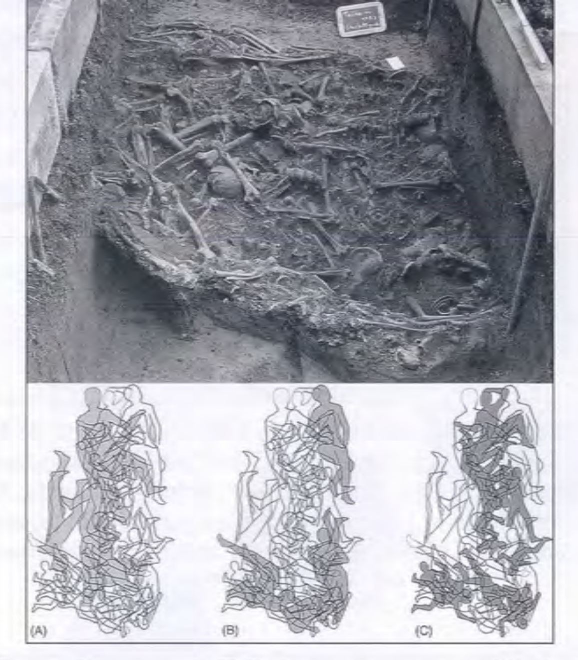


Figura 10. Restos humanos de Talheim con reconstrucción de A: hombres, B: mujeres y C: infantiles. Fuente: modificado de Price, Wahl y Bentley, 2006, pp. 263-264, figuras 3 y 4.

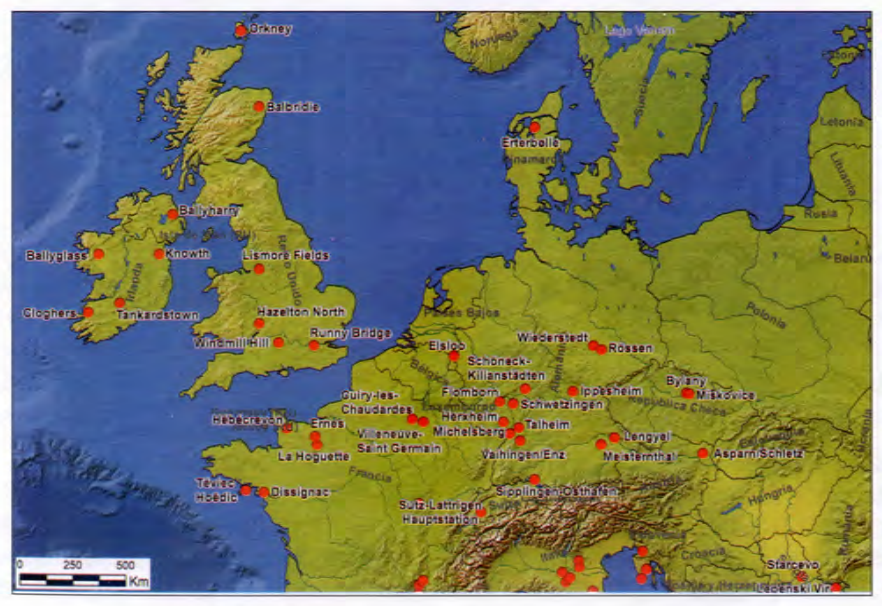


Figura 11. Mapa del centro y norte de Europa con los principales yacimientos citados en el texto.

En el exterior de estos poblados aparecen algunos cementerios que son más frecuentes a medida que avanzamos en el tiempo. Por lo general se componen de enterramientos individuales en fosa, a veces con ajuares (cerámicas, adornos, hebillas de *Spondylus*, conchas, útiles de sílex, etc.) que son más numerosos y variados en los enterramientos masculinos. Los cuerpos aparecen mayoritariamente flexionados sobre el costado izquierdo con las manos en la cara y habitualmente orientados con la cabeza al este. Estos cementerios se concentran en algunas regiones y pueden contener desde una decena a doscientos enterramientos. Esto sugiere que se produce una selección de los individuos que son inhumados en estos lugares, dada la discrepancia entre el probable número de habitantes de estos asentamientos y las fosas de las necrópolis.

En algunos yacimientos como Schöneck-Kilianstädten, Talheim, Asparn/Schletz, Herxheim, Vaihingen/Enz, Schwetzingen o Wiederstedt se han encontrado evidencias de masacres o episodios violentos. Por ejemplo, en Talheim (*ca.* 5210-4950) se encontraron 34 esqueletos con 16 niños, nueve varones y siete mujeres. En 32 cráneos se observaron evidencias de impactos con azuelas y dos individuos fueron flechados. Los análisis antropológicos no revelaron heridas defensivas, de ello se deduce que pudieron ser atacados cuando huían (figura 10). En Schöneck-Kilianstädten se excavó una fosa común con al menos 26 individuos datados entre el 5207-4849. Sus huesos muestran una violencia extrema con mutilaciones, flechazos, roturas intencionales de piernas, etc. Parece claro, por tanto, que la violencia, y una violencia en ocasiones sistemática, fue un elemento coercitivo y activo entre las comunidades neolíticas de Europa o bien, entre grupos mesolíticos y grupos neolíticos.

Existen una serie de características de los grupos de la LBK que los definen como sociedades igualitarias en cuanto a la producción y a la toma de decisiones, con un acceso similar a los recursos y a las fuentes de información: las reglas tipológicas y constructivas bien definidas y ampliamente aceptadas de las casas así como la necesidad de un esfuerzo colectivo para construirlas, la similitud en la cultura material encontrada en ellas y en la cantidad de alimentos y en las estructuras dedicadas a ello, y los pocos elementos de adorno o prestigio personal encontrados en estos yacimientos.

4.1.2. *La Hoguette*

En este apartado hemos mencionado en varias ocasiones el grupo o cultura de La Hoguette. Este conjunto arqueológico es muy interesante desde el punto de vista del estudio de las interacciones entre grupos en diferentes grados de neolitización, desde comunidades cazadoras-recolectoras, a grupos plenamente neolíticos como los cardiales o la LBK y otros que muestran unas características intermedias o en proceso de modificación.

El estilo cerámico de La Hoguette aparece entre el 5800/5700 y el 5600/5500 en el eje del valle del Ródano y el Jura. Estaría protagonizado por grupos mesolíticos que adquieren la cerámica por influencias meridionales del mundo cardial, pero no desarrollan ninguna otra característica ni elementos del *package* neolítico. Esta difusión sur-norte se desarrolla utilizando las mismas redes sociales y de intercambio que están activas desde el Mesolítico Medio en la mencionada zona. En torno al 5400 estos grupos llegan al valle del Neckar en el suroeste de Alemania y entrarán en contacto con los grupos de la LBK. Estos contactos parece que provocaron un proceso de interacción entre los grupos mesolíticos y la LBK más complejos al oeste del Rhin que en la parte oriental, como ya hemos mencionado. Junto a La Hoguette aparece otro conjunto cerámico algo más reciente denominado Limbourg que también estará producido por grupos mesolíticos y entrará en contacto con la LBK en la zona del Limbourg holandés y belga, en Alsacia y en Lorena.

4.2. Neolítico Medio/Final

A partir del V milenio, especialmente en su segunda mitad, en la zona de influencia y extensión de la LBK observaremos el desarrollo de multitud de culturas regionales como Lengyel, Michlesberg, Rössen, Villeneuve-Saint-Germain, etc. (tabla 2). En las siguientes líneas analizaremos algunos fenómenos o procesos generales que otorgan una personalidad propia al Neolítico Medio y Final de esta zona, entre el Neolítico Antiguo y el Calcolítico que han recibido más atención por parte de los investigadores.

Una de las principales controversias de este periodo es su inicio y las causas de la desintegración de la LBK. Las diferentes descripciones del fin del mundo danubiano han oscilado entre la definición de una gran crisis o catástrofe, por un lado, o una continuidad más marcada por otro. De nuevo, parece que la multicausalidad se impone y existe un cierto consenso en distinguir diferentes procesos, por ejemplo, en la zona del Rhin con una transición más abrupta con episodios de violencia y despoblamiento, y un proceso más gradual de transición en el este, en el territorio en el que surgirá la cultura Stichbandkeramik o *Stroke Ornamented Pottery-SBK* (tabla 2).

Esta aparición de múltiples grupos culturales a partir del Neolítico Medio en Europa no significa, en modo alguno, que no existieran contactos, intercambios e interacciones entre estas comunidades. De hecho, se pueden detectar cambios o tendencias e influencias comunes tanto en el registro arqueológico como en la aparición de nuevas interpretaciones sociales o renovadas cosmovisiones. Así, desde el 4400-4300 el registro arqueológico de Europa central muestra grandes cambios: progresiva desaparición de la decoración en las cerámicas, nuevas tecnologías líticas, la transformación de las casas alargadas y la progresiva aparición de plantas más trapezoidales, la ocupación de zonas marginales para la explotación agrícola, etc. Esta ocupación y uso de zonas marginales (en altura, ciénagas, de suelos pobres, etc.) requeriría de nuevas tecnologías agrícolas y de la intensificación de otras como, probablemente, la agricultura de "quema y roza", todo ello se relaciona con un evidente crecimiento demográfico. Está claro que desarrollo tecnológico, aumento poblacional y explotación de nuevos territorios se relacionan en un bucle de causa-consecuencia. Junto con este aumento poblacional y con el desarrollo económico se observa en Europa una tendencia hacia la agregación o congregación de los asentamientos que tienden a ser más grandes tanto en las zonas de asentamientos en superficie como en los tells.

Otra característica compartida o más o menos extendida por los grupos del Neolítico Medio europeo es la tendencia hacia la "reaparición" de los haplogrupos genéticos mesolíticos. Esto es muy interesante y podría estar relacionado, en unas zonas, con un papel muy importante de las comunidades mesolíticas en el proceso de neolitización anterior y, en otras, con la posible pervivencia de algunos grupos *significativamente* cazadores-recolectores que algunos autores denominan "sociedades paralelas" cuyos ejemplos los podemos encontrar en La Hoguette y Limburg desde el VI milenio y en otras zonas del oeste de Alemania, Sajonia y Bohemia.

El ámbito funerario o las cuestiones relacionadas con "la visión del mundo" también muestran elementos compartidos que se desligan del universo anterior danubiano. Por ejemplo, la tradición de enterrar en silos o la aparición de los recintos. Los recintos de fosos comienzan a construirse entre el 4900 y el 4700, aunque hay ejemplos desde la LBK *ca.* 5500-5300. Este fenómeno abarca prácticamente todo Centroeuropa, pero su aparición se produce en un área desde Hungría, la parte occidental de Eslovaquia, el este de Austria, la República Checa hasta la parte sur y central de Alemania (Ippesheim, Goseck, Meisternthal). En otras zonas europeas también se han encontrado este tipo de estructuras como en Italia. Estos recintos se componen de fosos con perfil en "V" o "U" con planta paracircular o elíptica y empalizadas con entre tres y seis entradas. Estas últimas comienzan a ser más frecuentes a partir del Neolítico Medio. La mayoría de los investigadores proponen una interpretación multifuncional en la que se combinarían cuestiones astronómicas, a partir de la orientación de sus entradas, con otras relacionadas con rituales cíclicos o estacionales y visiones simbólicas sociales y comunitarias. En muchos casos tampoco se pueden descartar una finalidad defensiva.

En esta misma línea de fenómenos compartidos, el V milenio también asistirá a la circulación generalizada de bienes de prestigio como la jadeíta y el cobre, entre otros. El uso y el intercambio de estos elementos se ha interpretado como una prerrogativa de élites o grupos de estatus que indicarían una serie de procesos y de estrategias sociales similares.

4.2.1. *Michlesberg*

Sin embargo, la investigación también propone fenómenos de identidad cultural y de distinción entre grupos, por ejemplo, al analizar el grupo **Michelsberg** (tabla 2). Este conjunto arqueológico aparece en torno al 4400 en la transición entre el Neolítico Medio y el Final según la terminología regional. En un breve periodo de tiempo se extenderá desde la cuenca de París a los montes Harz en el norte de Alemania. En esta amplia zona se observa una gran similitud en la cultura material y en otras características arqueológicas. Algunas interpretaciones relacionan esta unidad con un patrón de movilidad extensivo de estos grupos relacionado con una nueva orientación económica hacia la ganadería. Al mismo tiempo, en el sur de Alemania y en la República Checa, entre otras zonas, aparecen nuevos grupos definidos a partir de los estilos cerámicos con una distribución mucho más restringida y que muestran una cierta continuidad desde el Neolítico Antiguo. El surgimiento de estos estilos/grupos diferenciados y más atomizados se interpreta como una reacción frente a la expansión de Michelsberg. Del mismo modo, su mayor agregación geográfica y cultural estaría causada por una menor importancia de los intercambios y de las interacciones con otros grupos al ocupar zonas más fértiles.

En el sureste y en Centroeuropa el IV milenio supondrá el umbral hacia las sociedades calcolíticas, la metalurgia y la complejidad social. Indudablemente, todos estos procesos tienen su génesis y sus antecedentes en el gran cambio que introdujeron los colonos neolíticos en el continente.

4.2.2. *Palafitos del área alpina*

Para terminar este recorrido por el Neolítico centroeuropeo mencionaremos brevemente otro grupo arqueológico de gran interés tanto por su propio desarrollo histórico (desde el V milenio hasta el 700) como por los restos recuperados: los **palafitos del área alpina** (tabla 2). Durante todo el Neolítico (*ca.* 5000-2500) estas comunidades se asentaron en los entornos de los lagos alpinos y desarrollaron una economía agrícola y ganadera con variaciones y fluctuaciones que dependieron tanto del clima como de su devenir evolutivo. Cultivaban el trigo y la cebada, así como el lino y la adormidera que perderán importancia con el tiempo. En la ganadería se observa un progresivo cambio hacia la explotación de los productos secundarios a medida que avanza el tiempo. También hay que destacar la importancia de la pesca y del comercio (sílex) en la economía de estos grupos. El tamaño de los asentamientos es variable, algunos ejemplos de grandes poblados serían Sutz-Lattrigen Hauptstation (lago Biel, Suiza) o Sipplingen-Osthafen con más de 160 casas en el lago Constance en Alemania.

NOMBRE/S	CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES
Cortaillod (Palafitos)	• Casas rectangulares de madera y barro. • Arpones y anzuelos de hueso que indican la importancia de la pesca. • Conservación de gran cantidad de útiles orgánicos en madera, hueso, asta: enmangues, recipientes, cucharas, adornos, etc. • Cerámica lisa carenada.
Lengyel	• Sistemas complejos de recintos con poblados cercados de casas de tapial. • Diferenciación social clara. • Cerámica pintada en blanco y rojo con patrones geométricos que se irán simplificando. • Figurillas antropomorfas y zoomorfas en terracota. • Grandes cementerios con cuerpos flexionados y algunas incineraciones y muy escasas sepulturas colectivas.
Michelsberg	• Poblados fortificados en altura y asentamientos en zonas bajas. • Casas de adobe sin ordenamiento en los poblados. • Enterramientos en fosas y silos reutilizados, ritual funerario variado con predominio de enterramientos individuales y ajuares discretos, también algunos sepulcros colectivos. • Recintos de fosos. • En yacimientos lacustres: tejidos, arcos, otros útiles, enmangues para instrumentos líticos, piraguas monóxilas, etc. • Cerámica lisa y bruñida de buena calidad con botellas, fondos cónicos, formas de tulipa, carenas leves, etc. • Hachas pulimentadas, puntas de proyectil triangulares, escasos objetos metálicos.
Rössen	• Poblados en pequeños promontorios, primeros asentamientos en altura. • Casa trapezoidales en pequeños asentamientos, a veces rodeados por recintos. • Enterramientos orientados norte-sur, en posición alargada (zona occidental) y flexionada (zona oriental). Ajuares: cerámicas, diferentes útiles, algunos para la caza, adornos, brazaletes de mármol o esquisto. • Cerámica de clara influencia LBK con bandas puntilladas con incrustaciones de pasta blanca.
Stichbandkeramik o *Stroke Ornamented Pottery-SBK*	• Casas alargadas y trapezoidales (contactos con Lengyel). • Sistemas circulares de empalizadas. • Cerámica con patrones en "Λ" y en "U", en algunas zonas están bruñidas. • Uso de la cremación.

Tabla 2. Principales culturas del Neolítico Medio y Final de Centroeuropa. El área geográfica de cada una de ellas se resume en la figura 3.

5. EL BÁLTICO Y ESCANDINAVIA: NEOLÍTICO ANTIGUO Y MEDIO

5.1. Neolítico Antiguo: Erterbølle

En la zona norte de la Gran Llanura europea hacia las costas del mar Báltico y Escandinavia se producirá otro episodio de estasis en la expansión del Neolítico por Europa. Entre *ca.* 4800 y 4000 nos encontramos en un momento de estabilización de la denominada *frontera agrícola* entre los grupos neolíticos que vienen del sur y los grupos mesolíticos de esta zona pertenecientes a la cultura **Erterbølle**. Las causas de este episodio de estabilidad o parón en la expansión neolítica pudieron deberse a la propia resistencia de los grupos de cazadores-recolectores, o a cuestiones climáticas y medioambientales como la dificultad de adaptación de los cereales a los suelos glaciales. Al mismo tiempo, tampoco está clara la existencia de posibles crisis climáticas o de recursos que empujaran a estos grupos mesolíticos a adoptar la producción de alimentos.

Durante este periodo de parada y mutación cultural estaríamos ante la primera fase, de *disponibilidad*, del modelo propuesto por M. Zvelebil y P. Rowley-Conwy (ver Introducción). Por tanto, la neolitización de esta zona será diferente a la que hemos estudiado en Europa central y a la que veremos en el Mediterráneo. En estas zonas también se produjeron interacciones y el papel de los grupos de cazadores-recolectores locales fue importante, pero la duración del proceso fue mucho más corta y el registro muestra una ruptura mucho más abrupta en la llegada del Neolítico.

Las comunidades mesolíticas de Erterbølle han sido definidas como cazadores-recolectores complejos desde el punto de vista socioeconómico a partir de características como una probable sedentarización, sus enterramientos y cementerios, sus elementos simbólicos y la existencia de conflictos violentos. En esta cultura es evidente un modo de subsistencia intensivo y planificado, por ejemplo, en la explotación de recursos marinos, incluso en aguas profundas, y en el aclarado de zonas boscosas. Todo ello generaría un importante excedente parte del cual se destinaría al intercambio, como las pieles de la trampería, las plumas de la caza de pájaros y, en general, muchos productos forestales (figura 1C). Sus enterramientos son variados (inhumación, cremación, tumbas simples, dobles, múltiples) como lo son también sus ajuares tanto en número como en tipología. Durante este periodo estos grupos de cazadores-recolectores locales adquirirán algunos elementos materiales del *package* neolítico o provenientes por intercambio de los grupos productores vecinos como útiles de asta, hachas y azuelas pulimentadas de "horma de zapato" de la LBK y de jadeíta de los Alpes, objetos de cobre y a partir del 4500, aproximadamente, la cerámica.

Sin embargo, y a pesar de estos evidentes contactos, no se han detectado en el registro arqueológico de Dinamarca o Suecia pruebas de experimentaciones con la agricultura a pequeña escala. Estas pruebas serían consustanciales a un marco conceptual de progresiva transformación de los grupos mesolíticos locales mediante la adquisición de conocimientos y tecnología. Estas primeras tentativas agrícolas se datan *ca.* 4000 y en aproximadamente un siglo ya aparece en el sur de Escandinavia cierta explotación de especies domesticadas y los enterramientos monumentales bajo túmulos. Estos datos han llevado a algunos investigadores a proponer migraciones de grupos neolíticos. Así, las comunidades productoras de la TRB (ver *infra*), se expandirían definitivamente hacia el norte y reemplazarían o incorporarían a las comunidades locales de la Erterbølle. No obstante, estas propuestas deben explicar el periodo de estasis, contactos o *disponibilidad* y por qué no se produjo la difusión de la producción de alimentos, además, en un contexto geográfico salvable en unas pocas jornadas de viaje.

5.2. Neolítico Antiguo y Medio/Final

5.2.1. *TRB*

Como acabamos de mencionar, la cultura protagonista del Neolítico (Neolítico Antiguo *ca.* 4000-3300; y Medio: *ca.* 3300-2350) en esta región es la **TRB** o TRBK (*Tricterbecherkultur*, *Funnel Beaker culture* o cultura de los vasos en embudo). Estos grupos se asientan en diferentes áreas ecológicas, desde los fiordos hasta zonas interiores, como en la región de Scania, en las que se detecta una preferencia por los suelos más aptos para la agricultura cercanos a fuentes de agua, y alejados de los grupos mesolíticos. Estos asentamientos suelen ser pequeños y en ellos las fosas y hoyos son las estructuras excavadas más frecuentes. Algunos presentan fosos defensivos. Las casas son escasas, con plantas en forma de "D", de herradura, y otras de planta elíptica con entre 12 y 6 m de largo con tres postes centrales que soportarían el tejado, en fases más recientes también existen plantas rectangulares. La agricultura de estas comunidades es diferente a la de la LBK, muy probablemente debido a cuestiones ambientales y climáticas: las leguminosas desaparecen, el trigo disminuye notablemente su importancia, y la cebada reaparecerá y dominará la agricultura. Ocurre lo mismo con la ganadería que pierde la uniformidad de la LBK y presenta una gran diversidad de situaciones en función de los asentamientos: diferentes porcentajes entre animales salvajes y domésticos y variación de la presencia de especies de ambos grupos. A partir del Neolítico Medio la ganadería será predominante en toda la región.

Los primeros enterramientos son inhumaciones en fosas y poco después surgirían los monumentos megalíticos en forma de túmulos alargados y a partir del Neolítico Medio los dólmenes simples y de corredor.

En la cultura material destacan las vasijas cerámicas de perfil compuesto con un cuello largo y abierto hacia el borde con un cuerpo globular, los *vasos en embudo*. Las decoraciones pueden ser impresas e incisas o sin decoración con motivos geométricos en ocasiones muy cuidados. Las representaciones humanas son muy escasas. En el resto de la cultura material se pueden mencionar las hachas largas de sílex, hachas pulimentadas perforadas y diferentes objetos de cobre, desde adornos a armas (puñales).

En general, durante el Neolítico Medio, en esta región se observa una diversificación y una aparición de diferentes grupos culturales que vuele a atomizarse a partir del denominado Neolítico Final, *ca.* 2350-1800. Asimismo, en este periodo la caza y la recolección adquirirán una importancia renovada en un proceso que resulta común a algunas zonas de frontera agrícola.

Más hacia el este de la zona báltica, en las actuales Lituania, Letonia y Estonia, se ha propuesto una situación similar. La neolitización sería un proceso de larga duración, entre el *ca.* 5500 y el 3400, en el que los grupos locales de cazadores-recolectores incorporarían algunos elementos materiales neolíticos, como la cerámica, pero no la economía de producción. Ésta llegaría en el periodo *ca.* 3400-2800 cuando se adoptarían plantas como el trigo, el mijo o la cebada salvaje y los animales domésticos. Posteriormente, estas comunidades surgidas durante la neolitización recibirán la expansión de los grupos neolíticos de la *Corded Ware* en el Neolítico Final, *ca.* 2800-2000.

5.2.2. *Los Países Bajos*

En la zona de los Países Bajos la situación es parecida al Báltico. Tras la expansión inicial de la LBK asistimos a un periodo de estabilidad de unos dos milenios. La cultura **Swifterbant**, en muchos aspectos equiparable a Erterbølle especialmente en sus fases antiguas, será la protagonista de este periodo. Desde *ca.* 4600 al *ca.* 3600 la economía de estos grupos Swifterbant es una combinación de recursos salvajes y domésticos, alguno de los cuales pudo ser obtenido por intercambio. No se puede hablar de una economía productora ni totalmente depredadora y la dificultad en su definición y en la aplicación de estos conceptos se traslada a la historiografía donde han sido definidos como "mesolíticos" y como "neolíticos" por diferentes autores. Lo que parece claro es que la transición al modo de vida totalmente neolítico fue progresiva debido, probablemente, a una falta de atractivo de la misma para unas comunidades depredadoras perfectamente adaptadas al medio. Lo interesante de estas propuestas es que este proceso de larga duración se produce en un marco de intensos intercambios entre mesolíticos y neolíticos como lo demuestra el registro en la industria lítica, la cerámica y los domésticos. Por lo tanto, estos cazadores-recolectores conocían y estaban familiarizados con el Neolítico, pero no lo adoptaron a corto plazo.

5.2.3. *El norte y centro de Francia*

El estudio del Neolítico en la zona noroccidental y central del Francia está determinado por la escasez de datos disponibles. El proceso es muy similar al ocurrido en los países bajos. En consecuencia, la colonización definitiva de este territorio se producirá a finales del V milenio y principios del IV, aproximadamente un milenio después de la aparición del Neolítico en la zona del sur de la actual Bélgica.

La caracterización de los grupos mesolíticos es complicada por esta falta de información. Tradicionalmente se hace referencia a los conocidos concheros de Téviec y Hoëdic en la costa bretona que han sido interpretados como lugares ocupados permanentemente a partir de la definición de rituales y fiestas de comensalidad. Los datos de estos yacimientos y de otros continentales indicarían una dependencia de los recursos marinos en las zonas de costa por parte de los cazadores-recolectores.

Como decimos, los contextos del Neolítico Antiguo de la zona occidental de Francia datan de finales del V milenio. Sus registros faunísticos están dominados por animales salvajes, incluso después de la supuesta introducción del Neolítico en la zona. Se han encontrado restos de plantas domésticas (trigo, por ejemplo) en paleosuelos de monumentos datados entre el *ca.* 4700-4000: en Dissignac (tal vez anterior, de inicios del V milenio), en la zona atlántica del Loira y en Ernes (Calvados) y en Hébécrevon en Manche lo que indicaría contactos con las zonas neolíticas más al este y hacia el Mediterráneo.

Desde *ca.* finales del V milenio surgiría el Megalitismo brindando a los investigadores su registro funerario, pero no habitacional, lo que redunda en la dificultad de caracterizar no ya el proceso de neolitización en esta zona, sino también el propio Neolítico Antiguo.

6. LAS ISLAS BRITÁNICAS

El debate de las últimas décadas sobre la neolitización de las islas británicas ha estado marcado por dos posturas hasta cierto punto antagónicas: difusionistas e indigenistas. Al mismo tiempo, estas interpretaciones suelen enmarcarse en el riquísimo y envidiable debate teórico de los autores británicos, en este caso, *grosso modo*, entre el procesualismo y el postprocesualismo y todas sus variantes.

Los animales y las plantas domesticadas aparecieron por primera vez en el sur de Inglaterra, en los *Midlands* y en Escocia poco después del *ca.* 4000 (Runny Bridge, Windmill Hill, Balbridie, Lismore Fields, etc.) al igual que en Irlanda (Tankardstown, Cloghers, Drummery Lower, Ballyharry, etc.).

El registro de estos yacimientos muestra ganado vacuno, ovejas, cabras y cerdos junto con trigo y cebada, y en Lismore Fileds y Balbridie también se recuperó lino datado directamente en el 3900-3800. Estos ítems domesticados, además de estilo cerámico, serían similares a los encontrados en el norte de Francia, los países bajos, y Alemania a finales del V milenio y principios del IV. Los estudios genéticos de las vacas y de la cebada, por ejemplo, han confirmado claramente su procedencia desde Próximo Oriente. A esto se añaden varios estudios de isótopos en restos humanos que han demostrado un cambio de dieta relativamente rápido en el momento de la llegada del Neolítico a las islas. Por último, muchos autores defienden la dificultad de relacionar el Megalitismo con las poblaciones locales mesolíticas debido a su origen claramente neolítico. Todo ello ha llevado a algunos investigadores a definir una aparición "abrupta" del *package* neolítico en estas islas causado por una migración de grupos desde el continente.

Desde las perspectivas más "indigenistas" consideran que este Neolítico inicial *no fue tan Neolítico*. Estas hipótesis consideran que en el Mesolítico Final se produjo una intensificación económica "sobre" la cual se introdujeron los domésticos. Estos grupos móviles de cazadores-recolectores no invertirían mucho tiempo ni esfuerzo en la cría y en el cuidado de animales ni plantas domesticadas porque, simplemente, no lo necesitaban. El trigo y la cebada, los ovicápridos, las vacas y el cerdo serán interpretados por estas comunidades en clave social y simbólica, junto con otros elementos como las hachas y los monumentos funerarios, todos ellos definidos como "neolíticos". En otras palabras, se considera que la subsistencia no es más esencial que la ideología en el proceso de cambio que supone el Neolítico. Los domésticos serían utilizados inicialmente en contextos muy particulares y limitados como fiestas, banquetes y actividades rituales. Además, estos autores defienden que ambas (ideología y subsistencia) no mutaron al mismo tiempo por lo que los cambios en la cultura material reflejarían una transformación ideológica más que algo económico, el cambio subsistencial sería un proceso lento mientras que el producido en la cultura material abrupto.

Ninguna de las posturas expuestas es totalmente radical y como ocurre en otras regiones los modelos o interpretaciones tienden hacia el eclecticismo. Lo cierto es que una aparición abrupta en el registro de los domésticos no es impedimento para que las poblaciones locales los utilicen con fines rituales, por ejemplo. O que la llegada de un Neolítico totalmente formado a las costas británicas desde el continente suponga la desaparición repentina del modo de vida depredador. De hecho, los últimos datos genéticos de Irlanda, por ejemplo, confirman que el Neolítico se expande por poblaciones que llegan desde Inglaterra y que presentan un ADN relacionado con el continente en torno al 3800. Sin embargo, los mismos datos genéticos demuestran que estas comunidades neolíticas migrantes se relacionaron con los grupos locales, probablemente *ca.* 3750-3500.

Como es lógico, estas concepciones teóricas generales han influido decisivamente en la interpretación del registro arqueológico, por ejemplo, en los asentamientos y en los edificios de este periodo. Así, las escasas evidencias de casas y los restos en ellas recuperados se han definido como claramente domésticos o funcionales, o bien como evidentemente rituales y simbólicos. Desde el punto de vista descriptivo, en las islas británicas las casas son mayoritariamente de planta rectangular con varias divisiones realizadas en madera con entre unos pocos metros hasta unos 20 de longitud en algunos casos y con una importante variedad arquitectónica (zanjas, hoyos, postes, etc.). En su interior se han encontrado hogares y evidencias de actividades con cerámica, cereales, etc. Aunque en algunos casos su carácter residencial y permanente está lejos de poder confirmarse. En cualquier caso, una característica fundamental de los asentamientos y de las casas es su gran variabilidad regional. En el Neolítico Final las casas parecen incluso más provisionales que en los periodos iniciales y presentan planta circular.

Un aspecto muy interesante de las casas y los asentamientos en las islas británicas es la relación entre éstas y los monumentos funerarios. En muchas ocasiones estos monumentos se erigen sobre antiguas casas o estructuras residenciales evidenciando una continuidad del espacio o una ritualización del mismo o incluso un recurso a los ancestros que habitaron el lugar. Ejemplos los podemos encontrar en el Neolítico Antiguo en Hazelton North, Ballyglass, etc., y en el Neolítico Final en Kbowth o en Orkney. El mundo funerario del Neolítico británico está evidentemente relacionado con el Megalitismo. En un primer periodo con los *long barrows*, y desde el Neolítico Medio llegando hasta la edad del Bronce, con el surgimiento de los recintos y otros monumentos y también otras prácticas funerarias como la cremación.

En un principio parece que los primeros neolíticos se asentaron en las zonas de colinas del sur y del oeste y en las planicies costeras británicas. Progresivamente irán ocupando nuevas tierras, especialmente en los valles, todo ello acompañado de la deforestación y aclarado del bosque para desarrollar su economía agropecuaria. Se defiende que estas comunidades tenían un modo de vida relativamente móvil alrededor de un territorio de explotación en grupos o comunidades de familias extensas y no muy numerosas. Sin embargo, al mismo tiempo, determinadas actividades como la construcción de monumentos (*long barrows*, por ejemplo) requerirían de un número mayor de personas por lo que se producirían momentos o fenómenos o lugares y actividades de agregación poblacional.

Como ya hemos mencionado la cultura material también mostrará una ruptura respecto a los momentos mesolíticos. En la lítica, por lo general, los instrumentos neolíticos serán de mayor tamaño destacando las hachas, algunas en sílex. La mayoría de las interpretaciones consideran que las primeras cerámicas de las islas británicas presentan un alto grado de determinación tecnológica en su producción. Al mismo tiempo exhiben un conjunto de formas relativamente

restringidas en las que debemos mencionar los perfiles carenados y la ausencia de decoración en la mayoría de los recipientes. Su funcionalidad serían las actividades culinarias y cotidianas. En el Neolítico Medio y desde el 3600/3500 se observa una progresiva regionalización de los estilos y una mayor variabilidad de formas y decoraciones, especialmente en el conjunto de la *Impressed Ware* que agruparía varios grupos regionales como Peterborough. Las series de impresiones son las decoraciones más habituales realizadas con útiles de hueso y madera y, en ocasiones, cuerda. En el Neolítico Final aparecerá la *Grooved Ware*, entre el *ca.* 2900 y el 2100. Su presencia e importancia varía entre las diferentes regiones de las islas. Los fondos de sus recipientes suelen ser planos y su decoración presenta patrones geométricos mediante técnica acanalada.

7. EL MEDITERRÁNEO CENTRAL Y OCCIDENTAL

Las aguas y las costas del Mediterráneo fueron la otra gran vía de *Expansión* del Neolítico por Europa. Tal vez la característica más sorprendente de la neolitización esta amplísima zona es su rapidez. En apenas 300/400 años el Neolítico se expande desde la parte occidental de Grecia (*ca.* 6000) hasta la península ibérica (*ca.* 5700/5600) y, aproximadamente, entre uno y dos siglos más llega a las costas atlánticas de Portugal (*ca.* 5500/5400). En este



Figura 12. Mapa del Mediterráneo central y occidental con los principales yacimientos citados en el texto.

apartado, además de las zonas costeras propiamente dichas, incluiremos también las zonas interiores de toda Italia, del sur y parte del centro de Francia y mencionaremos brevemente la península ibérica ya que cuenta con un capítulo específico en el manual de Prehistoria reciente de la península Añadir: ibérica editado por la UNED (Menéndez Fernández, 2013).

7.1. Neolítico Antiguo

7.1.1. *Antecedentes mesolíticos*

Durante el proceso de neolitización, toda esta amplia región europea comparte muchas características y situaciones, especialmente en lo que respecta a los grupos del Mesolítico Final y su *Interacción* con las comunidades productoras colonas, y a una cierta similitud en la *Expansión* del mundo neolítico.

Los últimos grupos de cazadores-recolectores del Mediterráneo presentan una cierta unidad cultural y tecnológica definida a partir de la industria lítica. Por un lado, estaría el denominado *Castelnoviense* que se extendería por Italia y el sureste de Francia, además del norte de África, y, tal vez, el Mediterráneo español. Por otro, otras zonas de Francia y la península ibérica con otros grupos culturales y arqueológicos. La característica lítica más destacada en estos grupos o culturas es la fabricación de puntas geométricas de proyectil, principalmente trapecios de retoque abrupto muy característicos del Castelnoviense. La presencia de estas comunidades mesolíticas no es, ni mucho menos, regular existiendo algunas regiones con grandes vacíos o muy escasos yacimientos que determinan la investigación, por ejemplo, en la zona del Piedemonte y la Provenza, en el centro y sur de Italia, y en España en Cataluña y en la Meseta central (¿realidad histórica o arqueológica?, ¿lagunas de la investigación?...). La mayoría de estos lugares mesolíticos se localizan en cuevas y abrigos existiendo una más que evidente falta de yacimientos al aire libre lo que ofrece una imagen muy parcial de estas comunidades. Esto repercute indefectiblemente en su caracterización socioeconómica, aunque se han definido como grupos con una economía de amplio espectro y con un nivel elevado de planificación. Algunos autores, incluso, han propuesto un cierto grado de complejidad socioeconómica en algunas zonas a partir de estos datos. Lo mismo sucede con el mundo funerario y, más aún, en la última fase mesolítica de contacto con la expansión neolítica. En este momento los enterramientos son muy escasos y muy dispersos en el espacio y en el tiempo. Existen algunas excepciones como en Muge en Portugal que han servido para plantear una posible resistencia o perduración de estos grupos de cazadores-recolectores ya en el Neolítico Antiguo. En los últimos años la investigación ha prestado atención a la relación entre la evolución de estos grupos y algunos eventos climáticos como el periodo frío y seco denominado *8.2 cal kyr BP*

(*ca.* 6550-6250). En algunas áreas, como en el valle del Ebro, se ha planteado la posibilidad de movimientos poblacionales importantes debido a este cambio climático o una reducción demográfica de estos grupos o su entrada en un periodo de crisis que pudo condicionar su papel en el proceso de neolitización.

Todo ello, junto con la aparición abrupta en el registro del *package* neolítico, presenta una imagen o transmite una sensación, de una rápida sustitución de estos grupos mesolíticos locales, o, incluso, de la colonización neolítica de tierras deshabitadas, como en algunas zonas de costa o interiores, como la citada Meseta central española. Además, los contextos en los que se pueden analizar posibles procesos de interacción son muy puntuales y de difícil interpretación. Sin embargo, y sin ninguna duda, estos fenómenos de interacción tuvieron que producirse, como nos los indican los estudios de ADN, y el papel de estos cazadores-recolectores tuvo que ser importante en la neolitización.

En resumen, los datos disponibles sobre las últimas comunidades depredadoras en el arco mediterráneo son muy escasos. Esto, unido al hecho de la rápida y, podríamos decir, *contundente* expansión/colonización neolítica tiene como resultado un periodo de neolitización relativamente breve, entre 150/300 años, mucho más breve que el ocurrido en otras partes de Europa como ya hemos visto. Por tanto, parece que empieza a esbozarse un proceso global en el que la neolitización se acelera desde el Mediterráneo oriental, al central y, finalmente, al occidental. El *mundo neolítico* va adquiriendo experiencia y adaptabilidad a medida que recorre el continente y en la parte final del Mediterráneo se presenta totalmente formado y extremadamente versátil para ocupar diferentes nichos ecológicos e interaccionar con distintas culturas y comunidades.

Los datos actuales no dejan ninguna duda de que el *Neolítico mediterráneo* es un Neolítico de *expansión* y posterior *interacción* con grupos locales. Se han planteado varios modelos para explicar este proceso. Ya hemos mencionado el Modelo arrítmico sobre el que volveremos a continuación. Otra propuesta interpretativa es el *Modelo de colonización marítima pionera* de J. Zilhão (Zilhão, 2000, 2001). Este autor propone una colonización discontinua en el espacio, pero continua en el tiempo a través del mar, lo que explicaría tanto la rápida colonización del Mediterráneo occidental hasta las costas atlánticas del centro de Portugal, como el patrón geográfico discontinuo de las dataciones del Neolítico. Un patrón similar al denominado *colonización de pídola* o de *salto de rana* que se ha propuesto para algunas zonas interiores de esta amplia región (ver Introducción).

7.1.2. *El Adriático*

Como ya hemos comentado, esta expansión comienza en el oeste de Grecia. En esta zona, entre el *ca.* 6300 y el 6000 se ha detectado una nueva ralentización o periodo de estasis en la expansión del Neolítico definida en el

marco del Modelo Arrítmico ya mencionado. En el yacimiento de Sidari, en la isla de Corfú, las primeras evidencias del Neolítico aparecen *ca.* 6300 con cerámica monocroma con paralelos en el Egeo, una tradición lítica mesolítica, y la ganadería de ovicápridos. En una segunda fase, desde el inicio del VI milenio, este yacimiento estará ocupado por grupos neolíticos con *Cerámica impressa* que serán los responsables de la expansión inicial del Neolítico por el Mediterráneo tres siglos después de la primera presencia neolítica en la zona. Sin lugar a dudas, el origen de estas comunidades de la *Cerámica impressa* (*Impressed Ware*) es uno de los temas más debatidos en la neolitización mediterránea: ¿invención local?, ¿influencia balcánica o egea?

A partir del 6000/5900 y hasta el *ca.* 5600, el Neolítico se expande por ambas costas del Adriático siguiendo un eje sur-norte, desde Albania a Dalmacia, y desde Puglia a Marche, y hacia el oeste hasta Sicilia, llegando a Córcega y Cerdeña. En toda esta zona el Neolítico aparece, por lo general, de manera abrupta y con el *package* formado y completo: economía agropecuaria (ovicápridos, trigo, cebada), cerámica, poblados asentados, industria lítica laminar, hachas de piedra pulimentada, etc.

Nos vamos a detener en la zona oriental del Adriático (figura 12) que presenta tres aspectos que se van a repetir, con diferentes matices, a lo largo del Mediterráneo.

En primer lugar, un proceso de neolitización en dos fases sucesivas. Los contextos neolíticos más antiguos (*ca.* 6100-5800: Gudnja, Nakovana, Vela, Grapčeva, Zemunica, Gospodska) son cuevas donde aparecen la cerámica y los ovicápridos, pero no las plantas domésticas. Estos asentamientos han sido interpretados como pioneros en un marco de reconocimiento del territorio para una segunda neolitización. Ésta ocurriría 100/150 años después, ya con asentamientos al aire libre (Sušac, Pokrovnik, Tinj, Crno Vrilo, Vižula, Kargadur) y con todos los elementos neolíticos, incluida la agricultura, y ocupando las mejores áreas para la producción de alimentos.

En segundo lugar, la presencia de ciertos contextos que podrán interpretarse como fenómenos de interacción entre grupos mesolíticos y neolíticos como las cuevas de Edera y de Vela. En Edera, en el nivel 3a bajo el primer Neolítico se han encontrado unos pocos fragmentos cerámicos lisos, restos de animales domésticos y salvajes y una industria lítica castelnoviense. En Vela aparece un nivel con un contenido similar, claramente cazador-recolector con unos pocos restos de cerámica, segmentos de láminas prismáticas y huesos ocasionales de ovicápridos. Para algunos autores estaríamos ante la fase de disponibilidad del modelo de Zvelbil y Rowley-Conwy que ya hemos mencionado.

Por último, la cerámica y sus estilos marcarán la caracterización y clasificación de grupos arqueológicos. Así, en el sur y el centro del Adriático aparecerán las cerámicas impresas (*Impressed Wared*, ver *infra*) y en el norte, hacia el 5600, el estilo Danilo-Vlaška. Este conjunto presenta perfiles complejos, por ejemplo,

copas, pies huecos, carenas, etc., con decoraciones incisas rellenas de pasta roja y blanca y pintadas. Tendrá su continuidad en el Neolítico Medio.

7.1.3. *Sur y centro de Italia*

En el centro y sur de Italia y en Sicilia el proceso de neolitización será similar al este del Adriático. Sobre un poblamiento mesolítico escaso aparecerá de forma abrupta el Neolítico de cerámicas impresas en la transición entre el VII y el VI milenio. Se ha propuesto muy pocos contextos de interacción o transición, y algunos de ellos, como la cueva de Uzzo siguen cuestionados. Los asentamientos neolíticos al aire libre eligen zonas abiertas, tanto en el litoral como en el interior donde se ubicarán cercanos a cursos de agua en posiciones estratégicas siempre en las zonas más aptas para la agricultura y la ganadería. Estos poblados revelan una organización del espacio, con áreas de actividades específicas y grandes obras comunales como los fosos localizados especialmente en las regiones de Tavoliere y Matera. En Rendina las casas son rectangulares rodeadas de postes con un hogar en el interior, algunas con pavimentos de piedras. Los hallazgos de enterramientos son muy escasos. Los inhumados se disponen en posición fetal, generalmente sin ajuares, aunque en algunos casos hay molinos y restos de cereales como ofrendas. En otros casos como en Canale Samari se ha señalado el uso del fuego en ceremonias funerarias. Las formas de las cerámicas impresas (*Impressed Wared* o *Impressa*) presentan formas ovoides y derivadas de la esfera en forma de ollas y cuencos. Se dividen en producción grosera, que disminuirá a medida que pase el tiempo, y producción fina que perdurará en el tiempo. Las primeras se decoran con ungulaciones, e impresiones de punzones y bordes de conchas dentadas siguiendo patrones paralelos que cubren la superficie total o casi total del recipiente. La producción fina presenta una mayor variabilidad que será el germen de la posterior regionalización de los estilos. Las impresiones con diferentes útiles, incluida la concha de *Cardium*, es lo más abundante, también con concha de *Pecten*, con la que se realizan algunas incisiones, en ocasiones está presente la pintura. Los patrones decorativos están más organizados ordenados en formas geométricas con patrones repetidos (figura 13). Son elementos típicos del conjunto de la *Cerámica impressa* las figurillas femeninas similares a las de los Balcanes, la presencia de apéndices antropomorfos en algunos recipientes y otros con formas de animales.

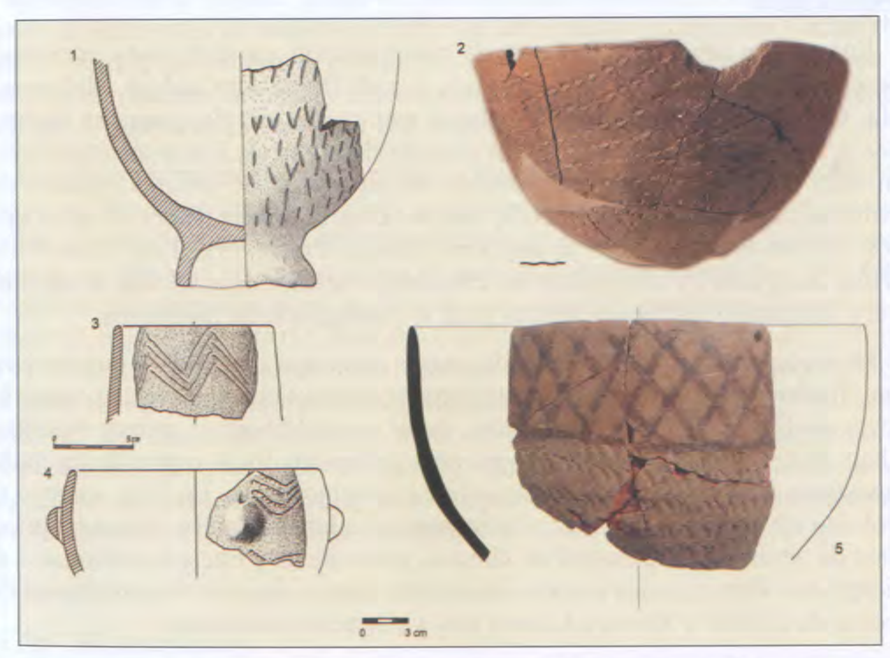


Figura 13. Cerámicas del Neolítico Antiguo de Italia central y Meridional. Producción "grosera": 1: Torre Sabea; 2: Favella. Producción "fina": 3 y 4: Trasano; 5: Lagnano da Piede. Fuente: modificado de Grifoni Cremonesi y Radi, 2014, pp. 257, 259, figuras 12 y 14.

7.1.4. *Norte de Italia*

En el norte de Italia la neolitización comenzaría *ca.* 5300/5000 o ligeramente antes. Como en el sureste de Europa y en el Mediterráneo oriental, los asentamientos se encuentran en zonas abiertas y ricas desde el punto de vista de los recursos y cercanas a cursos de agua, también se ocupan cuevas y abrigos con diferentes funcionalidades. Las evidencias de estructuras de habitación y de enterramientos son escasísimas y las estructuras excavadas en los yacimientos se limitan, en muchas ocasiones, a hoyos o zanjas con una función debatida. En general, las casas parecen de reducido tamaño, de planta rectangular y construidas en madera circundadas por postes. Los poblados parecen estar rodeados por zanjas delimitadas con postes (Lugo di Romagna, Lugo de Grezzana y Vhò di Piadena). Los datos sobre el mundo simbólico se reducen a unas pocas deposiciones de figurillas asociadas a posibles rituales de fundación. La subsistencia de estos grupos es claramente productora. En relación con esto, uno de los útiles más característicos de esta zona son las hoces con láminas de sílex como elemento activo similares a las de La Marmotta o a las de la cultura Karanovo en Bulgaria. La cerámica se integra en la *Impressed Ware* pero con algunos desarrollos locales en Liguria y otros estilos como Danilo y Firoano-Vhò que tendrán desarrollos posteriores.

Para concluir el Neolítico Antiguo en Italia queremos prestar atención al yacimiento de La Marmotta. Sus condiciones lacustres han permitido la conservación de una gran y extraordinaria colección de restos orgánicos que nos abren una ventana al Neolítico, a su mundo e, incluso, a su vida cotidiana.



Vídeos del yacimiento de La Marmotta (Lago de Bracciano, Italia). Fuente: https://www.rtve.es/alacarta/videos/arqueomania/arqueomania-marmotta/5607438/ y https://www.youtube.com/watch?v=yzJEdjPepr4.

7.1.5. *Sur de Francia*

Este conjunto de la ***Impressa*** italiana será el responsable de la neolitización del sur de Francia y, según los datos más recientes, de la península ibérica. Durante el lapso 5850-5650 grupos de pioneros provenientes de las costas italianas se asientan en el Mediterráneo francés en yacimientos como Pendimoun, Peiro Signado y Pont de Roque Haute (figura 12). Los paralelos son evidentes en la industria lítica con la talla de láminas por presión, y en la cerámica, tanto en patrones decorativos como en algunas técnicas, por ejemplo, las series de impresiones perpendiculares de conchas dentadas. Otro elemento común y muy distintivo es la aparición en estos contextos de obsidiana de Palmarolla y Cerdeña (figura 12). Sin embargo, cada uno de estos yacimientos muestra particularidades propias relacionadas con diferentes partes de Italia (el Adriático, el golfo de Génova-Arene Candide, la zona centro-meridional) lo que demuestra la existencia de diferentes corrientes e influencias en esta primera neolitización. Sus hábitats parecen reducirse a las zonas costeras y su economía está basada, principalmente, en la agricultura del trigo y el pastoreo de ganado ovicaprino. A partir de este momento, y hasta *ca.* 5400/5300 se produce un hiatus en el poblamiento neolítico del sur de Francia. Posteriormente aparecerá el horizonte del Cardial franco-ibérico característico de todo el Mediterráneo occidental. Es muy probable que este vacío no sea real y se deba más a cuestiones relacionadas con la investigación. De hecho, en las costas mediterráneas españolas no existe este lapsus y hay evidencias de una continuidad entre las primeras colonizaciones pioneras de la *Impressa* y el Cardial franco-ibérico.

Lo que va a suceder en el Mediterráneo occidental a partir del *ca.* 5400/5300 se ha definido en algunas ocasiones como un *boom* poblacional. En uno o dos siglos el registro nos muestra una enorme proliferación de yacimientos plenamente neolíticos hasta tal punto que ya estaría neolitizada la gran mayoría

del territorio. Esta segunda neolitización será más profunda y rotunda que la anterior de la *Impressa* y estará protagonizada por los grupos del *Cardial franco-ibérico* y del *Epicardial*.

El origen del **Cardial** sigue siendo una cuestión muy debatida con varias hipótesis planteadas en los últimos años: derivación del Cardial tirrénico, un proceso endógeno de interacciones entre cazadores-recolectores y las facies neolíticas italianas, o un fenómeno de transición demográfica y conjunción de las influencias anteriores. Lo cierto es que en muy poco tiempo los grupos cardiales ocuparán el Mediterráneo occidental. Los recursos domésticos cardiales son más variados que en la *Impressa*, con ovicápridos como elemento principal pero también ganado vacuno y cerdos además de la caza de animales salvajes. Se plantan trigos, cebadas y leguminosas y se extiende el poblamiento al aire libre en las zonas más aptas para la agricultura y la ganadería. También se ocupan abrigos y cuevas para diferentes usos entre los que destacan la progresiva aparición de rediles para el ganado (Fontbrégoua, Lombard, Leucate, Oullins, Gazel, Aigle, etc.). Otro punto a destacar es la proliferación y desarrollo de intercambios regionales a larga distancia.

El mundo funerario del Cardial y, en general, del Neolítico Antiguo del Mediterráneo occidental presenta muy pocos datos. En varios yacimientos de estas cronologías es relativamente habitual recuperar huesos humanos aislados mezclados con los otros restos de cultura material. La interpretación de estas evidencias es tremendamente difícil y se han vinculado con una posible circulación de reliquias. Existen algunas tumbas a partir de mediados del VI milenio que, por lo general, suelen ser inhumaciones individuales, aunque existen otros tipos.

Los recipientes cerámicos cardiales son de tamaño mediano y pequeño, con pocos ejemplos de grandes vasos de almacenaje. Las formas son cuencos, ollas, botellas de cuello indicado, con algunos casos peculiares como las asas-pitorro, por ejemplo. La técnica decorativa mayoritaria en la impresión (simple, pivotante, etc.) con el borde inclinado de la concha de *Cardium*. También se utiliza el natis. La aplicación de cordones, las impresiones de instrumentos dentados (peines o gradinas), la incisión, etc., también están presentes. Las decoraciones se organizan en bandas, generalmente con motivos geométricos, a veces formando frisos y combinaciones de elementos horizontales y verticales. Algunos recipientes presentan decoración en toda su superficie (figura 14). La industria lítica es fundamentalmente laminar. Las láminas simples serán un instrumento básico y multifuncional, junto con los geométricos como puntas de proyectil que varían en formas y tipos de retoque según las regiones. También aparecen las hoces con lustre de cereal, taladros, etc. La industria pulimentada está presente en forma de hachas y azuelas y adornos como brazaletes.

Pero la segunda mitad del VI milenio en el Mediterráneo occidental no es solo el mundo Cardial. En unas cronologías similares al Cardial para algunos



Figura 14. Muestrario de recipientes cardiales y epicardiales de Francia. Fuente: Binder *et al.*, 2010, pp. 121, figura 9.

autores o ligeramente posteriores para otros, se desarrollan los grupos ***Epicardiales***. A diferencia de los grupos cardiales que ocupan zonas relativamente cercanas a la costa, estos grupos epicardiales se asientan en zonas interiores de Francia y la península ibérica. Por lo general, se asume que el Epicarcial derivaría del Cardial, aunque la cronología de ambos hace difícil esta secuencia. Otros autores consideran que serán los grupos de la *Impressa* el origen de ambos estilos. Lo cierto es que no son grupos tan diferentes, ya que comparten características en su poblamiento, en su economía productora, en otros elementos del *package* neolítico, en su ADN e, incluso, en su cerámica como en muchos aspectos de la tipología y los patrones decorativos.

Las cerámicas de estos grupos son muy similares en formas y tamaños a las cardiales. Las técnicas absolutamente mayoritarias son la impresión con diferentes tipos de útiles, la incisión-acanaladura y la aplicación de cordones en diferentes formas y patrones. También están presentes los peines en bajos porcentajes y la técnica "boquique" cuya relación con la *Impressa* todavía está por establecer. Las composiciones decorativas no son muy complejas, desde simples impresiones o líneas bajo el borde, a combinaciones de guirnaldas y frisos de diferentes composiciones. La industria lítica tallada y pulimentada presenta las mismas características que los grupos cardiales, pero con las consiguientes variaciones e influencias regionales.

7.2. Neolítico Medio/Final

Durante este periodo como ocurre en toda Europa, asistiremos a la proliferación de grupos arqueológicos y culturas, muchas de ellas con estrechas relaciones y leves diferencias en algunos aspectos de la cultura material. Igualmente, en estos grupos se observa una paulatina intensificación de la economía productora y una progresiva complejidad socioeconómica. A continuación, nos detendremos en algunos de los más significativos.

7.2.1. *Italia: Stentinello, facies pintada, VQB*

La propia cerámica *impressa* que hemos analizado unitariamente presenta diferentes grupos desde el sureste del Adriático, a la zona central del mismo, el cardial tirrénico o la Impressa ligur con Arene Candide como uno de los máximos exponentes.

Junto a estos grupos se desarrolla desde aproximadamente mediados del VI milenio hasta mitad del IV en el sur de la península italiana y Sicilia la cultura **Stentinello**. Los poblados de este grupo están rodeados de fosos y basan su economía en la agricultura con un importante aporte de la caza. La industria lítica presenta fundamentalmente láminas simples y el uso de materiales como la obsidiana de Lipari y las cuarcitas del Etna para los pulimentados. La cerámica se divide en dos grupos, uno más grosero y otra producción fina. El primero con paredes gruesas y fondos convexos, muchos de ellos lisos y otros decorados con motivos simples ordenados en bandas. Las cerámicas finas presentan una decoración más variada con motivos geométricos como rombos, dientes de lobo, zig-zags, y el típico "ojo humano estilizado". Estos motivos impresos, a veces con diferentes instrumentos en el mismo vaso, se organizan en bandas horizontales y verticales que ocupan toda la superficie de los recipientes.

Durante el segundo tercio del VI milenio y contemporánea a Stentinello se desarrollan los grupos del Neolítico Antiguo Final de la denominada ***facies pintada***, localizada en la zona del Tavoliere. Los principales grupos serían Lagnano da Piede y Masseria La Quercia. Los poblados presentan fosos con varias fases estructurales en las que destacan la complejidad de sus plantas. La agricultura y la ganadería están perfectamente definidas. La cerámica pintada es el elemento más característico, con decoraciones que aparecen en la mitad superior o en toda la superficie y tanto en el interior como en el exterior. Los patrones geométricos, algunos muy complejos, están formados por líneas rojas o marrones (triángulos, jaqueados, zig-zags, rombos, rectángulos, etc.). También es característico el motivo *dell'offerente* y motivos antropomorfos plásticos aplicados en el borde de los recipientes.

Uno de los grupos arqueológicos más representativos del Neolítico Medio en el norte de Italia es la cultura **VQB** o **Vasi a Bocca Quadrata**. Este grupo se asienta desde Ligura hasta el Véneto desde *ca.* V milenio hasta aproximadamente mediados del IV. Sus asentamientos aparecen en diferentes nichos geográficos, ocupando cuevas y poblados al aire libre. Especialmente en la zona del Tirol aparecen yacimientos en colinas y altos, aparentemente por

razones defensivas. En esta línea, también son importantes los asentamientos rodeados de fosos y empalizadas de la región de Emilia-Romagna cuyos antecedentes directos están en la cultura Fiorano. Los enterramientos de este grupo presentan una cierta variabilidad, desde fosas simples a cistas de piedra y otras estructuras de estos materiales. Del mismo modo los ajuares difieren, desde tumbas sin ajuar o muy poco y pobre a otras con diferentes elementos como cerámicas, puntas de flecha, adornos (conchas), industria ósea, hachas, etc., (Arene Candie, Quinzano, La Vela). Incluso en algunos lugares como Chiozza di Scandiano se ha planteado la existencia de restos quemados de un banquete ritual a los pies de una fosa funeraria. En esta cultura también son frecuentes las estatuillas femeninas que muestran relaciones con la zona de los Balcanes, presentan diferentes formas y detalles y generalmente se interpretan en relación a rituales de fecundidad. Estas comunidades eran agrícolas (trigo, cebada y legumbres) y ganaderas (cerdos, vacuno y ovicápridos) que progresivamente sustituirán a la caza (ciervo, jabalí) y la recolección (moluscos, frutos) que tuvo cierta importancia. La industria lítica tallada presenta una evolución en las sucesivas fases, especialmente en las puntas de flecha pedunculadas y en otros útiles. En la pulimentadas destacan las hachas. La cerámica de VBQ se ha dividido en tres fases con sus respectivas características y zonas de aparición: el estilo geométrico-lineal, el meandro-espiral y el impreso-inciso. En general, las formas son variadas: cuencos, jarrones con pie, ollas globulares, perfiles compuestos, vasos de cuello alto, etc. Lo más característico, y que da nombre a esta cultura, son las bocas cuadradas de algunos de ellos, especialmente de los cuencos (figura 15). Las técnicas decorativas son variadas, principalmente esgrafiado, impresiones e incisiones y también cordones, que dibujan patrones geométricos, desde bandas lineales, triángulos, reticulados a espirales, meandriformes, etc. Además, también son frecuentes las pintaderas, estampillas o sellos cuya utilidad se debate como instrumentos decorativos, por ejemplo, de tejidos o para adorno corporal.



Figura 15. Vasos de boca cuadrada de Valli di Fimon.
Fuente: https://www.museicivicivicenza.it/it/mna/percorso.php/6647.

La VBQ marcó una cierta unidad cultural en el norte de Italia a lo largo del V milenio principalmente. En el siguiente milenio esta situación comienza a cambiar, junto con una disminución de los contactos con la zona adriática y balcánica y un desarrollo de las relaciones con el norte de los Alpes y el territorio francés. Todo ello da lugar a la cultura llamada **La Lagozza.** Hasta tal punto estas nuevas influencias fueron importantes que este grupo se relaciona y se denomina conjuntamente con la cultura Chassense del sur de Francia dando lugar a un grupo que podríamos definir como mixto, entre el continente y esta zona mediterránea.

Nombre/s	Características Principales
Serra d'Alto	• Neolítico Medio del sur, Lipari y Sicilia (*ca.* 4400-4200). • Yacimientos: Sierra d'Alto, Gravela, cueva de Praia a Mare. • Asentamientos sin fosos con tamaños variables. • En Apulia cuevas sepulcrales e hipogeos: Manfredi. • Lítica en sílex y obsidiana, puntas de flecha pedunculadas. • Cerámica pintada en color marrón, con un amplio repertorio de motivos en espiral y meandros junto con asas con apéndices zoomórficos. Formas complejas y simples. • Otros estilos Italia meridional: Pintadas en blanco, en banda rosa, Scaloria Bassa y Alta, Cassano Jonio, Capri.
Diana-Bellavista	• Neolítico Final del sur (*ca.* 4300-4000). • Yacimientos: Diana di Lipari, necrópolis de Masseria Bellavista en Taranto. • Cuevas e hipogeos funerarios: Colombo, Scoglio del Tonno. • Asentamientos pequeños y de corta duración. • Tres fases de evolución cerámica: cerámicas de color rojo muy brillante.
Ripoli	• Neolítico Medio zona central (*ca.* 2° tercio del V milenio a 1ª mitad del IV). • Yacimientos: Ripoli. • Asentamientos en zonas fluviales muy aptas para la agricultura: trigos, cebadas, ganado vacuno, ovicápridos, cerdos, caza. Enterramientos en los poblados. • Territorio extenso con influencias en la cerámica lineal Serra d'Alto o Danilo. • Lítica en sílex y obsidiana: puntas de flecha pedunculadas, raspadores, Industria ósea muy abundante. Pulimentos: hachas, azuelas, discos, anillos, molinos y unos elementos elipsoidales pulimentados y perforados muy típicos interpretados como elementos para la pesca. Elementos de telar. Colgantes de concha. • Cerámica: formas variadas: jarras, cuencos, platos; decoración pintada en rojo con motivos geométricos y también acanalados, impresiones y decoraciones plásticas. • Otros estilos Italia central: Abruzzese-Marchigiana, Marcianese, Catignano, Paterno, Lineal.

Fiorano	• Neolítico Medio zona septentrional (*ca.* 2ª mitad V milenio a inicios del IV): regiones de Emilia-Rogmana y Berico-Euganea. • Yacimientos: Bazzarola, Lugo, Chiozza de Scandiano, etc. En llamuras altas y también en zonas perilacustres o pantanosas. • En Lugo de Rogmana destacan sus fosos y empalizadas comunes en los asentamientos de esta zona. • Economía agrícola y ganadera. • Lítica: sílex de origen alpino, buriles tipo Ripabianca, raspadores, microburiles, etc. • Cerámica fina con formas variadas como copas, botellas con cuello y cuatro asas, cuencos, etc. Las decoraciones son impresas e incisas con motivos geométricos. Paralelos con la LBK en las decoraciones de "notas musicales". • Otros estilos del norte de Italia: Vhò, Fagnigola e di Sammardenchia, Gaban, l'Isolino.

Tabla 3: Principales culturas del Neolítico Medio y Final de Italia.

7.2.2. *Francia: Chassense*

En Francia, como en Italia y también en la península ibérica, se observa un cambio en las tradiciones estilísticas cerámicas aproximadamente en la transición del VI al V milenio. Al mismo tiempo que esto se produce, asistimos a la consolidación definitiva de la economía de producción y a la intensificación de algunas redes de intercambio a larga distancia. En la Francia mediterránea, como en España, las técnicas cardiales irán perdiendo importancia en favor de impresiones e incisiones de otros tipos de instrumentos que los investigadores han clasificado en Epicardial Antiguo (*ca.* 5300-4900: Taï, Gazel, Bourbon, Camprafaud, Mas de Vignoles, etc.) y reciente (*ca.* 4800-4500: Gazel, Camprafaud, St-Pierre de la Fage, Rousillone, Mas Neuf, etc). En este momento se observan algunos cambios en las cerámicas como una mayor atención al tratamiento de las superficies y la aparición de nuevas formas que se impondrán en el Neolítico Medio. Algunas características como líneas incisas y acanaladas rodeadas de impresiones circulares de punzón presentan una sorprendente similitud entre el Ródano y Andalucía. A mediados del V milenio se producirá un cambio cultural manifestado en el registro por la aparición de los horizontes de cerámicas lisas.

Sin lugar a dudas y a nivel general, el Neolítico Medio en Francia está protagonizado por la cultura **"Chassense"** o *Chasséen*. Especialmente desde los años 60 del siglo pasado, el estudio y el debate sobre esta *cultura* ha sido intenso y prolífico a partir de las estratigrafías de varios yacimientos como el yacimiento epónimo de Chassey-le-Camp, la cueva de La Madeleine, Les Jardins de Vert Parc, Villa Giribaldi, Les Bagnoles, La Roberte, Mourre de la Barque, Chemin de Barjols, etc. En la bibliografía se pueden observar múltiples interpretaciones y, por ejemplo, una gran cantidad de periodizaciones y divisiones "culturales", arqueológicas y geográficas. Muchos autores coinciden en el principio del IV milenio como un momento de diferenciación entre una fase inicial (*ca.* 4400/4300-4000) que conformaría el Chassense propiamente dicho, y otra de intensa regionalización hasta el *ca.* 3500-3300 cuando comienzan a desarrollarse los grupos del Neolítico Final. Esta cultura y sus influencias se extendieron por un vasto territorio que ocuparía aproximadamente el estado francés actual. Obviamente, los procesos socioeconómicos, culturales y materiales no fueron similares en todo este espacio, pero sí compartirá ciertos elementos arqueológicos que les otorgan una cierta homogeneidad.

Los grupos chassense se asientan en diferentes tipos de hábitats (cueva, aire libre). Algunos autores han propuesto la jerarquización del territorio en base a grandes poblados centrales que controlaría un espacio determinado y ocupado por otros asentamientos más pequeños y con funcionalidades especializadas. En estos asentamientos se documentan diferentes estructuras como silos y las casas son, por lo general, de planta rectangular.

Otra característica fundamental de este grupo es el pleno desarrollo de la economía productora (cerdos, vacas, ovicápricos, cereales, etc.) que junto con los intercambios a larga distancia y una determinada explotación del territorio ya mencionada, suponen la base de ciertas interpretaciones de jerarquización social. Entre estos elementos de intercambios a larga distancia destacan el sílex melado beduliense en forma de láminas y núcleos tratados térmicamente, la obsidiana, la variscita y hachas pulimentadas algunas de origen alpino. Estos materiales, con mayor o menos profusión, aparecen en el área de influencia chassense mostrando una red multidireccional y multifocal de productos y materias primas singulares. Tomando como ejemplo el sílex melado es muy interesante constatar, como señalan varios autores, que su presencia en el valle del Ródano o en el Languedoc oriental se limita a los contextos domésticos y no aparece en los funerarios. En cambio, en las zonas periféricas, donde su valor aumentaría por su carácter exógeno e importado, sí aparece en estructuras funerarias muy probablemente con un significado de prestigio y estatus para las élites locales.

La cerámica ha sido el elemento definidor por excelencia de las secuencias y de los subgrupos arqueológicos. Obviamente, debido a esta variabilidad regional es difícil establecer secuencias generales, pero a nivel global se aprecia un progresivo abandono de la decoración. En estas colecciones chassenses las características más importantes serían: platos con bordes decorados con motivos geométricos como retículas, dientes de lobo, ajedrezados, rombos, etc. mediante técnicas incisas/esgrafiadas y, a veces, rellenos de pasta; perfiles con carenas a diferentes profundidades y con diferentes orientaciones del cuello (rectos, abiertos, cerrados); recipientes con reborde interno; botellas de cuello corto; asas horizontales con varias perforaciones; decoraciones a base de cordones lisos, etc. (figura 16).

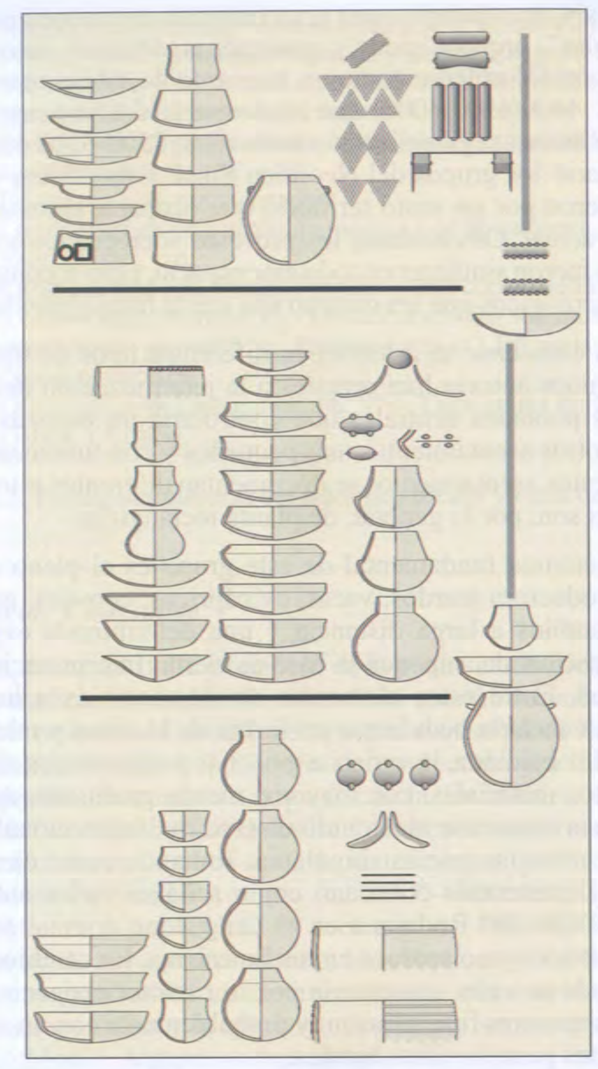


Figura 16. Representación esquemática de la seriación en tres etapas de la cerámica chassense (de más antiguo a más reciente). Fuente: modificado de van Willigen, D'Anna y Jean-Philippe, 2011, figura 8.

BIBLIOGRAFÍA

Referencias sobre el Neolítico en general que también tratan del territorio europeo se pueden encontrar en la bibliografía del capítulo 2.

AMMERMAN, A. J. (2003) 'Looking back', en Ammerman, A. J. y Biagi, P. (eds.) The Widening Harvest. The Neolithic transition in Europe: Looking back, Looking forward. Archaeological Institute of America. Colloquia and Conference Papers 6, pp. 3-23.

AMMERMAN, A. J. y CAVALLI-SFORZA, L. L. (1984) The Neolithic transition and the genetics of populations in Europe. Princeton: Pinceton Univesity Press.

BICKLE, P. *et al.* (eds) (2017) *The Neolithic of Europe: Papers in Honour of Alasdair Whittle*. Oxbow Books.

BINDER, D. *et al.* (2010) 'Les productions céramiques du Néolithique ancien entre Provence et Catalogne', en Manen, C. *et al.* (eds) *Premières sociétés paysannes de Méditerranée occidentale. Structures des productions céramiques*. Toulouse: Société Préhistorique Française, Mémoire LI. Séance de la Société Préhistorique Française, Toulouse 11-12 Mai 2007, pp. 115-129.

BRADLEY, R. (2007) *The Prehistory of Britain and Ireland*. Cambridge: Cambridge University Press.

CASSIDY, L. M. *et alii* (2020) 'A dynastic elite in monumental Neolithic society', *Nature*, 582, pp. 384–388.

CAVALLI-SFORZA, L. L. (2002) 'Demic diffusion as the basic process of human expansion', en Bellwood, P. y Renfrew, C. (eds.) Examining the Farming/Language Dispersal Hypothesis. Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research Monographs, pp. 79-88.

COUDART, A. (2015) 'The Bandkeramik longhouses: a material, social and mental metaphor for small-scale sedentary societies', en Fowler, C., Harding, J., y Hofmann, D. (eds.) *The Oxford Handbook of Neolithic Europe*. Oxford: Oxford University Press, pp. 309–326.

FOWLER, C., HARDING, J. y HOFMANN, D. (2015) 'The Oxford Handbook of Neolithic Europe. An Introduction', en Fowler, C., Harding, J., y Hofmann, D. (eds) *The Oxford Handbook of Neolithic Europe*. Oxford: Oxford University Press, pp. 3-23.

GRIFONI CREMONESI, R. y RADI, G. (2014) 'Du Mésolithique au Néolithique ancien en Italie Centrale et Méridionale', en Manen, C., Perrin, T., y Guilaine, J. (eds) *La transition Néolitique en Méditerranée*. Toulouse: Archives d'Écologie Préhistorique, pp. 243-267.

GRONENBORN, D. y DOLUKHANOV, P. (2015) 'Early Neolithic manifestations in Central and Eastern Europe', en Fowler, C., Harding, J., y Hofmann, D. (eds) *The Oxford Handbook of Neolithic Europe*. Oxford: Oxford University Press, pp. 195-213.

GUILAINE, J. (2000) 'La diffusion de l´agriculture en Europe: une hypothese arythmique', Zephyrus, 53-54, pp. 267-272.

GUILAINE, J. (2015) 'The Neolithization of Mediterranean Europe: Mobility and interactions from the Near East to the Iberian Peninsula', en Fowler, C., Harding, J., y Hofmann, D. (eds.) *The Oxford Handbook of Neolithic Europe*. Oxford: Oxford University Press, pp. 81-98.

KRAUSS, R. *et al.* (2018) 'The rapid spread of early farming from the Aegean into the Balkans via the Sub-Mediterranean-Aegean Vegetation Zone', *Quaternary International*. Elsevier Ltd and INQUA, 496, pp. 24-41. doi: 10.1016/j.quaint.2017.01.019.

MANEN, C. *et al.* (2010) *Premières sociétés paysannes de Méditerranée occidentale. Structures des productions céramiques*. Société Préhistorique Française, Mémoire LI. Séance de la Société Préhistorique Française, Toulouse 11-12 Mai 2007.

MANEN, C. y MAZURIE DE KEROUALIN, K. (2003) 'Les concepts « La Hoguette » et «Limbourg » : un bilan des données', en Besse, M., Stahl Gretsch, L. I., y Curdy, P. (eds) *ConstellaSion. Hommage à Alain Gallay*. Lausanne: Cahiers d'archéologie romande 95, pp. 115-145.

MENÉNDEZ FERNÁNDEZ, M. (ed.) (2013) *Prehistoria reciente de la Península Ibérica*. Madrid: UNED.

ÖZDOGAN, M. (2011) 'Archaeological Evidence on the Westward Expansion of Farming Communities from Eastern Anatolia', *Current Anthropology*, 52(Supplement 4), pp. S415–S430. doi: 10.1086/658895.

PERLÈS, C. (2001) *The Early Neolithic in Greece*. Cambridge: Cambridge University Press.

PRICE, T. D., WAHL, J. y BENTLEY, R. A. (2006) 'Isotopic evidence for mobility and group organization among neolithic farmes at Talheim, Germany, 5000 BC', *European Journal of Archaeology*, 9(2-3), pp. 259-284. doi: 10.1177/1461957107086126.

ROWLEY-CONWY, P. (2004) 'How the West was lost', *Current Anthropology*, 45(Supplement), pp. S83-S112.

PESSINA, A. y TINÉ, V. (2008) *Archeologia del Neolitico. L'Italia tra VI e IV millenio a. C.* Carocci Editore.

SCHIER, W. (2015) 'Central and Eastern Europe', in Fowler, C., Harding, J., and Hofmann, D. (eds.) *The Oxford Handbook of Neolithic Europe*. Oxford: Oxford University Press, pp. 99-120.

SHERIDAN, A. (2020) 'Incest uncovered at elite prehistoric Irish burial site', *Nature*, 582, pp. 347-348.

SHERRAT, A. (1980) 'Water, soil and seasonality in early cereal cultivation', in (1997) Economy and society in Prehistoric Europe. Edinburgh: Edinburgh University Press, pp. 85-101.

SZÉCSÉNYI-NAGY, A. *et al.* (2015) 'Tracing the genetic origin of Europe ' s first farmers reveals insights into their social organization', *Proceedings of the Royal Society B*, 282, p. 20150339. doi: http://dx.doi.org/10.1098/rspb.2015.0339.

THOMAS, J. (2013) *The Birth of Neolithic Britain: An Interpretive Account*. Oxford: Oxford University Press.

THORPE, I. J. N. (2009) 'Becoming Neolithic in southern Britain', en Glorstad, H. y Prescott, C. (eds) *Neolithisation as if history mattered*. Lindome: Bricoleur Press, pp. 23-63.

VV.AA. (no date) *Documenta Praehistorica*. Edited by M. Budja. Ljubijana: University of Ljubijana, Dpt. of Archaeology. Available at: https://revije.ff.uni-lj.si/DocumentaPraehistorica.

VAN ANDEL, T. H. y Runnels, C. N. (1995) 'The earliest farmers in Europe', *Antiquity*, 69, pp. 481-500.

VAN WILLIGEN, S., D'ANNA, A. y JEAN-PHILIPPE, S. R. (2011) 'Le Sud-Est de la France entre 4400 et 3400 avant notre ère . Sériation céramique et outillage lithique', *Préhistoires Méditerranéennes*, 2.

ZILHÃO, J. (2000) 'From the Mesolithic to the Neolithic in the Iberian Peninsula', en Price, T. D. (ed.) *Europe´s first farmers*. Cambridge University Press, pp. 144-182.

ZILHÃO, J. (2001) 'Radiocarbon evidence for maritime pioneer colonization', *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 98(24), pp. 14180-14185.

ZVELEBIL, M. (1996) 'The agricultural frontier and the transition to farming in the circum-Baltic region', en Harris, D. R. (ed.) *The origins and spread of agriculture and pastoralism in Eurasia*. London: University College London, pp. 323-345.

ZVELEBIL, M. (2000) 'The social context of the agricultural transition in Europe', en Renfrew, C. y Boyle, K. (eds) *Archaeogenetics: DNA and the population prehistory of Eurpe*. Cambridge: McDonald Institute Monographs, pp. 57-79.

ZVELEBIL, M. (2006) 'Mobility, contact, and exchange in the Baltic Sea basin 6000-2000 BC', *Journal of Anthropological Archaeology*, 25, pp. 178-192.

ZVELEBIL, M. y ROWLEY-CONWY, P. (1984) 'Transition to farming in Nothern Europe: a hunter-gatherer perspective', *Norwegian Archaeological Review*, 17, pp. 104-128.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. Dos de los elementos más característicos del grupo de la LBK son:
   a) Sus figurillas zoomorfas y sus hoces de tipo de gancho.
   b) Sus casas alargadas y las decoraciones en forma de "U" de sus cerámicas.
   c) Sus cerámicas con cuellos en forma de embudo y su agricultura de trigo.
   d) Sus casas alargadas trapezoidales y sus cerámicas decoradas con conchas.
2. Las pintaderas son propias del Neolítico de:
   a) Sureste.
   b) El Mediterráneo occidental.
   c) Las costas del Báltico.
   d) Ninguna respuesta es correcta
3. La neolitización del Báltico y Escandinavia:
   a) Se caracteriza por una difusión démica del Neolítico.
   b) Fue un proceso corto sin protagonismo de los grupos locales.
   c) La aparición del *package* neolítco fue abrupta y sin transición.
   d) Se caracteriza por un periodo de estabilización e intercambios en la zona de frontera.
4. La cultura Michelsberg:
   a) Aparece desde la cuenca de París al norte de Alemania.
   b) Presenta un patrón de movilidad relacionado con la ganadería.
   c) Surge en torno al 4400 en la transición entre el Neolítico Medio y el Final.
   d) Todas las respuestas anteriores son correctas.
5. La cerámica chassense se caracteriza, principalmente, por:
   a) Una decoración muy variada y barroca que ocupa toda la superficie del recipiente.
   b) Escasas formas limitadas a cuencos y ollas.
   c) Un progresivo abandono de la decoración.
   d) Decoración inexistente en las fases iniciales y muy rica en las finales.

Tema 2

EL NEOLÍTICO EN ASIA, OCEANÍA, ÁFRICA Y AMÉRICA

Íñigo García Martínez de Lagrán

1. INTRODUCCIÓN

Una de las cuestiones más interesantes y, al mismo tiempo, más sorprendentes del Neolítico a nivel mundial es su multifocalidad. En un periodo relativamente breve de tiempo la domesticación de animales y plantas tuvo lugar en diferentes puntos del planeta muy alejados entre sí. Por lo tanto, a los principios teóricos y explicativos de *Expansión*, *Interacción* y *Consolidación* que se han descrito en el capítulo anterior, debemos añadir otro anterior y originario: *Surgimiento*. Este concepto se basa en varios pilares fundamentales: qué cultígenos y animales se domestican, cuándo, cómo sucede este proceso y por qué ocurre. Obviamente, las situaciones históricas, arqueológicas y socioeconómicas de estos focos fueron muy diferentes, y presentan matices a la hora de responder a estas preguntas, como se apreciará en las páginas que siguen.

Una cuestión fundamental en el concepto de *Surgimiento* es la determinación del área originaria de domesticación y de su cronología, junto a su posterior expansión. En las últimas décadas se han sumado a la arqueología, a la paleobotánica y a la paleontología otros ámbitos de estudio como la genética o los isótopos lo que ha aumentado y enriquecido su conocimiento. La cuestión en este caso es determinar las tenues líneas que separan los procesos naturales de los procesos culturales, y estos de los tecnológicos y económicos. En otras palabras, hay que ser muy cuidadosos a la hora de definir las causas de la domesticación de animales y plantas y de su expansión y determinar claramente el grado de participación de los grupos humanos y sus razones culturales, económicas y tecnológicas en todo ello.

Otra cuestión compleja en relación con los domésticos es la determinación del grado de relación entre ellos y los humanos y, en ocasiones, la dificultad de traducir conceptos concretos propuestos por otros investigadores. Por ejemplo, para el caso americano D. R. Piperno (Piperno, 2011) distingue conceptos como *cultivation* y *farming* con los que se refiere a la preparación de campos o parcelas concretas para la plantación y cosecha en ellas de determinadas plantas. Una "planta cultivada" (*cultivated plant*) o *cultivar* alude a los vegetales que se plantan y se cosechan, independientemente de su condición de domesticadas. Esta condición se adquiere cuando han sido alteradas genéticamente mediante la selección artificial de manera que sus características fenotípicas o rasgos observables son diferentes a los de sus ancestros o agriotipos. Lo mismo puede ocurrir con los animales cuando su explotación lleva a algún tipo de gestión de sus rebaños, de sus entornos, de su alimentación, etc. en momentos anteriores a su verdadera domesticación. En esta misma línea T. D. Price y O. Bar-Yosef (Price y Bar-Yosef, 2011, p. 165) distinguen los conceptos de *Farming*: utilización de plantas y animales domésticos para la alimentación, y *Agriculture*: la cría y gestión de animales y plantas domésticas son predominantes en la base subsistencial

y determinan la dieta de estos grupos, estaríamos ante un verdadero sistema agropecuario de producción, aunque la caza y la recolección pueden estar presentes. Como veremos, en algunas regiones el paso del cultivo o gestión de diferentes plantas y animales al sistema agropecuario definitivamente doméstico se prolongó durante largos periodos. Este proceso ha recibido el nombre de *low level food production* y durante el mismo los domésticos no supondrían la base subsistencial esencial, ni siquiera importante, pero ya comienza su explotación (Smith, 2001).

Una vez que el proceso de *neolitización* estuvo consolidado en las zonas originarias, diferentes poblaciones en el mundo expandieron este nuevo modo de vida junto con sus genes y sus idiomas, en algunos casos hasta lugares realmente remotos de sus focos originarios. La investigación actual sitúa estos focos en la zona central de China, las tierras altas de Nueva Guinea, Mesoamérica, la zona central de los Andes, la cuenca del Mississippi, y, posiblemente, África occidental y el sur de la India y, obviamente, en Próximo Oriente, en el Creciente Fértil, que se analiza en el manual de Prehistoria I de la UNED (Jordá et al., 2020).

2. ASIA

2.1. Asia central

2.1.1. *Norte de Irán y Turkmenistán*

A partir de finales del VIII milenio a.E.C. (todas las referencias cronológicas del texto serán *antes de la Era Común* (a.E.C.) a no ser que se especifique lo contrario, por ejemplo, *E.C.* que hará referencia a la *Era Común* después del año 0) y con mayor claridad desde mediados del VII, el Neolítico se extenderá hacia el Este del Creciente Fértil y del mar Caspio. En las últimas décadas diferentes trabajos de prospección y de nuevas excavaciones han descubierto un número importante de yacimientos neolíticos en el noreste de Irán, en torno a la cuenca de Gorgan y los montes Alborz, y en el sur de Turkmenistán. Las recientes excavaciones en los yacimientos iraníes de Kalateh Khan, Ghaf Khaneh, Tappeh Sang-e Chakhmaq, Rouyan y Deh Kheir nos muestran una secuencia entre finales del VIII y el VI milenio y paralelos arqueológicos con la denominada "cultura Jeitun", cuyo yacimiento epónimo se sitúa al sur de Turkmenistán (figura 1). En esta zona y más hacia el este debemos mencionar también los yacimientos de Pessedjik, Monjukil Depe, Çagylly Depe y Gadimi Depe.

El registro arqueológico de estos asentamientos muestra paralelos con los montes Zagros, como en la presencia de figuras de arcilla y de suelos enluci-



Figura 1. Mapa de Asia central con los principales yacimientos citados en el texto. En rojo nombres de culturas y grupos arqueológicos.

dos de yeso, por ejemplo. Este hecho, junto con la falta de continuidad de un poblamiento mesolítico en relación con los inicios del Neolítico, sugiere que el modo de vida productor se introdujo en esta región y no fue el resultado de un surgimiento local. Además, la cultura material muestra influencias de diferentes regiones adyacentes. Para algunos autores, ciertas características de estos yacimientos como su arquitectura más o menos estandarizada y la ausencia de grandes edificios nos indicarían una sociedad relativamente igualitaria con una cierta minimización de la diferenciación socioeconómica en su estructura.

Una de las características comunes del Neolítico en esta zona es la presencia de aldeas con casas de planta más o menos cuadrangular, de una sola habitación de unos 20-30 m^2, con estructuras de almacenamiento y un hogar, cuyo modelo sería Jeitun. Respecto a los hogares son característicos de esta cultura los que presentan una forma de "herradura de caballo" adosados a una pared y realiza-

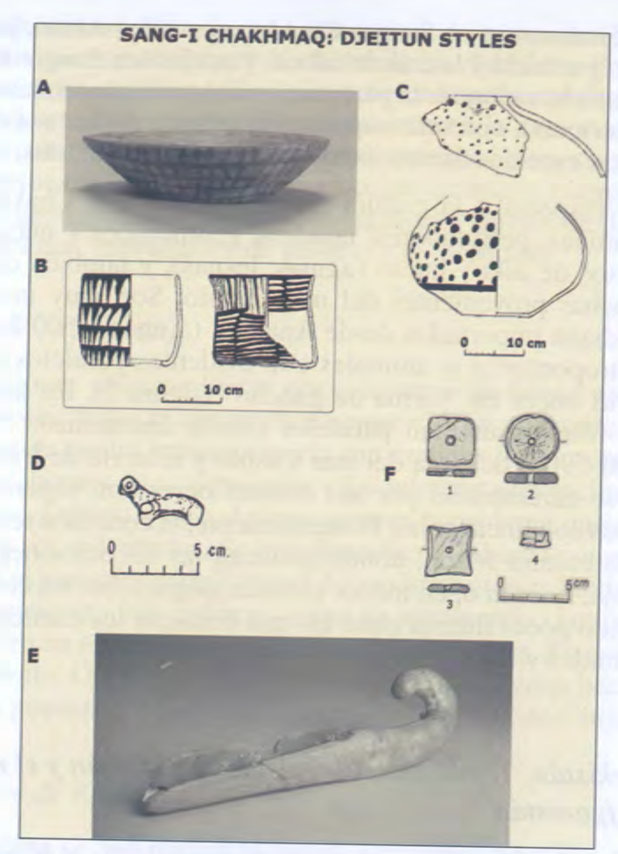


Figura 2. Paralelos de la cultura Jeitun en el yacimiento de Sang-e Chakhmaq East: (A) Cuenco de cerámica del nivel 3 (Furusato, 2005, fig. 12); (B) Recipientes cerámicos del nivel 3 (Masuda, ed., 1977, fig. 9); (C) Jarros o contenedores cerámicos de los niveles 4 y 5 (idem, figs. 10, 12); (D) Figurilla de hueso (Masuda, 1973, fig. 7.5); (E) Hoz de hueso en forma "de gancho"; (F) Elementos de telar de piedra (1-3) y contenedor cosmético (4). Fuente: https://iranicaonline.org/articles/sang-chakhmaq#, con referencias bibliográficas.

dos con *tierra pisada* o tapial como en el *tell* este de Sang-e Chakhmaq. En las primeras ocupaciones neolíticas de este yacimiento se construyeron grandes casas con ladrillos de barro, con suelos enlucidos en rojo y hogares. Posteriormente, las casas se conforman con ladrillos cilíndricos, también de barro cocido, que indican paralelos con la cultura de Jeitun, aunque la distribución de las casas será más azarosa y no estará tan planificada y ordenada.

Se han encontrado varios enterramientos en el *tell* occidental de Sang-e Chakhmaq en posición fetal y en muchos casos depositados bajo una piedra. Algunos restos sugieren que los enterramientos se localizaban en el interior de las casas.

Tanto en Jeitun como en Sang-e Chakhmaq sus habitantes practicaron el cultivo de trigo y cebada y la cría de cabras y ovejas (en Sang-e Chakhmaq la presencia de ganado vacuno está plenamente desarrolladas en las ocupaciones neolíticas posteriores), con una importancia relativa de la caza. Todo parece indicar que estas especies fueron introducidas ya domesticadas.

En lo que respecta a la cultura material de Sang-e Chakhmaq se han encontrado láminas, perforadores, taladros, geométricos y núcleos de sílex, así como objetos de asta y hueso (agujas, leznas), y también cuentas y colgantes de conchas provenientes del mar Caspio. Son muy interesantes los restos de obsidiana importados desde Anatolia (a unos 1.500 km), así como las figuras antropomorfas y animales con evidentes paralelos en la cultura Jeitun como las hoces en "forma de gancho" (figura 2). En la primera fase cerámica, los restos presentan paralelos con la denominada *Neolithic soft ware* (*ca.* 6200-5900) del área del mar Caspio y el norte de Irán (cuenca del Gorgan) que se caracterizan por sus colores ocres con superficies pulidas, a veces pintadas con líneas rojas. Posteriormente, la cerámica se relaciona con la mencionada cultura Jeitun, donde destacan las decoraciones geométricas con pintura roja, marrón o, en menor medida, negra sobre un color crema. Se han reconstruido pocas formas entre las que destacan los cuencos y ollas más o menos profundos y botellas o jarras.

2.1.2. *Uzbekistán, Tayikistán, Kirguistán, Kazajistán y el norte de Afganistán*

Más allá del norte de Irán y el sur de Turkmenistán, el Neolítico en Asia central se completa con los datos de países como Uzbekistán, Tayikistán, Kirguistán, Kazajistán y el norte de Afganistán. Esta amplia zona se articula como un verdadero mosaico de paisajes y entornos medioambientales diferentes (estepas, desiertos, etc.) que dieron lugar, aparentemente, a procesos de neolitización diferentes o, *neolitizaciones* específicas como definen algunos autores. El principal problema de esta zona es la existencia de un registro arqueológico escaso, parcial y con datos aislados.

Hasta el momento se han definido tres focos o áreas principales: Kel'terminar, Hissar y Atbasar (figura 1). En todos ellos el registro actual parece indicar una participación de los grupos locales mesolíticos en la neolitización a diferencia de lo que ocurre en la cultura Jeitun.

Kel'terminar (Uzbekistán, sur de Kazajistán, norte de Turkmenistán)

En esta zona el Neolítico se desarrolla sobre una base mesolítica local, se iniciaría a finales del VII hasta inicios del III milenio según los datos del yacimiento de Ayakagytma (región de Zeravshan). Los hábitats serían estacionales en zonas fluviales y lacustres con estructuras de materiales lígneos y vegetales. En el yacimiento de Tumek-Kichidzhik, en el desierto de Kara-Kum en Turkmenistán se ha encontrado la única prueba de prácticas funerarias de esta zona. La subsistencia de estos grupos se basaría en la caza y recolección con la aportación complementaria de bóvidos domésticos, pero sin agricultura. La industria lítica se caracteriza por la producción laminar y microlaminar, especialmente de geométricos (trapecios, triángulos) y puntas de flecha. La cerámica se decora con impresiones de peine o con incisiones.

Hissar (sur de Tayikistán)

Las tradiciones técnicas líticas nos remiten a un fondo mesolítico local durante el Neolítico que se desarrollaría entre el VI y el V milenio. Las construcciones son de piedra y mampostería con grandes fosas y otras estructuras como hogares, hornos, etc., algunas de ellas interpretadas incluso como espacios colectivos. Debido a esto algunos autores consideran que estas comunidades podrían ser sedentarias. Se han descubierto inhumaciones individuales sin ajuares en el yacimiento de Tutkaul. El modo de vida es fundamentalmente pastoril, la agricultura, sin embargo, no se ha atestiguado claramente y podría ser de secano en un entorno de valles altos y piedemontes. En esa zona la cerámica está ausente. Otros elementos materiales como ciertas hachas y azuelas pulimentadas puedan relacionar esta zona con Xinjiang en China.

Atbasar (norte de Kazajistán)

En este grupo se han realizado investigaciones recientes y cuenta con un número importante de yacimientos como son los grupos de Tel'man, Vinogradov y Javlenka, que se desarrollan desde el V al III milenio. Como en los casos anteriores, la neolitización de esta zona de estepa y bosque estepario se define como un proceso de larga duración en el que comunidades neolíticas de tradición mesolítica se irán sedentarizando progresivamente. Las viviendas son de planta circular o paracircular realizadas en materiales vegetales, a veces semienterradas, y guardan evidentes paralelos con las realizadas durante el Mesolítico local. La cerámica presenta formas ovoides y decoraciones impresas e incisas. En la industria lítica debemos mencionar la presencia de elementos bifaciales retocados por presión. Estos elementos materiales y subsistenciales podrían definir amplias redes de intercambio y comunicación con zonas como los Urales, Siberia y Altái.

2.1.3. *Sur de Irán*

Los datos disponibles para las zona centrales y sur de Irán son todavía más escasos que los expuestos para el área del mar Caspio. Las interpreta-

ciones actuales de la neolitización en esta región son un buen ejemplo de las dificultades a las que se enfrentan los prehistoriadores cuando disponen de un registro magro y con evidentes deficiencias, por ejemplo: se desconoce si se practicaba o no la agricultura y la ganadería y si fuera así de qué tipo o en qué nivel de desarrollo, o si los asentamientos se ocupaban estacionalmente o tenían un carácter marcadamente sedentario, etc. Los datos disponibles muestras la presencia únicamente de algunos componentes del *package* neolítico como la cerámica y la arquitectura de ladrillos de tapial. Desde estas evidencias se asume que el resto de elementos (agricultura, ganadería, sedentarización, etc.) estarían presentes, pero no se han encontrado. Además, tampoco se ha detectado una fase precerámcia, como en las tierras del norte o en los Zagros, lo que hace dudar de que el Neolítico definido en la región sea el primero que existió y que se pueda retrasar su inicio hasta finales del VII milenio.

Tradicionalmente se ha dividido el Neolítico de esta zona en tres etapas en función de los estilos cerámicos: la fase más antigua denominada Mushki (que comenzaría a principios del VI milenio), seguida de la fase Jari (que se iniciaría poco después, *ca.* 5900-5800, hasta la mitad del milenio) y finalmente el periodo Shamsabad (segunda mitad del VI milenio) a partir de las excavaciones y prospecciones de los yacimientos de Tall-i Mushki, Tall-i Jari, Tall-i Bakum, Tol-e Spid y Tol-e Nurabad, todos ellos en la cuenca del río Kur (figura 1). En general, estos estilos cerámicos locales se caracterizan por las decoraciones bícromas (rojo-negro, rojo-marrón oscuro, marrón oscuro-negro) con perfiles simples de grandes cuencos abierto y ollas cerradas o de perfil compuesto como botellas y contenedores con cuello. La proliferación de la definición de estos estilos es otra de las causas de trabajar con un registro pobre, como señalábamos al principio de este apartado. La gran fragmentación de las colecciones y la falta de grandes excavaciones no permite comparaciones detalladas. En muchas ocasiones esto tiene como consecuencia la falta de una visión global del fenómeno ya que se tiende a primar las diferencias en función del tipo de datos disponibles.

2.2. SUR DE ASIA: PAKISTÁN, INDIA, SRI LANKA, BANGLADESH Y BUTÁN

En amplias zonas del sur de Asia la explicación del proceso de neolitización están muy condicionada por un registro realmente escaso y con evidentes deficiencias. Así, regiones como las zonas costeras húmedas de la India o gran parte del Himalaya, o países como Sri Lanka, Bangladesh o Birmania carecen prácticamente de información sobre el Neolítico. En el resto de la región la neolitización se presenta como un proceso mixto en el que se combinan influencias externas con diferentes orígenes y desarrollos locales, especialmente en el sur.

La información que hemos analizado hasta ahora pone de manifiesto la existencia de dos rutas desde Próximo Oriente hacia el subcontinente indio y las zonas aledañas, por el norte y la zona del mar Caspio, y por el sur a través de la región de Far en Irán. El Creciente Fértil sería, por tanto, un foco de influencia del Neolítico de esta amplia zona. Esta dispersión que, indudablemente, implicó el desplazamiento de población, parece corroborarse con los datos arqueológicos, cronológicos y genéticos.

2.2.1. *Pakistán*

Esta misma situación la vamos a observar en el subcontinente indio cuya puerta de entrada del Neolítico, especialmente en la zona noroccidental, se ha establecido tradicionalmente en el yacimiento de **Mehrgarh** en Baluchistán, actual Pakistán (figura 3).

Este yacimiento fue descubierto en 1974 por Jean-François y Catherine Jarrige y excavado en 1974, 1986 y 1997-2000. Se han definido ocho fases de ocupación (I-VIII) que se inician en torno al 7500-7000 y llegan hasta el 500. La importancia de este yacimiento radica en los datos que lo relacionan con la expansión del Neolítico desde el Creciente fértil hasta el Indo, en este sentido supone, probablemente, el testimonio agrícola más antiguo en el sureste asiático. Estos paralelos se concretan en la presencia de trigo (sin agriotipos silvestres en esta zona y sí en Próximo Oriente), en elementos comunes en la

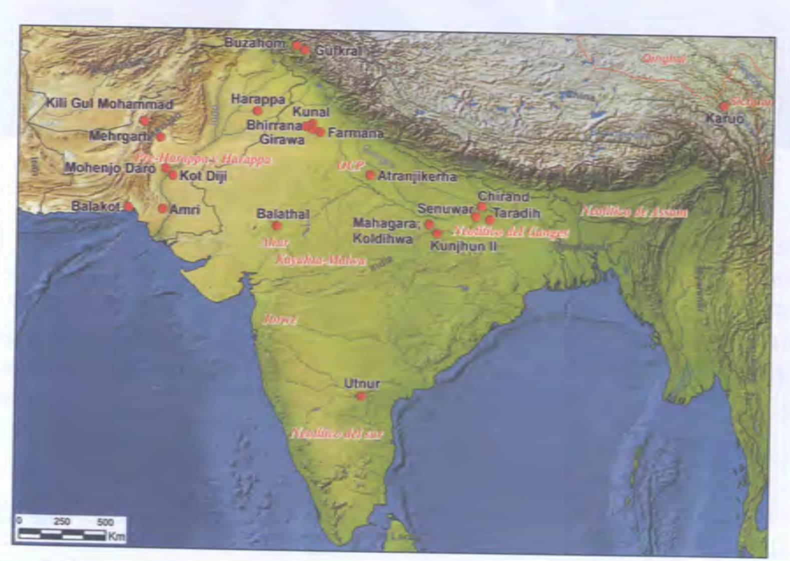


Figura 3. Mapa de la India y zonas limítrofes con los principales yacimientos citados en el texto. En rojo nombres de culturas y grupos arqueológicos.

tecnología cerámica y arquitectónica, en el descubrimiento de hogares circulares rellenos de cantos, en la construcción de grandes estructuras de almacenaje, en los rituales funerarios, en las similitudes de ciertas figurillas de arcilla, etc. (figura 4). Además, este yacimiento es considerado el precursor de una de las grandes civilizaciones urbanas antiguas desde mediados del tercer milenio: la Civilización del Valle del Indo o cultura Harappan (3000-1300) contemporánea de las de Mesopotamina y el Antiguo Egipto.

El yacimiento se extiende por alrededor de dos ha en seis montículos distintos. La primera fase ocupa la zona noreste del yacimiento y se ha definido como un *Neolítico precerámico* (7500-7000/5500). En esta fase los edificios (casas y graneros) se realizan con ladrillos de barro y la mayoría de ellos presentan varias divisiones internas. Se han encontrado enterramientos donde se depositaron gran cantidad de ajuares desde cestas, herramientas de piedra y hueso hasta cuentas, brazaletes y colgantes fabricados en hueso, caliza, arenisca, turquesa

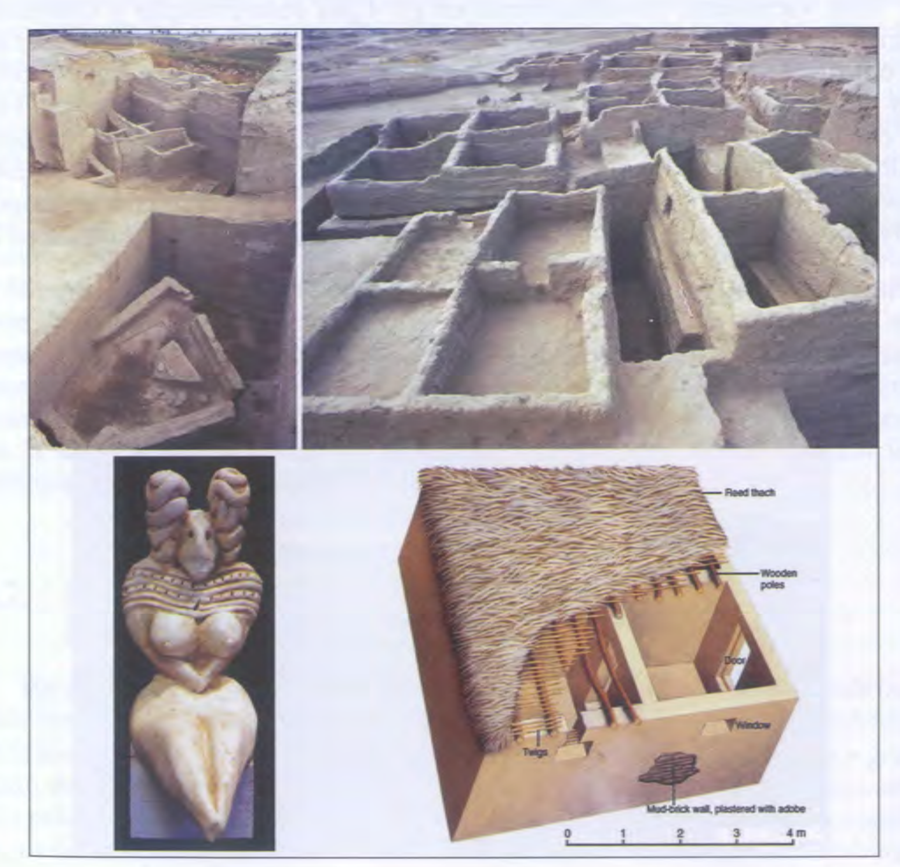


Figura 4. Mergarh: vistas de la excavación del yacimiento, figurilla femenina y reconstrucción de una casa. Fuente: modificado de Jarrige y Jarrige, 2006.

y lapislázuli, además de conchas marinas. También han aparecido figurillas de mujeres y animales. En algunos casos se realizaron sacrificios de animales y, en general, los ajuares parecen más abundantes en las tumbas masculinas. La presencia de hoces y de improntas de granos de cereal en los ladrillos señalan la cosecha de cereales, principalmente cebada y trigo. Junto a estas plantas están presentes la azufaifa (*Ziziphus jujuba*) y los dátiles. En los niveles más antiguos no aparecen animales domésticos, sin embargo, la oveja y la cabra están ya presentes al final de la fase precerámica junto con restos de cebú (*Bos indicus*) sin estar clara la posible domesticación autóctona de este último. Se han encontrado recipientes de cestería, en ocasiones revestidos con betún, y otros realizados con arcilla sin cocer. En lo que respecta a la industria lítica los elementos más representativos son los microlitos, trapecios y segmentos de círculo, similares a las industrias de los natufienses y de los Zagros en Próximo Oriente. En esta primera fase y en las dos siguientes podemos citar el yacimiento Kili Gul Mohammed como contemporáneo a Mergarh (figura 3).

La segunda fase de este asentamiento (5550-4800) se constituye ya como un *Neolítico cerámico*. Además de la propia ocupación, se detecta un mayor desarrollo de ciertas actividades y materiales, transformaciones en otros ámbitos y el desarrollo definitivo e intenso de la agricultura y la ganadería. Por ejemplo, las figurillas de terracota se realizan con mayor detalle y las femeninas se pintan y se presta atención a los peinados y adornos. En algunos enterramientos se utilizó el ocre para cubrir el cuerpo y, en general, hay una disminución de los ajuares. A partir de esta fase se incrementa el comercio a larga distancia con diferentes zonas del sureste asiático. En resumen, todos estos datos inciden en la idea del origen en el Creciente Fértil del Neolítico de este yacimiento y de parte del que se encuentra en el subcontinente indio. Asimismo, las fases posteriores del Neolítico se caracterizan por una progresiva intensificación de la agricultura y la ganadería.

2.2.2. *La India y zonas circundantes*

El estudio del Neolítico en la India se puede dividir en varias zonas con climas, con regímenes pluviales, y con procesos históricos particulares. En lo que respecta al clima, en general y salvando las peculiaridades de cada región, el Holoceno inicial fue más cálido y lluvioso que el periodo actual. Esto favoreció el desarrollo de la agricultura y la ganadería y la proliferación de determinados cultivos tanto de invierno como de verano y su adaptación a los ciclos monzónicos.

El Valle del Indo

Una de las cuestiones más interesantes de esta región es qué ocurrió en la zona de Baluchistán y el Indo desde la fundación de Mehrgarh en el 7500-7000

hasta el surgimiento de la cultura Harappa en el tercero aproximadamente. Parece claro que en Baluchistán la economía productora se desarrolló durante este tiempo sin grandes cambios ni influencias externas. Además del propio Mehrgarh, otros yacimientos neolíticos se han localizado en otras partes del Indo, en la zona occidental del piedemonte, y en las llanuras altas como en el valle del Quetta que reproducen en lo básico las características de este yacimiento de referencia (figura 3).

Después de esta primera fase del Neolítico y entorno al V milenio hasta el primer tercio del tercero aparecieron varios grupos sucesivos Pre-Harappan que reciben varias denominaciones en función del área que ocupan y de los yacimientos epónimos, entre otros, Balakot (*ca.* 4000-3500), Hakra (*ca.* 4000-2800), Amri (*ca.* 4600-3000), etc. Por ejemplo, durante el IV milenio la cultura Ghaggar-Hakra se desarrolla en el entorno de estos ríos donde destacan los yacimientos de Kunal, Bhirrana, Girawa y Farmana (figura 3). En el primero de ellos se observa una sucesión de casas circulares excavadas en el subsuelo rodeadas de postes y paredes y suelos enlucidos, hasta casas rectangulares y cuadradas de ladrillos de barro. Estas comunidades era agrícolas y ganaderas, realizaban diferentes herramientas de hueso, y en su industria lítica destacan las microláminas de calcedonia. Su cerámica tiene evidentes influencias en las fases posteriores ya de la cultura Harappa. La cerámica de estas culturas pre-Harappan del Indo presenta características comunes, pero no llegan a formar un estilo conjunto dada la enorme variedad local y regional. Entre los elementos compartidos destacan las decoraciones policromadas y de apliques, así como las formas globulares, cuencos y jarras de cuellos cortos. También son frecuentes los brazaletes o pulseras de terracota con colores grises y decoraciones incisas.

Más hacia el sur destacan los yacimientos de Kot Diji y Amri (figura 3). Desde esta zona, estas culturas, y el Neolítico con ellas, se expandió a más hacia el sureste del Indo a lo largo del borde meridional del desierto de Thar. En esta zona, al oriente del Indo, junto a estos asentamientos agrícolas y ganaderos también aparecen campamentos de cazadores y pastores.

Entre *ca.* 3300 y el 2600 dará comienzo en este amplio territorio la cultura Harappa, y desde el 2600 hasta el 1900 se desarrollará su fase de plenitud. Destacan el yacimiento epónimo de Harappa y la ciudad de Mohenjo-Daro cuyas construcciones, estructuras, planificación, etc., la sitúan a la altura de las civilizaciones urbanas de este momento en el Próximo Oriente.

India central

La zona central de India se puede dividir en diferentes áreas geográficas en las que las características arqueológicas parecen diferir: Malwa, el valle del Chambal y Rajastán (región de Mewar). A partir de las excavaciones del yacimiento de Balathal se ha sugerido que estos grupos neolíticos/calcolíticos, como son denominados por algunos especialistas, surgieron a partir del III milenio mientras que en la planicie de Malwa la agricultura y la ganadería aparecerían hacia el final del mismo. Por tanto, se podría decir que las primeras comunidades productoras de esta zona eran calcolíticas, aunque la presencia de determinados elementos, como los útiles de metal, no transformaron sustancialmente otros aspectos heredados del Neolítico. Estas culturas o grupos arqueológicos compartirán ciertas características como la cerámica pintada y una industria lítica de lascas y láminas, un uso restringido de elementos de cobre, y una economía basada en la agricultura y la ganadería con un complemento limitado de la caza. Sus casas eran de planta rectangular u ovalada construidas con ladrillos.

Sur de la India

En las regiones de Karnataka, Andhra Pradesh, Tamil Nadu y Kerala nos encontramos con una situación bastante similar a las regiones del área central y occidental. La aparición de la economía productora es tardía, a partir del III milenio, con ninguna o poca distancia cronológica con respecto al Calcolítico. En general se observa una secuencia cronológica norte-sur entre el 3000 y el 2500. Los asentamientos más antiguos de esta zona como Utnur se remontan entorno al 2800 y están relacionados con el pastoreo, con rediles para el ganado y casas de forma circular. También se han recuperado evidencias de agricultura de cebada y legumbres, principalmente. Recientemente se ha propuesto una domesticación autóctona de algunos tipos de mijo y legumbres en esta zona, de confirmarse sería otro ejemplo más de la complejidad que pudo ocurrir durante la neolitización de algunas áreas del planeta en función de la cronología, el medio ambiente y el desarrollo de los grupos implicados.

El valle del Ganges y el noreste

Algunos datos cronológicos sugieren que los yacimientos de la zona occidental, como Mahagara y Kunjhun II son los más antiguos de esta área, en torno al mediados del III milenio, y unos quinientos anteriores a los de la zona más al este. Los asentamientos más importantes serían Koldihwa, Mahagara, Kunjhun II, Senuwar, Taradih, y Chirand, entre otros (figura 3). Generalmente estos asentamientos son ocupados de forma permanente y presentan un cierto grado de especialización funcional, como la agricultura y la ganadería (en los situados en las llanuras fluviales), posibles especialidades artesanales y de procesamiento determinadas materias primas, y, al mismo tiempo, lugares dedicados a la caza y la recolección en entornos de bosque. Las casas eran de planta circular y ovalada, con agujeros de poste y paredes de adobe, sin diferencias evidentes entre ellas. En Mahagara, donde se ha calculado una población de unos 200 habitantes, se ha descubierto un redil central en el poblado lo que podría sugerir una propiedad comunal del ganado. No existen evidencias de

enterramientos en estos yacimientos. El modelo de subsistencia se basa en la agricultura y la ganadería suplementadas por la caza, la recolección y la pesca. El arroz, cultivo de verano, es común en la mayoría de yacimientos. Menos frecuentes son el trigo y la cebada, además de varios tipos de leguminosas. Para su procesamiento se han encontrado diferentes molinos y morteros de piedra. En cuanto a los animales domésticos nos encontramos con ovejas, cabras, cerdos, cebú y búfalos, y en los salvajes el ciervo. En lo que respecta a la cultura material destaca la presencia de cerámicas decoradas con impresiones de cuerdas sin pintar, junto con estilos no impresos (*Black and Red Ware*), con distintas formas como cuencos, platos, ollas y jarros, y en varios lugares se han encontrado recipientes similares al *handi* tradicional indio. En la industria lítica sobresalen los microlitos (triángulos, trapecios y segmentos) junto con elementos de sustrato realizados en diferentes materiales, también aparecen hachas y azuelas pulimentadas. Asimismo, es importante la industria en hueso y asta, y diferentes adornos personales en piedras semipresiosas, hueso, caparazón de tortuga, marfil, etc. Se ha especulado sobre la posibilidad de la existencia de artesanos o personas especializadas en determinadas labores dentro de estas comunidades que, en general, son consideradas igualitarias.

Más hacia el este nos encontramos con la provincia de Assam. En esta zona, poco después del 3000, aparecen en el registro cerámicas con decoración cordada (algunas veces con trípodes), y hachas pulimentadas. Es probable que estos grupos cultivaran el arroz, pero no hay pruebas concluyentes. Estos datos podrán sugerir una relación de estos grupos con la zona del Ganges, sin embargo, los mismos ítems podrán haber llegado de otras áreas. Por ejemplo, la cerámica de tipo cordado aparece en yacimientos más al oeste del Ganges de influencia Harappa.

Una situación similar de influencias y contactos se produce con la zona del Ganges-Yamuna e, incluso, hasta la zona de Punjab. A partir de estas regiones parece haber surgido la cerámica no cordada que se denominará *Ochre Colored Pottery* (OCP) en torno al 3000-2500. De nuevo las influencias y el registro de los yacimientos de esta zona son tanto pre-Harappa como Harappa lo que dificulta la interpretación general de la secuencia arqueológica. Lo que parece claro es que estos conjuntos suponen la primera expansión neolítica en esta zona del Ganges y sus cerámicas, por ejemplo, en Atranjikhera y en Jodhpura, derivarán en la *Black and Red Ware* característica de los asentamientos del Ganges medio, como ya hemos visto. Además, su agricultura se basa en el arroz y en unos pocos cultivos de verano.

Para Bellwood (Bellwood, 2005) lo que ocurre en el Ganges es la confluencia de varias corrientes más o menos *ca.* 3000: desde el este y hacia aguas arriba, grupos con cerámica cordada y arroz, y desde el suroeste asiático los grupos de cerámica OCP se desplazaron hacia la desembocadura del Ganges. Todas estas comunidades se mezclarían rápidamente, sin grandes transformaciones sociales, para formar el Neolítico de esta amplia zona.

2.3. El Himalaya, la meseta tibetana y el occidente de China

Esta es una amplísima zona que comprende algunos de los parajes más inhóspitos del planeta para el desarrollo de la economía agrícola. La geografía y el clima influyeron de manera decisiva en la expansión del Neolítico por este territorio circundante del Himalaya. Los datos arqueológicos son muy desiguales y en grandes áreas prácticamente inexistentes lo que dificulta su caracterización e interpretación.

Área occidental

En el extremo occidental se ha estudiado un número relativamente importante de yacimientos neolíticos en el valle de Cachemira, donde destacan los lugares de Burzahom y Gufkral. En esta zona se desarrolla el llamado "Neolítico del norte" que se extiende hasta algunas áreas de Pakistán (el valle del Swat). Este Neolítico surge plenamente desarrollado y se basa en los cultivos domésticos propios de Asia occidental (trigo, cebada y legumbres), donde debe buscarse su origen, aunque también se producen contactos e intercambios con el valle del Indo y otras zonas aledañas. Se inicia a principios del III milenio, aunque se ha sugerido la posibilidad de la existencia de un Neolítico precerámico a finales del IV. El carácter de los asentamientos es permanente o semipermanente, con casas de adobe y paredes enlucidas con diferentes plantas, hogar central y hoyos de postes circundantes. La cebada y el trigo son los principales cultivos junto a las legumbres, como lentejas, y otros frutos silvestres. A pesar del potencial agrícola de este valle y de la posible existencia de excedentes, no se han detectado signos de complejidad o desigualdad social. En la fauna se observa una evolución a lo largo de las fases neolíticas, desde un claro protagonismo de la caza de animales salvajes, a una dependencia de los domésticos, principalmente cabras y ovejas. La cerámica es tosca, realizada a mano y de color gris o rojo, con una finalidad principalmente "de cocina" o doméstica. También se han encontrado útiles pulimentados, puntas de proyectil, etc.

Tíbet

En esta zona uno de los yacimientos más antiguos con evidencias de agricultura sería Karuo. En el repertorio material de este yacimiento se evidencian influencias de las zonas de Qinghai y Gansu (figura 3), concretamente en la cerámica de sus fases Machang y Bashan (2600-2000). Asimismo, otros elementos como determinadas hachas pulimentadas, elementos tallados como segmentos de círculo, agujas y leznas de hueso muestran similitudes con el oeste de Sichuan. A pesar de estos paralelos, otras muchas características y elementos refuerzan la idea de un importantísimo componente local en estos momentos. Las estructuras de habitación inicialmente fueron circula-

res, semisubterráneas rodeadas de postes, en las siguientes fases las plantas son rectangulares y cuadradas con una mayor inversión arquitectónica lo que sugiere una ocupación permanente del lugar. En este sentido, en las primeras fases de ocupación la colección faunística está dominada por los animales salvajes cazados (ciervo, gacela, antílope, etc.) provenientes de diferentes biotopos indicando, tal vez, una movilidad logística. En las primeras fases se ha propuesto el cultivo de mijo (*Panicum miliaceum* y *Setaria italica*).

Por lo tanto, es evidente que la neolitización de la zona tibetana se relaciona con las provincias noroccidentales de China (Gansu, Sichuan, Qinghai, etc.). Posteriormente, toda esta amplia zona estaría inmersa en la expansión del modo de vida pastoril, junto con la agricultura del trigo y la cebada, durante el II milenio por Eurasia. Algunas interpretaciones sugieren que esta agricultura pudo implantarse a partir de ese momento especialmente en los valles del sur de la meseta mucho más aptos para este tipo de cultivos.

2.4. China: el río Amarillo y el valle del Yangtsé

La trascendencia del Neolítico en la Historia de la Humanidad está fuera de toda duda, pero se calibra mejor cuando se valoran algunos aspectos como es el caso de la domesticación del arroz. En el valle medio y bajo del río Amarillo y en el valle del Yangtsé se empezó a cultivar esta planta que, en la actualidad, es uno de los cultivos más importantes, si no el más, para la alimentación de todo el Planeta.

Esta parte de China es uno de los mejores lugares para entender y estudiar el proceso de neolitización a partir de conceptos como *Surgimiento*, *Expansión*, *Interacción* y *Consolidación*. Curiosamente, al igual que ocurre en otras zonas, los primeros datos claros del Neolítico corresponden a grupos neolíticos ya consolidados o "plenos", que habitan poblados de varias has en las zonas fluviales más aptas para la agricultura y la ganadería y que muestran diferentes tecnologías y un tipo de poblamiento perfectamente adaptados a la economía de producción, en este caso a partir del VII milenio. En otras palabras, son escasos los datos que tenemos sobre el proceso y el periodo de *surgimiento* de la domesticación propiamente dicho. En el caso de China, como en Japón, nos encontramos con la peculiaridad de la existencia de cerámica en fechas muy antiguas, entre el 12000 y el 9000 en yacimientos como Xianrendong, Diaotonghuan, Zengpiyan, Hutouliang o Nanzhyangtou (Figura 5). La utilización de estas cerámicas se podría relacionar con funciones culinarias, concretamente con el hervido de alimentos vegetales. Entre ellos se encontrarían los agriotipos silvestres del mijo y el arroz. Su recolección, procesado y consumo proporcionaría a estos grupos pre-neolíticos un gran conocimiento de estas plantas que pudieron ser cultivadas con el cambio climático del Holoceno.



Figura 5. Mapa de China y zonas circundantes con los principales yacimientos citados en el texto. En rojo nombres de culturas y grupos arqueológicos.

Y este es otro elemento fundamental del surgimiento de la agricultura, a saber, la evidente y trascendental relación que existe entre geografía, clima y desarrollo tecnológico-cultural. En todos y cada uno de los focos originarios de la domesticación puede observarse esta relación.

El foco chino se localiza entre las cuencas del río Amarillo y el Yangtsé, como ya hemos comentado. Los datos actuales nos indican que los agriotipos silvestres del arroz (*Oryza rufipogon*) no aparecen más allá del norte del río Huai. En la cuenca del río Amarillo los inviernos son demasiado fríos y secos para esta planta. En cambio, en los loess de este valle sí que se reprodujeron en el Holoceno los ancestros de los mijos domésticos como el mijo menor o moha (*Setaria itálica*) y el mijo común (*Panicum miliaceum*). Todo ello en un contexto climático muy similar al actual, con temperaturas ligeramente superiores y con un aumento de las precipitaciones monzónicas en el estío, como muestran los datos faunísticos y paleobotánicos.

Estas consideraciones geográficas no presuponen la existencia de focos aislados de surgimiento para cada cultivo. Los datos arqueológicos y cronológicos nos indicarían una amplia zona originaria, donde se producirían contactos e intercambio de información y plantas entre comunidades lo que favorecería la producción de cada cultivo en su propia zona en un momento muy inicial y, posteriormente, su expansión. El proceso concreto y fáctico de la domesticación de estos cultivos se desconoce, pero algunos autores apuntan la idea de que pudieron suceder los mismos desarrollos que los propuestos para el Creciente Fértil. Por ejemplo, el control y manipulación de las plantas para asegurarse un nivel de subsistencia especialmente en las épocas de crisis y en los entornos de frontera medioambiental y cultural. La gestión y cultivo de estos elementos en nuevos territorios alejados de su nicho originario aumentaría su adaptabilidad y, al mismo tiempo, aseguraría un nivel de alimentos cada vez más importante. Todo ello determinado por la paulatina selección de aquellas características más apetecibles y el desarrollo de tecnologías más adecuadas, hasta llegar a la domesticación propiamente dicha y a la conquista de casi cualquier área ambiental y edafológica.

El primer poblamiento neolítico del río Amarillo forma un continuum de asentamientos, varios de los cuales darán nombre a las distintas culturas en las que se ha clasificado el registro arqueológico (ver *infra*). Estos poblados se localizan en las llanuras aluviales e interfluvios, en un entorno de loess que permitiría el desarrollo de una agricultura permanente, de hecho, se detecta un incremento de la sedentarización a lo largo del tiempo. Los asentamientos entre Cishan y Peiliang suelen abarcar entre una y dos hectáreas y se sitúan cercanos entre sí mostrando una gran densidad de ocupación en el territorio. Las casas son de planta circular o cuadrangular semisubterráneas con suelos enlucidos entre las que se localizan silos de almacenaje. Concretamente, en Cishan se han excavado 80 de estas estructuras con restos de mijo y se ha estimado su capacidad de almacenaje en 100.000 kg de grano. En algunos yacimientos se han encontrado áreas con enterramientos que pueden definirse como cementerios. Además de los restos biológicos y estructurales documentados, la agricultura se confirma por presencia de morteros y molinos con cuatro pies y por las hoces con borde dentado para hacer más fácil la siega. Los recursos vegetales se completan con frutos silvestres como nueces, avellanas, etc. Los animales domésticos son el cerdo, el perro y el pollo. En la industria lítica, asimismo, son comunes en toda la zona los microlitos usados como puntas de proyectil y utensilios de hueso como arpones. La cerámica presenta una gran variedad de formas (cuencos, soportes, platos, copas, jarras, botellas, etc.). La decoración más significativa son las impresiones de cuerda, y también están presentes la pintura, la incisión y otros tipos de impresiones, a menudo los recipientes presentan trípodes o pedestales (figura 6).

Otro yacimiento interesante es Jihau, datado entre el 7000 y el 5800, con tres fases sucesivas. Cubriría unas 5,5 ha, sus casas semisubterráneas recuerdan a las de la cultura Peiligang muy similar a la de Cishan hasta tal punto



Figura 6. Cerámica de la cultura de Cishan (National Palace Museum, Beijing): 1: Cuenco con trípode, altura: 8,1 cm y diámetro de boca: 21,3 cm. 2: altura 15,2 cm, diámetro de boca: 13,8 cm, diámetro del fondo: 6 cm. 3: altura: 14,4 cm, diámetro de boca: 9,5 cm, diámetro del fondo: 6 cm. Fuente: http://www.alaintruong.com/archives/2017/08/02/35534739.html

que en ocasiones se ha denominado cultura Cishan-Peiligang. Lo interesante de este yacimiento en relación con estas influencias culturales es que su economía se basa en el arroz, a diferencia de Cishan, como ya hemos visto. Además, son también muy interesantes los enterramientos. Generalmente presentan cuerpos en posición supina y como ajuares jarras (*hu*) cerca de la cabeza, y otros elementos de piedra y hueso. Los animales domésticos de este asentamiento serían el cerdo, el perro y, posiblemente, el ganado vacuno. Su cerámica presenta desgrasantes de arroz, decoraciones impresas de cuerda y a veces engobes de color rojo. Otros yacimientos de este grupo serían Baligang, Bacun, Changquan, etc.

Una cuestión muy interesante y sugerente es la determinación del origen de estos grupos. Algunos autores han planteado que este yacimiento y el grupo arqueológico en el que se enmarca sean el resultado de una expansión poblacional o de una influencia cultural (o ambas a la vez) de grupos provenientes del sur, concretamente del valle del Yangtsé que ya conocían la cerámica y el cultivo del arroz, donde destacan los asentamientos de Pengtoushan (yamiciento epónimo de esta cultura) y Bashidang. Incluso, estas comunidades podrían haber llegado a la cuenca baja y media del río Amarillo, donde los asentamientos de la cultura Houli ya producían arroz con morfologías domésticas hacia el 7000 y utilizaban cerámicas similares a la primera fase de Jiahu (7000-6500).

El desarrollo de influencias, relaciones, paralelos arqueológicos, "culturas", etc., que acabamos de analizar es sólo un ejemplo de la dificultad de definir claramente en el tiempo y en el espacio conceptos teóricos como la *Interacción*. A continuación recogemos las diferentes culturas de toda esta zona del río Amarillo, recordando e insistiendo que todas ellas presentan características comunes, que ya hemos comentado, y, al mismo tiempo, rasgos específicos y detalles particulares: Baijia-Dadiwan (ríos Wei y alta cuenca del Han), Beixin (provincia de Shandong, 5300-4100); Cishan-Beifudi (este de las montañas Taihang); Cishan o Cishan-Peiligang (norte de la llanura china, 6500-5000); Dadiwan (provincias de Gansu y Shaanxi, 5900-5200); Houli (provincia de Shandong, norte de Mount Tai, 6500-5500 BP); Jiahu (norte de la alta cuenca del Huai, provincia de Henan, 7000-5700); Laoguantai (sur de la provincia de Shaanxi, 5900-5200); Peiligang o Peiligang-Cishan (centro y oeste de la provincia de Henan, 7000-5000); Xinglongwa (interior de Mongolia-frontera de la provincia de Liaoning, 6200-5400); Xinle (cuenca baja del río Liao y península de Liaodong, provincia de Liaoning, 5500-4800); Zhaobaogou (río Luan, interior de Mongolia y norte de la provincia de Hebei, 5400-4500).

Más al norte, en la región de Manchuria, algunos autores consideran que pudo surgir el cultivo del mijo de manera independiente en fechas ligeramente anteriores al 6000, en el contexto de la cultura Xinglongwa (*ca.* 6200-5400). Serían los cazadores-recolectores locales, como se postula para algunas zonas de Europa y Japón, quienes adoptarían y desarrollarían esta agricultura. Desde esta zona, el Neolítico llegará a la península de Korea en torno a mediados del IV milenio.

A partir del V milenio nos vamos a encontrar con una situación relativamente similar en toda esta área. La evolución de los primeros neolíticos, su expansión hacia otras zonas y su interacción con otras comunidades dará lugar al surgimiento de diferentes grupos arqueológicos o "culturas" en espacios geográficos más o menos acotados y en distintos momentos cronológicos (figura 7).

En la "zona nuclear" del Neolítico chino, en el valle del río Amarillo entre el 5000 y el 3000 surgirá la cultura **Yangshao**, una de las más estudiadas y mejor conocidas de estos momentos. Este grupo arqueológico es un descendiente directo de la cultura Peiligang y, a su vez, será uno de los ancestros más importantes de la cultura y de la dinastía Han.

Al inicio de esta fase los yacimientos conocidos se concentraban en la zona del oeste de la cuenca y se plantea la hipótesis de que se expandieran hacia el este y oeste del propio río Amarillo y de sus afluentes. En este proceso se produciría interacciones y contactos con grupos locales que producirían distintas *tradiciones* locales y regionales. Los asentamientos presentan un tamaño entre cinco y seis hectáreas, siendo más grandes que los de la

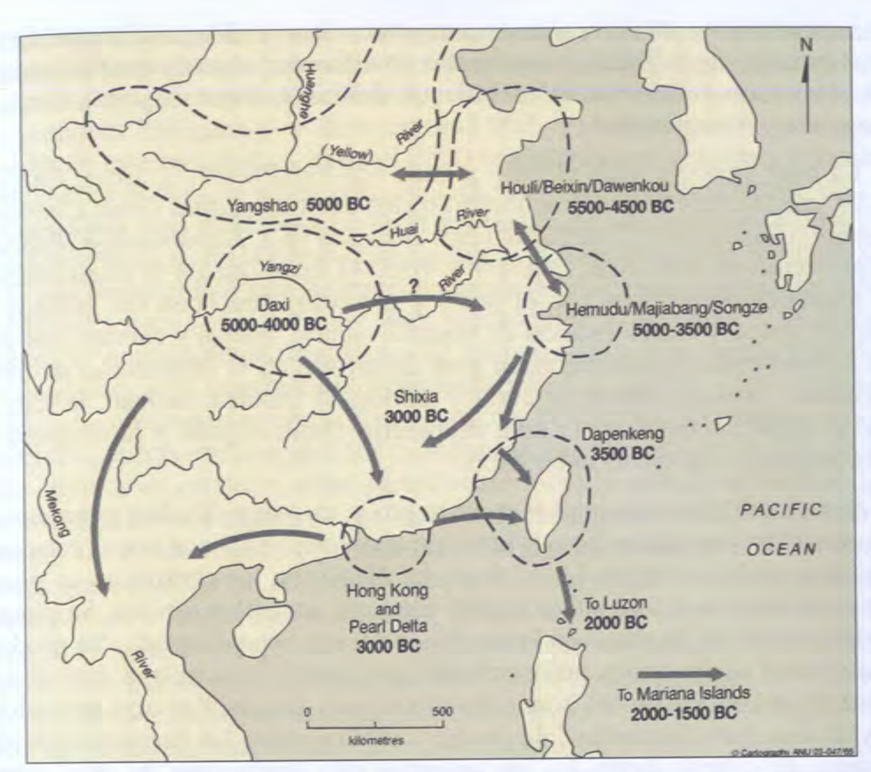


Figura 7. Distribución, evolución y contactos entre las culturas de China entre el 5000-3000. Fuente: modificado de Bellwood, 2005, pp. 123, figura 6.5.

cultura precedente Peiligang, y en las fases finales algunos alcanzan las 19 ha estimándose más de un millar de habitantes. Al igual que en la fase anterior e, incluso, de forma más acusada, estos yacimientos forman verdaderas concentraciones en algunas zonas postulándose la hipótesis de una jerarquización de tamaños y funciones. En algunos casos se ha descubierto una zona pública (a veces con rediles) que está circundada por otra residencial. Otras estructuras importantes son los silos de almacenaje y los hornos de cerámica. A partir de estos y otros datos, se ha planteado la posibilidad de que estemos frente a sociedades jerarquizadas cuya complejidad se iría incrementando a medida que avanzamos en el tiempo. Al igual que en la fase precedente, los asentamientos se localizan en zonas interfluviales con ricos suelos aluviales muy aptos para la agricultura y la ganadería y que, al mismo tiempo, les dan acceso a otras zonas para complementar la subsistencia con la caza, la pesca y la recolección. También se han localizado asentamientos en zonas altas, incluso con elementos defensivos como muros y zanjas y paredes de tierra apisonada. Las casas son de adobe, separadas unas de otras y con tamaños variables. Las más grandes son interpretadas como edificios públicos. En varios asenta-

mientos se han localizado cementerios en las zonas periférica de los poblados. Estos estaban organizados y segregados en diferentes zonas y grupos, incluso con estructuras funerarias independientes dentro de otras mayores, como en Hengzhen y Yuanjunmiao.

La base agrícola sería el mijo y, más ocasionalmente, el arroz. En diferentes yacimientos se han descubierto restos de otras plantas como *Chenopodiaceae, Compositae, Cruciferae* (esp. *Brassica* sp.), *Leguminosae*, *Poaceae* y *Polygonaceae*, *Brassica*, *Papaver* y *Vitis*. Al igual que en la etapa anterior los animales domésticos son el perro y el cerdo, junto con las gallinas en algunas zonas, y restos escasos de ganado vacuno, ovejas y cabras. Los grupos de esta cultura alcanzaron un gran desarrollo en la fabricación de útiles de bambú, madera, piedra, cestería y tejidos. Se plantea, incluso, la idea de talleres especializados en la talla de piedras como el jade y la turquesa en Xiawanggang y de cinabrio en Xipo.

Sus cerámicas están pintadas en negro y rojo con diseños geométricos y zoomorfos, con pastas finas y también aparecen vasos con bocas estrechas y fondos cónicos (figura 8). Al final del Neolítico las cerámicas se pintan en negro, marrón y rojo sobre fondos blancos, amarillos o rojos. Se plantea la idea de que su producción fuera más o menos estandarizada. Se produce un aumento de los útiles pulimentados que podría indicar una mayor actividad de aclarados de las zonas boscosas para desarrollar una agricultura más intensa. Los "cuchillos" de piedra y cerámica son las herramientas para la siega del cereal. Entre los yacimientos más destacados de esta cultura podríamos citar: Banpocun, Jianzgzhai, Beishouling, Banpo, etc.



Figura 8. Cerámica de la cultura Yangshao: 1: altura 24 cm, diámetro máximo: 28 cm; 2: altura 31 cm, diámetro máximo: 31 cm. Fuente: https://heritageasianart.org.

Al este del grupo de Yangshao nos encontramos con los yacimientos de la cultura **Dawenkou** en la provincia de Shandong (figura 7). Las primeras fases de esta cultura, denominadas Houdi y Beixin tienen una estrecha relación con la cultura Peiligang y se datan entre el 6000 y el 4500 aproximadamente. A partir de este momento y hasta el 2500 se desarrollará la cultura Dawekou propiamente dicha que mantendrá contactos con otras circundantes. Una de las cuestiones más interesantes a nivel regional y de interacciones es que este grupo exhibe las mismas características que la cultura Yangshao en lo que respecta a la complejidad y la jerarquización social. Además, sus asentamientos también son mayores que en las fases precedentes y presentan cementerios. En ellos la mayoría de las tumbas son de adultos en posición supina y en algunas ocasiones con enterramientos secundarios. Los ajuares están formados principalmente por adornos: collares, anillos, pendientes, brazaletes, etc. de diferentes piedras, incluso algunos cilindros en marfil. También se han encontrado cráneos de cerdos y otras partes anatómicas lo que ha llevado a algunos investigadores a sugerir la realización de banquetes o festines funerarios o religiosos. Es interesante constatar que sólo algunas pocas tumbas presentan ajuares que conllevarían un trabajo muy elaborado como los adornos de jade o determinados recipientes cerámicos, lo que incidiría en una posible jerarquización social. Un rasgo cultural muy interesante de este grupo es la deformación de los cráneos y la extracción de dientes, concretamente los incisivos laterales. Esta costumbre también se detecta en la cultura Qujialing de este momento en la región de Hubei, en la cuenca baja del Yangtsé, y tiene sus ecos en la región de Henan. Es más, recientes descubrimientos han encontrado modificaciones intencionales de cráneos mucho más al norte, en la región de Jilin y parece una costumbre que se extiende por un amplio arco continental y cronológico.

La subsistencia estaba basada en el mijo, que es mucho más importante que el arroz en esta cultura. De nuevo, el cerdo, el perro y las gallinas son los animales domésticos con algunos datos de ganado vacuno. Las cerámicas Dawenkou principalmente son lisas o con engobe rojo y se caracterizan por recipientes angulares. En ocasiones aparecen símbolos que pueden relacionarse con un sistema de anotación de los grupos Yangshao.

Como se puede apreciar, continuamente se está haciendo referencia a paralelos e influencias mutuas en los rasgos arqueológicos de estas culturas. Todo ello nos revela un altísimo grado de interacción entre estos grupos. Será precisamente este intercambio (poblacional, cultural, tecnológico, etc.) el que fomentará la rápida *Consolidación* de estas comunidades y del modo de vida neolítico y a partir de finales IV y, sobre todo, del III milenio surgirán las culturas calcolíticas.

Esta misma situación y la existencia de elementos compartidos, se produce en relación a las culturas identificadas hacia el sur y en las costas orientales de China. Por ejemplo, inmediatamente al sur de la cultura Dawenkou, se

desarrolla el grupo Majiabang y en relación con este la cultura Hemudu, entre todas ellas las relaciones e influencias son multidireccionales. Esta última cultura es de gran relevancia, sobre todo por los paralelos que presenta con algunas islas del sureste, como Filipinas y Borneo, e, incluso, del Pacífico. En general, esta *Expansión* hacia el sur se puede sintetizar en dos ejes distintos. Por un lado, desde las culturas Zaoshi, Tangjiagang y Daxi (5000-3000) en el medio Yangtsé, hacia el sur por los valles del Guangdong y Hainan, que sería la responsable de llegada del Neolítico a Hong Kong, Vietnam y Tailandia (*ca.* 4200-3000). En esta zona la cerámica incisa presenta paralelos con las de las culturas Tangjiagang y Daxi en el medio Yangtsé, así como el grupo Shixia en Guanfong. Por otro, a lo largo de las costas y las islas desde Zhejiang a Fujian, Guangdong y Taiwán. En toda esta zona sur los datos subsistenciales son escasos y es muy probable que el resultado final de estas interacciones y relaciones sea una multilocalidad de rasgos arqueológicos, económicos y culturales.

2.5. Japón

La cuestión de la aparición de la domesticación en Japón continúa protagonizando un encendido debate y es realmente interesante. Las trayectorias culturales y tecnológicas entre Japón y el continente, China y Korea, fundamentalmente, fueron muy similares durante el Paleolítico e inicios del Holoceno, incluida la aparición temprana de la cerámica y la gestión y tratamiento de plantas y animales silvestres. En un momento determinado entre el VI y el IV milenio sus trayectorias diferirán y marcarán dos caminos distintos. En China surgirá la economía de producción, con una agricultura basada en el mijo y el arroz, como ya hemos visto, mientras que en Japón no se produce esta transición o, al menos, no de forma tan clara en el seno de la cultura **Jomon**. El debate sobre si los grupos Jomon son agricultores o cazadores-recolectores no es nuevo y sigue en la actualidad, algunos autores han optado por plantear otros conceptos como "producción de recursos" para definir la relación de estos grupos con su entorno y con las plantas y animales que consumían. En este sentido, existen pruebas claras de una relación estrecha y de una explotación intensiva del jabalí, por ejemplo, incluso se han descubierto enterramientos de este animal en la fase Jomon medio (3000-2000). Asimismo, y en esta misma fase, parece que algunas plantas pudieron ser cultivadas. La cuestión, por tanto, es por qué no se produjo en la cultura Jomon el mismo desarrollo que en China. La respuesta no es fácil y no existen suficientes datos para contestarla. Las diferencias medioambientales han sido argumentadas habitualmente ya que en Japón existe una menor variabilidad de hábitats, el régimen de precipitaciones es distinto y la cantidad de recursos potencialmente domesticables era menor. Lo que es evidente es que en Japón no aparece un sistema productivo similar al Neolítico chino hasta la aparición de la cultura **Yayoi** desde inicios del primer milenio. Esta cultura es externa al archipiélago nipón y con su llegada comenzó un proceso de interacción que implicó a ambos grupos (Jomon reciente y final, 1000-300), como ha quedado reflejado en la cultura material y en la genética. Su sistema agrícola era complejo e implicaba a un número importante de plantas como cebada, trigo, arroz, mijo y otros cultivos de secano.

Precisamente, otro de los debates sobre el Neolítico en Asia central y oriental es la introducción del trigo. Tradicionalmente se consideraba que existía un foco originario en China, pero recientemente se ha propuesto que fuera introducido en toda esta parte del continente desde Próximo Oriente entre el IV milenio y los inicios del III a través de dos posibles vías: desde el norte, por Afganistán y Asia central, y por el noroeste, desde Eurasia, a través del sur de Siberia y Mongolia, que parece la más plausible en función de los datos disponibles.

3. OCEANÍA

Bajo este epígrafe analizaremos un vasto territorio que va desde el sureste asiático y sus grandes (y pequeñas) islas (Malasia, Taiwán, Filipinas, Indonesia, Brunei,...) hasta las islas del Pacífico en lo que se conoce como Micronesia, Melanesia y Polinesia. En todo este territorio únicamente se puede hablar de las tierras altas de Nueva Guinea como un foco agrícola originario, en el resto se deben explicar fenómenos de expansión e interacción. En este sentido en el territorio comprendido entre China y las islas Salomón tendremos ocupación humana desde el Pleistoceno, incluso con grupos de cazadores-recolectores que perduran en la actualidad. En cambio, desde las Salomón al resto de Oceanía, el primer poblamiento estará protagonizado por los grupos de agricultores austronesios. Desde el punto de vista cronológico no existen evidencias de producción de alimentos anteriores a mediados del IV milenio en todo este territorio.

Al igual que en otras zonas, las condiciones climáticas y geográficas van a determinar la configuración de la producción de alimentos y, en consecuencia, su reflejo en el registro arqueológico. El mejor ejemplo es el arroz y el mijo que irán desapareciendo progresivamente del elenco de plantas cultivadas a medida que nos acerquemos a Oceanía ya que el régimen pluviométrico del bosque ecuatorial no es el más adecuado para estas plantas. Asimismo, en algunas zonas la irregularidad de las precipitaciones pudo llevar a la sustitución de los cereales anuales por el taro y otros tubérculos. Tampoco debemos descartar en este proceso las cuestiones culturales, y las influencias y, tal vez, resistencias en algunos casos, de los grupos indígenas de cazadores-recolectores.

3.1. El sureste continental (Birmania, Laos, Camboya, Vietnam, Tailandia, Malasia)

El Neolítico de esta zona presenta importantes deficiencias en el registro arqueológico, sin embargo, algunos autores hablan de una "expresión" común en este territorio (2500-1500), fundamentalmente de la cerámica con decoraciones incisas rellenas de puntos impresos realizados con peines o conchas dentadas. En Tailandia se ha datado la expansión del arroz hacia el 2300 que se incluiría también en este acervo arqueológico del sureste asiático. Al igual que en China los animales domésticos son el perro y el cerdo, el ganado vacuno estará presente a partir del 1500 en el noreste y la domesticación del búfalo no sucede hasta la edad el Hierro, aproximadamente a mediados del I milenio.

Contemporánea de este conjunto es la expansión del Neolítico por Malasia en el II milenio. En esta zona es muy interesante el cambio que se produce en el modo de poblamiento. Los restos aparecen fundamentalmente en cuevas que con la llegada del Neolítico dejan de ser yacimientos de hábitat para convertirse en lugares de enterramiento. Este cambio poblacional, unido a la rápida expansión de los grupos productores, hace pensar en un fenómeno migratorio desde el este de China, aunque no hay suficientes datos para confirmarlo.

3.2. Taiwán y las islas del sureste

En Taiwán y en las islas del sureste se aprecia un fenómeno que ocurre en todo Asia, el periodo inicial de expansión neolítica se caracteriza por una homogeneidad cultural seguida de una acusada regionalización en las siguientes fases. En Taiwán la cultura neolítica se denominará Dapenkeng (figura 5) y se desarrolla a partir del 3500 con cerámicas similares a las anteriormente señaladas. Estos grupos producen arroz y mijo. En la cultura material destacan los "cuchillos" para la cosecha de conchas de perla. Tras este grupo surgen una variedad de culturas en el II milenio. Al mismo tiempo son evidentes los contactos con China, especialmente en la cerámica y en la industria lítica.

La cerámica será el elemento guía y diferenciador de las culturas o grupos en Filipinas y en muchas regiones del este de Indonesia. Estas colecciones (2000-500) se caracterizan por sus formas simples, en ocasiones con engobes en rojo y con decoración incisa o impresa y, a veces, con pies anulares perforados. En Filipinas, en el yacimiento de Pamittan (figura 5) en el II milenio se han recuperado cerámicas muy similares a las impresas del complejo cultural Lapita de Melanesia y Polinesia (figura 9). Otro dato interesante es el descubrimiento en la zona de Luzon, en el yacimiento de Bukit Tengkorak (figura 5), de obsidiana proveniente del archipiélago Bismark a 3500 km lo que nos da una idea del conocimiento marítimo y de los desplazamientos de estas comunidades.



Figura 9. Cerámica Lapita. Fuente: https://www.rfi.fr/en/visiting-france/20101114-pots-vanuatu; © musée du quai Branly.

En resumen, entre el 2000 y el 800 aproximadamente diferentes grupos con cerámica incisa, impresa o con engobes rojos, con útiles de conchas, con azuelas de piedra, con cerdos y perros se expandieron por un área de 10.000 km desde las Filipinas hasta el Pacífico central. En el Pacífico occidental los grupos Lapita cultivaron un variado conjunto de frutas y tubérculos: taro, bananas, boniatos, árbol del pan, etc., todos domesticados originalmente en las regiones tropicales desde Malasia a Melanesia.

3.3. Las tierras altas de Nueva Guinea

Las **tierras altas de Nueva Guinea** (entre 1300 y 2300 m.s.n.m.) suponen un foco originario de agricultura tan antiguo como otras zonas nucleares en el planeta. Con la llegada del Holoceno y en torno a mediados del IX milenio, ciertas plantas cultivables como el taro, el pandano, ciertas bananas, el ñame, y la caña de azúcar pudieron desarrollarse a mayor altitud en las zonas altas. Sería, precisamente, en sus límites de distribución, donde la gestión de estas plantas comenzaría con el objetivo de minimizar los riesgos subsistenciales, como ya hemos analizado para otras zonas. Progresivamente, este contacto y estas actividades desembocarían en la agricultura que, en este caso, se centró en ciertos tubérculos y árboles. Una producción que no desarrolló la ganadería hasta que el cerdo se introdujo en el primer milenio proveniente de Indonesia. Sin embargo, esta zona tiene la peculiaridad de que estos grupos neolíticos no se expandieron como ocurrió en Europa y el Creciente Fértil, en la India, en China o en América, un ejemplo claro de ello es la inexistencia de una colonización neolítica en Australia.

4. ÁFRICA

En el continente africano vamos a asistir, de nuevo, a múltiples situaciones distintas en lo que se refiere al proceso de neolitización. Desde áreas donde se producen fenómenos de Expansión e Interacción desde otros focos originarios como el Creciente Fértil hacia Egipto y el norte de África, hasta el surgimiento de una domesticación autóctona y, a tenor de algunos datos, muy antigua.

La información actual nos indica que varias plantas y animales pudieron domesticarse en diferentes áreas del continente, y, al mismo, aparecen plantas *cultivadas* y animales *gestionados* que mantienen morfologías y características salvajes en cuanto a sus fenotipos, su tamaño y su genética, por ejemplo.

Las plantas domésticas más significativas son algunos tipos de cereales como el arroz africano (*Oryza glaberrina*), el mijo perla (*Pennisetum glaucum*) y el sorgo (*Sorghum bicolor*). En un principio y a tenor de la distribución actual de estas plantas lo lógico sería pensar que su domesticación se produjo en la zona del Sahel, en las áreas de sabana y en las tierras altas de Etiopía, sin embargo, en el África subsahariana no hay evidencias de domesticación hasta el II milenio. Por el contrario, en la zona del desierto occidental de Egipto se han encontrado evidencias de gestión y consumo de las formas salvajes de sorgo y mijo perla a partir del 8500, junto a ganadería. Esto unido al hecho de que en el Holoceno inicial la región del Sahara era mucho más húmeda que en la actualidad puede darnos pistas de dónde pudo situarse el área originaria de la domesticación de estos cereales o de alguno de ellos.

Aun así, las dataciones disponibles de algunos cereales ya domesticados siguen siendo muy recientes por ejemplo el mijo perla a mediados del II milenio en los yacimientos de Dhar Tichit, KN05, Birimi, etc., en el oeste del Sahel, o el sorgo en Qasr Ibrim durante el I milenio y con fechas similares otras plantas (figura 10). La razón de estas cronologías tan recientes puede estar en las propias características de estas plantas, concretamente en su polinización. Estos cereales tienen una alta propensión a la autopolinización cruzada por lo que cualquier selección humana de algún fenotipo de estas plantas solo se mantendría si se plantaran lejos de las zonas propias de las formas salvajes no modificadas. Esto conlleva la necesidad de una atención por parte de los humanos mucho más intensa y prolongada que la obligada, por ejemplo, en el Creciente Fértil. Pero desde otro punto de vista este dato aclararía y reforzaría una interpretación más amplia, no centrada exclusivamente en los rasgos domésticos si no en la gestión intensiva de estas plantas en sus formas salvajes. Nos encontraríamos entonces con cronologías desde mediados del IX milenio y especialmente a partir del VII que datarían el *cultivo* de plantas y la *gestión* de animales cuyas características claramente domésticas (genética, tamaño, etc.) aparecerían desde el II y el I milenio.



Figura 10. Mapa de África con los principales yacimientos citados en el texto. En rojo nombres de culturas y grupos arqueológicos y en gris están reflejadas las zonas del Sahel y del Creciente Fértil.

Además de estos cereales también se domesticó ñame, mijo africano, la judía de careta, teff, etc. Una relación de las principales plantas domesticadas y sus dataciones se puede ver en Marshall y Weissbrod 2011: S398, tabla 1 y S401, tabla 2.

Como acabamos de ver para las plantas, en el caso de los animales las relaciones estrechas entre estos y los humanos, su gestión intensiva y los primeros pasos hacia la domesticación parece que se iniciaron desde principios del Holoceno (8500-6000). Sin lugar a dudas, el yacimiento más comentado es el de Nabta Playa donde se postula la presencia de ganadería desde mediados del IX milenio. En relación con este dato, una cuestión muy debatida ha sido la domesticación autóctona del vacuno en la zona del Sahara y norte de África. Lo cierto es que tanto las dataciones antiguas como la escasez de datos hacen muy difícil cualquier afirmación al respecto. También se ha propuesto una posible domesticación autóctona del asno (*Equus asinus*). En base a los datos genéticos y arqueológicos, aunque muy escasos ciertamente, parece que

pudo haber dos focos independientes, en el noreste de África y en la península arábiga, tal vez en fechas tan tempranas como el V milenio. En general, muchos investigadores consideran el VI milenio como el momento de la aparición de la ganadería en África coincidiendo con la introducción de los ovicápridos desde el Creciente Fértil por Egipto y Sudán. Así lo atestiguarían, por ejemplo, los registros de Dakhleh, con ovicápridos, pero sin vacuno ni cerámica, y de Kadero en el propio Sudán, con vacuno, ovejas y cabras, ambos datados en torno al 5000.

4.1. El norte de África

Los diferentes cambios climáticos y medioambientales del Holoceno tienden a estabilizarse entre el 6500 y el 5500. En este momento los procesos aluviales y sedimentarios del Nilo también se nivelan y van a permitir su poblamiento. Por lo tanto, las primeras comunidades neolíticas llegarán al valle del Nilo más tarde que a Grecia o a Italia. Por un lado, esto puede deberse a la existencia del desierto del Sinaí que actuaría como frontera natural para la expansión de las comunidades de Próximo Oriente. Por otro, es posible que los pobladores de esta zona a inicios del Holoceno ni necesitaran ni buscaran la producción de alimentos. Sin embargo, se toparon con la agricultura y la ganadería gracias a procesos de expansión de grupos neolíticos desde el Creciente Fértil y Palestina aunque es difícil definir un origen concreto. Los paralelos con estas zonas se basan en diferentes elementos de la cultura material como en las puntas Helwan con retoque en doble bisel que aparecen en el Neolítico precerámico A y B de Próximo Oriente (*PPNA* y *PPNB*), en algunos instrumentos pulimentados como hachas y macetas, en cerámicas con pies diferentes a los recipientes incisos e impresos de las zonas de Sudán y el Sahara de inicios del Holoceno, junto con el plantel de plantas y animales domesticados: trigo, cebada, lino, cerdos, vacas, ovejas y cabras. Todo ello aparece en el registro arqueológico de forma abrupta lo que se interpreta como consecuencia de una expansión o introducción alóctona al Nilo.

Los datos de este momento no son muy abundantes y tenemos que irnos hasta la depresión de Fayum y el delta para obtener información sobre otros aspectos. Por ejemplo, en Merimde se han descubierto casas semisubterráneas de planta oval y muros de barro y adobe, organizadas en calles y ocupando una extensión de unas 2,5 ha. La cultura material de este yacimiento presenta evidentes similitudes con el Creciente Fértil y Palestina como las mencionadas puntas Helwan, figurillas de arcilla, elementos de telar y cerámicas incisas con decoraciones en forma de espina de pescado, por ejemplo (figura 11). Es muy sugerente la coincidencia cronológica entre la ocupación de esta zona a inicios del VI milenio, con el declive que se produce en Próximo Oriente en las comunidades del *PPNC*.

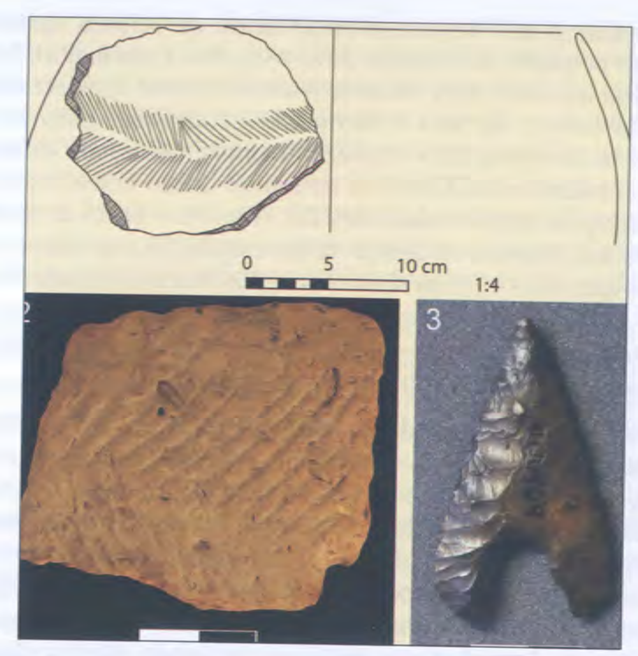


Figura 11. Materiales de Merimde: 1: Recipiente con decoración incisa en "espina de pescado", fuente: Eiwanger, 1984, pp. 80, Plate: 18.I.330; 2: Fragmento cerámico con decoración incisa en "espina de pescado", fuente: http://repository.edition-topoi.org/collection/MRMD, DOI: 10.17171/1-9-2366-2; 3: Punta con retoque bifacial, fuente: http://repository.edition-topoi.org/collection/MRMD, DOI: 10.17171/1-9-1766-3.

Pero el poblamiento del Nilo parece que fue algo más complejo, con otras influencias e interacciones. Según algunos datos hacia mediados del IX milenio ya existían comunidades con cerámicas, que recolectaban sorgo y pastoreaban ganado en el desierto occidental de Egipto en los yacimientos de Nabta Playa y Bir Kiseiba, que ya hemos comentado. En torno al 4000 la progresiva desertificación del Sahara llevó a estas comunidades a abandonar estos asentamientos y dirigirse hacia el valle del Nilo donde se encontraron con los descendientes de los neolíticos provenientes del Creciente Fértil. De nuevo, el clima y el desarrollo cultural produjeron fenómenos de expansión e interacción dando lugar a nuevas comunidades y "culturas".

Más hacia el sur, la expansión del Neolítico y sus elementos se encontró con la barrera climática de las lluvias del monzón de Sudán y su llegada a las tierras altas de Etiopía se produjo a partir del III milenio.

Hacia Occidente parece que la expansión de estas comunidades neolíticas comenzó relativamente pronto, en torno a inicios del VI milenio, como veremos a continuación.

El estado actual del Neolítico en el norte de África, desde Egipto al Atlántico es un pequeño muestrario de la situación continental. A nivel general los datos son escasos, muy escasos o directamente inexistentes según las zonas y, desde luego, sin una continuidad geográfica. Esto ha hecho que a lo largo de la historiografía aparezcan interpretaciones diferentes y, en ocasiones, contradictorias. También ha tenido como consecuencia el surgimiento de múltiples denominaciones del *Neolítico* en el área del Magreb, especialmente en Marruecos donde se ha estudiado con mayor intensidad. Así, podemos leer *Neolítico mediterráneo*, *Neolítico de tradición capsiense*, *Neolítico de tradición sudanesa*, *Neolítico sahariano*, *Neolítico de tradición iberomauritana*, etc. cuyos significados e implicaciones arqueológicas e interpretativas pueden consultarse en la bibliografía.

Si nos centramos en los datos más recientes se va configurando un proceso variado con múltiples factores y grupos implicados en el mismo. Por ejemplo, en el yacimiento SHM-1 (Hergla, Túnez) (figura 10), excavado entre 2002 y 2007, se ha propuesto un proceso de intensificación económica (posible almacenamiento), de complejidad social y de intercambios a larga distancia (sílex de Gafsa, obsidiana de Pantelleria) de los cazadores-recolectores capsienses (Capsiense *ca.* 8000-5500). Sobre este sustrato indígena y depredador se irán incorporando ciertos elementos neolíticos como un hacha pulimentada y algunos fragmentos cerámicos a inicios del VI milenio.

Este cambio o proceso de neolitización gradual y progresivo también se ha sugerido recientemente para la cueva de Haua Fteah (Cirenaica, Libia). Excavada en los años 50 del siglo pasado, las nuevas intervenciones han refrendado el marco cronológico para la aparición de la cerámica en un sustrato cazador-recolector local con un lapso entre *ca.* 5450-4950 (las ocupaciones neolíticas llegarían hasta el *ca.* 4450-4250). En estos momentos estos grupos continuaría cazando muflones y recolectando moluscos. Este modo de vida, con evidentes paralelos en el Capsiense anterior, se completaría con el pastoreo de ovejas y cabras. Debemos señalar que la aparición de estas últimas no está bien datada y parece producirse en un momento posterior al de la cerámica. No se han encontrado evidencias de cereales domesticados.

Interpretaciones muy similares se han planteado más hacia el oeste. A partir de las excavaciones en los yacimientos de Ifri Oudadane, Ifri n'Etsedda y Hassi Ouenzga, algunos investigadores defienden que la agricultura y la ganadería nunca fueron totalmente adoptadas en esta zona. Los agricultores y forrajeros (*farmers/foragers*) asumieron un conjunto de estrategias subsistenciales para rentabilizar al máximo la explotación de su entorno. Entre estas actividades estaban la recolección de plantas silvestres, la explotación de recursos marinos, la caza de animales y un nivel de producción bajo de alimentos (*low-level food production*), concretado en la explotación de cereales y productos animales como la carne y la leche de ovicaprinos principalmente. Es interesante constatar que estos yacimientos son abrigos en los que se han detectado niveles de redil para la guarda del ganado. Esto, unido a una posible ocupación estacional de alguno de ellos, podría condicionar el registro arqueológico y variar estas interpretaciones. En esta alternativa, estos abrigos podrían formar parte de una red de yacimientos especializados en el pastoreo (corrales), en la caza y recolección, etc. que serían ocupados por una comunidad plenamente neolítica llegada a esta zona mediante procesos de colonización. Esto es simplemente otra posibilidad imposible de confirmar categóricamente con los datos actuales.

En la cercana región de la península Tingitana se ha propuesto un proceso de neolitización diferente, protagonizado por pequeños grupos de colonos de la órbita de las cerámicas impresas y del Cardial del Mediterráneo central y occidental, en torno al 5550-5400 (Khil, Kaf Taht el-Ghar, etc.) que realizarían una colonización marítima de salto de pídola (*leapfrog colonization*). De hecho, estas dos zonas guardarían grandes similitudes en los estilos cerámicos, y en otros elementos del *package* neolítico. En base a ello algunos investigadores hablan de un "círculo del Estrecho" para incidir en estas semejanzas y contactos durante el Neolítico. Aunque los datos son muy escasos, estos mismos autores han planteado una posible progresión temporal del Neolítico hacia el sur, donde en las tierras altas del Atlas aparecería *ca.* 5100.

Según avanza el tiempo y la progresiva consolidación del Neolítico, el norte de África parece integrarse en el mundo del Cardial clásico sin duda desde el V milenio mostrando una gran adaptabilidad al entorno combinando una economía de producción con la explotación de diferentes biotopos, por ejemplo, los litorales marítimos como sucede en el yacimiento de El Zafrín (islas Chafarinas).

4.2. África Subsahariana

A partir del IV milenio el Sahara comienza a presentar las condiciones climáticas y de aridez actuales. En la literatura es comúnmente aceptado que en este momento comienza un desplazamiento de los pastores de esta zona hacia el sur. Aproximadamente entre el 3000 y el 2500 tenemos los primeros datos de la aparición de ganado vacuno, ovejas y cabras en la zona del lago Turkana. A este proceso de Expansión, Interacción y Consolidación del Neolítico se le denominó en los años 70 y 80 del siglo pasado *Neolítico del este de África* o *Neolítico pastoral o de pastores* (*Pastoral Neolithic*) o *Neolítico de los cuencos de piedra*. Dentro de una marcada unidad arqueológica y cultural se han definido varias fases y dos grupos *Elmentietan Neolithic* y *Savanna Pastoral Neolithic* con algunas diferencias en los patrones de asentamiento, los enterramientos y sus rituales y la cultura material.

Tradicionalmente se ha considerado que estas comunidades, y en general todos los grupos de pastores, eran casi invisibles arqueológicamente, de hecho, muchos de los yacimientos arqueológicos de este grupo presentan escasos restos y estructuras. Sin embargo, las excavaciones recientes de algunos yacimientos como Luxmanda (Tanzania) han modificado este paradigma y presentan unas comunidades con asentamientos de cierta entidad, diferenciados espacialmente y con recurrentes ocupaciones y estructuras. Esta mayor complejidad estructural y arquitectónica parece que evoluciona con el tiempo y en los momentos avanzados de este Neolítico pastoral se observa una mayor inversión en este tipo de actividades como en los yacimientos de Ngamuriak, Narosura, etc. (figura 10).

En este mismo marco temporal y evolutivo, las colecciones faunísticas también muestran cambios. Por lo general, las especies domésticas son cada vez más importantes y el ganado vacuno, las cabras y las ovejas dominan progresivamente de manera sobresaliente, por ejemplo, en Luxmanda suponen el 94% de los restos. Se ha propuesto que su explotación estaría dirigida hacia una especialización en productos derivados, especialmente lácteos, y no tanto el consumo exclusivo de su carne. En general, estos grupos tenían un modo de vida "mixto" en el que combinaban la ganadería con la caza y la recolección y, según los datos disponibles, no tenían cultivos, pero sí cerámica.

En la industria lítica, como en la cerámica, se observan distintas tradiciones y subgrupos, con diferencias en las decoraciones, en las técnicas, en las formas y distribuciones de los útiles, etc. En general, la industria lítica presenta varios tipos de instrumentos como raspadores, denticulados, raederas, lascas y microlitos en algunas ocasiones de gran tamaño. En la cerámica predomina las formas simples con decoraciones impresas a peine localizadas en bandas con diferentes motivos, también están presentes las técnicas incisas. Uno de los ítems materiales más característicos de este Neolítico pastoral son los cuencos de piedra pulimentada que son relativamente habituales en los yacimientos de este horizonte y cuya funcionalidad es desconocida. Por último, debemos mencionar los restos materiales fabricados en obsidiana obtenida mediante intercambios a larga distancia.

Pero, sin lugar a dudas, uno de los elementos más sorprendentes y únicos del Neolítico Pastoral son sus construcciones megalíticas. Un trabajo reciente (Sawchuk *et al.*, 2019) ha estudiado varias de ellas en el lago Turkana (Lothagam North, LothagamWest, Manemanya, y Kaloko) estableciendo un marco temporal de uso entre 300 y 700 años, *ca.* 3320-2550 (figura 12). En general están formados por varias estructuras: "pilares" (*pillar*) erigidos mediante acumulaciones de piedras de basalto y arenisca (a veces arrastrados desde distancias superiores a los dos km) y que se disponían en ordenamientos lineales o semicirculares; círculos de piedras; túmulos de piedras; plataformas, etc.

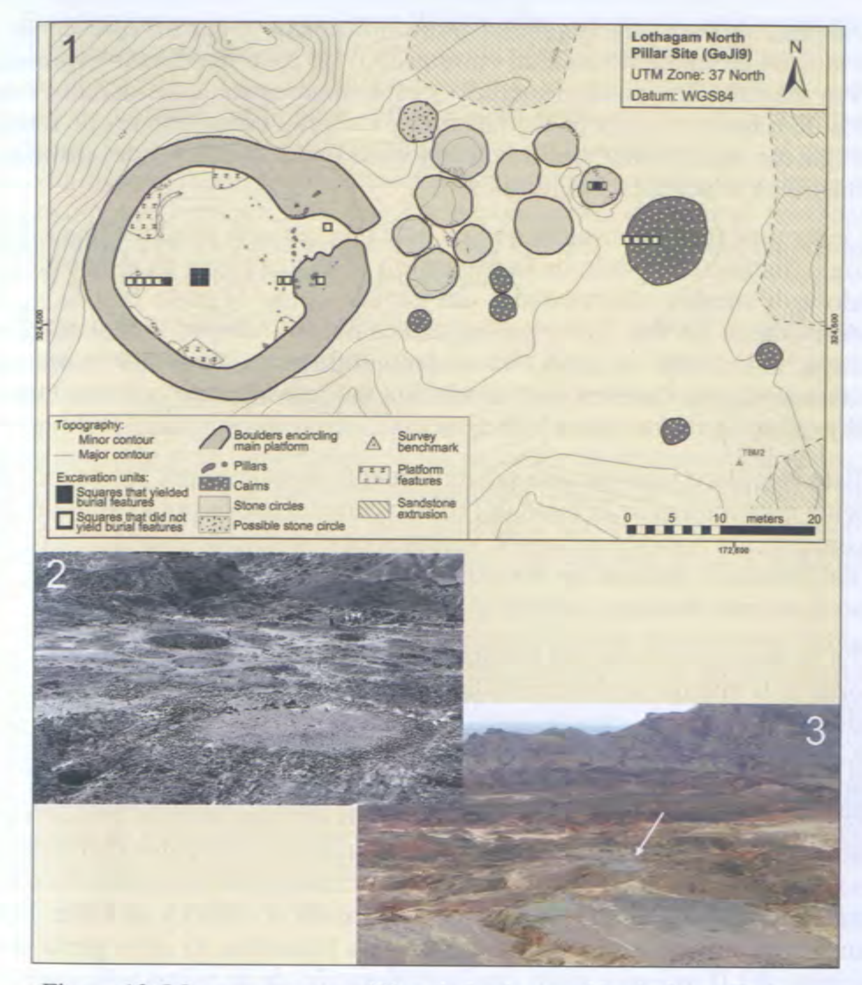


Figura 12. Monumento megalítico de Lothagam North, Lago Turkana, Kenia. 1: Fuente: Sawchuk *et al.*, 2019, figura 3; 2: Fuente: Grillo y Hildebrand, 2013, pp. 196, figura 2; 3: Fuente: modificado de Grillo y Hildebrand, 2013, pp. 206, figura 4.

Son lugares de enterramiento, en algunos casos con cientos de cuerpos en deposición primaria. Los ajuares más comunes son cuentas de piedra de diferentes formas (zeolitas, amazonitas, talco, calcedonias, basalto) y de huevo de avestruz, además de otras fabricadas en hueso, marfil, conchas, etc. Otros restos de fauna también formaron parte de algunos ajuares. La presencia de cuentas en la mayoría de los enterramientos sugiere que no hay distinción ni jerarquización por cuestiones de edad, sexo u otras razones. Están representados todos los rangos de edad y no se han detectado enfermedades endémicas ni causas violentas de muerte.

Además de esta funcionalidad mortuoria, estos lugares representan un caso inusual de monumentalidad entre grupos de pastores. Las interpretaciones van más allá del mundo funerario y estos lugares son considerados como puntos de referencia en el paisaje natural y cultural, como lugares de reunión y agregación para formar alianzas, consolidar redes sociales y desarrollar los intercambios materiales y culturales.

Generalmente se considera que en este momento se produce una ralentización o, incluso, un parón de la expansión de la ganadería en toda esta zona debido a diferentes enfermedades del ganado como la peste bovina, la fiebre derivada de los ñus y la tripanosomiasis transmitida por la mosca tse-tsé. Sin negar todos estos factores y su evidente influencia, no podemos descartar que esta situación también esté producida en gran medida por una falta de investigación (prospecciones y excavaciones) en toda esta zona.

Este Neolítico pastoral será posteriormente sustituido por los grupos plenamente productores de la Edad del Hierro caracterizados por el idioma bantú y su emigración hacia el sur, como veremos en el siguiente apartado. Los grupos del Neolítico pastoral no desaparecerían y pasarían a formar parte de este nuevo horizonte humano, cultural y arqueológico.

En la parte occidental del Sahara, en las actuales Costa de Marfil y Gana, en torno al II milenio se desarrolló la cultura Kintampo (figura 10). Los investigadores sugieren un cambio brusco respecto a los grupos anteriores de la *Late Stone Age*. El complejo Kintampo se caracteriza por sus casas de adobe agrupadas en aldeas, por la manufactura de cerámica (especialmente con decoraciones a peine o instrumentos dentados con una amplia difusión geográfica), la creación de figurillas humanas y animales, los útiles pulimentados como hachas, brazaletes, etc., y por el establecimiento de intercambios a larga distancia. Los datos de los yacimientos de Birimi (Ghana) y de Dhar Tichitt (Mauritania) nos muestran que estos grupos plantaban el mijo perla desde principios del II milenio, junto con la explotación de la palma (*oil palm*) y el canarium. Los datos de este complejo y los de otros contemporáneos sugieren que el mijo perla domesticado y el ganado ovicaprino se extendieron por la zona de sabana, al norte del área del bosque lluvioso, en torno a mediados del II milenio.

4.3. África central y meridional

Con anterioridad al 1500 gran parte de la zona ocupada por el bosque lluvioso y las regiones al sur del Ecuador continuaban siendo un territorio ocupado por cazadores-recolectores. Sin embargo, desde mediados del II milenio asistiremos a la expansión de los grupos de idiomas Bantú, desde la zona del actual Camerún hacia el sur, protagonizando uno de los episodios más sorprendentes, extensos y rápidos de difusión del complejo agropecuario.

Este fenómeno de Expansión se llevó a cabo por grupos ya implantados en la Edad del Hierro. Los datos de la zona occidental son más difusos y escasos que en el este de África donde han permitido su sistematización en el denominado complejo Chifumbaze, sobre todo a partir de la segunda mitad del I milenio. La definición de distintas áreas o grupos arqueológicos dentro de este complejo se basan en pequeñas variaciones de un estilo cerámico común, principalmente caracterizado por las decoraciones en franjas horizontales mediante impresiones e incisiones. En este sentido todos estos grupos muestran un alto grado de homogeneidad cultural.

Estas comunidades Chifumbaze se asentaban en poblados, pero con una gran movilidad debido a su economía basada principalmente en el pastoreo. Los animales y plantas domésticos de estos grupos son el ganado vacuno, los ovicápridos, el sorgo y los mijos. El trabajo del hierro está ampliamente difundido y tuvo una gran importancia en los procesos de deforestación de los bosques para la agricultura. Estos grupos también realizaron intercambios a larga distancia, no sólo continentales sino también a través del océano Índico con el suroeste de Asia y la India. Por ejemplo, por esta vía llegaron a África las bananas, el taro y los boniatos.

Entorno al 500 E.C. la dispersión de estos grupos productores había llegado a la zona de Natal en Sudáfrica. Más hacia el oeste, en el desierto del Kalahari y en la costa suroccidental de África la cerámica hace su aparición en el cambio de era aproximadamente y el pastoreo de ovicápridos varios siglos después al igual que la agricultura. Esta cerámica presenta paralelos con la del complejo Chifumbaze. Estos datos se han interpretado como una adopción progresiva de los cazadores-recolectores indígenas Khoisan de los elementos neolíticos que controlarán su territorio hasta el periodo colonial.

5. AMÉRICA

Tradicionalmente la investigación ha dividido el estudio del origen de las sociedades productoras en América en cuatro zonas: la zona mesoamericana y su influencia en el noroeste y en el sureste de Norteamérica, un área intermedia en Colombia y Ecuador y los Andes centrales (Perú, Bolivia, y las regiones al norte de Argentina y Chile) (figura 13). Esta primera división no es más que la punta del iceberg de la inmensa cantidad de entornos climáticos y medioambientales, culturales y arqueológicos que se producen en la Prehistoria de América. Esto tiene consecuencias para los análisis arqueológicos e históricos, ya que existen múltiples secuencias cronológicas regionales que a veces comparten nombres de periodos o fases y otras no, pero, aun compartiéndolas, las definiciones adquieren connotaciones propias en cada área y en cada tradición historiográfica.



Figura 13. Mapa de América con los principales yacimientos citados en el texto.

A continuación, veremos una serie de procesos muy diferentes a los analizados en algunas zonas de Asia o en el capítulo anterior en Europa, por ejemplo. De hecho, la comparación con esta última puede ser muy útil para caracterizar el Neolítico en América en cuanto a sus rasgos principales.

En primer lugar, en el Nuevo Mundo, a diferencia del Viejo, los distintos periodos de transición ente los cazadores-recolectores y los grupos neolíticos son más prolongados en el tiempo. La transición entre el Pleistoceno y el Holoceno tendrá consecuencias en los grupos de cazadores-recolectores que verán cómo cambian sus recursos subsistenciales y tienen que adaptarse a un nuevo medio. Entre estos cambios está el inicio de una *predomesticación/cultivo* de algunas plantas, pero no la domesticación definitiva de las mismas que se producirá tiempo después.

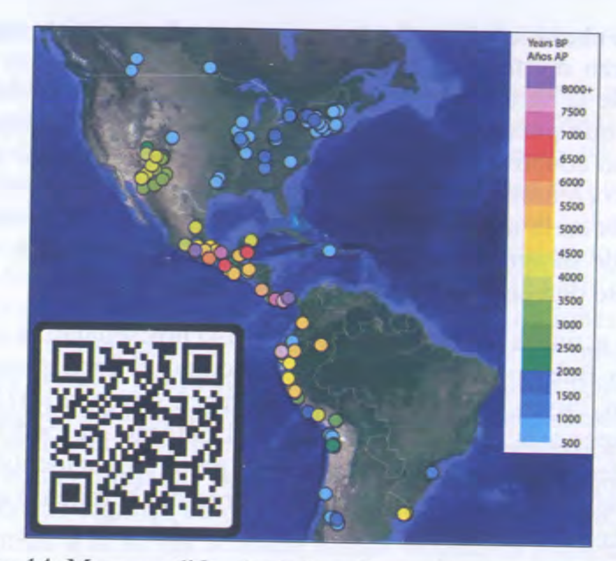


Figura 14. Mapa modificado de http://es.ancientmaize.com/maps (Blake *et al*., 2017). El código QR enlaza con esta página que contiene la información disponible sobre el maíz en América: descripción de los yacimientos, datos de las dataciones y de sus muestras, información geográfica y referencias bibliográficas.

Si nos centramos en estas especies domesticadas, tanto animales como vegetales, de nuevo se aprecian diferencias sustanciales entre los dos continentes. En primer lugar, en América se domestican muy pocos animales con claros fines subsistenciales que se colman, fundamentalmente, mediante la caza de animales salvajes. Hay varias excepciones en este caso, pero con un impacto regional restringido, como las llamas, las alpacas y las cobayas en los Andes de Perú y Bolivia; los pavos en Mesoamérica y los perros que se comieron en la región Maya. Respecto a las llamas y las alpacas los cambios en los patrones de mortalidad y uso, así como las transformaciones morfológicas del esqueleto señalan que se domesticaron en la segunda mitad del III milenio. En segundo lugar, otra de las peculiaridades de América es el gran número de plantas domesticadas y sus características y finalidades ya que la mayoría de ellas se trata de frutas, condimentos o "plantas industriales" como el aguacate, el pimiento, el algodón, el tabaco, incluso inicialmente el maíz. Algunos autores hablan también de "domésticos utilitarios" como algunas calabazas (*Lagenaria siceraria*) cuya finalidad no tuvo por qué ser alimenticia sino relacionada con su capacidad de almacenaje debido a su forma y dureza. A diferencia de otros focos originarios no existen, al menos inicialmente, grandes cultivos productivos como podrían ser el trigo, la cebada, el mijo o el arroz, por ejemplo. Una relación de las principales plantas domesticadas y sus dataciones se puede ver en Piperno 2011: 458-459, tabla 1.

El maíz es el clásico ejemplo de una especie domesticada capaz de adaptarse a una gran multitud de medioambientes diferentes y, sin duda, fue el protagonista de la agricultura neolítica en América. El hecho de que madure rápidamente, que pueda ser almacenado fácilmente y que tenga una destacada capacidad adaptiva contribuyeron a ello. En este sentido, las gentes del Nuevo Mundo crearon un gran número de razas distintas de esta planta que se cultivan aún en la actualidad y cuyo origen está plasmado en la variación y plasticidad de su agriotipo salvaje: el teosinte, de entre cuyas variedades la más importante parece que fue la *Zea mays* var. *parviglumis*.

Los datos actuales sobre el maíz (figura 14) nos señalan la zona del valle medio del río Balsas (México) (figura 13) como el foco primigenio de su domesticación, cuyos fitolitos y granos aparecen desde *ca.* 6750. Posteriormente, se dispersaría hacia América central entorno *ca.* 5650 y desde allí hacia los valles andinos de Colombia y la parte suroccidental de Ecuador (yacimiento de Valdivia, por ejemplo) a lo largo del V milenio que parece ser la ruta seguida para su introducción en América del sur.

Insistiendo en esta comparación con Europa, vemos como esta agricultura americana se desarrolló y se consolidó sin ciertos avances tecnológicos como los animales de tiro, el arado o la rueda que sí están presentes en Europa, sobre todo en fases avanzadas como la edad del Bronce y del Hierro. En consecuencia, el Neolítico americano no será tan productivo como lo fue el europeo en varios momentos de estas fases.

Otro aspecto diferente entre ambos continentes es el foco originario. Mientras que Europa presenta un único origen del Neolítico en Próximo Oriente, América se caracteriza por una multifocalidad en la génesis de los elementos domesticados. Esta cuestión de los "centros originarios" debe ser matizada sobre todo a la hora de diferenciar entre lugares concretos y áreas de surgimiento más o menos extensas, que parece que fue lo más habitual. Además, en los momentos iniciales las plantas se expandirían individualmente, sin embargo, una vez que la producción agrícola estuvo asentada, gran parte de las plantas más importantes se cultivaron, y difundieron conjuntamente.

El factor causal de esta expansión también es un punto de análisis y debate. Parece claro que, a priori, no serían necesarios grandes episodios de migración poblacional para la difusión de estas plantas. Además, esta situación "expansiva" pudo provocar que los domésticos actuaran como un incentivo en las zonas de recepción para que las propias comunidades locales cultivaran las plantas autóctonas o aquellas con las que tenían mayor relación. Realmente todos los escenarios pudieron ser posibles, o varios a la vez, o diferentes dependiendo de las áreas geográficas y culturales y del momento cronológico.

A continuación, se analiza el Neolítico en diferentes zonas del continente americano, unas de ellas como focos originarios, otras como lugares de expansión/recepción e interacción.

5.1. Mesoamérica y la zona septentrional de América del sur

La agricultura, entendida como *predomesticación* (ver Introducción), se inicia en América central y del Sur entre el 9000 y el 5600. En esta área originaria, a diferencia de lo que ocurre por ejemplo en Próximo Oriente y China, incluso en Europa, la producción de alimentos no surge y se desarrolla en grandes poblados nucleares permanentes localizados en las zonas fluviales más aptas para la agricultura. Los datos actuales nos indican que, en la región de Las Balsas del suroeste de México, en la parte central y occidental de Panamá, en el suroeste de Ecuador, en las regiones colombianas de Cauca y Porce y en el norte de Perú entre el IX y el V milenio los asentamientos son abrigos y/o pequeños agrupamientos de ocupaciones al aire libre de no más de una ha y, probablemente, de explotación estacional. Estos yacimientos se localizan junto a cursos de agua secundarios y estacionales en cuyas zonas limitadas de aluviones se localizaría pequeñas parcelas para el cultivo que algunos autores definen como *horticultura*. Su organización sería similar a la de las actuales aldeas tropicales compuestas por una o varias familias nucleares. En estas parcelas se desarrollaría un cultivo predoméstico que tuvo como consecuencia la expansión de determinadas plantas fuera de su área originaria antes de que adquirieran completamente sus características domésticas. De hecho, algunas plantas no lo hicieron a pesar de ser cultivadas, por ejemplo, el cacahuete, que mantiene los mismos rasgos hasta la actualidad.

El desarrollo de esta *predomesticación* hasta el surgimiento de la *domesticación* en esta zona parece relacionarse con varios factores. En primer lugar, con la transición entre el Pleistoceno y el Holoceno inicial que cambió de forma rápida el clima, la vegetación y la fauna. En segundo lugar, están las consecuencias de estos cambios medioambientales para los cazadores-recolectores que vieron cómo se redujo su eficiencia en la obtención de alimentos a medida que avanzaba la masa forestal. Como ejemplo podríamos citar la diferencia en tamaño entre los animales de un periodo y otro y el rendimiento que de ellos se obtenían. En esta situación, la incorporación a la dieta de nuevos recursos de bajo rendimiento fue generando una presión selectiva y adaptativa sobre los mismos desde el inicio del Holoceno en las parcelas de cultivo ya comentadas. Este proceso llegó a un punto en el que las estrategias de producción/cultivo de alimentos fueron más eficientes desde el punto de vista energético y subsistencial en general, que aquellas dedicadas exclusivamente a la depredación. A partir de este momento la dependencia respecto a la producción de alimentos irá creciendo a la vez que su desarrollo tecnológico y adaptativo y será a mediados del III y del II milenio cuando en éstas y en otras regiones se comiencen a explotar las amplias y ricas zonas aluviales en los fondos de los valles. Esto coincide con el final del periodo Arcaico (*ca.* 8000/2000-1600) y el inicio del periodo Formativo (1800/1600-1000).

En resumen, en esta zona asistimos a un largo periodo *predoméstico* o de baja producción de alimentos (*low level food production*) que irá estrechando y consolidando la relación entre las plantas y los humanos. Este proceso de domesticación mutua desembocará en la agricultura propiamente dicha de las plantas, ahora sí domésticas, y en el desarrollo de fenómenos sociales, culturales y tecnológicos como la sedentarización, la monumentalización, la complejidad social, las tecnologías de irrigación, etc.

En **Mesoamérica** el periodo Formativo, especialmente desde el 1500, se caracteriza por el desarrollo definitivo del modo de vida agrícola y por la presencia de un estilo común en la cultura material, singularmente en la cerámica. Asimismo, se detecta un crecimiento rápido de la población y un creciente interés por la construcción de centros ceremoniales con lo que ello implica en cuestiones como el acceso y el control del poder, la autoridad y el incremento de los conflictos violentos. De hecho, los asentamientos no son simples poblados indiferenciados, y, además, en ellos existían distinciones de rango y estatus heredadas entre individuos y linajes como muestran los análisis de los enterramientos y la cultura material. A este respecto destacan los materiales intercambiados a larga distancia como la cerámica del golfo olmeca y la obsidiana de la zona noreste. Sin embargo, una posible centralización o liderazgo político regional es menos claro y sigue debatiéndose.

Los yacimientos se localizan en las tierras más favorables para la agricultura, aprovechando también las zonas lacustres. Se cultiva maíz, alubias, calabacín junto con la caza, pesca y recolección de plantas salvajes como pilares subsistenciales.

Los ejemplos más destacados de este momento los encontramos en el valle del río México en los asentamientos de El Arbolillo, Tlatilco, Coapexco, este último con una población calculada de en torno al millar de personas. Otra zona destacada es el valle del río Oxaca donde se construyen casas rectangulares rodeadas de postes con cubierta vegetal y silos de almacenaje en forma de campana que articulan asentamientos de entre una y tres hectáreas. Aunque existen algunos yacimientos más grandes como San José Mogote que alcanza las 20 ha con casas en su periferia en una zona de 70 ha. Son comunes la cerámica y las figurillas humanas que aparecen hacia el 1700. El registro arqueológico es básicamente similar a los anteriores en el valle del Chiapas entre el 1800 y el 1200. En este caso destaca la presencia de un centro ceremonial en el yacimiento de Paso de la Amada con plataformas de tierra de hasta 2,5 m. Desde Chiapas se han propuesto relaciones culturales con el interior de Costa Rica, por ejemplo, en el asentamiento de Tronadora Vieja con agricultura de maíz y cerámica decorada impresa con diferentes técnicas e instrumentos como conchas e impresiones pivotante entre otras.

La culminación de este periodo de consolidación agrícola y sedentarización, de intercambios culturales y materiales y de desarrollo de la complejidad socioeconómica se produce con el inicio del periodo Formativo medio u horizonte Olmeca (*ca.* 1200-500) en el que estos procesos se acentúan. En este momento se observa

una expansión demográfica y cultural, se intensifican las redes de intercambio y se desarrollan políticas jerárquicas en las que los líderes hereditarios encuentran su sanción en los ancestros y en las fuerzas cósmicas. La monumentalización también se desarrolla, como se puede ver en los centros ceremoniales de las tierras bajas del Golfo, un ejemplo lo tenemos en el yacimiento de La Venta.

La intensificación de la agricultura es clara y comienzan a aparecer estructuras y tecnologías de irrigación. El registro nos muestra, precisamente, la creciente importancia de la actividad agrícola en la vida diaria de los miembros de estas comunidades, por ejemplo, en lo rituales relacionados con la gestión del agua, acequias, canales y diques. La cerámica es muy característica de esta fase con platos de soporte de anillo perforado, con botellas en forma de calabaza, recipientes globulares con cuello (*tecomates*), platos de base plana, etc. La decoración es principalmente incisa (*zoned hachure*) e impresa.

5.2. La zona andina

El estudio del surgimiento de las sociedades productoras en esta zona se divide tradicionalmente en dos grandes áreas: la zona costera de Ecuador y el norte y centro de los andes peruanos con extensiones hacia el sur.

Al igual que ocurre en otras zonas americanas nos encontraremos ante un proceso de larga duración en el que los investigadores diferencian entre los primeros contactos, gestiones y tratamientos de diferentes plantas silvestres, (*cultivo* de agriotipos) y el establecimiento definitivo de la agricultura intensiva.

De nuevo, serán los cambios climáticos del Holoceno los que harán que los grupos de cazadores-recolectores comiencen una serie de actividades y relaciones mucho más estrechas con determinadas plantas y, también en esta zona, con ciertos animales. El propio devenir climático y ambiental, junto con la evolución sociocultural de estos grupos desembocará en la aparición de sociedades plenamente productoras y complejas, incluso con centros ceremoniales monumentales.

Las primeras evidencias de agricultura en las **costas de Ecuador** proceden del denominado **Horizonte Valdivia** (*ca.* 4000-1500) con mayor seguridad desde el III milenio, aunque algunos autores retrasan la presencia de cultivos hasta el final de la fase anterior denominada Las Vegas.

La cultura u horizonte Valdivia muestra una progresiva jerarquización social y un aumento demográfico al mismo tiempo que un desarrollo de la agricultura y una adaptación al medio. Por ejemplo, en el yacimiento de Real Alto se ha propuesto una evolución del asentamiento desde el el *ca.* 4500 cuando el poblado se dispone en forma de U con una ordenación simple, hasta el *ca.* 1400 cuando se detecta un complejo arquitectónico monumental con centros ceremoniales y diversificación de las construcciones domésticas en las que se observan claros elementos distintivos de estatus.

Tradicionalmente se ha considerado a las comunidades de Valdivia como dependientes de los medios marinos con un aporte marginal de la horticultura. Sin embargo, las últimas investigaciones están cambiando esta visión. Los primeros macrofósiles de maíz datan del II milenio, aunque se han recuperado fitolitos de esta planta en contextos anteriores. La agricultura se completa con curcubitas, lagenarias, maní, achira y algodón para textiles y herramientas de pesca.

Desde el punto de vista arqueológico uno de los elementos más característicos de Valdivia es su cerámica (figura 15). Sus formas básicas son vasijas con cuellos altos decorados con líneas incisas transversales cruzadas, ollas y cuerpos esféricos. Muy representativos son los cuencos con bordes tallados y representaciones excisas de rostros. También son comunes los engobes en rojo. Desde aproximadamente el 2800 aparecen figurillas femeninas de cerámicas que generalmente se representan con un elaborado tocado, tocando un instrumento musical o con un niño en brazos.

Tras Valdivia surgirá el **horizonte Chorrera** (*ca.* 1500-500) que igualmente se extienden desde la costa de Ecuador hasta las zonas montañosas. Su base subsistencial es la agricultura del maíz y la mandioca (y otras plantas), junto con los recursos marinos, fundamentalmente moluscos. Al igual que en Valdivia su elemento material más destacado son las cerámicas con vasijas silbadoras, figurillas femeninas, botellas con asa puente, etc. También destaca su arquitectura monumental y los contactos a larga distancia con Mesoamérica y Perú generando influencias e interacciones mutuas.

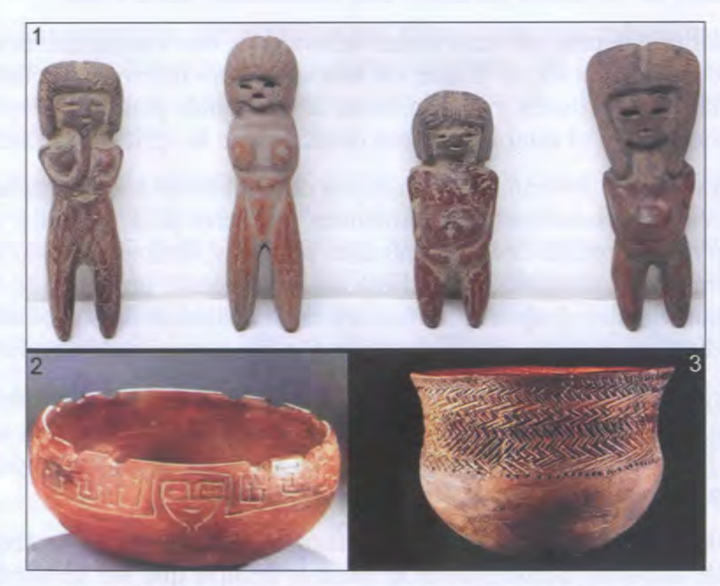


Figura 15. Materiales de la cultura Valdivia: 1: Figurillas femeninas. Fuente: http://www.casadecolon.com/noticias/-/asset_publisher/EmvnMhg8SuQk/content/noticia-las-milenarias-venus-de-la-cultura-valdivia-de-ecuador-y-los-idolillos-femeninos-de-cueva-pintada-se-encuentran-en-la-casa-de-colon/7531811; 2: Cuenco con borde tallado. Fuente: Pinterest; 3: Recipiente con líneas incisas. Fuente: https://i.pinimg.com/564x/50/21/85/5021857d2c78df5ce490ede733d91ea4.jpg

En los **Andes** va a ocurrir un proceso similar, sobre todo a partir del III milenio con el inicio del denominado periodo Precerámico final (*ca.* 3000-2000). El poblamiento de esta zona se concentra en la zona costera desértica, pero con ríos permanentes, en las zonas bajas de estos valles y en las tierras altas del norte y del centro de esta cordillera.

Esta fase presenta dos características fundamentales, un progresivo y marcado crecimiento demográfico, y la construcción de centros residenciales y ceremoniales que nos hablan de una sociedad compleja. Para algunos investigadores en determinadas áreas la población pudo crecer entre 15 y 30 veces durante este III milenio lo que parece reflejarse en las características y restos arqueológicos de yacimientos como Huaca Prieta, Aspero, Las Haldas, etc.

Desde el punto de vista de los centros ceremoniales podemos destacar el yacimiento de Caral en el valle del Supe con seis grandes plataformas de 18 m de alto circundando un área más o menos rectangular y plazas circulares semiexcavadas y complejos residenciales en un área de 65 ha (figura 16).

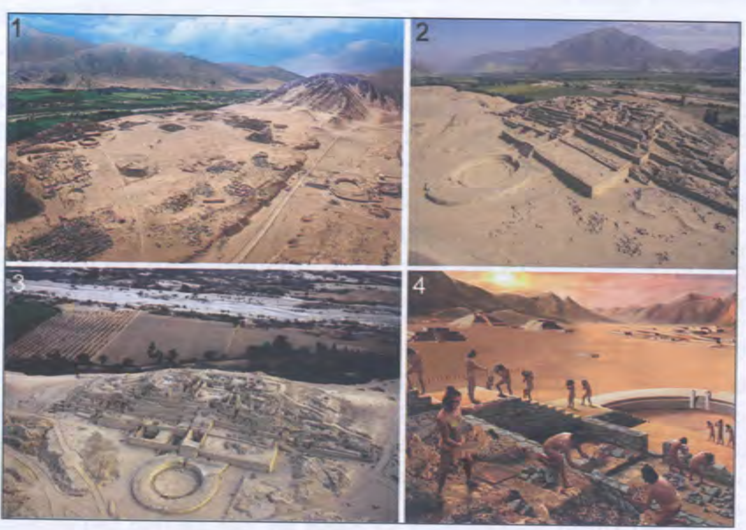


Figura 16. Complejo monumental de Caral: 1: Panorámica general y del valle del Supe. Fuente: www.deperu.com; 2: Vista aérea de la plataforma mayor. Fuente: https://www.panoramical.eu/america-latina-y-caribe/57584/attachment/caral-piramide-mayor/ 3: Vista aérea de la plataforma mayor, Fuente: Pinterest; 4: Infografía de Caral. Fuente: http://www.zonacaral.gob.pe/downloads/publicaciones/recuperando-la-historia-de-la-civilizacion-caral-para-el-peru-y-el-mundo-20-anos.pdf.

Junto al anterior debemos mencionar el sitio de La Galgada. En primer lugar, destaca la producción agrícola intensiva y cómo en un tramo de 10 km en el fondo del valle se establecieron hasta 11 centros agrícolas logrando una producción muy importante de algodón, por ejemplo, todo ello mediante sistemas de irrigación. En la arquitectura destacan las pequeñas habitaciones con hogares (fuegos) ventilados. Cuatro habitaciones de este tipo se han encontrado en la cima de una pirámide escalonada de piedra de 15 m de alto. Las condiciones de aridez de este yacimiento han permitido la conservación de textiles de algodón, redes, tejidos vegetales, plumas de aves amazónicas, etc., lo que señalan intercambios a larga distancia. En este sentido, es muy interesante la constatación de evidentes similitudes en la arquitectura y en el estilo de determinados elementos (como los diseños decorativos de los textiles) entre las diferentes zonas altas y bajas, costeras y montañosas del centro y norte de los Andes en este momento.

La economía de este periodo se basa en el cultivo de calabacín (incluyendo una variante mexicana), fréjoles, achira, pimientos, avocados y, de manera singular, patatas. También se cultiva ampliamente el algodón, como ya hemos comentado, pero no el maíz.

Tras este periodo precerámico comenzará el denominado **periodo Inicial** (*ca.* 2000-900) con la aparición de la cerámica y del maíz y posteriormente el **Horizonte temprano o antiguo** (*ca.* 900-200). Durante este lapso cronológico (2000-200) hacia el 1200/1000 surgirá en la zona norte la cultura Chavin y finalizará con su colapso, y en la zona sur terminará con el inicio de la fase de los desarrollos regionales.

No existen muchos datos para determinar claramente el patrón de asentamiento y explotación del territorio, sin embargo, donde se han realizado prospecciones intensivas, como en el Titicaca, parece que el espacio estaba controlado por asentamientos grandes que gestionaban un territorio en una zona circundante de una jornada de marcha, sólo al final de este periodo se aprecia claramente una jerarquización del territorio a gran escala. Normalmente los yacimientos se localizan cerca de las zonas de pasto y de cultivo con una gestión integrada de ambas.

Las casas son de adobe y piedra con una tendencia a construir plantas rectangulares en adobe y circulares en piedra, aunque existen ejemplos contrarios. Estas casas suelen ser pequeñas con diferentes habitaciones y estructuras de almacenaje en el interior o cercanas a las mismas. Normalmente los poblados también son reducidos con una población estimada de entre uno y dos cientos de almas.

El cuidadoso ritual funerario y el valor de los bienes depositados como ajuares nos indica una serie de creencias en el más allá, especialmente entre las clases altas. En este aspecto, las deidades y conceptos religiosos se desarrollarán en la cultura Chavin y posteriormente.

La base económica es la explotación agrícola y pastoril. En este momento se extienden definitivamente los rebaños de llamas y alpacas que junto a las cobayas proveen la mayor cantidad de carne de domésticos. Ésta se completa

con la caza de guanacos, vicuñas, ciervos, etc., y con la pesca. El maíz está presente en toda la zona y aportará parte del excedente que permitirá el desarrollo dela cultura Chavin. Más hacia el sur, el maíz va haciendo su aparición en este periodo y no será importante hasta la siguiente fase.

El conjunto de actividades industriales que aparecerá en el imperio Inca está ya presente en el registro de este periodo, por ejemplo, producciones de elementos de prestigio como adornos, la metalurgia, las producciones textiles de algodón o de lana de camélidos, etc. Muchas de estas producciones serán utilizadas como bienes de prestigio y estatus por las élites religiosas y políticas que también adquirirán elementos mediante comercio a larga distancia. En este sentido, es interesante constatar las primeras caravanas de intercambio con llamas en algunas ciudades asociadas al periodo Chavin. Las primeras cerámicas de este periodo y de toda esta zona son de formas simples, con decoraciones plásticas, impresiones, incisiones, etc., que preceden a las decoraciones pintadas. Otros elementos de piedra y hueso son usuales, así como una amplia variedad de adornos.

5.3. El suroeste de Norteamérica

El suroeste de Norteamérica es una zona que abarcaría los actuales estados de Nuevo México, Arizona y la parte sur de Utah y Colorado y este de Nevada en los USA y el norte de Sonora y Chihuahua en México.

Al igual que ocurrirá, por ejemplo, en China con el mijo y el arroz, en Norteamérica se puede establecer un límite de implantación de la agricultura determinado por la geografía y el clima. En este caso los entornos montañosos secos y fríos y los medioambientes de pradera suponen la barrera natural a la agricultura.

Esta zona no es un foco originario de domesticación, sino que es una prolongación de los procesos ocurridos en América central. Por lo tanto, en esta zona, como en Europa, por ejemplo, podemos analizar los procesos de *Expansión*, *Interacción* y *Consolidación* durante la difusión del modo de vida neolítico.

El marco cronológico de este proceso se desarrollará desde *ca.* 2350/2000 hasta el 150/200 E.C. en lo que se ha denominado periodo Arcaico final (*Late Archaic Period*) o periodo agrícola inicial/antiguo (*Early Agricultural Period*).

Los datos actuales señalan que el maíz llegó a esta zona por el estado de Arizona entono a mediados del III milenio, sin embargo, hay que ser cautelosos con esta datación ya que corresponde únicamente a dos especímenes datados directamente. La mayor parte de la información señala entre *ca.* 2350-2000 comenzó la expansión de este cultivo por esta área. Desde este momento la interacción entre comunidades y la expansión hacia otras zonas irán de la mano en un proceso que duró aproximadamente 1000 años. Desde el punto vista geográfico, la difusión de la agricultura, fundamentalmente del maíz, seguiría una

línea sur-norte. Solo después del 400 E.C. estos grupos comenzaría a sedentarizarse con una agricultura de irrigación en el periodo Basketmarker II.

Para estudiar esta región nos centraremos en los yacimientos del denominado corredor del río Santa Cruz en el desierto de Sonora en el sur de Arizona (figura 13). Esta área nos muestra cómo los diferentes elementos del *package* neolítico se adquirieron secuencialmente y no de forma simultánea. El maíz más antiguo documentado en esta zona procede del yacimiento de Clearwater con la datación 2200-1950. Otras muestras antiguas se han localizado en los asentamientos de Las Capas y Los Pozos. Por el contrario, las primeras alubias y calabacines domesticados de esta zona datan aproximadamente del 650 por lo que la tríada típica de la agricultura mesoamericana (maíz, alubias y calabacines) no llegaron a esta región al mismo tiempo. Uno de los aspectos más interesantes de esta zona es la utilización de canales de irrigación para la agricultura del maíz. Es muy probable que inicialmente se cultivara en las llanuras de inundación, pero a medida que se fue consolidando su importancia se fueron cultivando otras zonas en las que era necesaria esta tecnología. El primer canal conocido se ha descubierto en Clearwater y data de mediados del II milenio. Posteriormente, *ca.* 1200, la irrigación está documentada en lugares como Las Capas, Costello-King, etc. La cronología de irrigación para el suroeste es similar a la de Mesoamérica por lo que algunos autores defienden una invención independiente en ambas zonas.

Una cuestión que todavía permanece abierta es el grado de sedentarización de estas comunidades. Además de las estructuras de irrigación, parece claro que hay un progresivo aumento en la inversión de trabajo y tiempo en determinados aspectos como las casas y los silos de almacenaje, por ejemplo. Estos datos nos indicarían que al menos una parte del grupo residiría permanentemente en estos lugares.

Las casas son de planta oval o circular, poco profundas con entre dos y tres metros de diámetro y cubiertas de ramas de sauce, álamo o mezquite sobre las que se disponía paja. Los silos de almacenaje en forma de campana se excavaban junto a las casas y han parecido algunos de gran tamaño ubicados en el "espacio público" que han sido interpretados como indicadores de propiedad comunal. La misma interpretación comunal se ha dado a una gran casa de 8,5 metros de diámetro en Santa Cruz Bend. En este sentido es curioso como desde el 800 los silos aparecen en el interior de las casas indicando un posible cambio hacia la complejidad social (figura 17).

Se han localizado enterramientos cerca de las casas, aunque no es posible hablar de cementerios. En los esqueletos no se han detectado grandes evidencias de estrés alimenticio y las marcas de actividad, especialmente en los hombres, indican movimientos a larga distancia probablemente en relación con partidas de caza. Los datos también indican exogamia masculina. También destacan los elementos relacionados con rituales o ceremonias en estas tumbas y en otros contextos públicos y privados como figurillas de arcilla, pipas, ocre, etc.

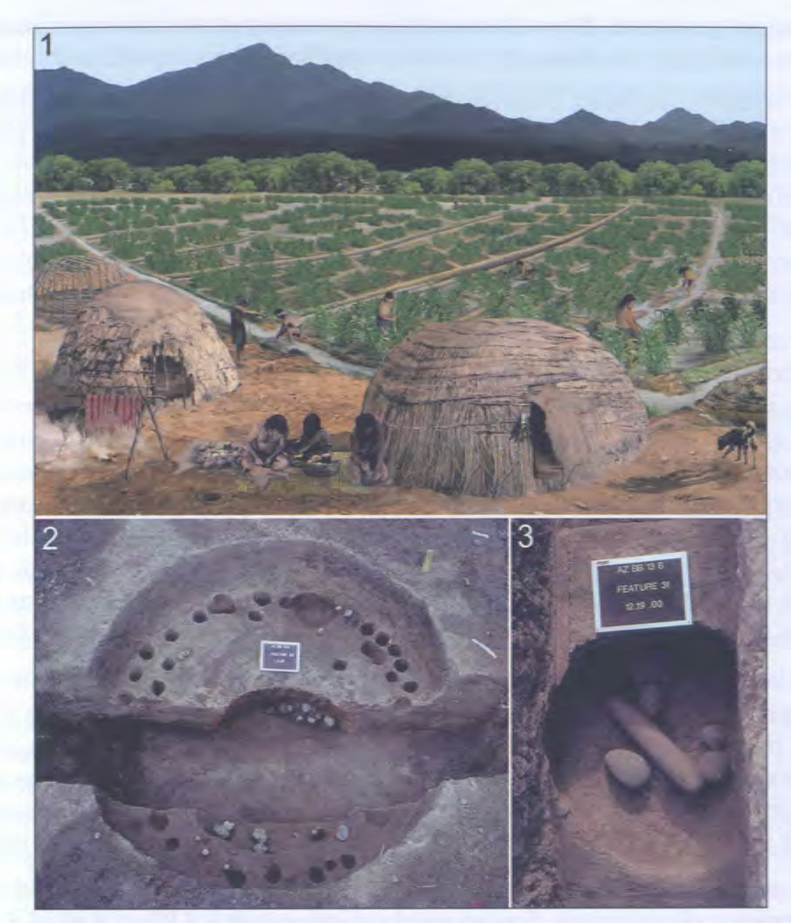


Figura 17. 1: Reconstrucción de la irrigación de los campos en el valle de Santa Cruz, Autor: Robert Ciaccio. Fuente: https://desert.com; 2: Yacimiento de Clearwater-San Agustín: cabaña circular con silo central de almacenaje (la trinchera central es una cata arqueológica de prospección). Autor: Greg Whitney. Fuente: https://desert.com; 3: Yacimiento de Clearwater-San Agustín: silo de almacenaje con herramientas pulimentadas en su interior. Autor: Allen Denoyer. Fuente: https://desert.com.

La subsistencia de estos grupos estaba basada en la caza y la recolección con una estimación de la aportación del maíz en torno al 30%, otras plantas cultivadas fueron la calabaza, el tabaco y el algodón descubiertos en el yacimiento de Santa Cruz Bend, por ejemplo. Esta agricultura aparentemente no tuvo como consecuencia el aumento de la población hasta aproximadamente el 500 E.C.. Al respecto, es muy interesante constatar que las sociedades dependientes de la irrigación del suroeste experimentaron tasas de natalidad relativamente bajas, pero alcanzaron rápidamente un alto grado de complejidad sociopolítica, mien-

tras que las sociedades dependientes de la agricultura de secano experimentaron tasas de natalidad más altas, pero menos complejidad sociopolítica inicial.

Por lo tanto, si el maíz no tuvo una importancia trascendental, ni siquiera destacada, en este proceso hasta casi mil años después de su aparición nos tenemos preguntar por qué persiste especialmente en algunas zonas donde no sería necesario ya que las plantas salvajes son abundantes y suponen una parte esencial de la dieta. Se han propuesto varias respuestas relacionadas con cuestiones como el sabor, su papel ceremonial y en el ámbito social, con prácticas religiosas de influencias mesoamericana e, incluso, con la obtención de bebidas alcohólicas.

La cerámica hace su aparición a partir del 900-800 en la fase Cienega (Fases: San Pedro: 1200-800; Cienega: 800-150 E.C.; y Agua Caliente: 150 E.C.-550 E.C.). Es muy interesante constatar que estas primeras cerámicas (sin decoración) se utilizaron exclusivamente para el almacenaje y no será hasta el 200 E.C. cuando se comiencen a usar en actividades culinarias. Para algunos investigadores estas dos funciones de las cerámicas, almacenaje y alimentación, fueron las causantes del aumento de la producción de maíz. Estos recipientes presentaban la típica forma de *tecomate* en diferentes tamaños. En el norte del suroeste la secuencia será similar pero las primeras cerámicas incluirán recipientes sin cuello y cuencos, en ambas regiones aparecerán progresivamente las cerámicas cocidas en ambientes oxidantes.

En la cultura material también son muy interesantes las puntas de proyectil. En primer lugar, y con una cronología más antigua similar a las primeras evidencias de maíz, están las puntas tipo Cortaro cuyos paralelos hay que buscarlos en Mesoamérica. Posteriormente, hacen su aparición otras tipologías, como las de tipo San Pedro (probablemente utilizadas como puntas de dardos lanzados con propulsor) o de tipo Cienega que indicarían contactos y cambios culturales a nivel regional.

En otras zonas también se han descrito procesos similares al área de Santa Cruz como en el desierto de Sonora en el yacimiento de La Playa y en el norte de Chihuaha, concretamente en Cerro Juanaqueña donde son evidentes los fenómenos de agregación, estructuras sociales más complejas, la agricultura del maíz y un alto grado de sedentarización. En cambio, en otras áreas, el proceso parece que fue diferente y el maíz tuvo aún menos importancia en la dieta de los grupos de cazadores-recolectores como en las zonas de Black Mesa en el norte de Arizona, Cedar Mesa en el sur de Utah, en el centro y sur de Nuevo México y en el oeste de Texas.

En conclusión, en el suroeste la transición de cazadores-recolectores móviles a agricultores sedentarios no se produjo de una forma simple y unilineal. Existirían múltiples fenómenos de *Expansión* (fundamentalmente de pequeños grupos incluso desde Mesoamérica) y múltiples procesos de *Interacción*. Todo ello tuvo como resultado un gran número de situaciones diferentes y de distinto grado de desarrollo y dependencia en cuanto a la agregación de población, a la agricultura y a la sedentarización hasta la llegada de los europeos.

El periodo posterior, hasta *ca.* 1400 E.C., dará lugar a la aparición de diferentes regiones culturales como Fremont, Anasazi, Patayan, Hohokam y Mogollón,

incluso se puede afirmar que muchos grupos locales en la actualidad tienen a sus antepasados en estas culturas. Al igual que en Mesoamérica esta fase contempla la consolidación definitiva del modo de vida productor y de la sedentarización. En algunos casos, como en el grupo Hohokam, por ejemplo, esta adaptación y consolidación se produjo en un medio realmente hostil para la agricultura como son las tierras desérticas de los valles del Gila (Arizona). En estos casos también se desarrolló una tecnología de irrigación y los intercambios entre grupos.

5.4. Las tierras boscosas del este de Norteamérica: los ríos Ohio y Mississippi

Las tierras boscosas del este surcadas por los ríos Ohio y Mississippi y todos sus afluentes conforman otro foco originario de domesticación, en este caso, de cuatro plantas concretas, entre el 3300/3000 y el 1700/1500: el calabacín (*Cucurbita pepo* ssp. *Ovifera*), el girasol (*Helianthus annus*), *Iva annua* y el huauzontle (*Chenopodium berlandieri*). Otras tres plantas no presentan cambios morfológicos pero debido a su abundancia en los contextos arqueológicos es muy probable que fueran cultivadas en este periodo: el *knotweed* erecto (*Polygonum erectum*), la "pequeña cebada" (*Hordeum pusillum*) y *maygrass* (*Phalaris caroliniana*).

Este lapso cronológico se corresponde con el periodo denominado "Arcaico final" y al igual que en el Suroeste o en Mesoamérica supondrá un largo y paulatino camino de intensificación en la gestión y consumo de estas plantas. El patrón de asentamiento de esto grupos podría responder a lo que Binford denominó *movilidad logística* (Binford, 1980) con diferentes tipos de asentamientos con funcionalidades específicas y ocupaciones estacionales que articulan una explotación planificada del territorio. Así, se ocupan tanto pequeños abrigos con actividades específicas como poblados al aire libre más grandes en los valles y con múltiples actividades distintas. Todos ellos se localizan en los afluentes (primarios, secundarios e, incluso, terciarios) del río Mississippi y del río Ohio y es en ellos donde se han recuperado las primeras evidencias de domesticación.

Ejemplos de campamento base estacional los encontramos en Napoleon Hollow y en tres yacimientos de Riverton que comparten ciertas características (figura 13). En uno de estos últimos se descubrieron hasta diez suelos de arcilla, en ocasiones relacionados con postes, que se consideran la superficie de cabañas de entre nueve y 18 m^2 con una profundidad de 10-15 cm. Este tipo de suelos aparece en otros yacimientos de las tierras boscosas durante el Arcaico final. Estos asentamientos base, permanentes o semipermanentes, no presentan ninguna organización interna ni área comunal.

Las cuatro especies domesticadas están presentes junto a otras especies salvajes. En la fauna destaca el ciervo de cola blanca con una representación significativa de mapache, castor y pavo, junto con aves acuáticas y otras aves,

13 especies de peces y 37 especies de mejillones de agua dulce. La cultura material se compone de instrumentos líticos tallados (puntas de proyectil, "cuchillos", raspadores, etc.) y pulimentados (molederas, molinos, manos de molinos, hachas, ...). Junto a los anteriores se encontraron un buen número de útiles de asta y hueso: leznas, puntas de proyectil, instrumentos para el curtido de pieles, etc. Ninguna de las comunidades del periodo Arcaico final tiene cerámicas.

A medida que avanzaba el Holoceno se fueron produciendo una serie de alteraciones climáticas y medioambientales concretadas en el cambio de los patrones del caudal de los arroyos, la estabilización de los paisajes y entornos fluviales y una posible disminución de las precipitaciones en las tierras altas. Todo ello tuvo como consecuencia un aumento significativo de la abundancia y de la variedad de especies vegetales y animales en los entornos de las llanuras de inundación de los ríos que se ocuparon cada vez con mayor intensidad por los grupos humanos. Asimismo, este contexto fue el caldo de cultivo ideal para el progreso de algunas plantas, especialmente de las especies cultivadas. Esto fue así por algunas características compartidas como el alto número de semillas que producen y su capacidad de conquista de nuevos espacios, espacios donde los grupos humanos extendieron, precisamente, sus cultivos.

Lo que va ocurrir en esta zona a partir del primer tercio del II milenio es una progresiva dependencia de estos cultivos teniendo como base el contexto que acabamos de describir. Las consecuencias y las transformaciones culturales y subsistenciales de todo ello desembocarán en el periodo denominado *Woodland* (*ca.* 500-1100 E.C.). *Woodland* se divide a su vez en Antiguo, Medio y Final que, a rasgos generales, se caracterizan por la expansión del uso de la cerámica que aparece anteriormente en algunas zonas, el aumento y posterior reducción de las redes de intercambio a larga distancia en toda esta zona, y, finalmente, un periodo de intensificación agrícola y de un crecimiento demográfico en algunas áreas. Al mismo tiempo, a lo largo de estas fases irá surgiendo una progresiva regionalización cultural y arqueológica. Tradicionalmente se había considerado a esta fase, singularmente el periodo antiguo, como el momento de creación de primeros túmulos ceremoniales característicos de esta región, sin embargo, algunas de estas construcciones son más antiguas, en torno al 3000.

Como ocurre en muchas ocasiones en la Ciencia, muy especialmente en las Ciencias Humanas, las páginas anteriores (temas 1 y 2) presentan muchas más dudas que certezas, muchas más posibles interpretaciones que conclusiones claras. Como ha anotado T. Douglas Price (Price, 2009) quedan muchas cuestiones por resolver, algunas fundamentales y ya comentadas, entre otras, ¿por qué las sociedades cazadoras-recolectoras que llevaban varios milenios con un modo de vida tremendamente exitoso, comenzaron a cultivar y posteriormente domesticar animales y plantas?, ¿cuáles son la razones de los diferentes ritmos en la consolidación definitiva del Neolítico en las distintas áreas mundiales?, ¿qué razones llevaron a todas la comunidades productoras humanas a expandirse continuamente?, ¿cuáles fueron los modelos o procesos de esta expansión? O tal vez nos hacen falta nuevas perspectivas y preguntas y como afirmó Daniel C. Denett *qué astuta fue la oveja al haber adquirido la adaptación más versátil de todas: ¡el pastor!* o en palabras de Yuval N. Harari *¿quién fue el responsable* [de la revolución agrícola]*? Ni reyes, ni sacerdotes, ni mercaderes. Los culpables fueron un puñado de especies de plantas, entre las que se encuentran el trigo, el arroz y las patatas. Fueron estas plantas las que domesticaron a* Homo sapiens, *y no al revés.*

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía general

BARKER, G. (2006) The agricultural Revolution in Prehistory. Why did foragers become farmers? Oxford: Oxford University Press.

BELLWOOD, P. (2005) First Farmers. The origins of Agricultural Societies. Oxford: Blackwell.

DENHAM, T. P., IRIARTE, J. y VRYDAGHS, L. (eds.) (2007) Rethinking agriculture: archaeological and ethnoarchaeological perspectives. Walnut Creek, California: Left Coast Press.

FERNÁNDEZ-MARTÍNEZ, V. M. (2007) *Prehistoria: el largo camino de la Humanidad*. Madrid: Alianza Editorial.

PRICE, T. D. y BAR-YOSEF, O. (2011) 'The origins of Agriculture: new data, new ideas. An introduction to Supplement 4', Current Anthropology, 52(Supplement 4), pp. S163-S-174.

SANZ, N. (ed.) (2016) The origins of food production. Los orígenes de la producción de alimentos. México: UNESCO.

VV.AA. (2011) 'The origins of argiculure: New data, new ideas.', Current Anthropology, 52(Supplement 4).

ZEDER, M. A. *et al*. (eds.) (2006) Documenting domestication: new genetic and archaeological paradigms. Berkely: University of California Press.

Bibliografía específica y referencias de las figuras

BINFORD, L. R. (1980) 'Willow smoke and dog's tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation', American Antiquity, 45(1), pp. 4-20.

BLAKE, M. *et al*. (2017) Ancient Maize Map, Version 2.1: An Online Database and Mapping Program for Studying the Archaeology of Maize in the Americas. http://en.ancientmaize.com/. Vancouver: Laboratory of Archaeology, University of B.C. Available at: http://en.ancientmaize.com/.

BOWER, J. (1991) 'The Pastoral Neolithic of East Africa', Journal of World Prehistory, 5(1), pp. 49-82.

DILLEHAY, T. D. (ed.) (2011) From Foraging to Farming in the Andes: New Perspectives on Food Production and Social Organization. London: Cambridge University Press.

DOUKA, K. *et al.* (2014) 'The chronostratigraphy of the Haua Fteah cave (Cyrenaica, northeast Libya)', Journal of Human Evolution. Elsevier Ltd, 66, pp. 39-63. doi: 10.1016/j.jhevol.2013.10.001.

DUNNE, J. *et al.* (2020) 'Pots, plants and animals : Broad-spectrum subsistence strategies in the Early Neolithic of the Moroccan Rif region', Quaternary International. Elsevier, 555(November 2019), pp. 96-109. doi: 10.1016/j.quaint.2019.12.009.

EIWANGER, J. (1984) Merimde.Benislame1.Die Funde der Urschicht, AV 47. Mainz and Rhein: Philipp von Zabern.

FINLAYSON, B. y WARREN, G. M. (eds) (2010) Landscapes in transition: understanding hunter-gatherer and farming landscapes in the early Holocene of Europe and Levant. Council of. Oxford: Oxbow Books.

FULLER, D. Q. (2006) 'Agricultural Origins and Frontiers in South Asia: A Working Synthesis', Journal of World Prehistory, 20, pp. 1-86.

GRILLO, K. *et al.* (2018) 'Pastoral neolithic settlement at Luxmanda, Tanzania Journal of Field Archaeology, 43(2), pp. 102-120. doi: 10.1080/00934690.2018.1431476.

GRILLO, K. M. y HILDEBRAND, E. A. (2013) 'The context of early megalithic architecture in eastern Africa: the Turkana Basin c . 5000-4000 BP', Azania: Archaeological Research in Africa, 48(2), pp. 193-217. doi: 10.1080/0067270X.2013.789188.

JARRIGE, J. y JARRIGE, C. (2006) 'Premiers pasteurs et agriculteurs dans le sous-continent Indo-Pakistanais', C. R. Palevol, 5, pp. 463-472. doi: 10.1016/j.crpv.2005.11.008.

JORDÁ, J., MAÍLLO, J. M., MUÑOZ, F. J., QUESADA, J. M., RIPOLL, S., BÁRCENA, J. R. (2020) Prehistoria I. Las primeras etapas de la Humanidad. Madrid: UNED.

LIU, L. (2004) The Chinese Neolithic. Cambridge: Cambridge University Press.

MANEN, C., MARCHAND, G. y CARVALLO, A. F. (2007) 'Le Néolithique ancien de la péninsule Ibérique : vers une nouvelle évaluation du mirage africain ?', Congrés du centenaire, 3(2007), pp. 133-151.

MARSHALL, F. y WEISSBROD, L. (2011) 'Domestication processes and morphological change. Through the lens of the donkey and african pastoralism', Current Anthropology, 54(Supplement 4), pp. S397-S413.

MARTÍNEZ-SÁNCHEZ, R. M. *et al.* (2018) 'The beginning of the Neolithic in northwestern Morocco', Quaternary International, 470, pp. 485-496. doi: 10.1016/j.quaint.2017.05.052.

MILLS, B. y FOWLES, S. (eds.) (2017) The Oxford Handbook of Southwest Arcaheology. Oxford: Oxford University Press.

MORALES, J. *et al.* (2013) 'The origins of agriculture in North-West Africa: macro-botanical remains from Epipalaeolithic and Early Neolithic levels of Ifri Oudadane (Morocco)', Journal of Archaeological Science. Elsevier Ltd, 40(6), pp. 2659-2669. doi: 10.1016/j.jas.2013.01.026.

MORALES, J. (2018) 'The contribution of botanical macro-remains to the study of wild plant consumption during the Later Stone Age and the Neolithic of north-western Africa', Journal of Archaeological Science. Elsevier, 22(December 2017), pp. 401-412. doi: 10.1016/j.jasrep.2018.06.026.

NICHOLS, D. L. (2015) 'Intensive agriculture and early complex societies of the basin of Mexico: the Formative period.', Ancient Mesoamerica, 26, pp. 407-421.

PIPERNO, D. R. (2011) 'The origins of plant cultivation and domestication in the New World Tropics. Patterns, process and new developments', Current Anthropology, 52(Supplement 4), pp. S453–S470. doi: 10.1086/659998.

PRICE, T. D. (2009) 'Ancient farming in eastern North America', Proceedings of the National Academy of Sciences, 106(16), pp. 6427-6428. doi: www.pnas.org/cgi/doi/10.17073/pnas.0902617106.

SAWCHUK, E. A. *et al.* (2019) 'The bioarchaeology of mid-Holocene pastoralist cemeteries west of Lake Turkana, Kenya', Archaeological and Anthropological Sciences, 11, pp. 6221-6241. doi: doi.org/10.1007/s12520-019-00914-4.

SMITH, B. D. (2001) 'Low-level food production', Journal of Archaeological Research, 9(1), pp. 1-43.

SMITH, B. D. (2011) 'The cultural context of plant domestication in Eastern North America', Current Anthropology, 52(Supplement 4), pp. S471-S484.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. El yacimiento de Mehrgarh:

   a) Se localiza en el Creciente Fértil y supone el inicio de la neolitización de Asia central.
   b) Se localiza en el valle de Cachemira y supone el inicio de la neolitización de Asia.

c) Se localiza en Pakistán y supone el inicio de la neolitización de la India.
d) Se localiza en el río Amarillo y supone el inicio de la neolitización del sur de China.

2. Respecto al papel del maíz en el Neolítico de América se puede afirmar:

   a) Que fue la planta cultivada más importante y actualmente se considera el valle medio del río Balsas en México como su foco primigenio.
   b) Que fue la planta cultivada más importante y actualmente se considera el yacimiento de Valdivia en Ecuador como su foco primigenio.
   c) Que fue menos importante que la domesticación de animales como llama y tiene un origen multifocal en varios puntos de América.
   d) Ninguna respuesta es correcta.

3. La cultura Yangshao de China se caracteriza por:

   a) Localizarse en el área del río Amarillo y presentar cerámicas pintadas en negro y rojo.
   b) Localizarse en el área del río Amarillo y presentar cerámicas incisas y de barniz negro.
   c) Localizarse en el área del río Yangtsé y presentar cerámicas pintadas en negro y rojo.
   d) Localizarse en el área del río Yangtsé y presentar cerámicas incisas y de barniz negro.

4. En el proceso de neolitización del norte de África destaca:

   a) Un foco originario del Neolítico en Egipto que será el responsable de toda la neolitización africana.
   b) Dos vías principales de neolitización desde el Sahel y desde la zona del estrecho de Gibraltar en contacto con la península ibérica.
   c) Por un origen autóctono de todo el Neolítico africano desde la zona centrooriental del Sahel.
   d) Por tener su origen en el Creciente Fértil y su expansión desde la zona de Egipto.

5. El Neolítico del suroeste de Norteamérica se define como:

   a) Un proceso abrupto en el registro material y de expansión poblacional desde el sureste y Florida.
   b) Una invención autóctona del Neolítico en el área de Santa Cruz.
   c) Un proceso de larga duración cuyo origen estaría en el desplazamiento de pequeños grupos desde Centroamérica.
   d) Un proceso de larga duración con la adopción progresiva de cultígenos locales.

Tema 3

LOS PRIMEROS ARQUITECTOS DE EUROPA: EL FENÓMENO MEGALÍTICO DE LA FACHADA ATLÁNTICA

Francisco Javier Muñoz Ibáñez

1. ¿QUÉ ES EL MEGALITISMO?

El término megalitismo, procede de los vocablos griegos *mega* (μεγας: grande) y *lithos* (λιθος: piedra). En Arquitectura se usa de forma genérica para referirse a las construcciones en las que se utilizan grandes bloques de piedra, es decir, megalitos. En este sentido, se pueden considerar elementos megalíticos las pirámides egipcias o mayas, las murallas ciclópeas micénicas o el coliseo de Roma. No obstante, en Prehistoria esta palabra hace referencia a la primera arquitectura monumental conocida, que aparece desde el Neolítico en la fachada atlántica europea y se mantiene hasta el Calcolítico. En esta región, desde Suecia al sur de la península ibérica, pasando por Dinamarca, Holanda, Alemania, Bélgica, las islas británicas y Francia, se adopta la costumbre de inhumar a los muertos colectivamente en grandes construcciones de piedra denominadas sepulcros megalíticos. No obstante, estas edificaciones no se limitan a elementos funerarios, sino que existen otras tipologías interpretadas como de tipo ritual o de carácter religioso. En muchas zonas sus últimas manifestaciones coinciden con el desarrollo de las primeras comunidades metalúrgicas.

El megalitismo, con enterramientos colectivos y templos realizados con grandes piedras, también se ha documentado en el Mediterráneo, desde el Egeo hasta la costa este de la península ibérica, durante el Neolítico Final y hasta el inicio de la Edad del Bronce, incluso con perduraciones y reutilizaciones posteriores (ver temas 6 y 7). No obstante, el denominado "fenómeno megalítico" debe circunscribirse a la fachada atlántica. Este término hace referencia a un territorio de sustrato cultural común, epipaleolítico, en el que ante un estímulo exterior, la nueva economía productora, surge el megalitismo.

Los sepulcros colectivos habrían sido una invención de las últimas comunidades epipaleolíticas atlánticas: Tardenoisiense en Bretaña, concheros del Tajo en Portugal, Obaniense en Escocia, etc. Así, el megalito se puede considerar un "fósil-guía" de las primeras culturas neolíticas atlánticas, con una importante contribución del sustrato indígena epipaleolítico. Por lo tanto, el megalitismo no es ni una época, ni una edad, ni una cultura, sino simplemente una circunstancia común a diferentes grupos culturales de un mismo momento.

Estas construcciones, tanto de la región atlántica como de la mediterránea, reflejan nuevos cultos y concepciones religiosas que se relacionan con una incipiente jerarquización de los grupos del Neolítico Final, lo que algunos autores han denominado "sociedades complejas". Asimismo, el aumento de los enfrentamientos por recursos básicos y/o estratégicos entre comunidades, hace que estas construcciones pudieran servir para reafirmar la propiedad del territorio frente a otros grupos.



Arqueomanía - Dolmen - RTVE.es (21:17)

2. TIPOS Y TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS

Aunque la diversidad formal de las construcciones megalíticas es muy grande, la mayoría de ellas se pueden incluir en tres categorías:

- Enterramientos colectivos: sepulcros de muy diversos tipos.
- Menhires: aislados, alineamientos y crómlech.
- Henges: recintos ceremoniales característicos de las islas británicas.
- Templos megalíticos: característicos del Mediterráneo central (ver tema 6).

2.1. Dolmen

Es un término derivado del bretón que significa mesa (*dol*) de piedra (*men*), en Portugal se denomina anta y en Galicia mámoa. Son monumentos megalíticos destinados a enterramientos colectivos. La existencia de varios individuos dentro de una misma tumba no significa que fueran enterrados todos a la vez o en un corto periodo de tiempo, como sucedería en el caso de una epidemia o un enfrentamiento armado a gran escala, sino que, como ocurre en muchas culturas, a medida que los individuos fallecen se van introduciendo en un mismo contenedor funerario. Cuando el espacio disponible se agota, los esqueletos de muertos anteriores se amontonan para introducir los nuevos cadáveres. Es lo que hoy en día conocemos como "reducción de restos". En algunas ocasiones, cuando el interior se ha preservado de saqueos o profanaciones, el estudio de los huesos ha demostrado la existencia de un cierto orden en este amontonamiento, quizás para no perder el orden original de colocación. En otras ocasiones, los esqueletos no se encuentran completos. Es probable que la retirada selectiva de elementos óseos de las cámaras de enterramiento fuera una práctica extendida, y el descubrimiento de huesos humanos aislados en otros contextos, como poblados, podría atestiguar su conservación como reliquias de los difuntos.

Los dólmenes están formados por una cámara funeraria, realizada con grandes piedras verticales clavadas en la tierra denominadas ortostatos, que soportan grandes losas horizontales que sirven de cubierta llamadas cobijas.

En sus inicios algunas pudieron ser de madera. Tanto ortostatos como cobijas pueden aparecer cubiertos de grabados, sobre todo en Bretaña, y con motivos pintados. Abundan los elementos geométricos, los antropomorfos (interpretados como divinidades), y otros tipos figurativos como hoces, yugos, hachas, zoomorfos, etc., representaciones que deben relacionarse con el carácter funerario, religioso y/o simbólico de estas estructuras.

Esta estructura pétrea estaba cubierta por un túmulo, realizado con una ordenada disposición concéntrica de anillos de piedra, que actuaban como contrafuertes, y tierra. En ocasiones estos anillos están formados por lajas

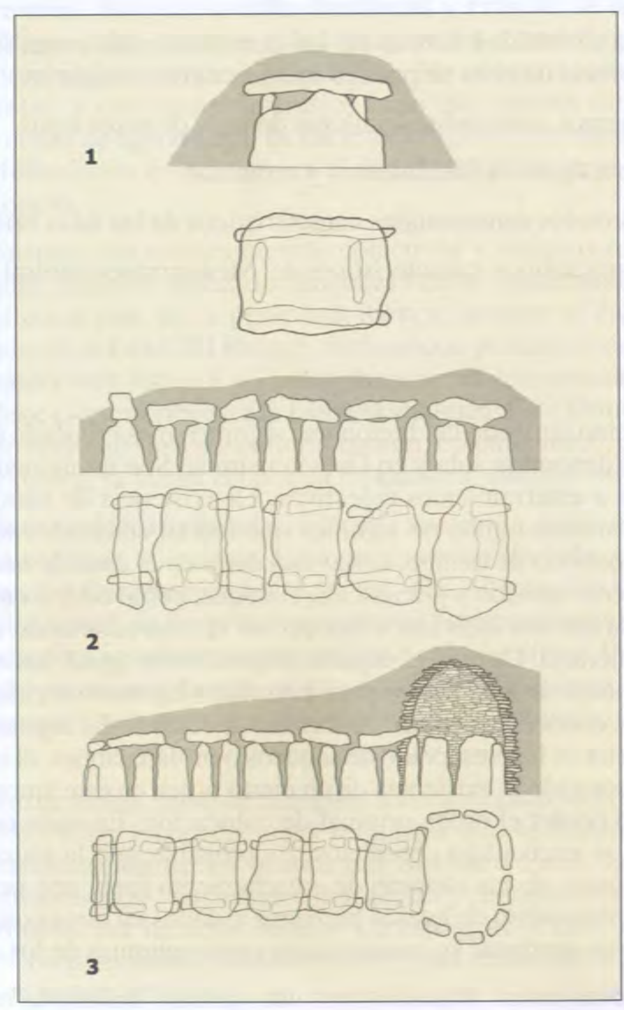


Figura 1. Principales tipos de dólmenes. 1: Dólmen simple. 2: Galería cubierta. 3: Sepulcro de corredor (con bóveda por aproximación de hiladas).

pétreas inhiestas, como las que forman la cámara. En muchos casos estos túmulos han desaparecido por la actividad humana y los procesos erosivos. Tienen un largo periodo de utilización, desde el Neolítico y a lo largo de todo el Calcolítico, aunque se han documentado reutilizaciones esporádicas de épocas posteriores. Pueden aparecer aislados o formando verdaderas necrópolis con un gran número de sepulcros.

Existen cinco modelos básicos:

- Dolmen simple: consta de una cámara con planta de morfología variable cubierta por un túmulo.
- Cofre o cista megalítica: formado por seis grandes losas de piedra que cubren o “forran” la fosa donde se realiza el enterramiento.
- Sepulcro de corredor o de pasillo: consta de un pasillo de acceso, flanqueado por ortostatos, desde el exterior del túmulo hasta la cámara. Una variante de este modelo es el denominado tipo *tholos*, con cámara circular, a veces realizada en mampostería, y cubierto por una falsa bóveda hemiesférica por aproximación de hiladas de pequeñas lajas o mampostería en seco, un corredor o *dromos*, cámara cubierta con cúpula y túmulo que cubre el conjunto.
- Galería cubierta: la cámara es alargada, a modo de pasillo, es decir, no se diferencian ambos elementos, cámara y corredor.
- Rundgräber: consta de una cámara rodeada de un círculo de piedras y a veces cubierta de un túmulo.

A estos hay que añadir numerosas variantes regionales, como dólmenes con vestíbulo, con varios corredores y cámaras, con cámaras compartimentadas, con corredores segmentados con piedras simples o perforadas, etc.

2.2. Menhir

Es una palabra bretona que significa piedra (*men*) alargada (*hir*) y que designa los monumentos megalíticos más simples. El menhir es un gran bloque de piedra, alargado, en estado natural o parcialmente regularizado, colocado verticalmente sobre el suelo. Algunos llevan decoraciones grabadas o esculpidas, destacando las estatuas-menhir en las que en uno de sus lados se graban rasgos fisonómicos y decorativos: ojos, brazos, collares. Están localizados sobre todo en la Bretaña francesa, donde pueden alcanzar los 20 m de altura y un peso de 350 toneladas. Los ejemplares mayores conocidos actualmente *in situ* no sobrepasan los 10 m fuera del suelo. Su cronología es muy amplia, llegando hasta el 2.000 a.C. También, dentro de esta categoría se pueden establecer diferentes tipologías:

- Menhires aislados.
- Alineamientos de menhires: forman alineamientos rectilíneos de una o varias filas paralelas, que pueden alcanzar cientos de metros.
- Cromlechs: es un término galo utilizado para denominar las construcciones megalíticas realizadas con alineación de menhires, en donde estos se disponen de forma cuadrangular, circular, rectangular, ovalada o en forma de "U". Estas estructuras se diferencian de los alineamientos, con los que frecuentemente van asociados. También se les denomina anillos o círculos de piedra.

Los menhires, sobre todo los alineamientos, se han relacionado con una función ceremonial, como elemento visible de culto, o como lugar para realizar observaciones astronómicas relacionadas con el calendario agrícola y en muchas ocasiones están asociados con dólmenes.

2.3. Henge

Son recintos ceremoniales que únicamente aparecen en las islas británicas. Son de planta circular, elipsoidal u oval y están delimitados por bloques de piedra o postes de madera y rodeados de zanjas y muros. Los más antiguos cuentan sólo con un foso o zanja que delimita el área sagrada y posteriormente van incorporando grandes bloques de piedra o menhires. En esta categoría también se incluyen los túmulos circulares.

2.4. Construyendo megalitos

Para erigir este tipo de monumentos hace falta una gran inversión de trabajo y de tiempo, lo que necesariamente implica una importante cohesión social y una organización eficaz. Los emplazamientos elegidos para estas estructuras se caracterizan por su gran visibilidad, siendo hitos importantes en el territorio y el paisaje en el que se integran. Su localización suele coincidir con vías naturales de comunicación, rutas de trashumancia o elementos significativos del entorno: neveros, ibones, ríos, bosques, cimas y llanuras despejadas con buena visibilidad astronómica, etc.

Una vez elegido el emplazamiento se procede a delimitar el perímetro de la estructura y se alisa el terreno. En ocasiones se ha documentado para este proceso el empleo del arado, como es el caso de algunos dólmenes de Inglaterra o Dinamarca en donde se han identificado huellas de este apero.

Los grandes bloques pétreos que configuran los megalitos se extraían de las canteras cercanas al emplazamiento y se tallaban *in situ*, aunque en ciertos casos, como Stonehenge, la procedencia de algunos materiales dista varios cientos de kilómetros. El tamaño de los mismos es muy variado, desde grandes moles de varios cientos de toneladas de peso y más de 20 m de largo, hasta piedras más modestas de dos toneladas. El transporte hasta su ubicación definitiva se realizaba mediante tracción humana, utilizándose en este proceso patines, cuerdas y troncos a modo de rodillos para facilitar su deslizamiento y, probablemente, a veces también sería necesario acondicionar el terreno para salvar desniveles.

La arqueología experimental se ha ocupado de esta problemática. Por ejemplo, el estudio con réplicas de piedras de 40 toneladas de Stonehenge demuestra que se necesitaban grupos de al menos 130 personas para arrastrarlas. Los bloques iban atados con correas a patines de madera a lo largo de raíles de madera engrasados. Sin embargo, no se puede aseverar que este sistema fuera el que realmente se empleó o el único en usarse. Trabajos similares en la fachada atlántica de Francia con una réplica de un bloque de 32 toneladas constataron que eran necesarias unas 200 personas para moverlo tirando solo con cuerdas. Sin embargo, el mismo bloque fue transportado únicamente



Figura 2. Reconstrucción del sistema de patines y rodillos de madera para transportar los bloques de piedra (arriba derecha) y réplica experimental del proceso de transporte y colocación de un menhir de 13 toneladas con la participación de más de un centenar de personas en la Universidad de Granada.

por diez personas empleando un sistema de rodillos con "remos" encajados. Los elementos más modestos, de sólo dos o tres toneladas, pueden perfectamente ser manejados por unas seis personas. Por lo tanto, las construcciones más pequeñas serían asumibles para una sola comunidad o incluso para los habitantes de una pequeña granja, pero los más grandes exigirían el trabajo cooperativo y coordinado de varios centenares de individuos.

La colocación de los elementos verticales, como ortostatos o menhires, necesitaría fosas de cimentación realizadas previamente, en donde con cuñas, palancas y cuerdas, se hincarían los bloques y se calzarían con piedras y tierra. Por ejemplo, el gran menhir de Brisé en Locmariaque, Francia, de 20 m de longitud y 280 toneladas de peso fue el más grande erigido en Europa, aunque en la actualidad está caído y fragmentado en cuatro piezas debido a un terremoto ocurrido en el V milenio a.C. Su fosa de cimentación ha sido localizada y se encuentra al final de una fila de 18 agujeros de piedra que marcan el lugar de lo que antes fue un alineamiento. En el caso de los dólmenes, el primer ortostato en colocarse solía ser el de la cabecera, que se situaba frente a la entrada de la cámara, ya que normalmente era el más grande, y luego se ponían los laterales, apoyados unos en otros hacia el interior.



PPEM-85. Experimento XXL: Arqueología Experimental: Izar un menhir (1:50).

Para colocar los elementos horizontales, como la cubierta de los dólmenes, es necesario realizar terraplenes hasta llegar a la altura de los ortostatos con la inclinación adecuada para deslizar las losas que harían de dintel y que arquitrababan la construcción o para fabricar la falsa cúpula. Estos terraplenes formarán parte del túmulo que cubre el conjunto. La ausencia de losas verticales que sellen la cámara funeraria permite suponer que el cierre se realizaría en madera y así podría volver a ser abierta para introducir nuevos cadáveres.

4. ORÍGENES, CRONOLOGÍAS Y CONEXIONES

La monumentalidad y dimensiones de estas construcciones crearon en el imaginario popular medieval su asociación con seres legendarios o míticos, con lugares mágicos o con un poder sobrenatural y muchas veces amenazador. Por ejemplo, se creía que Stonehenge fue transportado desde Irlanda por

el mago Merlín, que el cromlech de Merry Maidens, en Cornualles, era un grupo de muchachas convertidas en piedra por bailar sacrílegamente o que el menhir de Saint-Samson-sur-Rance, en Bretaña, bloqueaba una de las puertas de acceso al Infierno.

Aunque estas tradiciones han pervivido hasta la actualidad, es a partir del siglo XIX cuando se empiezan a realizar los primeros estudios científicos sobre el megalitismo. La amplia dispersión de este fenómeno, que se documenta en la mayor parte de Europa salvo el sur de Alemania y valle del Danubio, planteó a los investigadores dos cuestiones fundamentales: dónde estaba su origen y a través de qué caminos se produjo su difusión hasta alcanzar zonas tan distantes. A principios del siglo XX se acuña el término de "pueblo megalítico o raza megalítica". Esta arquitectura monumental sería realizada por un sólo pueblo asentado entre el mediterráneo y el atlántico que habría protagonizado una gran migración desde el oriente y que serían los precursores de las migraciones de los pueblos bárbaros que acabaron con el imperio romano. Muchos investigadores de esta época trazan mapas de distribución de monumentos megalíticos indicando con flechas la dirección de su dispersión. Si bien en un principio sitúan su origen en las regiones más septentrionales de Europa, el descubrimiento de construcciones megalíticas en el sur, como los templos de Malta, les hace decidirse por un origen oriental.



Figura 3. Mapa de dispersión de los principales yacimientos megalíticos del continente europeo, según J.J. Eiroa 2010.

Paulatinamente, la idea de la migración de pueblos enteros dio lugar a una opinión más matizada sobre el tipo de conexión en cuestión. Hasta los años 60-70 del siglo XX, siguiendo esta perspectiva difusionista, la mayoría se decantó por un origen en el Mediterráneo oriental, planteando que el megalitismo habría surgido en las costas de Siria, Palestina y en el mar Egeo. Siguiendo a Gordon Childe, se tomaron como referencia los *tholoi* micénicos como el del Tesoro de Atreo, como precedentes de algunas tipologías funerarias de la Europa atlántica. A partir de aquí, se habrían extendido primero por el Mediterráneo central y occidental, Francia, las islas británicas y después por las zonas más septentrionales. En este proceso de expansión por el Mediterráneo del nuevo ritual funerario habrían tenido un papel fundamental los prospectores de metales procedentes de los primeros estados del Próximo Oriente. Gordon Childe acuñó el término de "misioneros megalíticos", que sustituyó a la antigua idea de "pueblo megalítico", que viajaban desde el Mediterráneo hacia el Atlántico, llevando una nueva religión que fue ligada directamente a la construcción de monumentos megalíticos.

Sin embargo, cuando se empiezan a datar mediante el método del C^{14} las construcciones megalíticas de Bretaña, las islas británicas o la península ibérica se observa que son bastante anteriores a las del este del Mediterráneo, pues mientras que en la fachada atlántica los megalitos más antiguos (Bretaña y Portugal) se sitúan entre el 4.800 y el 4.500 a.C., en el Egeo se inician en el III milenio a.C. Incluso, el Tesoro de Atreo, que durante mucho tiempo se tomó con el paradigma del origen oriental del megalitismo, se data entre los siglos XIV y XIII a.C. Por lo tanto, el fenómeno megalítico, fruto de un sustrato indígena, apareció en la fachada atlántica y se extendió de oeste a este. Pero no se puede negar que hubo otro movimiento en sentido contrario, desde el Mediterráneo oriental a occidente, como demuestra la presencia en España de manufacturas del Egeo, aunque en un periodo posterior.

La existencia de enterramientos colectivos en esta región, aunque en fechas posteriores, muestra que en la mayor parte del continente europeo se produce un cambio en el ritual funerario que probablemente está relacionado con nuevos cultos y transformaciones en el ámbito espiritual, pero también en el sociopolítico. En el Egeo las cuevas artificiales, a mediados del cuarto milenio a.C., y los *tholoi*, a partir de finales del mismo, ambos con enterramientos colectivos, son las manifestaciones de este cambio en la zona. Cuevas artificiales con tumbas circulares de pequeño aparejo se documentan en la necrópolis de Kephala, en la isla de Kea (Cícladas) y se sitúan en un momento posterior a Dímini y anterior al Heládico Antiguo II. También, en Zygouries, en el Peloponeso, hay enterramientos colectivos, que se extenderán por el Ática y Eubea. Paralelamente, en Chalandriani (Syros) aparecen tumbas circulares de piedra, a veces rematadas con falsa cúpula, pero raramente con más de un enterramiento. Los *tholoi* de Plátanos y Koumassa con techo cupular y precedente de los grandes *tholoi* micénicos, en la isla de Creta, son los que más se acercan al megalitismo atlántico y se fechan a mediados del III m. a.C.

El mismo complejo de las cuevas artificiales se manifiesta desde el IV milenio a.C. en el Mediterráneo central. Son muy similares a las del Egeo, y tradicionalmente, siguiendo la línea orientalista, se consideraron sus herederas. Algunos investigadores pensaron que eran contemporáneas o incluso anteriores, pero las dataciones que en la actualidad tenemos demuestran que las sepulturas colectivas de esta región son unos siglos más modernas que las del Egeo. Por lo tanto, parece claro que este nuevo ritual de enterramiento sigue un movimiento de difusión de oeste a este.

En Cerdeña, a inicios del IV milenio a.C. la cultura de Ozieri tiene más de un millar de cuevas artificiales con ricos ajuares y estos hipogeos tienen varias cámaras imitando estancias palaciegas, las paredes aparecen decoradas con relieves y pinturas con discos solares y cuernos. Los cadáveres se depositan en el suelo o en nichos. Destaca el hipogeo de Ittiari y las denominadas "tumbas de gigantes" como Limizzani, de planta rectangular en forma de ábside precedido por un hemiciclo frontal formado por dos alas arqueadas. En Malta y en la cercana isla de Gozo existe una primera fase de enterramientos colectivos en cuevas artificiales, como el hipogeo de Brochtorff, en Gozo, datado en el 4.000 a.C. Se construyó a partir de cuevas naturales transformadas mediante la excavación artificial y grandes bloques de piedra que dotan al conjunto de gran monumentalidad y en él se hallaron restos de al menos 63 individuos con un variado ajuar. Posteriormente, se generalizan los hipogeos funerarios y los templos megalíticos de planta trilobulada, como Ta'Hagrat o Hagar Qim (Malta), alcanzando su máximo esplendor a partir del 2.500 a.C. con el hipogeo laberíntico de Hal Saflieni y los templos de Ggabtija y Mnandra. A partir del 2.000 a.C. se acaba esta tradición con la llegada de gentes de la península italiana.

En el sureste de la península ibérica, antes de la cultura de los Millares, hay construcciones de círculos de piedra, sin pasillo de acceso y tal vez descubiertos, con funciones funerarias, como Loma de la Atalaya (Almería). Sus ajuares son cerámicas lisas, hachas pulimentadas, hojas y microlitos geométricos de sílex, evidenciando su carácter neolítico y el origen local de estos enterramientos. Posteriormente, se dota de pasillo a los círculos funerarios y están cerrados en ocasiones con el procedimiento de falsa cúpula. Aparece el mismo tipo de ajuar que la fase anterior pero con presencia ya de idolillos de hueso y piedra de inspiración cicládica, que representan una línea de influjos desde el Mediterráneo oriental.

4. PRINCIPALES ÁREAS GEOGRÁFICAS

Como hemos visto el megalitismo se extiende por la mayor parte del continente europeo, pero en este apartado nos centraremos en sus manifestaciones más antiguas, fruto de un contexto cultural indígena. En los siguientes temas se analizarán pormenorizadamente las construcciones megalíticas del ámbito mediterráneo.

4.1. Islas británicas

En Irlanda los megalitos más antiguos se sitúan en la península de Knocknarea, en el condado de Sligo, al noroeste de la isla. Se han localizado más de 40 monumentos: dólmenes simples, sepulcros de corredor y círculos de piedra. Uno de los más importantes es el dolmen de Carrowmore, cuya tumba nº 4 ha sido datada en el 4.700 a.C. Tanto los asentamientos asociados a estas construcciones así como los ajuares (conchas de mejillones y ostras, candiles de ciervo o dientes de cachalotes) corresponden a grupos mesolíticos que comienzan a dedicarse de forma incipiente a la cría de ganado y la agricultura. En algunas de las sepulturas se ha constatado el descarnado y la cremación previa del cadáver y prácticas de canibalismo.

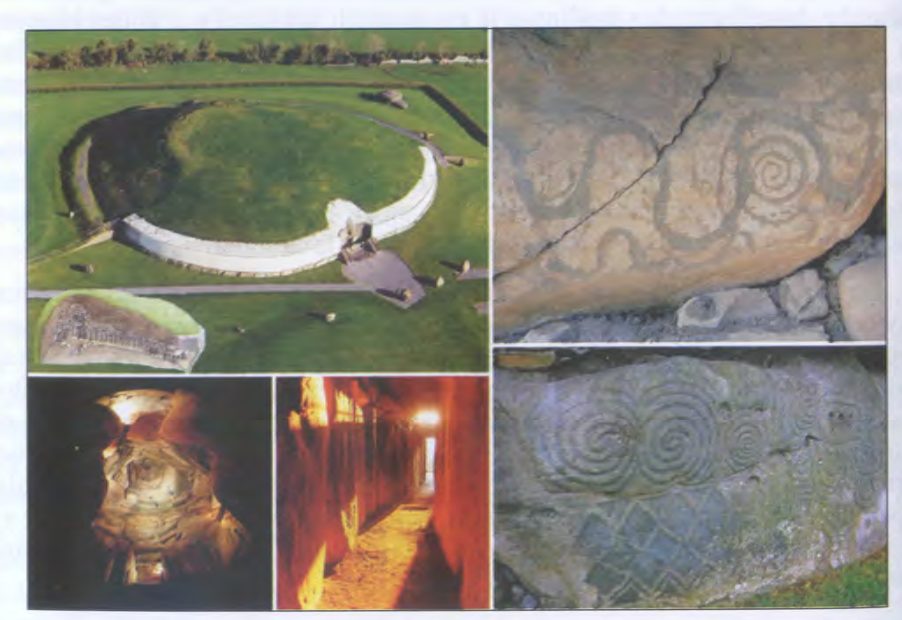


Figura 4. Gran túmulo megalítico de Newgrange (Irlanda): vista aérea del túmulo, sección longitudinal del mismo y detalle de la falsa cúpula (izquierda), interior del corredor durante el solsticio de invierno (abajo) y detalle de algunas losas grabadas (derecha).

Otro grupo importante es el de Boyne, situado al oeste del río del mismo nombre, a 50 km al norte de Dublín. Los dólmenes más antiguos presentan cubiertas planas, que evolucionan a techumbres de aparejo reducido y falsa cúpula, destacando por su magnitud los de Dowth, Knowth y Newgrange, datados a finales del IV milenio e inicios del III milenio a.C. Éste último cuenta con un túmulo de 85 m de diámetro rodeado por menhires de más de 3 m de altura, casi todos con grabados. El corredor, de 19 m de longitud, desemboca en una cámara de planta cruciforme cubierta con falsa cúpula y con bloques grabados en las tres cabeceras con espirales, espigas y zigzags. La entrada, situada a 90 cm de altura, entre la cubierta y el corredor, lleva por un pasadizo hasta la cámara. Esta orientada de tal forma que la cámara se ilumina con los primeros rayos de sol en el solsticio de invierno.

En Inglaterra desde inicios del IV milenio a.C. aparecen tumbas con cámara propiamente megalítica y túmulos largos sin estructuras enterradas, denominados "long barrows", que están en relacionados con los auténticos megalitos, ya que eran enterramientos colectivos y contaban con estructuras de madera (megaxilos). Suelen estar flanqueados por fosos, de donde se extrae la tierra para formarlos, y tienen una longitud muy variable, entre

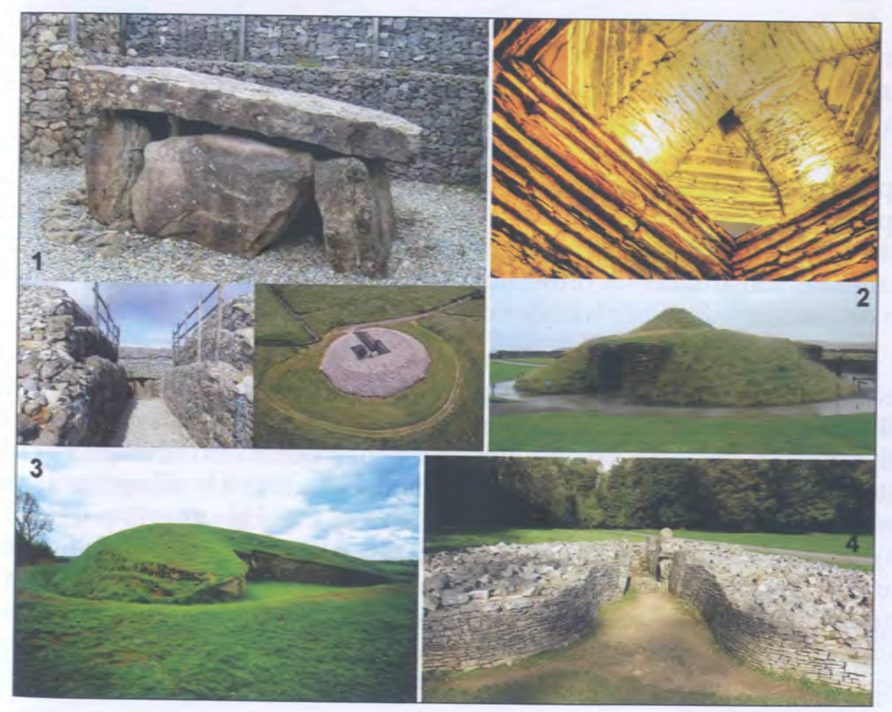


Figura 5. 1: Dolmen de Carrowmore (Irlanda). 2: Sepulcro de Maes Howe (Escocia) y detalle de la cubierta del sepulcro. 3-4: Sepulcros del grupo Severn-Costwold (Gales): Coldrum (3) y Parc le Breos (4).

20 y 140 m. La cámara de madera sirvió como estructura funeraria para albergar los restos humanos antes de que el túmulo fuera construido sobre ésta; generalmente, después de que la estructura de madera se quemara intencionadamente. En estos casos, el túmulo largo actuaba como monumento conmemorativo para la actividad funeraria que había precedido a su construcción. La mayoría se sitúan en la región suroriental de Wessex, uno de los más importantes es el de West Kennet, en el complejo megalítico de Avebury, con 113 m de longitud.

Los megalitos más antiguos aparecieron hacia el 3.900 a.C. y perduran hasta finales del III milenio. En la costa del Canal de la Mancha son algo posteriores, en torno al 3.200 a.C. Uno de los grupos más importantes es el de Severn-Cotswold, que se extiende por el curso alto del Támesis y el este de Gales y se caracteriza por túmulos en forma de cuña, que cubren dólmenes de galerías rectangulares, con entradas precedidas por un espacio semicircular o patio ceremonial. Destaca el megalito de Penywyrlod, que cuenta con varias galerías cubiertas paralelas entre sí, cuyas entradas se alineaban en uno de los lados mayores del túmulo. Asimismo, en la región de Wessex hay galerías cubiertas, que llegan a su esplendor a mediados del III milenio a.C., como en Windmill Hill.

En Escocia, en las zonas más meridionales también aparecen "long barrows". Clyde-Carlington es uno de los focos megalíticos más antiguos, con galerías cubiertas bajo túmulos trapezoidales o rectangulares y una majestuosa entrada o patio en forma de herradura. En el norte del canal de Caledonia, aparece una nueva tradición megalítica caracterizada por los sepulcros de corredor. De las simples cámaras poligonales se pasa a los sepulcros de corredor largo, más evolucionados, con cámara compartimentada. Una variante de estos es el grupo de Maes Howe, con amplias cámaras cuadradas construidas sin ortostatos, con aparejo de piedra en seco, originario de las construcciones irlandesas del tipo Newgrange.

Durante la mayor parte del III milenio a.C. aparecen en las islas británicas los henges. Los más antiguos presentan solamente un foso como límite del área sagrada, para progresivamente ir incorporando postes de madera, menhires o trilitos –dos bloques verticales que sujetan otro horizontal–, aunque debieron construirse durante largo tiempo. Uno de los más grandes es el de Avebury, en Wiltshire (Wessex), del 3.000 a.C., con un recinto de 400 m de diámetro delimitado por un foso rodeado en la parte exterior por un muro y en la interior por menhires. Tiene cuatro entradas perpendiculares. En el interior había dos círculos de menhires. Forma parte de un gran complejo ritual, donde se han encontrado una gran cantidad de hachas de piedra pulimentada y del que forma parte el ya mencionado túmulo de West Kennet.

Dentro de este gran complejo megalítico de Avebury se halla Silbury Hill, un montículo artificial de 167 m de diámetro y 40 de altura formado por creta y arcilla extraídas de los alrededores. La cumbre es plana y tiene

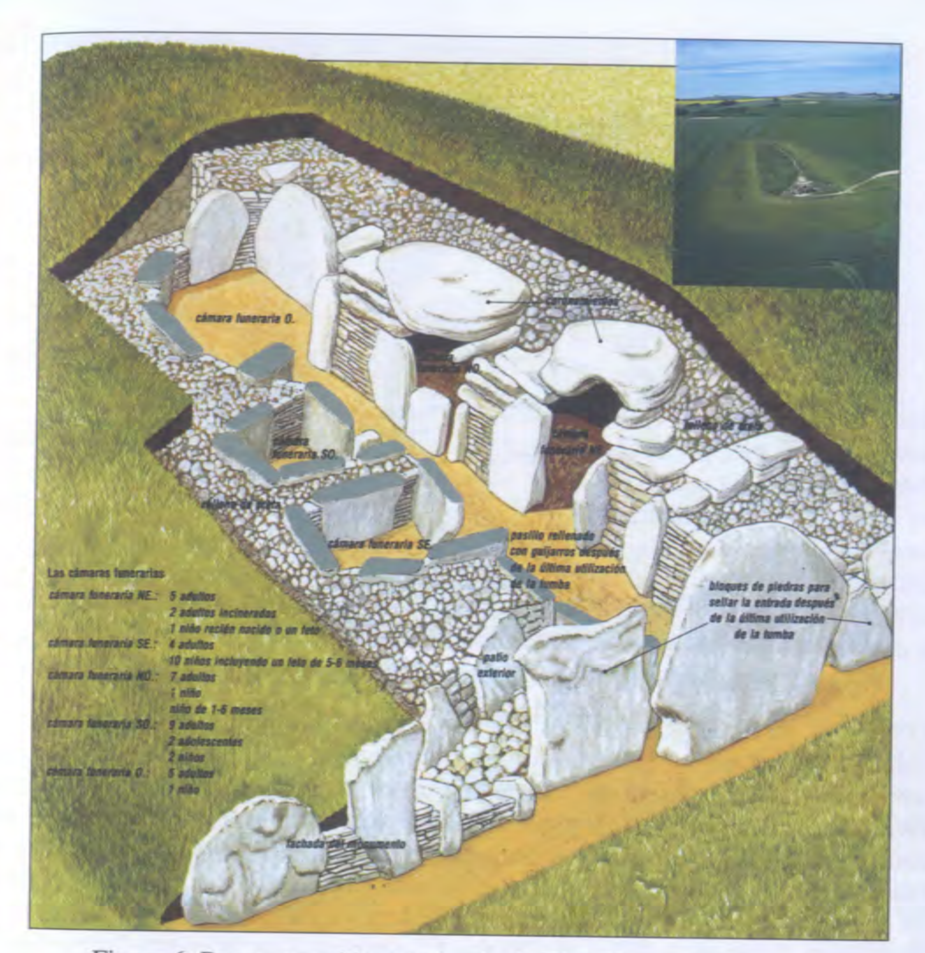


Figura 6. Reconstrucción del túmulo de West Kennet (Inglaterra). Dibujo: Aerofilms Ltd.

30 m de diámetro, aunque posiblemente la parte superior era redondeada, pero fue aplastada en la época medieval para proporcionar la base a un edificio defensivo. Es el montículo hecho por el hombre más alto de la Prehistoria en Europa y uno de los más grandes del mundo. Su función se desconoce aunque habría que relacionarla con las grandes edificaciones megalíticas de la zona.

Cerca de Avebury se encuentra Durrintong Walls, tambien en Wiltshire. Este henge, datado hacia el 2.600 a.C., presenta seis círculos concéntricos de postes, el mayor de ellos tiene 40 m de diámetro, que probablemente soportaron una techumbre de madera. Se han hallado restos domésticos que indican una ocupación permanente, por lo que es probable que relacionado con este henge hubiera una residencia "señorial".

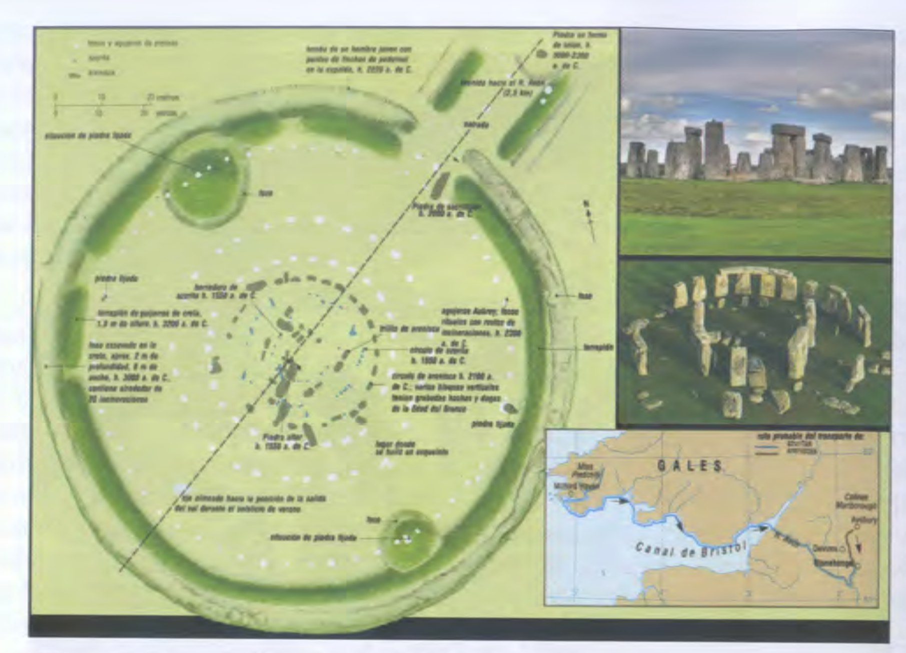


Figura 7. Planta de Stonehenge (Inglaterra), detalle del semicírculo de trilitos y posible ruta de transporte de las "bluestones". Dibujo: Aerofilms Ltd.

Sin duda, el más conocido y mejor estudiado es el de Stonehenge (Wiltshire), y es donde mejor se pueden apreciar las diferentes fases de construcción de este tipo de monumentos. Hacia el 3.200 a.C. se fecha la fase inicial, en la que se hizo un talud de tierra, el gran foso circular de 100 m de diámetro que delimita el espacio sagrado y el inicio de la gran avenida de acceso. Entre el 2.900 y el 2.600 a.C. aparecen las primeras estructuras de madera, que serán sustituidas por menhires entre el 2.500 y el 2.300 a.C. y se crea un doble círculo de grandes monolitos de piedra, algunos de más de cuatro toneladas de peso, denominados "bluestones". Estos bloques proceden de Pembrokenshire (Gales), situado a más de 300 km de distancia, ignoramos si llegaron por tierra o por mar, pero su transporte requeriría un trabajo coordinado y una organización muy eficiente. La última fase (2228-1930 a.C.), ya en el Bronce Antiguo (Cultura de Wessex) se levanta el semicírculo de trilitos: menhires enlazados por dinteles. Sobre su significado hay varias hipótesis, la más aceptada es la que habla de un lugar de culto al sol, ya que el eje principal del círculo, prolongación de la gran avenida, está orientado hacia el punto en que sale el sol en el solsticio de verano.



Las huellas terrestres vistas desde el cielo, la marca de los megalitos (50:54)

4.2. Francia

Los sepulcros de corredor de Bretaña, Normandía y Poitou-Charente a inicios del V milenio a.C., son las tumbas megalíticas más antiguas de esta zona, se presentan bien aisladamente o formando parte de complejas construcciones tumulares con varios de ellos. Estos últimos se conocen con el nombre de *cairn*: grandes túmulos, generalmente de piedras, que pueden llegar a contener más de diez dólmenes de corredor. Las cámaras son de planta circular o poligonal, de paredes de losas megalíticas o de piedra seca, y cubiertas planas o en falsa cúpula, provistos siempre de largos corredores, e incluidos en el interior de los *cairns*, de muy diferentes tamaños y tipologías.

Aunque tanto en Poitou-Charente con la necrópolis de Bougon (Deux-Sérves), de la primera mitad del V milenio a.C., compuesta por cinco *cairns* con dólmenes de corredor y donde se han recuperado más de 200 esqueletos, como en Aquitania con el túmulo de Berbet (Gironde) los enterramientos colectivos están bien documentados, es Bretaña el foco megalítico más importante.

Así, en la isla de Guennoc (Finistère) hay tres *cairns* de morfología cuadrangular y trapezoidal que contienen 12 dólmenes en su interior, datados en el 4.800 a.C. El número tres, con seis dólmenes de corredor, presenta estelas antropomorfas hincadas en el suelo, en el interior de las cámaras circulares.

En fechas similares (4.800-4.500 a.C.) se datan los sepulcros de Barnenez y Kerkado, también en Finistère. El primero es un enorme *cairn* que se alza frente al mar, en un promontorio costero que domina el Canal de la Mancha. Tiene una longitud de 70 m, una altura de 9 m y una anchura es de 25 m en su parte occidental y 20 m en su parte oriental. En realidad está compuesto por dos túmulos adyacentes. Primero se levantó un túmulo trapezoidal y más tarde, en una fecha no posterior al 4.100 a.C., el monumento se amplió construyendo un segundo montículo en el lado oeste del primero, que se halla en una pendiente, lo que obligó a levantar un muro de contención. Todo el monumento fue edificado mediante terrazas sucesivas de muros verticales. Dentro del *cairn* hay once tumbas de corredor con falsa cúpula por aproximación de hiladas: cinco en el montículo oriental y seis en el occidental y todos los accesos exteriores a las tumbas se hallan en el lado sur. Una de ellas presenta

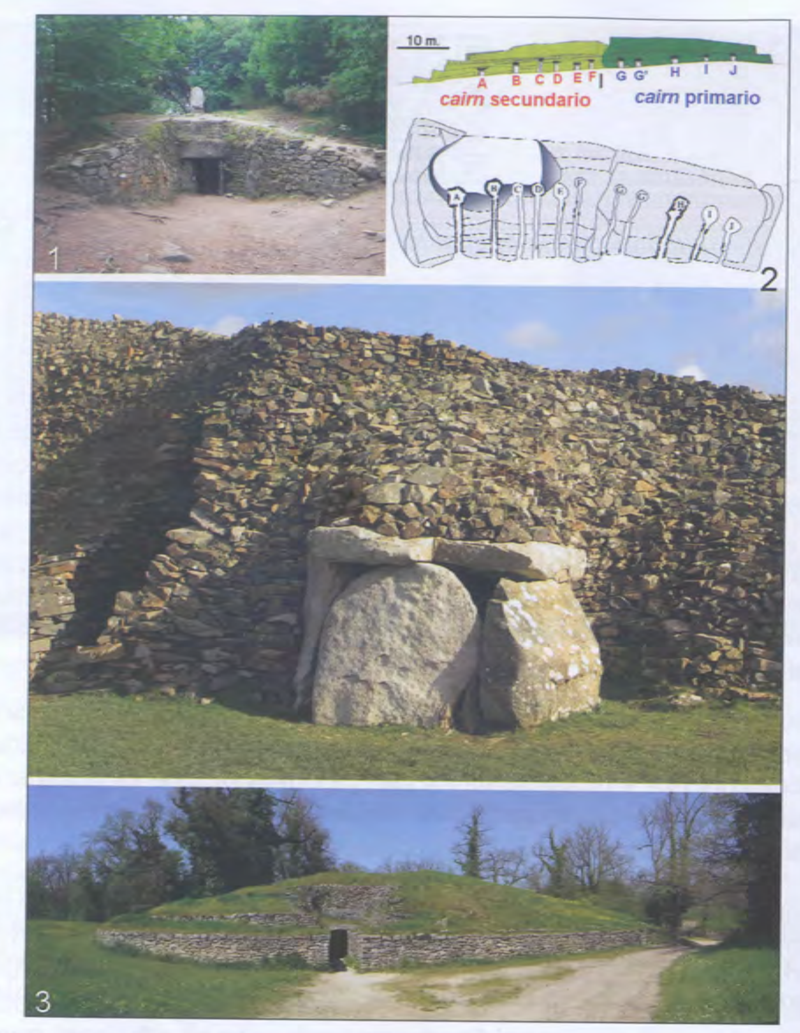


Figura 8. 1: Cairn de Barnenez (Finistère). 2: Planta y detalle del cairn de Kerkado (Finistère). 3: Gran túmulo de Bougon Poitou-Charente).

una arquitectura más trabajada que el resto, con una antesala abovedada precediendo a la cámara y separada de ésta por dos pilares grabados. Aunque se utilizan hasta la Edad de Bronce los ajuares más antiguos corresponden a la cultura de Chassey: cerámicas de base redonda, puntas de flecha de sílex y hachas de piedra pulida. El ph ácido del suelo ha degradado los huesos de los individuos enterrados, dificultando su análisis e impidiendo un conocimiento adecuado al respecto. Por otra parte, Kerkado es un dolmen de corredor con túmulo circular y cámara cuadrangular. Algunas lajas de Barnenez y Kercado tienen grabados iguales a los de los menhires de la zona, hachas,

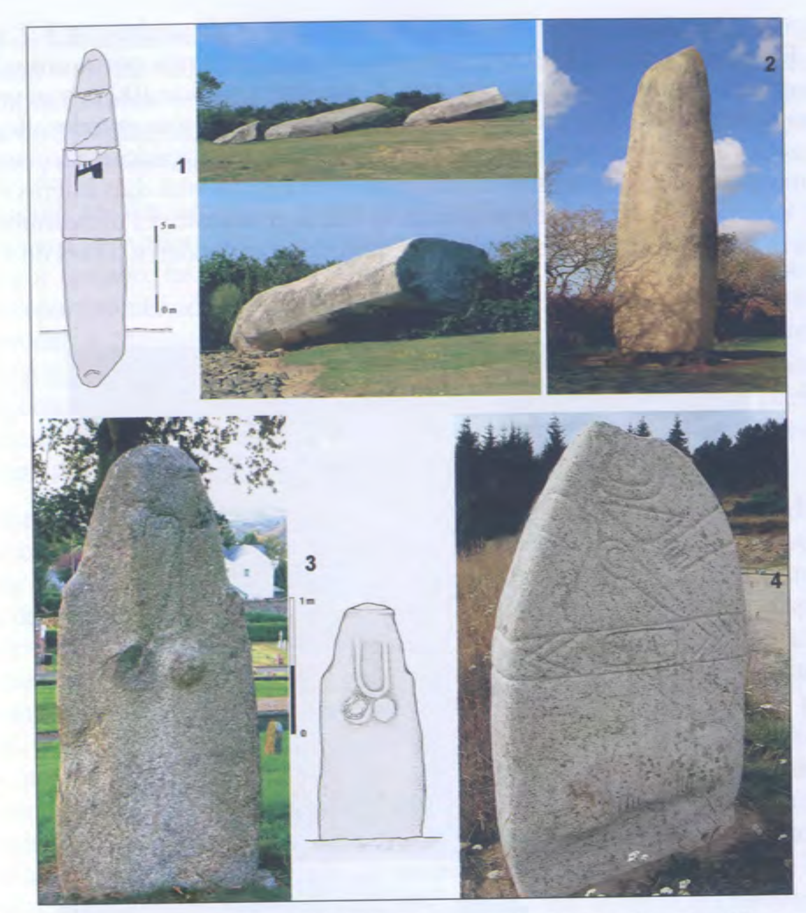


Figura 9. 1: Gran Menhir Brisé (Bretaña), originalmente de unos 20 metros (Foto: Chris Scarre). 2: Menhir de Kerloas (Bretaña) considerado el más alto de Francia que queda en pie, con 9,5 metros de altura. 3: Estatua menhir de Le Câtel (Guernsey), situada en el cementerio de la iglesia de St Marie de Castel (Foto: Chris Scarre).4: Estatua menhir de Salverguettes (Hérault).

arcos, ondulaciones, con lo cual se pueden datar en fechas más antiguas estos monolitos. Estos dólmenes de Bretaña proporcionaron las primeras fechas que permitieron demostrar la mayor antigüedad del megalitismo de la fachada atlántica frente a las manifestaciones del Mediterráneo oriental y central.

En relación con estos *cairns*, en torno a la bahía de Morbihan, hay un gran número de menhires, tanto aislados, como alineamientos y cromlech. Entre los primeros destaca el gran menhir de Locmariaquer, de 21 m de altura y más de 350 toneladas de peso que se supone que fue utilizado como centro visible de culto, y el Gigante de Manio, con una altura de 6 m. Los alineamientos más importantes son los de Le Ménec, Kermario y Kerlescan. El primero está formado por

1.099 menhires dispuestos en once hileras de 100 m de ancho por 1,2 km de largo. El alineamiento está flanqueado en sus dos extremos por crómlechs, el crómlech occidental está compuesto por 70 menhires y mide 100 m y el oriental está muy deteriorado. Las piedras situadas al oeste son las más grandes, llegando en algunos casos a los 4 m de altura y su tamaño va reduciéndose a lo largo del alineamiento hasta alcanzar sólo 90 cm en el extremo oriental. Las hileras no son rectas, sino que describen una suave curva hacia el noreste. El alineamiento de Kermario posee 982 menhires en diez hileras que se extienden a través de 1,2 km

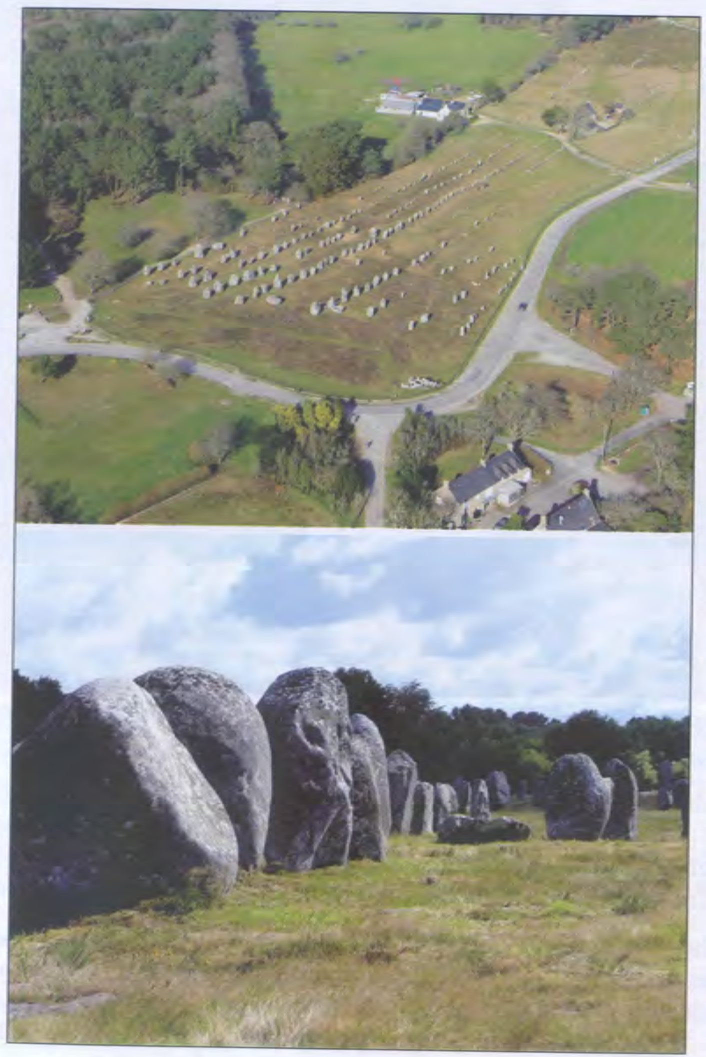


Figura 10. Vista aérea del alineamiento de Kermario (arriba) y detalle del alineamiento de Le Ménec (abajo) en Bretaña.

y aquí se hallan las piedras más grandes de Carnac; la mayor tiene más de 7 m de altura, y los menhires también van disminuyendo de tamaño a medida que se aproximan al límite oriental. El alineamiento de Kerlescan, al este de Kermario, consta de 540 piedras, organizadas en trece hileras de 139 m de ancho y 880 m de largo y en su extremo occidental hay un crómlech de 39 menhires.

Durante el IV milenio a.C. prosigue la construcción de dólmenes de corredor bajo *cairns*; pero ahora son más grandes y complejos. Además de usarse piedras de mayor tamaño, las plantas se complican apareciendo las formas cuadradas con compartimentación interior, los dólmenes con transeptos, en los que se añaden ábsides y capillas laterales a las cámaras y corredores, y los monumentos en los que la cámara incrementa su tamaño a expensas de la diferenciación en planta con el corredor, dando lugar a las largas plantas en "V", que prefiguran las galerías cubiertas. Este sería el caso de de Saint Michel (Morbihan) con un gran túmulo de 217 m de largo por 59 m de ancho.

Entre ellos destaca el *cairn* de Gavrinis, una pequeña isla en el Golfo de Morbihan, erigido a comienzos del IV milenio a.C., aunque su abandono tuvo lugar durante el último tercio del mismo. El túmulo tiene un diámetro de 50 m y una altura de 8 m. Los muros de contención estructuran la masa de piedras dispuestas a modo de escamas alrededor del dolmen interior, formando grandes escalones regulares. La cámara, a la que se accede por un corredor de 14 m de largo, es cuadrangular y el suelo del mismo está completamente adoquinado con piedras planas. Una piedra a modo de umbral separa la cámara del corredor. La losa que cubre la cámara pesa 17 toneladas y en su cara superior muestra grabados que representan un gran yugo de 2,8 m y un bóvido de 2 m de longitud. Se ha podido determinar que la losa de cobertura de la Table des Marchand en Locmariaquer, donde también aparece el grabado de un bóvido, está relacionada con la losa de Gavrinis, e igualmente lo está la losa de cobertura del dolmen del túmulo de Er Grah, situado también en Locmariaquer. Las tres losas, si se unieran nuevamente, constituirían un único menhir original con una altura de unos 14 m y se piensa que fue uno de los menhires que antaño se erguían junto al "Gran Menhir Caído" en Locmariaquer, reutilizado tras desplomarse fortuita o intencionadamente. La mayoría de las losas verticales que forman las paredes del corredor están decoradas con grabados, en los que se distinguen una gran variedad de figuras: escudos, cruces, hachas, yugos, serpientes, signos en "U" y formas geométricas, como arcos y espirales. Cada losa decorada está completamente cubierta de grabados.

En un momento avanzado del IV milenio a.C. se construyen tumbas en ángulo, en las que el corredor, muy largo, se dobla a mitad de camino formando un codo, son los denominados sepulcros "en escuadra".

Con el Neolítico Reciente, hacia 3.500 a.C., las costumbres funerarias evolucionan y no se construyen más dólmenes de corredor, aunque los existentes son reutilizados. Aparece una nueva tipología que permite aumentar el número de cuerpos depositados: dólmenes de galería muy largos cubiertos por túmulos ovalados y estrechos. La generalización de las galerías cubiertas no

sólo se da en Bretaña o Normandía, sino que se extiende desde el bajo Loira hasta Bélgica, con ramificaciones hacia el norte y el sur, enlazando con el megalitismo nórdico y el pirenaico occidental respectivamente.

En el Sudeste de Francia, en los alrededores de Arlés, existen hipogeos o cavidades excavadas en el suelo con cubiertas de lajas, como osarios colectivos. Destaca Fontvieille, de planta cruciforme con dos pequeños ábsides que flanquean la cabecera y también tiene gran importancia las pseudogalerías cubiertas del Aude: dólmenes de cámara rectangular con corredor muy largo, del 2.700 a.C. Durante todo el Calcolítico, estos monumentos seguirán en uso, como prueba el hipogeo de Roaix o Les Crottes (Vancluse), datado en el 2.150 a.C.



Figura 11. Dolmen de Gavrinis (Bretaña) y detalle de algunos de los ortostatos grabados.

4.3. Europa septentrional

En las latitudes más septentrionales del continente aparece otro foco megalítico en torno al mar Báltico, sobre todo en los Países Bajos y en el sur de la península escandinava, que se caracteriza por sepulcros de corredor y galerías cubiertas como las de Zealand o Funen en Dinamarca y Stävie en Suecia. Estos enterramientos se datan a partir del 3.500 a.C. y se mantendrán hasta el Bronce Antiguo, sobre todo en el sur de Suecia.

Hay tumbas anteriores que ya son megalíticas pero no colectivas, son los denominadas “langdysser” o túmulos largos delimitados con bloques de piedra, en cuyo interior hay varias cistas dolménicas. Estos enterramientos individuales sirvieron a algunos investigadores para proponer un origen del megalitismo en el norte de Europa, pero cuando los “langdysser” se dataron en la primera mitad del IV milenio a.C., se descartó esta teoría la ser más recientes que los bretones o portugueses.

4.4. Península ibérica

El foco más antiguo de la península ibérica se encuentra en el área atlántica portuguesa. Los primeros megalitos, que tienen una cronología casi tan antigua como los bretones (4.700-4.600 a.C.), son cistas no muy grandes cubiertas por túmulos, con enterramientos individuales o de un número reducido de inhumados, nunca osarios grandes. Los ajuares están formados por microlitos geométricos de tradición epipaleolítica (concheros del Muge-Tajo) junto a cerámicas lisas y a la almagra, lo que denota el carácter local de los mismos. Los más representativos de esta primera fase serían el de Marco Branco (Santiago do Cacém), con un enterramiento individual, y el anta 10 de Herdade das Areias (Reguengos). Hacia el 4.500 a.C. aparece la cámara de planta subrectangular, con corredor estrecho y un enterramiento colectivo con un pequeño conjunto de inhumaciones. En los ajuares se depositaron puntas de aletas y pedúnculo y placas de pizarra perforadas con decoración, entre los que cabe mencionar Palhota (Santiago do Cacém), el Poço da Gateira y Gorginos 2 (Reguengos de Monsaraz), Carapito (Aguiar da Beira) y Orca dos Castenairos (Vila Nova de Paiva).



O Megalitismo na região de Évora (12:06)

Hacia el 3.000 a.C. hay un alargamiento desmesurado de los pasillos, dando lugar a magníficos sepulcros de corredor, que en el Alentejo son considerados los mejores exponentes del Neolítico portugués, en cuyos ajuares aparece "el ídolo-placa alentejano": ídolo rectangular de pizarra, profusamente decorado con incisiones geométricas dispuestas en retícula o damero. Son piezas planas de silueta rectangular de tamaño medio, entre diez y cinco centímetros de longitud, y a veces modificadas en uno de sus extremos para representar esquemáticamente una cabeza. La materia prima habitualmente utilizada es la pizarra, ya que ofrece de forma natural las superficies planas y, en menor medida, la caliza, que necesita un mayor adelgazamiento pero es más resistente a las fracturas. Cada inhumación contaba con su correspondiente ídolo, lo que facilitaba su recuento. En la zona de Reguengos de Monsaraz, el Anta Grande de Olival da Pega es uno de los mejores ejemplos de sepulcro de este momento. Cuenta con un ajuar de más de cincuenta ídolos-placa y una rica industria de piedra tallada con hojas, cuchillos y puntas de base cóncava con retoque invasor. El Anta Grande do Zambujeiro, en Évora, es el megalito más grande de Portugal, y está formado por una enorme cámara poligonal que alcanza los 6 m de altura y un corredor de acceso de 15 m. Relacionado con este dolmen está el crómlech Dos Almendres, a unos 12 km al oeste de Évora, que tiene varios recintos, uno de ellos formado por tres círculos de menhires, de unos 18 m de diámetro, y otro ovalado de 43,5 m de eje mayor por 32 m de eje menor.


Figura 12. Anta Grande do Zambujeiro en Évora (arriba) e ídolo placa alentejano (abajo).

La última fase del megalitismo portugués, al igual que en el sur de la península ibérica, se enmarca en el Calcolítico. Aparecen tumbas con dos modalidades: *tholos*, parecidos a los del sureste, y cuevas artificiales con largos corredores.

En Galicia y la Cornisa Cantábrica se mantiene en líneas generales una evolución similar a la portuguesa, aunque con cronologías de inicio más recientes. A lo largo del último tercio del V milenio a.C. aparecen túmulos, de tamaño todavía reducido, con un diámetro medio de 12 m y una altura media de 1 m, que contienen dólmenes de cámara poligonal; como se puede observar en Chan da Cruz (Valadouro, Lugo) datado en el 4.300 a.C. Solo


Figura 13. Cromlech dos Almendres (Évora). Foto: Manuel Calado.

en Cotogrande 1, en Vigo, con una estructura consistente en una losa plana colocada oblicuamente sobre una inhumación y apoyada por un lado sobre el suelo y por el otro en pequeñas piedras, se puede hablar de enterramiento individual. A partir del IV milenio a.C. hay un incremento de la diversidad formal pero también del volumen de cámaras y túmulos. Continúan construyéndose monumentos de cámara simple, ahora de notable tamaño, lo que lleva a pensar en el enterramiento colectivo; y aparecen los primeros dólmenes

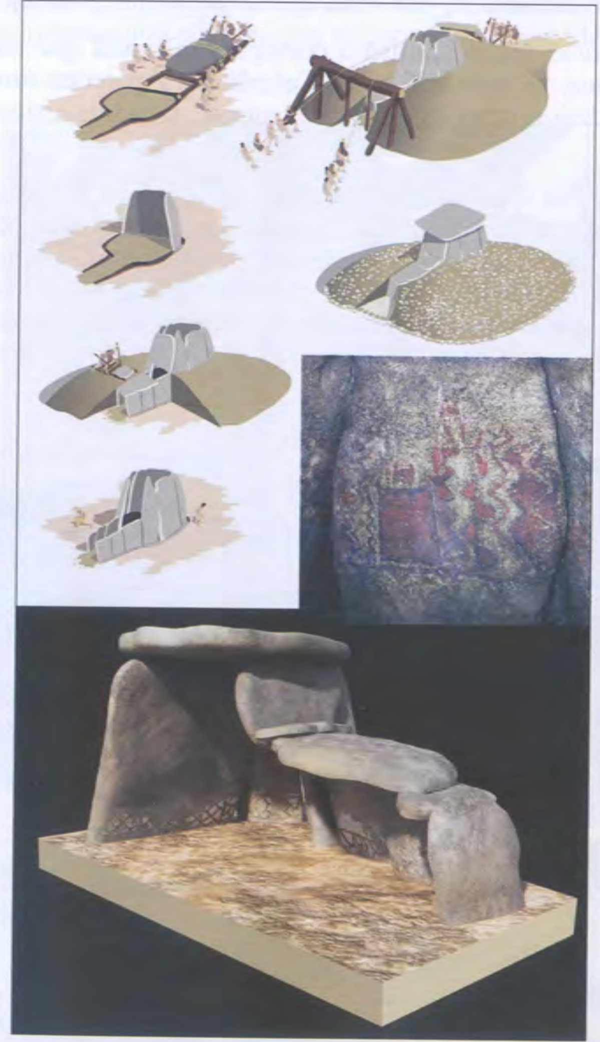


Figura 14. Proceso de construcción, sección y detalle de uno de los ortostatos pintados del dolmen de Dombate (Cabana de Bergantiños, La Coruña).

de corredor, siendo uno de los más importantes el de Dombate (Cabana de Bergantiños, La Coruña), cuya construcción se inicia en la primera mitad del IV milenio a.C. y la cámara a finales de ese mismo milenio. Fue utilizado en diferentes épocas y se evidenció un uso que va desde el año 3.800 a.C. hasta el 2.700 a.C., momento en el que se clausura el monumento. El dolmen, de cámara simple y de pequeñas dimensiones, quedó oculto bajo el túmulo de un posterior monumento de corredor, mayor y más complejo. En el límite exterior de la zona de entrada al monumento una hilera de veinte pequeños elementos de bulto redondo, muchos de los cuales presentan rasgos antropomorfos, marca el umbral del monumento y delimita el espacio funerario y tal vez sacro. Todos son de fabricación local pero su forma y decoración nos remite al sur peninsular, a las placas decoradas alentejanas, pudiendo tratarse de una reelaboración local de esta iconografía. En él se descubrieron grabados y pinturas tanto en los ortostatos verticales, como en las losas del suelo, que fueron protegidos por la tierra. Las pinturas son negras y rojas sobre un fondo blanco, y al igual que los grabados son de difícil interpretación. Parece que los constructores de estos sepulcros monumentales preparaban la superficie de los ortostatos con caolín, utilizando como aglutinante la leche para posteriormente ser pintados.

Desde el 3.600 a.C. aparecen solo dólmenes de corredor, y durante el primer tercio del III milenio (2.800-2.700 a.C.) desaparecen las utilizaciones primarias de estos monumentos, es decir, solo hay reutilizaciones y en muchos casos los ajuares muestran elementos campaniformes. Aunque el enterramiento bajo túmulo pervive, la vieja sociedad neolítica, y con ella los monumentos propiamente megalíticos, desaparecen ahora definitivamente.



La aventura del saber. El túnel del tiempo. TVE. Serie documental. Galicia 1. Megalitos (14:41).

5. ¿QUÉ NOS CUENTAN LAS PIEDRAS? SIMBOLISMO Y SIGNIFICADO

Cada grupo megalítico atlántico es producto de una cultura regional específica y posee sus propias particularidades arquitectónicas o funcionales, pero es innegable que hubo lazos de unión entre todos estos centros aunque este tipo de construcciones se empezaran a realizar en fechas diferentes. Por lo

tanto, es muy probable que el grado de comunicación entre las diversas comunidades de la costa atlántica fuera mayor de lo que cabría pensar por su desarrollo tecnológico. Ya desde el Mesolítico se puede ver una cierta uniformidad en la cultura material y en las bases de subsistencia, orientadas sobre todo a recursos marinos, que tras el comienzo del Neolítico pasará a ser fundamentalmente agrícola y ganadería.

Es evidente que la mayor parte de los monumentos megalíticos tienen un papel funerario y religioso, como santuarios o lugares sagrados, y posiblemente fueron centros de culto. El cambio en el ritual de enterramiento, inhumaciones colectivas, y los nuevos motivos iconográficos que aparecen en los megalitos revelan una transformación del mundo espiritual, es decir, una nueva concepción religiosa. Otra característica es la disposición de la entrada de las tumbas: hay una preferencia por la orientación de los dólmenes entre el sur y unos pocos grados al norte del este. Esta ordenación recurrente sugiere que las entradas de la tumba fueron alineadas hacia la salida del sol. Esto puede haber estado asociado con la idea de regeneración, o con mitologías y cosmologías prehistóricas que estuvieron directamente vinculadas con los acontecimientos solares y astrales. Las orientaciones solares, lunares y estelares también se han relacionado con los cómlech y los alineamientos.

Además, la gran inversión de trabajo y tiempo necesarios para construir estos monumentos plantea también un cambio en la organización de sus constructores y otorga un valor social y simbólico añadido a los mismos. El número de habitantes que Europa occidental albergaba en este momento era relativamente bajo, por lo que la construcción de grandes megalitos supondría la movilización de numerosos grupos de extensas áreas. Por lo tanto, es posible que las estructuras más monumentales se hubieran convertido en santuarios de peregrinación a los que acudirían gentes de lugares lejanos. Por ejemplo, algunos enterramientos cercanos a Stonehenge contienen individuos del continente y en los dólmenes de Morbihan aparecen en los ajuares colgantes y cuentas de collar en variscita procedente de la península ibérica (Cataluña, Huelva o la Cornisa Cantábrica).

Muchos monumentos megalíticos no son producto de episodios singulares de construcción, sino el resultado de actividades que se extendían durante décadas o siglos. Las excavaciones recientes demuestran cada vez con más frecuencia cómo las tumbas se construían a menudo en lugares donde anteriormente había habido actividad. En algunos casos, una tumba pudo cubrir los restos de una casa anterior. En estos casos, la gente enterrada en la tumba pudo haber sido la que había vivido antes en esa vivienda o había tenido cierta vinculación con ella.

Durante mucho tiempo, los monumentos megalíticos, sobre todo los funerarios, fueron tratados como contenedores de artefactos más o menos completos y de gran valor estético y la propia metodología empleada en su excavación tenía como único objetivo recuperar los ajuares funerarios.

A partir de 1960 se trató de profundizar en las causas de la génesis del mundo megalítico. Una de las principales teorías, que se mantiene en la actualidad, es la propuesta por C. Renfrew, que considera que los megalitos serían la manifestación de un comportamiento de preocupación territorial en sociedades segmentarias de pequeña escala, bajo situaciones de presión demográfica. Las sociedades segmentarias se componen de pequeños grupos independientes, autosuficientes y de similares dimensiones, que no se subordinan a una entidad mayor con control político y económico. Por lo tanto, estas construcciones no tendrían un papel puramente funerario o cultual, sino que también delimitarían el espacio ocupado por cada grupo. Comparando las dimensiones del túmulo con las de la cámara en numerosos megalitos, se llega a la conclusión de que el incremento del primero no conlleva un mayor espacio funerario y que, conforme se desarrolla el fenómeno, se van erigiendo mayores túmulos que tendrían la intención de fijar la atención de los individuos vivos.

El centro del territorio de cada grupo seria el lugar considerado más importante, tanto si su uso se liga a la deposición de los difuntos, a fiestas comunales, a intercambios ceremoniales de regalos como a cualquier otro acto simbólico y ritual importante. Así, los megalitos tendrían este papel de centros territoriales y se convertirían en la única referencia fija para estos grupos con hábitats de escasa entidad y construcciones ligeras, que desarrollarían un poblamiento disperso o una vida nómada o relativamente móvil, con ocupaciones de corta duración, agricultura itinerante y ganadería no estabulada. Sólo en la fase final del megalitismo, en el III milenio a.C. y ya durante el Calcolitico, se asiste a un aumento en la sedentarización y al aprovechamiento de tierras antes menos explotadas.

En la misma línea, R. Chapman justificó la necesidad de esta expresión externa en un contexto de presión por la ocupación de las mejores tierras. En los territorios atlánticos la presión sobre los recursos pudo ser una consecuencia de la incorporación de nuevos intereses económicos, con nuevas exigencias territoriales. Algunos autores defienden también el aumento demográfico o una paulatina reducción del territorio costero como consecuencia de la trasgresión marina, y sin otra posibilidad de expansión territorial que las tierras del interior, que probablemente tampoco estaban desocupadas. En otras áreas donde el megalitismo aparece entre comunidades ya neolíticas, como Andalucía o Cataluña, la situación de presión se plantearía a partir de mayores densidades de población y de opciones sociales y económicas, como la vida en poblados sedentarios y la adopción de sistemas económicos más rentables.

Las tumbas colectivas también pudieron jugar un papel de elemento aglutinante y redistribuidor entre los diferentes grupos que colaboraron en su construcción, reforzando los lazos de solidaridad. Esta función no tiene porque ser incompatible con su uso como marcadores territoriales. Por lo tanto, serían un elemento de reorganización social que permitiese formar grandes equipos de

trabajo para efectuar determinadas tareas del ciclo agrícola mediante la creación de linajes estables. Funcionarían como mecanismo integrador y organizador del grupo de parentesco, mediante las reuniones que se efectuarían en las tumbas, dentro de un complejo ritual de enterramiento. La mayor parte de los dólmenes se sitúan en llanuras con suelos ligeros y bien drenados que permiten la agricultura con tecnología de azada y en algunos monumentos los poblados debían estar próximos a ellos, ya que cerca han aparecido artefactos líticos y cerámicas ausentes en los ajuares funerarios.

Otras teorías ven en los monumentos megalíticos la plasmación de los conflictos internos de una sociedad que empieza a no ser igualitaria. El Neolítico y la nueva economía productora sería el origen de la desigualdad social. En las sociedades de cazadores-recolectores complejos del mesolítico atlántico la supervivencia estaba garantizada por una economía de amplio espectro con una importancia cada vez mayor de recursos estáticos, pero las prácticas agrícolas y ganaderas necesitan una gran cantidad de trabajo acumulado de forma permanente: siembra, recolección, trilla, o pastoreo. En muchas ocasiones el resultado final puede depender de condiciones externas como sequías, inundaciones o plagas y esto va a generar grupos más "ricos" y numerosos que otros. En este sentido, los monumentos megalíticos tendrían su origen en un culto a los antepasados, cuyos descendientes se beneficiaron de su trabajo. Las primeras tumbas megalíticas con enterramientos individuales o de muy pocos cadáveres, como las portuguesas, corresponderían a los fundadores de estos clanes familiares que habrían tenido más éxito, iniciándose una primera diferenciación social. Las tumbas colectivas representarían un intento del resto de grupos menos afortunados de combatir esta diferenciación social y económica.

Alrededor del 2.500 a.C. se dejaron de construir monumentos megalíticos, cuando la metalurgia empezaba a expandirse y a transformar los esquemas sociales e ideológicos. Es posible que los nuevos modelos de sociedad jerarquizada, las primeras sociedades de jefatura, empezaran a destacar lo individual sobre lo colectivo. La generalización de las tumbas individuales hace que los megalitos destinados a contener enterramientos grupales pierdan su significado. Probablemente, la religión también experimentó una evolución a raíz de los nuevos descubrimientos tecnológicos, fomentada por nuevos intereses políticos, que supuso el final del carácter ideológico de los megalitos.

BIBLIOGRAFÍA

ARANDA, G., LOZANO, A., DÍAZ-ZORITA, M., SÁNCHEZ, M. y ESCUDERO, J. (2018): "Cultural continuity and social resistance: the chronology of megalithic funerary practices in Southern Iberia". *European Journal of Archaeology*, 21 (2): 192-2016.

BAILLOUD, G.; BOUJOT, C.; CASSEN, S. y LE ROUX, C.T. (1995): *Carnac. Les premières architectures de pierre*. CNRS. Paris.

BAYLISS, A. y WHITTLE, A. (ed.) (2007): *Histories of the dead: building chronologies for five southern British long barrows. Cambridge Archaeological Journal*, 17 (1) (supplement).

BELLIDO, A. y GÓMEZ, J.L. (1996): "Megalitismo y ritual funerario." Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda. *Complutum* Extra 6 (I): 141-152.

BRIARD, J. (1995): *Les Mégaljthes de l'Europe Atlantique. Architecture et art funéraire (5000-2000 avanta J.-C.).* Errance. Paris.

BINANT, P. (1991): *La Préhistoire de la Mort. Les Premières Sépultures en Europe*. Errance. Paris.

BUENO, P. y BALBÍN, R. (2002): "L'art mégalithique péninsulaire et l'art mégalithique de la façade atlantique. Un modèle de capillarité appliqué à l'art postpaléolithique ibérique". *L'Anthropologie*, 106: 603-646.

BUENO, P., BALBÍN, R. y BARROSO, C. (2002): "L'art mégalithique péninsulaire et l'art mégalithique de la façade atlantique. Un modèle de capillarité appliqué à l'art postpaléolithique ibérique". *L'Anthropologie*, 106: 603-646.

BURENHULT, G. (1993): *Los constructores de megalitos de Europa Occidental (4800-2800 a.C.). Piedras, tumbas y templos en el litoral atlántico*. Círculo de lectores. Barcelona.

BURL, A. (1993): *From Carnac to Callanish. The Prehistoric Stone Rows and Avenues of Britain, Ireland and Brittany*. University Press. New Haven: Yale.

CARRERA, F. y FÁBREGAS, R. (2006): *Arte parietal megalítico en el noroeste peninsular: conocimiento y conservación*. Tórculo. Santiago de Compostela.

CAUWE, N. (1997): *Les morts en mouvement. Essai sur l'origine des rites funéraires mégalithiques. En O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo*. Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.

CHAPMAN, R. W. (1981): "The emergence of formal disposal areas and the "problem" of megalithic tombs". En R. CHAPMAN, I.A. KINNES y K. RANDSBORG (eds): «*The archaeology of Death*". Cambridge University Press. Cambridge.

CHILDE, V. G. (1940): *Prehistoric Communities of the British Isles*. Chambers. London.

CHIPPINDALE, C. (2004): *Stonehenge Complete*. Thames & Hudson. London.

COONEY, G. (1990): "The place of megalithic tombs cemeteries in Ireland". *Antiquity*, 64: 741-753.

CRIADO, F (1999): *Del Terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje*. Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.

DARVILL, T. (2006): *Stonehenge. The Biography of a Landscape*. Tempus. Stroud.

DEHN, T. y HANSEN, S.I. (2006): "Birch bark in Danish passage graves". *Journal of Danish Archaeology*, 14: 23-44.

DELIBES DE CASTRO, G. (1986): *El megalitismo ibérico*. Cuadernos Historia 16. Madrid.

FURHOLT, M., HINZ, M., MISCHKA, D., NOBLE, G. y OLAUSSON, D. (eds.) (2014): *Landscapes, Histories and Societies in the Northern European Neolithic. Frühe Monumentalität und soziale Differenzierung*, 4. Bonn.

GALLAY, A. (2006): *Les Sociétés Mégalitiques. Pouvoir des Hommes, Mémoire des Morts.* Presses Polytechniques et Universitaires Romandes (PPUR). Lausanne.

GARCÍA, L. (coord.) (2008): *Patrimonio megalítico: más allá de los límites de la Prehistoria. Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 67 (número especial). Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico. Sevilla.

GUILAINE, J. (Ed.) (1998): *Sépultures d'Occident et Geneses des Mégalithismes (9000-3500 Avant notre Ere)*. Errance. Paris.

GUILAINE, J. (Ed.) (1999): *Mégalithismes de l'Atlantique a l'Ethiopie. Seminaire du College de France.* Errance Paris.

GIOT, P.R. (1987): *Barnenez, Carn, Guennoc*. Rennes: Travaux du Laboratoire d'Anthropologie, Préhis-toire, Protohistoire et Quaternaire Armoricains.

HERBAUT, F. y QUERRÉ, G. (2004): "La parure néolithique en variscite dans le sud de l'Armorique". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 101: 497-520.

HERNAN, A. *et al*. (2015): "Raman microscopy of prehistoric paintings in French megalithic monuments". *Journal of Raman Spectroscopy*, 47 (5): 571-578.

HINZ, M. (ed.) (2019): *Megaliths, Societies and Landscapes: Early Monumentality and Social Differentiation in Neolithic Europe*. Universität zu Kiel. Kiel.

HOSKIN, M. (2001): *Tombs, Temples and Their Orientations. A New Perspective on Mediterranean Prehistory*. Ocarina Books. Bognor Regis.

ICKERODT, U. (2013): "Archaeology, cavemen, megaliths, and the formation of European identities". En Callebaut, D., Mařík J. y Maříková-Kubková, J. (eds). *Heritage Reinvents Europe*. EAC Occasional Paper, 7. Namur.

JOUSSAUME, R. (2003): *Les Charpentiers de la Pierre. Monuments Mégalithiques dans le Monde.* La Maison des Roches. Paris.

LARSSON, L. (1998): "Rock, stone and mentality. Stones that unite, stones that subjugate – a megalithic tomb in the Vale de Rodrigo, southern Portugal". KVHAA *Konferenser*, 40: 137-155.

LE ROUX, C.T. (1997): "Et voguent les menhirs?" *Bulletin d'Information de l'Association Manche-Atlantique pour la Recherche Archéologique dans les Iles*, 10: 5-8.

MARCHAND, G. (2017): Les murs de l'Atlantique aux origines du phénomène mégalithique dans l'Ouest de la France. En L. Manolakakis, N. Schlanger y A. Coudart (eds.) *Archéologie européenne: Identités & Migrations. Hommages à Jean-Paul Demoule*. Sidestone Press. Leiden.

MUÑOZ, A. Mª. (2001): "El megalitismo en la Península Ibérica". *Spal*, 10: 185-192.

PATTON, M. (1994): "Neolithisation and megalithic origins in North-Western France: A regional inter- action model". Oxford Journal of Archaeology, 13 (3): 279-293.

PÉREZ, S., LÓPEZ, J.A. y LESTÓN, M. (2016): "Paisajes del megalitismo. Paleoambiente y antropización en el entorno del conjunto arqueológico de Dombate (A Coruña)". *ARPI. Arqueología y Prehistoria del Interior Peninsular*, 5: 27-46.

RENFREW, C. (1983): "Arqueología Social de los monumentos megalíticos", Investigación y Ciencia, 88: 70-79.

RENFREW, C. (1983): *The Megalithic Monuments of Western Europe*. Thames & Hudson. Londres.

RICHARDS, J. (2005): *Stonehenge*. English Heritage. Londres.

ROBIN, G., D'ANNA, A., SCHMITT, A. y BAILLY, M. (dirs.) (2016): *Fonctions, utilisations et représentations de l'espace dans les sépultures monumentales du Néolithique européen.* Presses Universitaires de Provence. Aix Marseille Université. Marsella.

RODRÍGUEZ, A. (1997): *O neolítico atlántico e as orixes do megalitismo.* Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.

RODRÍGUEZ G. y MARCHESI H. (dirs.) (2015): *Statues-menhir et pierres levées du Néolithqiue à aujourd'hui.* Actes du 3ème colloque international sur la statuaire mégalithique. Direction régionale des affaires cultu-

relles Languedoc-Roussillon & Groupe Archéologique du Saint-Ponais. Montpellier.

SCARRE, C. (2007): *The Megalithic Monuments of Britain and Ireland*. Thames & Hudson. London & New York.

SHEE, E. (1981): *The Megalithic Art of Western Europe*. Clarendon Press, Oxford

SHERRATT, A. (1990): "The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic north-west Europe". *World Archaeology*, 22 (2): 147-167.

SNOECK, C. (2018): "Strontium isotope analysis on cremated human remains from Stonehenge support links with west Wales". *Scientific Reports*, 8: 8:10790.

SOHN, M. y VAQUER, J. (dirs.) (2012): *Sépultures collectives et mobiliers funéraires de la fin du Néolithique en Europe occidentale*. CNRS. Toulouse.

STEELMAN, K.L.; CARRERA, F.; FÁBREGAS, R.; GUILDERSON, T. y ROWE, M. W. (2005): "Direct radiocarbon dating of megalithic paints from northwest Iberia". *Antiquity*, 79: 379-389.

VILLOCH, V. (2001): "El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social: Galicia en la Prehistoria Reciente". Complutum, 12: 33-49.

WHEATLEY, D., SCARRE, Ch. y GARCÍA, L. (coord.) (2011): *Explorando el tiempo y la materia en los monumentos prehistóricos: cronología absoluta y rocas raras en los megalitos europeos*. Menga, 1.Número Extraordinario 1. ISBN 978-84-9959-083-7. Junta de Andalucía. Sevilla

EJERCICIOS DE AUTOEVALUCIÓN

1. El Megalitismo puede considerarse como:

   a) Una cultura asociada a los primeros agricultores de Europa Occidental.
   b) Un "fósil-guía" de las primeras culturas neolíticas atlánticas.
   c) Un sistema de enterramiento.

2. El megalito más característico de las islas británicas es:

   a) Dolmen de corredor.
   b) Crómlech.
   c) Henge.

3. El término "misioneros megalíticos" fue acuñado por:

   a) Gordon Childe.
   b) Los primeros investigadores del siglo XIX.
   c) C. Renfrew y R. Chapman.

4. Los monumentos megalíticos tienen una función:

   a) Religiosa.
   b) Funeraria.
   c) Ambas opciones son correctas.

5. El fenómeno megalítico termina:

   a) En el Neolítico Medio.
   b) Al final del Calcolítico con perduraciones en los inicios del Bronce Antiguo.
   c) Con el final de las sociedades prehistóricas.

Tema 4

EL ARTE RUPESTRE POSTPALEOLÍTICO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Sergio Ripoll López

1. INTRODUCCIÓN

Tras el larguísimo episodio del arte rupestre naturalista característico del los últimos horizontes culturales del Paleolítico superior y con posibles raíces, hasta ahora desconocidas, en él, en las serranías orientales primero y luego en todo el territorio peninsular aparecen en tiempos postpaleolíticos unas manifestaciones de arte rupestre de una gran originalidad.

El enlace o la relación entre el arte paleolítico y el postpaleolítico están por demostrar. Las diferencias entre ambos son muy grandes y las semejanzas se limitan a algunas convenciones técnicas. Hoy en día es admitida sin discusión la edad postpaleolítica del arte rupestre naturalista de la España oriental que recibe el nombre de *Levantino.* Pero no se ha avanzado poco –e incluso han surgido nuevos problemas– respecto a su cronología relativa. Tampoco es mucho lo que

se ha adelantado en el estudio de la problemática cronológica de las etapas pictóricas que, desde siempre, se han situado en la Edad de los Metales.

Las antiguas denominaciones de *arte levantino* y *arte esquemático,* todavía en uso, plantean el problema de fijar una frontera –en realidad inexistente– en lo que sólo son facies de una misma etapa. Por ello se va admitiendo cada vez más la denominación *arte postpaleolítico.* En conjunto se trata de etapas evolutivas de un arte expresionista que va del naturalismo y de la estilización de lo "levantino" hasta la síntesis y abstracción de lo "esquemático". Dichos nombres hay que reservarlos para los dos grandes ciclos del arte postpaleolítico. Sus diferentes etapas cubrirían un largo periodo de la Prehistoria peninsular que va desde un Epipaleolítico Final o un Neolítico muy antiguo hasta momentos muy avanzados de la Edad de los Metales. Mientras que la facies levantina cubre toda la parte oriental de la península, la esquemática está presente en la casi totalidad de la misma.

También hay que contar con ciertas evoluciones locales y con la existencia de enclaves particularizados. Ejemplos de ello los tenemos en el núcleo del *Río Vero* (Huesca), en los frisos pintados de *Las Batuecas* (Salamanca), en el friso de *La Laguna de la Janda* (Cádiz) y abrigos de su comarca, o en las sorprendentes manifestaciones del llamado arte *macroesquemático* de la provincia de Alicante. Habida cuenta de estos y otros casos singulares y del conocimiento cada vez más pormenorizado de los sitios de ciertas regiones –por ejemplo, las provincias de Soria y de Salamanca– se van abriendo nuevos caminos para establecer los cuadros, que cada vez estarán más próximos a la realidad de la evolución estilística, cultural y cronológica de unas formas artísticas muy peculiares.

2. EL ARTE LINEAL GEOMÉTRICO

El arte lineal geométrico fue definido por J. Fortea a partir del conjunto de arte mueble de la Cueva de la Cocina, hallado por el mismo en sus excavaciones, que asociaba a los momentos finales del Epipaleolítico geométrico, inmediatamente previos a su neolitización. Hasta ahora no se ha podido documentar si existen este tipo de representaciones sobre soportes fijos, es decir en las paredes de cuevas o abrigos, limitándose su presencia a plaquetas de distintos tipos. Las figuras antropomorfas y los motivos geométricos se presentan mediante trazos rectilíneos, en especial las retículas y zig-zags, que se encuentran infrapuestos al arte levantino también podrían considerarse de este arte. Hace algunos años se discutió el problema de si algunas de las representaciones del abrigo alicantino de La Sarga se podían considerar como geométricos, pero existen algunas diferencias ya que tanto las figuras antropomorfas como los ideomorfos geométricos son de marcado carácter curvilíneo, mientras que

en el arte lineal geométrico son rectilíneos. En Aragón aparecen los signos lineal geométricos en los abrigos de Labarta y Barfaluy en el barranco del Río Vero (Huesca) y también en Los Chaparros de Albalate del Arzobispo (Teruel).

3. EL ARTE MACROESQUEMÁTICO

En un momento previo, poco preciso, al arte levantino también encontramos el llamado arte macroesquemático que se caracteriza por sus grandes figuras humanas y los serpentiformes y meandriformes verticales que raramente se representan en posición horizontal. En 1980, año de su descubrimiento, fueron llamadas "macro-esquemáticas" por Mauro S. Hernandez, aunque también son conocidas como figuras "estilo Petracos" (figura 1). Otros investigadores, como F. Jordá le llamaron Arte contestano y J.E. Aura arte lineal figurativo. El horizonte artístico es exclusivamente un arte rupestre ya que hasta el momento actual no se han hallado soportes muebles y por otra parte está circunscrito a las tierras alicantinas de la comarca de la Marina Alta, en las sierras de Aitana, Mariola y Benicadell. Se encuentra infrapuesto en dos estaciones: Abric I de La Sarga y Abric IV del Barranc de Benialí al arte levantino posterior (figura 2).



Figura 1. Escena de dos antropomorfos abrazados característicos del estilo "macroesquemático" descubierto en el Abrigo II del Barranc de l'Infern (Fleix, Alicante) (Según M. Hernández).



Figura 2. Líneas paralelas formando un meandriforme, localizado en la Cova de La Sarga en Alcoy. Posiblemente se trate de representaciones de un río o de agua.

El conjunto del Plá de Petracos (Alicante) se encuentra a la entrada del Barranc de Malafí y está constituido por numerosas cenajos en el que los primeros agricultores del V milenio aC dejaron una muestra de su sensibilidad artística, que está compuesta por distintos tipos de figuras humanas, motivos geométricos, y otros motivos inconexos. Pero la característica fundamental de este horizonte artístico es el gran tamaño de las figuras de donde viene su denominación.

En diversos yacimientos de la zona se han encontrado cerámicas impresas con *Cardium edule*, una técnica propia del primer Neolítico, que reproducen claramente aquellas figuras rupestres (cerámica cardial). Los elementos más significativos proceden de la Cova de l'Or (Alicante), la Cova de La Sarsa (Valencia) y un pequeño fragmento procedente de la Cova de las Rates Penaes (Valencia) y por lo tanto podemos situar este horizonte artístico en el V milenio a.C.

4. DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DEL ARTE LEVANTINO

La facies levantina se extiende desde las provincias de Lleida y Huesca hasta la de Almería y penetra hacia el interior, hasta las serranías de Cuenca, Teruel y Albacete. Dentro de dicho espacio, los abrigos pintados se encuentran en zonas montañosas, aunque debió existir alguna forma paralela de arte –acaso sobre materiales perecederos– en las regiones llanas. En el año 1998 tras una larga negociación entre diversas Comunidades Autónomas, la UNESCO inscribió en la lista del Patrimonio Mundial al Arte Rupestre del Arco Mediterráneo, al que se está tratando de incorporar las estaciones descubiertas en las serranías gaditanas (figura 3). Se citarán a continuación únicamente los núcleos principales, remitiendo para su descripción y contenido detallados a las obras que se citan en la bibliografía.

En la zona septentrional se van estudiando los magníficos hallazgos, ya citados, de *Río Vero* (Huesca) –Arpán, Colungo, Quizáns, Villacantal, etc.– que incluyen representaciones paleolíticas, levantinas y esquemáticas que ayudan a comprender ciertos problemas cronológicos y de secuencia iconográfica. En la provincia de Lleida, destaca el también citado abrigo de *Cogul*, interesante por la evolución cronológica de sus pinturas y grabados y por la existencia de inscripciones grabadas en escrituras ibérica y latina arcaica que demuestran que en el lugar se siguieron realizando ritos hasta el comienzo de la romanización (figura 4).

En el bajo curso del río Ebro, sobre ambas márgenes, se hallan los conjuntos de Tivissa, El Perelló, Vandellós, *Ulldecona* y *La Cenia*. En el Bajo Aragón turolense, entre muchos otros, son dignos de mención los abrigos de los dos núcleos de *Alacón* (El Mortero y Cerro Felío), el abrigo de *Val del Charco del Agua Amarga* (Valdealgorfa), el de Alcaine y los varios de la zona de *Santolea-Ladruñán*. En este último lugar el arquero de "El Torico" es una



Figura 3. Mapa de la distribución de los abrigos de la facies levantina del arte postpaleolítico peninsular (Modificado de A. Beltrán).



Figura 4. Conjunto de las figuras y grabados del abrigo de Cogul (Les Garrigues, Lérida) (Según M. Almagro, 1952). (No están representados los grafitos ibéricos y latinos).



Figura 5. Vista de conjunto del Barranco de La Valltorta (Tirig, Castellón) en la zona donde se localiza La Cova dels Cavalls.

bella figura que viste zaragüelles, lleva una bolsa colgada en el costado y sostiene sobre el hombro un haz de flechas y un arco complejo (de tres curvas). Si al personaje se le atribuye una altura de 1,65 m., el arma debía alcanzar una longitud de casi dos metros. El arquero tiene a cada lado una figura de mujer.

En el Maestrazgo, el conjunto de *Morella la Vella* contiene curiosas representaciones de aves o insectos y un grupo de guerreros danzando. En la misma provincia de Castellón se ubican los dos grupos más importantes de la facies levantina: *La Gasulla* (Ares del Maestre), con once abrigos, y *La Valltorta* (Tirig y Albocásser), con gran número de cavidades pintadas (figura 5). Los frisos de La Gasulla –*Cueva Remigia* y los diez covachos de *El Cingle*–, presentan movidas escenas de cacerías de jabalíes, grupos de guerreros, una escena de ejecución, un arquero atacado por un gran toro, grandes bóvidos asaetados, un bailarín alrededor de un brujo disfrazado de toro, un sorprendente jinete con casco, etc. Muy cerca está el abrigo de *Les Dogues* que tiene representada una pequeña batalla con los contendientes en tamaño miniatura. En La Valltorta hay complejos grupos de figuras humanas –en *El Civil*, por ejemplo–, una impresionante escena de caza al ojeo, desgraciadamente muy estropeada –*Cova dels Cavalls*–, grandes ciervos, un empenechado jefe guerrero asaetado –*La Saltadora*–, etc. (figura 6).



Figura 6. Característico arquero levantino en posición de carrera y disparando su gran arco. Se localiza en el abrigo castellonense del Racó de Nando (Según R. Viñas).

De particular relevancia son los abrigos pintados de las serranías de Albarracín y Cuenca. En la primera de dichas comarcas, el gran arte naturalista de los orígenes de la facies –en los bellos frisos de *Prado del Navazo* y de *La Cocinilla del Obispo*–, enlaza con la facies esquemática (covacho de *Doña Clotilde*, en las cercanías de aquellos). En los citados en primer lugar y en otras cavidades de la misma zona abundan las figuras zoomorfas de color blanco –por ejemplo en el *Barranco de las Olivanas* o en *Las Tajadas de Brezas*–, que, de esta forma destacan sobre el soporte rojizo de las areniscas del "rodeno". En el *Barranco de las Olivanas* se representó un personaje barbudo, tocado con una especie de sombrero de copa y el interior del cuerpo rayado (seguramente una decoración corporal pues exhibe el sexo), que anda pausadamente hacia la izquierda y sostiene en sus manos el arco y las flechas. En la misma comarca de Albarracín hay también algunos grabados, unos naturalistas, como el ciervo y el équido de *Fuente del Cabrerizo,* o absolutamente abstractos como ciertos cruciformes, aparte de los ya citados de Barranco Hondo (figura 7).



Figura 7. Prado de las Olivanas, Tormón, Teruel. Ciervo pintado en tinta plana, sobre el que se ha repintado un toro, modificando las patas y añadiendo los correspondientes cuernos.



Figura 8. Cuadro sintético de la evolución de las formas de las figuras humanas desde el periodo clásico de la facies levantina a las extremas formas esquemáticas del Bronce Final (Según E. Ripoll).

En Valencia hay que mencionar el covacho de la *Cueva de la Araña* (Bicorp), en el que, junto a las consabidas escenas de caza, se pintó una figura humana encaramada a unas cuerdas que, con una bolsa o recipiente en la mano, recoge la miel de una colmena silvestre –un agujero de la roca–, mientras las abejas revolotean a su alrededor.

En la provincia de Albacete deben ser destacados los conjuntos de *Alpera y Minateda* y los numerosos abrigos de la zona de *Nerpio y Moratalla.* En Alpera, en la llamada *Cueva de la Vieja* el conjunto está centrado por un hombre de buen tamaño coronado por un enorme penacho de plumas. A su alrededor se desarrollan una serie de escenas y figuras sueltas, entre las que llaman la atención unos toros que fueron repintados como ciervos, una cacería con el auxilio de perros, y dos mujeres al parecer en amable coloquio. El gran friso de *Minateda* (Agramón), es un verdadero palimpsesto, desgraciadamente muy estropeado, pero que fue minuciosamente calcado por el abate Breuil y posteriormente por F. Benítez Mellado. Para Breuil sirvió de base para su teoría de la evolución estilística de este arte. Los calcos de F. Benítez sirvieron a E. Hernández-Pacheco para la primera demostración de la edad postpaleolítica de los conjuntos levantinos. Para Nerpio hay que señalar la presencia, en estrecha relación, de frisos levantinos (bellos ciervos de *La Solana de las Covachas)* y esquemáticas (figura 8). Esta distribución geográfica, esbozada a grandes rasgos, acabada con unas pocas figuras "levantinas" en la provincia de Almería, donde, en cambio, es frecuente la pintura esquemática.

Seguramente estos conjuntos pictóricos tenían un valor recordatorio o conmemorativo de grandes cacerías o de acontecimientos de la vida tribal. Por tanto, en la interpretación del significado de las imágenes de la facies levantina, aunque no se puede descartar por completo un factor mágico-religioso –tan evidente en el arte paleolítico–, parece claro que se está ante unas representaciones de amplio sentido conmemorativo, acaso con el carácter de una especie de exvotos. Las pinturas nos informan sobre una sociedad de cazadores, cuya vida ilustran con gran riqueza, y en la que sólo se rastrean escasos rasgos "neolíticos".

5. LA FACIES LEVANTINA

El arte rupestre de la España oriental fue identificado por primera vez, en 1903, por J. Cabré en la *Roca de los Moros* del barranco de *Calapatá* (Teruel), casi al mismo tiempo que se descubría el abrigo de *Cogul* (Lleida) por R. Huguet y C. Rocafort. Ambos lugares fueron inmediatamente estudiados por el abate H. Breuil y publicados en las páginas de la revista *L'Anthropologie.* Desde entonces los nuevos hallazgos se prosiguieron a buen ritmo y en la actualidad se acerca al centenar el número de lugares –de desigual importancia– con pinturas de este tipo. Por sus descubrimientos e investigaciones deben ser citados, después del de aquellos, los nombres de E. Hernández-Pacheco, H. Obermaier, J. Colominas, P. Wernert, A. Duran Sanpere, J.B. Porcar, M. Almagro Basch, F. Jordá, T. Ortego, A. Beltrán, M. A. García Guinea, J. Fortea, M. Almagro Gorbea, V. Baldellou, R. Viñas, F. Piñón, M. Hernández y J. García del Toro, entre otros muchos.

Las pinturas de la facies levantina se hallan siempre en covachos y abrigos rocosos muy abiertos, siendo las figuras visibles a la luz del día. Es decir, no se trata de un arte troglodítico como lo es generalmente el del Paleolítico superior Para realizarlas se utilizaron pigmentos minerales –rojo, negro y blanco en diferentes tonalidades– cuya naturaleza es indicada por los análisis espectográficos, y un excipiente orgánico desconocido, acaso grasa animal, clara de huevo u orina; algunas veces se ha hablado de la utilización de sangre, pero hoy en día no hay ningún análisis que lo certifique. Su aplicación se hizo con finos pinceles, seguramente fabricados con plumas de ave o pelos de animales. La técnica empleada es casi siempre la *tinta plana* (figura completamente cubierta de color) y, con menor frecuencia, la línea de contorno de la silueta y diversos tipos de trazos en el interior. Por lo común, las figuras son de pequeño tamaño (10 cm de altura media las humanas; pero también hay grandes representaciones de animales que pueden llegar a tener 60/70 cm de longitud, como ocurre con algunos de Albarracín). La característica fundamental es que estas imágenes forman escenas o composiciones. En efecto, los artistas de la facies levantina descubrieron la composición y, junto con ella, el movimiento con un gran sentido dinámico. Hay que atribuirles, asimismo, un concepto muy original de la figura humana, siempre estilizada y sujeto principal de las escenas repre-

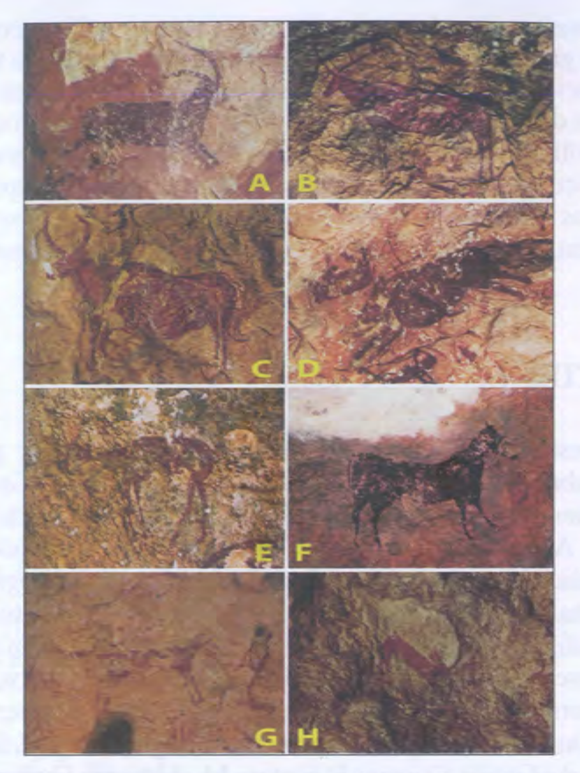


Figura 9. Animales que aparecen representados en el arte levantino. A: Cabra del abric de la Cabra Feixet. B: Ciervo de la Cañaica del Calar. C: Toro del conjunto de Las Bojadillas. D: Jabalí de Cova Remigia. E: Sarrio del Prado Tornero. F: Caballo del abrigo Principal de Minateda. G: Lobo de la Cueva de la Vieja. H: Conejo del conjunto de Las Bojadillas.

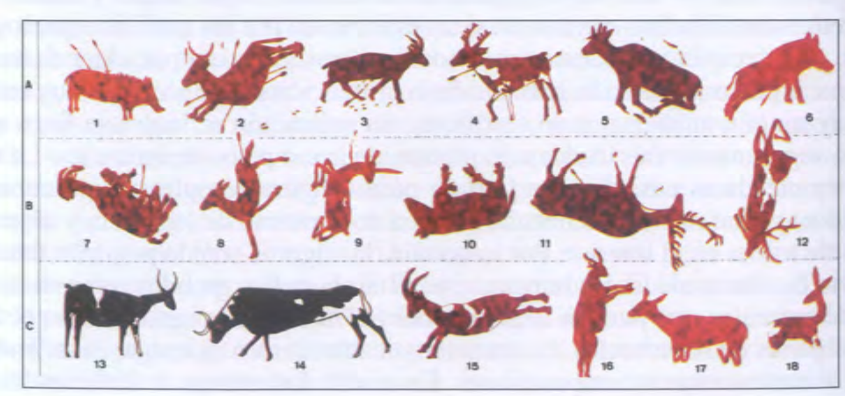


Figura 10. Distintas posiciones que adoptan los cuadrúpedos en el arte levantino del Barranco de la Valltorta. A: heridos. B: despeñados o muertos. C: otras posturas (Según R. Viñas).

sentadas. En alguna rara y dudosa ocasión hay figuras que tienen la silueta parcialmente grabada. Recientemente se ha hallado en el Barranco Hondo de Teruel un conjunto de arte levantino que tiene la característica de haber sido realizado exclusivamente con grabado lineal muy fino y somero. También en Castellón se encontró en el año 2001 otro conjunto de grabados levantinos en el *Abric d'en Meliá* que se caracterizan por su pequeño tamaño.

Las representaciones zoomorfas levantinas corresponden siempre a animales que vivían en un clima templado análogo al actual, siendo los más abundantes los toros, los ciervos y los caprinos (figura 9). En la fase más antigua, las imágenes se presentan de forma estática y aislada, muy naturalista. Después se estilizan, van ganando movimiento y se pasa a la agrupación en escenas. En las venatorias abundan las largas hileras de las huellas de las pezuñas de los animales. Esta es la fase levantina clásica. Tanto en ella como en las anteriores y posteriores es de rigor la lateralidad de las representaciones animales. Más tarde, por un progresivo ahorro de los detalles, de la estilización y el seminaturalismo se pasa al esquematismo (figura 10).

La figura humana levantina se representa siempre de una forma estilizada característica, con un vigor y sentido del movimiento sorprendentes. Los hombres van armados con arcos y flechas, llevan gorros o penachos de plumas y otros adornos; visten unos calzones parecidos a los que en la huerta valenciana son llamados "zaragüelles" o aquellos que llevaban los vaqueros en las clásicas películas del Oeste americano –que en aquellos tiempos serían



Figura 11. Cinto de las Letras en Dos Aguas, Valencia. Representaciones masculinas con sombreros planos y faldellín portando arcos. A la derecha se distingue una figura femenina con una larga melena.

unos pantalones de cuero anudados debajo de las rodillas–, que servían para protegerse de la vegetación espinosa de las montañas en las que practicaban sus cacerías. En las escenas de combate los hombres van desnudos (figura 11). Las mujeres se representan con el pecho al descubierto, vistiendo faldas acampanadas muy largas (comunes con las de algunas figuritas femeninas del Neolítico mediterráneo). Las escenas son principalmente cinegéticas, aunque las hay que reflejan actividades sociales tan extremas como danzas, ejecuciones e incluso combates entre dos grupos de contendientes como en *Les Dogues*.

6. EL PROBLEMA DE LA CRONOLOGÍA DE LA FACIES LEVANTINA

Sobre la cronología paleolítica establecida por el abate Breuil desde 1908 para la "provincia de arte rupestre levantino" insinuaron dudas a partir de 1915 algunos investigadores españoles. Pero la primera sistematización de las ideas para defender la edad postpaleolítica de este arte la realizó E. Hernández-Pacheco en su monografía de la Cueva de la Araña (1924). A partir de 1939 fue principalmente M. Almagro quien defendió la cronología baja en numerosos trabajos menores, pero en particular en su monografía del friso de *Cogul*. En el simposio de Wartenstein (1960), poco antes de morir Breuil admitió como cierta una parte de la argumentación de los investigadores españoles (figura 12).

Aquella polémica giraba principalmente sobre los siguientes puntos: existencia o no de fauna extinguida en el temario de la facies levantina; semejanzas estilísticas y técnicas con el arte paleolítico; la paleoetnología que reflejaban las imágenes; los paralelos con el arte africano; etc. El pretendido

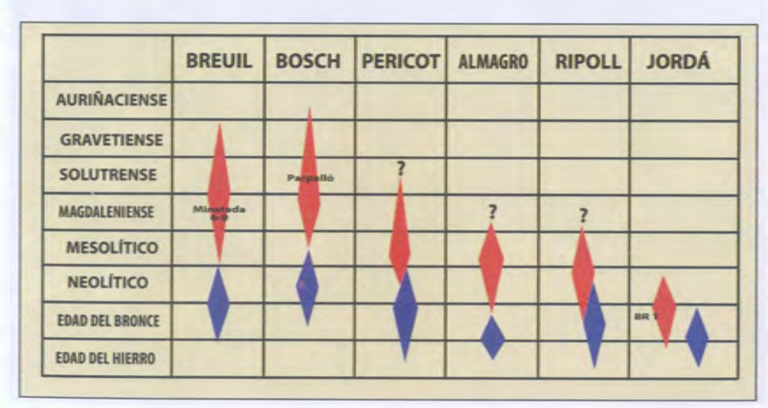


Figura 12. Cuadro con las posiciones de diversos investigadores respecto a la cronología del arte postpaleolítico peninsular expuestas en el simposio de Wartenstein (Austria) en 1960 (Según E. Ripoll).

sincronismo del arte de las cavernas y el levantino se basaba, en esencia, en la idea de una convivencia en la península durante el Paleolítico, de un grupo cultural "franco-cantábrico" y otro "capsiense". A los descubrimientos de arte propiamente paleolítico en el centro y sur de la península, considerados como "infiltraciones", vinieron a sumarse los hallazgos de los yacimientos de El Parpalló, Mallaetes, Cueva de Ambrosio y otros, que desterraron la idea de que en España pudiera existir algo parecido al Capsiense norteafricano.

Demostrada la edad postpaleolítica, convenía entrar en los problemas de la cronología relativa. Sobre la evolución estilística de la facies levantina, E. Ripoll elaboró en 1960 un sistema que aún es válido en sus líneas generales, aunque adolece, sin duda, de un *evolucionismo* demasiado estricto que no tiene en cuenta de manera suficiente las persistencias y las evoluciones locales. En síntesis dicho sistema es el siguiente:

1. Periodo antiguo (toros de Albarracín).
   A. Fase naturalista.
2. Periodo reciente (ciervos de Calapatá).
   B. Fase estilizada estática.
   C. Fase estilizada dinámica (o clásica).
   D. Fase de transición a la facies esquemática.

Desde el punto de vista cronológico-cultural: A) Correspondería a una población epipaleolítica de cazadores con algunos atisbos de neolitización (probablemente de 7000/6500 a 4500 a.C.); B) y C) Habrían vivido la plena aculturación neolítica, con la práctica de agricultura de azada y pequeña ganadería que fue penetrando hacia el interior desde el litoral; luego; y D) Sería paralela a la difusión de la primera metalurgia (Calcolítico). Esta hipótesis que acaso adolece de excesiva simplicidad, fue trazada hace más de medio siglo y ha sido recogida, de forma más o menos aproximada, por otros autores. A tal propósito cabe recordar las

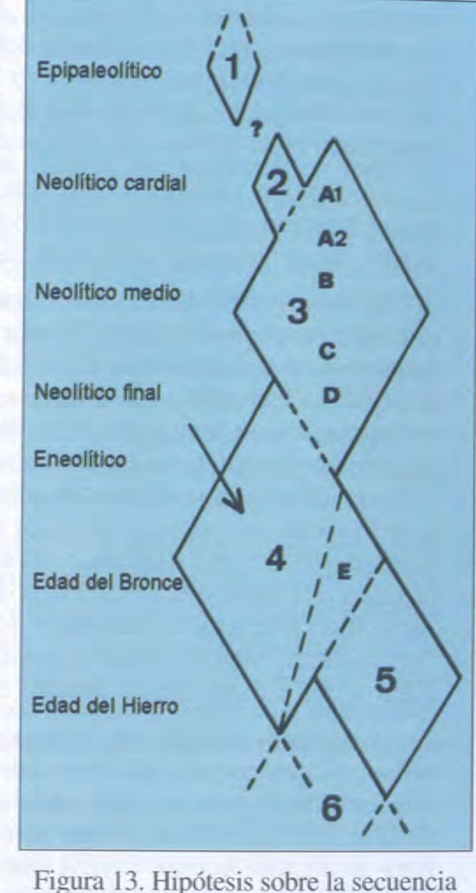


Figura 13. Hipótesis sobre la secuencia cronológico cultural de las diferentes facies del arte postpaleolítico peninsular: 1, lineal geométrica; 2, macroesquemática; 3, levantina (con la seriación que se indica en el texto); 4, esquemática (la flecha indica las influencias extrapeninsulares; la letra E los grabados de esta fase); 5, petroglifos portugueses; y 6, perduraciones (Según E. Ripoll, 1989).

posiciones de varios especialistas en el mismo momento en que se expuso y que quedaron reflejados en el cuadro que aquí se reproduce. A la vista del mismo hay que recordar que, para las fechas absolutas el abate Breuil seguía propugnando una edad paleolítica, cuando los investigadores españoles ya habían demostrado entonces que el llamado "arte levantino" se desarrolló entre el Epipaleolítico y el comienzo de la Edad de los Metales, cubriendo todo el Neolítico y el Eneolítico. A partir de dichas etapas, el proceso de esquematización se acentuó con la llegada de algunos influjos traídos de los metalíferos orientales. Entre dichos investigadores –H. Breuil, L. Pericot, M. Almagro, E. Ripoll y E Jordá– son patentes las diferencias, incluida la teoría del último de los citados tendente a colocar todo el desenvolvimiento de la facies levantina dentro de la Edad de los Metales. La posición que mantenía E. Ripoll sobre este problema se puede ver de forma sintetizada en el gráfico que se reproduce a continuación (figura 13).

Lo dicho es válido, en parte, para la facies esquemática que se examinará a continuación. Pero el resumen hecho pretende ser un paradigma ejemplar de lo que puede ser una polémica en el mundo de la investigación prehistórica.

La mayor parte de los especialistas suponen que no hay solución de continuidad en la evolución que se iniciaría con el arte levantino y terminaría con el esquemático. La diferencia es que el abate Breuil haría empezar el *arte levantino* en el Gravetiense para alcanzar su apogeo en la etapas epigravetiense y magdaleniense, extinguiéndose el naturalismo en el Epipaleolítico y continuando la esquematización en el Neolítico y en la Edad del Bronce. L. Pericot lo haría arrancar en una fase muy imprecisa, vinculada con el Epigravetiense y el Magdaleniense, para alcanzar el Neolítico, en el que, coincidiendo con la aparición del arte esquemático, se extinguiría, siguiendo éste a lo largo de la Edad del Bronce hasta la Edad del Hierro. M. Almagro supone un origen mesolítico para el arte levantino, que evolucionaría posteriormente a lo largo del Neolítico, siendo el arte esquemático propio de la Edades del Bronce y del Hierro, con características propias en cada una de las dos etapas.

A. Beltrán pensaba en la importación durante el Eneolítico de factores artísticos procedentes del Mediterráneo oriental que no encontraría ningún arte constitutivo en la zona andaluza, llegando más tarde hasta el Levante de la península ibérica, donde actuaría sobre un sustrato pictórico indígena, muy arraigado, que no dejaría imponer algún elemento propio a las nuevas aportaciones; por ejemplo el tantas veces citado jinete del *Cingle de la cueva Remigia*, que por su casco y los atalajes del caballo no puede ser anterior al 1200, sin embargo es de un estilo acusadamente naturalista.

Existe la tendencia a considerar el esquematismo de las representaciones figurativas como la consecuencia de una supuesta línea evolutiva, partiendo del arte levantino y pasando por etapas seminaturalistas como postuló E. Ripoll. Algunos autores cuestionan esta afirmación considerándola excesivamente generalista, ya que el arte esquemático se ubica en todo el territorio de la península, también donde no hay abrigos con el arte levantino. En los

abrigos levantinos hay figuras naturalistas y esquemáticas y en los de la Edad del Bronce solamente estas últimas. Hay que añadir que los zoomorfos son siempre más naturalistas, en mayor o menor grado, en las pinturas levantinas y siempre esquemáticos en los de la Edad del Bronce, dejando aparte las cuestiones del seminaturalismo o del semiesquematismo que propugnaban algunos investigadores. En la zona meridional del Levante es frecuente que cerca de los abrigos levantinos haya otros de tipo esquemático como en *Los Grajos* o la *Cañaíca del Calar*, aunque este hecho no falte tampoco en el Norte, como en *Arpán*; pero en los abrigos más septentrionales lo más normal es que algunos signos o paneles enteros de la Edad del Bronce se añadan o superpongan a los anteriores levantinos sin modificar su sentido general, como podemos ver en *Cogul*, *Val del Charco del Agua Amarga* o en *Minateda*.

Habría pues que abandonar la idea de que el arte esquemático surge en España, como una evolución del arte levantino y aceptar que resulta de la aportación de nuevas ideas y de un cambio absoluto de mentalidad en el que se produce no sólo una tendencia esquematizante de tipo artístico, sino también la introducción de nuevos símbolos como son los ídolos oculados, los hombres abeto, ancoriformes, etc. Y abstracciones que pueden ir desde simples puntos o rayas hasta signos astrales como soles o estrellas, fenómenos abstractos como líneas de lluvia, meandros de agua, círculos concéntricos, espirales o laberintos y otros de carácter incomprensible al no podernos subrogar en la mente de quien los realizó, pero que se alejan de las clásicas escenas de caza y de las de tipo historicista o de episodios de la vida cotidiana del arte levantino.

Dentro de la Edad del Bronce y teniendo en cuenta que las nuevas aportaciones llegan desde el Mediterráneo oriental y central, no cabe duda que pueden identificarse prototipos originales y que será preciso establecer grados de evolución a lo largo de sus dos milenios de vigencia. En ocasiones hallaremos estos signos pintados o grabados sobre las piedras de dólmenes, otras veces se repetirán los motivos en cerámicas, colgantes, objetos de hueso, etc. No hay que olvidar que en la zona donde se localiza el arte levantino no se han encontrado dólmenes.

No se excluyen las influencias indígenas ni que, de una forma u otra, la presencia del arte levantino en cuyos abrigos pintaron las gentes de la Edad del Bronce haya significado un punto de referencia y hasta un modelo; pero en cualquier caso, ambas partes son radicalmente distintas e inconfundibles, reflejan dos mentalidades distintas y corresponden a dos maneras diferentes de expresión artística e intelectual.

Los conjuntos esquemáticos podrían fecharse sobre diferentes criterios; uno de ellos en lo que se refiere a la cronología relativa, por su propia evolución y dinámica interna. Naturalmente por la superposición de figuras esquemáticas sobre levantinas cuando coinciden en el mismo abrigo. Puede proporcionar cifras absolutas la comparación con otras pinturas tratadas con los

objetos o símbolos originales representados en ellas. En algún caso podría servir la adaptación del soporte de las pinturas y grabados, cuando se pueda demostrar la contemporaneidad de unos y otros, por ejemplo en el caso de los monumentos megalíticos. Finalmente, podría valer como fecha ante quem, el caso de cierre de cuevas, en momento conocido, caso rarísimo en el arte esquemático como sucede en la cueva de *Porto Badisco* en Italia.

El seminaturalismo propuesto por Bosch Gimpera y también por Kühn y Anati que conduciría a la esquemático se funda en las superposiciones de los abrigos de la Laguna de la Janda, en los que las figuras más antiguas son bastante naturalistas y las que se les superponen muestran un progresivo deterioro artístico que conduce al esquematismo; en otros frisos hayamos figuras bastante correctas, aunque ya alejadas del naturalismo del periodo que podría llamarse clásico, como vemos en las Batuecas, las cabras de *Zarzalón* y los ciervos del *Cerro Rabanero* del *Collado del Aguila*, en Sierra Morena. Otro grupo de formas más rígidas y sin movimiento, pero con siluetas bien trazadas, comprende hombres asociados animales, tal vez asnos, a los que tienen por el ronzal como el de los Canforos de Peña Rubia y la Cueva de *Doña Clotilde*; por comparación de este yacimiento con el superficial de la Cocina, fecha el seminaturalismo en el quinto milenio, junto con las escenas de agricultura inicial del arte levantino.

A una fase más avanzada, según Bosch, corresponderían los abrigos de *Valdejunco* en Portugal y los de *Valonsadero* en Soria. El seminaturalismo degenerado que no llega al esquematismo estaría en los sepulcros megalíticos, como el de la galería cubierta de *Orca dos Juncais* también en Portugal que se fecharía entre el 3000 y el 2700. Este arte sería seguido del principio del verdadero esquematismo que se desarrollaría en el Eneolítico; una fecha clave es la de los ciervos incisos sobre el vaso de los Millares (2345±95); los mismos se encuentran sobre vasos de tipo campaniforme de Las Carolinas en Madrid y de Palmilla y en el dolmen de Soto en Huelva donde se hallaron vasos campaniformes como en los Millares y una esquematización humana. Por fin la última fase del esquematismo, sin figuras animales, sólo con esquemas humanos, se encuentra en los grabados del final de la evolución megalítica en como en la cueva de Menga, El Barranc de Espolla, la roca de la Torre de Hércules de La Coruña y los grabados y pinturas de Peña Tú en Asturias. Los objetos hallados en El Barranc de Espolla contienen restos de vasos campaniformes de tipo marítimo y el puñal de Peña Tú es de transición del Eneolítico al Bronce pleno, entre finales del tercer milenio y primeros siglos del segundo.

E. Ripoll pensaba que la pintura esquemática era la suma de una tendencia estilística propia del arte levantino final y de influencias extranjeras espirituales y seguramente, religiosas, que facilitan el paso hacia un simbolismo que se explica a veces por verdaderos y ideogramas; la expansión de tales ideas se relaciona con la cultura dolménica, sus posibles raíces orientales y con sus portadores, los prospectores de metales. Ripoll aceptaba la fecha del 3000 al 2500 para la escena de caza de un équido a lazo en Villar del Humo (figura 14).



Figura 14. Escena de caza de caballos con lazo del Abrigo de La Selva Pascuala en Villar del Humo, Cuenca.

P. Acosta establecía una serie de comparaciones de formas o signos aislados esquemáticos de la península con modelos del Próximo Oriente; así bitriangulares partiendo de Ugarit el segundo milenio; triangulares del Heládico Final; halteriformes de Troya; esteliformes y ramiformes de Tell Barak; cuadrúpedos de Mersin; ídolos oculados de Tepe Gawra, etc.

Con lo expuesto creemos que podrían sentarse en los siguientes principios generales que el esquemático español es consecuencia del cambio cultural producido por la llegada de los prospectores de metal procedentes del Próximo Oriente, encontrando la península ibérica en un estadio Neolítico. La fecha absoluta del inicio del arte esquemático no debe de ser anterior al cuarto milenio.

7. LA FACIES ESQUEMÁTICA

En la periferia o superpuestos a los frescos naturalistas o seminaturalistas de ciertos lugares de las regiones orientales de la península se encuentran figuras de claro carácter esquemático o abstracto evidentemente más modernas. Constituyen la manifestación de otra fase artística, ya de la plena Edad de los Metales, que se extiende, de forma abundante, por la casi totalidad del territorio peninsular, en abrigos abiertos y, en ocasiones, casi a la intemperie. Los núcleos más densos se hallan en las provincias de Almería y Cádiz, en toda Sierra Morena, en Extremadura y algunas zonas de La Meseta, como Soria y Salamanca. Muchos centenares de frisos pintados contienen representaciones zoomorfas y antropomorfas convencionales que, en ocasiones, por su grado de abstracción, parecen signos de una escritura arcaica (figura 15).

La temática de la facies esquemática está derivada, en buena parte, de la correspondiente a la facies levantina, pero tendiendo a la simplificación (figura 16). Es muy posible que hubiera momentos en que estadios próximos de ambas facies fueran contemporáneos (en el sentido que mientras un artista todavía pintaba de forma seminaturalista, otro pudo hacerlo de una forma más sintetizada, más esquemática; el hecho puede acentuarse cuando los artistas están separados por centenares de kilómetros y viven en un medio socio-



Figura 15. Esquematizaciones de zoomorfos del Abrigo de Lecina en el Barranco del Río Vero en Huesca.



Figura 16. Figuras de cuadrúpedos pintados en ocre rojo del Covacho de Eudoviges en Alacón, Teruel.

ambiental diferente, por ejemplo, entre los agricultores de los pequeños valles entre montañas y entre los agricultores los ganaderos de espacios más abierto, como los extremeños). El resto de las figuras –símbolos solares y estelares, ídolos, símbolos del agua, etc.– parecen corresponder a la implantación de una nueva mentalidad religiosa, en parte, al menos, llegada del Mediterráneo oriental. En el aspecto funerario, esta forma de religión estaría representada por los monumentos megalíticos en las regiones donde estos existen, así como en algunas cuevas sepulcrales y en las llamadas "estelas del sudoeste".

El conocimiento científico de esta etapa tardía del arte rupestre pospaleolítico parte de M. de Góngora Martínez en su libro de 1868. Los estudios fundamentales se deben al abate H. Breuil, J. Cabré y E. Hernández-Pacheco en la primera mitad del siglo XX. En los últimos decenios son notables las aportaciones de P. Acosta, T. Ortego, J. Gómez, L. Díez-Coronel, A. Caballero, R. Lucas, J. Bécares, J. Carrasco, E. Costa, E J. González, R. Grande del Brío, M. López, M. Soria, J. Martínez, entre muchos otros (figura 17).



Figura 17. Abrigo de Los Órganos en el desfiladero de Despeñaperros en Jaén. Esquematización femenina con adornos en la cabeza y en el cuello.



Figura 18. Cañaica del Calar, El Sabinar (Murcia). Conjunto de ideomorfos, soles y esquematizaciones humanas y animales localizados en un pequeño abrigo contiguo al conocido con arte levantino.

Además de su dinámica evolutiva propia –al igual que todo el arte postpaleolítico peninsular como conjunto–, parece que esta facies esquemática se extendió desde el sudeste de la península al resto de la misma. Hay que añadir que sus frisos se encuentran algunas veces asociados a no lejanos lugares de habitación. Con los nuevos elementos iconográficos respecto a la facies levantina, la temática principal de la facies esquemática sigue siendo la cinegética, aunque hay un claro contraste en el consumo de animales salvajes y de animales domésticos –mucho mayor éste–, hecho atestiguado por los yacimientos que cabe poner en relación con las pinturas. Se puede suponer que ante sus grupos de grafemas tendrían lugar ceremonias en relación con ritos funerarios y de vínculos familiares, de la fecundidad vegetal, animal y humana, propiciatorios, venatorios, etc. Muchas de las imágenes debieron tener al mismo tiempo, un carácter votivo (figura 18).

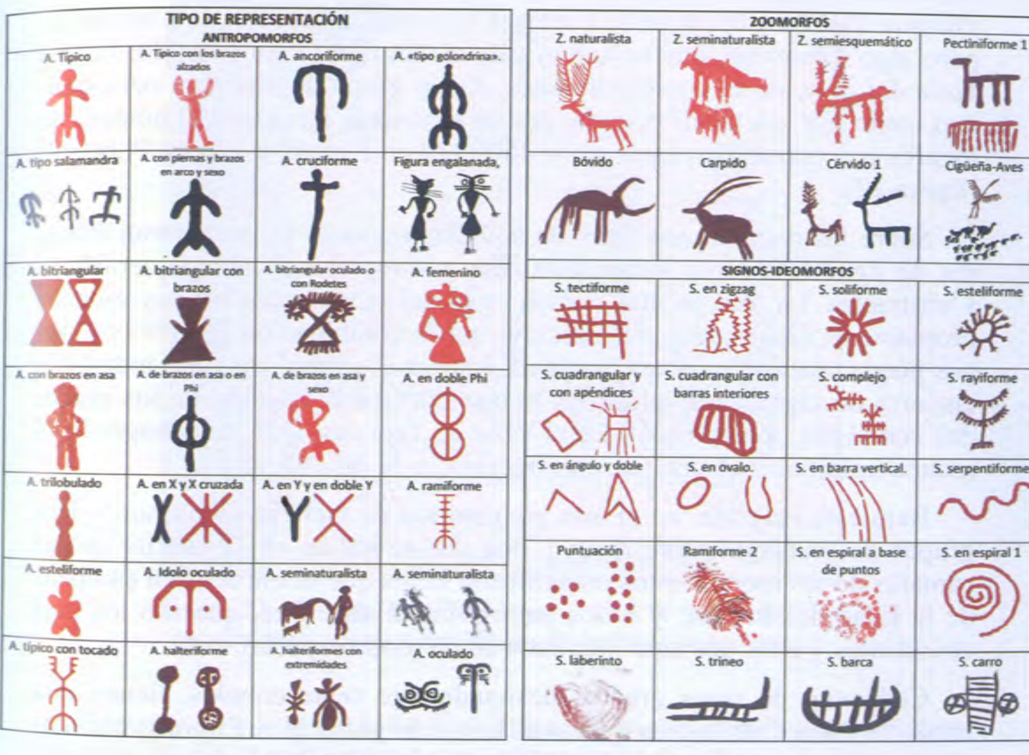
Uno de los abrigos donde mejor se puede observar la transición o "frontera", pero también la coexistencia entre las facies levantina y esquemática es el abrigo de *La Hoz de Vicente* (Cuenca), con superposiciones de gran interés. Los conjuntos del *Tajo de las Figuras* (Cádiz), la *Cueva de la Graja* (Jaén) y el covacho de *Los Letreros* (Almería), se cuentan entre los más típicos de esta etapa (figura 19). En el último citado, entre muchas otras figuras, se encuentra la estupenda representación de un hombre con unos grandes cuernos de macho cabrío que empuña una hoz en una de sus manos y que podría, por su simbología al propio tiempo agrícola y cazadora, ser considerado como emblemático de esta facies artística que se encuentra ya en las fronteras de la Protohistoria. Entre los conjuntos extremeños destacan los de *Los Buitres* (Badajoz), con representaciones de carros, y los diversos del *Risco de San Blas* (Badajoz), en los que hay excelentes figuras humanas esquemáticas con complicados tocados (figuras 20 y 21.)



Figura 19. Composición de la parte izquierda de la Cueva de los Letreros (Vélez Blanco, Almería), con la representación de hombre coronado por grandes cuernos que blande una hoz (Según H. Breuil).

Como se ha dicho, las manifestaciones de la facies esquemática cubren la casi totalidad de la geografía peninsular desde los sitios de la cornisa cantábrica –como la roca de *Peña Tu* (Asturias), con un magnífico ídolo grabado y pintado junto a otras figuras– hasta los ya citados de La Meseta, los del territorio portugués y la gran densidad de los andaluces que culminan en el interesante grupo de la comarca vecina al Estrecho de Gibraltar.

No existe una segura ordenación cronológico-estilística de los varios momentos de la facies esquemática. En líneas muy generales se puede decir al respecto lo que sigue. Lo más antiguo serían las figuras de cérvidos y caprinos de estilo subnaturalista; pronto se pasaría a un estilo subesquemático,



Figuras 20 y 21. Cuadro tipológico con las principales representaciones del arte esquemático y su nomenclatura.

que incluye figuras de équidos y de bóvidos; les seguiría una fase completamente esquemática, con diversificación de los antropomorfos y diversos signos. Todo ello correspondería a un Neolítico tardío. Durante el Eneolítico se incorporarían al repertorio los símbolos que, al menos en parte, son de origen oriental. En la plena Edad del Bronce, con muchas evoluciones regionales, se

produjo la época clásica del arte esquemático. Para un momento avanzado de este periodo, seguramente hay que poner en relación muchos frisos pintados de Extremadura y de la Sierra Morena central y occidental con las llamadas "estelas del Sudoeste". La decadencia llegaría con el Bronce Final e incluso tendría perduraciones posteriores.

8. LA FACIES DE LOS PETROGLIFOS GALLEGOS

Otra provincia de arte rupestre postpaleolítico, conexa, al menos en parte, con la facies esquemática, es la de los grabados, insculturas o petroglifos de Galicia y del norte de Portugal, con manifestaciones emparentadas, pero algo diferentes, que se hallan más al sur, como, por ejemplo, las del *Valle del Tajo,* en su curso portugués. Es un grupo de una gran personalidad, tanto por sus técnicas como por su repertorio temático. El número de lugares con petroglifos es de unos 450 (320 en España y 130 en Portugal) (figura 22).

Sobre las rocas al aire libre de aquellas regiones se encuentran millares de figuras, algunas seminaturalistas y otras claramente esquemáticas y abstractas. La técnica más común es la del piqueteado. No hay escenas propiamente dichas, lo que no excluye que la combinación de figuras y signos pueda tener un carácter narrativo. Impera el simbolismo que indudable encierra un significado religioso, lo que implica la relación de los grabados con algún tipo de ritual. En el Valle de Tajo casi toda la iconografía se reduce a símbolos abstractos, con frecuencia de difícil lectura.

Bajo este epígrafe, en el arte prehistórico de Galicia encontramos tres grupos de grabados sobre roca: 1. los que se hallan en el interior de las cámaras de los monumentos megalíticos; 2. los que se encuentran en cistas de la Edad del Bronce; y 3. los petroglifos al aire libre, que son los más abundantes y a los que aquí aludimos de un modo especial.

Cada uno de estos grupos, desigualmente representados, tienen una temática y una distribución diferente. Los petroglifos al aire libre se encuentran sobre rocas, casi todos en granito y se extienden por la mayor parte del territorio gallego, pero con una elevada densidad en el cuadrante SO. Esta concentración se hace especialmente intensa en la zona costera de la provincia de Pontevedra; a partir de este núcleo, cuanto más al norte y hacia el este, la distribución se va haciendo más escasa.

En la provincia de Pontevedra, la comarca de *Campo Lameiro* (figura 23), constituye uno de los conjuntos más completos, en el que destacan la *Pedra Grande de Montecelo* y la roca de *Os Carballos*; en el municipio de Fentans, debe ser mencionado el rico conjunto de *Pedra das Ferradurras.*

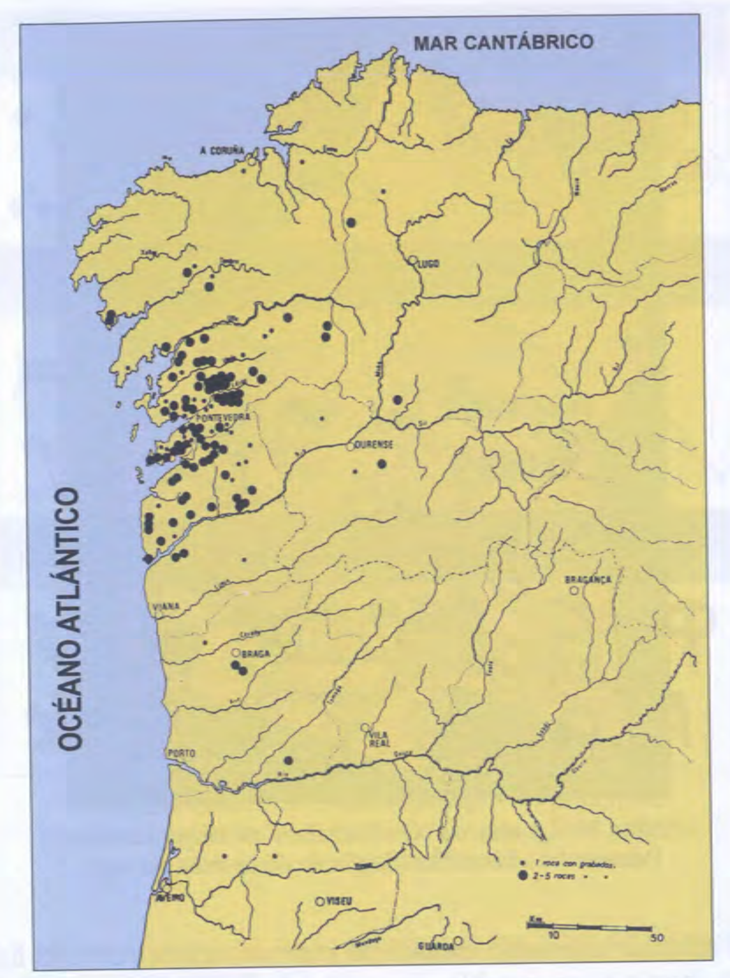


Figura 22. Mapa de distribución geográfica de los petroglifos galaico-portugueses (modificado de A. De la Peña Santos).

Presentan una amplia gama tipológica, en la que predominan las figuras en forma de cazoleta que se pueden presentar aisladas o, las más de las veces, formando parte de otros motivos. Pero el tema más característico y que confiere al arte rupestre galaico una personalidad diferenciada es el de las combinaciones circulares, con su amplio y complejo espectro. Menores en número que los círculos son las figuras de espirales, animales tales como ciervos, caballos o serpientes, seres humanos, armas, etc. Cierran el repertorio de temas esenciales de los grabados rupestres del noroeste de la península ibérica, escasas figuras de laberintos y laberintoides, idoliformes, cuadrados, paletas, esvásticas, podomorfos, zig-zags, piletas, improntas o huellas de cuadrúpedos, etc.



Figura 23. La roca de "Os Carballos" (Campo Lameiro, Pontevedra), conjunto (Según A. de la Peña Santos).

Es de apreciar la notable escasez de representaciones de tipo figurativo-naturalista frente a un notable desarrollo de los tipos semiesquemáticos y esquemáticos, geométricos y abstractos. Las composiciones son poco frecuentes y existe dificultad para saber con la suficiente nitidez si sobre ciertas rocas lo que apreciamos es la simple acumulación de figuras en un mismo plano, de diferentes momentos o sincrónicas pero sin estar relacionadas entre sí; o bien si varias de ellas forman una composición general.

Son muy raros los casos en los que podemos afirmar con claridad la existencia de composiciones, que son casi siempre aquellos en los que parece estilizada la figura humana. Es asimismo de destacar la ausencia absoluta de ciertos temas tales como el mundo vegetal o el paisajístico. La tipología básica incluye los siguientes elementos:

Cazoletas. Se trata de diversos tipos de hoyos excavados en la superficie de la roca, generalmente de forma hemisférica con el fondo más o menos

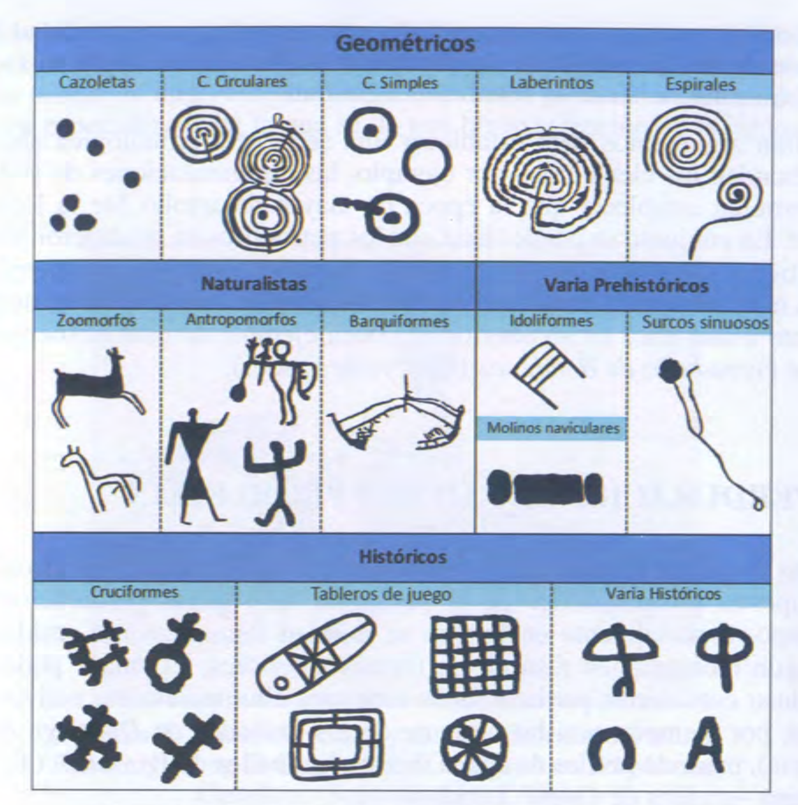


Figura 24. Cuadro en el que se recogen los principales elementos presentes en la facies de los petroglifos gallegos (modificado por cortesía de la Dra. Alia Vázquez).

cóncavo y un tamaño que no suele sobrepasar los 5 cm de diámetro en sus variantes más grandes (figura 24).

Combinaciones circulares. Este conjunto, el más característico de todo el arte rupestre prehistórico gallego, se encuentra integrado por numerosas figuras cuya base fundamental es la línea curva, en especial el círculo.

Animales. Los grabados de animales, terceros en abundancia, se reparten por un área que comprende fundamentalmente la zona de las Rías Bajas. Destacan los cérvidos, muy evidentes por sus cornamentas, pero también hay caballos, cápridos y serpentiformes. La presencia de figuras humanas es muy escasa.

En lo relativo a la técnica de confección de estos grabados, diferenciamos claramente dos tipos. En algunos casos los surcos presentan una sección transversal en forma de V con los bordes muy angulosos y las paredes rectas y ásperas en las que a simple vista y al tacto, se aprecian las huellas de los

golpes dados con un instrumento afilado y puntiagudo. La profundidad de los surcos suele ser en estos casos mayor que la anchura de los mismos. Todo en esta técnica nos habla de su relativa modernidad.

Faltan argumentos para establecer una secuencia cronológica absoluta, pero abundan los elementos –por ejemplo, las representaciones de puñales– que permiten establecer que la época de mayor desarrollo fue la Edad del Bronce. En conjunto se puede decir que los petroglifos se produjeron entre el Eneolítico y un momento avanzado de la Edad del Hierro. El momento final estaría marcado por la proliferación de los signos en forma de herradura con un punto o una línea en su interior. Un buen ejemplo de este momento es la roca de *Ferraduras de Bemfeitas* (Olivera de Frades).

9. PERDURACIONES Y OTROS PROBLEMAS

Tras la facies esquemático-abstracta propia de la Edad del Bronce, el arte rupestre postpaleolítico de la península tuvo largas perduraciones en el tiempo, especialmente en lo que se podrían llamar «zonas residuales», con algún momentáneo resurgir de formas anteriores. El enlace pudo existir incluso con ciertas perduraciones rupestres altomedievales, votivas o no votivas, por ejemplo, una buena parte de los grabados de *Domingo García* (Segovia), pasando por las de época ibérica –grabados de *Pozondón* (Teruel)– y romana –grafitos de *Cogul* (Lérida)–.

Con todo lo que se ha intentado definir se contempla una compleja etapa del arte rupestre prehistórico, bien situada en un espacio geográfico –la península ibérica– y relativamente bien encuadrada en un marco cronológico, con raíces en el Epipaleolítico y con una duración hasta la tardía Edad del Bronce, teniendo incluso perduraciones. Pero sigue pendiente el problema de las cronologías relativas. Como otras provincias de arte rupestre en todo el mundo, el arte que es objeto de este tema presenta una problemática muy compleja. Algunos de sus aspectos podrán ser resueltos con la ayuda de nuevos hallazgos arqueológicos o con el deseable aumento de los sitios conocidos. Otros trabajos permitirán aproximaciones más reales a lo que, desde la óptica del momento, parecen soluciones o hipótesis verosímiles, mientras que otras incógnitas, abundantes, por último, seguirán siendo insolubles.

Con lo dicho se quiere indicar que muchas cuestiones deben ser examinadas o analizadas con mayor detalle. Aquí quedan reseñadas algunas: nomenclatura y definición de la tipología; los orígenes a la luz del concepto artístico "lineal geométrico" de J. Fortea; los mecanismos de los procesos de estilización y esquematización; la relación con las manifestaciones de la cultura material; las relaciones del arte pictórico con otras manifestaciones en lugares cercanos (por ejemplo, los grabados de Albarracín); la exacta valoración de

lo foráneo, como los símbolos y los ídolos, pero también las embarcaciones de *La Laja Alta* (Cádiz) o el jinete de *La Gasulla* (figura 25) Naturalmente hay que añadir un largo etcétera que el estudiante podrá ir encontrando en la literatura especializada de la que se da una breve selección en la bibliografía que sigue.



Figura 25. Jinete con casco y caballo embridado. Pintura del abrigo X de El Cingle de La Gasulla (Ares del Maestre, Castellón) (Según E. Ripoll, 1968).

10. UNA REFLEXIÓN FINAL

Al igual que sucede en el tema del arte rupestre paleolítico, en el arte postpaleolítico los cambios se suceden con extrema lentitud, pueden durar hasta miles de años. Uno no se acuesta por la noche siendo *levantino* y se despierta por la mañana siendo *esquemático*. Incluso puede haber una pervivencia de determinados conceptos, estando ya en otra fase artística. Hay algunos elementos *muy naturalistas* incluso de estilo paleolítico en algunas figuras levantinas como los ciervos de la *Roca de los Moros* del Barranco de Calapatá (Teruel) o el magnífico ciervo rojo del abrigo de *Chimiachas* (Huesca).

Recientemente hemos hallado en Ávila (zona carente de arte levantino, sólo esquemático) una compleja escena de danza de marcado carácter naturalista (levantino) con muchos elementos esquemáticos. En un mundo tan amplio geográficamente donde pudieron existir poblaciones en distintas fases culturales, no podemos seguir utilizando los cómodos cajones de sastre que se establecieron hace unas décadas y que algunos investigadores siguen utilizando.

Vídeos de youtube para apoyar las explicaciones del texto:



Vídeo 1 abrigo de la Sarga.



Vídeo 2 Pla de Petracos.



Vídeo 3 arte rupestre levantino



Vídeo 4 Petroglifos gallegos.



Vídeo 5 Petroglifos gallegos.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, P. (1968): *La pintura rupestre esquemática en España.* Salamanca, Universidad, (muy útiles sus mapas).

ALMAGRO BASCH, M. (1952): *El covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida).* Lérida, lEI, (básico también para el problema de la cronología de la facies levantina).

ALMAGRO GORBEA, M. (1988): Representaciones de barcos en el arte rupestre de la Península Ibérica. Aportación a la navegación precolonial desde el Mediterráneo oriental, *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar», Ceuta, J987,* Madrid, UNED, t. I, pp. 389-398.

ALONSO TEJADA, A. (1980): *El conjunto rupestre de Solana de las Covachas, Nerpio (Albacete).* Prólogo de E. Ripoll. Albacete, lEA.

ALONSO TEJADA, A. (1983-1984): Los conjuntos rupestres de Marmalo y Castellón de los Machos (Villar del Humo, Cuenca), *Empúries, 45/46,* pp. 8-29, 14 figs.

ANATI, E. (1966): El arte rupestre galaico-portugués (E. Ripoll, ed.), *Simposio Internacional de Arte Rupestre,* Barcelona, p. 195-254.

ANATI, E. (1968): *Arte rupestre nelle regioní occidentalí della Peninsola Iberica.* Archivi di Arte Preistorica, 2. Capo di ponte, CCSP.

BALDELLOU, V. (1984-1985): El arte rupestre postpaleolítico en la zona del río Vero (Huesca), *Ars Praehistorica,* III-IV, pp. 111-137 (y otros trabajos del mismo autor y su equipo).

BALDELLOU, V. (1991): *Guía, arte rupestre del Río Vero.* Zaragoza, Diputación General de Aragón. 64 p. con figs. en color.

BAPTISTA, A. M. (1981): *A Rocha F-J55 e a origem da arte do Valle do Tejo.* Oporto, GEAP.

BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1968): *Arte rupestre levantino.* Monografías Arqueológicas, IV. Zaragoza, Universidad, (la mejor síntesis hasta dicha fecha; hay un suplemento).

BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1982): *De cazadores a pastores. El arte rupestre del Levante español* Madrid, Ed. Encuentro.

BLAS CORTINA, M. A. (1979): La decoración parietal del dolmen de la Santa Cruz (Cangas de Onís, Asturias), *Boletín del Instit. de Est Asturianos,* 98, pp. 717-757, 17 figs.

BREUIL, H. (1920): Les peintures rupestres de la Péninsule ibérique. XI, Les roches peintes de Minateda (Albacete), *L 'Anthropologie,* XXX, pp. 1-50, 46 figs. y IV láms.

BREUIL, H. (1933-1935): *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique.* París-Lagny, Fondation Singer-Polignac, 4 vois. (sigue siendo la obra fundamental para la facies esquemática).

BREUIL, H. y BURKITT, M. C. (1929): *Rock paintings of Southern Andadalusia. A description of a Neolithic and Copper Age Art Group.* Oxford, Clarendon Press.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1915): *El arte rupestre en España (regiones septentrional y oriental).* CIPP, 1. Madrid (libro pionero).

CASTELLS CAMP, J.; dir. (1990): *Inventari del Patrimoni Arqueológic de Catalunya. Corpus de píntures rupestres.* Vol. 1, *La Conca del Segre.* Bar-

celona, Generalitat, 14 fasc. en estuche y un vídeo.- Vol. II, *Area central i meridional*, 20 fasc., en estuche y un vídeo.

COSTAS GOBERNA, F. J., *et alii*, (1984): *Petroglifos del litoral sur de la Ría de Vigo (Valles Fragoso y Miñor).* Vigo, Museo Municipal.

DÍAZ CASADO, Y. (1992): *El arte rupestre esquemático en Cantabria: una revisión crítica.* Santander, Universidad de Cantabria.

EIROA, J. J. y REY, J. (1984): *Guía de los petroglifos de Muros.* Muros (La Coruña), Concello.

FORTEA, J. (1974): Algunas aportaciones a los problemas del arte levantino, *Zephyrus,* XXV, p. 225-257.45 figs.

FORTEA, J. (1975): En torno a la cronología relativa del inicio del arte levantino, *Papeles del Lab. de Arqueología de Valencia,* 11, pp. 185-197.

GARCÍA ALÉN, A. y DE LA PEÑA SANTOS, A. (1980): *Grabados rupestres de la provincia de Pontevedra.* Presentación de J. Filgueira. La Coruña, Museo y Fundación Fenosa.

GARCÍA MARTÍNEZ, M. C. (1973): *El arte rupestre en Campo Lameiro.* Campo Lameiro, Ayuntamiento.

GÓMEZ BARRERA, J.A. (1982): *La pintura rupestre esquemática en la Altimeseta soriana.* Soria, Ayuntamiento.

GÓMEZ BARRERA, J.A. (1991): Contribución al estudio de los grabados rupestres postpaleolíticos de la Península Ibérica: las manifestaciones del Alto Duero, *Espacio, Tiempo y Forma,* serie 1, 4, pp. 241-268.

GÓMEZ BARRERA, J.A. (1992): *Grabados rupestres postpaleolíticos en el Alto Duero.* Soria, Junta de Castilla y León.

GÓMEZ BARRERA, J.A. (1993): *Arte rupestre prehistórico en la Meseta Castellano-Leonesa.* Valladolid, Junta de Castilla y León.

GRANDE DEL BRÍO, R. (1987): *La pintura rupestre esquemática en el centro-oeste de España (Salamanca y Zamora). Ensayo de interpretación del arte esquemático.* Salamanca, Diputación.

GUILLEM, P.; MARTÍNEZ, R. y MELIÁ, F. (2001): Hallazgo de grabados rupestres de estilo paleolítico en el norte de la provincia de Castellón: el Abric d'en Meliá (Serra d'en Galcerán). Saguntum-PLAV, vol. 33 Valencia pp. 133-139.

HERNÁNDEZ-PACHECO, E.; CABRÉ, J. y CONDE DE LA VEGA DEL SELLA (1914): *Las pinturas prehistóricas de Peña Tu.* CIPP, 2. Madrid.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S.; FERRER MARSET, P. y CATALA FERRER, E. (1988): *Arte rupestre en Alicante.* Alicante, Banco Exterior y de Alicante.

JORDÁ CERDÁ, F. (1966): Notas para una revisión de la cronología del arte rupestre levantino, *Zephyrus,* XVII, pp. 47-76, 17 figs.

JORDÁ CERDÁ, F. (1975): La sociedad en el arte rupestre levantino. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia,* 11, pp. 159-184, 23 figs.

LÓPEZ PAYER, M. y SORIA LERMA, M. (1988): *El arte rupestre en Sierra Morena oriental* La Carolina (Jaén).

MARTÍ OLIVER, B. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1988): *El Neolític valencià. Art rupestre i cultura material* Valencia, SIP.

MARTÍ, B. (2006): Cultura material y arte rupestre esquemático en el País Valenciano, Aragón y Cataluña. Actas del Congreso de arte Rupestre Esquemático en la Península Ibérica (Los Vélez, 2004) Almería, pp. 119-147.

MARTÍ, B y JUAN-CABANILLES, J. (2002): La decoraciò de les ceràmiques neolitiques i la seua relació amb les pintures rupestre dels Abrics de la Sarga. En HERNÁNDEZ, M.S. y SEGURA, J.Mª. (coords): La Sarga: arte rupestre y territorio. Alicante, pp. 147-170.

MATEO SAURA, M.A. (1999): Arte rupestre en Murcia. Noroeste y Tierras Altas de Lorca. Editorial KR. Murcia.

PEÑA SANTOS, A. DE LA (1976): Antropomorfos en el arte rupestre prehistórico gallego, *El Museo de Pontevedra,* XXX, pp. 141-175, 18 figs.

PEÑA SANTOS, A. DE LA y VÁZQUEZ VARELA, J.M., (1992): *Los petroglifos gallegos. Grabados rupestre prehistóricos al aire libre en Galicia.* Sada (La Coruña), Ed. do Castro (2.ª ed.).

PIÑÓN VARELA, F. (1982): *Las pinturas rupestres de Albarracín (Teruel).* Centro I. y M. Altamira, 6. Santander.

RIPOLL PERELLÓ, E. (1961): *Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea (Teruel).* Barcelona, IPA.

RIPOLL PERELLÓ, E. (1963): *Pinturas rupestres de La Gasulla (Castellón).* Barcelona, IPA.

RIPOLL PERELLÓ, E. (1968): *Simposio Internacional de Arte rupestre, Barcelona, 1966.* Barcelona, IPA pp. 465-192).

RIPOLL PERELLÓ, E. (1990): Acerca de algunos problemas del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica, *Espacio, Tiempo y Forma,* serie I, 3, pp. 71-104.

SEVILLANO SANJOSÉ, M. C. (1994): *Grabados rupestres de la comarca de Las Hurdes (Cáceres).* Prólogo de F. Jordá. Acta Salmanticensia, 77. Salamanca.

VIÑAS, R. *et alii,* (1975): «El conjunto rupestre de la Serra de la Pietat, Ulldecona, Tarragona», *Speleon,* monogr. 1, pp. 115-154, 20 figs.

VIÑAS, R (1982): *La Valltorta.* Presentación de E Ripoll. Barcelona, Castell.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. ¿El arte rupestre levantino tiene una cronología?

   a) Magdaleniense.
   b) Neolítica.
   c) Edad del Bronce.
   d) Edad del Hierro II.

2. El arte rupestre levantino se localiza en:

   a) La Meseta norte.
   b) Cantabria.
   c) El levante español.
   d) Portugal.

3. El arte rupestre postpaleolítico en general está realizado por:

   a) Neandertales.
   b) Cromañones.
   c) Hombres anatómicamente modernos.
   d) Gentes como nosotros.

4. En el arte rupestre esquemático están representados:

   a) Bisontes.
   b) Mamuts.
   c) Pectiniformes.
   d) Escenas de caza.

5. En el arte macroesquemático están representados:

   a) Ideomorfos meandriformes.
   b) Paisajes.
   c) Animales naturalistas.
   d) Grupos de guerreros.

Tema 5

GÉNESIS Y DESARROLLO DE LAS SOCIEDADES COMPLEJAS: EL CALCOLÍTICO. EL CALCOLÍTICO EN EL PRÓXIMO ORIENTE

Elisa Guerra Doce
Germán Delibes de Castro

1. INTRODUCCIÓN

Este tema se abre con un concepto que ha hecho correr ríos de tinta en la literatura antropológica, pues no existe consenso a la hora de definir qué se entiende por "complejidad social" ni de establecer –pues es más difícil aún, si cabe– cuáles son sus marcadores en el registro arqueológico. Este debate se introdujo en la investigación prehistórica de la mano de V.G. Childe quien, siguiendo los planteamientos de la teoría de la evolución social bosquejada por el antropólogo norteamericano L.H. Morgan –la trayectoria de la humanidad era única y lineal, reconociéndose tres estadios sucesivos, a saber, salvajismo, barbarie y civilización–, se afanó no sólo en aplicar ese esquema tripartito a las sociedades del pasado, sino en definir los rasgos distintivos de cada una de esas fases. En el caso de la Prehistoria del Viejo Mundo, estas podían equipararse con el Paleolítico, el Neolítico y la Edad de los Metales, respectivamente. Childe trataba de superar, así, los análisis tecnotipológicos que por aquel entonces copaban la disciplina, con la intención última de desmenuzar el sustrato en el que se habían gestado las grandes invenciones de la humanidad (la agricultura, el comercio, la metalurgia, el urbanismo, la escritura, etc.).

Debido a la dificultad de no contar con más información que la proporcionada por el registro arqueológico de los protagonistas, el asunto no ha hecho más que complicarse en la Arqueología Prehistórica, pues entre las *bandas* de cazadores-recolectores y las *sociedades estatales* se intuyen múltiples soluciones de organización sociopolítica y económica que no encuentran acomodo en las *tribus* y las *jefaturas* del esquema de E.R. Service. Y es precisamente en el seno de comunidades situadas en esos rangos donde se producirá el germen del Calcolítico.

1.1. Dos procesos clave: la Revolución Urbana y la Revolución de los productos secundarios

Childe en su célebre obra *Man makes himself* (1936) hizo hincapié en las innovaciones que progresivamente se produjeron entre la Revolución Neolítica y la aparición de las primeras ciudades –el estadio de la civilización de Morgan–, unas innovaciones de tal envergadura que le llevaron a acuñar el concepto de Revolución Urbana. Pero no sería hasta 1950 cuando sintetizó las diez claves de ese proceso en un artículo que tituló precisamente "The Urban Revolution" y que se concretan en lo siguiente:

1) Las primeras ciudades fueron más extensas y estuvieron más densamente pobladas que los asentamientos neolíticos.
2) Aparición de especialistas dedicados a tareas no agrícolas (artesanos, mercaderes, funcionarios y sacerdotes).

3) Sistema tributario en especie.
4) Obras públicas monumentales.
5) Surgimiento de una "clase dirigente".
6) Aparición de la escritura.
7) Desarrollo de ciertas disciplinas científicas (aritmética, geometría y astronomía).
8) Desarrollo artístico.
9) Intercambios comerciales a larga distancia.
10) Artesanos especializados a tiempo completo.

El motor del cambio, en opinión de Childe, se encontraría en una producción agrícola excedentaria. Pero si él únicamente enfatizó la importancia de la irrigación en este proceso, de lo que daban buena muestra los datos arqueológicos obtenidos para el valle del Nilo, Mesopotamia (entre el Tigris y el Eufrates) y el Indo, andando el tiempo se han ido añadiendo otros factores a la ecuación.

Desde una perspectiva económica, el tránsito del Neolítico al Calcolítico será el escenario de la Revolución de los productos secundarios, un concepto con el que el prehistoriador británico A. Sherratt aludió a la explotación de los recursos que puede ofrecer el ganado en vida: aparte del aprovechamiento obvio de la leche y de la lana, hay evidencias claras del empleo de la tracción animal. Al servirse de los animales como fuerza de tiro se mejoró el rendimiento agrícola, pues se accedió al arado de los campos de cultivo y se fertilizó la tierra con los excrementos de las bestias. Todo ello provocó una onda expansiva que tuvo drásticas implicaciones: se liberó mano de obra, que a partir de entonces pudo dedicarse a otras actividades; se pusieron en cultivo nuevos espacios, hasta entonces desdeñados por su baja productividad; y se iniciaron prácticas de rendimiento a largo plazo (arboricultura y fruticultura). Además, el empleo de animales como fuerza de carga mejoró el intercambio de productos, posibilitando viajar más lejos y con más mercancías. Aparte de ciertos marcadores en los huesos de los vacunos de las colecciones faunísticas, la presencia en los yacimientos a partir de este momento de arados, yugos, ruedas, carros, queseras y fusayolas son fiel reflejo de estos cambios.

Algunos aspectos de esta teoría han sido matizados en la actualidad, pues no parece probable la aparición simultánea de todos ellos, ni su ubicación cronológica hacia el IV milenio BC como Sherratt proponía. De hecho, el consumo de leche y derivados lácteos se constata en el Neolítico de Anatolia desde el VII milenio BC, pues ya por aquel entonces ciertos individuos de aquellas primeras poblaciones agrícolas desarrollaron la mutación genética de la persistencia de la lactasa, la cual otorga la capacidad de digerir la lactosa en

la etapa adulta. En cualquier caso, será en el Calcolítico cuando estas innovaciones se abran paso de manera evidente, poniendo fin al modo doméstico de producción que había caracterizado a las comunidades neolíticas.

2. LOS ORÍGENES DE LA METALURGIA: LA EDAD DEL COBRE

2.1. Introducción

El diccionario de la RAE define la metalurgia como el "arte de beneficiar los minerales y de extraer los metales que contienen, para ponerlos en disposición de ser elaborados". Pone el acento, pues, en lo que representa de transustanciación (del mineral al metal, de un elemento sólido a otro líquido, el denominado caldo metálico) y reconoce implícitamente que, en tanto arte, es algo exclusivo de los humanos. No puede pedírsele a la Academia Española mucho más, pero en cualquier otro diccionario enciclopédico no hubiera dejado de reflejarse también que la actividad metalúrgica solo fue un logro muy tardío de la historia de la humanidad y que la primera verdadera metalurgia fue la del cobre. Porque, aunque los primeros objetos de oro se produjeron casi simultáneamente, lo fueron a partir de oro nativo, de oro aluvial.

El danés Ch. Thomsen fue el primero en trasladar a los estudios prehistóricos la importancia del descubrimiento de la metalurgia, pero no el primero en reparar en su trascendencia histórica en general, ya que mucho tiempo antes Lucrecio (99 a.C.-circa 55 d.C.), en su obra *De rerum natura*, había escrito: "Armas antiguas fueron las manos, las uñas y los dientes, y luego las piedras, las ramas de los árboles y el fuego. Más tarde fue descubierta la fuerza del bronce y del hierro". En los orígenes –opinaba el poeta latino– el hombre se habría limitado a utilizar determinados apéndices de su anatomía; después no perdió la oportunidad de aprovechar otros materiales que ofrecía la naturaleza, para, finalmente, acabar creando o inventando sustancias nuevas, caso del bronce y del hierro, que en la Antigüedad se identificaban con la vanguardia del desarrollo tecnológico. Thomsen secundó a Lucrecio cuando en los años 30 del siglo XIX afrontó el reto de ordenar las colecciones arqueológicas del futuro Museo Nacional de Dinamarca, en Copenhague, y creo la famosa clasificación tripartita de la Prehistoria, Edad de Piedra / Edad del Bronce / Edad del Hierro que, con leves modificaciones (la división de la Piedra en Paleolítico y Neolítico o la interposición de una Edad del Cobre entre el Neolítico y la Edad del Bronce), continúa viva en nuestros días. Una clasificación de base tecnológica que sigue siendo fuente de inspiración para quienes consideran que la historia del hombre es, básicamente, la historia de la tecnología y que justifica la individualización de una Edad del Cobre a la

que se denomina también Calcolítico (del griego *Chalkós* = cobre y *lithos* = piedra) no en vano los primeros objetos metálicos estuvieron en franca minoría respecto a los líticos y óseos.

La respuesta más usual a por qué el hombre dio el paso de producir metal enfatiza sus ventajas respecto a los materiales, llamémoslos, tradicionales. Era elástico, por lo que su trabajo no se veía afectado por las restricciones de forma y tamaño que imponían las materias primas rígidas de la Edad de Piedra. También era relativamente duro. Pero sobre todo, a pesar de ser dúctil, no estaba falto de tenacidad, esto es, no se rompía ni deformaba fácilmente. Tales cualidades, de marcado interés utilitario, no habrían pasado inadvertidas a los ojos de la humanidad, obsesionada por mejorar su instrumental y sus armas. Sin embargo, sin soslayar la importancia que tales ventajas acabaron teniendo para la gran explosión ulterior de la metalurgia, lo cierto es que los primeros fundidos de cobre fueron elementos de adorno y pseudoherramientas que, pese a la belleza de su aspecto, no podían rivalizar en eficiencia con las de sílex y asta. Por tanto, puede decirse que la metalurgia acabó siendo el motor de toda una revolución instrumental, pero no en sus comienzos.

En todo caso, para que la metalurgia acabara haciéndose realidad tuvieron que concurrir una serie de circunstancias que permiten entender por qué su invención se circunscribió a determinados escenarios geográficos y aconteció tan tardíamente en el devenir de la historia. Es una obviedad que su descubrimiento solo pudo tener lugar en espacios que contaran con los imprescindibles recursos minerales, pero no lo es menos que de poco habría servido la existencia de estos de no mediar un conocimiento de los principios técnicos o secretos de la reducción, es decir, de no saber cómo por aplicación de una fuente de calor (el cobre funde a 1085ºC), el mineral se escindía en escoria y metal. Y, por otra parte, no es menos evidente que, aunque la primera observación de los efectos térmicos producidos en ciertas rocas pudo ser casual (el enigmático burbujeo de un mineral caído accidentalmente al fuego o la reducción de cobre ocasionada sorpresivamente por un incendio), el pleno dominio de la fundición únicamente se alcanzó tras un periodo de experimentación, hecho este solo posible en sociedades organizadas y con los márgenes económicos necesarios para sostener especialistas. Por tanto, en la emergencia de la metalurgia concurrieron factores geoestratégicos (la existencia o no de minerales), tecnológicos (conocimiento y destrezas) y sociales (la capacidad de distraer capital para una esfera prometedora pero, inicialmente, sin una rentabilidad económica clara).

2.2. La cadena operativa de la metalurgia prehistórica del cobre

Se resume en cuatro pasos: el aprovisionamiento de minerales, su reducción, la fundición (refino y moldeo del metal) y las labores post-moldeo.

a) La identificación y localización de los criaderos cupríferos pudo no ser un gran problema pues el hombre neolítico, interesado por la malaquita, un carbonato de cobre que utilizaba como adorno, seguramente ya sabía de ellos desde antiguo. También es posible que la explotación se viera facilitada en muchos casos por la erosión o desmantelamiento natural de los veneros, pero la necesidad creciente de mineral acabó alentando una actividad extractiva especializada, el vaciado de unas *minas* en las que el hombre calcolítico aplicó, sin duda, los conocimientos adquiridos desde muchos siglos antes en las explotaciones de sílex. A veces se trató de labores de trinchera a cielo abierto, pero con frecuencia fueron complejas minas con pozos, galerías, pilares de sustentación y conductos de ventilado. De todo ello y de las herramientas empleadas en la extracción del mineral (mazas de piedra con acanaladura para el enmangue, picos de asta de ciervo, cuñas de piedra y hueso etc.) hay constancia, sin necesidad de salir de la península ibérica, en Cerro Minado (Almería) y en El Aramo (Asturias) (figura 1), yacimiento este último en el que las vetas de mineral eran sometidas a un curioso laboreo, las "caldas", que consistía en aplicarlas sucesivamente fuego y agua fría para resquebrajar el mineral y facilitar su extracción. Las cantidades de mineral

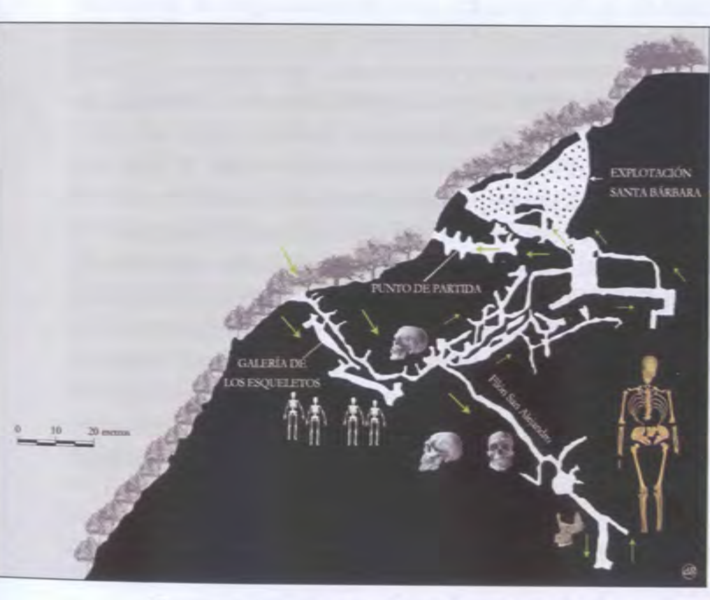




Figura 1. Minería prehistórica del inicio de la Edad de los Metales en la Sierra del Aramo (Asturias). Izquierda sección de las galerías, con indicación de los lugares donde han aparecido enterramientos prehistóricos. Derecha, picos de asta de ciervo (según M.Á. de Blas Cortina).

obtenidas fueron a veces extraordinarias. M. de Blas ha calculado en 15.000 m^3 el mineral removido en El Aramo y en el caso de las minas búlgaras de Ai Bunar se sostiene que abastecieron, vía intercambio o comercio, tanto a las poblaciones del curso inferior del Danubio, como a las del occidente de las estepas nordpónticas, llegando hasta el río Don. Así las cosas, poco cuesta comprender la afirmación de V.G. Childe de que, en el inicio de la Edad de los Metales, a las profesiones de minero y de fundidor pronto vino a sumarse un nuevo oficio secundario: el de viajero comerciante.

b) En la Edad del Cobre se explotaban sobre todo las zonas oxidadas de los filones, con malaquita, azurita y cuprita como menas principales; pero excepcionalmente se aprovecharon también algunos sulfuros. Para su *reducción* se comenzaba por triturar el mineral seleccionado en un mortero o piedra cóncava (*piedras de cúpula*). A continuación, se mezclaba con abundante carbón vegetal y la carga, finalmente, se depositaba en una *cámara de combustión* con brasas al rojo vivo, en la que, avivando el fuego con boquillas de soplado a pulmón, se podían conseguir temperaturas de hasta 1200ºC.

Las cámaras de combustión adoptan, según los casos, diferentes formas. P. Ambert demostró en el yacimiento de La Capitelle du Broum, en el sudeste francés, que para obtener pequeñas cantidades de metal no fueron necesarias estructuras muy aparatosas, solo simples hoyos u *hogares-cubeta* de 20 o 30 cm de profundidad en los que, no sin dificultad ciertamente (la mejor prueba es que en el fondo de los hoyos, tras la combustión, suele sobrevivir una capa de mineral que no ha llegado a sufrir alteración térmica) se producía la deseada separación de ganga y metal (figura 2). En la península ibérica para la primera reducción de minerales de cobre se utilizaron cubetas similares, con dos particularidades: se reforzaban exteriormente con un anillo de barro, con el fin de aislarlas y de evitar pérdidas de temperatura, y era común también colocar en su fondo unas vasijas cerámicas de tendencia plana y boca abierta que acogían directamente las brasas. Reciben el nombre de *vasijas-horno* y, en consonancia con su forma de uso, únicamente presentan restos de escorias y adherencias metálicas en las paredes interiores (figura 3). Habrá que esperar a los inicios de la Edad del Bronce para que se diseñen *hornos* más sofisticados, como los de Timna (Israel), en los que la cámara de combustión, encajada en el fondo de una zanja, recibía oxígeno del exterior a través de toberas conectadas a fuelles y contaba con unas válvulas que permitían extraer del horno por separado las escorias, todavía en estado líquido, y el caldo metálico limpio (figura 4). Al tratarse de estructuras más cerradas, se podían conseguir en ellos temperaturas más altas y, sobre todo, más sostenidas, lo que facilitaba considerablemente la reducción.



Figura 2. Sección de una cubeta de reducción de La Capitelle du Broum (Aude). A destacar el residuo no alterado térmicamente del fondo (según P. Ambert).



Figura 3. Arriba, escena de reducción de mineral de cobre en vasija-horno con soplado a pulmón. Abajo, boquillas de barro de las cañas de soplado del taller de Valencina de la Concepción (Sevilla) (según F. Nocete).

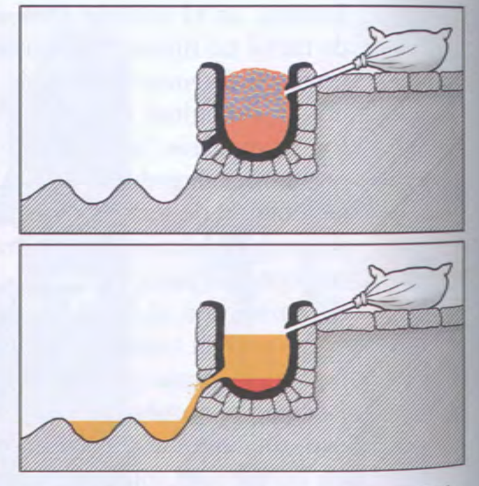


Figura 4. Sección ideal de un horno de la Edad del Bronce de Timna (Israel): Arriba, la carga de carbón y mineral ya al rojo, gracias al oxígeno recibido a través de una tobera. Abajo, sangrado de escorias, en estado todavía líquido, y deposición en el fondo, por mayor densidad, del cobre fundido (ilustración de Francisco Tapias López, inspirado en imágenes de B. Rothenberg).

c) En los más primitivos hornos calcolíticos no debía ser tan sencillo superar los 1000ºC, por lo que no se lograba una separación neta de metal e impurezas, formándose en su interior un magma viscoso que contenía bolitas e hilillos de cobre, junto a cenizas y restos de mineral que no habían llegado a reducirse. Una vez enfriado y solidificado dicho magma, es decir, convertido en escoria, era triturado para triar los restos de metal y con estos depositados en pequeños crisoles se repetía el proceso pirotécnico (ahora la *fundición*) hasta obtener un producto ya líquido y limpio, en condiciones de ser vertido en los moldes. Mientras la reducción, que produce cobres "sucios", solía realizarse a pie de mina para evitar traslados masivos de mineral, el escenario del refino era ya el taller metalúrgico (figura 5).



Figura 5. Taller metalúrgico de Los Millares (según Contreras y Moreno).

Los *crisoles*, que acostumbran a ser de arcilla, pueden presentar piqueras para el vertido del metal en estado líquido (el caldo), aunque a veces se deja que este se enfríe en su interior para formar un régulo o lingote. Los crisoles, aparte de alguna adherencia de escorias (pocas, pues lo que se funde en ellas es un metal ya bastante limpio) suelen presentar los bordes vitrificados como consecuencia de la reacción al fuego de los silicatos de sus pastas. En cuanto a los *moldes*, son las matrices utilizadas para dar forma al producto metálico. Reciben las coladas en estado líquido y, tras el enfriamiento de estas, devuelven positivos ya estabilizados que reproducen las formas que previamente

se han esculpido sobre ellos. Los de la Edad del Cobre resultan mal conocidos, por lo que no se descarta que el ahormado del metal se realizara en moldes de arena que apenas dejaran huella arqueológica. Pero, con el tiempo, se acabarán imponiendo los moldes de piedra, primero abiertos, luego con tapa y finalmente de dos valvas.

d) Bajo el nombre de *metalurgia de taller* (Rovira) se agrupan las labores realizadas por los fundidores, una vez desmoldados los objetos, para rematarlos. El artesano primero suprimía las rebabas (adherencias o sobrantes de mineral escurridos del molde), para luego limar las rugosidades, pulir las superficies y avivar los filos de útiles y armas con el fin de mejorar su aspecto. Pero, más allá de este maquillaje, la metalurgia de taller consiste en someter a los brutos de fundición a un tratamiento específico con el fin de conseguir un metal más competitivo. A veces el trabajo se limitaba a un martillado o batido en frío, que compactaba el metal y estallaba las pequeñas burbujas de gases apresadas durante la fundición; pero lo normal es que a dicha labor de forja sucediera un recalentamiento de las zonas tratadas, un sometimiento a temperaturas próximas a 600ºC (muy por debajo del punto de fusión del Cu) que recibe el nombre de *recocido* y que propiciaba un endurecimiento del metal. Tampoco se podía abusar de él porque se corría el riego de que este se agrietara.

Tras esta secuencia de gestos técnicos, las manufacturas se encontraban prestas para salir al mercado y ser utilizadas.

2.3. Una herramienta específica para el estudio de los metales antiguos: la Arqueometalurgia

La Arqueometalurgia es una disciplina relativamente joven abocada a la investigación de la tecnología metalúrgica antigua. Su campo de estudio se extiende a toda la cadena operativa y añade, además, la comercialización de los productos. Utiliza como material de estudio el mineral, los restos de estructuras de fundición, los productos acabados y los desechos sobrevenidos en el proceso (p.e., escorias y goterones de fundición). Y se sirve de diferentes procedimientos de análisis instrumental como la *Difracción de Rayos X* (análisis de composición de minerales), la *Fluorescencia de Rayos X* (composición de coladas), la *Metalografía* (estudio de procesos postfundición), los *Análisis Radiológicos* (observación de estructuras ocultas), el *Microscopio de Barrido Electrónico* (imágenes de alta resolución para documentar microestructuras), o los análisis de *Isótopos del Plomo* (determinación de procedencia de minerales y de metales derivados).

Los estudios de composición de coladas acreditan si se da en ellas o no, y en qué grado, mezcla de metales. Obviamente, en los cobres calcolíticos el Cu es mayoritario y todavía no se presenta como bronce, esto es, aleado deliberadamente con estaño. Sin embargo, como consecuencia de la reducción inadvertida de minerales polimetálicos, en el Calcolítico se dieron a veces aleaciones accidentales como la de los cobres ricos en arsénico resultantes de la fundición de arseniatos de cobre (p.e., olivenita), las cuales, por cierto, tenían unas propiedades mecánicas inesperadamente superiores a las de los cobres simples.

Pero a mediados del siglo XX el principal objetivo de los estudios de composición de coladas de base cobre fue determinar, por analogía con el quimismo de los minerales, las fuentes en las que se aprovisionaron los primitivos fundidores. Un empeño meritorio al que se entregó especialmente el Landesmuseum de Stuttgart (proyecto SAM), pero cuyos resultados se han visto ampliamente superados con la introducción del método de los Isótopos del Pb. El principio de este es que cada criadero de mineral tiene una firma isotópica exclusiva la cual sobrevive en el metal obtenido a partir de los minerales correspondientes. Su aplicación, no exenta de problemas –la signatura isotópica del metal reciclado, procedente de chatarra de distintas procedencias, puede ser un galimatías–, ha hecho posible reconocer, sin embargo, la comercialización de minerales y metales a cientos de kilómetros de sus puntos de origen.

Para los arqueólogos no es menor el interés de la metalografía, aquella parte de la metalurgia que estudia la estructura del metal a través de imágenes proporcionadas por el microscopio óptico. Tales imágenes permiten apreciar las estructuras formadas en la fase de solidificación de las coladas, las cuales varían en función de la composición del metal (factor determinante del punto de fusión), de la velocidad de enfriamiento y de las acciones (forja,

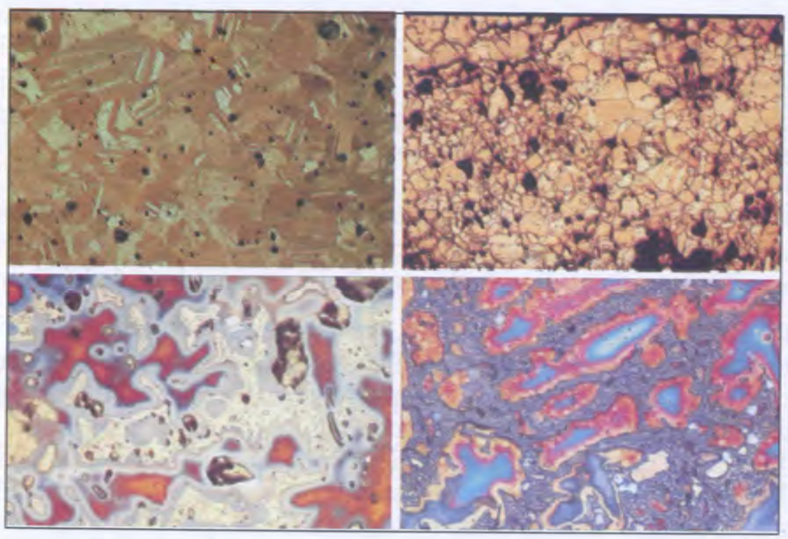


Figura 6. Metalografías de piezas aleadas de base cobre (según D.A. Scott).

nuevo calentamiento o recocido) a que hayan sido sometidas las piezas tras su extracción del molde para adecuarlas a las prestaciones que se esperan de ellas. La tarea comienza con la preparación, mediante lijado, de una superficie especular, y continúa con su observación microscópica: las microestructuras documentadas, de aspecto muy diverso, permitirán saber si nos hallamos ante un bruto de fundición, ante piezas batidas en frío o ante estructuras de recocido, estas últimas seguidas por lo general de nueva forja (figura 6).

En fin, lo aducido es suficiente, aunque puedan añadirse nuevos testimonios –la radiología será muy útil para saber si los productos fundidos son macizos o presentan burbujas de gas, como consecuencia de una fundición deficiente, y los análisis térmico-diferenciales revelan las temperaturas alcanzadas en los procesos pirológicos–, para tomar conciencia del inmenso potencial de la Arqueometalurgia.

2.4. El impacto social de los primeros metales

"Metals make the world go round": esta frase, que sirve de título a un brillante libro coordinado por Ch. Pare, resume a la perfección la importancia de la metalurgia en la evolución de la humanidad y la repercusión que dicha actividad tuvo en todos los ámbitos, desde el económico al social, pasando por el simbólico. En opinión de V.G. Childe, el de fundidor hubo de ser un oficio especializado que combinaba conocimientos y habilidades suficientemente complejos como para que se circunscribieran a solo unos pocos miembros de la sociedad (los "secretos" de la metalurgia); por otra parte, en tanto tales secretos, se transmitirían de padres a hijos, lo que haría de sus depositarios una casta; y una casta, además, privilegiada porque era la primera vez que algunos individuos se desentendían de la producción primaria en la confianza de obtener los recursos básicos necesarios intercambiando sus casi mágicas manufacturas por los productos del campesinado. En su obra *What happened in History* (1942) Childe apostillaría: "las operaciones de la minería, de la fundición y del vaciado son excesivamente complicadas y exigen una atención demasiado continua para ser efectuadas a intervalos entre las tareas de labranza y la atención al ganado. La metalurgia es una actividad full time".

Este razonamiento, muy extendido, presupone que la producción de metal, en tanto detonante de una revolución instrumental, fue durante la prehistoria una de las actividades que mayores plusvalías podía generar, hecho que justificaba su desarrollo en régimen de monopolio por la cúspide social. De su control por parte de esta, es decir, de la identificación de los metalúrgicos con individuos de alta posición social, existen buenos indicadores arqueológicos. Uno es la presencia de instrumentos especializados para el trabajo metalúrgico (martillos, moldes, yunques, toberas…) en una serie de tumbas europeas del final del Calcolítico y del comienzo de la Edad del Bronce que solo

pueden corresponder a personajes destacados vista la riqueza de sus ajuares. Y no menos significativo es el control de los espacios metalúrgicos ejercido por las élites del Vaso Campaniforme del que dan cuenta yacimientos como El Ventorro, en Madrid, o Zambujal en la península de Lisboa.

Por tanto, parece que en la prehistoria las élites sociales se reservaron el control de los medios de producción metalúrgicos. Y, además, no satisfechas con dicho monopolio, también desempeñaron un papel sobresaliente en el consumo del producto, en parte, sin duda, por el razonable afán de poseer las mejores armas y los instrumentos más eficientes, pero también porque unas y otras constituían símbolos de distinción y de prestigio, esto es, elementos tan exclusivos como el poder que detentaban. Todo ello nos permite entender, y tendremos la oportunidad de verlo con mayor detalle en el capítulo siguiente, por qué los mayores conjuntos de objetos de cobre del cementerio calcolítico de Varna, en Bulgaria, proceden precisamente de aquellas tumbas en las que abundan otros elementos de prestigio, como las joyas de oro o los adornos de *spondylus*. En el caso de estos dos últimos, el valor de uso era insignificante, cosa que seguramente no ocurría con los objetos de cobre, pero todos ellos por encima de tales diferencias constituían insignias sociales, símbolos de poder: el oro por bello y escaso, el *spondylus* –una concha del Egeo– por exótico y los cobres por lo que representaban de inversión y de alarde tecnológico.

A veces, sin embargo, esta teoría tan extendida que asocia la aparición de la metalurgia con la emergencia de la complejidad social, por su fuerte repercusión en el sistema económico, no se cumple a rajatabla. En el Calcolítico de la península ibérica, por ejemplo, el volumen de producción de metal fue tan bajo que cuesta trabajo ver en la nueva actividad un elemento fundamental de la intensificación económica acaecida por entonces. Y el simple hecho de que los primeros útiles de cobre, como se ha dicho, fueran menos eficientes que sus semejantes de piedra o asta, nos reinstala en la misma duda. Por ello conviene tener presente la teoría de C. Renfrew de que el verdadero fin de la primera metalurgia fue la ostentación, aunque más tarde, con el paso del tiempo, el metal acabara erigiéndose en motor de una revolución instrumental y de todo un proceso civilizador.

3. LAS PRIMERAS LABORES DE METAL EN EL PRÓXIMO ORIENTE: LA FORJA DE COBRES NATIVOS

V.G. Childe nuevamente en *Man makes himself* recordaba cómo los indios precolombinos de los Grandes Lagos, en Norteamérica, habían explotado intensamente los depósitos locales de cobre nativo con fines instrumentales. Se limitaron, decía, a darle forma golpeándolo como si fuera una piedra,

no siendo, por tanto, un trabajo que condujera a una metalurgia inteligente. Y, a la par, hizo constar su opinión de que el cobre nativo no debía haber jugado un papel importante en el desarrollo de la industria del Viejo Mundo. La visión de la Arqueología actual no coincide del todo con la suya: Por una parte, es hecho probado que desde el IX-VIII milenio BC y en las cabeceras del Tigris y del Éufrates las comunidades neolíticas desarrollaron una actividad idéntica a la de los indios de los Grandes Lagos. Y, por otro, de acuerdo con la propuesta de Ch. Strahm sobre la evolución de la metalurgia prehistórica, se considera que la obtención de metal por reducción de minerales, esto es, lo que para algunos constituye la verdadera o la plena metalurgia, fue el resultado final de un largo proceso que comenzó con el uso de carbonatos de cobre para fabricar adornos y pigmentos (una circunstancia que hizo que el hombre, sin entonces saberlo, se familiarizara y frecuentara ya las regiones metalíferas), y que continuó con el aprovechamiento de los cobres nativos. Aquella sería la *fase preliminar* de Strahm y esta la *fase inicial*, a las que seguirían una *fase de innovación* (reducción de óxidos y carbonatos) y otra *de consolidación*, en la que ya se emplearon hornos sofisticados y se multiplicó la producción.

Realmente, no es sencillo distinguir el cobre nativo del cobre obtenido por reducción de malaquitas, azuritas y cupritas aunque la combinación de una serie de rasgos –pureza compositiva, apariencia granular, fractura áspera y deformaciones específicas– hacen posible identificarlo. Y tal vez haya que atribuir a esa dificultad precisamente que el reconocimiento por parte de los arqueólogos del fenómeno del uso del cobre nativo sea relativamente reciente. Los primeros en consignar su antigüedad fueron H. Çambel y R. Braidwood durante la excavación del tell de Cayonü, al pie del macizo del Tauro. Sucedió en los años 60 del siglo pasado e inicialmente descubrieron "un escariador y restos de tres alfileres (…) hechos a martillazos a partir de cobre nativo" en niveles de ocupación neolíticos de hacia 7250-7000 BC. Pero no se trata de un hallazgo excepcional, pues se reconocen evidencias comparables y de cronología similar o un poco posterior en otros muchos enclaves localizados en el extremo septentrional del Creciente Fértil: Ali Kosh, Asikli Höyük, Nevali Çori, Tepe Yahya, e incluso mucho más al este, en Pakistán (Mehrgarh). Además, podría haber una pieza todavía más antigua, un colgante de la Cueva de Shanidar de cronología mesolítica (X/IX milenio), aunque persiste la duda de si se trata de cobre nativo mineralizado o de un simple mineral.

Al acabar las excavaciones, Cayonü había proporcionado, además de numerosas piezas de malaquita, cerca de medio centenar de objetos de cobre nativo, todos ellos fabricados de la misma manera: las pequeñas pepitas, de aspecto arborescente y procedentes del enorme criadero de Ergani Maden, a solo 15 km, eran martilladas para su conversión en chapas y estas, debidamente enrolladas y formando canutillos, constituían el punto de partida para la elaboración de punzones, anzuelos, cuentas de collar, etc. El trabajo, por otra parte, se llevaba a cabo básicamente en frío pero un estudio metalográfico ha permitido detectar que, sobre todo en los extremos de los instrumentos, no tanto en los adornos, la estructura del cobre está recristalizada lo cual prueba que las piezas, una vez formateadas, recibían un recocido a aproximadamente 500ºC que mejoraba la dureza y la tenacidad del metal.

Otro yacimiento relevante para el estudio de los cobres nativos neolíticos del Próximo Oriente es Tell Halula, poblado del Precerámico B (PPNB) localizado en el Eufrates Medio. Las 32 piezas halladas son parte del ajuar de los enterramientos practicados bajo el suelo de las casas y en la mayoría de los casos se trata de cuentas que, junto a otras de piedras semipreciosas (turquesas, calcedonias, esteatitas), componían brazaletes y collares de individuos de elevado rango. Más excepcional por su tamaño (9 cm) es un adorno en forma de creciente –una lúnula, se ha dicho– colocado en el cuello de uno de los inhumados (figura 7). Como no se conocen criaderos de cobre próximos al asentamiento, se deduce que son objetos importados del sudeste de Anatolia, seguramente en compañía de la no menos exótica obsidiana, por lo que Halula, solo superado por Tell Ramad, también en Siria pero más al sur, es uno de los yacimientos más meridionales de la dispersión de piezas de metal nativo, ya que estas no parece que llegaran ni al Líbano ni a Palestina ni a Israel.



Figura 7. Lúnula y cuentas de collar de cobre nativo de Tell Halula (Siria) (según M. Molist).

Con evidentes contradicciones, puesto que en este caso el metal no fue creado por el hombre, es decir, no medió reducción, el trabajo de los cobres nativos proximorientales constituye una actividad metalúrgica *sui generis* o, como prefieren ciertos autores, una actividad premetalúrgica. No son muy favorables a esta postura, empero, investigadores como W.B. Roberts para quien esta singular actividad no solo constituye el germen de la verdadera metalurgia, sino que es el testimonio clave para situar la cuna de la metalurgia del cobre, a escala global, en el Creciente Fértil.

4. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DEL CALCOLÍTICO EN EL PRÓXIMO ORIENTE

La consolidación del Calcolítico (5500-3000 BC) en el mosaico cultural del Próximo Oriente va a ser un proceso tremendamente lento y gradual, pues por lo que respecta al trabajo del metal, a pesar de esos tempranos contactos con los cobres nativos, la metalurgia extractiva no se generaliza hasta momentos avanzados de la secuencia, cuando es posible hablar sin ninguna duda de



Figura 8. Crisol procedente del yacimiento de Yarıkkaya, en Anatolia Central (según U.D. Schoop 2005: lámina 30.1).

una verdadera metalurgia del cobre (figura 8). Y otro tanto puede decirse de los indicadores de la Revolución Urbana, ya que la continuidad cultural en el registro arqueológico es tal, que realmente no se aprecia una ruptura clara con el mundo del Neolítico pleno de Çatal Hüyük. Esta es la razón por la cual la cultura mesopotámica de Halaf, que se desarrolla en la segunda mitad del VI milenio BC, sea etiquetada de Neolítica o de Calcolítica, según criterios, o la causa de que el especialista en la Prehistoria de Asia Menor B. Düring se haya referido al Calcolítico en Anatolia como "Edad oscura".

4.1. El Calcolítico en Mesopotamia: Ubaid y Uruk

El Calcolítico pleno se equipara a la cultura de El Obeid o Ubaid, que comienza a gestarse hacia el 5000 BC aunque su momento de apogeo se sitúa entre el 4500 y el 3500 BC. Hay un avance significativo en las tareas agrícolas gracias a las técnicas de irrigación, que contempla la construcción de acequias; a la introducción de nuevos cultivos (palmera datilera, cebollas) y al empleo de arado de tiro. La existencia de una economía excedentaria se deja sentir en varios aspectos como las ofrendas en los templos, las diferencias en los niveles de riqueza de los ajuares funerarios de las necrópolis –las cuales llegan a reunir un millar de enterramientos– y el trabajo de especialistas a tiempo completo. Son muy conocidas las producciones cerámicas del Ubaid Inicial –modeladas a mano y de gran calidad, tanto técnica como decorativa– que gracias a la introducción del torno lento comenzaran a producirse en serie, si bien esta circunstancia acabará repercutiendo negativamente en la calidad de las piezas (figura 9).



Figura 9. Cerámica Ubaid (Museo Británico).

Una de las secuencias más completas de la Baja Mesopotamia la ofrece la ciudad a la que más tarde los sumerios darán el nombre de Eridu y que se corresponde con el yacimiento de Abu-Shahrein (Irak). Ubicado en el humedal de Ahmad, en la desembocadura del Éufrates, responde muy bien a la tipología de los tells pues las excavaciones llevadas a cabo en los años

40 identificaron 18 niveles de ocupación que culminan en periodo histórico, momento al que se asocia ya un templo o zigurat que se convertirá en un importante centro religioso durante la Tercera Dinastía de Ur. No obstante, a lo largo de toda la trayectoria de ocupación de Eridu se han podido identificar pequeños edificios destinados al culto, que se van superponiendo estratigráficamente, y que desde el punto de vista arquitectónico irán con el paso del tiempo aumentando su tamaño y complejidad en el diseño (figura 10).

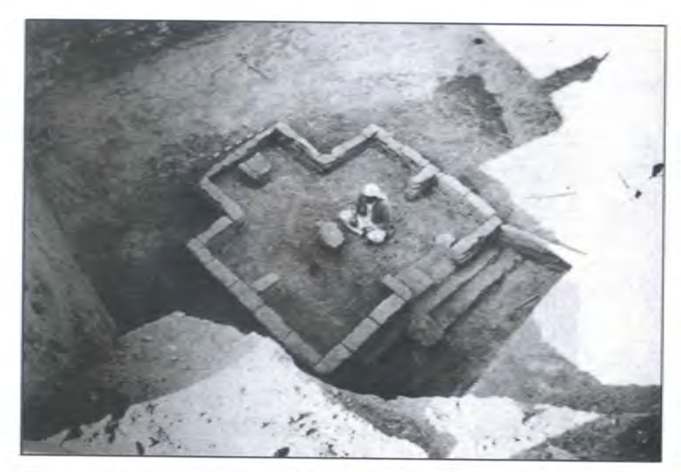


Figura 10. Templo de Eridu, nivel XVI (según F. Safar *et al.* 1981).

Las investigaciones arqueológicas más recientes están desafiando la visión tradicional, la cual venía atribuyendo a los territorios de los cursos altos del Tigris y el Éufrates un papel mucho menos dinámico durante el Calcolítico. Grandes núcleos en el nordeste de Siria y norte de Irak (Tell Brak, Tepe Gawra) que superan el medio centenar de hectáreas de extensión, dan igualmente muestras de monumentalidad y protourbanismo (figura 11). En la fase XI de la ocupación de Tepe Gawra se distingue una construcción de planta circular (la Casa Redonda), una fortaleza que se alza entre el caserío circundante y en la que alguna de sus estancias funcionó como granero, según apunta el hallazgo de semillas carbonizadas de cereal (¿un dirigente político acaparando los excedentes agrícolas?). Hacia el 3800 BC llegaron a convivir hasta cuatro templos en esta ciudad, si bien no queda claro que todos ellos funcionaran como centros religiosos, pudiendo haber desempeñado también tareas administrativas. Los contactos comerciales a larga distancia son evidentes, pues las necrópolis de la Alta Mesopotamia atesoran en ciertos enterramientos toda una serie de piezas elaboradas en exóticas materias primas (lapislázuli afgano, obsidiana de Anatolia, piedras semipreciosas de Irán, etc.).



Figura 11. A la izquierda, planta de una unidad doméstica del yacimiento de Kheit Qasim (nivel III, periodo Ubaid) con un distintivo diseño en forma de T (según J.D. Forest 1984: 119); a la derecha, una de estas construcciones (Foto: J.D. Forest).

Pero será en el periodo Uruk (3500-3000 BC), culturalmente a caballo entre las Edades del Cobre y del Bronce, cuando finalmente cristalice la Revolución Urbana en Mesopotamia. Toma su nombre del mayor núcleo urbano de la época, en el que llegaron a residir según los cálculos entre 50 y 80.000 personas, en una superficie de unos 6 km² delimitados por una muralla cuya construcción se atribuye al mismísimo Gilgamesh. No hay duda de que nos encontramos ya en la antesala de la Historia (figura 12).



Figura 12. Recreación virtual de la ciudad de Uruk durante la celebración del festival en honor a la diosa Inanna (Artefacts-Berlin.de).

4.2. Anatolia como un mosaico cultural

A diferencia del registro arqueológico del Calcolítico en Mesopotamia, donde la secuencia Ubaid-Uruk muestra claros indicadores de civilización, en Anatolia estos se manifiestan de manera más tenue. Incluso en ciertas regiones, caso del Mármara, entre Europa y Asia, Todorova ha llegado a sugerir un hito en la ocupación en la segunda mitad del V milenio BC como resultado de un deterioro climático. Así las cosas, no es de extrañar que se siga recurriendo machaconamente a unos pocos sitios (entre los más emblemáticos: Hacilar, Mersin, para el Calcolítico Inicial; Can Hasan, para el Calcolítico Medio; Beycesultan, para el Calcolítico Final) para vislumbrar el panorama de la Edad del Cobre de estas tierras.

Llama poderosamente la atención el hecho de que ese temprano despegue de la experimentación con los cobres nativos en la zona no encendiera la mecha del cambio en otros ámbitos, al menos al ritmo que cabría esperar. El tell de Hacilar ofrece un magnífico ejemplo del peso de la tradición. Va conformándose a partir de una sucesión de trece niveles de ocupación –entre los que se intercalan episodios de abandono–, que se remontan al PPN, hacia el 7000 BC. Un milenio después se inicia la fase calcolítica del yacimiento (Hacilar V) aunque no hay cambios significativos con el Neolítico, dejándose sentir estos mucho después, en torno al 5500 BC (Hacilar II). Se construye entonces una fortaleza (36 x 57 m) protegida por una muralla de tapial de 3 m de anchura. En el interior se disponen las viviendas tipo *megaron* observándose grandes diferencias entre las situadas al oeste, que están mejor construidas y están ordenadas con cierta regularidad, y las situadas al este, más modestas y con una disposición laberíntica. Se ha querido ver un granero comunitario en un amplio espacio con varios silos y dos grandes hornos, de mayor tamaño que los que se documentan en las unidades domésticas; está construido en el mismo patio con el que comunican las viviendas más relevantes, y nada inocentemente junto a la que pudo ocupar un dignatario. En el sector opuesto se localiza el posible santuario. También en estos momentos se documentan figurillas femeninas que recuerdan a la diosa-madre de Çatal Hüyük, una prueba de la continuidad en las creencias. Y por lo que respecta a las producciones metalúrgicas, no será hasta esta fase II cuando aumente notablemente la presencia de punzones y elementos de adorno en cobre.

Pero será a partir del V milenio BC, en el Calcolítico Medio, cuando se produzca el verdadero despegue de la metalurgia extractiva, pues aparte de los productos finales (que comprenden ya tipos más masivos como las hachas de tipo Mersin o los cinceles) hay restos correspondientes a las fases iniciales de la cadena operativa, en forma de mineral, escorias o crisoles. El yacimiento de Değirmentepe lleva a pensar que en una organización a nivel doméstico de la producción metalúrgica, pues en varias viviendas se han encontrado pruebas de labores de reducción, fundición y moldeado (figura 13).



Figura 13. Restos de actividad metalúrgica en los niveles del Calcolítico Medio de Değirmentepe (según Lehner y Yener, 2014: fig. 20.5).



Figura 14. Útiles relacionados con labores metalúrgicas (toberas, crisoles, moldes) y piezas metálicas en diversas fases de elaboración, procedentes del yacimiento Çukuriçi Höyük, en Turquía, del Calcolítico Final/EBA (según N. Gail).



Figura 15. Ídolo tipo Kilia (The Cleveland Museum of Art).

Si la metalurgia pudo estar detrás de los contactos comerciales de las comunidades calcolíticas de Anatolia con regiones vecinas, la circulación de obsidiana, fundamentalmente hacia el ámbito de Uruk fue igualmente relevante (figura 14). En los últimos años uno de los descubrimientos más interesantes con relación a las redes de intercambio ha sido el del taller de Kulaksızlar (4500-4000 BC), próximo a las costas de Asia menor. Se trata de un centro especializado en la producción de vasos cónicos de piedra y de unas figurillas femeninas conocidas por ídolos tipo Kilia (figura 15). La manufactura de estos objetos, trabajados sobre mármol y otras rocas duras, requiere de un gran conocimiento técnico y de una gran inversión de tiempo, por lo que unos pocos lugares monopolizaron la producción. No hay duda de que fueron en la época objetos de prestigio –al igual que en la actualidad, pues una de estas figurillas fue vendida en una subasta en Nueva York en 2017 por ¡14,5 millones de dólares!– cuya distribución alcanzó Anatolia y el Egeo, hasta 400 km de distancia.

4.3. Una imagen renovada del Calcolítico en el Levante

Recientes investigaciones no permiten sostener un despegue metalúrgico tardío en el Mediterráneo oriental, como hasta ahora se venía defendiendo. A falta de documentación arqueológica parecía que las primeras producciones locales que implicaran ya labores de reducción, no eran anteriores a la cultura Ghassuliense (4500-3500 BC), nombre que se aplica al Calcolítico local a partir del yacimiento jordano de Teleilat el Ghassul.

A esos momentos se lleva el impresionante depósito metálico de la cavidad 1 de Nahal Mishmar. En esta cueva funeraria del desierto de Judea, también conocida por Cueva del Tesoro, se recuperaron 442 objetos envueltos en una estera, los cuales mayoritariamente eran de cobre arsenical y habían sido confeccionados por el procedimiento de la cera perdida (figura 16). En la época estaba más extendida la técnica del molde abierto, por lo que necesariamente habría sido necesaria una intensa familiarización con las producciones metalúrgicas, para lograr la destreza de los artesanos responsables de estas piezas. Resulta interesante señalar la proximidad de esta cavidad al santuario de Ein Gedi, a unos 12 km, en lo alto de un promontorio que se alza sobre el Mar Muerto, pues se ha barajado que ese depósito metálico pudiera ser una ocultación de las ofrendas del templo en un momento de inestabilidad social (figura 17). Y de otra cueva funeraria, Nahal Qana, proceden las primeras evidencias de metales preciosos en la zona, pues junto a varias piezas de cobre y objetos de marfil, se han encontrado seis anillos de electron y dos de oro, obtenidos en ambos casos por medio de intercambios comerciales.

Sin embargo, el hallazgo de un pequeño punzón obtenido por reducción junto a un enterramiento primario en un silo de Tel Tsaf (Israel), de finales del VI milenio BC, obliga a replantearse las cosas, pues es indicativo de que la



Figura 16. Depósito metálico de la cueva 1 de Nahal Mishmar (Israel) (según K. Garrett).



Figura 17. Santuario de Ein Gedi (Israel) (según K. Nowicki).

metalurgia del cobre dio sus primeros pasos en el Levante un milenio antes de lo que se pensaba. No se trata esta de una inhumación cualquiera, pues sobre la pelvis de esta mujer, de unos 40 años de edad, aparecieron más de 1.600 cuentas trabajadas sobre cáscara de huevos de avestruz, las cuales habrían estado

cosidas a su vestimenta o habrían formando parte de un adorno, hoy desaparecido (figura 18). En otros puntos del yacimiento se han recuperado cuentas similares, obsidiana y cerámica Ubaid, todo ello muestra de la participación de los habitantes de este núcleo en redes comerciales a larga distancia, a través de las cuales llegaron artículos del norte de Siria, Mesopotamia, Anatolia o Armenia entre el 5100 y el 4600 BC.

Así las cosas, el Calcolítico en el Próximo Oriente no puede considerarse meramente un momento de transición entre la Revolución Neolítica y la Revolución Urbana, sino un periodo en el que se va a desarrollar una metalurgia extractiva, en el que se van a consolidar las innovaciones ligadas a la Revolución de los productos secundarios, y en el que se van a intensificar los intercambios comerciales. El despegue de estos avances económicos y tecnológicos irán en paralelo a nuevos modelos de organización sociopolítica, que progresivamente se dejan sentir en el registro arqueológico desde el 5000 BC para irse afianzando con más fuerza en las centurias siguientes. Nos encontramos en un momento de expansión.



Figura 18. Arriba, vista del yacimiento de Tel Tsaf, Israel (5100-4600 BC). El silo que contenía el enterramiento femenino con el punzón se localiza en esquina superior izquierda de la imagen; abajo, detalle de la inhumación, apreciándose las cuentas de collar sobre la pelvis (según Y. Garfinkel *et al.* 2014).

BIBLIOGRAFÍA

Para el epígrafe 1

CHILDE, V.G. (1971): *Los orígenes de la civilización*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica, nº 92, Ciudad de México.

SHERRATT, A.G. (1981): "Plough and Pastoralism: Aspects of the Secondary Products Revolution". En I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.): *Pattern of the Past: Studies in Honour of David Clark*. Cambridge University Press, Cambridge: 261-305.

Para el epígrafe 2

MONTERO RUIZ, I. (ed.) (2011): *Manual de Arqueometalurgia*. Comunidad Autónoma de Madrid, Madrid.

MURILLO BARROSO, M. (2020): *La metalurgia. La revolución del metal*. Colección Origen. Atapuerca, Burgos.

ROVIRA LLORENS, S. (2004): "Tecnología metalúrgica y cambio cultural en la Prehistoria de la Península Ibérica". *Norba. Revista de Historia*, nº 17: 9-40.

TYLECOTE, R.F. (1987): *The Early History of Metallurgy in Europe*. Longman, Londres.

Para el epígrafe 3

MADDIN, R., STECH, T. y MUHLY, J. D. (1991): "Cayönü Tepesi: the earliest archaeological metal artefacts. En J. P. Mohen y C. Eluère (eds.): *Découverte du Métal*. Paris, Picard: 375-85.

MOLIST, M., MONTERO-RUIZ, I., CLOP, X., ROVIRA, S., GUERRERO, E. y ANFRUNS, J. (2009): "New Metallurgic Findings from the Pre-Pottery Neolithic: Tell Halula (Euphrates Valley, Syria)". *Paléorient*, 35(2): 33-48.

STRAHM, Ch. y HAUPTMANN, A. (2009): "The metallurgical developmental phases in the Old World". En T. L. Kienlin y B. W. Roberts (eds.): *Metals and Societies. Studies in honour of Barbara S. Ottaway*. Universitätsforschungen zur prähistorischen Archäologie 169. Bonn: 116-42.

Para el epígrafe 4

DÜRING, B.S. (2010): *The Prehistory of Asia Minor: From Complex Hunter-Gatherers to Early Urban Societies*. Cambridge University Press, Cambridge.

LIVERANI, M. (1995): *El Antiguo Oriente: historia, sociedad y economía*. Crítica, Barcelona.

MATTHEWS, R. (2013): *The Archaeology of Mesopotamia: Theories and Approaches*. Routledge, Londres.

POTTS, T. (ed.) (2019): *Uruk: First City of the Ancient World*. J. Paul Getty Museum.

SCHOOP, U.D. (2005): *Das anatolische Chalkolithicum*. Albert Greiner, Remshalden.

TAKAOĞLU, T. (2002): "Chalcolithic Marble Working at Kulaksizlar in Western Anatolia". *Tüba-Ar* V: 71-93.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. La Revolución de los productos secundarios alude a:
   a) Reciclaje de las producciones metalúrgicas.
   b) Aprovechamiento de los recursos del ganado sin sacrificarlo.
   c) Aleaciones de cobre y arsénico.
2. En la cadena operativa del cobre:
   a) Las temperaturas superan los 1000ºC.
   b) Las coladas se vierten en las vasijas-horno.
   c) Los crisoles y los moldes deben ser de metal.
3. Un yacimiento representativo del Calcolítico en Mesopotamia es:
   a) Hacilar.
   b) Eridu.
   c) Çatal Höyük.
4. Los ídolos de tipo Kilia son:
   a) Piezas antropomorfas sobre piedras duras.
   b) Amuletos de cobre.
   c) Plaquetas de hueso.
5. El nombre de una cultura calcolítica del Levante es:
   a) Uruk.
   b) Ubaid.
   c) Ghassuliense.

Tema 6

EL CALCOLÍTICO EN EUROPA: DIVERSIDAD GEOGRÁFICA, CULTURAL Y CRONOLÓGICA

Elisa Guerra Doce
Germán Delibes de Castro

1. EL ORIGEN DE LA METALURGIA EN EUROPA: UNA EXPLICACIÓN NO NECESARIAMENTE DIFUSIONISTA

Finalizada la Gran Guerra, las excavaciones europeas en *tells* del Próximo Oriente provistos de largas secuencias hicieron posible que la Arqueología tomara conciencia de la gran antigüedad de fenómenos como la aparición de la agricultura, el desarrollo de las primeras ciudades o el surgimiento de la escritura. Una antigüedad sin parangón en el continente europeo que indujo a los prehistoriadores, entre otros al australiano V.G. Childe, a alinearse con la célebre teoría "ex oriente lux", mediante la cual se reivindicaba que los principales destellos de la "civilización" se habían originado en el Creciente Fértil mucho antes de que cristalizaran en Europa. Frases como "la civilización que gradualmente alboreó en nuestro continente fue durante un largo tiempo solo pálido reflejo de la cultura de oriente" ilustran a la perfección este pensamiento, en el que tenía cabida también una innovación tecnológica, la metalurgia, cuyo descubrimiento habría sido también un logro de las comunidades proximorientales que tardaría en extenderse, cual mancha de aceite, por el resto del Viejo Mundo.

Instalado en ese planteamiento, Childe consideraba que la metalurgia solo había conseguido implantarse en Europa como consecuencia de un préstamo tecnológico foráneo, pues la producción de metal, como reclamara también años después Th. Wertime, se antojaba un proceso técnico demasiado complicado para que su invención pudiera haberse producido varias veces y de forma independiente en puntos distintos. En el caso del SE europeo el prestamista inmediato habría sido Troya, en el noroeste de Anatolia, donde se conocía el metal desde la segunda mitad del IV milenio, y desde Troya, seguramente habrían partido los emigrantes que, cruzando el estrecho de los Dardanelos y recorriendo el camino de los ríos Vardar-Morava en Tesalia, accedieron a la cuenca baja del Danubio llevando consigo no solo la receta de la reducción de los minerales de cobre, sino también otros elementos de filiación anatólica. Y una argumentación parecida, así mismo de marcado carácter difusionista como todas las de aquella época, servía también para explicar la aparición de la metalurgia en oeste del Mediterráneo, en este caso en el marco de la cultura de Los Millares que L. Siret había relacionado con la llegada de unos colonos originarios del Egeo (figura 1).

El paradigma difusionista childeano, al que siguen no faltando valedores, comenzó a ser discutido a mediados de los años 70 del siglo XX cuando C. Renfrew, apoyándose en las fechas de C-14 disponibles para la Edad del Cobre de los Balcanes (*grosso modo* la cultura arqueológica de Vinça, en Serbia), advirtió su anterioridad respecto a las de cualquier otro vecino metalúrgico, Troya incluida, planteando, en consecuencia, la posibilidad de que se tratara de un foco autónomo, un foco de invención. Utilizando ese



Figura 1. Mapa de la difusión de la metalurgia según la propuesta de V.G. Childe (cortesía Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid).

mismo criterio, Renfrew hizo una interpretación parecida de la cultura de Los Millares, para concluir que en el IV milenio BC en el entorno mediterráneo habían operado tres focos metalúrgicos autónomos: el proximoriental, con extensión en Egipto, el balcánico y el del este de la península ibérica. Tres focos metalúrgicos cuya independencia se apoyaba no solo en la mayor antigüedad de cada uno de ellos respecto a sus vecinos, sino también en el reconocimiento de especificidades en los procedimientos de reducción y fundición de minerales o en la propia tipología de los productos metálicos resultantes.

En la actualidad el modelo Renfrew, partidario de múltiples invenciones de la metalurgia en centros independientes, sigue siendo el más aceptado, algo a lo que sin duda han contribuido el reconocimiento de la gran antigüedad del hecho metalúrgico en los Balcanes (cerca del 5300 BC) y el rechazo de unas supuestas escorias metalúrgicas de hacia el 6500 BC halladas en el tell anatólico de Çatal Hüyük (en realidad, el fruto accidental de la alteración por fuego de un colorante de cobre). Pero, esté quien esté en lo cierto en este asunto, tanto defensores como detractores de la teoría childeana se sienten cómodos: 1) Concediendo al Próximo Oriente la condición de más antiguo foco metalúrgico, no en vano desde el IX milenio se trabajó allí el cobre nativo, y 2) Atribuyendo a las poblaciones prehistóricas del curso inferior del Danubio el mérito de haber sido las primeras del mundo en desarrollar una *metalurgia extractiva*, esto es, una metalurgia basada en la reducción de minerales.

Y ese mismo consenso incluye otro curioso detalle universalista: la asunción de que el interés inicial en cualquier punto de Eurasia por el mineral de cobre, sobre todo la verde malaquita, fue debido a su aprecio como pigmento y material de adorno, esto es a su color y simbolismo, no a su potencial metalúrgico, todavía por descubrir.

El debate monogenismo/poligenismo relativo a la emergencia de la metalurgia no puede considerarse cerrado a la vista del goteo de descubrimientos de sitios con restos de fundición muy antiguos que sigue produciéndose, tanto en Asia (el caso de Tal-i-Iblis en el sudeste de Irán, con crisoles y escorias del VI milenio BC) como en Europa (p.e. Cerro Virtud en Almería, Botteghino en el norte de Italia o Brixlegg el valle del Inn, en Austria, los tres de mediados del V milenio BC). Pero, incluso asumiendo varias invenciones independientes, lo lógico es pensar que los secretos de la metalurgia se propagaran desde sus correspondientes puntos de origen por difusión, aprovechando las redes de intercambio de bienes de prestigio que tan importante papel habían desempeñado entre las comunidades neolíticas. A través de ellas se sabe que fluyeron materias primas de lujo como la variscita y el ámbar, utilizadas para la fabricación de elementos de adorno, y por ellas hubo de fluir asimismo el primer metal, cobre y oro, que, nada casualmente, en muchas zonas de Europa adoptó también la forma de cuentas de collar, anillos y otros ornamentos. He ahí la prueba de que aquellos primeros metales, cuyas propiedades mecánicas no eran superiores a las de la piedra o el hueso, más que a la mejora de los instrumentos de producción o de las armas tuvieron como principal razón de ser la ostentación, erigiéndose por ello desde el principio en signos distintivos de las por entonces emergentes élites sociales.

2. LA CULTURA DE VINČA Y EL FOCO METALÚRGICO PRECOZ DE LOS BALCANES

El yacimiento de Vinča-Belo Brdo, descubierto a comienzos del siglo XX, es un extenso promontorio de 10 ha que se localiza en la orilla derecha del Danubio, en las inmediaciones de Belgrado. En realidad, es un tell de 9 m de potencia en el que se suceden ocupaciones que van del Neolítico Antiguo (horizonte Starcevo) a la Edad Media, aunque las que sirvieron para definir una cultura de Vinča corresponden al Neolítico Final y a la temprana Edad del Cobre. Como tal cultura arqueológica se divide en tres fases, Tordos, Gradac y Pločnik, desenvueltas entre 5300 y 4600 BC, y su impronta estricta se extiende por la actual Serbia-Montenegro, por el oeste de Bulgaria y por el Banato rumano. Sin embargo, a nivel más general, forma parte de la gran Cultura Balcánica de los Tells junto a los grupos regionales de Gumelnitsa en Bulgaria y Tracia, de Cucuteni en el sur de Rumanía, de Tiszapolgar en el sudeste de Hungría y de Dimini V en el norte de Grecia.

2.1. Los orígenes de la metalurgia extractiva

La condición metalúrgica de la cultura de Vinča fue advertida en los años 20 del siglo pasado, cuando las excavaciones en el tell de Pločnik, a 300 km al sur de Belgrado, documentaron en un ambiente a primera vista doméstico dos escondrijos compuestos por cinceles, brazaletes y hachas-martillo de cobre. Pese a tratarse de piezas muy pesadas y masivas, teniendo en cuenta su antigüedad se consideró entonces que pudieran ser manufacturas de cobre nativo, máxime cuando sus composiciones eran muy puras, pero en la actualidad está perfectamente acreditada la existencia en los Balcanes centrales de una metalurgia extractiva desde finales del VI milenio BC.

Los yacimientos más ilustrativos al respecto son Belovode, Pločnik, Divostin y Selevac, todos ellos con huellas del proceso de fundición: áreas de fuego con abundante carbón vegetal, parvas de mineral triturado, malaquitas (a veces viejas cuentas de collar) con indicios de tratamiento térmico, cerámicas con mineral adherido y superficies vitrificadas, goterones de cobre fundido etc. En el caso de Belovode parece claro que lo descubierto no era el taller sino un espacio aledaño al mismo; sin embargo, gracias a ciertos testimonios de Vinča-Belo Brdo, se deduce que la reducción del mineral se efectuaba en simples hoyos, seguramente con el complemento de chimeneas (vasijas altas, abiertas en ambos extremos), gracias a las cuales y al uso de pipas de soplado fue posible controlar las temperaturas en torno a los 1100ºC.

Del aprovisionamiento de mineral informan las minas de galería serbias de Rudna Glava, en funcionamiento entre 5400 y 4650 BC, cuyos pozos, en principio verticales, fueron modificando su trazado para adaptarse a los buzamientos de las vetas cupríferas. Algunos de tales pozos se internan casi 20 m en la caliza y fueron trabajados con picos de asta de ciervo y mazas de piedra ranuradas, no sin antes haberse aplicado fuego al frente de explotación para dilatar el mineral y enfriarlo abruptamente con agua, a fin de agrietarlo. Es reseñable también el hallazgo en los rellanos de las galerías de pequeños altarcillos y estatuillas de cerámica, todos muy típicos de la cultura de Vinča, que se interpretan como ofrendas dedicadas a la diosa Tierra, en un intento de compensarla por lo que minería subterránea suponía de profanación.

Las de Rudna Glava no fueron las únicas minas de cobre explotadas en los Balcanes; otras fueron Jarmovac, Mali Šturac/Rudnik o Zidarovo. Pero aquellas tienen el interés de ser de las pocas que conservan intacta la huella de las labores calcolíticas. La mina polimetálica de Ai Bunar, en las montañas de Sredna Gora (Bulgaria), adolece en buena medida de ese problema (los trabajos modernos han ido enmascarando la explotación original), pero su importancia debió de ser enorme pues se calcula que los minerales allí beneficiados sirvieron para obtener cientos de toneladas de cobre limpio. Sin embargo, la impronta de tan brillante pasado minero se reduce a unas pocas trincheras al aire libre y a contadas herramientas de asta y piedra. La inexistencia de

escoriales en las bocaminas de Rudna Glava o en los alrededores de Ai Bunar no permite pensar, de momento, en una primera reducción de minerales *in situ*, pero es algo que, debido a la escasez de escorias en los espacios metalúrgicos de los asentamientos, no puede descartarse del todo.

Los talleres metalúrgicos se aprovisionaban preferentemente, por simple ley del menor esfuerzo, en los yacimientos cupríferos más próximos; sin embargo el estudio del metal y del mineral procesado en Belovode, aunque remite en gran medida a un afloramiento vecino, Ždrelo, a solo 10 km, también atestigua la signatura isotópica y las impurezas características de criaderos bastante más alejados, como los de Majdanpek (todavía actualmente en explotación) o Zidarovo, en Serbia y Bulgaria respectivamente. Todo ello no hace sino subrayar la importancia de las redes de intercambio de la época.

Dos elementos importantes de la cadena de producción metalúrgica, los crisoles y los moldes, apenas están presentes en el registro arqueológico del Cobre balcánico, dejando en penumbra cómo se abordaron el refino de coladas y el moldeado. De las excavaciones de Belovode procede un fragmento de molde de arcilla tal vez para el vaciado de un cincel o escoplo sencillo, plano e inspirado en los pulimentados neolíticos, tipo Pločnik. Sin embargo, no se tiene constancia de la existencia de moldes más sofisticados como los que hubieron de ser necesarios para el colado de las piezas más originales de la metalurgia de Vinča: las masivas hachas-martillo, tipo Vidra, y las hachas-azuela, ambas con perforación para el mango e imitadoras de ejemplares de piedra. Y la razón tal vez sea que los moldes, de solo una valva pese a la complejidad de la manufactura, fueron de arcilla cruda, como los utilizados para herramientas similares en algunas zonas de Asia, o inclusive de arena, por lo que apenas dejan huella en el registro arqueológico. En todo caso, tales objetos, que, como revelan las metalografías, son con seguridad productos de fundición, no piezas de cobre obtenidas por forja en frío, se distribuyeron en gran cantidad por todo el curso inferior y medio del Danubio (a destacar el lote aparecido recientemente en Polkovnik Taslakovo, Bulgaria) y una posibilidad que se contempla es que lo hicieran como lingotes, sin la forma definitiva (carentes aún de la perforación central), como sucede con un ejemplar conservado en el Museo de Berlín (figura 2).



Figura 2. Izquierda, cuentas de malaquita alteradas térmicamente del espacio metalúrgico de Belovode (Serbia) (Fotografía de Šljivar, 2006). A la derecha, depósito de Polkovnik Taslakovo (Bulgaria) con cinceles y hachas-martillo (Foto: D. Chernakov).

Aunque su base sea muy teórica, ciertos datos resultan bastante ilustrativos de cara a ponderar la importancia de la actividad metalúrgica calcolítica en los Balcanes: se ha calculado que el cobre superviviente de dicha época en el SE europeo es en conjunto de 4,5 toneladas repartidas entre más de 4.000 objetos. Un dato que los partidarios de situar el origen de la metalurgia extractiva en esta zona del planeta se apresuran, comprensiblemente, a esgrimir, tras comprobar que la cifra de piezas comparables y coetáneas registradas en el Próximo Oriente (descontando, por tanto, los cobres nativos) se reduce a un centenar, es decir, a cuarenta veces menos.

Al no existir evidencias concluyentes de talleres metalúrgicos con dedicación exclusiva, se ha valorado la posibilidad de que la producción de metal fuera un quehacer doméstico, realizado en el seno de cada familia (p.e., en la casa 2 del asentamiento de Selevac, con un posible horno de fundición). Sin embargo, si volvemos los ojos a las necrópolis búlgaras de las costas del Mar Negro queda claro que aquellas tumbas que registran en sus ajuares mayor cantidad de piezas de oro y de elementos de lujo de origen exótico son las mismas en las que se concentran los objetos de cobre, lo que prueba que se trataba de bienes a los que no tuvieron acceso en igualdad de condiciones todos los miembros de la comunidad. Tal vez, por ello, merezca la pena valorar la idea de que la mayor parte de la producción hubo de hacerse en talleres por descubrir en la periferia de los asentamientos.

2.2. Una sociedad jerarquizada: la necrópolis de Varna

Para analizar el mundo funerario calcolítico de los Balcanes nos desplazamos a su extremo oriental, donde se localizan los grandes cementerios de Varna (294 enterramientos) y Durankulak (más de 1.200), los dos muy cerca de la costa del Mar Negro, en Bulgaria. Si en las inmediaciones del primero no existe ningún poblado de enjundia con el que relacionarlo, el segundo constituye el complemento de un notable tell, registrándose en ambos un mismo tipo de sepultura, de inhumación individual en fosa. Los esqueletos de la mayoría de los varones adoptan posturas supinas extendidas, mientras que las mujeres tienden a presentarse apoyadas sobre el costado derecho con las extremidades inferiores flexionadas. Las cabezas de ambos suelen orientarse al N o al NE y los cuerpos no es raro que se presenten embadurnados de ocre, tal vez el tinte de un sudario. Otro rasgo común a estos dos yacimientos es la

existencia de cenotafios, de enigmáticas tumbas sin cuerpos. Pero la característica más destacada es la presencia de enterramientos con ajuares de gran suntuosidad, especialmente en Varna, acaso por corresponder a un momento ligeramente más tardío (segundo tercio del V milenio BC).

En el ajuar de las tumbas raramente faltan las vasijas cerámicas, cuyo número, muchas veces superior a siete, tiende a ser proporcional a la edad de los inhumados. Suelen ser cerámicas muy cuidadas, a veces con decoración grafitada e incluso con adherencias de polvo de oro, que se colocan cerca de la cabeza y sobre el cuerpo de los difuntos. Pero lo que convierte a Varna en un cementerio excepcional para su época es la abundancia de objetos metálicos y de otros elementos de lujo. La suma total de pectorales, brazaletes, cuentas de collar y apliques de ropa de oro –las manufacturas áureas más viejas del mundo, se dice– asciende a 3.000 y su peso ronda los 6 kg. Los objetos de cobre, entre las que se cuentan cinceles y hachas martillo perforadas de tipo Vidra, son más de 160. Las piezas de piedra tallada y pulimentada, casi 300. Y los adornos de concha (brazaletes, cuentas de collar, elementos de complicados pectorales…) 13.000: 1000 de *spondylus* y el resto de *dentalium*.

No está muy claro de dónde procede el oro, pero el origen de la mayoría de los restantes materiales es ajeno a la región y solo pudo llegar a través de comercio o intercambios a larga distancia: los cobres, según los análisis de isótopos del plomo, tienen su origen en minas de la propia Bulgaria (Madni Rid y Ai Bunar) y en el criadero serbio de Majdapenk; la cornalina de las cuentas de collar procede de Siria; la nefrita y la jadeíta de las hachas de piedra perforadas, de Afganistán e Italia respectivamente; y las conchas de *spondylus* llegaron con toda probabilidad desde el Egeo.

Abundan, pues, los objetos suntuarios, pero están muy desigualmente repartidos ya que se concentran en solo unas pocas tumbas. La más rica es, con diferencia, la número 43, correspondiente a un varón de unos 50 años y 1,75 de estatura, en la que se recogieron 900 objetos de oro con un peso de 1,5 kg: brazaletes, adornos de un tocado de cabeza, cuentas de collar macizas, apliques de ropa, un gran pectoral redondo de chapa y, con carácter único, una funda o estuche fálico. Y junto a ellos, además de los consabidos vasos cerámicos, un hacha-martillo, cuatro cinceles y una punta de jabalina de cobre, así como varias pulseras de *spondylus*. Desde el punto de vista simbólico sobresale el hallazgo junto al brazo derecho, tal vez asido por su mano, de las preciosas fundas cilíndricas de oro de un cetro de madera (?) que remataba en un hacha de piedra perforada (figura 3).

El número de cenotafios en la, como es conocida, "necrópolis dorada de Varna" es sorprendentemente elevado (más de 40), y se presta a especular sobre quienes pudieron ser sus titulares. La explicación más usual es que son sepulturas de personajes muertos lejos de sus hogares, pero ¿es creíble que murieran en esas condiciones tantos como uno de cada siete de los enterrados en el cementerio? En todo caso, estas falsas tumbas suelen disponer de ajuares



Figura 3. Detalle del enterramiento 43 de la necrópolis de Varna (Bulgaria) (Foto: Museo Arqueológico de Varna).

espectaculares (el peso del oro de tres de ellos, los números 1, 4 y 36, asciende a 3,5 kg) y no raramente cuentan entre sus ofrendas con unas curiosas máscaras de barro adornadas también con apliques áureos, que podrían representar a ancestros concretos.

Las sepulturas de Varna revelan que la riqueza –el oro, brillante, escaso e inoxidable; el cobre, caro y tecnológicamente exigente, y los bienes de origen lejano, como la roja cornalina– estaba en manos de unos pocos personajes y, significativamente, de los mismos que, según los estudios de isótopos, tuvieron acceso a una alimentación más rica en proteínas marinas. Son los poderosos de la época, una minoría al frente de una sociedad patriarcal, cuyo poder es posible que descansara, en parte, en la explotación y comercialización de la sal producida en factorías excepcionales como la de Provadia Solnitsata. Los investigadores se refieren a ellos como "jefes", como "príncipes" e incluso como los gobernantes de un flamante "protoestado". Una situación, sea cual sea el caso, que, aunque a escala menos aparatosa, encuentra réplica también en el mundo de Vinča: las 26 personas enterradas en la necrópolis de Gomolava son varones, constituyen solo, pues, un segmento escogido de la población y, en tanto parte de él, nada tiene de particular que en el ajuar de varios de ellos (tumbas 8 o 12) estén presentes los prestigiosos objetos de cobre.

2.3. La esfera doméstica: arquitectura, economía y ritual

La continuidad que se registra en la arquitectura doméstica de la Cultura de los Tells de los Balcanes a lo largo del Neolítico y de la Edad del Cobre

contradice la posibilidad de relacionar las novedades calcolíticas con la llegada de un contingente demográfico foráneo. El modelo de casa de la primitiva cultura de Starčevo, rectangular, de paredes de barro y vigas de madera, y con una media de 9x5 m, no sufrió variaciones en la cultura de Vinča, lo mismo que su equipamiento interior: idénticos hogares redondos y hornos en forma de herradura, por lo general alejados de la puerta, iguales molinos de piedra, anclados en el suelo, y parecidas repisas o poyetes de arcilla separando ambientes. La imagen de una de las casas del tell de Parta ilustra perfectamente cómo eran la techumbre, los alzados, la distribución y las infraestructuras de aquellas viviendas permanentes, en las que los bucráneos embutidos en las paredes (modelados en barro y con el añadido de cuernos reales) jugaron un importante papel simbólico. Pero la forma no fue lo único que se perpetuó; también se mantuvo la distribución ordenada de las casas en el poblado, todas con la misma orientación, pero en estricto aislamiento y rehuyendo, por tanto, agruparse en manzanas o alinearse para formar calles (figura 4).

En la fase Vinča si sufrió mudanza, sin embargo, el tamaño de los asentamientos, pues las modestas aldeítas de los primeros agricultores se convirtieron a finales del VI milenio BC en establecimientos muy poblados de decenas de hectáreas. La información no procede tanto de las excavaciones, limitadas a pequeñas cuadrículas, como de las prospecciones geofísicas, capaces de descubrir la huella magnética de 200 viviendas en solo una parte del sitio de Crkvine, al sur de Belgrado, y de 800-1000 en el solar del enclave de Divostín, estas últimas suficientes para albergar a una población de 5.000 personas. No es menos cierto, sin embargo, que también hubo núcleos de población menores, como Gomalava y Ulvar, con 115 y 80 casas respectivamente.

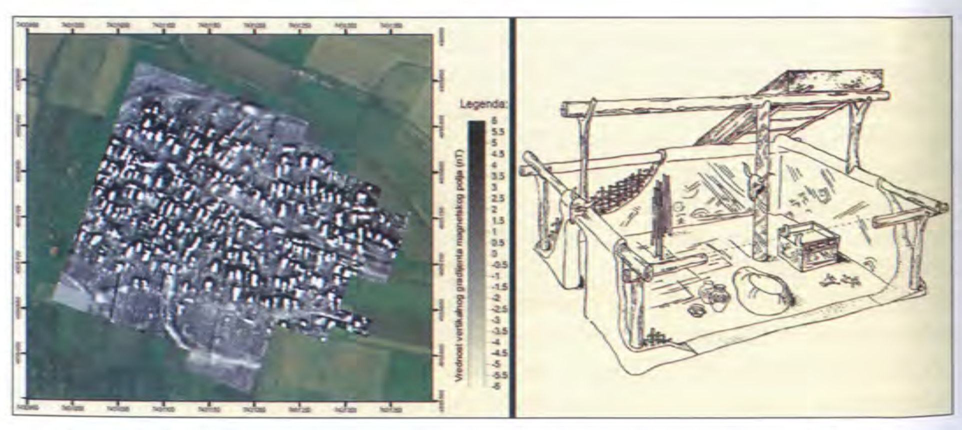


Figura 4. Izquierda, concentración de viviendas en plano magnetométrico del poblado de Crkvine (Serbia) (según A. Crnobrnja, 2011). Derecha, propuesta de reconstrucción (distribución y alzados) de una casa del poblado de Parta (según B. Jovanovic, 1991).

Es comprensible, a la vista de tales agrupaciones que haya quien hable de centros protourbanos, e incluso, como V. Nikolov, quien reivindique la condición de ciudad, con su acrópolis o ciudadela amurallada de mediados del V milenio BC, en el caso de Provadia Solnitsata. Pero, a falta en general de obras públicas y de grandes edificios en las zonas centrales de los poblados, parece más acertado considerarlos simples macroaldeas. Pero unas aldeas en las que cada vez eran más numerosos los especialistas resquebrajándose la base del "modo doméstico de producción" (todas las necesidades se resuelven en el seno familiar) si consideramos la especificidad de los conocimientos requeridos por los nuevos oficios de minero, de metalúrgico, de orfebre, de fabricante de cerámicas grafitadas con panes de oro o de productor de ídolos.

Más trabajo cuesta asumir que tan grandes transformaciones en el poblamiento y en la producción de artesanías no discurrieran en paralelo a una revolución en las actividades económicas básicas, agricultura y ganadería. Sin embargo, los estudios zooarqueológicos, pese a registrar un fuerte incremento por entonces del ganado vacuno en perjuicio del ovino, siguen negando que se hubieran empezado a aprovechar ya sus recursos secundarios (trigo y leche). El objetivo principal de la cría seguía siendo, pues, producir carne, aunque tal vez desarrollando formas complejas de pastoreo (trashumancia). Pero el hecho de seguir privados de la fuerza de tracción de los bueyes, se antoja un obstáculo insalvable para pensar en cambios de fondo en el modelo de agricultura cerealista neolítica de la zona.

Pero, volviendo a los hábitats, en los tells son frecuentes las huellas de fuego y los restos de viviendas quemadas, que tradicionalmente se asociaban a incendios –accidentales o atribuidos a episodios bélicos– que asolaron por completo los asentamientos. Investigaciones modernas han reparado, sin embargo, en que los incendios afectan a casas o grupos de casas aislados no a poblados completos y que su grado de destrucción y calcinación no es el que podría producir un incendio accidental, pues con frecuencia se alcanzaron temperaturas superiores a los 1000ºC, sólo posibles con una carga extra de combustible. Ello, unido a la comprobación de que los incendios se inician sistemáticamente dentro de los edificios y a que nunca se salvan de la quema los ajuares domésticos (resignación a que sucumban en el fuego), ha llevado a concluir que las casas fueron quemadas deliberadamente con todos sus pertrechos, a modo de sacrificio. El hallazgo en ciertos casos de huesos humanos en su interior permite considerar la idea de que la casa se destruía (y renovaba) a la muerte del *pater familias*. Y, en cuanto a las colecciones de estatuillas de barro que, perfectamente colocadas, aparecen aplastadas por los derrumbes de paredes y techos (son célebres las de Cascioarele, en el sur de Rumanía) ya no hay dudas de que constituyen parte de la oblación y que representan el mismo papel que los ajuares en las tumbas. Estas son las líneas maestras de la célebre teoría de las "burned houses" del Cobre balcánico.

Por último, los intentos de encontrar en los asentamientos indicadores de las asimetrías sociales registradas en los cementerios no han dado resultado. Apenas se atisba en Divostin una posible coincidencia entre casas mayores, casas con ajuares domésticos más ricos y casas con presencia de objetos de cobre. Y H. Todorova apunta tímidamente a que una gran dependencia del tell de Durankulak, pese a no tener un ajuar especialmente rico, podría haber sido la "sede del dignatario". Datos insuficientes. De momento la arqueología no ha sido capaz de apreciar en el escenario de la vida cotidiana huellas de la jerarquía social atisbada en las necrópolis. Sí se ha destacado, en cambio, el posible simbolismo en este sentido de 43 figuritas de barro recuperadas en la esquina de un horno de una de las "burned houses" de Crkvine. Son levemente antropomórficas, aunque sin detalles distintivos de género, portan sobre el hombro herramientas en miniatura (picos, mazas, hachas) y rodean a un personaje modelado con mucho más esmero y que las dobla en tamaño. Todo hace pensar que estamos ante una representación de la comunidad, en la que –gracias a sus herramientas– se destacan los distintos roles de los productores, pero también y sobre todo la *auctoritas* de quien, desde una posición central, los organiza y administra (figura 5).



Figura 5. Conjunto de figuritas de barro de la casa 1 de Crkvine (Serbia) (según D. Bailey, 2005).

El mundo retratado, con grandes núcleos de población, con reconocidos especialistas (p.e., mineros y metalúrgicos) y con un modelo social que consentía que solo unos pocos personajes tuvieran acceso a los bienes suntuarios, poco tenía que ver ya con las sociedades neolíticas segmentarias o comunalistas. Era una realidad mucho más compleja y organizada en la que incluso pudo haber surgido una precoz escritura jeroglífica, muy discutida, cuyo mejor exponente son las tablillas de Tartaria (Rumanía). Nada tiene de extraño, así, que algunos investigadores, como señalábamos antes, hayan sentido la tentación de calificar a las sociedades calcolíticas de los Balcanes como protoestatales.

3. LOS PUEBLOS NORDPÓNTICOS Y SU EXPANSIÓN POR CENTROEUROPA: EL ORIGEN DE LOS INDOEUROPEOS

3.1. Breve introducción al problema indoeuropeo

El término "indoeuropeo" fue acuñado por sir William Jones en 1786 y se instaló entre los filólogos a finales del siglo XVIII y en los comienzos del siglo XIX para referirse a un ingente grupo de familias lingüísticas de Europa y Asia (del Itálico al Tocario, pasando por el Céltico, el Germánico, el Báltico, el Eslavo, el Helénico, el Albanés, el Anatólico, el Armenio, el Indoario y el Iranio) que constituyen la base de buena parte de las lenguas actuales. T. Young, allá por 1813 defendió que todas aquellas familias descendían de un ancestro común. Desde entonces la paleontología lingüística, sirviéndose de los elementos comunes de muchas de tales lenguas, ha sintetizado en el laboratorio un "protoléxico indoeuropeo", PIE, que se supone la lengua original (Ursprache) de aquel pueblo. Y, como entre los términos del protoléxico se repetían los relativos al ganado (rebaño, vaca, oveja, cerdo, perro etc.), O. Schrader vino a deducir que el pueblo original (Urvolk) había sido básicamente pastor y con toda probabilidad también nómada, al ser identificado con unos "arios" que, a caballo y conduciendo carros, según el Rigveda, habían penetrado en tiempos inmemoriales en el subcontinente indio (figura 6).

El principal desafío a partir de ese momento fue localizar la Urheimat, la patria original de ese pueblo protoindoeuropeo que cada vez se identificaba más peligrosamente con una raza. Y se formularon para ello, con más o menos fundamento, multitud de propuestas: Escandinavia, las estepas situadas al norte del Mar Negro, Centroeuropa, el Cáucaso, Anatolia, Irán, el Himalaya…, mereciendo en general mayor crédito las del centro que las de los extremos del área de dispersión de las lenguas indoeuropeas. Desde los años 60 del siglo pasado la hipótesis más aceptada fue la de M. Gimbutas, que fijó la cuna en las estepas nordpónticas, aportando para ello una documentación arqueológica abrumadora. Más recientemente, sin embargo, C. Renfrew apostó fuerte por otra candidatura, al asociar la difusión de las lenguas indoeuropeas con la expansión de aquellas comunidades neolíticas del Próximo Oriente, anatólicas sobre todo, que hace 8000 años llevaron consigo la agricultura y la ganadería a todo el continente europeo.

El problema de ambas formulaciones era el mismo: la arqueología tradicional tenía dificultades para demostrar con rotundidad la existencia de movimientos poblacionales, de suerte que estos, incluso en las siempre sólidas y bien documentadas síntesis sobre la Prehistoria europea de V.G. Childe, nunca superaban la condición de hipótesis. Por suerte, la arqueología más

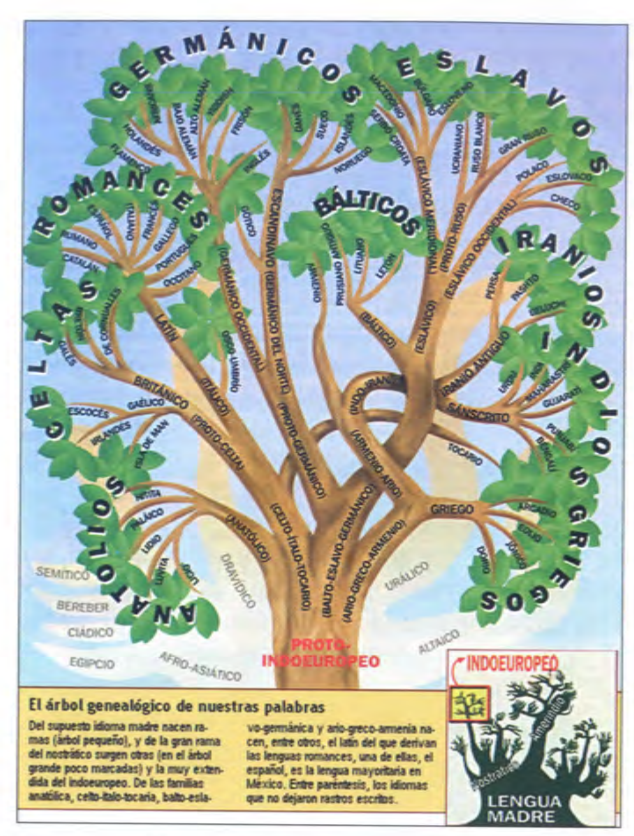


Figura 6. Representación del árbol de las lenguas derivadas del gran tronco protoindoeuropeo (según S. Arango, en https://prestamosmarme.weebly.com/home/clasificacion-de-prestamo-linguistico).

moderna se ha podido servir de ciertos procedimientos, como el estudio del ADN o de los isótopos de estroncio del esmalte dental, que permiten rastrear la movilidad de los pueblos prehistóricos, y gracias a ellos las interpretaciones de Gimbutas, la explicación conocida comúnmente como "de los raids kurganes" (kurgán, en ruso, significa túmulo), se nos presenta actualmente como la más plausible y cercana a la realidad. Es el resurgimiento de la "teoría de las estepas" que se concreta arqueológicamente en la expansión de los Yamnaya –los representantes de una cultura asentada en Ucrania y el sur de Rusia– tanto hacia el este, hasta alcanzar los Montes Altai, como hacia el oeste donde fueron los responsables de la aparición a comienzos del III milenio BC de la cultura de la Cerámica de Cuerdas. Nos situamos todavía en la Edad del Cobre, aunque en un momento muy avanzado de la misma, mil años posterior al apogeo de Vinça en los Balcanes, razón por la cual en el este europeo comienzan a documentarse inclusive las primeras aleaciones de cobre y estaño.

3.2. La cultura Yamnaya: arqueología y ADN antiguo

Se identifica antes por la homogeneidad de sus tumbas que por sus lugares de habitación, no bien conocidos como consecuencia de su movilidad. Los enterramientos adoptan la forma de fosas simples, para un solo individuo o todo lo más dos, que se recubren con un montículo o túmulo de planta circular y aspecto cónico, que es el Kurgán. Los esqueletos de los inhumados yacen dentro de ellas en decúbito supino, con las piernas encogidas, no siendo raro que determinados miembros (cabeza, manos o pies) aparezcan teñidos con polvo rojizo. Y los ajuares incluyen vasijas de cerámica (en cuya fabricación se utilizan como desgrasante conchas machacadas) (figura 7), adornos de plata para el pelo, puñales de espiga de cobre y hachas de este mismo metal, si no ya de bronce, los cuales se acompañan de huesos de animales domésticos (oveja, cabra, cerdo, caballo, buey), resultado, no está claro, si de ofrendas o de banquetes de despedida de los difuntos. No es raro que bajo el mismo túmulo, a veces agrandándolo, se depositen en momentos posteriores nuevos enterramientos, lo que pone de manifiesto la continuidad entre la fase Pit Grave (desde el 3300 BC) y la posterior Yamnaya Tardía o de las Tumbas de Catacumba, del 2200 en adelante. En todo caso, unas y otras sepulturas, por lo general de varones, corresponden a una minoría social preeminente (de ahí su habitual representación en estelas hincadas en el kurgán), desconociéndose el ritual funerario que pudo aplicarse al grueso de la población.



Figura 7. Cerámica yamnaya (Museo Hermitage de San Petersburgo) (Foto: Evgeny Genkin).

Los límites iniciales de la cultura yamnaya se sitúan en el Dniester y los Montes Urales, abarcando una franja de un millar de kilómetros de ancho que discurre en paralelo al Mar Negro y al Cáucaso. Pero las relaciones con la cultura de Maikop (3600-3000), localizada al norte de la citada cordillera y con el túmulo epónimo como principal estandarte, fueron muy estrechas e hicieron posible que las gentes de las estepas mantuvieran contactos indirectos con el mundo civilizado de Mesopotamia. A partir del 3000 BC, en todo caso, el territorio se ensanchó notablemente y, como consecuencia de una gran migración, en plena madurez Yamnaya, las fronteras se ampliaron hasta el Asia central por el este y hasta el Rin por el oeste.

Los factores que favorecieron la migración han sido brillantemente expuestos por D. Anthony, de la Universidad de Harvard. Aquellas gentes, que renunciaron a vivir en grandes poblados estables como sus predecesores del Calcolítico Inicial, eran ganaderos móviles y disponían tanto de caballos como de carros. Los primeros, domesticados desde mediados del IV milenio seguramente al este de los Urales, debieron ser muy útiles para la conducción de los rebaños, y en cuanto a la disponibilidad de los segundos, está perfectamente acreditada por esas mismas fechas desde Hungría hasta Mesopotamia. De los carruajes yamnaya en concreto, además de algunas piezas votivas de barro (p.e., Elista), son testimonio bien elocuente las gruesas ruedas de madera de numerosas sepulturas (figura 8); un ritual funerario, este de las tumbas de carro, acreditado desde el 3300 BC en el yacimiento nordcaucásico de Sharakhalsun. Pero Anthony sobre todo pone el acento en el interesante detalle de que las palabras rueda, eje, yugo, relacionadas claramente con los carruajes, así como el verbo “ir en vehículo”, figuran ya en el Protoléxico lo que considera una razón fundamental para identificar a los Yamnaya con los protoindoeuropeos.

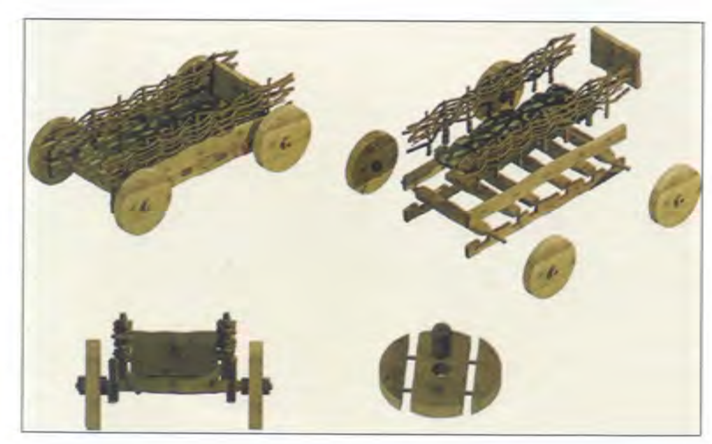


Figura 8. Carro de cuatro ruedas del kurgán nº 4 del sitio de Ulan IV (Rusia). Cultura Yamnaya, fase Catacumbas (según N. Shishlina, 2014).

A tales argumentos se ha añadido recientemente, además, el de la migración, el de saber, gracias a los estudios de paleogenética, que los Yamnaya se expandieron a lo largo del tercer milenio más allá de los límites de su territorio original. Estudiando el ADN de los huesos de las sepulturas de las estepas nordpónticas, se ha reconocido la existencia en las poblaciones de la zona de un genoma singular mezcla de antiguos cazadores recolectores del este de Europa (EHG) y del Cáucaso (CGH). Se identifica sobre todo con los haplogrupos R1b-M269 y R1a-M417 y lo más reseñable es que los genetistas han comenzado a detectar su presencia de un derivado de los anteriores (R1a-Z645) en el centro y occidente de Europa desde el 3000 BC, demostrando que hubo un flujo o desplazamiento de población en sentido este-oeste.

No se conocen bien los motivos por los que los Yamnaya, las gentes de las estepas orientales que hoy vuelven a centrar la atención como principal candidato a ser el Urvolk protoindoeuropeo, se dieron a la migración. Gimbutas se sintió atraída por la opción de unas operaciones de conquista o raids de carácter prácticamente militar; Anthony, por el contrario, no contempla tanto la idea de un ejército nómada como de un flujo continuo de varones (el ADN parece decir algo de esto) ambiciosos y deseosos de incorporar como pastos los campos de cultivo de sus vecinos, lo que no siempre hubo de resultar fácil. Fuera cual fuera el procedimiento, la vieja teoría de las estepas ha resurgido vigorosa a la hora de explicar los orígenes de los indoeuropeos.

3.3. El grupo centroeuropeo de la Corded Ware Culture (CWC)

Recibe este nombre un vasto complejo cultural que se extiende del Rin al Volga y de los Alpes y el alto Danubio al sur de Suecia y Finlandia, cuyo elemento distintivo es una cerámica decorada con impresiones de cuerda (figura 9). Fue bautizado así en 1883 (Schnurkeramik en alemán), y se le denomina también complejo del Hacha de Combate por la presencia en las tumbas varoniles de estas simbólicas armas de piedra perforadas (figura 10). Se data a partir del 3000/2900 BC y aunque se identifica con la Edad del Cobre, por su territorio habían circulado ya objetos de metal (p.e., hachas-azuela de cobre y adornos de oro) desde mucho tiempo antes, en su mayoría originarios de la cuenca de los Cárpatos y de los Balcanes. La razón, por otra parte, de hablar de un complejo cultural y no de una cultura arqueológica obedece al reconocimiento dentro de él de comportamientos regionales diferenciados que justifican la individualización de distintos grupos: la cultura de las Tumbas Individuales (Single Grave) en Dinamarca, la de los Vasos de Pie Saliente (Protuding Foot Beaker o PFB) en los Países Bajos, la de las Hachas Barco en Suecia, las de Zlota y Rzucewo en Polonia, la de Fatjanovo en el centro de Rusia y los grupos clásicos más meridionales del centro de Alemania, de Bohemia-Moravia y de Suiza (figura 11).



Figura 9. Ajuar con vaso cordado, hacha de combate y discos de ámbar de una tumba de varón (Dinamarca) (https://www.dandebat.dk/eng-dk-historie8.htm). A la derecha, detalle del vaso.



Figura 10. Hachas de combate de piedra, variedad "hachas barco", de Escandinavia. Grupo de la Corded Ware (https://www.wikiwand.com/en/Corded_Ware_culture#/Single_Grave_culture).

Aun así, los prehistoriadores tienden a considerar a la "Corded Ware" como un fenómeno unitario y paneuropeo en el que pesan más las regularidades que las diferencias regionales. Aquellas, por ejemplo, se aprecian especialmente en el mundo funerario. La antigua tradición neolítica de tumbas colectivas, caso de los grandes megalitos daneses, queda definitivamente atrás

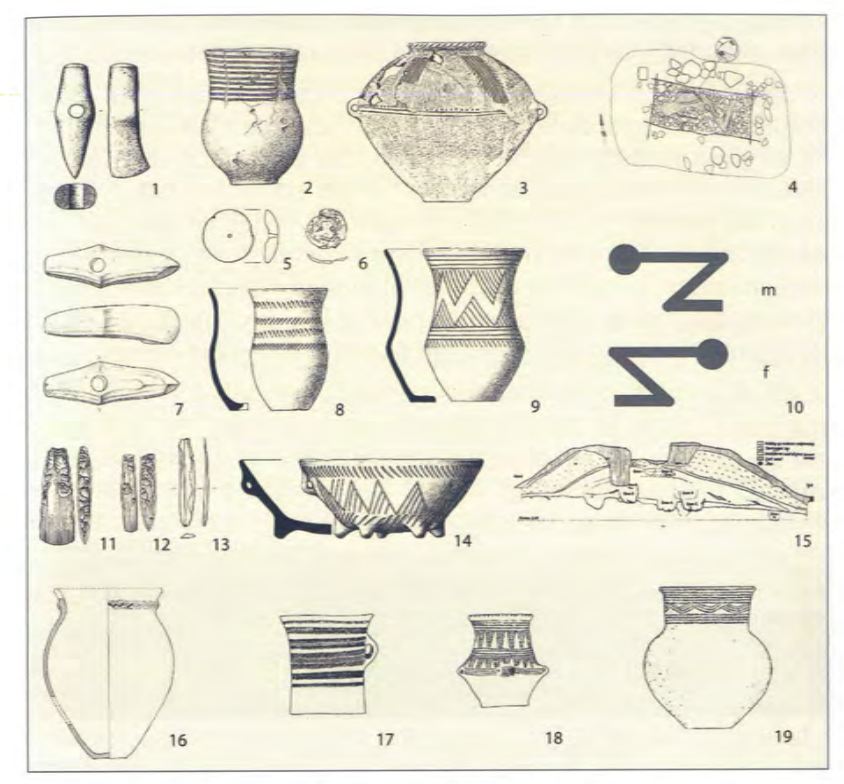


Figura 11. Elementos distintivos de la Corded Ware. El nº 10 es un croquis de la postura de los varones (m) y mujeres (f) dentro de las tumbas (según M. Furholt).

para generalizarse un modelo de sepultura individual, plana o, con mayor frecuencia, bajo túmulo (figura 12). Los enterramientos suelen formar pequeñas necrópolis de unas docenas de tumbas, que llegan a ser 170 en Vikletice en Moravia, y se repiten en ellas otras constantes como que el número de las sepulturas de hombres adultos supere ampliamente al de mujeres, como que los cuerpos de unas y otros adopten posturas diferenciadas (cuerpo replegado en ambos, los de los hombres recostados sobre el flanco derecho con la cabeza orientada al oeste y los de las féminas, al revés, sobre el costado izquierdo y mirando al este) o como la rareza de enterramientos infantiles. También es reseñable la regularidad de las ofrendas en las tumbas masculinas, con un vaso de beber y a veces un ánfora cordados, raros elementos de cobre y alguna pieza de hueso, además de puntas de flecha de sílex que han servido para tildar de arqueros a sus poseedores (figura 13), máxime cuando sobre la cara interna de una de las lajas de la sepultura alemana de Göhlitzsch, en Sajonia, figuran grabados un arco reflejo y un carcaj con paralelos sorprendentemente próximos en sepulturas del Cáucaso. Tales armas que, junto a las habituales hachas

de combate y a los puñales de sílex se pueden acompañar de otros elementos suntuarios, denotan la superioridad social de los guerreros.

Los investigadores destacan la similitud en todo el territorio de las tumbas varoniles, considerándolas por ello el indiscutible fósil-guía de la Corded Ware. Y en gran medida sucede así porque las evidencias de asentamientos son escasas y en general mal conocidas lo que no ha impedido deducir que el modelo de poblamiento cordado, a base de pequeñas granjas atendidas por familias mononucleares, fue muy distinto del de los grandes poblados de periodos anteriores. El tamaño de los asentamientos fue ciertamente reducido, las viviendas adoptaron planta rectangular y las construcciones de madera, bastante ligeras, transmiten una imagen de provisionalidad acorde con formas



Figura 12. Necrópolis tumular de la Corded Ware de Almind, en Jutlandia, región de Dinamarca meridional (https://www.dandebat.dk/eng-dk-historie8.htm).

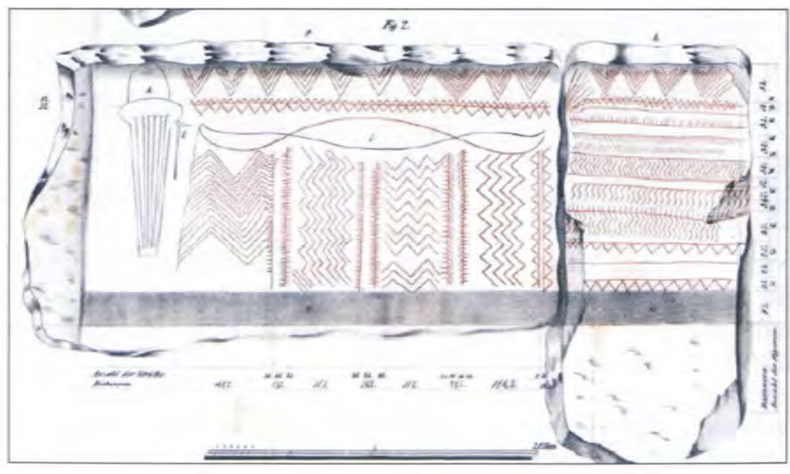


Figura 13. Losa grabada de una sepultura de la Corded Ware en Göhlitzsch (Alemania) en la que se representan un arco reflejo y un carcaj (según W. Dorow, 1832).

de vida caracterizadas por una acusada movilidad. Sin embargo, este estereotipo, válido grosso modo para el sector oriental de la Corded Ware, no parece aplicable a los Países Bajos a Dinamarca y a Centroeuropa donde se conocen poblados pequeños pero en los que podían vivir unas decenas de personas y de signo permanente, como los palafíticos suizos de Baar-Früebergstrasse, o los alemanes del Alto Rín. Por tanto, en el capítulo del hábitat la homogeneidad del complejo cordado es relativa dando la razón a quienes, por encima de visiones panorámicas, se muestran partidarios de análisis de pequeña escala, focalizados en grupos regionales concretos.

La misma reflexión es aplicable a las estrategias de subsistencia. La escasez de datos sobre los lugares de habitación afecta también al conocimiento de la economía cordada, pero considerando la provisionalidad de los asentamientos, el retroceso de las tierras de cultivo frente al pastizal que acreditan los análisis de polen y la simbólica presencia de huesos de buey en los enterramientos se tiende a deducir que la cría de ganado vacuno constituyó el eje de la subsistencia y el motor de la economía (se aprovechaba no solo la carne sino también la leche y la fuerza de tiro). Una idea compartida por V.G. Childe quien no dudó en afirmar, por ello, que las gentes cordadas habían sido ganaderos nómadas y que las tumbas varoniles con presencia de armas correspondían a una élite de pastores-guerreros.

Hoy se asume que, aunque en determinados espacios y circunstancias pudo ser una realidad, el pastoralismo de gran movilidad no fue una actividad ni universal ni exclusiva. El estudio isotópico del vacuno del yacimiento danés de Gassemosen confirma la práctica de cierta trashumancia, pero bien cerca de él, en el este de Jutlandia, la ocupación fundamental del campesino era el cultivo de trigo. En los Países Bajos está acreditada una economía de amplio espectro, en la que convivían el cultivo de cereales y la ganadería, y algo parecido sucede en los poblados de los lagos suizos, con una economía mixta, o en el asentamiento alemán de Wattendorf-Motzenstein que J. Müller atribuye a una "comunidad agraria". Tampoco es ocioso recordar algunos de los argumentos aducidos por E. Neustupny, en un trabajo clásico en favor de la práctica agrícola en el mundo cordado, como la existencia de surcos hechos con arado ligero bajo túmulos daneses, la utilización de cereales como desgrasante en la pasta de algunas cerámicas o la constatación de dientes de hoz. En resumen, la importancia alcanzada por el ganado vacuno no puede cuestionarse, pero teniendo en cuenta la variedad de los nichos ecológicos existentes en el vasto territorio de la Corded Ware, tampoco pueden sorprender respuestas económicas diferenciadas ni, llevando las cosas al extremo, comprobar que en los asentamientos polacos del Báltico, por ejemplo, la mayor parte de la proteína animal consumida procediera de la caza de mamíferos marinos, especialmente focas.

En todo caso, la transformación de las amplias comunidades neolíticas en unidades sociales más reducidas con la consiguiente sustitución del modelo de asentamiento (de amplias aldeas a pequeñas granjas), la emergencia de

unas élites guerreras y los avances, aunque más discutibles, del pastoralismo, representan en conjunto un punto de inflexión en la prehistoria reciente europea que justifica el interés de los investigadores por desentrañar sus causas. La hipótesis de una suplantación poblacional causada por una migración de pueblos pastores originarios de las estepas nordpónticas siempre ha contado con gran número de adeptos debido a los numerosos rasgos compartidos por las culturas cordada y yamnaya: mismos enterramientos, parecida escasez de asentamientos, prácticas ganaderas intensivas, etc. En todo caso, su principal paladín fue M. Gimbutas para quien el propio éxito de las prácticas ganaderas de los pueblos del norte del Mar Negro les habría obligado a ampliar su territorio con el fin de alimentar a unos rebaños crecientes. "Llegó el momento –dice textualmente– en que resultó más fácil penetrar en las tierras cultivadas de los vecinos del oeste que explotar los suelos más pobres de la estepa".

La Arqueología de los años 70 y 80 del siglo pasado, ante la imposibilidad de acreditar desplazamientos poblacionales, se mostró reacia a este tipo de explicaciones invasionistas y planteó otras opciones. S. Shennan, por ejemplo, relacionó la gran transformación acaecida por entonces en Centroeuropa con la necesidad que sintieron las poblaciones locales de adaptarse a una crisis ecológica generalizada, y A. Sherratt se limitó a reconocer simples influencias llegadas del este, entre las que destacaba la adopción de los vasos de beber decorados con cuerdas como resultado de la incorporación de rituales funerarios en los que se consumían bebidas alcohólicas durante la despedida de los personajes masculinos más influyentes. La genética, sin embargo, como se expuso más arriba, ha revolucionado el panorama y demuestra que el tercer milenio fue un periodo de grandes cambios demográficos. Un estudio del instituto Max Plank de Jena demostró en 2015 que la población de la Corded Ware, en parte a través del análisis de individuos del cementerio de Esperstedt, en Alemania, es genéticamente muy próxima a la de las estepas rusas mostrando un 79% de ancestría yamnaya, un 17% de la población neolítica anterior y un 4% de los cazadores recolectores, asimismo locales, previos. Una afinidad que alcanza incluso, a la tolerancia, nada habitual por entonces en Europa, que ambas poblaciones presentan a la lactosa. Y la lectura consecuente es que el complejo de la Corded Ware fue el resultado de una invasión masiva desde el este que alcanzó al corazón de Europa; la misma que, con toda probabilidad, permitió incorporar a este espacio la lengua indoeuropea. La investigación más reciente se ha esforzado en matizar las cosas, discutiendo si la migración fue masiva y repentina o de pequeños grupos y espaciada en el tiempo (un flujo lento de genes), si fue pacífica o violenta, etc, pero lo cierto es que entre las dos grandes posturas, migración o no migración, con los nuevos datos parece inevitable decantarse por la primera.

En paralelo al fenómeno de la Corded Ware, en las estepas húngaras y la cuenca de los Cárpatos se desarrolló otra cultura arqueológica, la de Baden, que se diferencia de aquella, entre otros detalles, por la adopción de una cerámica de gran personalidad, oscura, bruñida, decorada con acanaladuras

y con formas nuevas como copas y jarras con asa para el consumo de bebida. La investigación clásica (N. Kalicz) asoció la aparición de esta vajilla a una llegada masiva de poblaciones anatólicas, pero parece más convincente la explicación de que los nuevos tipos de vasos se debieron a cambios en los hábitos alimentarios, al aumentar el consumo de leche. En todo caso, la cultura de Baden, con enterramientos tumulares en los que no son raros como ofrendas los restos de animales domésticos, tampoco escapó a la influencia de los pueblos de las estepas.

4. EL CALCOLÍTICO EN EL SUROESTE DE EUROPA: LA PENÍNSULA IBÉRICA

4.1. Introducción

En la península el término "Calcolítico" o Edad del Cobre, en tanto periodo de la prehistoria interpuesto entre Neolítico y Edad del Bronce, fue empleado por vez primera en el tercer cuarto del siglo XIX por Juan Vilanova y Piera y alguno de sus contemporáneos, pero quienes realmente lo llenaron de contenido fueron los hermanos Louis y Henri Siret, ingenieros de minas belgas instalados en Almería. Al margen de su exitoso quehacer profesional, fueron capaces de construir una secuencia prehistórica del valle del Almanzora que dieron a conocer en un libro clásico, *Les premiers* âges *du métal dans le sud-est de l'Espagne*, publicado en 1887. Louis Siret, ya en solitario, sería también el descubridor del que sigue siendo el yacimiento más emblemático de la Edad del Cobre entre los españoles, Los Millares, y gracias a su excavación y a la de algunos otros asentamientos coetáneos igualmente almerienses, como Almizaraque, alcanzó a captar los rasgos arqueológicos esenciales de las comunidades del Sudeste en el inicio de la Edad de los Metales: Conocían ya los secretos de la metalurgia del cobre; reactivaron la economía y, de resultas, experimentaron un gran avance demográfico; vivieron en poblados mucho mayores y más complejos que las pequeñas aldeas neolíticas y, a juzgar por la circulación de objetos suntuarios y por su concentración en las tumbas de solo ciertos linajes, asistieron al inicio del resquebrajamiento del modelo de sociedad igualitaria o comunalista que había imperado hasta entonces.

Siret, consciente de la trascendencia de tales novedades, se interrogó por sus causas e, imbuido por la filosofía "ex oriente lux" tan arraigada en su época, los asoció a la llegada a la península de unos colonos orientales que identificó inicialmente con los fenicios. Más tarde, convencido de que Los Millares tenían que ser anteriores a estos, buscó conexiones más antiguas en el Egeo, paralelizando las tumbas de cúpula megalíticas millarenses con el célebre *tholos* del Tesoro de Atreo de Micenas. Y, por último, los prehisto-

riadores de mediados del siglo XX (Almagro, Arribas, Blance o Sangmeister) recuperaron la vieja teoría de las colonias, llevando también su presencia a los alrededores de Lisboa (Vila Nova de São Pedro y Zambujal), pero atribuyeron su fundación a unos comerciantes cicládicos más antiguos, de los inicios de la Edad del Bronce. Explicaciones todas ellas, en suma, difusionistas que hoy merecen poco crédito tras comprobarse que la antigüedad de las supuestas colonias occidentales (desde algo antes del 3000 BC) era mayor que la de sus presuntas metrópolis. Una asunción clave para comenzar a explorar la hipótesis autoctonista que hoy prevalece.

Una de las grandes novedades de la investigación del siglo XX ha sido comprobar que el mismo nivel de "civilización" acreditado por Siret en Los Millares se extiende a todo el mediodía peninsular muy especialmente al Bajo Guadalquivir, y al sur de Portugal. Al norte del Tajo, sin embargo, aunque no falten algunos destellos civilizadores, por ejemplo metalúrgicos, la Edad del Cobre no da muestras de la misma brillantez y complejidad, siendo más bien su imagen la de un Neolítico con metal.

4.2. Una actividad metalúrgica no exenta de particularidades

El primero en reclamar para la península ibérica la condición de foco metalúrgico independiente fue C. Renfrew, apoyándose para ello en su precedencia respecto al Mediterráneo oriental. Y el tiempo vino a darle la razón con el descubrimiento de un fragmento de crisol con escoria rica en silicio y hierro, de nada menos que mediados del V milenio BC, en el asentamiento de Cerro Virtud, en Almería. Aunque resulta desconcertante la falta casi absoluta de evidencias metalúrgicas entre esa fecha y finales del IV-comienzos del III milenio, que es cuando empieza a generalizarse la producción de cobre en el Sudeste, el testimonio de Cerro Virtud continúa siendo clave para reclamar la prioridad de la metalurgia de la península ibérica en el oeste de Europa.

Los primeros objetos metálicos peninsulares, en tanto productos de una tradición metalúrgica propia, son bastante diferentes de los de los Balcanes o Centroeuropa y revisten la forma de hachas planas que recuerdan a las de piedra pulimentada, escoplos, punzones de doble punta, sierras, puñales triangulares, etc: muchas más herramientas que armas y muy pocos elementos de adorno. El volumen de metal en circulación debió de ser escaso si tenemos en cuenta, de acuerdo con datos de I. Montero, que el total de las piezas conocidas en el Sudeste no supera los seis centenares o que el peso de la totalidad de los elementos de cobre recuperados en las extensas excavaciones de un yacimiento de la entidad de Zambujal asciende a solo tres kilos. Y en cuanto a la amortización de aquellos primeros objetos de cobre, algunos lo hicieron seguramente en tareas productivas pero la mayoría como ofrendas en espacios funerarios, denotando que el primer metal fue más importante en el plano social (la ostentación) que en el utilitario.

En las explicaciones clásicas sobre el Calcolítico del Sudeste peninsular suele sobredimensionarse el papel de la metalurgia, considerándosela el motor del gran desarrollo instrumental y económico acontecido en el III milenio. La idea, que hacía presumir la existencia de grandes talleres y de producciones centralizadas, está actualmente en entredicho y hoy se sabe que en la cultura de Los Millares el metal se trabajó a pequeña escala, en modestas infraestructuras y, como una manufactura más, dentro del espacio doméstico: en Almizaraque entre las casas y en Las Pilas en el interior de una de estas. Sólo en el yacimiento epónimo pudo existir un espacio metalúrgico específico, localizado dentro de un edificio rectangular en vez de redondo como la generalidad de las viviendas. La reducción se hacía en hogares circulares, a modo de cubetas excavadas en el suelo y con un peralte de barro, en cuyo fondo se colocaba un recipiente de cerámica plano, de ahí que se hable de vasijas-horno. Pero, en realidad, más que un horno era una hoguera bien ventilada (con el auxilio también de pipas de soplado) en la que, como ha demostrado la Arqueología Experimental, se alcanzaban temperaturas cercanas a los 1.200ºC con las que, con mayor o menor dificultad (buena parte del mineral quedaba sin procesar, aprisionado en la escoria), se conseguía separar el metal de la ganga.

Tanto en el espacio de fundición del poblado de Las Pilas como en el asentamiento no lejano de Santa Bárbara, además de aquellas cubetas o *camp fires*, se registra la presencia de crisoles de barro, todavía con adherencias metálicas, testimonio de la fase de refino. Sin embargo falta cualquier información sobre la fase de ahormado del metal, tal vez porque lo hicieron en moldes de arena. Ya moldeado, el producto era finalmente sometido a una fase de acabado, puliéndolo y limando las rebabas, aunque algunas de las piezas –solo unas pocas– fueran resometidas al fuego (fase de recocido) para endurecerlas y hacerlas menos quebradizas.

Este mismo modelo de producción artesanal y de pequeña escala regía también en el sur de Portugal (p.e., en la casa V de Zambujal, cerca de Lisboa) y en Extremadura (San Blas), y solo en el oeste de Andalucía (Cabezo Juré, en Huelva y Valencina de la Concepción, en Sevilla) se habla de oficinas metalúrgicas de mayor entidad, con estructuras de reducción ventiladas ya por toberas en vez de simples boquillas de soplado a pulmón (figura 14). En el "megapoblado" de Valencina, en concreto, se defiende la existencia de todo un "barrio metalúrgico" con decenas de cubetas de reducción –se discute si son hornos más complejos–, centenares de crisoles y toberas, decenas de kilogramos de mineral de cobre y más de quince kilos de escorias. Como contrapunto del modelo anterior, aquí estaríamos ante un gran centro metalúrgico al servicio no solo de los habitantes del propio yacimiento sino de todo un mercado exterior, revelando la existencia de una sociedad compleja con especialistas. Valencina ejemplificaría no ya la primera fase metalúrgica sino una metalurgia consolidada, desenvuelta en el segundo cuarto del III milenio BC.



Figura 14. Crisoles y objetos de cobre de Cabezo Juré (Huelva) (cortesía F. Nocete).

Para saber cómo fue el aprovisionamiento de mineral de las primeras oficinas metalúrgicas del Sudeste, apelamos a los resultados del análisis por isótopos del plomo de los minerales y del metal producido en tres yacimientos almerienses ya mencionados, Almizaraque, Las Pilas y Santa Bárbara, los cuales se localizan en una zona donde los veneros de Cu no son raros. Y la primera observación es que el acopio de mineral no estaba necesariamente centralizado en el criadero cuprífero más próximo: en Las Pilas se procesaba mineral de Pinar de Bédar, Sierra Almagrera y Cerro Minado, a 10, 20 y 30 km de distancia respectivamente. Y en Santa Bárbara y Almizaraque, pese a su vecindad al criadero de Las Herrerías, el mineral venía de Cerro Minado, donde existen indicios de minería prehistórica. Esta diversidad de procedencias de los minerales procesados no era tal, sin embargo, cuando no había tanta disponibilidad en el entorno, de manera que en Zambujal, por ejemplo, el mineral reducido venía mayoritariamente de la zona de Ossa Morena, a unos 150 km. Otro detalle interesante es que en general se priorizaba el uso de minerales de cobre ricos en arsénico, por saberse que el metal resultante –los célebres cobres arsenicales– aventajaba mecánicamente a los cobres simples.

4.3. Un nuevo modelo de poblamiento: macroaldeas o megasitios, pero no ciudades

Los asentamientos de la Edad del Cobre, como corresponde a una etapa de demografía creciente y en la que se impuso definitivamente la vida sedentaria, fueron mayores y tuvieron una entidad constructiva muy superior a la de las aldeas neolíticas. En el sur de la península su extensión supera con frecuencia la decena de hectáreas, se calcula que cobijaron a cientos cuando no a miles de personas, se parapetan nada raramente tras complejos fosos y sistemas de murallas, que no cabe sino calificar de obras públicas, y cuentan con el complemento de cementerios formados por tumbas monumentales de carácter megalítico.

El poblado de Los Millares constituye un excelente ejemplo de la nueva situación. Investigado por Siret desde 1892, está emplazado en la meseta de un espolón situado en la confluencia de la rambla de Huéchar y del río Andaráx, en Santa Fe de Mondújar (Almería), y su caserío ocupa una extensión superior a las 4 ha (figura 15). La posición es marcadamente defensiva y en sus inmediaciones se localiza una vasta necrópolis de casi un centenar de sepulcros megalíticos. Las excavaciones efectuadas por la Universidad de Granada han documentado cuatro líneas de muralla que aíslan el poblado del resto de la meseta: murallas de piedra en seco, de hasta tres metros de espesor en algunos puntos, a las que se refuerza con bastiones semicirculares y torres huecas además de con una aparatosa barbacana en la puerta principal. Todo ello compone un excepcional complejo fortificado que se completa con una docena de fortines o torreones, aislados y a cierta distancia de la acrópolis, que debían constituir la primera línea de defensa. Por el interior del poblado y sin orden aparente se reparten las viviendas, casas circulares de piedra, de hasta seis metros de diámetro, sin compartimentación interior. La identificación de solo algunas de ellas impide conocer el número de las existentes y, por tanto, hacer una estimación de cuántas personas vivían en Los Millares, pero, tomando como referencia el número de defensores necesarios para rentabilizar las imponentes fortificaciones, se ha calculado que por lo menos 1.500, cifra importante que justifica el calificativo de "centro protourbano".

En la desembocadura del Tajo y en el sur de Portugal los asentamientos presentan habitualmente las mismas o muy parecidas fortificaciones –el mejor conocido es el de Zambujal, con cuatro líneas de muralla en torno a un torreón central, todas ellas, igual que en Los Millares, con ventanitas o saeteras desde las que disparar con los arcos– pero los yacimientos son claramente menores, de en torno a 1 ha, por más que conste que extramuros había también agrupa-



Figura 15. Recreación del asentamiento fortificado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería) (cortesía Junta de Andalucía).



Figura 16. Vista aérea del asentamiento fortificado de Zambujal, en la península de Lisboa (cortesía Instituto Arqueológico Alemán).

ciones de viviendas (figura 16). Se calcula que la población de Leceia, uno de estos yacimientos, era de dos centenares de personas; no se trataba, pues, más que de una aldea, pero sabemos que actuaba como un "lugar central" y sus fortificaciones debieron ser un signo de soberanía respetada por los pequeños asentamientos diseminados en un radio de 15 km.

Pero las verdaderas "megaaldeas" mencionadas más arriba se localizan en el sur de Extremadura y en el valle del Guadalquivir: lo fueron en principio La Pijotilla en Badajoz, con 80 ha, Porto Torrão en el Algarve (100 ha), Marroquíes Bajos en Jaén (113 ha) y Valencina de la Concepción, en el Aljarafe sevillano, ¡con más de 400 ha! De momento, en ninguna de ellas resulta posible cuantificar la densidad de ocupación ni, en consecuencia, calcular la población que albergaban por más que un fenómeno de tales dimensiones invite a considerar que parte de sus numerosos habitantes hubieron de dedicarse a actividades no exclusivamente agrarias o campesinas. La huella en varios de estos yacimientos de series de fosos concéntricos de extraordinaria amplitud, conocidos comúnmente como "recintos de fosos", aunque su función no fuera necesariamente defensiva (como parece claro en Perdigões), da una idea también de la enorme capacidad que aquellas comunidades tenían para movilizar una fuerza de trabajo (figura 17).

En torno a todos estos asentamientos, siempre emplazados estratégicamente pensando en la defensa, pero también y sobre todo, en el control vidual del territorio circundante, se encuentran sus cementerios constituidos por imponentes sepulcros megalíticos. Casi un centenar ellos, bastante agrupados, constituyen la necrópolis de Los Millares, situada en las afueras del asentamiento (figura 18); y en Valencina el número es menor y su patrón de distribución más disperso, pero los monumentos son todavía más



Figura 17. Recinto de fosos múltiple de Perdigões, sur de Portugal (cortesía ERA Arqueologia).



Figura 18. *Tholos* de la necrópolis de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería) (cortesía Junta de Andalucía).

colosales, con largos corredores y cúpulas inmensas, como puede verse en La Pastora, Matarrubilla, Ontiveros, o Montelirio. Se trata, en principio, de tumbas colectivas que, sobre la base de la magnificencia de su construcción y de la riqueza de sus ajuares, hubieron de corresponder a linajes destacados; pero parece seguro, además, vista la cortedad de sus osarios, que sólo acogieron a los individuos más prestigiosos de las comunidades titulares de los mismos.

4.4. Circulación de elementos de prestigio y élites sociales

La documentación sobre la economía de la época no se hace eco a primera vista de prácticas agrícolas o ganaderas revolucionarias, pero es evidente que el aumento demográfico ya señalado sólo hubo de ser posible con un incremento importante de la productividad, al que seguramente contribuyó la utilización del buey como elemento de tiro. El reconocimiento de trillos, delatores de una cerealicultura intensiva, solo se explica disponiendo de una fuerza tractora que posiblemente estaba en condiciones de conducir también algún tipo de arado ligero. En todo caso fue una economía capaz de producir por encima de las necesidades subsistenciales, pues al menos una parte de los excedentes agropecuarios fueron canalizados a la adquisición de objetos de lujo, esencialmente adornos, que funcionaban como símbolos de distinción o estatus. Un hecho que se tradujo en la aparición durante la Edad del Cobre, o más bien en su desarrollo pues existían desde antes, de unas "redes de intercambio de bienes de prestigio", por las que circulaban objetos de materiales raros y con frecuencia exóticos, además de otros producidos por artesanos especializados.

Durante la primera mitad del III milenio BC se extendió por el mediodía peninsular, en efecto, el uso de elementos de marfil y de ámbar o de cuentas de cáscara de huevo de avestruz, todos ellos de origen foráneo y que dan cuenta de conexiones a larga distancia. La mayor parte del marfil (de elefante e hipopótamo) y la cáscara de huevo de avestruz llegaban desde el norte de África, pero una parte del primero es de origen asiático. Y el ámbar no venía, como casi siempre se ha creído, del norte de Europa, sino de Sicilia. También formaban parte del set de elementos de prestigio los adornos de oro, sobre todo apliques de chapa, los fundidos de cobre, una variada colección de curiosas figuras de alabastro o calcáreo, por ejemplo, ciertos ídolos oculados del suroeste (figura 19), especialmente comunes en los yacimientos de la península de Lisboa, y las cuentas y colgantes de una piedra verde semipreciosa, la variscita, de la que se conocen minas en contados sitios de la península: Barcelona, Huelva y Zamora, siendo estas últimas las más explotadas en este momento.



Figura 19. Ídolo oculado de mármol procedente de Extremadura (cortesía del Museo Arqueológico Nacional).

El exótico marfil –el asiático seguramente desembarcado en el Sudeste y el africano en la desembocadura del Guadalquivir– suele presentarse manufacturado (p.e. ídolos antropomorfos como el de El Malagón, en Granada, o el mango y la vaina de profusamente decorados de un puñal de cristal de roca de uno de los *tholoi* de Valencina), pero lo importado era la materia prima como demuestra el hallazgo de una defensa de elefante casi completa hallada en una tumba de Montelirio, de nuevo en el complejo de Valencina. Todo ello, al igual que el trabajo del oro asimismo documentado en este yacimiento, demuestra la existencia de especialistas. Pero lo más importante es consignar que la mayoría de los objetos de prestigio se concentran en tumbas excepcionales. R. Chapman al estudiar la necrópolis megalítica de Los Millares ya advirtió que los objetos de lujo aparecían en las sepulturas mayores y en las situadas más cerca de la fortificación. Pero como caso más llamativo apelamos una vez más a Valencina de la Concepción, a una de sus tumbas, el tholos de doble cámara de Montelirio, con un ajuar extraordinario: una vajilla cerámica completa, casi dos centenares de puntas de flecha, un precioso puñal tallado en cristal de roca, cuentas y adornos de ámbar, chapitas de oro con decoración repujada, una riquísima colección de objetos de marfil (peines, figuritas zoomorfas, vaina y empuñadura de puñal, discos, cilindros, paletas…) y más de un millón de cuentas de concha perforadas, que en su día debieron figurar como apliques en la vestimenta de las inhumaciones depositadas en la cámara mayor. Como ha escrito L. García Sanjuán "a la luz de los magníficos ajuares suntuarios que algunos miembros de la élite acumularon en sus enterramientos (…) parece claro que la comunidad o comunidades que ocupaban Valencina disponían de un importante capital a invertir en costosas parafernalias exóticas" (figura 20).



Figura 20. Daga de cristal de roca con puño y vaina de marfil del tholos de Montelirio (Valencina de la Concepción, Sevilla) (cortesía Grupo ATLAS).

BIBLIOGRAFÍA

Para el epígrafe 1

CHILDE, V. G. (1968): *Los orígenes de la sociedad europea*. Ed. Ciencia Nueva, Madrid.

MONTERO RUIZ, I. y MURILLO BARROSO, M. (2016): "Los inicios de la metalurgia y el valor social del metal". *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, 7: 15-29.

ROBERTS, B., THORNTON, C. y PIGOTT, V. (2009): "Development of metallurgy in Eurasia". *Antiquity*, 83: 1012-22.

Para el epígrafe 2

CHAPMAN, J. (1999): "Deliberate house-burning in the prehistory of Central and Eastern Europe". En A. Gustafson y H. Karlsson (eds): *Glyfer och arkeologiska rum - en vänbok till Jarl Nordbladh*. University of Göteborg, Göteborg: 113-26.

HIGHAM, T., CHAPMAN, J., SLAVCHEV, V., GAYDARSKA, B., HONCH, N., YORDANOV, Y. y DIMITROVA, B. (2007): "New perspectives on the Varna cemetery (Bulgaria). AMS dates and social implications". *Antiquity* 81: 640-54.

RADIVOJEVIC, M. y REHREN, T. (2015): "Paint it black. The rise of metallurgy in the Balkans". *Journal of Archaeological Method and Theory*, 23: 200-37.

RENFREW, C. (1969): "The autonomy of the south-east European Copper Age". *Proceedings of the Prehistoric Society*, 35: 12-47.

Para el epígrafe 3

ANTHONY, D.W. (2007): *The Horse, the Wheel, and Language: How Bronze-Age Riders from the Eurasian Steppes Shaped the Modern World*. Princeton University Press, Princeton.

ANTHONY, D.W. (2020): "Los Yamnaya y la arqueología de los orígenes indoeuropeos". *Desperta Ferro. Arqueología & Historia*, 33: 32-43.

HAAK, W., LAZARIDIS, I., PATTERSON, N., ROHLAND, N., MALLICK, S., LLAMAS, B., *et al.* (2015): "Massive Migration from the Steppe was a Source for Indo-European Languages in Europe". *Nature*, 522(7555): 207-11. doi:10.1038/nature14317.

MÜLLER, J., SEREGÉLY, T., BECKER, C., CHRISTENSEN, A. M., FUCHS, M., KROLL, H., *et al.* (2009): "A Revision of Corded Ware Settlement Pattern: New Results from the Central European Low Mountain Range". *Proceedings of the Prehistoric Society*, 75: 125-42.

NEUSTUPNÝ, E. (1969): "Economy of the Corded Ware Cultures". *Archeologické rozhledy* 21: 43-68.

Para el epígrafe 4

BERROCAL, M. C., GARCÍA SANJUÁN, L. y GILMAN, A. (eds.) (2013): *The Prehistory of Iberia. Debating Early Social Stratification and the State*. Routledge, New York-Oxford.

CARDOSO, J. (2007): *Pré-História de Portugal*. Universidade Aberta, Lisboa.

CHAPMAN, R. W. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El Sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Editorial Crítica, Barcelona.

GARCÍA SANJUÁN, L., VARGAS JIMÉNEZ, J. M., HURTADO PÉREZ, V., RUIZ MORENO, T. y CRUZ AUÑÓN, R. (eds.) (2013): *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla). Investigación y tutela en el 150 aniversario del Descubrimiento de La Pastora*. Universidad de Sevilla, Sevilla.

MOLINA, F. y CÁMARA, J.A. (2005): *Guía del yacimiento arqueológico de Los Millares*. Junta de Andalucía, Sevilla.

MONTERO RUIZ, I. y MURILLO BARROSO, M. (coords.) (2016): "Dossier. Los orígenes de la metalurgia: transmisión de conocimiento versus innovación tecnológica". *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, 7: 12-67.

NOCETE CALVO, F. (2001): *Tercer Milenio antes de nuestra Era. Relaciones y contradicciones centro-periferia en el Valle del Guadalquivir*. Bellaterra, Barcelona.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. El más antiguo foco metalúrgico del mundo se encuentra en:

   a) Los Balcanes.
   b) Próximo Oriente.
   c) Las islas Británicas.

2. Los elementos más característicos de la metalúrgica balcánica durante la Edad del Cobre son:

a) Las hachas tipo Vidra.
b) Las puntas Palmela.
c) Los crisoles y los moldes.

3. Las "casas quemadas" del Calcolítico balcánico se relacionan con:

a) Incendios naturales.
b) Enfrentamientos con grupos yamnaya.
c) Destrucciones deliberadas a la muerte del cabeza de familia.

4. Los enterramientos de los yamnaya se localizan:

a) En monumentos megalíticos.
b) En kurganes.
c) En cistas.

5. Las evidencias metalúrgicas más antiguas de la península ibérica se han encontrado en:

a) Cerro Virtud.
b) Zambujal.
c) Valencina de la Concepción.

Tema 7

EL HORIZONTE CAMPANIFORME

Elisa Guerra Doce
Germán Delibes de Castro

1. INTRODUCCIÓN

Hacia el 2500 BC, avanzada la Edad del Cobre, se extendió por un vasto territorio que comprendía dos terceras partes de Europa (centro y oeste) y una franja del norte de África, un complejo cultural conocido por fenómeno campaniforme. Esta denominación le viene dada de su manifestación arqueológica más distintiva: un vaso cerámico de forma acampanada y esmerada decoración. Habitualmente este recipiente se asocia a otras piezas, con las cuales parece conformar un equipamiento, pero a diferencia de estas, en las que se observan ciertas variaciones regionales, el vaso es el común denominador a todos los lugares en los que se ha documentado este fenómeno, de ahí que se alce como su principal seña de identidad.

El momento de mayor esplendor del fenómeno campaniforme se sitúa en la segunda mitad del III milenio BC, aunque sus inicios se remontan al 2750 BC según apuntan algunos yacimientos de Portugal, para ir desapareciendo –al menos en su faceta material– hacia las primeras centurias del II milenio BC.

Aun registrándose en poblados y en espacios relacionados con actividades de producción, el equipamiento campaniforme se ha recuperado preferentemente en contextos funerarios, por lo que su significado parece trascender la esfera doméstica. Además, el rasgo más sobresaliente de los enterramientos campaniformes es que son excepcionalmente ricos, pues los objetos allí depositados están por completo ausentes en la generalidad de las tumbas de la época, lo que evidencia la vinculación de este fenómeno a una destacada minoría social.

A finales del Calcolítico, por tanto, hubo ciertos individuos que accedieron al equipamiento campaniforme y otros, que no: hubo gentes con campaniforme y gentes sin campaniforme. Esta circunstancia impide catalogar a este fenómeno arqueológico en términos de cultura, pues según los planteamientos de G. Kossinna y V.G. Childe, una cultura arqueológica vendría representada por un equipamiento material, pero también por similares tipos de lugares de habitación o de prácticas funerarias, entre otros aspectos, algo que no ocurre con el campaniforme. Sin embargo, lejos de constituir un mero conjunto de elementos utilitarios y ornamentales vinculados a una minoría, el fenómeno campaniforme tiene hondas implicaciones sociales, económicas, políticas, ideológicas y simbólicas, de ahí que su estudio se haya convertido en uno de los temas estrella de la Prehistoria reciente europea.

2. EL EQUIPAMIENTO CAMPANIFORME

Los vasos campaniformes se hicieron acompañar en los enterramientos de toda una serie de ofrendas o elementos de ajuar que incluían armas, joyas y complementos de vestido, cuidadosamente seleccionados para la ostentación, esto es, para dar cuenta del prestigio de los inhumados: objetos de cobre cuya producción exigía conocimientos tecnológicos sofisticados, solo al alcance de consumados especialistas; adornos de un metal bello y escaso como el oro; o manufacturas de materias primas procedentes de lugares lejanos, caso del marfil o el ámbar, cuyo valor era directamente proporcional a la distancia de los lugares de aprovisionamiento.

2.1. El vaso campaniforme estándar

La pieza más representativa del equipamiento campaniforme es una vasija cerámica, modelada a mano, de color rojizo o anaranjado, con forma de campana invertida y una minuciosa decoración dispuesta en bandas horizontales que recorren toda su superficie por el exterior, desde el fondo hasta el borde. Dichas bandas aparecen rellenas de trazos oblicuos realizados mediante impresiones de instrumentos dentados o de conchas de moluscos, cuya dirección se va alternando en cada franja decorativa (figura 1). Una variante menos habitual es aquella en la que los trazos oblicuos son sustituidos por series de líneas impresas que discurren en paralelo. Algunos ejemplares presentan incrustaciones de pasta blanca (obtenida de calizas reducidas a polvo, huesos machacados y, en menor medida, talco) en los rehundidos de las impresiones con objeto de hacer más visible la decoración. Su morfología, pero también su capacidad, próxima al litro, resultan muy adecuadas para un consumo individual de líquidos, por lo que pronto los recipientes de este tipo fueron catalogados de vasos o cálices. Se trata con bastante seguridad de la pieza más antigua del equipamiento.



Figura 1. Vaso de estilo marítimo, internacional o puntillado de bandas, procedente de la gruta artificial de Alapraia 2 (Portugal) (cortesía de V. Gonçalves).

Al haber aparecido por todas las regiones donde se documenta el fenómeno campaniforme –desde el sur de Escandinavia, como límite septentrional, hasta el norte de África, como límite meridional, y desde el Vístula, los Cárpatos occidentales y el Mediterráneo central (incluyendo Sicilia) como límites orientales, hasta la fachada atlántica europea y las islas Británicas, por el oeste–, reciben la denominación de Vasos Internacionales; de Marítimos, por la elevada concentración de ejemplares en ciertas regiones costeras; y de puntillado de bandas, si se alude a su estilo decorativo (figura 2).

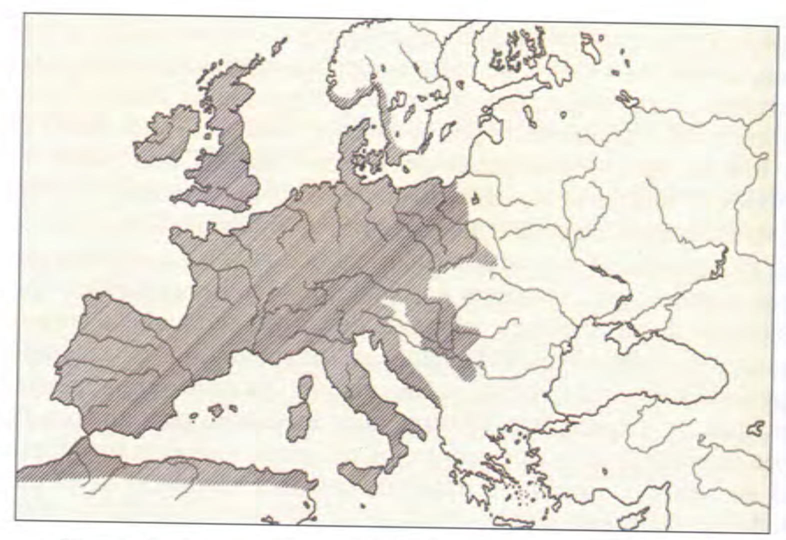


Figura 2. Mapa de dispersión del fenómeno campaniforme.

2.2. Otras formas y estilos decorativos de la cerámica campaniforme

Bajo la aparente unidad formal y ornamental de la cerámica campaniforme subyacen no pocas variedades. Ciertamente se tiende a reconocer la existencia de un canon o estándar que se materializa en el vaso internacional, pero en realidad existen multitud de diseños: recipientes metopados y provistos de asa en los territorios más orientales, auténticas "jarras de cerveza" de paredes rectas y fondos planos en las islas Británicas, campaniformes pintados en Sicilia, cuencos polípodos en Centroeuropa, entre otros muchos tipos, cuyas raíces hay que rastrear en las viejas tradiciones alfareras locales. Si bien muchas de ellas carecen de la peculiar forma de campana, esto no impide que vasijas de muy diferente tamaño y morfología, a veces incluso grandes orzas o contenedores, por su abigarrada decoración y su asociación a otras piezas del equipamiento, sean tildadas de campaniformes (figura 3).



Figura 3. A la izquierda, copa campaniforme de la gruta artificial de S. Pedro do Estoril 1 (Portugal) (cortesía de V. Gonçalves); a la derecha, jarra campaniforme de Fordham (Inglaterra) (Museum of Archaeology and Anthropology, Cambridge, Reino Unido).

Prácticamente sincrónicos a los vasos estándar, pero mucho más raros, fueron los vasos cordados, oriundos de los Países Bajos y con una decoración impresa de líneas de cuerda muy finas. Esta misma técnica decorativa pero aplicada a otro tipo de recipientes se constata entre los grupos calcolíticos europeos de la Cerámica Cordada o de Cuerdas (Corded Ware Culture o por sus siglas CWC), lo que ha servido como argumento para proponer la derivación cultural del campaniforme a partir de la cerámica local de la desembocadura del Rin (figura 4). A mitad de camino entre los vasos marítimos y los cordados se reconoce el estilo mixto o Marítimo-Cordado, en el que las improntas de cuerdas actúan como límite de las bandas puntilladas.



Figura 4. Vaso campaniforme cordado de Bathgate (Escocia) (National Museums Scotland).

Parece que en un momento más avanzado de la trayectoria del campaniforme se irán imponiendo localmente otros estilos de marcado carácter regional. Por lo que respecta a la península ibérica, los grupos con mayor personalidad son Palmela, Ciempozuelos, Carmona-El Acebuchal y Salamó:

a) En la península ibérica los primeros hallazgos campaniformes de los que hay constancia se produjeron en 1876 en la necrópolis de grutas artificiales de Casal do Pardo, en la Quinta do Anjo, Palmela (Portugal), lo que llevó a identificar un particular estilo que encuentra su máxima expresión en las penínsulas de Lisboa y Setúbal, en torno al estuario del Tajo. Al arqueólogo francés É. Cartailhac no le pasó desapercibida la similitud formal y decorativa de algunos de los recipientes cerámicos allí recuperados con los *caliciformes* (así llamados también por aquel entonces) de Centroeuropa y Bretaña, y su obra *Les Âges Préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (1886), sirvió para incluir a la península ibérica entre los territorios campaniformes y para reconocer la extensión casi paneuropea de este complejo. Entre las piezas cerámicas de la vajilla campaniforme del grupo Palmela son muy distintivos unos singulares cuencos de gran tamaño y bordes anchos de labios rectos decorados, muy habitualmente con retículas y zig-zags.

b) En 1894, a instancias de la Real Academia de la Historia se iniciaron las excavaciones en la necrópolis de la Cuesta de la Reina, en el madrileño municipio de Ciempozuelos. Desde entonces, Ciempozuelos ha cedido su nombre al grupo campaniforme de los territorios interiores de la península ibérica. Al vaso campaniforme propiamente dicho se le asocian de manera recurrente un cuenco hemisférico y una cazuela baja de amplio diámetro, para conformar una tríada o servicio estandarizado. Las tres vasijas aparecen profusamente decoradas con motivos geométricos incisos e impresos que se agrupan en bandas horizontales y se extienden por buena parte de la superficie exterior



Figura 5. Triada cerámica del grupo Ciempozuelos formada por vaso, cuenco y cazuela, procedente del yacimiento epónimo (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

de las piezas, no sin recibir además una incrustación de pasta blanca que resalta el efecto ornamental. No es raro que los fondos de vasos, cuencos y cazuelas aparezcan decorados con composiciones radiales de esquema soliforme (figura 5).

c) En el Bajo Guadalquivir, a partir de las investigaciones de J. Bonsor en 1896 pudo definirse el grupo El Acebuchal-Carmona. Su cerámica muestra una ornamentación muy abigarrada y, aunque prácticamente desconocidos, se citan como distintivos de este grupo los carretes o soportes, únicamente representados por un ejemplar.

d) El grupo Salamó se localiza en el nordeste peninsular. Una pieza característica de su repertorio cerámico es la vasija con cuerpo achaparrado y cuello ligeramente desarrollado, que al documentarse también en el sur de Francia lleva a hablar de un grupo pirenaico.

La península ibérica se revela, así, como un espacio de gran dinamismo y personalidad con relación al fenómeno campaniforme. Un territorio en el que llegaron a convivir los estilos decorativos más internacionales y otros locales, y también recipientes de gran variedad formal entre los que destacan la tríada formada por vaso, cuenco y cazuela.

2.3. Armas de cobre

El cobre fue un material que en los inicios de la Edad de los Metales estuvo solo al alcance de los poderosos. C. Renfrew defendía en este sentido que la primera metalurgia, por encima de su interés utilitario, estuvo sobre todo al servicio de la ostentación. Las gentes campaniformes lo destinan a la producción de puñales, puntas de jabalina y muy excepcionalmente alabardas, aunque la presencia de estos tipos por los territorios campaniformes no está equilibrada. Los puñales estuvieron presentes en prácticamente todo el territorio europeo, a veces muy cortos, y otras mucho mayores, pequeñas espadas. Su enmangue se aprovecharía de la lengüeta o espigo del extremo opuesto a la hoja. Más exclusivas de la península ibérica, aunque también alcanzaran el oeste de Francia, fueron ciertas jabalinas romboidales y con pedúnculo, conocidas como puntas Palmela en homenaje a las cuevas prehistóricas portuguesas donde por vez primera fueron documentadas (figura 6). En uno de los ortostatos del dolmen de Katillotxu V, en Vizcaya, se ha grabado un motivo que representa de forma explícita una punta Palmela.

Y mucho más excepcionalmente, la panoplia campaniforme incluía también alabardas, interpretadas como insignias de autoridad, las cuales se enmangarían transversalmente a largos vástagos de madera. Del uso de tales armas existe testimonio en las representaciones de grandes hombres armados plasmadas estelas de piedra (caso de la de Longroiva, en el norte de Portugal, y Tabuyo del Monte, en León) (figura 7).

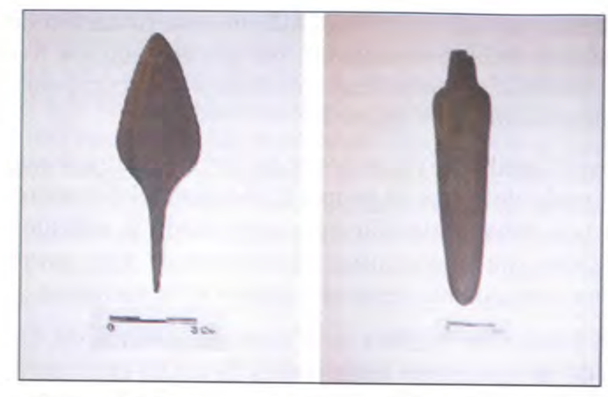


Figura 6. A la izquierda, punta de jabalina de tipo Palmela, y a la derecha, puñal de lengüeta, ambas de la tumba de El Vado (Celada de Roblecedo, Palencia) (Museo de Palencia).



Figura 7. A la izquierda, estela de Longroiva (Portugal) (según M. Almagro, 1966); a la derecha, estela de Tabuyo del Monte (León) (Museo de León).

2.4. Joyas de oro

En oro, símbolo por excelencia del poder, se confeccionaron joyas y apliques. Estos suelen ser de tamaño reducido –quizás por la condición aluvial del metal–, razón por la que piezas grandes como la cinta de la cista portuguesa de la Quinta de Agua Branca resultan especialmente espectaculares.

Los adornos se obtenían a partir del martillado de pepitas o de pequeños lingotes, pero excepcionalmente también se documentan joyas macizas.

Los elementos de chapa, que presentan a veces motivos geométricos repujados pueden ser adornos por sí mismos (diademas, torques, aretes espiraliformes, etc.) o partes de joyas compuestas. Pero en ocasiones también fueron apliques cosidos sobre la ropa, a juzgar por los orificios pareados que muestran, por ejemplo, los "discos solares" del Museo de Oviedo.

Los análisis de muchas de estas joyas áureas, que se cuentan entre las más antiguas del suroeste de Europa, denotan su fabricación a partir de oros muy puros en los que no falta una pequeña cantidad de estaño, prueba de su origen aluvial.

2.5. Equipamiento de arquería

La panoplia campaniforme incluye también elementos de arquería. Si bien no ha llegado a nuestros días ningún arco campaniforme (aunque sí se conocen en Europa ejemplares todavía más antiguos que se remontan al Mesolítico), tenemos constancia de esta actividad por la presencia en sus tumbas de las puntas de sílex que remataban las flechas. A diferencia de momentos anteriores, en los que se reconoce una gran variedad tipológica de proyectiles, en el campaniforme se dotan de aletas y pedúnculo. Ade-

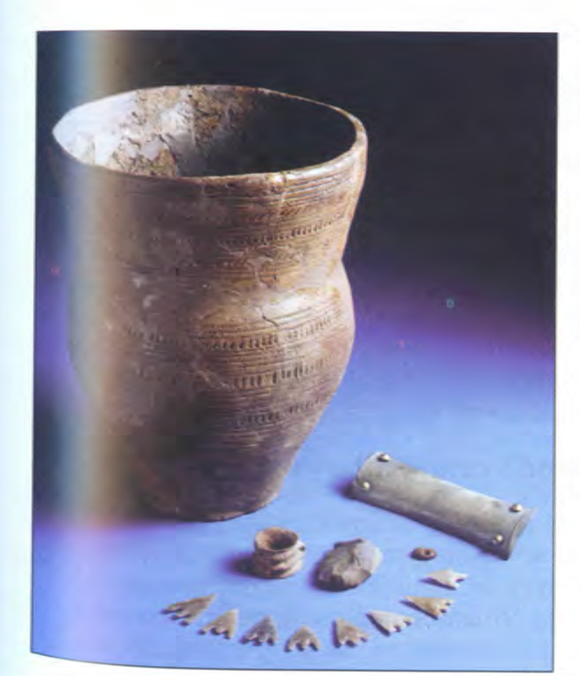


Figura 8. Ajuar de la tumba campaniforme de Culduthel (Escocia) (National Museums Scotland).



Figura 9. Enterramiento del Arquero de Amesbury (Inglaterra) (según A. Fitzpatrick, 2011).



Figura 10. Estela del dolmen de Petit Chasseur (Suiza) (Foto: Musées cantonaux du Valais, H. Preisig).

más, ciertas placas rectangulares, por lo general de piedra (aunque se conozca un ejemplar de oro macizo en Vila Nova de Cerveira, Portugal) provistas de orificios en sus extremos, sirvieron para proteger los antebrazos del impacto de la cuerda tras el disparo, de ahí que se denominen brazales de arquero. La tumba escocesa de Culduthel ha deparado un brazal singular, pues fue confeccionado sobre toba volcánica, y dotado de remaches de cobre forrados de oro (figura 8). No es de extrañar, por tanto, que el personaje enterrado en una de las tumbas campaniformes más ricas de Inglaterra se acompañara de piezas de arquería y haya pasado a ser conocido como el "Arquero de Amesbury" (figura 9).

En Centroeuropa existen pequeños colgantes labrados en hueso o defensas de jabalí que adoptan la forma de arco. Suelen aparecer decorados con grupos de líneas incisas paralelas y frecuentemente asociados a enterramientos masculinos, lo que ha hecho que se los interprete como representaciones en miniatura de auténticos arcos. Pero representaciones mucho más explícitas aparecen grabadas en algunas estelas de piedra de sitios funerarios, siendo muy célebres las localizadas en los Alpes, como las de Petit Chasseur en Suiza o las de Saint Martin de Corléans en el valle de Aosta (figura 10).

2.6. Otros elementos del atuendo campaniforme

El patrón geométrico que cubre el tronco de las figuras representadas en las mencionadas estelas alpinas se ha interpretado como una plasmación de tejidos de lana, sugiriendo una nueva moda en el vestir, que vendría acompañada de la aparición en el registro arqueológico de botones, confeccionados en hueso o marfil, de los que hay buena muestra en toda Europa (figura 11). Entre los especialistas se conocen por botones de perforación en V, pues los orificios por los que ensartaría la fibra textil aparecen conectados en un ángulo.

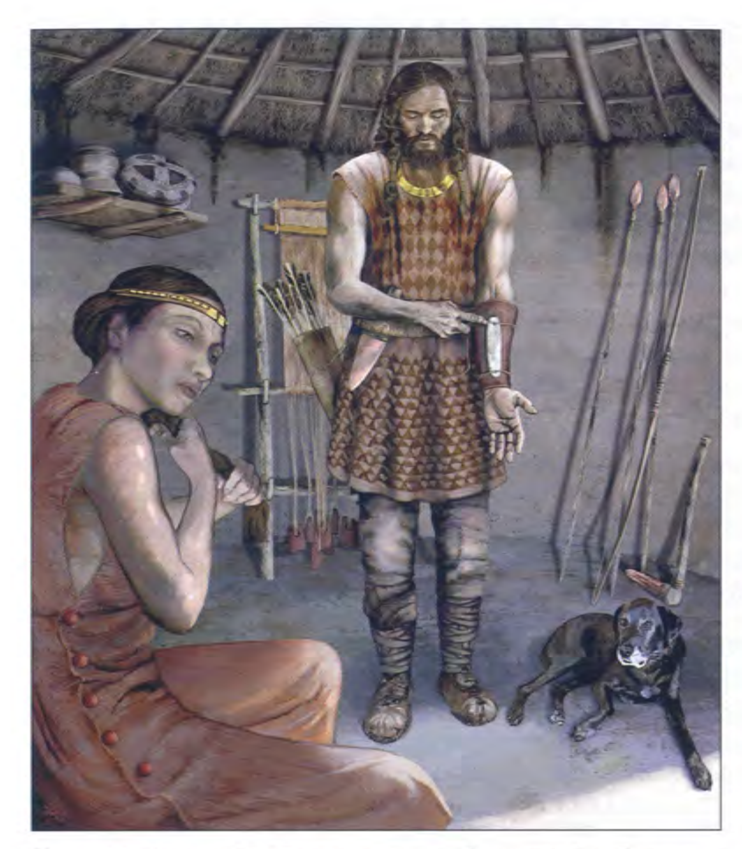


Figura 11. Recreación de una escena en la que un hombre y una mujer de la élite se están ataviando con piezas del equipamiento campaniforme (Ilustración de Arturo Asensio. Cortesía Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid).

El marfil empleado en su manufactura se obtendría de los depósitos de elefantes fósiles de ciertas terrazas fluviales, pero también hay constancia del uso de marfiles africanos y asiáticos, y más excepcionalmente de cachalote.

Además, las gentes campaniformes adornarían su atuendo con bermellón (cinabrio reducido a polvo), un pigmento de color rojo especialmente vivo, según sugiere la presencia de este colorante en la base de algunos botones. El más firme candidato para alzarse como lugar de aprovisionamiento de cinabrio para las gentes campaniformes de la península ibérica es Almadén, en Ciudad Real. Se trata, nuevamente, de un bien de prestigio, cuyo uso quizás se restringía a las ceremonias de enterramiento pues el cráneo de una de las inhumaciones de la necrópolis madrileña de Humanejos presenta tres marcadas líneas rojizas, correspondientes a otras tantas bandas textiles que en su día estuvieron impregnadas de este producto y hoy han desaparecido.

3. LOS CONTEXTOS: LAS TUMBAS DE LA ÉLITE

Mayoritariamente el equipamiento campaniforme muestra su preferencia por los contextos funerarios y por las inhumaciones en posición fetal, pero, aunque excepcionales, no son desconocidas tampoco en Europa Central las cremaciones. La tipología de las tumbas es muy variada, pero habitualmente se trata de espacios excavados en el sustrato geológico, bien fosas simples bien modelos más complejos, como hipogeos y cuevas artificiales provistos de varios cubículos, aunque no sea rara tampoco la reutilización de antiguos sepulcros megalíticos. En las regiones más orientales del fenómeno campaniforme se conocen casas mortuorias, con una estructura de madera, excepcionalmente representadas en la península ibérica en Tres Montes (Navarra) (figura 12).

Ninguno de estos modelos es exclusivo del fenómeno campaniforme pues podían ser propios de cualquier individuo de la comunidad, con independencia de su posición social. Por tanto, sólo a través de los ajuares es posible determinar la vinculación o no de los inhumados al fenómeno campaniforme.

Se conocen varias necrópolis de finales del Calcolítico (una de las más destacadas es la de Budakalász, en Hungría, con más de un millar de enterramientos) en las que alternan tumbas coetáneas correspondientes a grupos sociales diferenciados, hecho éste que cabe deducir no tanto de la morfología de los espacios fúnebres como de la riqueza de los ajuares, la naturaleza de los rituales o el número de inhumados. Todo ello es un perfecto testimonio de las disimetrías sociales del momento.

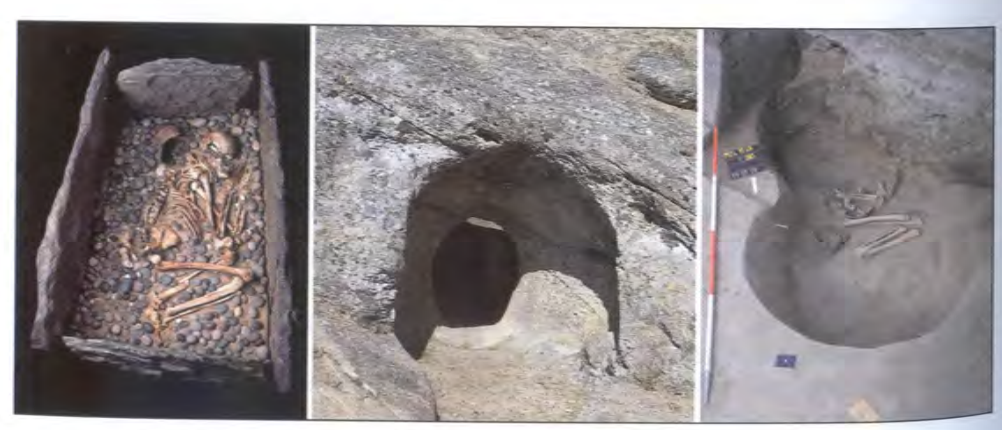


Figura 12. Algunos tipos de tumbas campaniformes: izquierda, cista de Upper Mains of Catterline (cortesía de A. Sheridan); centro, gruta artificial de Casal do Pardo (cortesía de V. Gonçalves); derecha, tumba campaniforme en fosa del grupo Csepel (Hungría) (cortesía de A. Endrödi).

En los últimos años el registro arqueológico de la Comunidad de Madrid está resultando especialmente elocuente en este sentido, con yacimientos como Camino de las Yeseras o La Magdalena, ambos en el valle del Henares. Quizás el ejemplo más expresivo lo ofrezca la sepultura número 1 de Humanejos, en Parla, destinada inicialmente a un varón maduro al que siguió una mujer joven. Presenta una importante colección de cerámicas campaniformes y valiosos objetos de marfil, pero sobre todo una excepcional equipación de guerrero a base de puñal, jabalinas de tipo Palmela y alabarda, todos de cobre. El peso de la última de estas armas, que equivale al de una veintena de puntas de tipo Palmela, daría cuenta por sí solo de la elevada condición social de aquel personaje.

3.1. El poder heredado

Por todos los territorios campaniformes la gran mayoría de las sepulturas con elementos de ajuar campaniformes corresponden a varones adultos, fiel reflejo de una sociedad patriarcal en la que el poder reside en los hombres, pero no dejan de existir enterramientos femeninos que se acompañan asimismo de valiosas ofrendas, caso de la "dama de oro" de la necrópolis madrileña de Humanejos. Es la evidencia de que, aunque se tratara de una sociedad patriarcal, los familiares de los jefes campaniformes lucían parecidos símbolos y gozaban de idéntica posición social. En definitiva, eran miembros del mismo aristocrático linaje. Todo ello es indicativo de la transmisión del estatus social de los dirigentes campaniformes a miembros de sus grupos familiares

La observación parece válida también para los hijos, que nada raramente acompañan en las tumbas a sus mayores pero que también en ocasiones fueron merecedores de sepulturas exclusivas. Un buen ejemplo es el túmulo de Aldeagordillo (Ávila), con la inhumación de una niña de 10 años a la que acompañaban un vaso campaniforme, vetado a miembros adultos de otros segmentos sociales de su comunidad, y un cuenco liso. Más rico aún es el ajuar del joven de Fuente Olmedo (Valladolid), el cual consta de la consabida tríada cerámica de las tumbas Ciempozuelos (vaso, cuenco y cazuela), una diadema o cinta de oro, una docena de armas de cobre (un puñal de lengüeta y once puntas Palmela), un brazal de arquero y una única punta de flecha de sílex. De la corta edad (en torno a 17 años) del individuo enterrado en esta fosa parece posible deducir que el estatus privilegiado de los jefes campaniformes, lejos de tener su raíz en meritorias acciones personales, se transmitía por herencia (figura 13).



Figura 13. Ajuar de la tumba campaniforme de Fuente Olmedo (Valladolid) (cortesía del Museo de Valladolid).

3.2. El transcurso de las ceremonias funerarias y el consumo de alcohol

Si el fenómeno campaniforme se articula en torno a un recipiente cerámico, resulta lícito preguntarse por los contenidos que pudo albergar. Fueron arqueólogos del ámbito británico los que comenzaron a relacionar los vasos campaniformes con el consumo de líquidos y, más específicamente, con bebidas alcohólicas. A mediados del siglo pasado, V.G. Childe lanzó la hipótesis de que los vasos campaniformes pudieron haber servido para el consumo de cerveza, lo que explicaría la buena acogida y rápida difusión del equipamiento campaniforme en la Europa prehistórica. Hubo que esperar a la década de los años 70 para que quedara confirmada la relación de la vajilla campaniforme con el alcohol, gracias al hallazgo de posibles restos de hidromiel en el vaso campaniforme depositado en la tumba escocesa de Ashgrove. Y una vuelta de tuerca más la daría A. Sherratt, para quien el estilo cordado, realizado según su propuesta mediante impresiones de fibras de cannabis en los recipientes cerámicos, sería una forma de anunciar la importancia de esta planta y de sus propiedades estupefacientes entre las gentes campaniformes del norte de Europa (figura 14).



Figura 14. Conjunto cerámico del santuario campaniforme de Brodek, en Prostějova (República Checa) (cortesía de J. Peška).

En los últimos años el avance de las técnicas arqueométricas ha validado estas ideas, al haberse detectado residuos de cerveza, hidromiel y bebidas fermentadas de frutas en algunos recipientes campaniformes (Túmulo de la Sima y Peña de la Abuela, en Soria; La Calzadilla, en Valladolid; valle de las Higueras, en Toledo). En un vaso marítimo de la cueva sepulcral del Calvari d´Amposta, en Tarragona, la capacidad embriagante de la cerveza se reforzó con plantas alucinógenas. Ello certifica la condición de "copas que alegraban", recurriendo a una expresión acuñada por A. Sherratt para referirse a la cerámica campaniforme.

Por su parte, la tríada Ciempozuelos, con su relación volumétrica entre las tres piezas del servicio, parece constituir una vajilla al servicio de una liturgia, para la que encontramos un paralelo en ciertas formas cerámicas de la vajilla griega de época clásica que constituían la *mensa vinaria*: vasijas para la mezcla, el escanciado y el consumo de vino en los *symposia*. Entre cazuela y cuenco existe una relación volumétrica directamente proporcional. Ello apunta a que sus medidas no se dejaban al azar, sino que estaban supeditadas al papel concreto que cada una de las vasijas desempeñaba en el ritual: de esta manera, el cuenco pudo funcionar como elemento distribuidor de los contenidos alojados en las cazuelas entre los participantes en las ceremonias para su degustación individual, destinándose los vasos al consumo por parte del oficiante o a una libación *sensu stricto*. Son muy ilustrativas en este sentido las vajillas de la necrópolis toledana de Valle de Higueras, pues las cerámicas aparecieron allí en disposición funcional, alojadas unas dentro de otras, como las dejaron las gentes campaniformes al concluir la ceremonia funeraria.

4. LAS ESTRATEGIAS DE PODER DE LAS ÉLITES CAMPANIFORMES

¿Cómo lograron las gentes campaniformes destacar socialmente? Las fórmulas a las que recurrieron estos personajes para alcanzar su estatus y legitimar su posición fueron muy variadas. Una de ellas fue el control sobre ciertas actividades destinadas a producir bienes estratégicos, según sugiere la presencia de cerámicas campaniformes en los espacios dedicados a tales quehaceres.

4.1. Los campaniformes en espacios minero-metalúrgicos

El hallazgo de la distintiva vajilla campaniforme en minas de cobre (p.e., Sierra del Aramo, en Asturias, Ross Island, en las islas Británicas) se interpreta como un intento de los jefes campaniformes de fiscalizar la extracción y aprovisionamiento de minerales cupríferos. Recordemos que todavía a mediados del III milenio BC la metalurgia era una actividad especializada y los objetos metálicos eran auténticos elementos de ostentación. Aunque en sí no era una actividad novedosa, al menos en la península ibérica, pues está bien documentada durante el Calcolítico precampaniforme, sin embargo, con el campaniforme comienza a producirse a mayor escala y se elaboran nuevos tipos metálicos: puñales de lengüeta o espigo, puntas Palmela y alabardas.

La potestad sobre los derechos de explotación de los recursos minerometalúrgicos se habría reivindicado no simplemente por medio de la exhibición de la vajilla campaniforme, a modo de marca de propiedad, sino

mediante la celebración de rituales exclusivos en el empeño de sacralizar la actividad, pues se sabe que algunos recipientes campaniformes recuperados en ambientes mineros (caso del campamento minero-metalúrgico de La Loma de la Tejería, en Teruel) contuvieron en su día bebidas alcohólicas (figura 15).

Además de controlar la extracción de la materia prima necesaria, también las élites campaniformes hicieron lo propio con la actividad metalúrgica, de ahí la presencia de sus cerámicas decoradas en espacios donde se llevaban a cabo labores de reducción. Así se observa, por ejemplo, en la casa V del poblado calcolítico de Zambujal, en la península de Lisboa, o en el castro de Chibanes, en la de Setúbal, donde se han registrado espacios con estructuras de combustión u hornos dedicados a fundir cobre, donde abundan las cerámicas campaniformes. En ocasiones se emplearon, incluso crisoles con decoración campaniforme (p.e., en Chibanes; El Ventorro, en Madrid; El Acebuchal, en Sevilla; Serrat del Pont, en Gerona; Son Matge, en Mallorca; Travers des Fouchers, en Francia), lo que vendría indicado por la presencia de escorificaciones en la cara interna de estas piezas.

Nuevas evidencias del control de la metalurgia por parte de las élites campaniformes proceden de algunos enterramientos en cuyos ajuares figuran herramientas propias de dicha actividad y corresponden sistemáticamente a varones… ¿quizá la actividad metalúrgica estuvo vetada a las mujeres? Más numerosas en el centro de Europa y en las islas Británicas aunque las haya también en Portugal (São Pedro do Estoril) las tumbas campaniformes de especialistas en metalurgia incluyen entre los elementos de ajuar (vajilla campaniforme, adornos, brazales de arquero, puntas de flecha, piezas metálicas), instrumentos relacionados con el trabajo del cobre. La mayoría de ellos, con la salvedad de ciertos colmillos de jabalí de función enigmática, son de piedra



Figura 15. Recreación de una escena metalúrgica en un ambiente campaniforme (Ilustración de Arturo Asensio. Cortesía Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid).

–yunques, martillos, machacadores, afiladeras– y, con muy pocas excepciones (un molde en el yacimiento checo de Luderov), se asocian a las labores de acabado de la cadena metalúrgica. El análisis microscópico de ciertos martillos de sepulturas de Baviera y Moravia revela que fueron utilizados indistintamente para el trabajo del cobre y del oro (figura 16).



Figura 16. Ajuar de la tumba de un especialista en metalurgia de la necrópolis de Přerov-Předmostí 5 (República Checa) (cortesía de J. Peska).

4.2. Los campaniformes y el monopolio sobre la sal

A menudo a la sal se la denomina "oro blanco", pues ha sido un recurso crítico a lo largo de la historia. En los últimos años, la explotación de la sal se está revelando también, al menos en la península ibérica, como una actividad controlada por las élites campaniformes, según invita a pensar el hallazgo de su fina vajilla en factorías salineras y en las proximidades de recursos salinos de interior, como se observa en Sigüenza (Guadalajara), Loja (Granada), Poza de la Sal (Burgos) o Añana (Álava), lugares todos ellos con una bien acreditada tradición salinera. Pero la prueba definitiva procede de yacimientos como Espartinas (Madrid) y Molino Sanchón II (Zamora), donde se aprecian las distintas fases de la cadena operativa destinada a la producción de sal.

El proceso, que se iniciaba con la excavación de pozos para abastecerse de agua salada, pasaba luego por la cocción de mueras en voluminosas ollas y por su moldeado y secado en cestillos hasta la obtención de lingotes o panes de sal cristalizada. La actividad obligó a utilizar numerosísimos recipientes cerámicos, lisos y muy toscos, pero lo sorprendente es que, junto a sus restos, también abundan en el yacimiento lujosas cerámicas Ciempozuelos. ¿Es que tan valiosa vajilla intervenía asimismo en las tareas productivas? El hallazgo en algunos pozos de vasijas campaniformes completas, junto a indicios varios

de consumo de carne, se presta a otra lectura distinta: que al igual que sucedía en las minas de cobre, su presencia estuviera ligada a ciertas ceremonias religiosas destinadas a sacralizar la actividad (figura 17).



Figura 17. Recreación de los trabajos de producción de sal en Molino Sanchón II (Zamora) (Ilustración de Arturo Asensio, cortesía Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid).

4.3. La reutilización de las tumbas megalíticas

Las élites campaniformes también recurrieron para legitimarse a mecanismos de carácter simbólico, siendo muy variadas las estrategias en este ámbito. La reutilización que se observa en los territorios megalíticos de Europa de muchas de las tumbas colectivas del Neolítico –dólmenes y cuevas artificiales–, en algunos casos abandonadas como lugares funerarios siglos atrás, demuestra el empeño de los campaniformes por vincularse con los ancestros.

No ofrece dudas de tal comportamiento la reocupación campaniforme del Túmulo de La Sima, en Soria. Esta sepultura neolítica, concebida inicialmente como una tumba-calero a inicios del IV milenio BC (Sima I), fue clausurada de forma intencionada mediante un incendio controlado. Sobre la costra calcárea resultante se levantó posteriormente un *tholos* hacia el 3600 BC (Sima II) que sirvió de enterramiento colectivo hasta su abandono, una centuria después. Pasados mil años, según las dataciones radiocarbónicas hacia el 2400 BC, aquella tumba fue reacondicionada por gentes campaniformes, quienes procedieron a modificar el trazado del antiguo corredor y a crear un área funeraria provista de un suelo de losas y delimitada por bloques de piedra. Allí se depositaron los restos de al menos 4 o 5 individuos, a juzgar por las cuantiosas ofrendas funerarias, que comprenden casi una veintena de recipientes cerámicos campaniformes, puntas de flecha y brazales de arquero, y un lote de útiles de cobre (puntas Palmela, puñales, leznas y un hacha plana) (figura 18).



Figura 18. Ajuar campaniforme del Túmulo de la Sima (Soria) (Foto: Museo Numantino, cortesía de M. Rojo).

El objetivo no era resucitar el ritual funerario original (caracterizado por inhumaciones colectivas dispuestas en las cámaras de las tumbas), sino aprovechar nada inocentemente los monumentos en los que reposaban viejos antepasados, para acoger las inhumaciones individuales de las gentes campaniformes. No importaba, incluso, que los depósitos se hicieran en los antiguos corredores de acceso a las cámaras o en los túmulos que recubrían estas construcciones. Conscientes de las tensiones sociales producidas por sus privilegios, los jefes campaniformes, creyeron encontrar en este proceder una vía de legitimación, reivindicando interesadamente un vínculo con el linaje sagrado. De la misma manera que en la Grecia clásica, personajes relevantes se hicieron enterrar en tumbas micénicas con la intención de vincularse con los personajes legendarios a los que aludía Homero en sus textos, estas intrusiones campaniformes deben entenderse con el idéntico propósito de crear linajes ficticios.

4.4. La apropiación de los símbolos del pasado

En el caso particular de la península ibérica, la plasmación en la cerámica campaniforme de ciertos motivos del Arte Esquemático, una manifestación artística que se remonta al VI milenio BC –coincidiendo con los comienzos del Neolítico en nuestras tierras– revela asimismo la apropiación de una iconografía simbólica del pasado. Se trata de un nuevo mecanismo legitimador con el que se trataba de conectar con los ancestros.

El Arte Esquemático, bien como pinturas o grabados, se representa en las paredes de megalitos, abrigos y cuevas. También ciertas piezas mobiliares cuentan con motivos esquemáticos, lo que unido al hecho de no tener una funcionalidad evidente, hace que se las vincule con la esfera ritual. Muy excepcionalmente algunos recipientes de la clásica tríada cerámica –vaso, cuenco, cazuela– de los grupos Ciempozuelos y Palmela incluyen, junto a los motivos incisos o impresos propios del campaniforme, representaciones esquemáticas de ciervos y soles. Se habla de cerámica campaniforme con decoración simbólica, una variante extremadamente minoritaria ya que hasta la fecha se conocen sólo una treintena de piezas. Las formas que habitualmente acogen motivos simbólicos son vasos y cuencos, y sólo escapa de esta tendencia la cazuela madrileña de Camino de las Yeseras (figura 19).



Figura 19. Cuenco con decoración simbólica de Las Carolinas (Madrid) (Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid).

5. UN RÁPIDO RECORRIDO HISTORIOGRÁFICO: LA EVOLUCIÓN DE LAS INTERPRETACIONES SOBRE EL FENÓMENO CAMPANIFORME

El reconocimiento científico del fenómeno campaniforme tuvo lugar a finales del siglo XIX, cuando los arqueólogos europeos (Voss, Montelius, Déchelette, Siret, entre otros) repararon en la personalidad de ciertas vasijas cerámicas, que insistentemente aparecían en tumbas y que presentaban forma acampanada. Pero no será hasta las últimas décadas de ese siglo cuando se conceda a todas ellas la denominación de "vaso campaniforme".

En los primeros años del siglo XX el trabajo de investigadores como O. Montelius, É. Cartailhac, P. Bosch Gimpera o H. Schmidt, resultó fundamental para documentar el alcance continental del fenómeno campaniforme. En 1928 vio la luz la primera gran obra de conjunto titulada *La cultura del vaso campaniforme. Su origen y extensión en Europa*, que se debe a Alberto del Castillo. Pero desde hacía ya algún tiempo se había hecho evidente que tanta coincidencia de rasgos sólo podía deberse a un mismo y común sustrato. De este modo, no tardó en verse tras el equipamiento campaniforme un desplazamiento masivo de gentes, todo un supuesto pueblo campaniforme en movimiento –no exento de personalidad racial ni posiblemente, lingüística–, que se habría expandido por los territorios europeos en un corto lapso de tiempo. Los estudiosos se afanaron en buscar una explicación convincente a tan imperiosa necesidad de movilidad (pudieron haber sido una suerte de comerciantes o también prospectores de metal), y en encontrar la patria original desde la que inicialmente partieron estas gentes.

Varias han sido las regiones europeas que, con mayor o menor fortuna, se han disputado la cuna del campaniforme, siendo tres las principales candidatas:

1) La península ibérica ha tenido un gran protagonismo en las explicaciones sobre el origen y expansión del fenómeno. En un primer momento se miró hacia los territorios andaluces con propuestas como la Cultura de las Cuevas Andaluzas, siendo P. Bosch Gimpera su principal valedor, pero la mayor densidad de materiales campaniformes en el estuario del Tajo ha hecho decantar la balanza hacia esa zona portuguesa. Los argumentos que se esgrimen en su apoyo son la continuidad cultural que se percibe en el registro arqueológico de esa zona a lo largo del calcolítico, desde el grupo de Vila Nova de São Pedro, con una aparente evolución tipológica de sus característicos copos canelados hacia los vasos marítimos. Además, las dataciones radiocarbónicas del fenómeno campaniforme en su conjunto para toda Europa revelan una mayor antigüedad en Portugal y un gradiente a medida que se avanza hacia el norte y el centro del continente.

2) La desembocadura del Rin, en los Países Bajos, cuenta con no pocos partidarios pues también en los repertorios cerámicos de esta zona se aprecia una evolución morfológica y decorativa desde los vasos de pie saliente (PFB) de los grupos cordados hacia los vasos campaniformes propiamente dichos, entre los cuales comparecen los decorados en toda su superficie exterior con improntas de cuerdas (los All Over Corded o AOC, por sus siglas en inglés) junto a vasos completamente decorados (All Over Ornamented o AOO), que darían paso posteriormente a los Vasos marítimos y en último término, a los campaniformes locales (grupo Veluwe). Esta secuencia tipológica, conocida en la historiografía como Modelo holandés, tiene fisuras importantes, pues a medida que se están afinando los datos radiocarbónicos se observa la mayor antigüedad del fenómeno campaniforme en otras regiones europeas.

3) Los argumentos a favor de situar el origen en los territorios más orientales del fenómeno campaniforme, en Europa Central, caso de Hungría, Bohemia y Moravia, se apoyan en la vajilla doméstica o de acompañamiento

(la Begleitkeramik) a la que se asocia el campaniforme allí. Esos servicios lisos de bebida que incluyen pequeñas jarras con asa y vasijas polípodas o con el fondo plano son formas heredadas de momentos previos, al igual que la decoración metopada tan representativa de la cerámica campaniforme local, que entronca con el grupo calcolítico de Vučedol.

Sin embargo, ante la complejidad del fenómeno campaniforme, resulta evidente la aportación de diversos influjos culturales en su desarrollo. Una de las primeras propuestas en este sentido fue el Modelo del Reflujo (Rückstrom), ideado por E. Sangmeister a mediados del siglo XX. Defiende que el estilo marítimo habría surgido en el estuario del Tajo, difundiéndose por las costas atlánticas hasta la Bretaña francesa para alcanzar los Países Bajos. Allí, por influencia de la cerámica cordada local, se incorporarían las impresiones de cuerdas en la decoración de los vasos, dando lugar al estilo mixto, que junto al internacional, se expandiría por Europa. Al llegar a las regiones orientales del campaniforme se sumarían al complejo nuevos elementos (decoraciones incisas en las cerámicas, brazales de arquero, botones de hueso) y se produciría un proceso inverso, de reflujo, hacia la península ibérica. Con posterioridad, A. Gallay ha diseñado un complejo escenario en el que se valoran múltiples orígenes, conocido como la teoría de redes.

Poco a poco, el debate sobre el origen del campaniforme ha ido dando paso a lecturas más sociales en la línea de investigadores como C. Burgess, D.L. Clarke o S. Shennan, de manera que en la actualidad se entiende mejor el fenómeno como un conjunto de elementos materiales que fosilizan un comportamiento cultural: serían símbolos de prestigio que habrían sido adoptados por las élites aprovechando las redes de intercambio. Esto no implica resucitar las viejas teorías de un "pueblo campaniforme" que recorrió Europa. Las nuevas técnicas arqueométricas apuntan a una solución intermedia: movilidad de grupos reducidos. A juzgar por los análisis de isótopos, muchos individuos campaniformes morían lejos de las tierras que les vieron nacer y crecer (el ya citado Arquero de Amesbury, enterrado en el sur de Inglaterra pasó su infancia en el entorno de los Alpes), y los datos genéticos muestran, con muy distinto grado según las zonas, presencia en Europa occidental de individuos emparentados con gentes de las estepas euroasiáticas (los Yamnaya). En determinados territorios, caso de las islas Británicas, la expansión del complejo campaniforme guarda una estrecha relación con el desplazamiento masivo de gentes; en otros lugares, por el contrario, fue el resultado de la adopción del equipamiento por parte de las poblaciones locales, como ocurre en la península ibérica donde los aportes démicos foráneos son muy puntuales.

En cualquier caso, hablar de campaniforme es hablar de movilidad, y no solo de flujo de ideas y de objetos, sino también, y de manera muy directa, del desplazamiento de personas. El fenómeno campaniforme representa la materialización de las relaciones sociales, económicas y políticas entre las élites de gran parte de Europa a finales de la Edad del Cobre.

BIBLIOGRAFÍA

CZEBRESZUK, J. (ed.) (2014): *Similar but Different: Bell Beakers in Europe*. Leiden, Sidestone Press.

DELIBES DE CASTRO, G. y GUERRA DOCE, E. (eds.) (2019): ¡Un brindis por el príncipe!: El vaso campaniforme en el interior de la Península Ibérica (2500-2000 A.C.). Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares.

FITZPATRICK, A. (2011): *The Amesbury Archer and the Boscombe Bowmen: Early Bell Beaker burials at Boscombe Down, Amesbury, Wiltshire*. Wessex Archaeology Reports, Wessex.

FOKKENS H. y NICOLIS F. (eds.) (2012): *Background to Beakers. Inquiries into regional cultural backgrounds of the Bell Beaker complex*. Sidestone Press, Leiden.

GARRIDO PENA, R., FLORES FERNÁNDEZ, R. y HERRERO CORRAL, A.M. (2019): *Las sepulturas campaniformes de Humanejos (Parla, Madrid)*. Comunidad de Madrid, Madrid.

GIBSON, A. (ed.) (2019): *Bell Beaker Settlement of Europe: The Bell Beaker Phenomenon from a Domestic Perspective*. Oxbow Books, Prehistoric Society Research Papers, 9, Oxford

HARRISON, R.J. (1980): *The Beaker Folk: Copper Age Archaeology in Western Europe*. Thames and Hudson, London.

LEMERCIER, O. (2015): *European Bell Beakers Phenomenon: Data, Problems and Prospects*. The Harvard Talk. Conferencia impartida en Harvard Medical School, Department of Genetics, ReichLab, de Boston (EE.UU.) el 23 de marzo de 2015. https://www.researchgate.net/publication/274569552_LEMERCIER_O_2015_-_European_Bell_Beakers_Phenomenon_Data_Problems_and_Prospects_Talk_in_Harvard_Medical_School_Department_of_Genetics_ReichLab_Boston_MA_USA_march_23_2015?channel=doi&linkId=552376a90cf2a2d9e146f309&showFulltext=true

PARKER PEARSON, M., SHERIDAN, A., JAY, M., CHAMBERLAIN, A., RICHARDS, M. y EVANS, J. (eds.) (2019): *The Beaker People: Isotopes, Mobility and Diet in Prehistoric Britain*. Oxbow Books, Prehistoric Society Research Papers, 7, Oxford.

PRIETO MARTÍNEZ, M.P. y SALANOVA S. (2009): "Coquilles et Campaniformes en Galice et en Bretagne: mécanismes de circulation et stratégies identitaires". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 106, 1: 73-93.

SHERRATT, A. (1987): "Cups That Cheered: The Introduction of Alcohol to Prehistoric Europe". En W.H. Waldren y R.C. Kennard (eds.): *Bell*

Beakers of the Western Mediterranean: Definition, Interpretation, Theory and New Site Data. The Oxford International Conference, 1986. British Archaeological Reports, BAR International Series, 331, Oxford: 81-106.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. El campaniforme es:
   a) Una cultura arqueológica de finales de la Edad del Cobre.
   b) Un fenómeno cultural vinculado a las élites calcolíticas.
   c) Una práctica funeraria.
2. El estilo campaniforme del interior de la península ibérica es:
   a) Palmela.
   b) Ciempozuelos.
   c) El Acebuchal.
3. La tumba del Arquero de Amesbury se encuentra en:
   a) Inglaterra.
   b) Países Bajos.
   c) Francia.
4. El yacimiento de Molino Sanchón II, en Zamora, es:
   a) Un enterramiento en fosa.
   b) Un taller metalúrgico.
   c) Un centro de producción de sal.
5. La Teoría del Reflujo fue propuesta por:
   a) E. Sangmeister.
   b) A. Sherratt.
   c) V.G. Childe.

Tema 8

LA EDAD DEL BRONCE: PRÓXIMO ORIENTE Y EGIPTO. EL EGEO Y LA GRECIA CONTINENTAL

Ramón Fábregas Valcarce

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Concepto y cronología

El término Edad del Bronce –al igual que los de Edad del Hierro y Edad de la Piedra– fue acuñado en la primera mitad del siglo XIX por el anticuario danés, C. J. Thomsen (1836) en el curso de su labor como conservador de las colecciones del incipiente Museo Nacional de Dinamarca. El Sistema de las Tres Edades así diseñado se basaba en consideraciones tecnológicas y constituyó el primer intento sistemático de ordenar los materiales arqueológicos que se adscribían a periodos prehistóricos. A lo largo del siglo XIX e inicios del XX se fue extendiendo su uso, especialmente en el ámbito de los estudios prehistóricos del Viejo Mundo y con particular énfasis en el caso de los europeos. En las últimas décadas el término Edad del Bronce se ha mantenido vigente pero sólo con un sentido clasificatorio muy amplio, pues los avances de la investigación desde la segunda mitad del siglo XX indican que bajo esa denominación se acogen culturas y formaciones socioeconómicas muy heterogéneas.

La periodización y cronología de este periodo ha experimentado un notable vuelco a partir de la generalización de sistemas de datación numérica basados en fenómenos físicos (radiocarbono, termoluminiscencia) y biológicos (notablemente la dendrocronología en determinados periodos y regiones de Europa). Por otra parte, el uso generalizado de diversas técnicas analíticas y disciplinas provenientes de las ciencias naturales está proporcionando información, en ocasiones muy detallada, sobre aspectos clave como el clima y el medio ambiente, las redes de intercambio de objetos y materias primas o la movilidad de las propias poblaciones, esto último mediante los novedosos estudios isotópicos y genéticos.

El marco cronológico en que se desenvuelve la Edad del Bronce en la Europa Central y Occidental tiene su inicio hacia el 2200/2300 a.C., en tanto que su final tiene lugar en torno al 800/700 a.C. Hay un marcado desfase temporal con las regiones más orientales de Europa y, sobre todo, el Cercano Oriente, donde el periodo que nos ocupa comienza a finales del IV milenio a.C., mientras que la transición a la Edad de Hierro se produce hacia el 1200 a.C. Dicha disparidad cronológica está acompañada de una paralela divergencia en el grado de complejidad socioeconómica de las comunidades de esta última área, muchas de las cuales desarrollan en el curso de la Edad del Bronce organizaciones de tipo estatal y formas de vida urbana.

La organización interna de la Edad del Bronce por parte de los especialistas ha experimentado bastantes modificaciones en cuanto al número y características de los periodos definidos, algo que en general ha dependido de los postulados teóricos de los arqueólogos, las tradiciones investigadoras locales y de las propias características de la cultura material analizada en las distintas áreas de estudio. Un ejemplo particularmente duradero de esta clase de ordenaciones más o menos regionales es la periodización en seis fases propuesta a finales del siglo XIX por Oscar Montelius para el Bronce Nórdico. No obstante, hoy en día predomina la división tripartita para la Edad del Bronce, generalizada desde las primeras décadas del siglo XX tanto para Europa como para el Próximo Oriente, si bien la introducción de métodos de datación numérica ha añadido importantes matizaciones a las cronologías tradicionales. Así para buena parte de Europa tendríamos un Bronce Antiguo, entre el 2300 y el 1800/1700 a.C., un Bronce Medio que se extiende hasta el 1300/1200 a.C. y un Bronce Final que llegaría hasta el 800/700 a.C. Como ya señalábamos más atrás las fechas correspondientes a dichas fases en el Mediterráneo oriental son varios siglos más antiguas.

1.2. Formas de vida: aspectos generales

1.2.1. *Clima y medioambiente*

En términos generales, tras el denominado Óptimo Climático Holoceno, la Edad del Bronce se desarrolla en unas circunstancias climáticas más frías y –en Europa occidental– más húmedas, como indican los registros paleoclimáticos a partir del 3000 a.C. Hay que destacar a lo largo de este periodo la existencia de periodos breves, a veces muy bruscos a escala geológica, en los que se dan condiciones de acentuada aridez o, por el contrario, de incremento sustancial de las precipitaciones. Uno de esos episodios, el denominado "evento 4.2" se caracteriza por una grave sequía, a la que se atribuye entre otras causas el colapso del Imperio Acadio en Mesopotamia o el del Imperio Antiguo en Egipto hacia el 2200 a.C. Otro suceso, éste de carácter catastrófico, como es la explosión volcánica de Thera a fines del siglo XVII a.C. podría haber tenido una incidencia significativa en las regiones ribereñas del Mediterráneo oriental.

En cualquier caso, a lo largo de la Edad del Bronce se hace cada vez más patente el impacto de la actividad humana en el paisaje: las actividades agropecuarias están detrás de la progresiva deforestación, erosión de pendientes, pérdida de nutrientes o, en su caso, salinización del suelo. Las labores minero-metalúrgicas, por su parte, provocan un impacto ambiental cada vez más visible sobre todo a partir de mediados del II milenio a.C., manifiesto en la presencia de metales como el cobre o el plomo en los sedimentos o la disminución local de ciertas especies leñosas, usadas como combustible. Los efectos de la acción humana a menudo se concatenan con los eventos climáticos, provocando crisis en determinadas regiones y momentos.

Cabe señalar, por último, dos aspectos: por una parte, las dinámicas climáticas de la Europa atlántica son a menudo distintas de las apuntadas para las regiones mediterráneas; por otra parte, es bastante apreciable la resiliencia de

las comunidades del Bronce, especialmente las más simples y autosuficientes, incluso frente a las crisis medioambientales más virulentas.

1.2.2. *Economía y subsistencia*

La actividad agropastoril se asienta plenamente, al tiempo que la caza pierde importancia en casi todas partes. La cabaña ganadera incorpora el caballo, cuya domesticación se produce en la estepa póntica y que pasa a ser un elemento clave en muchas comunidades, empleado como alimento, por su fuerza de tiro o, eventualmente, como montura. La lana como materia prima en la fabricación de textiles adquiere particular importancia en las regiones mediterráneas, complementando o desplazando a otras fibras de origen vegetal como el lino. El aumento de la demanda de alimentos, suscitado por el incremento demográfico que tiene lugar, provoca una expansión de las tierras de cultivo a expensas de los bosques y la productividad agrícola aumenta mediante el recurso a la alternancia de cultivos, el arado y el empleo de animales como fuerza de tiro. La importancia de la producción de alimentos –y de una definición más precisa del acceso a la propiedad– viene reflejada por la generalización ya durante el Bronce Medio de cerramientos en regiones como el Sur de Inglaterra o Irlanda. La gestión de los excedentes agrícolas y el almacenamiento y distribución de estos pasan a ser un privilegio de las élites en un gran número de sociedades a lo largo de la Edad del Bronce.

A pesar de dar su nombre a la etapa, el bronce (aleación de cobre y estaño) no siempre está presente en los primeros momentos del periodo que nos ocupa y en muchas áreas el empleo de otras combinaciones (de forma intencionada o accidental) como el cobre arsenical se mantendrá durante bastante tiempo. Sin embargo, algunas regiones de Europa occidental como las islas Británicas conocen la aleación cobre-estaño desde el Bronce Inicial, tomando ventaja sin duda de la existencia local de ambos metales. Efectivamente, la heterogénea distribución de las menas cupríferas y la escasez de las estanníferas propiciarán un desarrollo desigual de la tecnología broncínea, al tiempo que se convierte en un factor impulsor de los intercambios a media y larga distancia para adquirir esos valiosos materiales, pauta esta última que se puede observar tanto en las culturas urbanas del Mediterráneo oriental como entre las comunidades más simples de la Europa central y occidental. No obstante, pese a las ventajas del bronce en términos de dureza y temperatura de fusión, su uso generalizado no se produce hasta varios siglos después de su descubrimiento y tiene que ver tanto con avances en las propias técnicas metalúrgicas como con factores sociales, particularmente el afianzamiento de la figura del guerrero y de nuevas formas de combate, que van a propiciar la aparición de espadas, puntas de lanza o escudos metálicos. Otros metales como el oro o la plata están aún más vinculados a la exhibición del estatus por parte de las élites emergentes a partir del III milenio a.C.

La circulación de artefactos, materias primas y personas experimenta un gran desarrollo, especialmente a partir de los siglos centrales del II milenio a.C. Sin duda los avances en las técnicas de navegación y de los medios de transporte terrestre (carros y caballo) contribuyen a dicha multiplicación de los intercambios, si bien hay que señalar que el recurso a la fuerza humana y los trayectos a corta o media distancia son probablemente los rasgos que definen la mayoría de las interacciones entre comunidades. En cualquier caso, la adquisición de bienes como el estaño, el cobre, la sal o el ámbar demanda en ocasiones el mantenimiento de redes de intercambio (o, eventualmente, el control de las áreas productoras) a lo largo de distancias considerables, implicando incluso el uso de embarcaciones.

1.2.3. *Sociedad*

Dejando aparte las sociedades clasistas y fuertemente jerarquizadas que se desarrollan en el Próximo Oriente y el Egeo, de carácter urbano y dotadas de una organización estatal centralizada que, entre otros rasgos, requiere la existencia de escritura, las formaciones sociales de la mayor parte de Europa durante la Edad del Bronce se caracterizan en grados diversos por la existencia de marcadas diferencias entre los individuos que las componen.

El proceso de diferenciación social, particularmente diáfano desde el Bronce Inicial en ámbitos como el SE ibérico o Centroeuropa, se fundamenta en el control por parte de ciertos linajes de actividades como la producción de alimentos, textiles y objetos metálicos o la distribución de metales y otros bienes como la sal. De manera creciente, la coerción física juega un papel en el mantenimiento del orden establecido, lo que se hace patente en la existencia de recintos fortificados y la multiplicación y diversificación del armamento metálico, en particular desde mediados del II milenio a.C. Un ejemplo muy llamativo del incremento de la violencia organizada durante el Bronce avanzado se ha descubierto a orillas del Tollense (NE de Alemania), con la aparición de unos 140 cuerpos, con signos de violencia, así como numerosas armas que representan los restos de una verdadera batalla en la que participaron tal vez varios miles de guerreros hacia el 1250 a.C.

La jerarquización se plasma a diferentes niveles: a escala del asentamiento, con la existencia de poblados, emplazados en puntos estratégicos y dotados a menudo de defensas artificiales, que actúan como centros político-administrativos de un territorio dado. En los propios lugares de habitación se documenta una disociación espacial de las viviendas de la élite y de la población dependiente y una notable divergencia respecto al tipo de actividades, el ajuar doméstico o el propio tamaño de las casas. Por último, los enterramientos tienden a soslayar el carácter comunitario que caracterizaba las costumbres funerarias del Calcolítico, subrayando en cambio la posición preeminente de cier-

tos individuos mediante la erección de "tumbas principescas", cuyos ajuares remiten a menudo al papel de representación social de las clases dirigentes que desempeña el metal. La existencia, por otra parte, de ricas sepulturas de individuos infantiles habla a las claras de una deriva en muchas sociedades, que, de expresar a través de los materiales acompañantes el "estatus adquirido", pasan a denotar un "estatus heredado". Hacia el final de la Edad del Bronce se generalizará la sustitución del ritual de inhumación por el de incineración, si bien este último ya estaba presente de forma ocasional en momentos precedentes.

El aumento de los contactos intra e interregionales, sospechado desde hace tiempo con base en las semejanzas patentes en aspectos como la metalistería, o por la distribución de materias primas como el ámbar báltico, no ha hecho más que confirmarse a través del análisis compositivo de los artefactos o de las propias menas metalíferas, que señalan la existencia de circulación de aquellos a distancias de cientos de kilómetros. Por otra parte, los estudios genéticos e isotópicos realizados sobre los restos humanos abundan sobre esta misma observación, documentando la movilidad de individuos o de grupos a distancias considerables: tal es el caso de una serie de mujeres de alto estatus en varios cementerios cerca de Augsburgo (sur de Alemania), que tenían un origen extrarregional, o el de la mujer enterrada en Etgved (Dinamarca) hacia el siglo XIV a.C., cuya infancia transcurrió probablemente en el SW de Alemania y que en su última etapa vital registró una acusada movilidad.

2. PRÓXIMO ORIENTE Y EGIPTO

Como ya señalábamos más atrás, existe una clara divergencia respecto al desarrollo socioeconómico entre las sociedades asentadas en las riberas del Mediterráneo oriental y las de las regiones europeas ubicadas más al Occidente. Efectivamente, en el Próximo Oriente y en el Egeo se constituyen civilizaciones urbanas, dotadas de un gobierno centralizado que incluye la existencia de una clara estratificación social, especialización económica, burocracia, violencia organizada y el uso temprano de la escritura, factor este último que encuadra estas culturas dentro del ámbito histórico.

Hacia el 3200-3000 a.C., en el curso del periodo Nagada III –también denominado Protodinástico o Dinastía 0– Egipto experimenta un acelerado proceso conducente hacia la unificación del valle del Nilo, a partir de unos núcleos de poder preestablecidos como Tinis o la propia Nagada. En esta etapa se extiende el uso del cobre y hace su aparición el regadío, así como elementos indicadores de la aparición de gobiernos centralizados como son la escritura jeroglífica, las paletas ceremoniales y las primeras necrópolis reales. El comercio entre Egipto y el área cananea experimenta un auge notable: cerámica, artefactos en cobre o sílex egipcio hacen su aparición en el Norte del Sinaí y en Palestina en cantidades significativas. Probablemente en estos momentos Byblos ya actúa como un puerto clave en esa clase de intercambios, particularmente con la esfera mesopotámica, de donde proceden artículos como el lapislázuli, cuyo origen último está en Afganistán.

Al mismo tiempo, la región del Levante conoce un proceso de aglutinación del asentamiento, hasta entonces bastante disperso, en una serie de poblados, algunos de los cuales llegan a adquirir un gran desarrollo superficial y actuarán como centros políticos en sus regiones correspondientes. En estos momentos la influencia egipcia es muy visible y los mecanismos a través de los cuales ésta se materializa están abiertos a discusión: presencia colonial o mera consecuencia del incremento en el volumen de comercio. Aunque inicialmente es el área meridional de Canaán la que presenta un proceso de urbanización más dinámico, hacia finales del IV milenio a.C. es la zona más septentrional la que cobra un mayor auge, con un foco particular en Byblos (Líbano), ciudad con dos importantes puertos y una destacada flota, el principal punto que controla el comercio y que exporta a Egipto madera, resina, lana y aceite a cambio de oro, plata, cereales y lino. También hay rutas interiores, como la que une Siria con la península del Sinaí y la que lleva a Mesopotamia a través de Emar y Ebla, ambas con Ugarit como centro difusor.

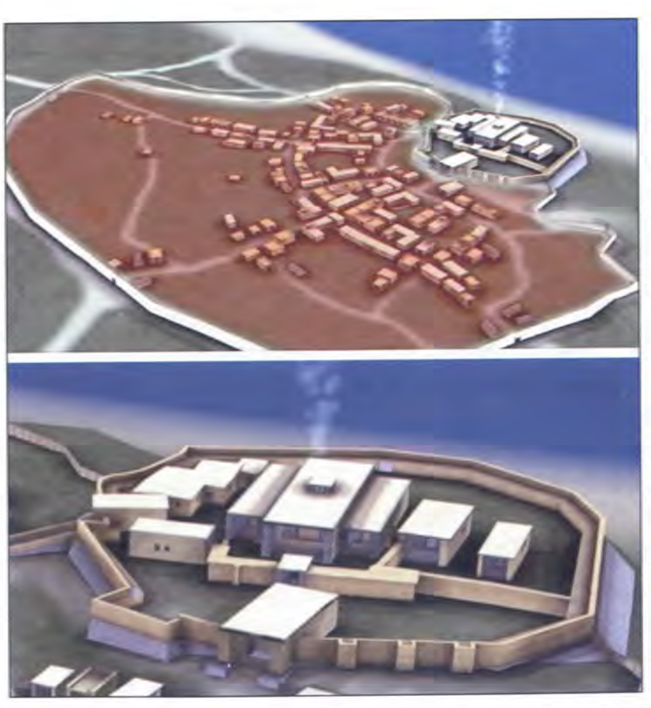


Figura 1. Troya II, mostrando el área residencial y la ciudadela (abajo) (según Troia Projekt y CERHAS).

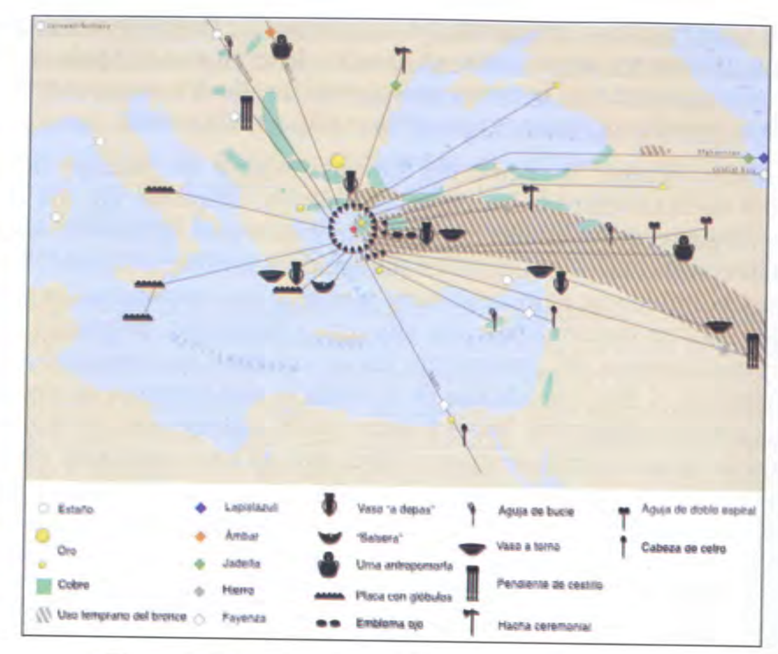


Figura 2. Procedencia de objetos o materias primas hallados en Troya II (según Troia Projekt y CERHAS).

En Anatolia el Bronce Antiguo se extiende entre el 3100 a.C. y el 2100 a.C. y desde sus centros de poder se comercializan el oro, la plata y el cobre hacia el norte de Mesopotamia y el Egeo. El enclave de Troya controla el estrecho de los Dardanelos, principal vía de comunicación con las costas del Mar Negro y en el segundo periodo del Bronce Antiguo, (2800-2100 a.C.) aparecen en esta región verdaderas ciudades que harán de centros difusores hacia el Egeo. Cuatro de las fases definidas en Troya se desarrollan en el III milenio a.C. y durante la segunda (2550-2250 a.C.) ve su superficie duplicada y hallamos una ciudadela amurallada que acoge varios edificios de tipo megarón, entre ellos uno que por sus dimensiones podría corresponderse con el palacio real. Al pie de esa acrópolis se extiende el resto del conjunto urbano, protegido por una empalizada (figura 1). La cultura material recuperada da testimonio de la riqueza de sus élites y de las intensas relaciones comerciales tanto hacia los Balcanes como hacia el Levante, en una etapa cuando tiene lugar la transición del cobre al bronce y aparece el torno cerámico (figura 2).

Muchos de estos grandes centros son destruidos y este acontecimiento se relaciona con la llegada de pueblos nómadas procedentes del norte, con anterioridad a la formación del reino hitita en Anatolia central.

3. EL BRONCE ANTIGUO EN EL EGEO Y GRECIA CONTINENTAL: CICLÁDICO, MINOICO Y HELÁDICO

Esta etapa del Bronce Antiguo en el Egeo, en la que se detecta una clara continuidad con el periodo Calcolítico, toma cuerpo durante el III milenio a.C. en tres áreas geográficas diferenciadas, Cícladas, Creta y Grecia continental, que darán lugar respectivamente, a los periodos denominados Cicládico, Minoico y Heládico (figura 3).

Desde los inicios del III milenio a.C., la posición estratégica del archipiélago de las Cícladas va a favorecer su papel como eje del comercio en el mar Egeo. Contribuye a ese desarrollo la aparición de grandes barcos impulsados mediante remo, que facilitan un tránsito seguro entre las numerosas islas egeas y las costas griegas, anatolia y chipriota, ésta última importante por la existencia de ricas minas de cobre. Algunos investigadores plantean igualmente que prospectores/metalúrgicos llegasen al Egeo desde Asia occidental, interesados en particular por los recursos argentíferos de la zona. Las islas egeas son inicialmente el principal motor del desarrollo de la zona con intercambios con Anatolia, exportando productos agrícolas, como aceite y vino, obsidiana y objetos de artesanía a cambio de otras materias primas de las que carecen como el estaño, y se origina una metalurgia local que adquiere muy pronto un nivel tecnológico muy alto.



Figura 3. Mapa del Egeo y Grecia continental.

Las Cícladas tendrán su mayor desarrollo y apogeo en el Bronce Antiguo mientras que Creta tomará el relevo en el Bronce Medio, donde se producirá la eclosión económica y cultural del periodo palacial, y el continente griego será el protagonista de la etapa final con la cultura Micénica, que incorpora las otras dos áreas.

En las islas Cícladas el Bronce Antiguo está enmarcado en tres fases, la primera de ellas denominada *Grotta Pelos* entre el 3400 a.C. y el 3200 a.C., junto con el *Grupo Kampos* más restringido a las áreas meridionales entre el 3000 y el 2800 a.C. El periodo se conoce sobre todo a partir de una serie de necrópolis, esencialmente en Melos, Naxos y Paros, junto con algún asentamiento como Markiani, en la isla de Amorgos. En la cultura material destacan las cerámicas incisas y los vasos de mármol; en este último material aparecen figurillas humanas bastante esquemáticas. La cultura de *Keros-Syros* (2800-2200 a.C.), junto con el parcialmente coetáneo *Grupo Kastri* (2500-2200 a.C.) conforman la segunda fase del Cicládico Antiguo, en la que se produce un claro desarrollo socioeconómico y un incremento poblacional, al tiempo que se observa una clara influencia de diseños anatolios en el repertorio cerámico (p.ej. las copas de doble asa denominadas *depas*) y se hace más frecuente el uso del bronce, que reemplaza al cobre arsenical característico de momentos anteriores. Otro elemento habitual son las llamadas *sartenes* cerámicas, presentes en una serie de tumbas y a menudo decoradas con representaciones de los típicos barcos cicládicos (figura 4). En mármol se elaboran vasos y, sobre todo, las conocidas figurillas (si bien alguna es de tamaño natural) humanas con los brazos cruzados sobre el vientre (figura 5). En este periodo se levanta en Kastri (isla de Syros) un asentamiento fortificado dotado de bastiones, cuyo diseño remite a modelos conocidos en Anatolia. Hacia el 2200-1900 a.C. –fase *Filakopi I*– tiene lugar el abandono de numerosos pequeños asentamientos y la aparición de grandes poblados, a menudo defendidos, acompañada por un desplazamiento en las rutas comerciales. Esta última circunstancia está motivada por varios factores, uno de ellos la introducción en el Egeo de la navegación a vela, con barcos más eficientes que los tradicionalmente empleados por los comerciantes cicládicos; en este contexto la Creta minoica comienza a jugar un papel hegemónico en los intercambios a lo largo del Mediterráneo oriental (figura 6).



Figura 4. "Sartén" del Cicládico Antiguo.

La isla de Creta vive en esta etapa de un milenio, entre el 3100/3000 a.C. y el 2000 a.C, un periodo denominado Minoico Antiguo o también prepalacial, durante el que mantiene una clara relación con las islas Cícladas, Egipto y Anatolia. Las evidencias disponibles parecen apoyar para esta etapa un asentamiento bastante disperso, integrado por poblados como *Vasiliki* o *Myrtos*, de dimensiones modestas y escasa sofisticación arquitectónica (figura 7). No existen claras evidencias de jerarquización y el poder político es igualmente disperso en el conjunto del territorio cretense. Por el contrario, en el ámbito funerario se observa una inversión importante en términos constructivos y respecto de los ajuares: son característicos los sepulcros de tipo *tholoi* en la llanura de Mesara y tanto estos como otros sepulcros más elaborados (tumbas-casa), presentes en la región oriental acogen múltiples enterramientos (figura 8). El hecho de que las ofrendas funerarias en ocasiones integren materias primas importadas como el oro o sellos elaborados en hueso y marfil apunta a que, al menos desde mediados del III milenio se ha iniciado un proceso de diferenciación social. En esa misma cronología se observa un notable incremento en la producción metalúrgica, paralelo al aumento del comercio con las Cícladas, de donde se importa plata, cobre y obsidiana. Hacia el final del Minoico Antiguo tiene lugar una disminución de las importaciones ciclá-

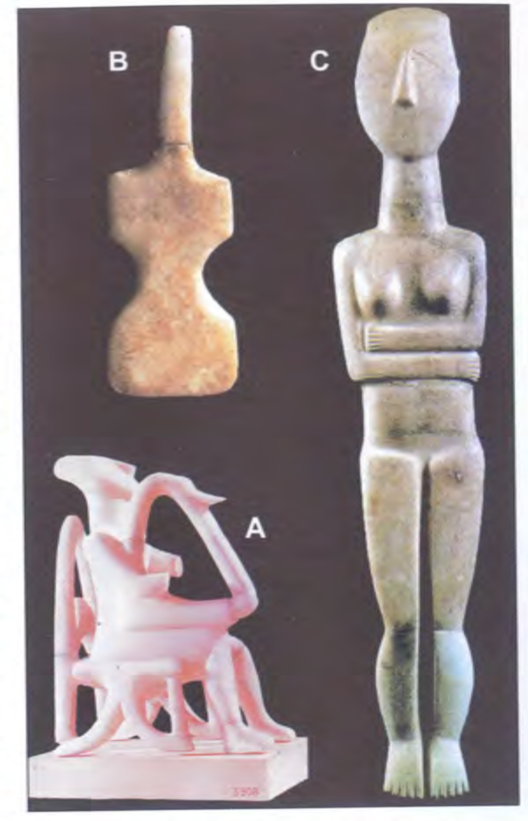


Figura 5. Ídolos del Cicládico Antiguo:
A. Tocador de arpa de la isla de Keros,
B. Ídolo de caja de violín,
C. Ídolo femenino.



Figura 6. Molde de un sello minoico representando un barco de vela (según Cunliffe 2008).

dicas y un moderado incremento de los objetos procedentes de Egipto y Siria que, a veces, son copiados localmente. Finalmente, el nacimiento de los palacios típicos del periodo palacial tiene sus bases en edificios que ya comparten el diseño en torno a grandes patios y que se remontan en Knossos o Faistos al Minoico Antiguo, indicando el surgimiento de una incipiente construcción de centros regionales.

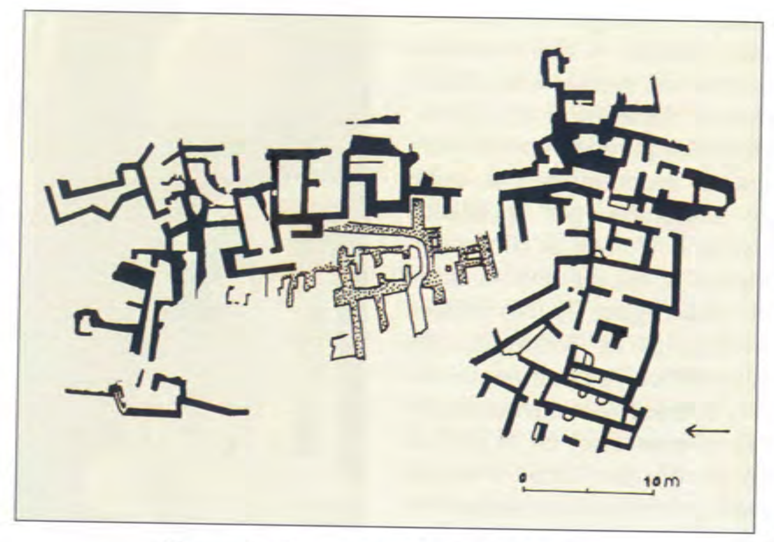


Figura 7. Plano del poblado de Myrtos.

En la Grecia continental, a lo largo de todo el III milenio a.C., se desenvuelven tres culturas escalonadas en el tiempo y con diferentes ubicaciones regionales: la cultura de *Eutresis* en la Grecia central, muy relacionada con el área balcánica, y las de *Korakou* y *Tirinto* en el Peloponeso. Los yacimientos más importantes de esta etapa se emplazan en el litoral egeo o cerca del mismo (Eutresis en Beocia, Lerna, en el Peloponeso) o en islas, como Eubea (Lefkandi). El rito funerario es el de inhumación colectiva y hay tumbas circulares de ladrillo con túmulo en Tebas, en fosas simples y en cistas. En Eubea aparecen sepulturas de cámara trapezoidal y corredor excavadas en la roca ente las que cabe mencionar la de Manika.

La cultura material está presidida por cerámicas con un característico engobe rojo, aunque hay algunas incisas e impresas; posteriormente aparecen vasos con un engobe oscuro gris o negro muy brillante conocidos como *Urfinis*, y al final del periodo aparece el torno y una decoración pintada en blanco y negro (figura 9). Es a partir de mediados del III milenio a.C. cuando se dispone de más información sobre el asentamiento y la economía, que experimentan un notable desarrollo en cuanto a su escala: se forman comple-

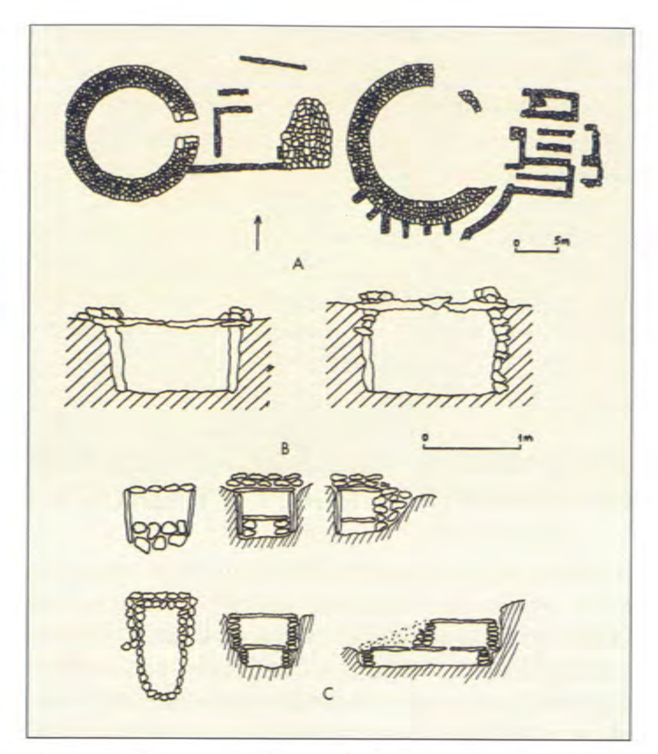


Figura 8. Tipos de enterramientos del Bronce Antiguo: A. Plátanos (Creta), B. Haghios Kosmas (Ática, Grecia), C. Islas Cícladas.



Figura 9. Cerámicas del Bronce Antiguo: A: Cicládico, B: Minoico, C: Heládico.

jas redes de intercambio y se dispone de una sofisticada tecnología, observable en la producción alfarera o la metalurgia.

Simultáneamente hacen su aparición sitios fortificados como Geraki o Lerna, este último parece ejercer un papel de centro administrativo a escala regional: aquí el incendio de la llamada *Casa de las Tejas*, un gran edificio al que se le ha atribuído una finalidad pública, ha llevado a pensar en la llegada de invasores, una hipótesis que las últimas investigaciones ponen en duda. Al final del Heládico Antiguo se produce una cierta ruptura cultural en el territorio griego continental, que se ha atribuído a la llegada de poblaciones foráneas o, más probablemente, a procesos de evolución local.

4. EL BRONCE MEDIO EN LAS ISLAS CÍCLADAS Y EL CONTINENTE GRIEGO: CICLÁDICO Y HELÁDICO

En las islas Cícladas se acusa una influencia cretense cada vez mayor, con grupos diferenciados en las islas meridionales o centrales y en las septentrionales. Tiene lugar una concentración de la población en una serie de asentamientos que se ubican en lugares estratégicos, con frecuencia fortificados, como el de *Haghia Irina* en la isla de Keos (figura 10), en el que hay casas rectangulares de una o varias dependencias construidas en ladrillo sobre basamentos de piedra y que en el siguiente periodo se convierte en una verdadera ciudad. *Filakopi* en Melos y *Parokia* en Paros son otros dos poblados que han proporcionado muchos datos sobre este periodo. Los enterramientos siguen siendo de inhumación individual en fosas y cistas, pero también hay algunas grandes tumbas con ajuares relativamente ricos. En la metalurgia se produce la generalización del bronce y en cuanto a la cerámica (figura 11) es lisa o pintada con motivos geométricos o naturalistas y formas de cuencos carenados con asas, copas, bandejas y vasos de carenas bajas poco marcadas; existen importaciones de recipientes del continente griego o, particularmente hacia el final del periodo, procedentes de la órbita cultural minoica.

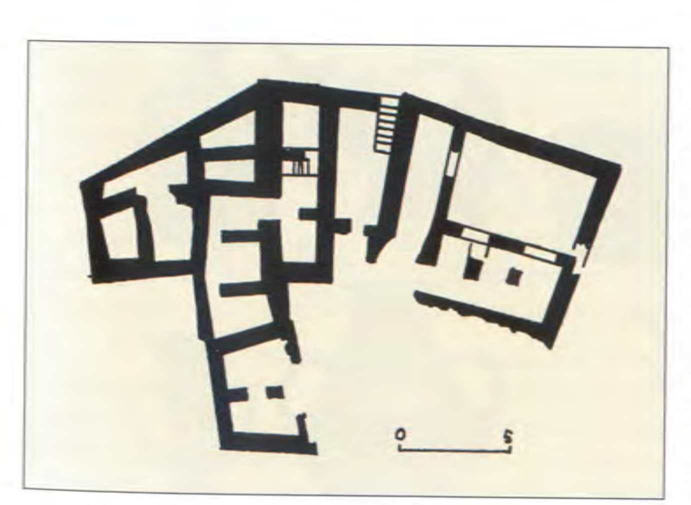


Figura 10. Vivienda de Haghia Irina en Keos, Cicládico Medio.



Figura 11. Cerámicas del Cicládico Medio.

En la Grecia continental el Heládico Medio supone (a comienzos del II milenio a.C.) una ruptura con la etapa anterior, patente en niveles de destrucción que tradicionalmente se atribuían a la llegada de gentes que traen consigo las casas de planta absidal (en realidad presentes con anterioridad), si bien en la actualidad se opta por posiciones más centradas en la evolución de las poblaciones locales, sin que ello excluya eventuales aportes foráneos. Aunque es habitual contemplarlo como un periodo de declive cultural, en el mismo se generaliza en el territorio continental el uso del bronce y del torno de alfarero, a la par que, sobre todo al final de esta etapa, se intensifican los intercambios con otras áreas del Egeo y más allá del mismo (p.ej., el Mediterráneo central). La riqueza de las *Sepulturas de Pozo* en Micenas es una evidencia espectacular de la capacidad de las élites para obtener artefactos de prestigio, luego amortizados en un contexto funerario. Desde mediados del periodo aparecen cerámicas pintadas con motivos geométricos de colores oscuros sobre fondo claro, que paulatinamente se enriquecen con espirales, pájaros y plantas.

5. EL BRONCE MEDIO Y RECIENTE EN LA ISLA DE CRETA: EL PERIODO PALACIAL

La isla de Creta se convierte en el foco cultural más importante del Egeo y está bien documentada la interacción con los países ribereños del Mediterráneo oriental, que se ve favorecida por la introducción de la vela en barcos de más capacidad de carga y autonomía que los modelos precedentes. La gran actividad desarrollada por vía marítima ha llevado a que muchos investigado-

res hablasen de la existencia de una verdadera *talasocracia cretense*. Dicho concepto, entendido como la existencia de un imperio basado en la hegemonía naval, ha sido matizado por la investigación de las últimas décadas que señalan la existencia de mecanismos diversos mediante los cuales se produce la "minoización" en la región egea: en muchos casos a través de la adopción voluntaria –a menudo bastante ecléctica– de rasgos estilísticos o tecnológicos característicos de la órbita cultural cretense, mientras que en otros lugares sí parece darse un control más directo mediante el establecimiento de factorías en áreas relativamente más alejadas como Mileto, en la costa de Asia Menor.

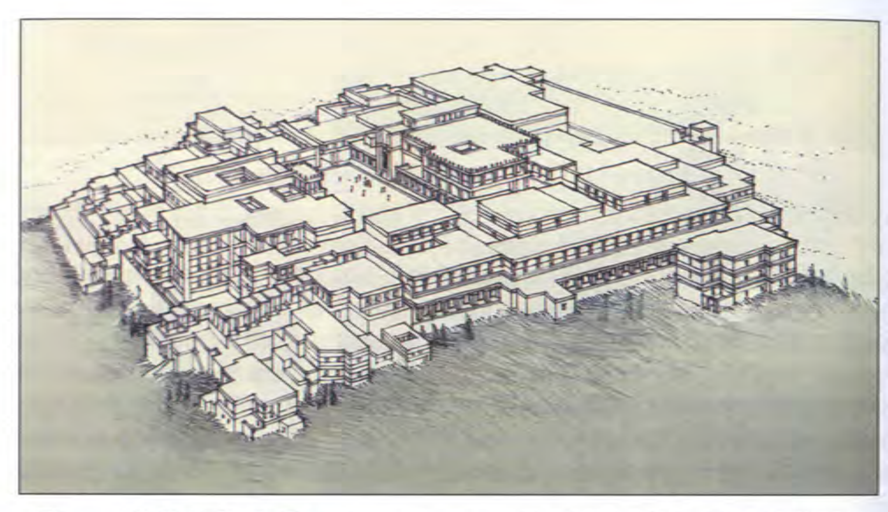


Figura 12. Palacio de Knossos, reconstrucción (según Ching *et alii* 2011).

La aparición de grandes complejos palaciales en Knossos (figura 12), Mallia y Phaistos es uno de los rasgos más característicos del Minoico Medio a partir del 1900 a.C., pero la investigación reciente ha mostrado con rotundidad que algunas características fundamentales de estas construcciones –orientación general, existencia de grandes patios–, ya están presentes en la etapa anterior. Habitualmente se considera que los palacios son los lugares de residencia del poder político, religioso y económico, en el marco de una sociedad estatal, organizada jerárquicamente. Por otra parte, los palacios se han contemplado como centros de almacenaje/redistribución y lugares donde se producen objetos de prestigio, como la conocida cerámica de Kamares. Los análisis petrográficos indican, sin embargo, que en el propio Knossos buena parte de dicha alfarería había sido elaborada en otro sitio. La investigación en los últimos años abunda en disminuir la importancia político-económica de los palacios, en beneficio de un reparto del poder de carácter más descentralizado. Los datos arqueológicos indican la existencia de producción

–especialmente de textiles– y almacenaje en los complejos palaciegos, pero fundamentalmente, su importante papel como espacios públicos donde se realizan ceremonias y consumo masivo de alimentos en el curso de festividades.

El diseño del palacio cretense definido por la arqueología está muy condicionado por las características documentadas en el complejo de Knossos que, por otra parte, se corresponden con su última fase constructiva (del Bronce Reciente), pues es la mejor conservada. En realidad, esta clase de edificios presenta una apreciable variabilidad en cuanto a tamaño, organización interna, número de patios y otros elementos arquitectónicos. En la versión canónica se trata de conjuntos articulados en torno a uno o más patios, con diferentes alturas y sin sistema defensivo alguno, cuyas partes fundamentales son:

- Un patio central, generalmente de planta rectangular.
- Un patio occidental normalmente ubicado delante de la fachada correspondiente y que es un gran espacio pavimentado.
- Almacenes, que son espacios muy amplios ubicados en las plantas al nivel del suelo con grandes *pithoi* de barro (figura 13).
- Santuarios y habitaciones nobles abiertos al patio occidental.
- Conjunto de habitaciones que debieron de ser residenciales, como las denominadas *sala del rey*, *sala de la reina*, e incluso una piscina lustral.
- Una sala con pilares o columnas que aparece en el segundo piso y se considera de banquetes.
- Estancias de culto, como las criptas con pilares del sótano.
- Una zona de recepción o entrada decorada con pinturas murales.

Poco después del 1700 a.C. tuvo lugar un devastador terremoto que afectó duramente a las construcciones palaciales que sin embargo fueron rápidamente reconstruidas, sumándose nuevos centros a los ya existentes. Esta fase de los segundos palacios, la más próspera y dinámica desde el punto de vista cultural, perdura hasta mediados del siglo XV a.C. cuando se documenta una oleada de destrucciones, esta



Figura 13. Almacenes de pithoi de Knossos (según M. Zarzalejos).

vez acompañadas de incendios, que verosímilmente se asocian a la acción humana. Tras esta crisis tiene lugar el abandono generalizado de los palacios, del que solo se exceptúa Knossos hasta una nueva destrucción en torno al 1375 a.C., momento que se vincula a la presencia de elementos micénicos en la isla, que se extiende hasta el 1200 a.C., cuando en conjunción con la crisis que afecta a todo el Mediterráneo oriental el sistema palacial llega a su fin.

Los asentamientos se extienden en torno a los palacios y el mejor documentado de la primera etapa es el de Mallia, con una red de callejuelas que van desde el palacio al mar. Aquí, el denominado barrio Mu consiste en dos edificios principales que están rodeados de talleres, sugiriendo que se trata de un complejo residencial de élite desde donde se supervisa la producción de artefactos de excepcional calidad, además de poseer evidencias de almacenaje. También ligadas a una clase aristocrática son las villas o casas de campo, construcciones de tamaño bastante grande que disponen de infraestructuras de producción y almacenamiento, pero también de estancias para actividades administrativas.

La ciudad mejor conservada es Gournia (figura 14), ubicada en la costa oriental de la isla y que se desarrolla en el periodo neopalacial, con una estructura urbana organizada a ambos lados de una estrecha avenida que rodea la base de una colina. Las calles principales estaban dotadas de sistema de alcantarillado y una parte de las casas tenían dos pisos; algunos edificios son de mayor tamaño y construcción más elaborada como la llamada *casa del gobernador*.

Figura 14. Ciudad de Gournia, Minoico Reciente.

Las paredes se decoran con frescos ya desde los primeros palacios, con motivos geométricos sobre fondo claro en azul, amarillo y gris y un poco después sobre fondo oscuro y tonos naranjas y verdes e incorporando motivos florales o naturalistas. En los segundos palacios se dan ya las representaciones figurativas y a partir del Minoico Reciente, se decoran las paredes, los techos y los pavimentos, en bandas horizontales con plantas, animales y figuras humanas como las del rey-sacerdote en Knossos o los boxeadores en Akrotiri (figura 15). Temas marinos decoran los suelos y esta clase de pinturas se difunde a las otras islas, destacando las conservadas en el yacimiento de Akrotiri en la isla de Tera.

Los enterramientos son de inhumación individual en *pithoi*, cistas pétreas y en contenedores de terracota denominados *larnakes*, agrupados en necrópolis o asociados a conjuntos sepulcrales colectivos. Continúan también las tumbas de tipo *tholos* del periodo anterior, algunas de formas complejas con una o varias antecámaras, en grupos de dos o tres o bien en necrópolis y ya a finales del Minoico Reciente se dotan de un corredor o pasillo de acceso. En el periodo de los primeros palacios se documentan también las tumbas de cámara que perduran y se convierten en las más comunes durante el Minoico Reciente. Son excavadas en las rocas o el subsuelo con un pasillo o *dromos* de entrada que da acceso por una puerta a la tumba, de planta circular o rectangular y con cubierta plana o convexa, en las que se depositan inhumaciones en *pithoi*, *larnakes*, ataúdes de madera o directamente sobre el suelo. La presencia micénica en la última fase del Minoico se hace patente en varias necrópolis del área de Knossos con la presencia de las "tumbas de guerrero" cuyo diseño constructivo y ajuar a base de cascos, espadas y lanzas, junto a vasos de bronce y cerámicas las vinculan a fórmulas sepulcrales de la Grecia continental.



Figura 15. A la izquierda, frescos del palacio de Knossos. A la derecha, pintura de Tera (según M. Zarzalejos).



Figura 16. Cerámica de Kamares (según M. Zarzalejos).



Figura 17. Cerámica estilo de palacio (según M. Zarzalejos).

En la cultura material la cerámica ocupa un lugar destacado con la de *Kamares* (figura 16) como la más representativa de los primeros palacios, con una decoración pintada en blanco, rojo y azul sobre fondo oscuro que despliega temas geométricos o vegetales abstractos y formas de copas, jarras con pitorro o recipientes de tendencias ovoides y globulares.

En el periodo de los segundos palacios la cerámica pasa a tener fondos claros con motivos florales que llenan los vasos de rosetas, juncos y bandas floreadas en colores oscuros. A este estilo le suceden, ya en el Minoico Reciente el estilo *marino,* con animales acuáticos, rocas y conchas, y el *abstracto y geométrico* con motivos de dobles hachas, escudos en ocho, lazos sagrados o cabezas de toro. El influjo micénico se plasma en el denominado *estilo de palacio* (figura 17), presidido

por una creciente estilización y temática vegetal o marina. Las formas más utilizadas son grandes recipientes carenados, jarros, *rhytones* e imitaciones de los *alabastrones* egipcios.

Muy características son las figuritas de terracota pintadas y que aparecen de pie, sentadas o en pequeños grupos en el periodo de los primeros palacios. En el de los segundos se hacen en bronce, plata o plomo y las hay también de animales, e igualmente de fayenza como las conocidas diosas de las serpientes de Knossos (figura 18).

En metal se fabrican nuevas armas como puñales, puntas de flecha y espadas, así como útiles empleados en la artesanía y la vida diaria, siendo Mallia un importante centro metalúrgico. En el curso del Minoico Medio se hacen muy comunes los recipientes elaborados a base de láminas de cobre unidas con remaches, cuya forma imita modelos cerámicos. También son frecuentes las figurillas de adorantes fabricadas en cobre o bronce y en la joyería se conocen las técnicas del granulado y la filigrana, que se aplican a pendientes, colgantes y adornos de oro o plata con incrustaciones de fayenza y cristal de roca.



Figura 18. Diosa de las serpientes de Knossos (Foto: C. Messier).

Los sellos se elaboran desde la etapa de los primeros palacios en piedras duras (cristal de roca, ágata y amatista) o más blandas y fáciles de trabajar como la esteatita. Presentan motivos figurativos –humanos, toda clase de animales, esfinges y grifos– y se hacen generalmente sobre soportes de forma prismática o también discoidales, posteriormente lenticulares, rectangulares y almendrados. En Mallia se ha excavado un taller especializado en la fabricación de sellos sobre prismas de esteatita, que se data a comienzos del Minoico Medio.

La Creta minoica hizo uso de tres tipos de escritura: jeroglífica, lineal A y lineal B, todas ellas son silábicas y las dos primeras no han sido descifradas todavía. La jeroglífica aparece en sellos y tabletas, estas últimas solo en número significativo en Knossos,

Malia y Petras. El lineal A se utiliza en toda Creta y otros lugares del Egeo, sobre todo a inicios del Minoico Reciente y parece asociarse a funciones puramente administrativas, lo que ha permitido identificar el sentido de algunos grupos de signos. Por su parte, el lineal B aparece sobre tablillas de arcilla asociado a la presencia micénica y se ha atribuido a una forma arcaica del griego, siendo su finalidad fundamentalmente administrativa.

La economía sigue teniendo una base agropastoril con una capacidad de producir excedentes que pasan a ser almacenados en silos y grandes *pithoi* dentro de los propios palacios, pero también en las villas y residencias urbanas de la élite, donde se documentan espacios de depósito semejantes a los palaciales. En todos esos lugares existen áreas dedicadas a diversas labores artesanales, como la manufactura de sellos, cerámicas de calidad y la elaboración de tejidos. Muchos de esos artículos son objeto de intercambio dentro de la propia Creta, pero también nutren un activo comercio a lo largo del Mediterráneo oriental, como indica la presencia de productos minoicos (p. ej., jarras de estribo o vasos de piedra conteniendo aceites) o, en algún caso, artesanos en la región del Delta del Nilo, en las Cícladas y en Anatolia. La importación de cobre, estaño y plata desde el exterior está bien atestiguada en los palacios cretenses, igual que la de otros materiales exógenos como el lapislázuli o el marfil y objetos manufacturados como los escarabeos.

6. LA CULTURA MICÉNICA Y EL BRONCE RECIENTE

La Grecia continental a finales del Heládico Medio presenta un cambio organizativo que ya preludia lo que serán los rasgos socioeconómicos del periodo siguiente. La denominación "micénico" es una elaboración reciente, que engloba los desarrollos culturales que tienen lugar entre el 1700 a.C. aproximadamente y el final del II milenio. El surgimiento de diversas entidades estatales en la Grecia continental del periodo toma forma a partir de un crecimiento endógeno, combinado con la existencia de contactos regulares con las órbitas culturales cicládica y minoica. El poder está en manos de una élite cuya legitimidad se basa en su destreza y liderazgo en las actividades bélicas y venatorias, pero particularmente por la capacidad que poseen los individuos de alto rango para establecer relaciones político-comerciales con otras potencias del momento y adquirir materiales (ámbar, plata, oro o marfil) muy apreciados y de procedencia a veces muy lejana. No hay que olvidar, sin embargo, que los grandes sitios micénicos se sitúan estratégicamente, controlando regiones de gran productividad agrícola y que se hallan próximas a rutas de comercio. Un buen ejemplo de esta disposición espacial se observa en la llanura de Argos, al fondo del golfo del mismo nombre y con buena comunicación terrestre hacia los golfos de Corinto y Sarónico: allí se ubica la ciudadela de Micenas, sobre una colina cerca de la costa y al tiempo vigilando

las principales rutas terrestres, pero también controla una comarca de gran fertilidad y densamente poblada (figura 19).

La región del Peloponeso reúne los centros más significativos –Pylos, Micenas y Tirinto– si bien en otras áreas hallamos asimismo conjuntos palaciales, como en Tebas, Orkhomenos o, posiblemente, Atenas. Fuera del área continental, sitios en los Cícladas como Filakopi o Aghia Irini poseen en este periodo ocupaciones micénicas.

En el área del Egeo, tiene lugar el desplazamiento de los centros de poder desde Creta al territorio griego continental que desde ahora tendrá importante presencia en el ámbito mediterráneo. A través de la información proporcionada por las tablillas del lineal B sabemos que durante los siglos XIV y XIII a.C. existen varios *reinos* posiblemente independientes entre sí, con una capital administrativa en cada uno de ellos, que es a su vez centro económico y religioso. Aparecen ahora las ciudades-palacio con un núcleo fortificado o ciudadela que alberga el palacio, los edificios de culto y algunas residencias privadas; en su entorno y fuera de las murallas se ubican el resto de las viviendas y edificios. Esas fortificaciones se van reforzando y extendiendo a lo largo del Heládico Reciente y suelen adaptarse a la topografía del terreno, aprovechando así las defensas naturales que se refuerzan o complementan con recintos levantados con aparejo ciclópeo, unidos con tierra y piedras pequeñas. Entre ellas hay que mencionar *Micenas* (figura 20), *Argos* y *Tirinto*, construidos en etapas sucesivas, que incorporan en las fases más tardías sistemas que permiten el acopio de agua.



Figura 19. Disposición estratégica de Micenas en la llanura de Argos (según Cunliffe 2008).

En *Micenas* la ampliación del recinto murario pasó a englobar el Círculo A de tumbas y se construyó la conocida Puerta de los Leones (figura 21), realizada con tres grandes bloques monolíticos

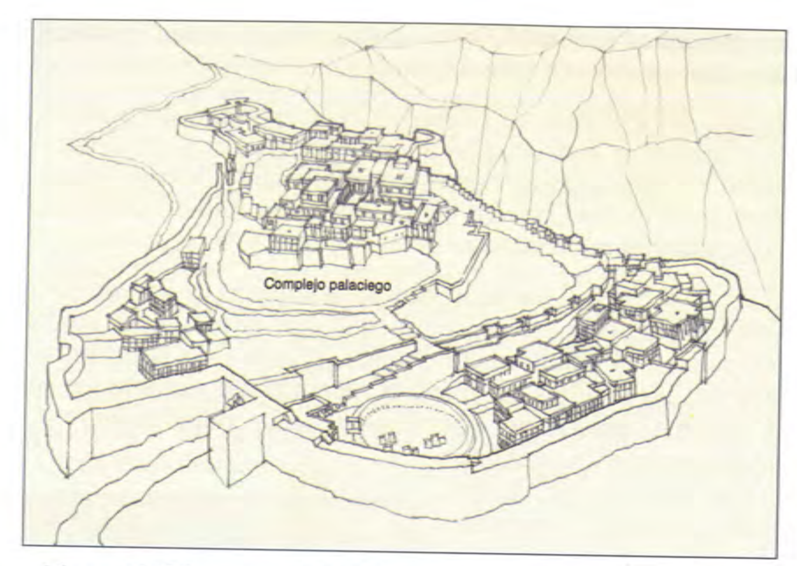


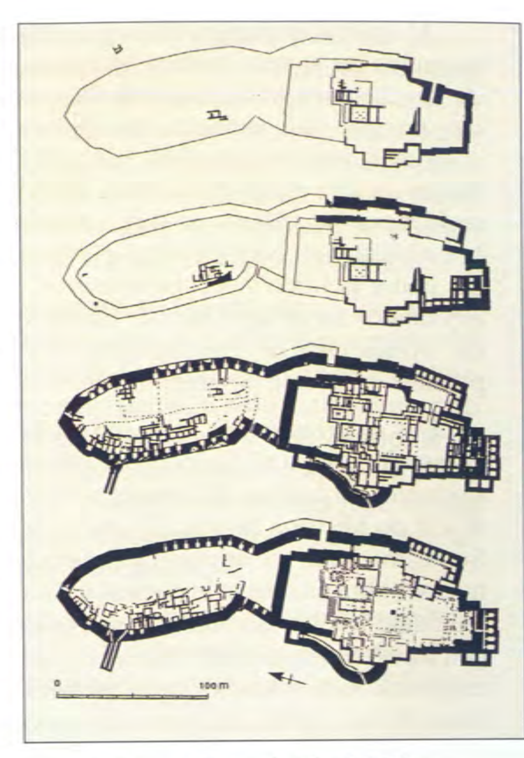
Figura 20. Vista general de Micenas (según Ching *et alii* 2011).

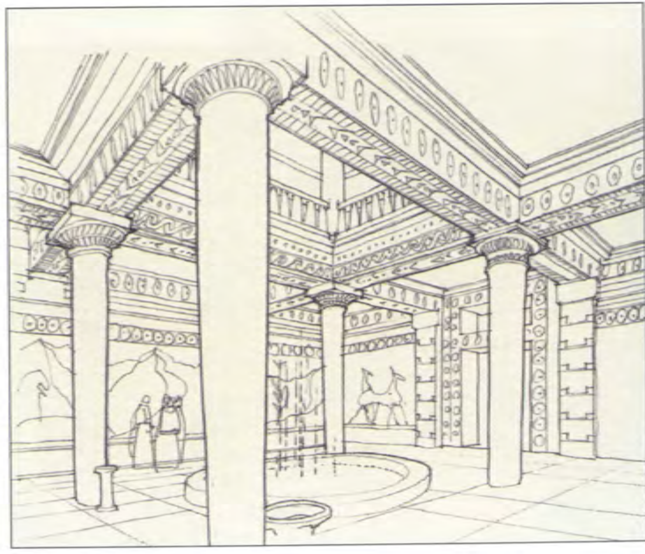

Figura 21. Puerta de Los Leones de Micenas (según M. Zarzalejos).

y una viga vertical sobre la que giraba la puerta, con el triángulo de descarga decorado con dos leones afrontados.

Los palacios se levantan en zonas elevadas, sobre crestones rocosos, y los mejor conservados son los de Tirinto (figura 22), Pylos y Gla, que presentan una serie de características comunes, aunque existan diferencias entre ellos

y se construyen con bloques de piedra irregulares, mortero y adobes. La parte esencial de todo palacio es el megarón central, que es un recinto con porche, vestíbulo y sala del trono en el que hay un hogar rodeado de cuatro columnas, apareciendo decoradas las paredes, los techos e incluso los suelos (figura 23); en sus inmediaciones se halla un patio principal que conduce al *megarón*. Se documentan otros habitáculos de menores dimensiones, pero con una planta semejante, como es el caso del llamado *megarón de la Reina* en Pylos. Existen asimismo toda una serie de estancias anexas destinadas a actividades administrativas, dependencias de servicio y almacenes. Se encuentran pinturas murales en tonos ocres, amarillos y rojos, blancos, azules y verdes, con escenas procesionales, de caza, de batallas y de sacrificios rituales.


Figura 22. Acrópolis de Tirinto (según F. Fittschen).


Figura 23. Megarón del palacio de Pylos (según Ching *et alii* 2011).

Al estar la investigación arqueológica centrada en los ejemplos más monumentales de la arquitectura (palacios, tumbas, ciudadelas) las características de los asentamientos más sencillos son mucho menos conocidas. Las viviendas poseen casi siempre una planta rectangular o cuadrangular, con una o varias dependencias, pero también las hay de varios pisos y algunas se asemejan –a una escala modesta–, a los megarones palaciales. El interior de las residencias se articula en torno a un hogar, empleado para cocinar y calentar la estancia. Se conocen obras públicas más allá de las vinculadas al ejercicio del poder político y a la poliorcética: tal es el caso de los trabajos de drenaje ejecutados en el lago Kopaïs (Beocia) o la presa construida a poca distancia de Tirinto para desviar las aguas torrenciales, así como una red viaria con puentes, restos de pavimentación, contrafuertes, etc.

Los enterramientos se hacen en las denominadas tumbas de pozo durante la fase formativa de la sociedad micénica hacia finales del siglo XVII y posteriormente en tumbas de cámara y *tholoi*. Las primeras aparecen en los Círculos A y B de Micenas (figura 24), en un número de seis y catorce respectivamente. Son estructuras rectangulares excavadas en el fondo de un pozo con los inhumados sobre una capa de piedras y dotadas de cubiertas de madera. Se señalizan mediante estelas decoradas con espirales y líneas onduladas o, en ocasiones, con representaciones de carros. Los ajuares son los más ricos y variados de todo el periodo con espadas, dagas, puñales, puntas de flecha y de lanza, además de vasos de oro y plata, así como las conocidas máscaras áureas.

Las tumbas de cámara son estructuras excavadas en la roca con un corredor de acceso y una cámara cuadrangular, elipsoidal o semicircular, conteniendo varios enterramientos y en ocasiones están pintadas al interior. Las tumbas de



Figura 24. Círculo A de Micenas (según M. Zarzalejos).

tholos son las más monumentales y consisten en una cámara funeraria circular precedida por un corredor, cubierta por aproximación de hiladas y con un túmulo. El más conocido es el *Tesoro de Atreo* de Micenas (figura 25) con un pasillo de treinta y seis metros de largo por seis metros de ancho y una cámara principal de catorce metros y medio de diámetro, además de otra secundaria. El rito funerario es la inhumación sobre el suelo de la cámara y a veces sobre una plataforma o en sarcófagos de terracota; entre las ofrendas se pueden mencionar vasos con comida y bebida, armas, herramientas y figuritas.

La economía micénica se basaba en el cultivo de cereales, vino, aceite y leguminosas, así como en la ganadería, la producción de tejidos a partir del lino y la lana, la manufactura de objetos metálicos, cerámica, joyas e incluso perfumes, destinados al consumo interno, pero también a un activo comercio con Chipre, Macedonia, tierras ribereñas del mar Negro y del Mediterráneo central (y, eventualmente, el sur de la península ibérica hacia el siglo XIII a.C.). La importancia dentro del sistema palacial de estas producciones locales está bien ilustrada por las tabletas recuperadas en el palacio de Pylos, con sus detallados inventarios de productos agrícolas y artesanales.

El descubrimiento de sendos pecios –con un cargamento variado en cuanto a su origen–, en la costa sur de Anatolia (los de Uluburun y cabo Gelidonya) arroja luz sobre la intensidad del comercio por vía marítima en el Mediterráneo oriental durante los siglos XIV y XIII a.C., si bien también plantea la cuestión del protagonismo real de los propios micénicos en el trasiego de esas mercaderías: los juegos de pesas recuperados apuntan al origen cananeo de ambos barcos, pero la riqueza del primero y la verosímil presencia de dos individuos micénicos de alto rango apuntan a que la expedición malograda en Uluburun se enmarcase en las relaciones de reciprocidad entre las élites de la región.

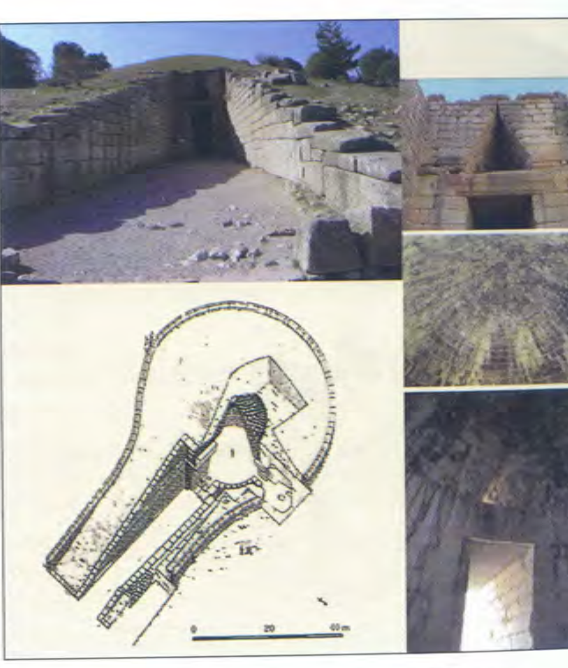


Figura 25. Tesoro de Atreo en Micenas (según M. Zarzalejos).

Por lo que respecta a la cultura material, la cerámica aparece en cuencos profundos, copas, tinajas, trípodes, cráteras, jarros y *alabastro-*

nes; a veces es lisa pero en general está pintada con dobles hachas, flores, conchas o espirales, en lo que se conoce como estilo *esquemático*; hay también figuras humanas, animales y escenas que constituyen el llamado estilo *pictórico* y otros más locales como el *cerrado,* con toda la superficie del recipiente cubierta de decoración, o el *granero* con motivos geométricos muy sencillos. En terracota son muy abundantes las figuritas animales y humanas, las segundas de tipos muy diversos, denominados como φ, ψ y τ.

En metal destaca la panoplia bélica elaborada en bronce para obtener piezas de una elevada calidad: corazas, cascos, escudos, espadas y puntas de lanza. La orfebrería incorpora técnicas como el granulado y el repujado, con vasos, joyas y anillos de oro y también en plata. Por otra parte, aparecen sellos de morfología almendrada o lenticular tallados en ágata, cornalina, esteatita y más raramente en ámbar, lapislazuli o pasta vítrea (figura 26). Otro material de excepción, el marfil, se trabaja en forma de plaquitas para adorno de muebles y objetos de madera.

Hacia el final del siglo XIII a.C. y a lo largo de varias décadas tiene lugar el colapso del sistema palacial micénico, apreciable en la destrucción de los grandes sitios de la Argólida, como Micenas, Tirinto o Dendra, pero también en otras regiones. Una gran mayoría de los lugares abandonados en este periodo no serán reocupados posteriormente, lo que apunta a una deslocalización del poblamiento micénico, acompañada probablemente de un declive demográfico. En aquellos lugares donde sí tuvo lugar una reocupación, el rango y escala de las nuevas construcciones son inferiores a los de la etapa previa y lo mismo sucede con las artesanías de lujo, los sellos y la escritura, que desaparecen. En torno al 1150 a.C. el sistema social micénico se ha disuelto casi por completo, sustituido por una creciente regionalización cultural; se documenta un cambio en las costumbres funerarias (rito de incineración) y un empobrecimiento de la cultura material, de la que comienza a formar parte el hierro.



Figura 26. Sello de ágata mostrando un combate entre guerreros micénicos (según T. Ross/University of Cincinnati).

La razón última para el colapso micénico, menos dramático de lo que se ha considerado a menudo, puede residir en una combinación de factores: inestabilidad interna, deterioro económico, a los que quizás se sumó el protagonismo de poblaciones en movimiento en toda el área del Mediterráneo oriental.

Vídeos de youtube para apoyar las explicaciones del texto:



Battle in Tollense (N. de Alemania) (6:17 m).



La explotación de la sal en Villafáfila (Zamora) (8:11 m).



LOST WORLDS: The lost city of Troy (49:53 m).



The Palace of Knossos Beautiful History (5:06 m)..

BIBLIOGRAFÍA

BROODBANK, C. (2013): *The Making of the Middle Sea. A history of the Mediterranean from the Beginning to the Emergence of the Classical World*, Londres.

CLINE, E.H. (ed.) (2010): *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, Oxford.

CUNLIFFE, B. (2008): *Europe between the oceans 9000 BC-AD 1000*, Yale.

DICKINSON, O. (2015): *La Edad del Bronce Egea*. Akal, Madrid.

FIELDS, N. (2004): *Mycenaean Citadels c.1350-1200 BC*, Oxford.

FOTTON, J.L. (2002): *Minoans*, London.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2009): "Qué hace un micénico como tú en un sitio como éste? Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita". *Trabajos de Prehistoria*, 66.2: pp. 93-118.

SCHOEP, I. (2018): "Building the Labyrinth: Arthur Evans and the Construction of Minoan Civilization". *American Journal of Archaeology*, 122, pp. 5-32.

STEINER, M.L. y KILLEBREW, A.E. (eds.) (2013): *The Oxford Handbook of the Archaeology of the Levant c. 8000-332 BCE*, Oxford.

TREUIL, R. et ALLI (1992): *Las Civilizaciones egeas del Neolítico a la Edad del Bronce*. Ed. Labor, Barcelona.

ZARZALEJOS, M. (2010): "La Creta minoica y el sistema palacial" y "La cultura micénica" en *Historia de la cultura material del Mundo Clásico*, Col. Unidad Didáctica, UNED, Madrid, pp.45-96.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. ¿De que periodo son los ídolos de caja de violín?
   a) Cicládico Medio.
   b) Cicladico Reciente.
   c) Cicládico Antiguo.
2. El *megarón de la reina* está en el palacio de:
   a) Pylos.
   b) Tirinto.
   c) Gla.
3. El Tesoro de Atreo es un:
   a) Un dromos.
   b) Un tholos.
   c) Un pithos.
4. La cerámica de Kamares representa:
   a) El Minoico Antiguo.
   b) El Micénico.
   c) El Minoico Medio.
5. El lineal A es:
   a) Una escritura micénica.
   b) Un tipo de escritura egipcia.
   c) Un tipo de escritura cretense.

Tema 9

EL CONTINENTE EUROPEO EN LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO Y MEDIO

Ramón Fábregas Valcarce

1. INTRODUCCIÓN

Cronológicamente el Bronce Antiguo y Medio se extiende por las regiones centro-oriental y occidental de Europa desde el último tercio del III milenio a.C. hasta el último cuarto del milenio siguiente. El empleo del bronce verdadero (cobre + estaño) se documenta hacia el 2200/2000 a.C. en las islas británicas y Centroeuropa, desde donde se expande con bastante rapidez a las regiones vecinas. No obstante, hay que aguardar hasta los inicios del II milenio para observar un incremento de la producción broncística, que se consolida en muchos lugares hacia el 1600 a.C., con la aparición de un repertorio variado de armas y útiles elaborados en dicha aleación y nuevas técnicas de trabajo del metal.

A partir del 2000 a.C., muchas regiones europeas registran en mayor o menor grado una serie de características comunes: la sociedad aparece más dividida internamente y se vuelve más jerárquica; se incorporan una serie de artefactos indicadores de estatus (puñales, espadas, lanzas, adornos áureos); los enterramientos tienden a ser individuales y aparecen *sepulturas principescas*, a menudo bajo túmulo, en Wessex, Bretaña o en el área de Unetice; los asentamientos tienen un carácter abierto pero en algunas regiones se construyen poblados en altura, dotados de defensas artificiales; en la economía se registra una mayor especialización y división del trabajo, las redes de intercambio a larga distancia y los trabajos mineros experimentan un gran desarrollo.

La economía agropastoril está más consolidada y en muchos lugares el ganado cobra una mayor importancia –al margen del mero suministro proteínico–, a través del uso creciente de la leche y la lana. Otras dos aportaciones de la cabaña doméstica adquieren relevancia: el empleo del abono animal, que permite un uso más intensivo de los campos y a ello contribuye igualmente la utilización del arado. Por otra parte, la fuerza de bueyes y caballos se aplica –de forma más evidente y con mayor antigüedad en la Europa centro-oriental– al transporte, ya sea uncidos a carros o, en el caso de los caballos, también como bestias de carga. La monta de estos últimos parece probable desde inicios del II milenio, al menos en los paisajes vegetales abiertos que caracterizan algunas regiones del Este europeo, donde su empleo haría más viable el aprovechamiento pastoril de los territorios más despejados.

La agricultura cerealista gira en torno a distintas variedades del trigo y la cebada, acompañadas en ocasiones de mijo y centeno, ambas especies más resistentes y mejor adaptadas a suelos más pobres. Las leguminosas (habas, guisantes y lentejas) complementan la dieta vegetal, además de contribuir al mantenimiento de la fertilidad de los campos. El lino aparece con frecuencia, en su condición de suministrador de fibra, pero también de aceite. Por último, la caza y, sobre todo, la recolección de una variada gama de bayas, frutos y nueces (la bellota y la avellana con particular abundancia) suponen un recurso complementario pero clave en determinadas épocas del año para muchas comunidades de la época.

El incremento demográfico que se observa de forma generalizada conlleva la puesta en explotación de suelos de características mediocres, que en los siglos centrales del II milenio a.C. provoca el agotamiento del terreno y el consecuente abandono del cultivo en algunas áreas o su conversión en zonas de pasto. Los numerosos hallazgos de fusayolas y pesas de telar hacen pensar en un importante papel de la industria del tejido, esencialmente la lana.

La generalización en el uso de la metalurgia y, muy en particular, de la aleación cobre/estaño va a suponer un fuerte estímulo para el establecimiento de redes de intercambio suprarregionales. El control de dichas redes, de las áreas mineras o de los lugares de transformación del mineral se convierte en uno de los fundamentos de la legitimación de los sectores privilegiados de las

sociedades europeas del Bronce. No sólo a través de las vías terrestres, sino también a lo largo de los grandes cursos fluviales o mediante navegación de cabotaje se documenta un trasiego de artefactos y personas, particularmente visible desde los primeros siglos del II milenio a.C. La movilidad, tanto a escala grupal como individual, se hace cada vez más visible mediante los análisis de ADN y de isótopos estables efectuados sobre los restos esqueléticos.

Las áreas geográficas en las que se abordará a continuación el estudio de los dos periodos iniciales de la Edad del Bronce son la Europa oriental, la región centroeuropea, el área nórdica y las zonas atlánticas (figura 1).

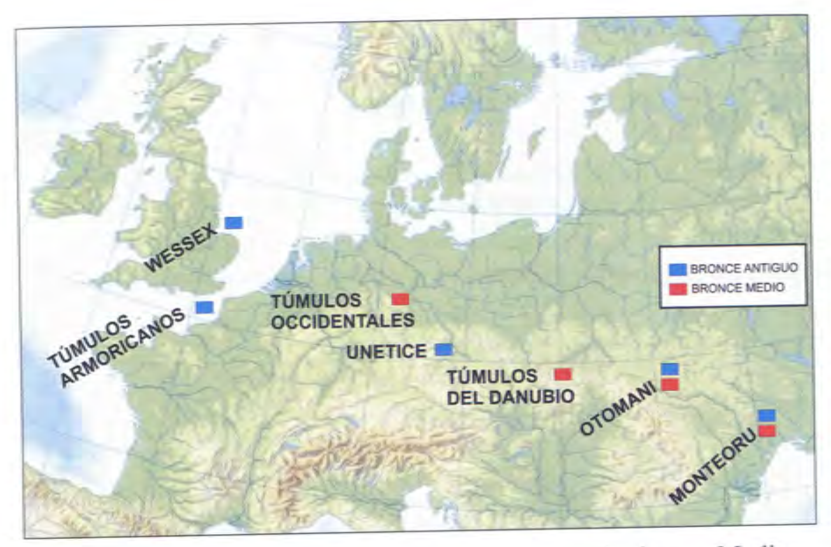


Figura 1. Mapa de Europa en la Edad del Bronce Antiguo y Medio.

2. EUROPA ORIENTAL

La cuenca carpática y las áreas aledañas que se extienden hacia el Norte de los Balcanes y la costa occidental del mar Negro desarrollan una potente metalurgia del bronce entre fines del III milenio a.C. y mediados del II milenio, con tipos de hachas y espadas muy característicos, que se expanden hacia áreas vecinas. Varios factores inciden en ese desarrollo: por una parte, la disponibilidad de yacimientos de cobre y oro, que en el Calcolítico ya habían hecho de la región carpato-balcánica una de las áreas pioneras en el trabajo de los metales. Además, se halla en una situación geográfica de encrucijada, en los confines occidentales de la estepa póntica y con buena comunicación tanto en el sentido E-W, siguiendo el curso del Danubio, como en dirección N-S a partir de sus afluentes. La importancia de esa disposición central aparece subra-

yada por la existencia de asentamientos fortificados como Nitrianski o Barca, controlando los pasos a través de los Cárpatos noroccidentales. Por último, pero no menor, la cuenca carpática presentaba en el periodo que nos ocupa un mosaico paisajístico y medioambiental que favoreció la explotación agrícola y permitió, al menos hasta el 1500 a.C. sostener un incremento demográfico.

Durante el II milenio a.C. en la zona oriental del continente hay dos grandes complejos culturales representativos: **Otomani** y **Monteoru**. El segundo de ellos se inicia en fechas más tempranas que el primero y tiene una cierta afinidad con los grupos de las estepas pónticas, siendo su yacimiento epónimo un poblado ubicado en Rumanía. El primero es un asentamiento de la región de Transilvania que también da nombre a esta etapa.

2.1. Otomani

Se extiende a lo largo de una amplia área entre el SE de Polonia, Rumanía y Ucrania occidental. El hecho de que muchos de sus asentamientos posean potentes fortificaciones, así como la conspicua presencia de armamento (espadas, hachas, puñales) en los depósitos metálicos sugieren el carácter guerrero

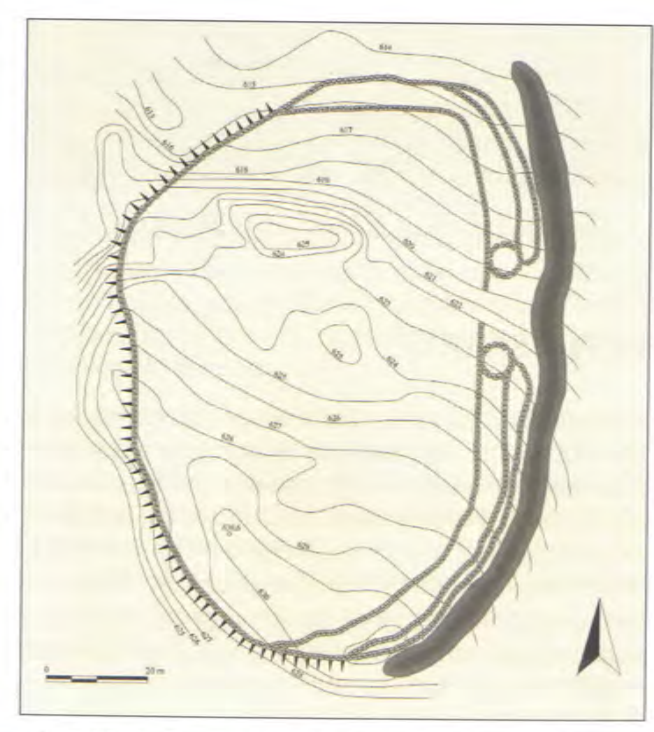


Figura 2. Poblado Otomani de Spisski Stvrtok (según Jaeger 2016).

de este complejo cultural o al menos la necesidad por parte de sus élites de mantener el control sobre el territorio y las vías de tránsito, a través de las cuales llegan artefactos o materias primas desde zonas exteriores. Con respecto al tráfico de estas últimas hay que señalar la posición estratégica del área Otomani en la ruta del ámbar, un material del que estas comunidades hicieron uso para la fabricación de adornos.

Los **poblados** son generalmente pequeños y una parte de ellos se localiza en áreas dotadas de defensas naturales, que se completan mediante la adición de murallas y fosos (figura 2). Las viviendas son de planta rectangular o circular, construidas a base de madera y barro, compartimentadas y con suelos también de madera. Destacan, además del epónimo, los de *Salacea* en Rumanía, *Barca* en Eslovaquia y *Varsand* en Hungría. La **economía** se basa en el cultivo de trigo y mijo y la cría de ganado bovino, cerdos y caballos. Es probable que se usase bueyes como animales de tiro para los carros de cuatro ruedas, conocidos al menos desde los siglos centrales del III milenio a.C. (figura 3). La profusión de hallazgos de bocados y otras piezas de atalaje en hueso y asta indican que el caballo se empleó para el transporte de cargas o, quizás también, como animal de tiro.

El **rito funerario** es la inhumación individual con el cadáver en posición fetal, depositado en sepulturas a veces cubiertas por estructuras tumulares agrupadas en necrópolis. Desde mediados del periodo comienza a aparecer el rito de incineración que será el usado en la etapa final. En algunos asentamientos fortificados se han hallado fosas a las que se arrojaron los cuerpos de individuos probablemente sacrificados.

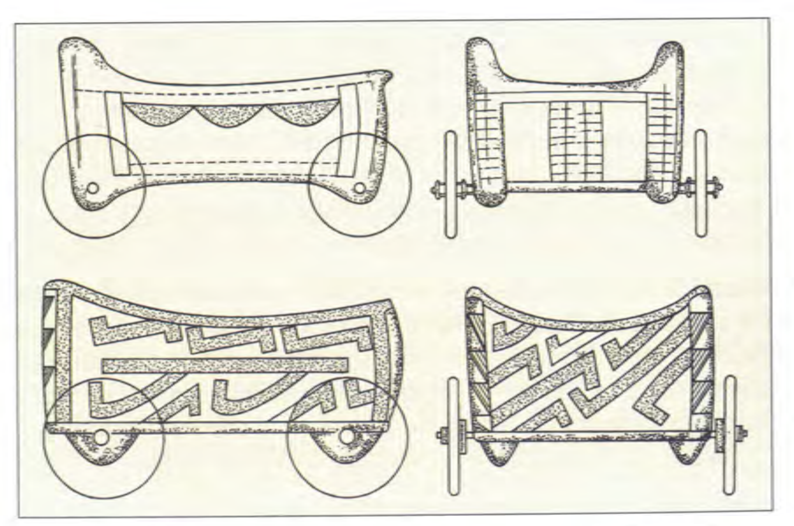


Figura 3. Representación cerámica de carros, de Otomani (según Bona y Gimbutas).



Figura 4. Depósito de Hajdúsámson (Hungría) (según Jaeger 2016).

La **metalurgia** del bronce se implanta en el periodo antiguo con un mayor número de armas que de útiles, y en el periodo clásico se da una explotación intensiva de los yacimientos mineros de cobre de Transilvania, junto a un incremento de las explotaciones de oro. Hay un gran desarrollo del trabajo del bronce –puñales y espadas, diversos tipos de hachas de enmangue tubular y talón alargado, bocados de caballo y alfileres–, también del oro en el que se elaboran adornos variados. La excelencia técnica de la metalurgia del bronce plantea la posibilidad de la existencia de verdaderos especialistas y algunas sepulturas señalan la valoración especial que merecían los artesanos responsables (figura 4).

La **cerámica** es a menudo muy sofisticada en su elaboración, presentando decoración cordada, incisa o en relieve y, posteriormente, aparecen vasos bruñidos, decorados a base de motivos en espiral junto a otros con acanalados y dotados de asas verticales (figura 5). De particular interés resultan las reproducciones de carros de 4 ruedas en cerámica, así como la representación incisa de un carro de 2 ruedas sobre un ánfora recuperada en Vel'ke Raskovce (Eslovaquia).

En la fase clásica Otomani mantiene contactos con Unetice y con el territorio griego y ejerce una fuerte influencia sobre Monteoru. En torno al 1400 a.C. se produce el abandono de algunos poblados, comenzando el declive de esta cultura.

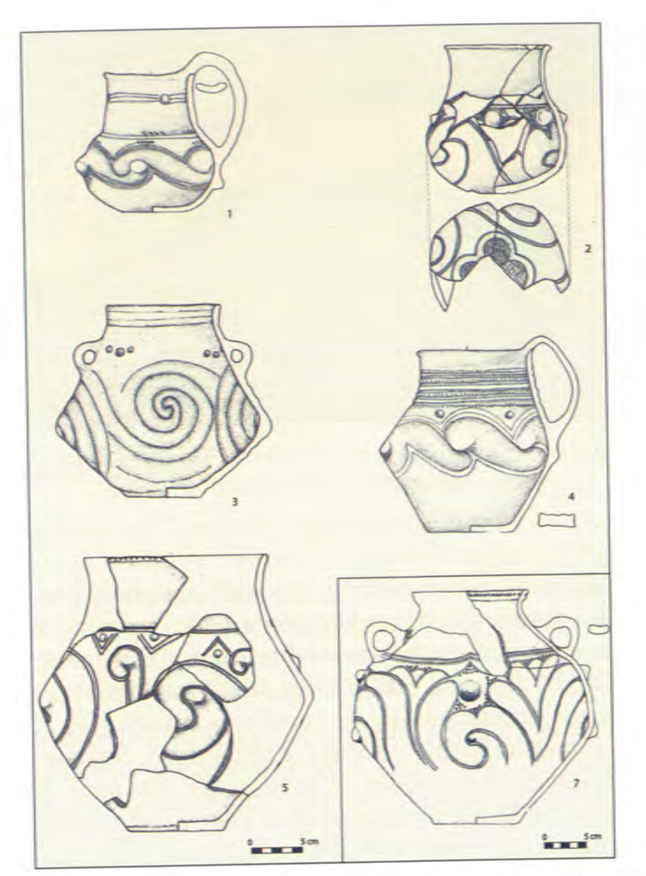


Figura 5. Cerámicas Otomani del "tell" de Carei Bobald (Transilvania, Rumanía) (según Gogaltan et alii 2014).

2.2. Monteoru

Se extiende por las comarcas orientales de Rumanía, penetrando ligeramente en Transilvania y Moldavia. Continúa las tradiciones de las cerámicas cordadas y las Kurganas con la costumbre de colorear con ocre los inhumados en sus momentos iniciales, pero en la fase de apogeo, en torno al 1700 a.C., que representará el Bronce Medio, recibe también influencias del territorio griego como ponen de manifiesto la presencia de discos de oro, cuentas de collar de fayenza, bocados de caballo decorados con espirales y espadas. La metalurgia del bronce deriva de la de Otomani y está integrada esencialmente por armas, incluyendo las hachas ceremoniales de oro encontradas en el depósito de *Tufalau* (Rumanía) (figura 6), puñales y espadas. La cerámica presenta decoraciones de tipo geométrico, ejecutadas mediante incisión; son característicos los vasos de asas altas y grandes recipientes para rituales.

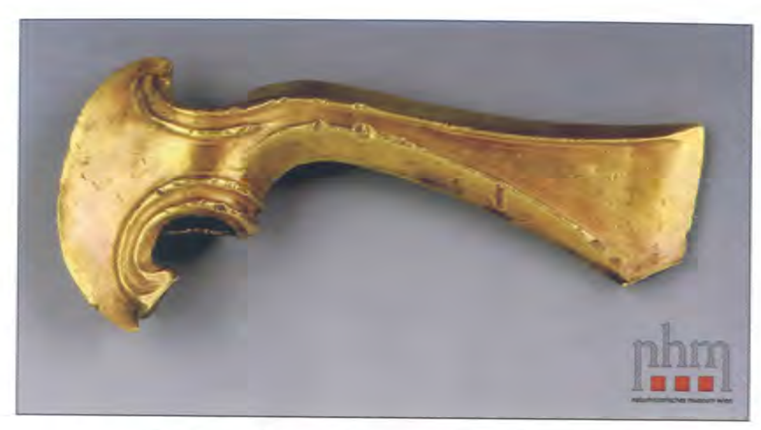


Figura 6. Hacha de oro del tesoro de Tufalau (Rumanía) (Foto: Museo Historia Natural de Viena).

Las necrópolis suelen estar cerca de los asentamientos y están constituidas por sepulturas de inhumación individual con grandes diferencias en los ajuares. El reciente análisis mediante isótopos estables en dos cementerios (Sarata Monteoru y Cârlomanesti) apunta a que la dieta de los individuos enterrados se hizo con el tiempo menos dependiente de los recursos cárnicos para basarse en mayor medida en una combinación de cereales y legumbres, complementada por un incremento en el consumo de productos lácteos. Por otra parte, la abundancia de yacimientos salinos en la región subcarpática supuso un recurso que fue explotado por las comunidades locales del Bronce, siguiendo la tradición de sus antecesores calcolíticos. El poblado epónimo es un asentamiento al aire libre con restos de viviendas perecederas y de un muro de cantos rodados. Hay objetos de lujo procedentes de Anatolia, Grecia y Europa Central y en la fase tardía, momento de declive cultural, comienza a aparecer el rito funerario de incineración.

Relacionados con estas dos culturas aparecen algunos grupos regionales como el de **Nagyrév** en Hungría que posee poblados de características bastante igualitarias, cerámicas negras bruñidas decoradas con incisiones y otras que imitan formas egeas y anatólicas; el rito funerario conoce tanto la inhumación como la incineración. En Serbia, **Vatina** tiene asentamientos cerca de cursos fluviales y entierra a sus muertos bajo túmulos y posteriormente en urnas. Su cerámica está muy decorada y tiene unas placas conocidas como ídolos o "pintaderas". En el grupo de **Vervicioara**, en el bajo Danubio, los poblados están fortificados, las necrópolis son muy grandes y hay ricos depósitos de objetos metálicos, pero en la etapa que podríamos definir como Bronce Medio hay un giro hacia una subsistencia pastoril y un régimen de vida más nómada, del que dan muestra los fondos de cabañas en las vegas de los ríos y paulatinamente incorporan la incineración como rito funerario predominante. La cerámica ofrece vasos con dos asas y copas decoradas con incisiones geométricas.

3. EUROPA CENTRAL

En el curso del Bronce Antiguo el área centrada en la antigua Checoslovaquia, SE de Alemania y SO de Polonia conoce un gran desarrollo, representado básicamente por la cultura de Unetice. Aprovecha la situación geográfica que permite una buena comunicación tanto hacia el Báltico y el mar del Norte, siguiendo los cursos del Elba y el Oder, como hacia la región carpática a lo largo del Danubio. A ello se une la variedad de recursos metálicos, con importantes yacimientos de cobre, estaño y oro, a los que hay que unir los de sal. Posteriormente, en el Bronce Medio, abarcando o ejerciendo su influjo sobre una amplia extensión de Centroeuropa, se ha identificado la Cultura de los Túmulos.

3.1. Cultura de Unetice

Unetice, una localidad sita en Bohemia (República Checa), también conocida por su nombre alemán Aunjetitz, da nombre a dicha cultura que desde su zona originaria mantiene vínculos con algunos grupos regionales periféricos como los de *Nitra* al oeste de Eslovaquia, *Merzanowice* en Austria y *Adlerberg* en el alto valle del Rhin que solamente tienen diferencias apreciables en las cerámicas y los objetos metálicos

La conformación de Unetice es deudora de los aportes previos del Calcolítico regional, aunando elementos propios de la cultura material del grupo de las céramicas de cuerdas, campaniformes y de las estepas pónticas, esto último sugerido igualmente por los últimos estudios del ADN antiguo. Sus inicios se situan en torno al 2300 a.C., si bien su facies clásica aparece definida hacia el 1900 a.C. y algo después del 1700 a.C. da comienzo la transición a la Cultura de los Túmulos del Bronce Medio.

Los **asentamientos** tienden a concentrarse en áreas con suelos loésicos o "tierras negras" particularmente fértiles y también en las inmediaciones de los sistemas fluviales más importantes, que determinan las rutas primarias de tráfico suprarregional y proporcionaban así buenas posibilidades para el intercambio. El poblado de *Grossmugl* (Austria), presenta cabañas semi-subterráneas irregularmente repartidas, de plantas rectangulares y construidas a base de madera. Ya en la etapa clásica se conocen asentamientos emplazados en lugares elevados, dotados además de defensas a base de empalizadas y fosos. En su interior hay viviendas rectangulares hechas de madera, a veces dotadas de un zócalo de piedra. En ciertas áreas, como el valle de Saalach, al pie de los Alpes, la llamativa concentración de poblados puede obedecer a la combinación de buenas condiciones agrícolas y la existencia de mineralizaciones de cobre y yacimientos de sal.

En cuanto al **mundo funerario**, la práctica más habitual es la inhumación individual en las denominadas tumbas planas, simples fosas cavadas en el suelo



Figura 7. Tipos de enterramiento de la cultura de Unetice.

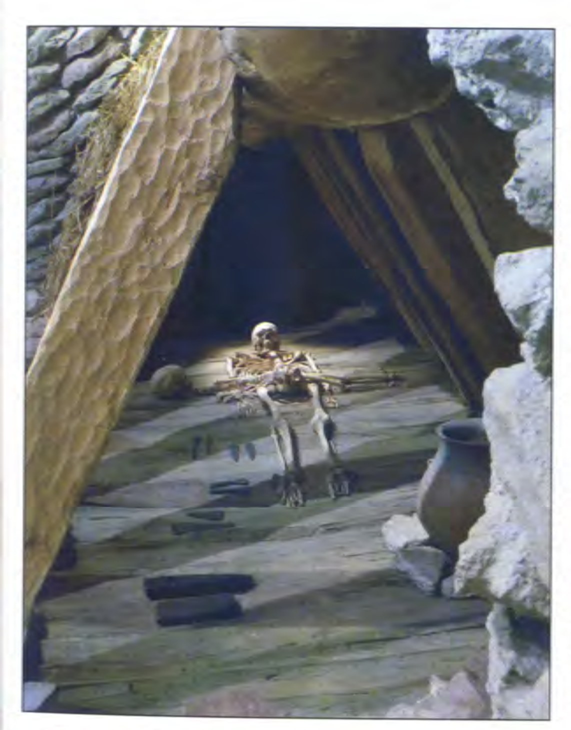


Figura 8. Tumba principesca de Leubingen (Foto: Museo de Prehistoria de Turingia, W. Sauber).

y agrupadas en cementerios (figura 7). En la fase clásica las necrópolis aumentan su extensión y también la variabilidad constructiva de las sepulturas, que en ocasiones albergan más de un individuo. Es más frecuente la aparición de objetos de bronce en el ajuar y la composición de este último es diferente según se trate de hombre o mujer.

Las *tumbas principescas*, en necrópolis como Leubingen (figura 8) o Helmsdorf han llamado la atención de los investigadores debido a su imponente construcción (cabañas de madera bajo un gran túmulo) y la riqueza y variedad del viático funerario depositado, entre el que se cuentan numerosos objetos de oro y bronce, cerámicas y otros objetos. Se trata normalmente de inhumaciones individuales, aunque pueden darse también enterramientos dobles. La concentración de riqueza en forma de depósitos y sepulturas excepcionales en el área de Dieskau (Alemania central) ha llevado a algún autor a plantear la existencia de una organización de tipo estatal durante el periodo que nos ocupa (figura 9).

En **metal** aparecen armas, elaboradas en bronce o en cobre, como las características alabardas con enmangue tubular, puñales triangulares y hachas. Hay otros objetos de adorno o uso personal hechos en bronce o en oro, como torques de extremos vueltos, pendientes de doble espiral, anillos y cuentas de collar, alfileres con cabeza de disco y pulseras. En el periodo clásico de Unetice se conocen numerosos **depósitos**, algunos de ellos conteniendo cientos de objetos, entre los que se cuentan puñales, alabardas, adornos y lingotes de metal.

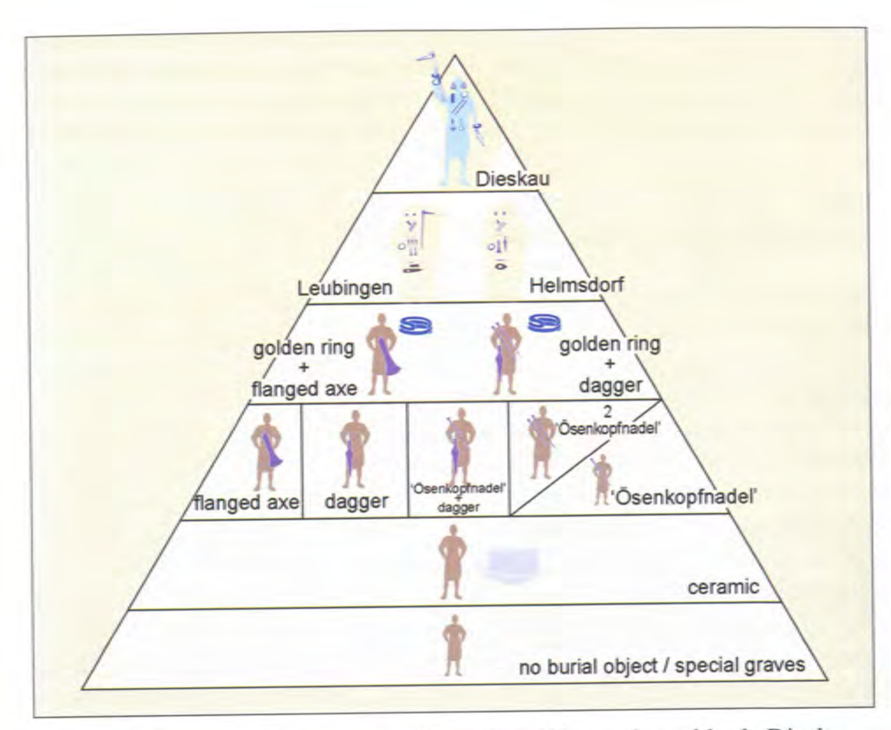


Figura 9: Propuesta de organización sociopolítica en la región de Dieskau (según H. Meller 2019).

La **cerámica** en el periodo antiguo es bruñida, lisa y típicamente con formas de carena baja con asa. También bruñidas son las de la etapa clásica, a veces con motivos decorativos incisos y formas de cántaros con cuerpos redondeados, así como tazas carenadas. Además, aparecen en el Unetice tardío ruedas de carros en miniatura elaboradas en arcilla.

La **economía** se basa en una agricultura cerealista y la ganadería de bueyes, cerdos y caballos, con la caza y la pesca como complementos de su dieta. El papel del caballo como animal de tiro (¿también montura?) es más evidente hacia el Unetice Final, como se deduce de la frecuente aparición de arreos de caballo, bocados y arneses, decorados con motivos que en ocasiones recuerdan a temáticas propias del mundo Heládico.

La producción metalúrgica tiene también un papel importante, tanto en el plano social como en el económico, de lo que dan muestra algunos depósitos con decenas de kilos de objetos de bronce o la normalización de los lingotes de este metal. Está bien documentada en el valle del Saalach (Alpes centrales) la explotación de las venas cupríferas y –probablemente ya en este periodo– de los yacimientos salinos. Algunas de las labores mineras descubiertas destacan por su sofisticación técnica, testimoniando la aplicación del choque térmico, el entibado

de galerías con postes de madera y el empleo de túneles de ventilación, necesarios, por otra parte, a tenor de la profundidad que alcanzan algunos minados. El control del comercio del ámbar báltico fue también ejercido por las gentes de esta cultura, que es la intermediaria entre el Báltico, el Egeo y las islas británicas.

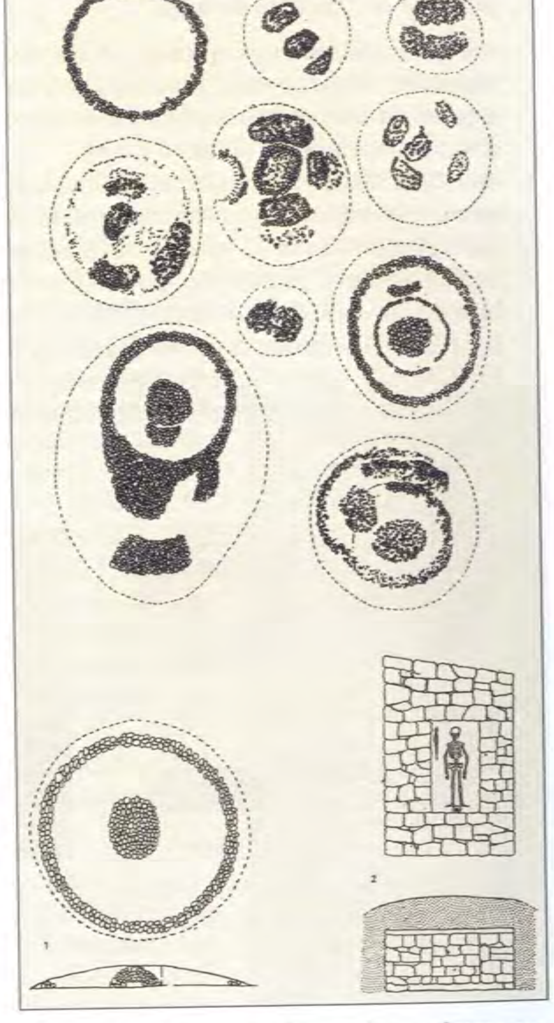
3.2. Cultura de los Túmulos

La definición de esta cultura es bastante imprecisa pues, aparte de abarcar un área cuyos límites no están perfectamente aquilatados, se fundamenta en un rasgo perteneciente a la esfera funeraria (enterramiento bajo túmulo), que no es en modo alguno exclusivo de ese círculo cultural. La "cultura" de los Túmulos se extiende por toda la Europa central, incluyendo una sección significativa del valle del Danubio, en un marco temporal que va aproximadamente desde el 1600 a.C. hasta el 1200/1300 a.C. En ciertos aspectos del comportamiento funerario continúa las pautas del mundo uneticiano, si bien el predominio de las sepulturas bajo túmulo, el abandono de las necrópolis anteriores y una mayor homogeneidad en las ofrendas depositadas en las tumbas sirven para caracterizar este horizonte cultural del Bronce Medio centroeuropeo. A partir, sobre todo, de los ajuares sepulcrales se han definido tres áreas geográficas diferenciadas: zona oriental, occidental y septentrional.

En el capítulo de los **asentamientos** se observa en muchas regiones una tendencia al abandono de los grandes poblados, fortificados o no, del periodo anterior que en muchos lugares ha sido interpretada como un signo de una reestructuración del poblamiento y de la explotación del territorio, promoviendo un hábitat más disperso. Esta pauta se observa, por ejemplo, en la región circumalpina y Francia oriental. En otras áreas, como Baviera o Bohemia se conocen asentamientos en llano, tanto grandes poblados como viviendas aisladas, de las que no se conservan restos constructivos, pero sí fosos o silos, con restos cerámicos, vasijas de almacenamiento y algún objeto de bronce

Los **enterramientos** –de carácter individual o a veces doble–, se realizan usualmente en cistas de madera o piedra y forman necrópolis, a veces con centenares de sepulturas, cubiertas por un túmulo generalmente circular (figura 10) y de menor tamaño que los de Unetice. A lo largo del tiempo, el número de tumbas planas aumenta porcentualmente y la misma tendencia se observa respecto de la incineración, que en los momentos finales pasa a ser predominante. Hay una importante normalización de los gestos funerarios, con los individuos más ricos yaciendo en posición extendida, mientras que la flexionada es habitual entre la gente más común. También en los ajuares (al menos entre los mejor dotados) se registra una divergencia acusada entre hombres (con armas metálicas y algún elemento ornamental) y mujeres (sin armamento y con adornos en metal). Por otra parte, es bastante usual que se depositen en las tumbas restos óseos de animales, sobre todo de bueyes y de cerdos.

Una de las áreas de enterramiento más conocidas en este periodo se situa en el bosque de *Haguenau* (Alsacia), con un censo de 700 túmulos organizados en varias necrópolis, de los cuales algo más de 200 pertenecen al Bronce Medio. Los ajuares son variados y comprenden objetos de metal junto a cerámicas lisas en los momentos iniciales y en la fase de plenitud aparecen en bronce algunas espadas con nervio central, puñales y las primeras hachas de talón, todo ello acompañado de cerámica excisa y cuentas o plaquitas de ámbar.


Figura 10. Algunas variantes de sepulturas en la Cultura de los Túmulos (según Gimbutas).

Este es un momento de profundización en el empleo de la **metalurgia**, cuyos productos ahora comparecen menos en depósitos y de forma más frecuente en las sepulturas. Nuevos tipos de armas, como las espadas y estoques hacen su aparición, pero también hay numerosos útiles como hachas u hoces, además de un amplio número de elementos de adorno, entre ellos gran variedad de tipos de agujas (discoidales, en espiral, bicónicas) o anillos y brazaletes adornados con espirales dobles. Sin duda este desarrollo del trabajo del bronce contribuye al exhibicionismo social de los grandes personajes, dotados de un importante armamento constituido por puñales, espadas y hachas de talón o de rebordes, pero también comienza a adquirir proyección en las actividades cotidianas, con utensilios que se aplican al trabajo de la madera o a la agricultura.

La **cerámica** más característica es incisa y al final de la etapa aparece también la excisión, especialmente en las áreas occidentales (figura 11). Hay mamelones y las formas más frecuentes son los vasos globulares con cuellos cilíndricos o cónicos, los recipientes troncocónicos, jarras, ánforas y tazas con

pies. La temática decorativa es geométrica, apareciendo en la fase final los motivos de "dientes de lobo".

El hecho de que muchas de las necrópolis se localizasen en áreas previamente desocupadas, boscosas y, frecuentemente, en cotas altas ha llevado a concluir que se había producido una reorientación económica, con el abandono de las mejores tierras agrícolas y la opción por una economía basada más en la ganadería. No obstante, en algunas áreas como el SO de Alemania se han detectado numerosos asentamientos sobre suelos loésicos de buena calidad para el cultivo por lo que la **base económica** parece ser, al menos en parte, agrícola ya que se han encontrado restos de cereales y de abundantes hoces de bronce. La ganadería está testimoniada por una numerosa fauna doméstica en los hábitats y también por la aparición de restos óseos en los enterramientos. En *Uhersky* (Moravia) hay esqueletos de bóvidos con cerámicas y esculturas zoomorfas como ofrendas en un recinto que Gimbutas considera un santuario (figura 12).



Figura 11. Cerámica excisa de túmulos de Alsacia (según A. W. Naue).

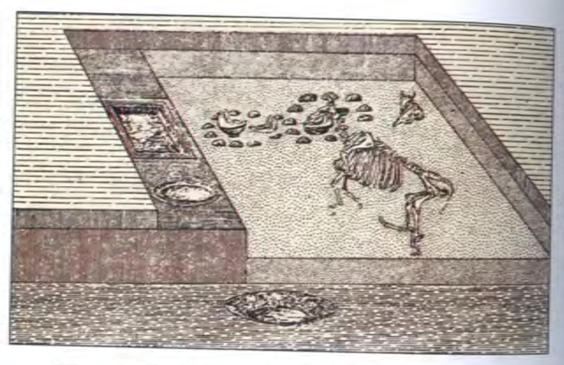


Figura 12. Santuario de Uhersky Brod en Moravia (según Gimbutas).

No puede dejarse a un lado el papel económico de una metalurgia que, con la expansión del bronce de estaño y el uso de moldes complejos, propicia, al menos en ciertas áreas, una producción masiva y bastante especializada que circula a lo largo de redes interregionales. Tampoco debe olvidarse que ahora se generaliza una serie de artefactos (azadas, ciertos tipos de hacha, hoces) que señalan la transferencia de las técnicas metalúrgicas al dominio de los bienes de uso, quebrando la orientación exclusiva hacia los útiles de prestigio propia de momentos anteriores. Desde inicios del Bronce Medio, el ámbar báltico aparece con mucha mayor profusión en regiones como el SO de Alemania, cuenca carpática y el Mediterráneo central y oriental, un intercambio sin duda estimulado por la demanda proveniente de las formaciones estatales micénicas.

4. EL NORTE DE EUROPA

En el Sur de Escandinavia, península de Jutlandia y áreas limítrofes, lo que se conoce localmente como Neolítico Final continuó hasta el siglo XVIII a.C., momento en que el cobre, estaño y oro comienzan a hacerse visibles en el registro arqueológico, si bien hay que aguardar hasta mediados del II milenio a.C. para contemplar una generalización de la elaboración y empleo de utensilios metálicos en esas regiones. Este comparativo retraso frente a las regiones vecinas obedece a la ausencia de fuentes locales de mineral de cobre, susceptibles de explotación con los conocimientos tecnológicos del momento. Dicha carencia está compensada en parte por la disponibilidad regional del ámbar, un recurso muy solicitado desde los grupos del bronce situados en Centroeuropa y más hacia el sur. Por otra parte, el sílex disponible es de elevada calidad, lo que dará lugar a una sofisticada industria lítica en la que destacan los puñales cuidadosamente tallados y con diseños que imitan claramente prototipos metálicos (figura 13). Por otra parte, la importancia –real y simbólica– que adquiere el intercambio por vía marítima aparece subrayada por las abundantes representaciones de barcos, grabadas en rocas al aire libre del Sur de Suecia. El Bronce nórdico se desarrolla sobre un substrato neolítico con influjos Kurganos, caracterizado por las sepulturas individuales bajo túmulo, asociadas a vasos cordados y hachas de combate en piedra, que hacia el final del III milenio a.C. son sustituidas en los ajuares por los mencionados puñales de sílex.



Figura 13. Puñal de sílex nórdico, Museo Nacional de Copenhague.

Los **asentamientos** son mal conocidos, en parte por su carácter habitualmente disperso y por la escasa extensión superficial de la mayoría. Continúan las pautas del neolítico tardío local y ocasionalmente ocupan los mismos lugares. Se trata de agrupaciones de casas de planta rectangular, a veces de gran tamaño, construidas en madera. A partir de los siglos centrales del II milenio se observa una tendencia a colonizar las áreas interiores desde las ubicaciones costeras. Por lo que concierne a las **fórmulas funerarias**, se parte de una gran heterogeneidad en los momentos postreros del neolítico (reutilización de megalitos, tumbas planas, cistas) y, ya iniciado el II milenio a.C., las sepulturas individuales bajo túmulo generalmente circular pasan a predominar. Se emplea casi siempre el ritual de inhumación, pero desde mediados del II milenio comienza a ser sustituido de forma paulatina por la

incineración. La creciente presencia de ajuares metálicos en las tumbas permite apreciar por un lado la expresión de asimetrías sociales y, también, diferencias de género, pues las sepulturas (ricas) masculinas contienen armas (espadas, hachas y puñales) en tanto las femeninas poseen básicamente elementos de adorno. En ocasiones, las favorables condiciones microambientales permiten una excepcional preservación del material orgánico: tal es el caso del túmulo danés de *Egtved* con una inhumación femenina depositada en un ataúd de roble que, si bien había perdido la estructura esquelética, conservaba otros elementos anatómicos como uñas, dentadura y cabellera, además de la vestimenta y otros objetos perecederos del viático fúnebre. El reciente análisis de esos restos (mediante los isótopos del estroncio), datados dendrocronológicamente en el 1370 a.C., apunta a una proveniencia foránea de esa mujer, probablemente en el SO de Alemania, lo que resulta coherente con otras evidencias arqueológicas que señalan la movilidad de personas y artefactos entre la península de Jutlandia y las regiones meridionales alemanas.



Figura 14. Punta de lanza tubular decorada procedente de Vognserup (Zealand), Museo Nacional de Copenhague.

La **economía**, posee una sólida base subsistencial, basada en una agricultura variada, con especial peso de la cebada, en la que se hace un uso generalizado del arado. Se ha argumentado que la falta de poblados de cierta dimensión sería indicativa de una mayor relevancia de las actividades pastoriles, ciertamente desarrolladas, pero algunas de las comarcas danesas con un mayor número de túmulos son precisamente las de mayor productividad agrícola.

Dejando aparte la producción primaria, la región nórdica constituye un área muy particular ya que, a despecho de la penuria de recursos metalíferos, las élites locales son capaces de allegar metal y objetos desde las áreas vecinas que, en un segundo momento, ya avanzado el II milenio a.C. configuran una floreciente industria metalúrgica local, muy orientada a satisfacer las exigencias de las capas dominantes de sus comunidades. Entre los productos en bronce destacan las espadas de empuñadura maciza (de clara inspiración centroeuropea), a menudo con el pomo profusamente decorado, hachas de rebordes o lanzas con enmangue tubular (figura 14). Otros objetos de carácter suntuario, elaborados en bronce u oro son las navajas de afeitar o los discos para la cintura con espolón central. Sin duda, uno de los factores claves para este desarrollo metalúrgico estriba en la exportación del ámbar báltico en dirección a Centroeuropa y, en último término, hacia el Mediterráneo central y Grecia, que experimenta un notable auge desde mediados del II milenio a.C.

5. LAS REGIONES ATLÁNTICAS

La amplia fachada costera que va desde el suroeste de la península ibérica hasta las regiones litorales del mar del Norte muestra desde los inicios del Bronce Antiguo una serie de elementos comunes –al margen de las notables especificidades regionales– que llevan a tratar dicha área como un conjunto. Uno de esos rasgos compartidos es su disposición periférica con respecto a las áreas mediterráneas o centroeuropeas más dinámicas. Un patrón de poblamiento generalmente disperso y la escasez de grandes asentamientos, fortificados o no, es otra pauta común a esas regiones. Éstas, no obstante, poseen importantes recursos metalíferos: oro, cobre y –especialmente relevante en este periodo–, estaño. El descubrimiento de sustanciales veneros de estaño en el SO de Inglaterra dará lugar a una rápida adopción del bronce a inicios del siglo XXII a.C. Por otra parte, hay evidencias de minería del cobre en Gales desde el siglo XXI a.C. que se vienen a sumar a las irlandesas de Ross Island y Mount Gabriel. A partir del 2000 a.C. el estaño galés no sólo surte los talleres británicos, sino que comienza a ser transportado hasta la Europa continental. La expansión de las cerámicas campaniformes en los siglos inmediatamente anteriores inauguró –o, más bien, desarrolló– una serie de rutas por vía marítima, interrelacionando el occidente de la península ibérica, la península armoricana y las islas británicas, a través de las cuales se desplazaron personas, artefactos y conocimientos tecnológicos. Sobre esa base, a finales del III milenio se establece una tupida red de contactos, particularmente visible entre Irlanda y Gran Bretaña y desde el Sur de esta última al continente. La distribución de las lúnulas de oro desde Irlanda hacia Gran Bretaña y Francia occidental es un buen ejemplo de esas conexiones marítimas en dicho periodo (figura 15).

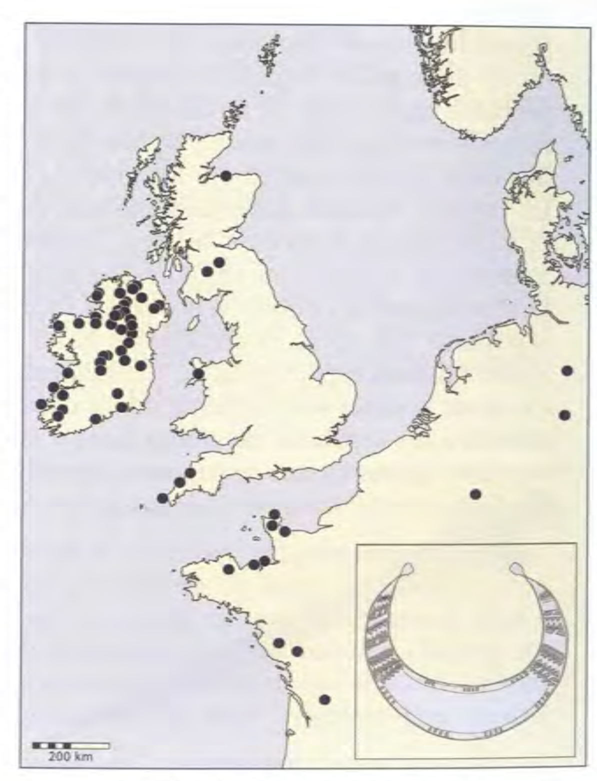


Figura 15. Distribución de las lúnulas decoradas (según Bradley 2019).

Los mecanismos exactos o el alcance y relevancia socioeconómica de esos contactos son todavía mal conocidos, pero el hallazgo y data-

ción de varios barcos elaborados a base de planchas de madera cosida (Dover, North Ferriby, ambos en la costa SE de Inglaterra) abonan la solvencia y capacidad técnica de las comunidades costeras del II milenio para abordar periplos marinos de cierta entidad. Al otro lado del Canal de la Mancha, un asentamiento –delimitado por un foso y talud– que se dispone sobre el estuario del río Canche (región de Calais), ha proporcionado abundantes indicios en su cultura material de la existencia de vínculos regulares con Inglaterra durante la primera mitad del II milenio a.C.

5.1. Cultura de los Túmulos Armoricanos

Al igual que sucede con la de Wessex, la cultura de los Túmulos Armoricanos ha sido definida fundamentalmente a partir de una serie de monumentos funerarios, prestándole una especial atención a aquellos de mayor riqueza. La distribución espacial de tales túmulos rompe en gran medida con el foco tradicional que constituía el megalitismo del Morbihan, pues aquellos se concentran en el extremo occidental de Bretaña. Las causas de la aparición de esta nueva forma de enterramiento –y de la disimetría social que implican los gestos funerarios– son objeto de discusión y aunque se ha apuntado como un factor principal la llegada de grupos procedentes del mar del Norte, es más probable que se trate de un desarrollo de raíces indígenas, que aprovecha los recursos metálicos bretones y se beneficia de las rutas de intercambio a larga distancia puestas a punto por los grupos campaniformes, a través de las cuales llegan a Bretaña materiales exóticos desde la península ibérica y, singularmente, desde el foco de Wessex. Cronológicamente, el fenómeno tumular armoricano se encuadra aproximadamente entre el 2100 a.C. y el 1350 a.C. Originalmente se definieron dos series sucesivas de túmulos, una primera con sepulturas más ricas extendiéndose hasta el 1600 a.C. y una segunda, con ajuares menos espectaculares, fechada entre 1600 y 1350 a.C. En realidad, existe un notable solapamiento de las dataciones radiocarbónicas correspondientes a los sepulcros de ambas fases y las diferencias entre los mismas no son tan evidentes como se pensaba, más allá de una general rarefacción de los artefactos metálicos a partir de mediados del II milenio a.C.

Los **enterramientos** más ricos se hacen bajo túmulo (Saint-Jude, Kernonen) y son generalmente de inhumación individual, albergada en contenedores a base de cistas, cámaras de sillarejo o, en ocasiones, de madera. Además de los grandes túmulos con enterramientos dotados excepcionalmente, existen muchos otros de menor tamaño y también simples cistas (necrópolis de Roc'h Croum, en Finistère) o fosas que contienen un ajuar más parco o inexistente.

Las sepulturas "principescas" han proporcionado abundantes artefactos en bronce (espadas cortas, puñales, hachas), objetos de adorno en oro y alguna pieza singular en plata. Algunos elementos son comunes a los de las tumbas

de élite de Wessex, como las cuentas de fayenza, el empleo del ámbar báltico o los pomos de puñal decorados con clavos de oro. Hay otros artículos, sin embargo, que indican un componente más local de la norma funeraria, como la importancia de las hachas metálicas, a menudo de grandes dimensiones y, sobre todo, las puntas de flecha de aletas y pedúnculo, exquisitamente manufacturadas en sílex de procedencia alóctona.

Frente a la disimetría social que parece plantear la esfera funeraria, no se documenta nada equiparable en el plano doméstico y los **asentamientos** en general no pasan de la escala de pequeños caseríos o granjas aisladas, construidas en materiales perecederos y sugiriendo un modo de vida relativamente móvil todavía. De esta pauta se separa el descubrimiento en Bel Air (Lannion) de un gran recinto (3,7 ha) delimitado por un foso, en cuyo relleno se localizó una gran cantidad de cerámica. Si bien los excavadores proponen una finalidad habitacional para este conjunto, su asociación –espacial y temporal– con sendos túmulos del Bronce Antiguo y la parquedad estructural al interior del espacio cercado apuntan a que el mismo no estuviese dedicado en exclusiva a actividades cotidianas.

La **economía** se basa respecto a las prácticas subsistenciales en el cultivo de cereales (cebada y trigo) y algunas leguminosas (haba y guisante), así como en una ganadería de la que forman parte fundamentalmente el cerdo, la vaca y la oveja. Como expresión de la reciprocidad entre las élites juega un papel importante el intercambio de artefactos metálicos (en cobre, oro y bronce fundamentalmente) y los elaborados en otros materiales como la fayenza, el ámbar o el azabache, estos últimos ligados casi exclusivamente al exhibicionismo social de los sectores privilegiados de la comunidad. A medida que aumenta la producción metálica y se consolida la aleación broncínea, la adquisición y distribución del estaño se convierte en un factor crítico. Las relaciones a larga distancia son particularmente intensas con el Sur de Inglaterra (áreas de Wessex y Cornualles), pero también hay indicios de esta clase de contactos con Irlanda y la península ibérica.

La metalurgia en un primer momento alterna el uso del cobre arsenical y del bronce verdadero, dependiendo del tipo de artefacto de que se trate: son comunes los puñales de remaches, las alabardas y las hachas planas o de rebordes. En los siglos centrales del II milenio, la aleación cobre+estaño desplaza al cobre arsenical y se fabrica una gran diversidad de artefactos,

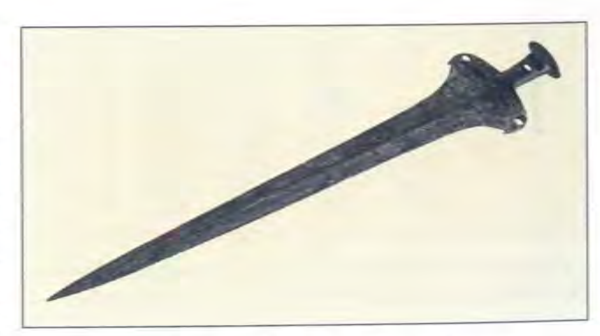


Figura 16. Espada de tipo Saint-Brandan (Foto: Museo de Prehistoria de Berlín, C. Plamp).

particularmente hachas de talón –a menudo presentes en depósitos metálicos que ahora se multiplican–, puntas de lanza o espadas de remaches de tipo Saint Brandan, que aparecen con cierta frecuencia fuera del ámbito bretón (figura 16). La alfarería presenta unas urnas bicónicas muy características, decoradas mediante incisión y con varias asas de cinta en su parte superior.

5.2. Cultura de Wessex

A partir del siglo XX a.C. hace su aparición en el sur de Inglaterra un grupo de sepulturas dotadas de ajuares extraordinarios. Este fenómeno se concentra particularmente en las tierras interiores de Wessex, lo que ha servido para dar nombre a esta etapa cronocultural.

Los **asentamientos** son particularmente mal conocidos durante el Bronce Antiguo y apuntan a un tipo de hábitat disperso, todavía bastante móvil. Tiene lugar cierta expansión de la actividad agropastoril hacia tierras de calidad mediocre, practicando una agricultura en la que la cebada desempeña un papel relevante, mientras el ganado bovino adquiere importancia en la cabaña doméstica. En los siglos centrales del II milenio a.C. se observa un abandono del cultivo en las áreas menos productivas y, sobre todo en el sur de Inglaterra, se acentúa el proceso de parcelación de la tierra (*field systems*) y asociadas a estos campos se encuentran a menudo granjas aisladas o, en ocasiones, grupos de cabañas, generalmente de planta circular.

Figura 17. Sepultura de Bush Barrow: puñales de bronce y cuchillo (3/4); conjunto de remaches que formaban parte del mango de un puñal (1); hacha de bronce (2); maza (6) y varios adornos en oro (5) (según Needham *et alii* 2010).

Se han establecido dos fases en los **enterramientos**: una primera serie de túmulos, nucleada en la comarca de Stonehenge, que se fecha hacia 1950-1750 a.C. y contiene inhumaciones (figura 17). Hay una segunda, con una localización más costera, cuya cronología gira mayormente entre 1750-1500 a.C. y que supone un cambio en el ritual funerario hacia la cremación. En las tumbas con mayor riqueza están representados tanto hombres como mujeres y los ajuares constan de objetos de oro, armas y adornos en cobre y bronce, además de cuentas y placas espaciadoras en ámbar de procedencia báltica (figura 18). Si bien estas sepulturas excepcionales aparecen ocasionalmente en otros puntos de Gran Bretaña, su llamativa concentración en Wessex puede obedecer a la constitución de una élite que, aprovechando la situación estratégica de la región, controlase el flujo del estaño desde el SO de Inglaterra hacia el continente, además de hacerse con los excedentes agrícolas de un área con suelos particularmente productivos. Es factible, por otro lado, que este sector privilegiado obtuviese una ulterior legitimación mediante el desempeño de funciones rituales en Stonehenge, que todavía mantiene su carácter de centro ceremonial en esos momentos.

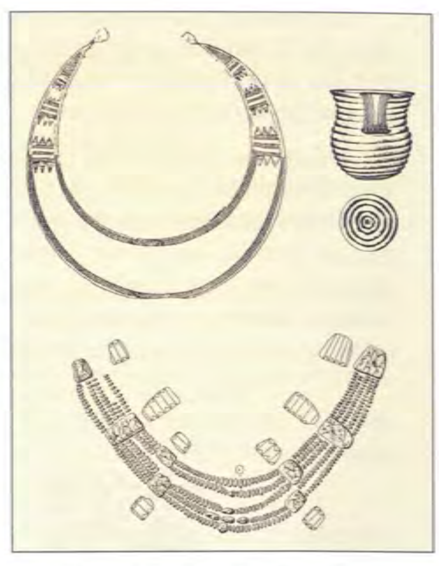


Figura 18. Lúnula, vaso áureo de Rillaton y collar de ámbar de la Cultura de Wessex.

A partir de mediados del II milenio los túmulos se vuelven más pequeños y los cadáveres, ahora incinerados, apenas están acompañados de objetos metálicos, que tienden a localizarse de forma aislada o bien formando depósitos. Estos últimos pueden aparecer dentro de escondrijos en la tierra o bien en medios húmedos (ríos o pantanos), siendo en los segundos más frecuente el hallazgo de armas.

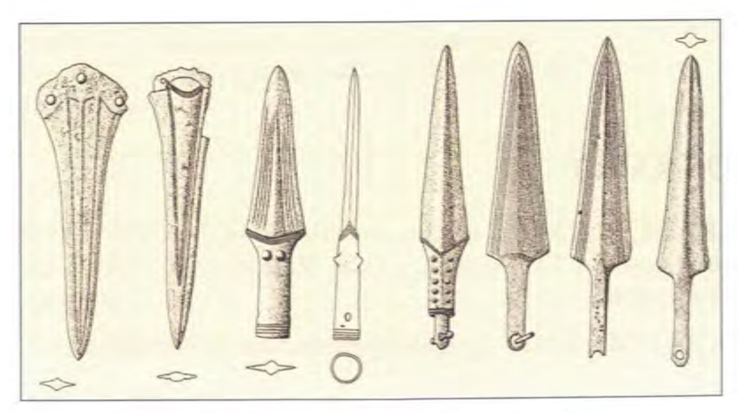


Figura 19. Armas de bronce de Arreton Down, Cultura de Wessex (según Gerloff).

El repertorio cerámico continúa con cerámicas campaniformes hasta inicios del II milenio, pero éstas son paulatinamente sustituidas en las sepulturas por los denominados *Food Vessels* y a continuación por urnas cerámicas en las que se depositan las cremaciones, que se generalizan a partir del 1800 a.C.

Desde mediados del II milenio a.C. decae definitivamente la industria lítica y se desarrolla la metalurgia, que está muy ligada a la tecnología y recursos minerales procedentes de los territorios continentales europeos (figura 19), puesto que las minas de cobre británicas disminuyen notablemente su producción. Se incrementa el número de útiles, como hoces y *palstaves*, pero también aparecen nuevos modelos de armas, como las espadas y los estoques o las lanzas de enmangue tubular.

Vídeos de youtube para apoyar las explicaciones del texto:



The Nordic Bronze Age (36:23 m).



Bush Barrow. Símbolos de autoridad (4:03 m)



Necrópolis del Bronce Antiguo en Bono (Morbihan, Bretaña) (3:47 m).

BIBLIOGRAFÍA

BARTELHEIM, M. (2009): «Elites and Metals in the Central European Early Bronze Age». En T.L. Kienlin y B.W. Roberts (eds.) *Metals and Societies*, pp. 34-46, Bonn.

BRIARD, J. (1985): *L'Âge du Bronze en Europe (2000-800 av. J.C.)*, Errance, París.

CLARK, P. (ed.) (2009): *Bronze Age Connections. Cultural contact in Prehistoric Europe*, Oxford.

CUNLIFFE, B. (2008): *Europe between the oceans 9000 BC-AD 1000*, Yale.

GIMBUTAS, M. (1974): *Bronze Age cultures of central and eastern Europe*, Londres, La Haya.

GIOT, P. R. *et Alii* (1979): *Protohistoire de la Bretagne*, Rennes.

GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V. y RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa 2250-1200 a.C. Una introducción a la Edad del Bronce*, Síntesis, Madrid.

HARDING, A. F. (2003): *Sociedades europeas en la Edad del Bronce*. Ed. Ariel, Barcelona.

JAEGER, M. (2016): *Bronze Age Fortified Settlements in Central Europe*. Poznan.

KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T.B. (2005): *The Rise of Bronze Age Society. Travels, Transmissions and Transformations*. Cambridge University Press, Cambridge.

MELLER, H. (2019): "Princes, armies, sanctuaries: the emergence of complex authority in the Central German Unetice culture". *Acta Archaeologica*, 90(1), pp. 39-79.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. El Bronce Antiguo en Europa central esta representado por:
   a) Asciano.
   b) Unetice.
   c) Castellucio.
2. La necrópolis de Haguenau está ubicada en:
   a) Alemania.
   b) Francia.
   c) República Checa.
3. La cultura más desarrollada en el Bronce Antiguo de las islas británicas se denomina:
   a) Wessex.
   b) Otomani.
   c) Drakenstein.
4. La Cultura de los Túmulos se desarrolla en:
   a) Europa nórdica.
   b) Europa atlántica.
   c) Europa central.

5. La mayoría del ámbar durante la Edad del Bronce proviene de:

a) La región báltica.
b) Europa central.
c) Europa oriental.

Tema 10

REGIONES MEDITERRÁNEAS EUROPEAS EN LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO Y MEDIO

Ramón Fábregas Valcarce

1. INTRODUCCIÓN

Los sectores central y occidental del Mediterráneo europeo, encuadrados geográficamente en la periferia de las altas culturas del área oriental, siguen durante este periodo unas pautas organizativas y socioeconómicas divergentes respecto a las que se imponen entre las formaciones estatales en el Egeo y Oriente Próximo. No obstante, en esa amplia región se observa una notable variedad en cuanto a modelos de asentamiento, explotación de los recursos y organización social.

Influye en esa diversidad una multiplicidad de factores: para empezar la variable conectividad –por vía terrestre o marítima– de unos y otros territorios, superior –por ejemplo– en el extremo meridional de Italia respecto a la de Córcega/Cerdeña o las islas Baleares. También los condicionantes puramente ambientales: nótese, por citar un caso, el contraste entre el entorno de la región padana y el de la Apulia o Sicilia; en esta misma línea, la mayor disponibilidad de recursos minerales (obsidiana primero, metales más tarde) en Cerdeña ayuda a entender la superior integración en los circuitos de intercambio de esta isla frente a la vecina Córcega. Lógicamente también incide la trayectoria histórica particular: por ejemplo, las complejas formaciones sociales del Calcolítico en el sur de la península ibérica carecen de parangón en las comarcas septentrionales. Por último, cabe mencionar el papel de las intrusiones foráneas, como la expansión del complejo Cetina que, desde la Dalmacia, abarca toda la costa adriática y llega hasta Malta, a inicios del II milenio. Más conocidas y mejor estudiadas son las expediciones comerciales que, de forma más o menos regular, se lanzan desde el Egeo hacia el Mediterráneo central a partir de los siglos XVI y XVII a.C., probablemente orientadas a la adquisición de metales (cobre y estaño) y del ámbar báltico.

La heterogeneidad preside asimismo la esfera funeraria, pues si bien en algunas áreas como el sur de la península ibérica se impone el rito funerario de inhumación individual, en muchas otras –particularmente en los entornos insulares– perdura el uso de las cuevas y de estructuras megalíticas previas, pero también se acometen nuevas construcciones, a veces con dimensiones y aparejo ciclópeo, vinculadas generalmente a fórmulas de enterramiento colectivo. El ritual de cremación está presente ocasionalmente al principio del periodo y se hace algo más común en momentos avanzados.

2. LA PENÍNSULA ITALIANA

La península italiana ofrece durante la Edad del Bronce Antiguo y Medio un panorama cultural diverso en el que, sobre todo en los momentos iniciales, es apreciable la existencia de perduraciones calcolíticas. En las regiones más

septentrionales son reconocibles las conexiones con la Europa templada, tanto con las sociedades ricas en metal del área circum-alpina como hacia la cuenca del Danubio. En el área central y, sobre todo, en el extremo meridional de la península itálica son más evidentes, sobre todo a partir del Bronce Medio los contactos con el Egeo. En la zona norteña se desarrollan en el Bronce Antiguo las culturas de Polada y Asciano, adscribiéndose la cultura de las Terramaras al Bronce Medio. Este último periodo en el centro y sur de Italia está caracterizado por la cultura Apenínica (figura 1).



Figura 1. Mapa de Italia.

2.1. Cultura de Polada

En un territorio a lo largo de Lombardía, Trentino y el Véneto, pero extendiendo su influencia hacia la costa ligur por el oeste y la Romaña por el este, se desarrollará la cultura de **Polada** que comienza en el Bronce Antiguo y perdura hasta los inicios del Medio. Recibe su nombre de un poblado lacustre ubicado

en las orillas del lago Garda y su cronología va desde el 2200 a.C. al 1500 a.C., con una periodización en dos etapas definidas a partir de las características diferenciales de la cultura material. El Bronce Antiguo está también representado en las regiones de la Emilia y la Toscana por la cultura de **Asciano**.

Los **asentamientos** en el ámbito de Polada suelen localizarse en zonas húmedas y algunos de ellos son verdaderos palafitos dentro de la tradición alpina, como en el caso de Fiavé, donde las viviendas de planta rectangular se alzan a orillas de un lago sobre grandes postes clavados en el terreno pantanoso (figura 2). Poblados ubicados en llanuras constituidos por cabañas, por lo general de materiales perecederos, son los más representativos de la cultura de *Asciano*.



Figura 2. Reconstrucción del poblado palafítico de Fiavé (Museo delle Palafitte di Fiavé).



Figura 3. Puñal de empuñadura compuesta (Ufficio Beni Archeologici, Trento. Archivo fotográfico).

Respecto a los **enterramientos**, a inicios de la Edad del Bronce se dispone de una información bastante parca: en *Polada* se practica la inhumación individual en fosa y en las inmediaciones de Verona entre un 10% y un 20% de las sepulturas se correspondían con varones acompañados de armas metálicas (figura 3) o mujeres con adornos también en metal.

En cuanto a las **bases económicas**, en el norte se da un sistema productivo equilibrado –por lo demás bien documentado arqueológicamente gracias a la buena

conservación de los yacimientos en áreas húmedas–, con una agricultura cerealista, acompañada de una ganadería de ovicápridos, cerdos y vacas. La caza y la pesca, así como la recolección de nueces, bellotas y avellanas constituyen un complemento alimenticio digno de mención. Igualmente hay que destacar el empleo de la tracción animal, aplicada a arados o carros entre estas comunidades. En el grupo de *Asciano* es el pastoreo la principal actividad de subsistencia.



Figura 4. Individuos blandiendo alabardas en petroglifos del Monte Bego (según R. Dufrenne).

La **cultura material** tiene en los yacimientos norteños emplazados en áreas húmedas una buena representación de objetos en hueso y madera: ruedas macizas y con radios, arados, mangos de hoz, arcos y piraguas. Igualmente se han recuperado restos de textiles y objetos elaborados en cuero.

El trabajo del metal adquiere importancia y de ello dan prueba las labores mineras para obtener cobre en el Trentino y la presunta importación del mismo desde la otra vertiente de los Alpes. La existencia de depósitos metálicos podría abundar en la relevancia económica de dicha actividad, pero el papel social de la metalurgia aparece gráficamente plasmado en los grabados de individuos blandiendo alabardas en el arte al aire libre de Monte Bego (figura 4). Elaborados en metal, se han documentado puñales con empuñadura metálica, alabardas, hachas de rebordes y torques con los extremos enrollados –estos últimos de indudable resonancia centroeuropea–. La cultura de Polada se caracteriza por una alfarería lisa o con decoraciones incisas, formas redondeadas y con carena, a menudo con asas de "apéndice de botón", que es una prolongación o apéndice que se eleva sobre el asa del recipiente y es uno de los elementos más característicos de la producción cerámica en territorio italiano.

2.2. Cultura de las Terramaras

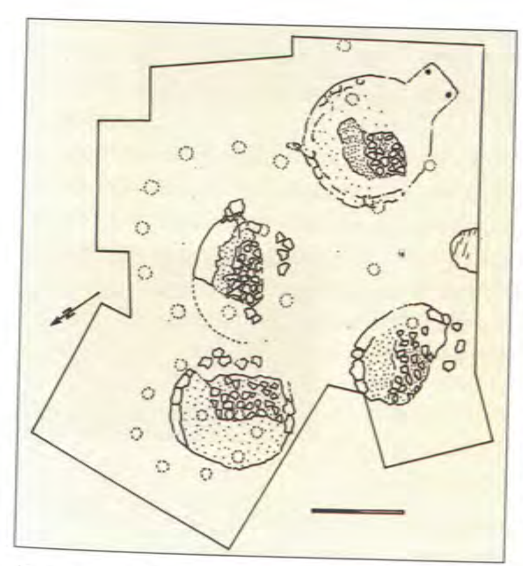
Se extiende particularmente por las comarcas occidentales de la Emilia, a partir del 1700 a.C., explotando los fértiles suelos de los afluentes meridionales del río Po. En este grupo existen poblados de buen tamaño, con una ordena-

ción interna rectangular y protegidos mediante un talud y un foso. Las viviendas se alzan habitualmente sobre postes, incluso cuando se localizan sobre terreno seco. La densidad y el tamaño de los asentamientos alcanzan grandes dimensiones (hasta 20 Ha) en la etapa avanzada de esta cultura (1400-1100 a.C.).

Respecto a los **enterramientos**, los cementerios se emplazan en las inmediaciones de los poblados: al principio se trata de inhumaciones individuales, pero más adelante aparece también la cremación, junto con una tendencia general hacia la disminución del ajuar funerario.

La **subsistencia** sigue las pautas ya establecidas en el Bronce Antiguo regional: una agricultura cerealista, a la que ahora acompaña alguna leguminosa, complementada por la ganadería a base de vacas, cerdos y ovicrápidos, con algún aporte de la caza y la recolección.

En la **cultura material**, es muy destacable el trabajo del metal con el que se elabora un amplio catálogo de útiles (hachas de rebordes, punzones o cinceles), adornos y armas (puñales y, más adelante, espadas). La actividad metalúrgica es común en los poblados y especialmente en los mayores centros, donde se localizan abundantes moldes bivalvos, crisoles y toberas. Además de la metalurgia, en sitios como Montale (Módena) existen evidencias de una desarrollada artesanía textil, centrada en la lana cuya producción estaría orientada, al menos en parte, hacia el intercambio con otras comunidades. La cerámica es negra, bruñida y decorada con acanaladuras y aplicaciones plásticas, con vasos de perfiles bicónicos, escudillas carenadas y tazas con grandes asas de morfología variada, pero sobre todo de "apéndice de botón".


Figura 5. Cabañas Apenínicas (según Porto).

2.3. Cultura Apenínica

Se desarrolla sobre ambas vertientes de la cadena montañosa que le da nombre, comenzando a mediados del II milenio a.C. y prolongándose en una etapa Subapenínica –esta última ya encuadrable en el Bronce Final– hasta finales de ese mismo milenio.

Los **asentamientos** muestran una amplia gama de soluciones, desde la ocupación de cuevas y abrigos en las áreas montañosas a poblados ubicados en llanuras, constituidos por cabañas (figura 5) por lo general de materiales perecederos; ocasionalmente, se documenta algún asentamiento

dotado de obras defensivas, como el de Viterbo en la región del Lacio.

La norma **funeraria** de la cultura Apenínica es bastante heterogénea y de cronología a menudo incierta: en muchas áreas se observa una pervivencia de las inhumaciones en cuevas naturales o artificiales y existen algunas sepulturas en cámaras pétreas; hacia el final del periodo se introduce el rito de incineración.


Figura 6. Formas de cerámica Apenínica (según Trump).

En cuanto a las **bases económicas**, ha sido habitual contraponer el sistema productivo equilibrado de la región padana –por lo demás mejor documentado arqueológicamente gracias a la buena preservación del material orgánico en los yacimientos de áreas húmedas–, frente a una subsistencia volcada hacia la ganadería en la esfera apenínica, centrada en los ovicápridos. La noción de un predominio exclusivo del pastoreo trashumante en la economía apenínica ha sido matizada en los últimos años, a la vista de las evidencias en muchos lugares de las tierras bajas de una economía de tipo mixto, bien atestiguada por la excepcional conservación del poblado de Croce del Papa (Nola), enterrado por una erupción del Vesubio en el siglo XVIII a.C.

En la etapa tardía de la cultura Apenínica, especialmente en su extremo meridional, se detecta un incremento en la producción de objetos metálicos –espadas de lengüeta, hachas de apéndices laterales, fíbulas y navajas–, que se hacen eco de la presencia micénica en esas regiones e, igualmente, de los contactos con las Terramaras y, en último caso, con Centroeuropa. Vasos carenados, jarras bicónicas y ollas, en ocasiones con asas de "apéndice de botón" son las formas cerámicas más características (figura 6), con la decoración incisa a base de motivos geométricos y también con aplicaciones plásticas.

3. SICILIA, ISLAS EOLIAS Y MALTA

Sicilia es la mayor isla del mar Mediterráneo y, dada su proximidad, constituye de hecho una prolongación del extremo meridional de la península itá-

lica. Su situación geográfica de encrucijada entre los mares Jónico y Tirreno asegura su importancia en los circuitos de intercambio a escala regional, que se remontan a tiempos muy anteriores a la Edad del Bronce, al igual que los contactos con el archipiélago maltés y las islas Eolias (o Lípari), ubicadas al sur y norte de Sicilia, respectivamente. Con la expansión del comercio egeo a partir de mediados del II milenio, el emplazamiento de este conjunto insular adquiere particular valor, proyectándose tanto hacia las costas tirrenas de la Italia peninsular como hacia Cerdeña. Es verosímil que esa apertura hacia el exterior conllevase igualmente situaciones conflictivas y por ello no es sorprendente la tendencia al establecimiento de hábitats fortificados en las Eolias hacia el 1800-1500 a.C. y también en el grupo insular maltés.

3.1. Sicilia

En *Sicilia* desde finales del III milenio a.C. hasta mediados del II, se desarrolla en el sector oriental y meridional de la isla la cultura de **Castellucio**. Ésta es sucedida por la cultura de Thapsos, datada aproximadamente entre el 1500 y el 1200 a.C. y extendida por casi todo el territorio insular.

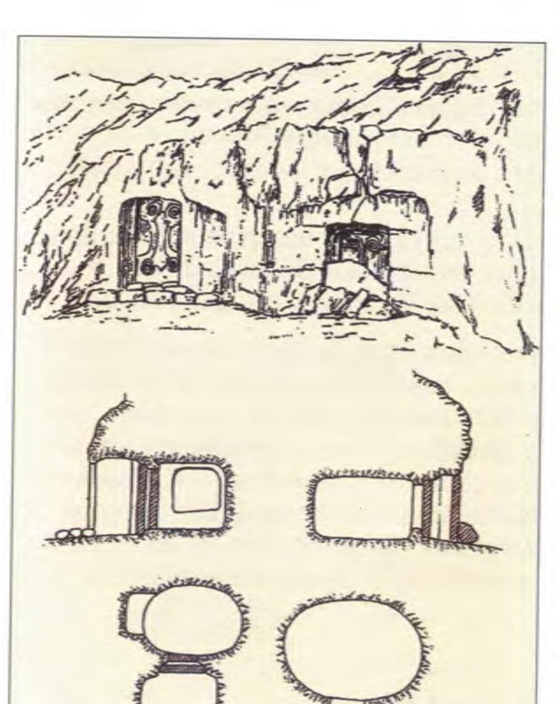


Figura 7. Cuevas artificiales de Castellucio.

Los **asentamientos** se sitúan en lugares elevados con buenas condiciones defensivas, que a veces se completan mediante fortificaciones. Uno de estos es el de monte Sallia, que se localiza en las inmediaciones de la mina de sílex de monte Tabuto. El **rito funerario** consiste en la inhumación colectiva dentro de cuevas artificiales excavadas en la roca (figura 7), por lo general de planta oval y a veces con puertas decoradas con motivos geométricos. Un caso particular lo representa la reutilización sepulcral de las galerías abandonadas en la mina de monte Tabuto. La **cultura material** está constituida por útiles líticos ligados verosímilmente al procesado de productos agrícolas (molinos, morteros, láminas de sílex) y son muy características unas placas de hueso decoradas con glóbulos, de finalidad desconocida, pero que se encuentran distribuídas en una amplia zona que abarca desde el sur del Adriático hasta Troya (figura 8). Ya en momentos tardíos se documentan artefactos en cobre (hachas, puñales triangulares de remaches y elementos de adorno). La cerámica es pintada con colores pardos o negros sobre fondo amarillo o rojo y las formas más habituales son las copas de pie cónico, las ánforas y los vasos geminados.

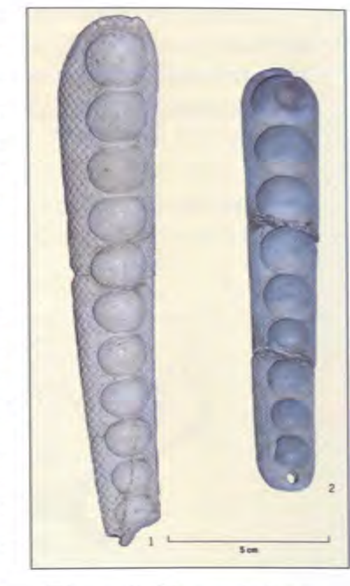


Figura 8. Placas de hueso decoradas con glóbulos: Castellucio (1) y Troya II (2) (según Weninger y Jung 2013).

La cultura de **Thapsos** recibe su nombre del yacimiento epónimo situado cerca de Siracusa, un asentamiento fortificado de gran tamaño sito en una pequeña península rocosa y con una extensión en torno a las 12 ha. En un principio las viviendas, de planta circular o subrectangular, se distribuyen de forma aleatoria, pero en un segundo momento se construyen casas más grandes de planta rectangular con patio central y dispuestas en calles (figura 9). Hacia el final del II milenio la caída del comercio egeo y el cambio en las rutas del mismo llevan a una retirada del poblamiento hacia localizaciones tierra adentro.

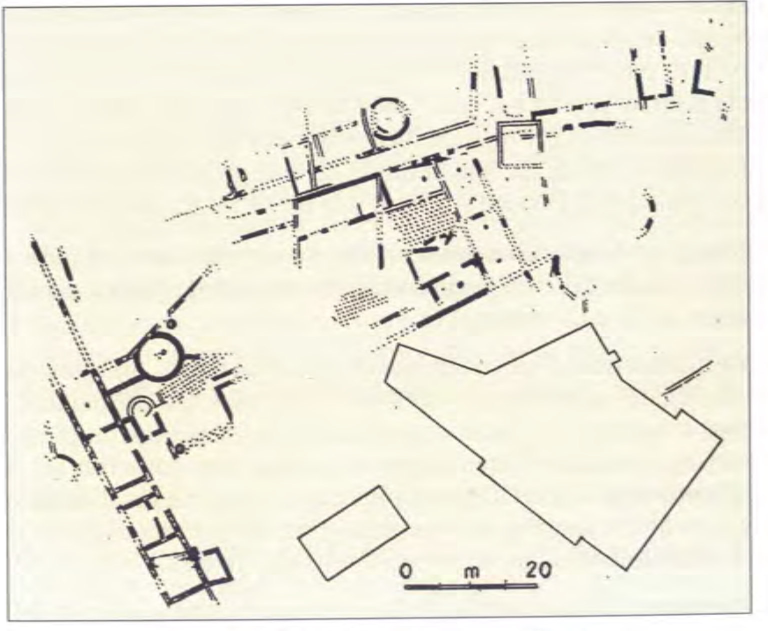


Figura 9. Poblado de Thapsos en Sicilia.

Los **enterramientos** se hacen en hipogeos excavados en la roca, de planta circular o cuadrangular, a veces dotados de una antecámara y nichos. Entre las ofrendas funerarias se cuentan vasos de manufactura local o importados y son especialmente abundantes las copas de pie alto decoradas con cordones (figura 10); también se depositan armas de metal de tipología egea y chipriota, sobre todo espadas. Ya sea a través de imitaciones o importación directa se documenta la existencia de contactos regulares tanto con Grecia y Chipre como con el archipiélago maltés.

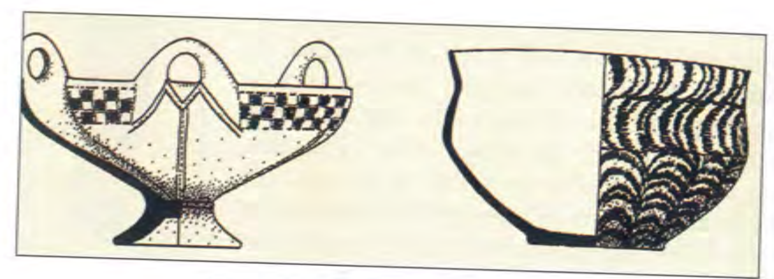


Figura 10. Cerámica de Thapsos.

3.2. Islas Eolias

Las ***Islas Eolias***, en particular Lípari, poseen una tradición de contactos marítimos que se remonta a tiempos neolíticos, debido a la existencia de obsidiana. Por otra parte, su situación estratégica, cerca del estrecho de Mesina y en la ruta de navegación hacia la bahía de Nápoles convierte el archipiélago en un punto clave en el trasiego de bienes durante el II milenio a.C. a lo largo del Mediterráneo central. Se han definido en este grupo insular las culturas de Capo Graziano para el Bronce Antiguo y la de Milazzo para el Medio.

La cultura de **Capo Graziano** recibe su nombre del poblado epónimo ubicado en la isla de *Filicudi* y su cronología arranca de finales del III milenio a.C. o inicios del II a.C. (figura 11).

Los **asentamientos** comienzan siendo en zonas llanas, abiertos, para luego ubicarse en lugares elevados con defensas naturales y/o artificiales; en ellos hay cabañas ovales y circulares construidas con cimientos de piedra y alzados de madera, también existen algunos recintos que pudieron ser graneros. Los **enterramientos** son de inhumación colectiva en cuevas naturales y artificiales, pero también aparece muy pronto el rito de incineración en urnas que recuerdan formalmente a las de la necrópolis de Tarxien.

La **cerámica** es lisa y también la hay incisa con formas de escudillas grandes de bordes anchos, tazas de asas altas y grandes recipientes de dos asas; aparecen también pesas de telar en barro cocido, junto a molinos y morteros en piedra pulimentada. La producción primaria y los intercambios entre las islas y con el exterior permiten una concentración demográfica apreciable y una capacidad de movilización que se traduce en la construcción de fortificaciones en algunos lugares. En las fases más recientes hay importaciones de cerámica micénica y se evidencian contactos con el continente y con la isla de Malta.

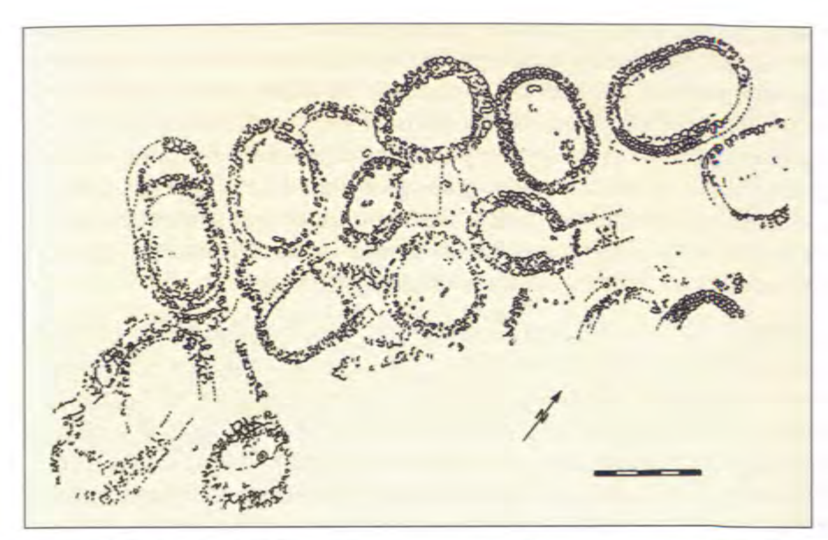


Figura 11. Poblado de Capo Graziano (según Bernabó Brea y Cavalier).

La fase final de Capo Graziano se solapa con el comienzo de la cultura de **Milazzo**, que representa el Bronce Medio en las islas y también en la costa noreste de Sicilia. El nombre proviene de un poblado de la isla de *Panarea*, dispuesto sobre un promontorio acantilado al que se accede por una angosta lengua de tierra que, además, se fortifica. El rito funerario es la inhumación individual en *pithoi*, una fórmula infrecuente en el Mediterráneo central en estos momentos. La existencia de moldes para la elaboración de adornos y armas testimonia una metalurgia local y, por su parte, la cerámica tiene decoración incisa a base de motivos geométricos y las formas son copas, platos y vasos ovoides con dos asas horizontales. Se documentan idolillos y cuernos de arcilla cocida y también artículos importados como cerámicas micénicas y cuentas de collar de fayenza.

3.3. Malta

Durante el último tercio del III milenio a.C. tiene lugar el abandono, bastante brusco, de los grandes templos de la isla y esta nueva etapa está particularmente representada por la **necrópolis de incineración de *Tarxien***, que se superpone al complejo templario del mismo nombre. Se ha atribuido

semejante cambio a la llegada de gentes procedentes de las islas Eolias o bien desde el sur de Apulia. En todo caso, la cultura material indica una apreciable apertura al exterior: cuentas de fayenza o en huevo de avestruz y placas de hueso con decoración de glóbulos. Existen otros artefactos novedosos como las figurillas estilizadas de arcilla y una cerámica muy brillante, decorada con incisiones en cuencos carenados, tazas globulares con o sin pie, jarras y vasos geminados. Hay también algunos vasos pintados que proceden de Castellucio, así como otros que apuntan a un origen en la cultura de Capo Graziano. En cobre aparecen hachas planas, puñales y leznas.

El Bronce Medio está representado por la cultura de **Borg-in-Nadur**, que presenta poblados como el epónimo, ubicados en lugares elevados, a veces protegidos mediante murallas ciclópeas, en cuyo interior se distribuyen cabañas ovales de mampostería y silos tallados en la roca. También excavadas en las rocas aparecen una serie de sepulturas, tanto dentro como fuera de los asentamientos. La cerámica es al principio incisa y rellena de pasta blanca y posteriormente pintada. Análisis arqueométricos realizados en los últimos años confirman la presencia de productos alfareros de la fase Borg-in-Nadur en varios yacimientos sicilianos (Ognina, Cannatello).

4. CÓRCEGA Y CERDEÑA

Ambas islas se hallan muy próximas entre sí y ubicadas en una posición algo periférica con relación al núcleo formado por el sur de Italia/Sicilia y los conjuntos insulares maltés y eolio. A pesar de la escasa distancia que las separa, Córcega y Cerdeña siguen en este periodo trayectorias bastante diferenciadas en términos de complejidad socioeconómica, cultura material y contactos externos, en todo lo cual la primera mantiene una posición secundaria frente a la segunda. Probablemente uno de los factores diferenciales estriba en los abundantes recursos sardos en cobre y plata/plomo, lo que facilitará la constitución de una importante metalurgia local y el establecimiento de circuitos de intercambio con otras regiones del Mediterráneo central.

4.1. Córcega

En esta isla la tradición dolménica y particularmente menhírica perdura notablemente, en el marco de una subsistencia basada en el pastoreo. La cultura **Torreana** comienza a definirse a inicios del II milenio a.C., si bien continua en la segunda mitad del mismo. El rasgo más característico son las construcciones en forma de torre con planta circular, entre tres y siete metros de altura y cubiertas de falsa cúpula, que se emplazan sobre grandes terrazas y están asociadas a menhires y estatuas-menhir con representaciones de armas metálicas (figura 12). El complejo de Filitosa, perteneciente ya a los mediados del II milenio, es uno de los más conocidos y complejos estructuralmente. Este tipo de recintos amurallados se concentra en la mitad meridional de la isla y tienden a emplazarse en lugares elevados. Además de estos, se conoce un número creciente de poblados abiertos, localizados en zonas llanas. La finalidad de las torres y sus construcciones anexas es discutida, desde los que señalan la –por otra parte clara– naturaleza defensiva de las mismas a los que apuntan un carácter ceremonial.

Los enterramientos consisten en inhumaciones colectivas en el interior de abrigos o en sepulcros megalíticos. La existencia de moldes de fundición testimonia la práctica de una metalurgia local, aunque los objetos metálicos son muy escasos. Por su parte, la cerámica acusa la influencia de la alfarería siciliana coetánea y también de los grupos italianos peninsulares.

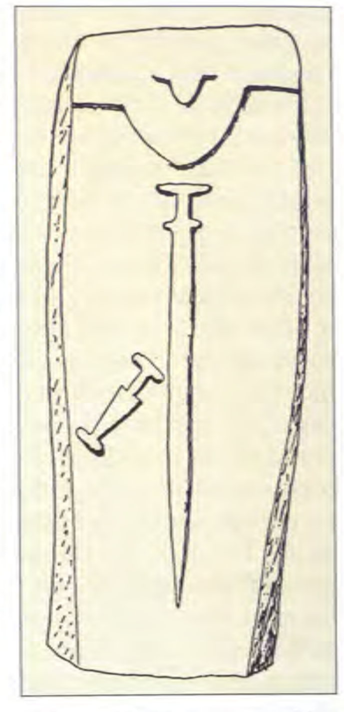


Figura 12. Estatua menhir de Filitosa, Córcega (según de D. H. Trump).

4.2. Cerdeña

En la transición del III al II milenio a.C. se configura una etapa *prenurágica*, representada por los grupos de **Monte Claro** y **Bonnanaro**, que suponen un preludio a la serie de cambios que supone la cultura nurágica propiamente dicha. Algunos poblados muestran una elevada densidad de ocupación y en ocasiones se dotan de estructuras defensivas. Las costumbres funerarias registran una gran variabilidad, que incluye la inhumación individual y la colectiva en cuevas y construcciones de tradición megalítica, a las que se suma la perduración de las denominadas *Domus de Janas*, hipogeos excavados en la roca. Uno de estos –Sant'Iroxi– en su etapa final acaba acumulando 19 espadas y puñales en cobre arsenical. El trabajo del metal está bastante extendido y se elaboran artefactos en cobre (puñales de remaches), además de hacerse frecuentes los adornos en plata. La subsistencia tiene una importante base ganadera, con particular énfasis en los ovicápridos y, con el paso del tiempo, los suídos.

Hacia el 1600 a.C. y perdurando hasta los inicios del I milenio a.C. tiene lugar la elaboración de un colosal número (en torno a las 8000) de ***nuragas***, construcciones elaboradas en piedra que constan de una o más torres troncocónicas de altura variable y con cubierta de falsa cúpula. Pueden aparecer

aisladas, pero con el paso del tiempo tienden a rodearse de sistemas murarios en cuyo interior se localizan viviendas de planta circular y también talleres (figura 13). La densidad de estos monumentos puede llegar a ser muy alta (alrededor de 1 por kilómetro cuadrado) en algunas zonas, como en las tierras altas del interior, donde suelen emplazarse cerca de buenos terrenos agrícolas. Las actividades documentadas en las nuragas y en los poblados anejos no son significativamente diferentes e incluyen el trabajo del metal, elaboración de textiles o procesado y almacenamiento de alimentos. La espectacular profusión de estas construcciones en el paisaje sardo probablemente refleja una sociedad heterárquica, en la que una multitud de linajes compiten por la tierra u otros recursos, sin que ninguno llegue a consolidar un poder permanente sobre un área extensa. Sólo hacia el final, durante el paso del II al I milenio a.C., aparecen evidencias claras de la constitución de élites regionales, sugeridas por las estatuillas de bronce representando individuos armados, así como por la multiplicación de los depósitos metálicos en las propias nuragas o en santuarios vinculados a pozos sagrados. Los **enterramientos** se hacen en cuevas, pero se construyen, tal vez solo para una parte de los habitantes de las nuragas, las llamadas *tumbas de gigante*, de cámara alargada y con una entrada monumental. La actividad metalúrgica adquiere, particularmente hacia el final del II milenio a.C., una importancia creciente y se documentan en depósitos o en las propias nuragas numerosos lingotes de cobre y plomo, en forma de piel de buey, que indican la explotación de los filones locales, si bien el análisis compositivo indica un origen foráneo de algunos de ellos. La intensidad de las conexiones exteriores con el Mediterráneo oriental está avalada por la aparición frecuente de cerámicas adscribibles al Heládico Reciente.



Figura 13. Complejo nurágico sardo.

5. FRANCIA

En el sureste de Francia se desarrolla la **civilización del Ródano** o Rodaniense, que en la cultura material acusa influencias del campaniforme tardío y del grupo centroeuropeo de Unetice. Se extiende a lo largo del valle de este río desde su desembocadura hasta la Suiza occidental, entre el 2200 a.C. y mediados del II milenio. En un principio aparecen elementos de tradición campaniforme como los botones con perforación en "V", junto a alfileres y colgantes de hueso. En la fase intermedia son característicos los puñales triangulares de bronce con empuñadura también metálica y se fabrican diademas en chapa de bronce. En el periodo final surgen tipos metálicos propios como las hachas-espátula y las hachas tipo *Roseaux* que se caracterizan por su hoja de forma subcircular (figura 14). En el Bronce Medio las diferencias entre la metalurgia del Norte y el Sur de la cuenca del Ródano se hacen más patentes, con la primera región más próxima a la Cultura de los Túmulos, mientras el sector meridional posee una afinidad más mediterránea, con particulares vínculos hacia el Norte de Italia. En la Provenza, el asentamiento fortificado de Camp de Laure, cerca de la desembocadura del Ródano, constituye una excepción en la escasa complejidad habitacional de la región. La presencia abundante de silos en varios sitios pertenecientes al Bronce Antiguo apunta a la importancia de la agricultura entre estas comunidades, subrayada también por los estudios carpológicos, que identifican una fuerte diversificación de las especies cultivadas, con la expansión de la cebada desnuda y la introducción del mijo y las leguminosas.

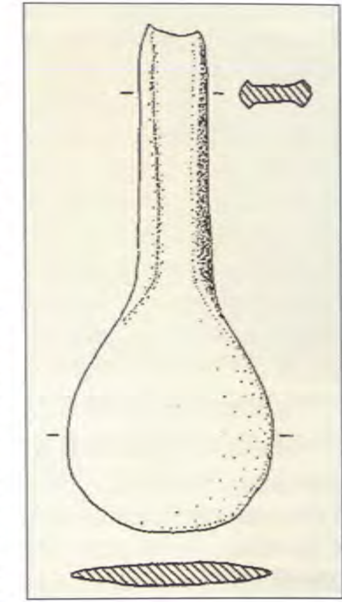


Figura 14. Hacha de tipo Roseaux.

6. PENÍNSULA IBÉRICA

Durante el último tercio del III milenio a.C. comienzan a observarse cambios en aquellas regiones que durante el Calcolítico habían desarrollado formas más o menos explícitas de diferenciación social: el estatus tiende a hacerse hereditario y el soporte ideológico de las élites se desplaza desde el control de materiales exóticos hacia la posesión de artefactos en oro y cobre, anticipando las pautas de las sociedades del Bronce inicial, que comienzan a definirse –al menos en el sur de la península ibérica– a partir del 2200/2100 a.C.

y alcanzan su máximo desarrollo en los tres primeros siglos del II milenio. El comportamiento funerario adopta un carácter crecientemente individual, aunque en determinadas áreas perduran fórmulas de enterramiento colectivo. Por otra parte, los grandes recintos de la Edad del Cobre meridional, delimitados mediante sistemas murarios o series de fosos, son abandonados a finales del III milenio o, en ciertos casos, persisten con cambios estructurales y en su utilización. La evidencia arqueológica de jerarquización durante el Bronce Inicial es muy clara en la región SE de la península ibérica, donde se desarrolla la **cultura de El Argar** que se proyecta en algunos de sus rasgos hacia regiones vecinas como La Mancha o el País Valenciano. Los cambios mencionados son más difíciles de observar a medida que nos desplazamos hacia el norte y el oeste del territorio peninsular, donde se aprecia una cierta continuidad en las prácticas sociales y en la estructura económica.

Hacia el 2200/2100 a.C. se define el primer territorio **argárico** en un área próxima a la costa, relativamente reducida, a caballo entre Almería y Murcia. Los referentes para las prácticas rituales, arquitectura y economía se hallan en el Calcolítico local, pero también muestran claros vínculos con áreas diversas del Mediterráneo, lo que ha llevado a algunos investigadores a plantear la existencia de un proceso de colonización. Asentamientos fortificados como El Argar o La Bastida (este con un marcado carácter protourbano) tienen una clara vocación de control de áreas agrícolas o ricas en recursos mineros. Poseen un grado notable de organización interna y de sofisticación edilicia, patente en las murallas y otras obras de carácter público (figura 15). Hay grandes edificios de planta rectangular en los que se lleva a cabo tareas artesanales, como el trabajo de la plata, la elaboración de textiles y también el procesado/almacenaje de grano. Además, existen asentamientos de carácter abierto y menor complejidad constructiva en los que tal vez residiría un sector dependiente de la población. Algún poblado fortificado, como Peñalosa, parece responder en su emplazamiento a la explotación de las vetas metálicas próximas y en él existen abundantes evidencias de trabajo metalúrgico (figura 16).

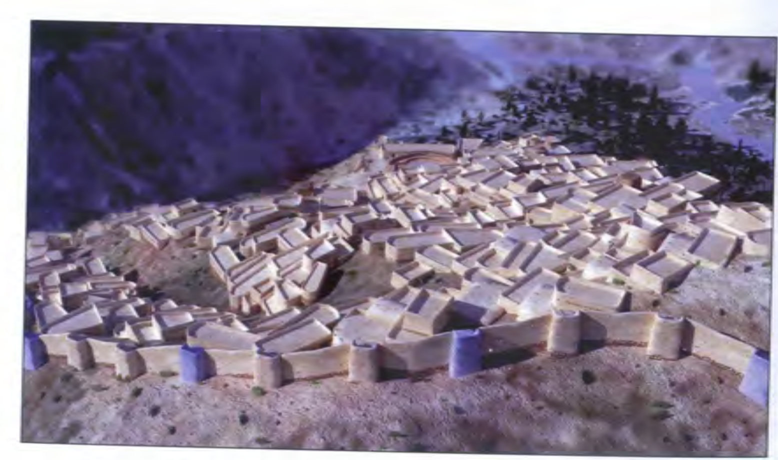


Figura 15. Detalle del poblado fortificado de La Bastida (reconstrucción realizada por Revives).



Figura 16. Poblado de Peñalosa (reconstrucción a cargo de Proyecto Peñalosa, Contreras *et alii* 2014).

Los enterramientos consisten en inhumaciones individuales o, a veces, dobles dentro de covachas, cistas o grandes urnas, practicadas en el interior de los poblados (figura 17). El ajuar es muy normativizado y los individuos pertenecientes a la élite están acompañados de armas de cobre arsenical (alabardas, puñales y, más tarde, espadas), punzones y objetos de adorno en cobre y plata, además de cerámicas de cuidada elaboración (figura 18). La alimentación se basa en gran medida en el consumo de cebada, con una pequeña contribución de carne derivada de ovicápridos, cerdo y bóvidos. La dieta podría estar condicionada por la posición social, ya que algunos individuos inhumados con ajuares ricos parecen haber consumido una mayor proporción de proteína animal.

En torno al 1750 a.C. la cultura argárica alcanza su máxima distribución, extendiéndose desde Almería al sur de Alicante, con penetraciones hacia el

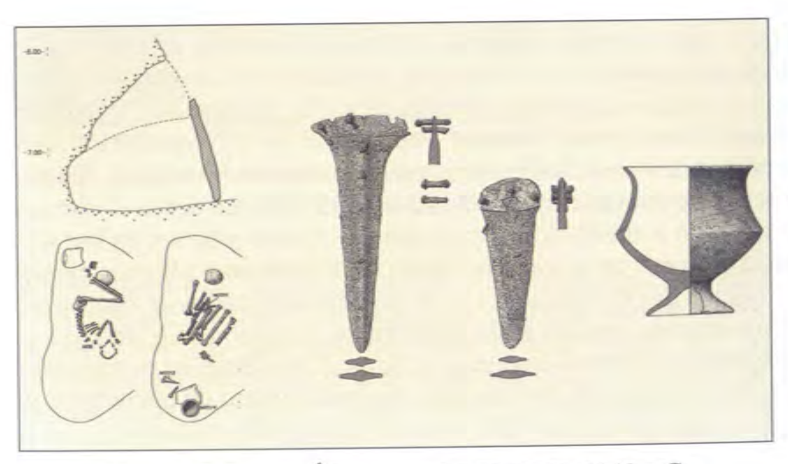


Figura 17. Fuente Álamo: tumba 58, 2201-2142 a.C. (según Lull *et alii* 2015).



Figura 18. La Almoloya: un ajuar excepcional procedente de una sepultura doble en *pithos* (Foto: UAB/ASOME).

interior que alcanzan la región manchega. Sin embargo, hacia mediados del siglo XVI a.C. tiene lugar el colapso de este complejo cultural, produciéndose el abandono e incendio de los asentamientos principales y dando paso al Bronce post-argárico, que rompe con el modelo económico centralizado y especializado previo, lo que se acusa en una estrategia de subsistencia más diversificada y en cambios en la dinámica de ocupación y explotación del territorio, acompañados del abandono de la norma funeraria prescrita en El Argar.

A lo largo de la costa levantina y especialmente hacia el sur de la misma, ya en contacto con la región argárica, se conoce una serie de poblados en altura, algunos de los cuales poseen defensas artificiales y contienen viviendas construidas con zócalos de piedra y alzado de adobe y tapial con techumbres vegetales. En este denominado **Bronce Valenciano** los enterramientos consisten en inhumaciones dentro de los propios asentamientos o bien fuera de los mismos, en el interior de cuevas e hipogeos. La cultura material acusa el contacto con el mundo argárico a través de la aparición de algunos objetos en hueso o marfil. Más hacia el norte, en el valle del Ebro se documentan algunos ejemplos tempranos (inicios del II milenio a.C.) de objetos elaborados en bronce verdadero. Los asentamientos oscilan entre aquellos de tradición más antigua y carácter más episódico, realizados en cuevas y otros al aire libre, de ocupación más prolongada, frecuentemente conteniendo un gran número de estructuras negativas, empleadas como silos o también para efectuar enterramientos.

En las comarcas surorientales de la Meseta se configura un grupo con gran personalidad, el **Bronce Manchego** que acusa la existencia de contactos



Figura 19. Motilla de El Azuer, Ciudad Real.

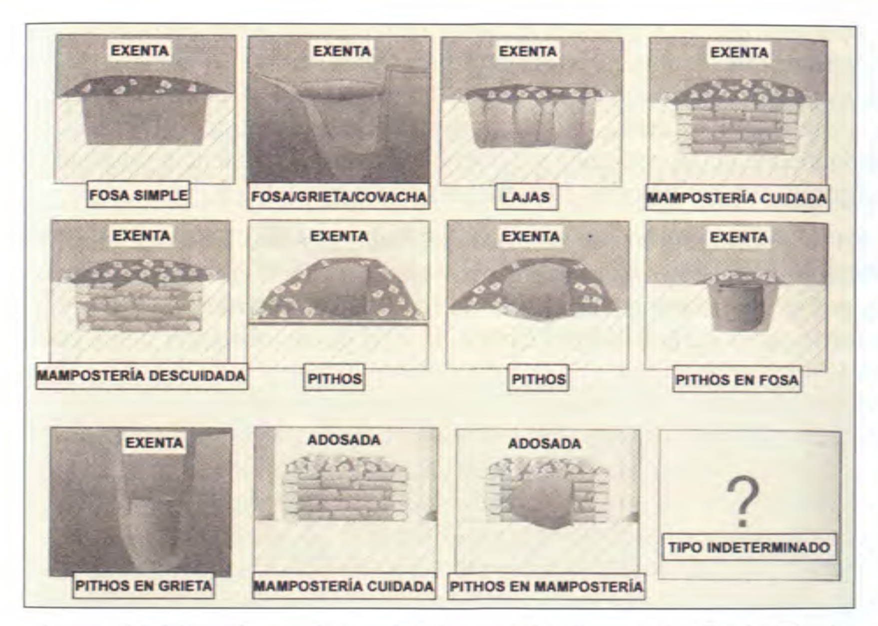


Figura 20. Tipos de sepulturas del Cerro de La Encantada, Ciudad Real (según Meseguer y Galán).

con la cultura argárica de la que es coetáneo. Los asentamientos tipo *motilla* son muy característicos: consisten en lugares cercados con murallas pétreas, complementadas en ocasiones con una torre central (figura 19). Alrededor del espacio fortificado se localizan áreas habitacionales. Las motillas se localizan en zonas bajas, cercanas a cursos de agua o humedales, mientras que otra clase de poblados, los *castillejos*, se emplazan en puntos elevados y se dotan ocasionalmente de defensas artificiales. Los enterramientos son individuales y se localizan en el interior de los asentamientos (figura 20), donde

también se llevan a cabo actividades de tipo artesanal y hay evidencias de almacenaje. De carácter específicamente ritual es el yacimiento del Castillejo de Bonete, configurando un complejo de carácter funerario que incluye una cueva y túmulos interconectados.

En la Meseta Norte el campaniforme continua en los momentos finales del III milenio e inicios del II, con algunas sepulturas dotadas excepcionalmente como la de Villabuena del Puente. En las inmediaciones del complejo salinero de la laguna de Villafáfila se localizó la inhumación de una joven, acompañada de un rico ajuar en el que sobresalen algunos adornos de plata y un botón de marfil. La explotación de la sal, en auge durante la época campaniforme, probablemente siguió en activo a inicios del II milenio, dada la existencia de numerosos hábitats de esa cronología en las inmediaciones del espacio lagunar. Los característicos recintos de fosos del calcolítico regional están abandonados en torno al 2000 a.C. y se registran otras formas de asentamiento, a base de campos de hoyos, cuevas y también se construyen caseríos sobre altozanos, como en Parpantique que da nombre a una cerámica típica de este momento, lisa o decorada mediante aplicaciones. La cueva del Portalón de Cueva Mayor presenta una secuencia bien datada, encuadrable en el Bronce Antiguo y Medio, con una abundante colección cerámica y evidencias de una subsistencia orientada hacia el pastoreo, con los bóvidos aumentando a lo largo del tiempo.

En la amplia región que se extiende desde el curso bajo del Tajo hasta la Andalucía occidental se observa una reorganización del asentamiento, que pasa por el abandono generalizado de los grandes recintos de fosos y poblados fortificados de la Edad del Cobre, lo cual puede obedecer a una crisis del modelo socioeconómico, con la consiguiente dispersión de la población o a la adopción de pautas de ocupación de carácter más efímero que en la etapa calcolítica. De esa sistemática se separan algunas áreas del **suroeste**, como el extremo occidental de Sierra Morena, con sus ricas reservas cupríferas, en donde existen yacimientos habitacionales en altura, que en el Guadiana extremeño tiene un buen ejemplo en el Castillo de Alange, emplazado en una posición topográficamente dominante y con evidencias de una ocupación del Bronce Antiguo y Medio, cuya subsistencia está basada en el cultivo de cereal y la ganadería, documentándose una gran estructura dedicada al almacenaje, todo lo cual apunta a un poblamiento jerarquizado, presumiblemente de base agraria. El comportamiento funerario sigue pautas no muy diferentes a las de otras áreas meridionales: predominio de la inhumación individual (cistas, fosas) si bien a veces se reutilizan monumentos megalíticos. En ocasiones se encuentran necrópolis organizadas en varios núcleos, conteniendo numerosas cistas como en Atalaia (Beja) o El Becerrero (Huelva). Las cerámicas presentan a menudo un cuidado bruñido y perfiles carenados; la decoración de los vasos a base de nervaduras verticales es también típica.

La **Iberia húmeda**, abarcando el centro/norte de Portugal, Galicia y la Cornisa Cantábrica, presenta una cierta diversidad en cuanto al registro arqueológico de sus diferentes componentes regionales, pero estos comparten una general tendencia hacia el poblamiento disperso y una cierta divergencia entre una esfera doméstica autosuficiente, poco expresiva estructuralmente y un ámbito funerario que, al menos en determinados momentos, sugiere la existencia de relaciones de reciprocidad entre élites a larga distancia y una diferenciación social que el espacio habitacional no parece condonar. Los yacimientos de carácter monumental son abandonados o bien experimentan cambios en su arquitectura y utilización, como en el caso de Castelo Velho, en el norte de Portugal. Asentamientos como Os Remedios (Pontevedra), de amplio desarrollo en el curso del Neolítico y Calcolítico, son ocupados también a inicios del II milenio, como se deduce de las abundantes cerámicas lisas o con decoración plástica y fondos planos. Pero la fórmula habitacional más habitual es a base de pequeños caseríos, de los que sobreviven fondos de cabaña circulares o subrectangualres y hoyos, localizados en una variedad de situaciones topográficas y apuntando a un grado elevado de movilidad de sus habitantes. La inhumación individual en cistas, fosas, túmulos o *cairns* de reducido tamaño constituye la forma usual de comportamiento funerario, pero también es frecuente la reutilización de sepulcros megalíticos y de las formaciones cavernarias, especialmente en los ambientes calizos más habituales en la orla cantábrica. Un caso particular lo constituyen los enterramientos practicados en galerías ya amortizadas de la mina asturiana de El Aramo. Los ajuares acompañantes son escasos, generalmente cerámicos, si bien algunas tumbas, como la cista de Quinta de Água Branca están dotadas suntuosamente, con puñales de cobre y adornos áureos (figura 21).



Figura 21. Ajuar de la cista de Quinta de Água Branca (N. Portugal) (Museo Nacional de Arqueologia, Lisboa. Foto: X. Gil).

Los análisis paleoambientales indican que en las zonas altas o de más pendiente se mantiene en gran medida el bosque de tipo atlántico, pero a menores cotas o en áreas llanas la acción humana provoca una caída notable de la cobertura forestal y un paralelo incremento de los procesos erosivos. La subsistencia se basa en un modelo mixto, que aúna el cultivo de trigo y cebada (junto a la introducción del mijo) con las leguminosas y una ganadería, peor documentada, integrada por bóvidos, ovicápridos y suidos. El hecho de que las comarcas norteñas posean importantes mineralizaciones de cobre, además de oro y estaño, contribuye a una metalurgia que se revela temprana en la adopción del bronce e igualmente en el empleo de la plata para la fabricación de adornos. Pese a las parcas evidencias de una sociedad jerarquizada, el empleo *social* del metal por parte de individuos o sectores concretos de la sociedad se observa claramente a través de la esfera funeraria y, tal vez, de una serie de depósitos en distintos lugares del norte de Portugal, Galicia y Asturias, que contienen alabardas, lingotes o hachas planas. La escala de las labores mineras en El Aramo y otros emplazamientos próximos abunda en la relativa importancia de esta actividad, más aún si consideramos que ese cobre pudo haber surtido a otras áreas peninsulares o extrapeninsulares. El control de esta clase de intercambios, mediante los cuales llegó también la plata desde el suroeste ibérico, podría servir para asegurar la posición privilegiada de ciertos grupos dentro de estas sociedades de comienzos de la Edad del Bronce.

7. ISLAS BALEARES

La primera colonización del archipiélago balear acontece en el curso del III milenio a.C. y está ligada a grupos campaniformes. En el tránsito al II milenio a.C. tiene lugar una expansión del poblamiento y junto a elementos de continuidad en cuanto al asentamiento –en cuevas, abrigos o hábitats al aire libre–, se generaliza una arquitectura ciclópea de carácter monumental en la esfera doméstica: el sitio de Son Ferrandell-Olesa es un ejemplo inicial de un grupo de poblados como Bóquer o Closos de Can Gaià –fechados en torno al 1700-1300 a.C.–, albergando construcciones de planta naviforme a base de muros con un doble paramento relleno de cascajo que en su parte posterior terminan en forma absidal (figura 22). Estos edificios pueden aparecer aislados o en grupos de 2 a 4 unidades yuxtapuestas. Las actividades cotidianas se desarrollarían de forma preferente en la zona media y junto a la entrada, que a menudo está enlosada y presenta una mayor concentración de materiales, entre los cuales se cuentan cerámicas, industria lítica, abundantes restos de fauna (ovicápridos y bóvidos) y algún objeto metálico. En las inmediaciones del yacimiento de Son Ferrandell se localizó un dolmen, pero otros conjuntos naviformes se asocian típicamente con hipogeos artificiales (Son Ferrer, Can Vairet), dotados de corredor, nichos o ábsides y usados para inhumaciones colectivas.

Los asentamientos naviformes se emplazan en puntos que permiten explotar recursos variados: cerca de buenas tierras para el cultivo o el pastoreo y también de áreas boscosas, aptas para la caza o el aprovechamiento forestal. La actividad pastoril es preponderante en estas comunidades, especialmente centrada en los ovicápridos, con la agricultura en un papel más subsidiario, junto con la recolección y la caza. A partir del 1400 a.C. se observa en algunos yacimientos un incremento en las actividades de signo comunitario en estructuras creadas *ad hoc*, que incluyen el procesado y almacenaje de alimentos o la manufactura de artefactos metálicos. Esa tendencia coincide con la intensificación en el Bronce Medio de los contactos inter- y extrainsulares y la instalación en enclaves costeros de carácter estratégico. Así, frente a la pobreza de los artefactos (básicamente cuchillos triangulares y punzones) en bronce durante la primera etapa naviforme, en los momentos avanzados de este complejo se documentan piezas con aleaciones ricas en estaño (hachas, puñales) y abundantes evidencias de metalurgia local, como en el poblado de Hospitalet.

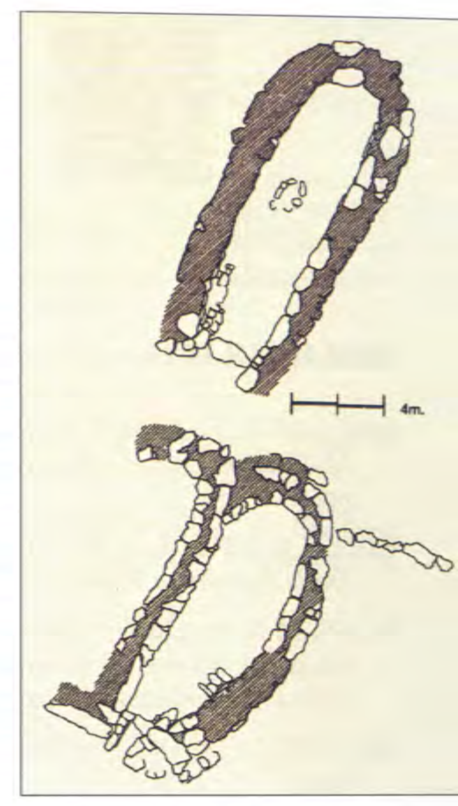


Figura 22. Naviforme de Clariana, Menorca.

A partir del 1100 a.C. se inicia una profunda serie de transformaciones en la organización de los asentamientos (abandono de los edificios naviformes), la cultura material y también en las prácticas funerarias, que marcará el tránsito hacia la cultura *Talayótica* aunque ocasionalmente los poblados anteriores sirven de base a los *turriformes talayóticos*.

Vídeos de youtube para apoyar las explicaciones del texto:


La cultura argárica en la Bastida de Totana (27:35 m).


La Almoloya, reconstrucción 3D (1:08 m).



Castillejo del Bonete (16:35 m).



Motilla del Azuer (6:42 m).

BIBLIOGRAFÍA

BAILLOUD, G. (1966): "La civilisation du Rhône et le Bronze ancíen du Midi de la France". *Revue Archéologique de l´Est et du Centre-Est*, 17, pp. 131-164.

BIETTI SESTIERI, A. M. (2010): *L'Italia nell'Età del Bronzo e del Ferro: Dalle Palafitte a Romolo (2200–700 a.C.)*, Roma.

BLAS, M.A. de (2011): "De la caverna al lugar fortificado: una mirada a la Edad del Bronce en el territorio Astur-Cántabro", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 29, pp. 105-134.

BRIARD, J. (1985): *L´Âge du Bronze en Europe (2000-800 av. J.C.)*, Errance, París.

BROODBANK, C. (2013): *The Making of the Middle Sea. A history of the Mediterranean from the Beginning to the Emergence of the Classical World*, Londres.

CAMPS, G. (1998): *Préhistoire d´une île. Les origines de la Corse*, París.

EVANS, J. D. (1962): *Malta*, Barcelona.

GARCÍA HUERTA, Mª. R. y MORALES, J. (coords.) (2004): *La Península Ibérica en el II milenio a.C.: poblados y fortificaciones*, Universidad Castilla-La Mancha, Cuenca.

GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V. y RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa 2250-1200 a.C. Una introducción a la Edad del Bronce*, Síntesis, Madrid.

GONZÁLEZ-RUIBAL, A. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (2016): House societies in the Ancient Mediterranean (2000-500 BC). *Journal of World Prehistory*, 29, pp. 383-437.

GUILAINE, J. (1980): *La France d´avant la France. Du Neolithique á l´âge du fer*, Hachette, París.

LILIOS, K.T. (2020): *The Archaeology of the Iberian Peninsula. From the Paleolithic to the Bronze Age*, Cambridge.

LÓPEZ GARCÍA, P. (coord.) (2017): *La Prehistoria en la peninsula Ibérica*, Madrid.

LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. (2015): "Transition and conflict at the end of the 3rd millennium BC in South Iberia". En H. Meller, H.W. Arz, R. Jung y R. Risch (eds.) *2200 BC - A climatic breakdown as a cause for the collapse of the Old World?* Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte, Band 12/1, pp. 365-407, Halle.

MANGA, L. y DEMURTAS, S. (1984): "Observaciones sobre los protonurages de Cerdeña". *Trabajos de Prehistoria*, 41, pp. 165-204.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (coord.) (2001): *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*, Barcelona.

SUREDA TORRES, P. (2012): "Interacción y cambio social en las islas Baleares durante el Bronce Final. Un punto de partida". *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 21, pp. 87-105.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. Las Nuragas son:

   a) Construcciones megalíticas de Malta.
   b) Construcciones troncocónicas de Cerdeña.
   c) Asentamientos de las islas Eolias.

2. El Bronce Antiguo del sureste de la península ibérica está representado por:

   a) Motillas.
   b) Bronce Valenciano.
   c) El Argar.

3. La cultura de Polada representa:

   a) Bronce Antiguo en Sicilia.
   b) Bronce Antiguo en el norte de Italia.
   c) Bronce Medio en Malta.

4. Las hachas tipo Roseaux aparecen en:

   a) Las islas británicas.
   b) Península ibérica.
   c) Francia.

5. El Tarxiense es característico del:

a) Bronce Antiguo en Malta.
b) Bronce Antiguo en Sicilia.
c) Bronce Antiguo en las islas Eolias.

Tema 11

EL BRONCE FINAL ATLÁNTICO, NÓRDICO Y CENTROEUROPEO

Alfredo Mederos Martín

1. UN BRONCE ATLÁNTICO EN REGIONES RICAS EN ESTAÑO

La región atlántica se caracteriza por su gran conectividad marítima en un eje noreste-suroeste y la abundancia de estaño, que va a ser el principal recurso intercambiado por estas sociedades. Este estaño aluvial se encuentra principalmente en la península de Cornualles, el sur de Bretaña y la fachada atlántica de la península ibérica, en particular Galicia, Beiras y Extremadura, estaño que debió circular hacia las regiones vecinas del Báltico, Centroeuropa y el Mediterráneo (figura 1).

Esta importancia de las comunicaciones marítimas se observa en el barco de quilla plana de Dover (Inglaterra), que debía utilizarse para cruzar el Canal de la Mancha *ca*. 1300 a.C. (figura 2).

No obstante, el aspecto más llamativo del Bronce atlántico, principalmente en Gran Bretaña, Irlanda y Francia, es la gran abundancia de depósitos metálicos de armas y útiles metálicos –espadas, lanzas, hachas, etc.– que no se encuentran en espacios domésticos, sino en ocultamientos rituales, tanto en tierra como en el agua, etc., que han sido descubiertos desde mediados del siglo XIX por dragados, obras de infraestructuras públicas, etc., creando una imagen de gran abundancia de metales en las sociedades atlánticas, evidencia que en cambio, en zonas domésticas de habitación, es mucho más limitada.



Figura 1. Principales áreas regionales en el oeste y centro de Europa atlántica, nórdica y centroeuropea con enterramientos en urnas (Kessler, 2014).

Esta abundancia de metal, en la fase más avanzada del Bronce Final IIIB, se ha asociado con ocultaciones durante una cierta inflación de metal por el inicio de la generalización del hierro, pero quizás sólo sea resultado de un incremento de este tipo de prácticas rituales, además de otros depósitos que deben haber sido ocultaciones de metal previas para su posterior refundido y que por alguna razón no se recuperaron. No obstante, la abundancia de hachas, especialmente las de cubo con un hueco en su parte trasera para insertarlas en un mango de madera, quizás estuvo vinculada con un incremento de la carpintería de ribera para la construcción de barcos y la navegación marítima.

Este despegue también fue acompañado por una mayor calidad de los bronces, que fue posible por la utilización de la cera perdida, técnica que permitió realizar piezas más pequeñas, de bulto redondo o mucho mejor acabadas en su decoración. Por otra parte, se fueron abandonando los moldes de piedra sustituidos por moldes de arcilla que muchas veces no se han conservado. Por otra parte, en las fases avanzadas, la técnica de forjado mediante laminado se aplicará a piezas excepcionales como cascos, escudos, corazas o recipientes metálicos.

Sin embargo, la ausencia de enterramientos, bien por la deposición de cuerpos directamente en el agua, su hundimiento en el mar dentro de barcas o embarcaciones más grandes, o el vertido de sus cenizas en el mar, ríos o lagos por la posible introducción de la idea reencarnación del alma a otro

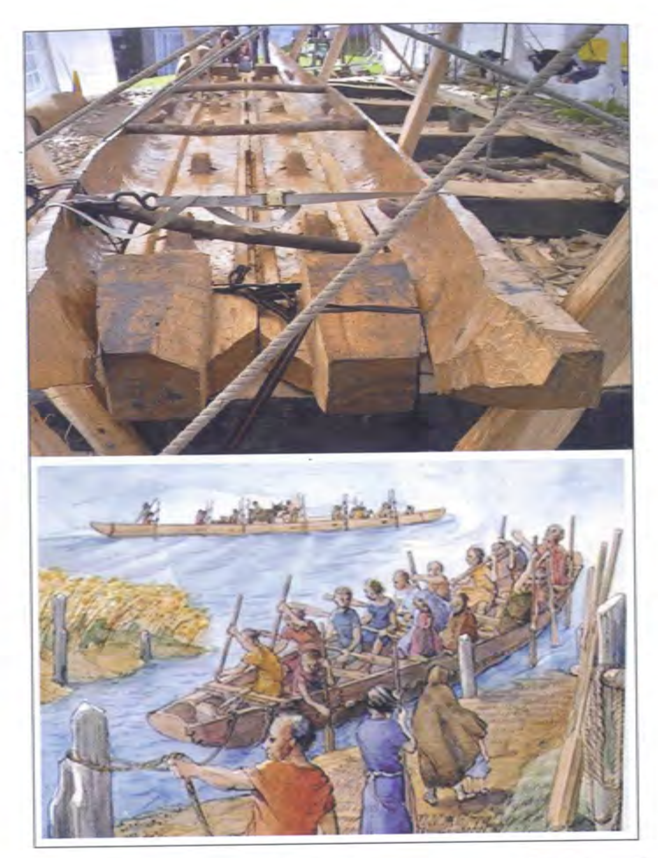


Figura 2. Réplica experimental y reconstrucción del pecio de Dover que atravesaría el canal de la Mancha.

cuerpo y pérdida de significado de la tumba, impide que dispongamos de restos antropológicos y sus ajuares asociados, y no facilita la interpretación social de esta etapa.

La reencarnación del alma está presente en religiones como el hinduismo (800-400 a.C.), budismo tibetano (450 a.C.) o el taoísmo –enseñanza del camino– (400-200 a.C.), las cuales consideran que una persona fallecida volverá a reaparecer en el cuerpo de otra persona. Dependiendo de sus buenas o malas acciones renacerá en una persona más evolucionada superior, intermedia o igual, o si no en seres inferiores y peores como insectos, animales y árboles, o incluso en entes peores como los fantasmas o los reinos infernales, dentro de un camino hacia la perfección para alcanzar primero el estatus de semidioses y finalmente la inmortalidad en los reinos celestiales.

La ausencia de tumbas es compensada por la presencia de armas defensivas especiales en algunos depósitos rituales –cascos, corazas, grebas, escu-

dos–. En el caso de las mujeres, destacan las ocultaciones de torques o brazaletes de oro para brazos o antebrazos, posibles dotes entregadas a las mujeres por su familia en el momento del matrimonio.

Otras piezas excepcionales en estos depósitos son elementos vinculados a celebraciones de banquetes como ganchos de carne, asadores articulados y calderos metálicos, que indican el consumo de carne asada. Estos banquetes podrían estar vinculados a la salida o regreso de expediciones militares de saqueo y rapiña, razias tanto terrestres como marítimas (figura 3).

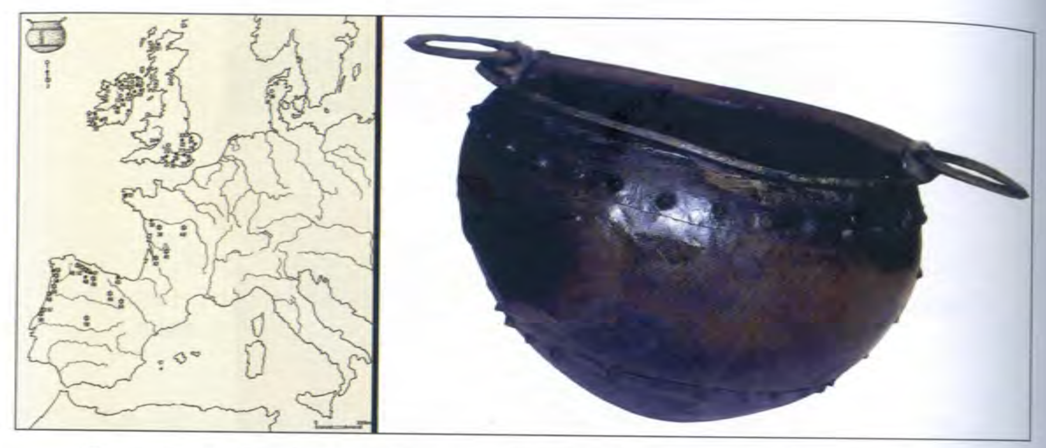


Figura 3. A la izquierda, calderos metálicos de banquete en la fachada atlántica europea (Coffyn, 1985). A la derecha, caldero de bronce de Cabárceno, Cantabria.

Parte de estas armas u objetos valiosos se distribuían por el establecimiento de lazos de hermandad entre élites y las relaciones de hospitalidad. En estas relaciones, era fundamental el intercambio paritario de regalos, la entrega de un detalle o presente al que en un futuro habría que volver a corresponder, dentro de una reciprocidad paritaria, o si se presuponía una posición social más elevada, por su mayor riqueza, con un regalo más espléndido. Para ello no servía el ganado, fuente principal de riqueza, a la que cualquier persona libre podía acceder, sino regalos especiales, vinculados con la exhibición pública de una posición social entre la élite, como armas, ropas, adornos o elementos de banquete, donde se terminaba materializando esa riqueza ganadera. Cada objeto especial tenía su propia historia, quien había sido su anterior propietario, quien lo había regalado, que acontecimiento había ocurrido para que se hiciese ese regalo (una visita, un regalo de boda, parte de una dote, el botín de un combate heroico o de una rapiña por tierra o mar) y cuando la pieza fuese puesta de nuevo en circulación en un futuro se le informaría de toda su historia previa o biografía, lo que le daría aún más valor.

Dentro de la zona atlántica, existió un grupo norteño con el sur de Inglaterra y el norte de Francia que ya se define hacia 1325-1260 a.C., el cual se observa con los depósitos de la fase Tauton. En cambio, es mucho menos definido en el grupo meridional, con el sur de Francia y el noroeste de la península ibérica. En esta fase debieron estar generalizados los escudos de piel, de los que conocemos para su elaboración un molde de madera localizado en Cloonlara (Irlanda) del 1425 a.C. (figura 4).



Figura 4. Tauton, fase inicial del grupo atlántico entre el sur de Inglaterra y el norte de Francia, 1325-1260 a.C. (Matthews, 2017).

La siguiente fase, 1260-1200 a.C., está caracterizada por dos depósitos importantes en el Bronce Final IA, Appleby en Inglaterra y Rosnöen en Bretaña (Francia), que tienen una empuñadura característica con 4 clavos o remaches en forma cuadrangular, además de puntas de lanza con enmangue tubular para combate a media distancia (figura 5).

En esta fase merece resaltar el caso del pecio de Langdon Bay, Dover (Inglaterra), que transportaba numerosas armas de bronce, en particular hachas y puñales, destacando dos espadas de tipo Rosnöen (figura 6).

Durante el Bronce Final IB, 1200-1130 a.C., es relevante el depósito de Penard (Gales) en Gran Bretaña con las espadas de tipo Clewer, mientras en Francia se generalizan las espadas tipo Bellevue.

El Bronce Final II también puede subdividirse en dos grandes fases, en la primera durante el Bronce Final IIA, 1130-1050 a.C., en el Reino Unido aparecen las

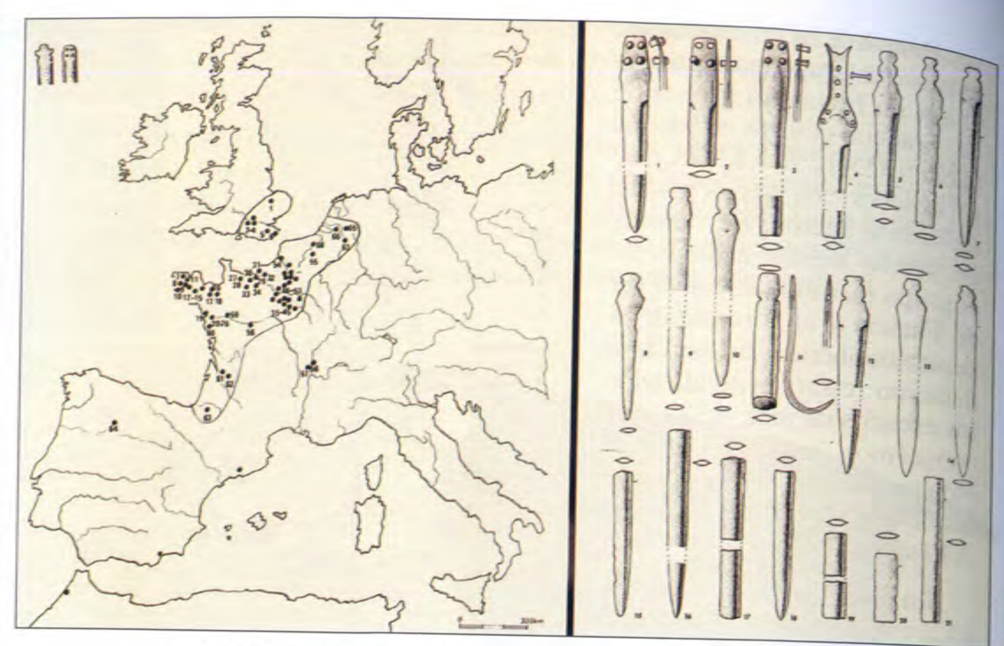


Figura 5. A la izquierda, distribución de las espadas Rosnöen, desde 1260 a.C., que empiezan a llegar a la península ibérica (Coffyn, 1985). A la derecha, espadas, puñales y ganchos de carne del depósito de Penavern-Rosnöen (Finistère, Francia) (Nallier y Le Goffic, 2008).



Figura 6. Espadas, dos del tipo Rosnöen, puñales, lanzas y hachas del pecio de Langdon Bay (Kent, Inglaterra).

espadas tipo Limehouse, mientras en Francia destacan en el norte el depósito de Saint-Brieuc-des-Iffs (Bretaña), con las espadas del mismo nombre, y en el sur de Francia el depósito de Saint-Denis-de-Pile (Aquitania). El Bronce Final IIB, está caracterizada por los depósitos de Wilburton en Inglaterra, Brecy en el norte de Francia y Cézac en el sur de Francia. Las espadas pistiliformes características de esta fase tienen un ensanche en el tercio inferior para combate a corta distancia, dando tajos con los dos filos. Por otra parte, se conserva un escudo de piel de Clonbrin (Irlanda) que muestra una doble escotadura en V decorativa al interior y la decoración de los remaches de bronce en los escudos de bronce (figuras 7 y 8).

La fase final corresponde al Bronce Final IIIA, 1050-960/930 a.C., que corresponde al depósito de Blackmoor en el Reino Unido, con las espadas del mismo nombre, mientras en el norte de Francia aparecen las espadas tipo Saint Nazaire o las tipo Longueville en el sur de Francia. En esta fase se imponen las espadas de filos rectos que combinan los lados para tajar y la punta apuntada para clavar en el combate individual.

Estos depósitos se multiplican en durante el Bronce Final IIIB, 930-750 a.C., con el depósito de Ewart Park en el Reino Unido y las espadas del mismo nombre, o el de Llynfawr en Gales, mientras en Francia destaca el depósito de Vénat (Charente) con espadas de lengua de carpa y lanzas tipo Vénat. Se trata de un gran depósito con 2720 piezas, unos 75 kg, donde destacan 376 fragmentos de armas, el 13,79%, y 1104 adornos con el 40,60% de las piezas. En este periodo se produce una proliferación de depósitos con centenares de hachas de cubo en la costa francesa de Bretaña.

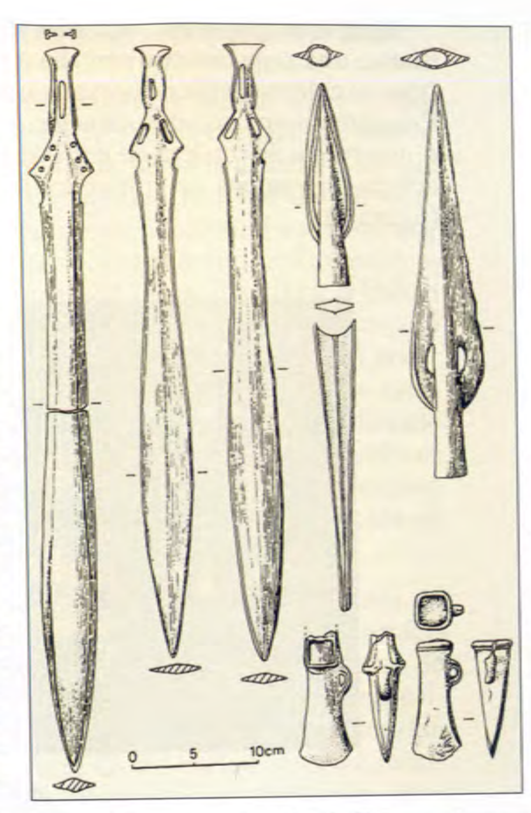


Figura 7. Espadas de hoja pistiliforme, lanzas caladas y hachas macizas y de cubo del depósito de Wilburton Ely (Cambridgeshire, Inglaterra) (Burgess, 1968).



Figura 8. Escudo de piel de Clonbrin (Irlanda) que muestra una doble escotadura en V decorativa al interior.

Para esta fase se ha excavado desde 2015 el poblado de Must Farm, inmediato a una zona lacustre cercana a Flag Fen (Cambridgeshire, Inglaterra), que tiene excelentemente preservada una fase de destrucción entre el 950-850 a.C. Presenta cuatro grandes cabañas circulares, hachas de cubo tipo Ewart Park o una rueda de madera de carro de 1 m de diámetro. Por otra parte, hay evidencia de campos de cultivo axiales como Holne Moor (Devon, Inglaterra) (figura 9).

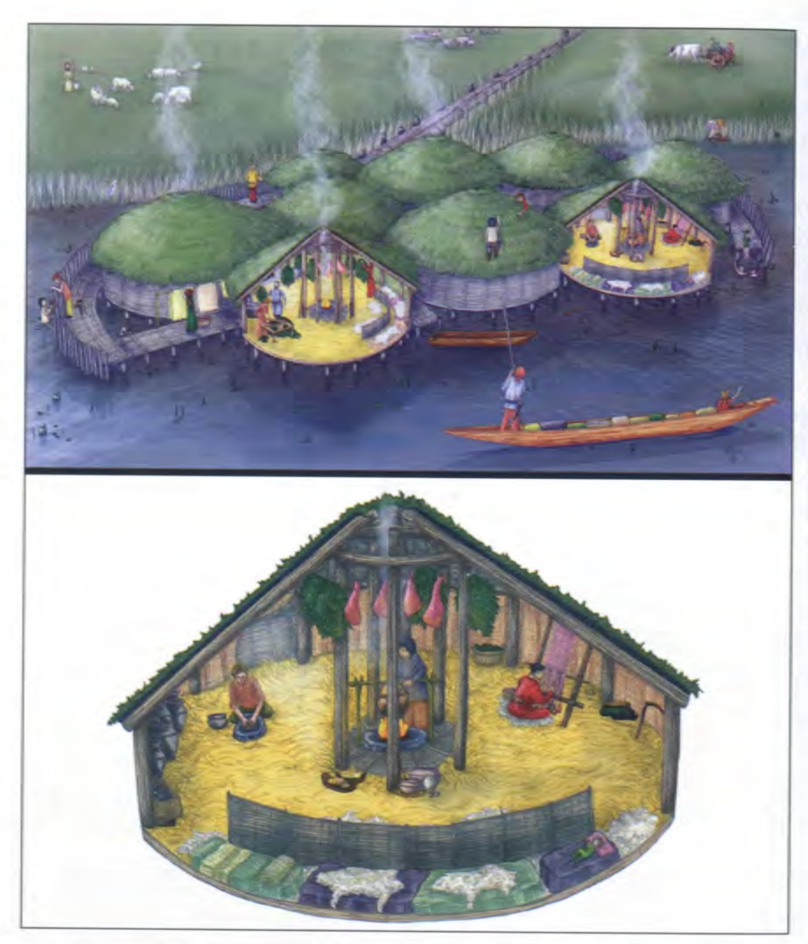


Figura 9. Reconstrucción de la aldea lacustre de Must Farm (Cambridgeshire, Inglaterra), 950-850 a.C.

2. EL BRONCE NÓRDICO EN LOS PAÍSES DEL ÁMBAR

Frente a la relativa abundancia en minas de cobre y estaño que muestra la fachada atlántica europea, las regiones nórdicas fueron claramente dependientes de metal llegado desde Centroeuropa y la fachada atlántica, lo que supuso una importante dependencia exterior durante la Edad del Bronce. El carácter insular de algunos territorios, como sucede con el estrecho que separa Dinamarca y Suecia, con 407 islas pertenecientes a Dinamarca, que incluyen algunas muy grandes como Zealand (Selandia), Thy o Funen (Fionia), que a veces no se advierte desde Europa continental, favoreció una importante navegación desde fechas tempranas. Esto le permitió acceder al metal también por rutas marítimas y no sólo depender de las rutas terrestres centroeuropeas que aprovechaban los grandes ríos. Inicialmente utilizaron grandes canoas de cuero y madera con muchos remeros, pero es probable que desde el Bronce III, hacia el 1325 a.C., estas grandes canoas de madera ya utilizaban velas, lo que incremento su rango de navegación en el Atlántico.

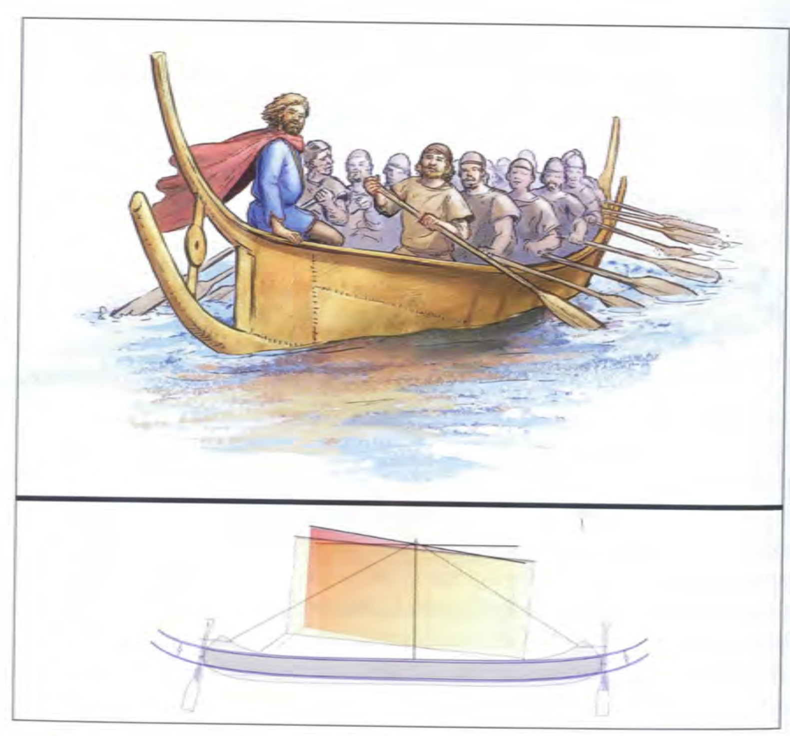
Esto ha llevado a sugerir la formación de unas jefaturas marítimas en Dinamarca, que saqueaban las costas de Noruega y Gran Bretaña, principalmente para obtener esclavos, pero también objetos metálicos, textiles de lana, cuya cría es menos frecuente en Escandinavia, aunque fue progresivamente incrementándose, o diferentes animales domésticos que podrían consumirse en banquetes al regreso, etc. Parte de los esclavos serían destinados a trabajar la tierra, no sólo en granjas grandes, sino también en otras pequeñas, mientras las tripulaciones de los barcos estaban en expediciones marítimas.

Un ejemplo de las estructuras de habitación es la gran cabaña rectangular con techo a dos aguas de Skrydstrup (Dinamarca), conservándose campos de cultivos fosilizados en Virnave, isla de Gotland (Suecia). Estas grandes granjas, entre 200 y 400 m^2, podrían indicar la presencia de miembros de la élite y su familia extensa y contarían con servidumbre doméstica o esclavos. Por otra parte, en grabados rupestres se representan carros de cuatro ruedas utilizados para el transporte de mercancías y personas o el uso de arados de madera, en ambos casos tirados por dos bueyes porque sus cuernos suelen representarse. El ganado solía ser propiedad privada, es posible que en buena parte perteneciente a los grupos de élites, que se los cederían a otros granjeros o guerreros a cambio de algunas crías anuales y apoyo como remeros y combatientes en expediciones militares o de saqueo, en vez de un tributo anual. Si además disponían de un número de potenciales guerreros elevado, tampoco habría otro miembro de la élite que pusiera su liderazgo en duda.

Este carácter militar de las expediciones marítimas se refleja en el armamento metálico en bronce, aparecido tanto en tumbas como en depósitos con espadas, lanzas, escudos, cascos de cuernos, puñales, etc.

Otra importante fuente de información son los grabados rupestres con multitud de representaciones de barcos, que se han interpretado como expediciones saliendo o regresando a distintas regiones. Estas grandes canoas suelen tener normalmente tripulaciones de 30 y 50 remeros, pero hay casos excepcionales que sugieren barcos entre 60 y 100 remeros. La iconografía de los grabados muestra barcos similares al que se ha conservado en Hjortspring (Dinamarca), con 19 m de longitud y 13.6 m de espacio útil interior, para unos 20 tripulantes, ya perteneciente a la Edad del Hierro, del 350 a.C. Hay documentados más de 7.000 representaciones de barcos sólo en el área costera de Bohuslän, en el suroeste de Suecia (figura 10).

Se ha sugerido que la construcción de estas grandes embarcaciones implicaría la celebración de banquetes, una vez acabado cada barco, aunque creemos que estas celebraciones podrían estar más vinculadas a la salida o regreso de expediciones marítimas. En cualquier caso, supondrían una importante inversión de trabajo, tanto para conseguir algunos grandes troncos de madera, que había a veces que transportarlos por mar ya que las zonas litorales, especialmente en Dinamarca, pronto serían parcialmente desforestadas de los


Figura 10. Arriba, reconstrucción del barco de Hjortspring (Dinamarca), con 19 m de longitud que transportaba unos 20 tripulantes. Abajo, posible uso de una vela cuadrada en este tipo de barcos (Bengsson, 2015).

mejores árboles, como en horas de trabajo por especialistas. Este coste debió ser patrocinado por las élites, que quedarían propietarias de los barcos, siendo posible que sus hijos más jóvenes luego dirigieran las expediciones marítimas, lo que les ayudaría a adquirir prestigio y riquezas.

Sin embargo, el comercio debió ser prioritario con otras regiones donde no interesaba tanto saquear como mantener un intercambio regular. Para obtener el metal y los textiles, en el bronce nórdico se contaba con una materia prima de excepcional valor, el ámbar, una resina fósil que es recuperada en las playas del mar Báltico, especialmente en las costas de Polonia, Lituania y Letonia, y en la costa danesa del mar del Norte, después de tormentas importantes. Su brillo y color amarillo, una vez pulido, lo vinculó con el sol y fue un adorno valioso en las sociedades europeas de la Edad del Bronce, estando presente incluso en las tumbas de Micenas. Por su elevado valor social, pudo servir como un producto de lujo en los intercambios de regalos que facilitaban pactos entre élites residentes en puntos distantes (figura 11).

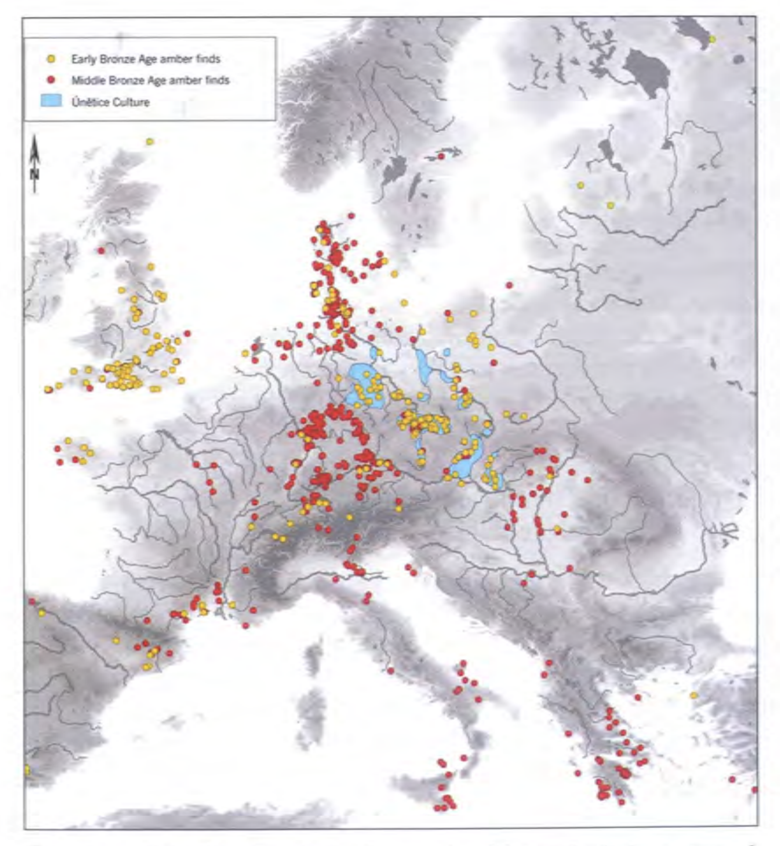


Figura 11. Distribución de hallazgos de objetos de ámbar entre el Bronce Inicial y el Bronce Final en Europa.

Sin embargo, otros productos pudieron también comerciarse como pieles y cueros, o también esclavas jóvenes rubias, como posteriormente hicieron los vikingos, hacia territorios más lejanos como Centroeuropa, sur de Francia o la península ibérica. Esto también sucedía en la sociedad micénica mediterránea como señala Aquiles, "días de combate han transcurrido batiéndome con guerreros por las esposas de ellos" (Hom., *Il.*, IX, 326-327).

Durante el Bronce III, 1325-1150 a.C., se mantuvo el enterramiento bajo túmulos de tierra, algunos de grandes dimensiones, que suelen tener una cámara central de piedra. En una región del sur de Jutlandia se inventariaron más de 8.000 tumbas en túmulo.

Uno de los más interesantes es el de Kivik (Suecia), que algunos autores lo sitúan en el Bronce II, 1500-1325 a.C., a veces en su fase final, pero que también podría ser de inicios del Bronce III. Tiene un gran túmulo de 75 m de diámetro, y aunque fue saqueado en la antigüedad, hay una estela de piedra que tiene grabado un casco metálico piramidal de carácter ceremonial, que probablemente debía ser de oro como los que conocemos en Alemania. Otra estela tiene grabado un carro de guerra o parada de dos ruedas, que también aparecen en grabados rupestres de Frannarp (Suecia) y círculos con una cruz al interior que podrían representar al sol. Algunos carros de dos ruedas llevan una divinidad desnuda, con un casco de cuernos y en otras ocasiones, como sucede en Frannarp, las ruedas de los carros son de 4 radios, por lo que simultáneamente puede ser un elemento estelar convirtiéndolos en carros solares. Por otra parte, hay antropomorfos tocando grandes trompas o lures que tendrían un carácter ritual.

Otra tumba importante inicios del Bronce III, 1300-1200 a.C., es el túmulo de Skrydstrup (Dinamarca), de 13 m de diámetro, que presentaba en la zona central una cista de piedras con una mujer joven de 16 o 18 años, la cual portaba unos grandes pendientes de oro y el pelo recogido con una malla. Según los análisis de estroncio, la mujer no residía donde se le enterró, pudiendo haber llegado cuando tenía 13 o 14 años de edad, sugiriéndose que pudo venir de regiones vecinas como Suecia, Alemania, Bohemia o Francia, quizás por un acuerdo matrimonial siendo aún adolescente, aunque no habría que descartar otras regiones de Dinamarca (figura 12).

Entre otros hallazgos relevantes del Bronce III destacan algunos depósitos rituales como el de Simons Mose (Dinamarca), con 10 vasos de bronce, de los cuales dos son grandes para servir o mezclar la bebida y los pequeños están destinados a beber, quizás quienes participaron en el ritual de la deposición y escondrijo de estas piezas sellando una alianza o promesa. Esto mismo sucede con el depósito ritual de Mariesminde Mose (Funen, Dinamarca) del Bronce IV, con 11 vasos de oro dentro de un vaso de bronce.

A partir del Bronce IV, 1150-950 a.C., los enterramientos cambian a cremaciones, lo que los hace menos visibles, apuntando la existencia de transformaciones sociales. Por otra parte, las cabañas reducen a la mitad su tamaño,

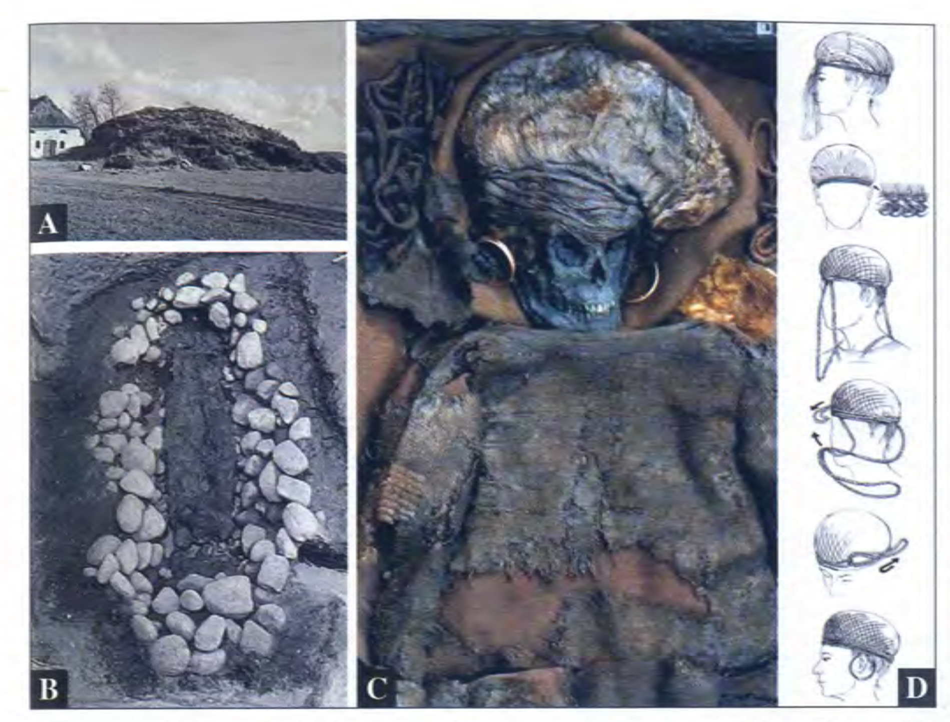


Figura 12 (A) Túmulo de Skrydstrup (Dinamarca) del Bronce III, 1300-1200 a.C. (B) Cista de piedra con la inhumación. (C y D). Mujer joven entre 16-18 años con grandes pendientes de oro y el pelo recogido con una malla.

con dimensiones entre 100 y 150 m², lo que sugiere que eran unidades unifamiliares, ya no familias extensas, las cuales quizás pasaron a depender de menos jefes que concentraron el poder. Se incrementó la desforestación que exigió el uso de madera de peor calidad para las cabañas y recurrir a la turba para calentarse por falta de arbustos, al potenciarse las zonas de pastos para el ganado y la tala de troncos para la construcción de grandes canoas. Otra estrategia fue colonizar regiones antes escasamente pobladas por el incremento demográfico que había obligado a reducir el tamaño de las granjas.

En cambio se incrementan los depósitos rituales, en ocasiones con piezas pares, a veces con armas, como sucede con los dos cascos metálicos de cuernos de Visko (Dinamarca), que dibujan un barco en la decoración del casco, al igual que unas cejas y ojos, o los dos escudos con escotadura en U de Sørup Mose (Dinamarca), si bien lo más frecuente son dos espadas. Cabría pensar si no se trata de una formulación ritual de una alianza, donde cada guerrero sacrifica y deposita una pieza propia de su armamento, sellando la nueva alianza. Otros investigadores piensan que están relacionados con ofrendas a unas divinidades, los gemelos divinos.

En otras ocasiones son depositados instrumentos musicales rituales como los 6 lures o trompas de bronce localizados en Brudevaelte Mose (Dinamarca), lo que sugiere un grupo de músicos que han podido participar en una celebración especial, instrumentos que aparecen también en depósitos del sur de Suecia y el norte de Alemania.

También encontramos vasos metálicos para beber, como es el caso de Midskov (Dinamarca) con 7 copas de oro, que a veces aparecen dentro de una sítula para mezclar o servir, a modo de crátera, como sucede en Mariesminde Mose (Dinamarca) con 11 vasos de oro dentro de una sítula de bronce. Los vasos tienen un asa con un *prótomo* o cabeza de caballo, mientras en la sítula se representan barcos con cabezas de aves en la proa y la popa que transportan en el centro un círculo con una cruz en el centro, el cual debe representar un elemento solar, lo que sugiere que se trata de barcos solares. Patos y cisnes tienen una capacidad de moverse en tres elementos, el celeste volando, el acuático flotando, y finalmente el subacuático, introduciéndose bajo el agua, en este último caso más claro en los patos que los cisnes, pues sólo suelen introducir el cuello, lo que podría explicar su uso simbólico (figura 13).

En la mitología nórdica, durante el Bronce Final, el sol tendría un ciclo solar parecido al egipcio. La divinidad solar se movería durante el día en un carro solar tirado por caballos, y en cambio, durante la noche, sería transportado por un barco con cabezas de cisne en proa y popa, proponiéndose que tendrían especial importancia durante el amanecer y la puesta del sol, al poder volar los cisnes por el día y nadar por la noche.

En el Bronce IV se van a generalizar las navajas de afeitar, indicativo que pierden importancia las barbas en el cuidado personal del guerrero, y a veces tienen un asa con forma prótomo de caballo, e incluso dos, pero lo normal es que tengan una decoración de barca solar que suele figurar en el centro del barco.

Finalmente, durante el Bronce V, 950-700 a.C., se generalizaron dos tipos de tumbas, los túmulos con cremaciones en su interior, caso de Lusehøj (Dinamarca), donde el túmulo se levantó en el lugar de la pira funeraria, construyendo primero una valla perimetral de cañizo en el centro. El ajuar fue quemado con el cuerpo, e incluía fragmentos de un carro ritual, una espada o piezas de ámbar y oro. Había otra tumba secundaria dentro de un recipiente metálico, envuelta en textiles con cierre con una tapadera de bronce, presentando un ajuar en oro y ámbar, un hacha y dos navajas de afeitar. En el caso de Lusehøj también destaca el elevado porcentaje de ganado bovino, vinculado a la presencia de grupos de élites que lo consumían, frente al predominio habitual de las ovejas en otros asentamientos.

Por otra parte, aparecen también tumbas con piedras hincadas con forma de barco y alineación solar hacia los solsticios como en Ales Stenar (Suecia), siendo especialmente frecuentes en la isla de Gotland, lo que refuerza el carácter marítimo de estas sociedades insulares bálticas.

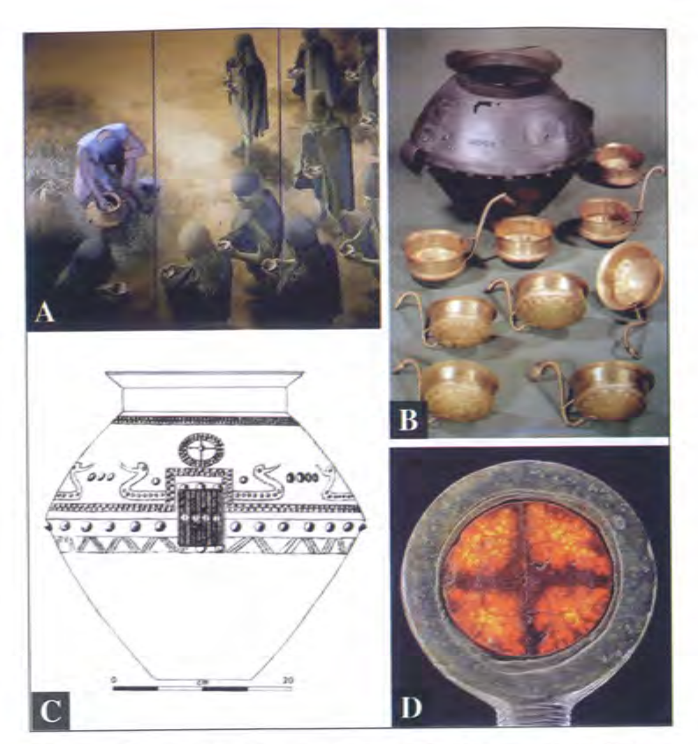


Figura 13. (A y B) Depósito ritual de Mariesminde Mose (Dinamarca) con 11 vasos de oro dentro de una sítula de bronce del Bronce IV, 1150-950 a.C. (C) Decoración en la sítula de un barco solar con dos ánades en la proa y la popa que transportan en el centro un círculo con un cruciforme solar. (D) Pieza de ámbar con cruciforme solar del Bronce IV en Dinamarca.

3. LAS SOCIEDADES CENTROEUROPEAS CON ENTERRAMIENTOS EN CAMPOS DE URNAS

A diferencia de otras regiones europeas, durante el Bronce D, 1325-1250 a.C., se debió producir un importante cambio ideológico en el sur de Alemania, Polonia, Austria, Bohemia, Eslovaquia y Hungría, cuando comenzó a reducirse el número de enterramientos en túmulos y avanzó la práctica de la cremación. Esta práctica existía en el Bajo Danubio, especialmente en la actual Hungría, durante el Bronce Inicial dentro de grupos como Nagyrév y Kisapostag y continuó durante el Bronce Medio en el grupo de Vatya, pero fue ganando adeptos progresivamente. Suponía la pérdida de la importancia del cuerpo humano, que dejó de inhumarse, simultáneamente al avance de una religión con una divinidad solar.

Estos nuevos enterramientos perdieron visibilidad, abandonando el túmulo por una tumba plana y hacen presuponer un acceso más generalizado a la otra vida porque se multiplican las tumbas, antes restringidas a una minoría. Entre las nuevas opciones aparecen tumbas en forma de pira o con los huesos cremados depositados en una fosa, que irán dejando paso a la generalización de depositar los huesos incinerados dentro de una urna, que fue mayoritaria a partir de Hallstatt A1, 1250-1150 a.C. (figura 14).

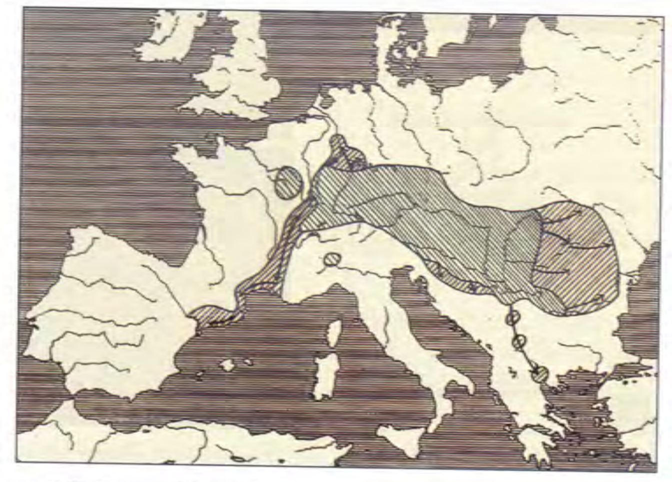


Figura 14. Expansión de las cremaciones dentro de urnas durante Hallstatt A1, 1250-1150 a.C. hacia los Cárpatos y el valle del Ródano en Francia (Falkenstein, 1997).

Otro de los rasgos más llamativos es la continuidad en el uso de los cementerios con urnas y dentro de ellos, por ejemplo en Volders (Tirol del Norte, Austria), se estuvo utilizando desde el Bronce D hasta Hallstatt B3, 1325-800 a.C. Las dimensiones de algunos cementerios son enormes, como Kietrz (Silesia, Polonia) con más de 3.000 tumbas, Moravicany (Moravia) que tenía 1.260 tumbas, todas menos una de cremación, u otro en Zuchering-Ost (Bavaria, Alemania) con casi 1.000 tumbas, grandes necrópolis a veces asociadas con poblados fortificados. Que el rito de la cremación no fue sistemáticamente seguido por toda la población y continuó a veces también la tradición previa de la inhumación, como se observa en el cementerio de Przeczyce (Silesia, Polonia) donde de 874 enterramientos, sólo 132 son cremaciones, mientras 727 mantuvieron la inhumación.

La importancia que tenía la llanura húngara en la producción de bronces, pues se abastecía de cobre y oro en los Cárpatos, distribuyendo sus producciones metálicas por intercambios, entrega de regalos o lazos matrimoniales

hacia Escandinavia, la zona nordalpina o el norte de Italia, debió favorecer la difusión de estas nuevas ideas religiosas, que en cualquier caso ya se practicaban en varias regiones mediterráneas o atlánticas.

Se trata de sociedades agropecuarias, que cultivaban principalmente la cebada entre los cereales, no sólo como alimento sino también para elaborar cerveza, y la avena para la cría de caballos. Por otra parte, se va generalizando el uso del mijo (*Panicum miliaceum*) que se adapta bien a los suelos de secano porque exige poco agua y tiene una fase de crecimiento corta hasta poder ser aprovechado. Igualmente se comenzó a plantar el centeno (*Secale cereale*), cuyo pan suele tener una miga más oscura y que también se utilizaba para elaborar cerveza. Entre las leguminosas destacan las habas (*Vicia faba*), que además fertilizaban los campos de cultivo con nitrógeno cuando se rotaban.

Si en las fases iniciales normalmente ocuparon las zonas de mejores suelos, a partir de Hallstatt B1-B3, 1050-800 a.C., como se ve en Silesia (Polonia), los poblados se extendieron a suelos de segunda o tercera categoría con menor productividad ante el crecimiento demográfico de la población. A la vez se incrementó la superficie dedicada a pastos, principalmente ovejas, pero también cerdos cerca de zonas forestales, mientras los bosques se mantenían en tierras marginales, con orografía abrupta o en zonas abandonadas por sobreexplotación agropecuaria

Para la siega de los cereales y facilitar la desforestación se multiplicó el uso de herramientas de bronce, con las primeras hoces de bronce, que suelen aparecer más frecuentemente en tumbas femeninas, mientras las hachas en las fases más avanzadas son de enmangue de cubo, que exigen menos metal al ser huecas, y cada región tiene tipos propios.

En el final de la Edad del Bronce, durante Hallstatt C, 800-650 a.C., destaca el poblado de Biskupin (Silesia, Polonia), construido en el invierno de 748-747 a.C., el cual presenta un centenar de viviendas adosadas en su interior, de 8x10 m, con un hogar central, que albergaban 10 o 12 personas cada una, divididas por 11 calles. El poblado estaba protegido por una empalizada de madera de 450 m, y señala la intensificación de los procesos de agregación de la población rural, que fueron abandonando las aldeas aisladas para poderse defender con más garantías.

El carácter militarista de estas sociedades de la llanura húngara queda bien reflejada desde una fase avanzada del Bronce D, 1325-1250 a.C., cuando encontramos guerreros con una panoplia metálica completa como cascos de bronce, escudos de bronce que presentan en su decoración una escotadura en U, como en Pilsen Jikalka (Bohemia), la coraza de bronce de la sepultura de Caka (Eslovaquia), lanzas flamígeras de Sajógömör (Eslovaquia) y en particular, la aparición en Hungría y el noreste de Italia de las espadas Naue IIA con filos rectos para tajar, una espada que se generalizará en buena parte de Europa durante Hallstatt A1, 1250-1150 a.C. (figura 15).

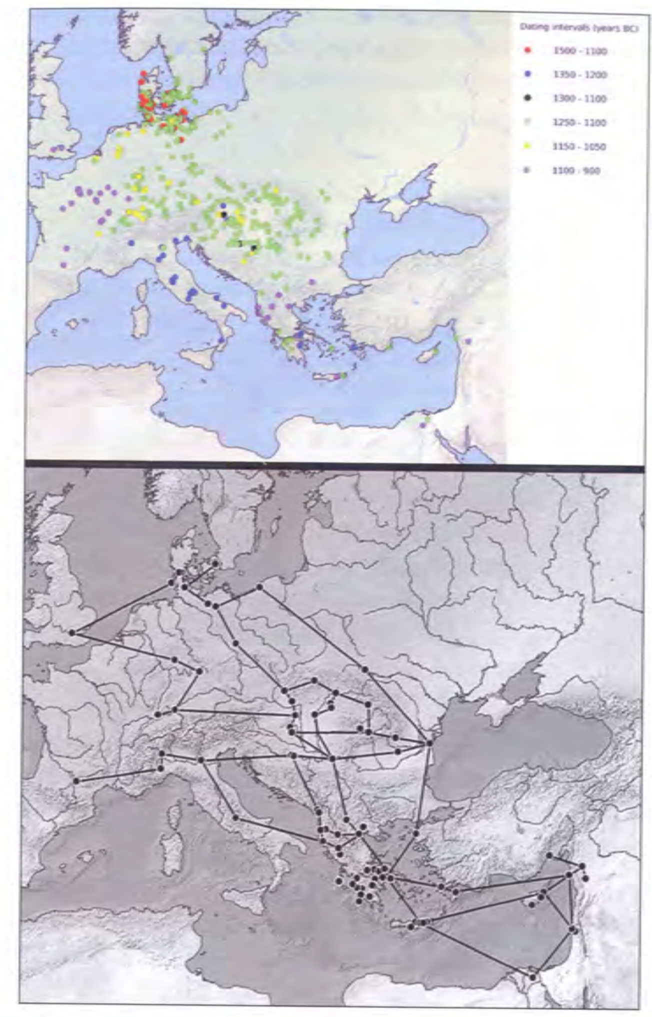


Figura 15. Distribución de las espadas Naue II en Escandinavia, Centroeuropa y el Mediterráneo central y oriental (Suchowska-Ducke, 2015 y 2018).

Estas espadas tienen una gran aceptación en Escandinavia durante el Bronce III, 1325-1150 a.C., Centroeuropa, norte y centro de Italia e incluso Grecia y Creta, con ejemplares más aislados en Chipre y el Levante, siendo localizada una en el pecio de Cabo Gelidonia (Turquía) del 1200 a.C. En cambio, tanto en la zona del Bronce atlántico, como en islas del Mediterráneo centro-occidental, como Sicilia, Cerdeña, Córcega o Baleares no aparecen.

En el depósito de Sajógömör (Eslovaquia) también encontramos fíbulas de "arco de violín", indicativo del uso de túnicas de lana desde el Bronce D,

1325-1250 a.C. Estos guerreros de la élite, aunque acaban optando también por la cremación, siguen recurriendo a su deposición dentro de un gran túmulo como el de Ockov (Eslovaquia) con 6 m de altura, un muro perimetral de piedra del túmulo de 25 m de diámetro y una cámara funeraria de 5x4 m donde previamente se había realizado una pira con el cuerpo durante Hallstatt A1, 1250-1150 a.C., que también presenta vasos metálicos de bronce y objetos de oro en su ajuar (figura 16).

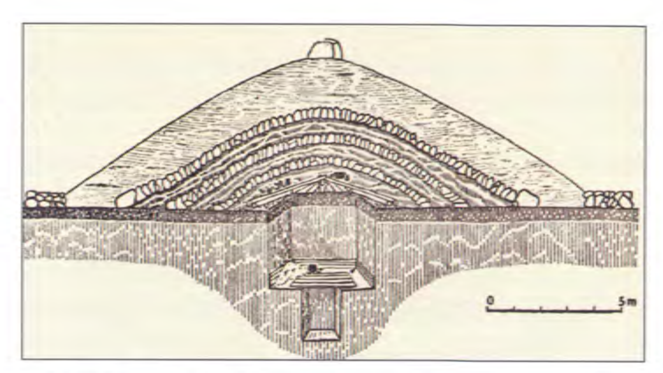


Figura 16. Túmulo de Ockov (Eslovaquia) con cámara funeraria, Hallstatt A1, 1250-1150 a.C. (Gimbutas, 1974).

No obstante, quizás las piezas más relevantes son los carros funerarios cultuales que presentan un caldero metálico, dentro del cual se depositaba una cremación, sítula que disponía de ruedas, como sucede en Milavce (Bohemia), depositada dentro de un túmulo. Otro ejemplo es el caldero de Acholshausen (Baviera, Alemania), que contenía un enterramiento masculino, presentando ambos ruedas de bronce macizas con 4 radios, que pueden representar un elemento solar. El carro de Acholshausen también cuenta con cabezas de cuatro ánades o cisnes.

Durante Hallstatt B1-B3, 1050-1010 a.C., el peso de la religión solar se debió incrementar como muestra el depósito de Hajduboszormeny (Hungría), HaB1 1050-1010 AC, con un sítula de bronce para mezclar el vino que está decorada con barcos solares los cuales tienen cabezas de cisne en la proa y popa y enmarcan un elemento solar central, además apareció una copa para beber. Estas sítulas húngaras circulan hasta el norte de Alemania y Dinamarca durante el Bronce IV, 1150-950 a.C.

Este depósito húngaro ya muestra la evolución de la panoplia guerrera con casco con punta redondeada y espadas de puño macizo con pomo en forma de disco, que irían acompañados por escudos con escotadura en U como los de Herzsprung (Alemania) y grebas metálicas para proteger las piernas como las de Rinyaszentkirály (Hungría) que tienen decoración de ánades acuáticos.

Estas nuevas prácticas funerarias de los grupos de campos de urnas se van a ir expandiendo desde Hallstatt A1, 1250-1150 a.C. hacia el valle del Rin en el sur y oeste de Alemania, Suiza y los Alpes italianos, que después se irán proyectando al centro-este de Francia, en las zonas antes ocupadas por los grupos que enterraban en túmulos, pero sin penetrar en las zonas litorales de los grupos atlánticos franceses. En cambio, aprovecharán el valle del Ródano para introducir la cremación dentro de urnas en el Languedoc y la Provenza.

En esta fase un buen ejemplo de poblado es el de Bad Buchau (Baden-Württemberg, Alemania) en el lago Federsee, correspondiente a Hallstatt A2, 1150-1050 a.C., con 39 viviendas cuadrangulares independientes de 4x4 m, presentando techos a dos aguas, de las cuales sólo una de ellas tiene 2 habitaciones, siendo la segunda una especie de porche. Se emplazaba dentro de una isla del lago mientras una empalizada de madera la protegía de posibles ataques externos. Este tipo de hábitat con fortificación de madera se distribuye con cierta regularidad cada 15 km.

Sin embargo, en las fases siguientes en Bad Buchau durante Hallstatt B1 1050-1010 AC y HaB2 1010-950 a.C., después de un abandono previo por el ascenso del nivel de las aguas, se produce una marcada reducción del número de viviendas a sólo 9 grandes viviendas con dos alas laterales formando una planta en U con pequeño patio abierto, hasta que el poblado fue destruido por un incendio. Este cambio en la planta de las viviendas, su aumento de tamaño y menor número de cabañas sugiere cambios en la organización social hacia familias extensas (figura 17).

Poblados abiertos, sin aparente presencia de murallas, se han descubierto en Unterhaching (Baviera, Alemania) con 80 cabañas rectangulares sobre una superficie de 15 ha, o en Zedau (Sachsen-Anhalt, Alemania) con 78 estructuras, de las cuales 28 parecen ser pequeñas cabañas entre 24 y 36 m^2, mientras otras 46 estructuras excavadas en el suelo con cuatro postes en los lados podrían corresponder a estructuras de almacenaje.

Los enterramientos en urnas durante Hallstatt A1 y A2 1250-1050 a.C. van a presentar entre sus ajuares espadas de mango macizo indicativos de una élite guerrera, siendo las primeras en aparecer las de tipo Rixheim ya desde el Bronce D. En este tipo de tumbas con espadas, casi un 40% poseen enterramientos dobles de un hombre y una mujer, explicable bien por la deposición posterior de la mujer o por el sacrificio de ésta si el marido tenía derecho de vida o muerte y debía acompañarlo a la otra vida.

Otras piezas relevantes en los ajuares son las copas metálicas, fíbulas de violín con arco aplanado que indican el uso de túnicas de lana, mientras las mujeres suelen portar alfileres. Por otra parte, comienzan a aparecer las decoraciones acanaladas verticales en las urnas funerarias, las cuales durante Hallstatt A2 1150-1050 a.C. adquieren un perfil bicónico marcado y durante Hallstatt B1 1050-1010 a.C. presentan decoración acanalada horizontal.

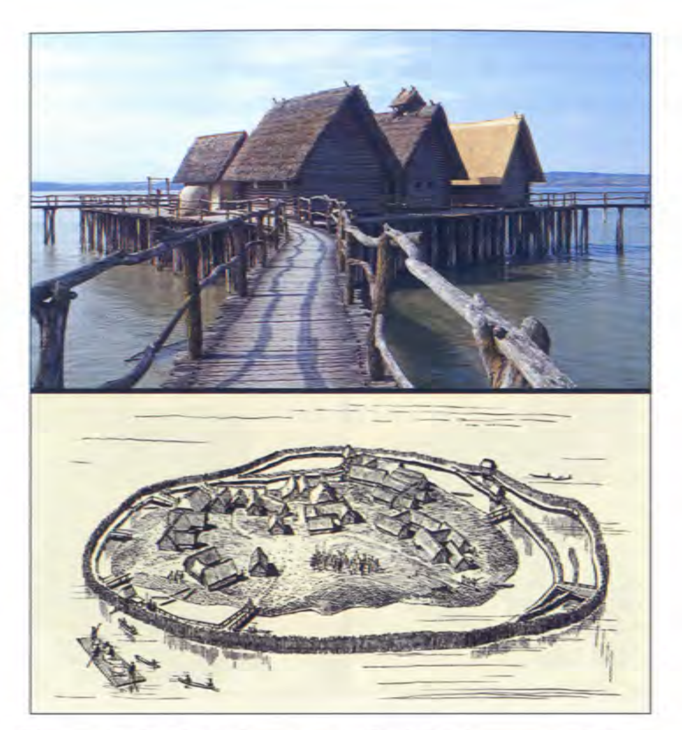


Figura 17. Poblado lacustre de Bad Buchau protegido por una empalizada de madera, Hallstatt B1-B2 1050-950 a.C. (Reinerth, 1928) y reconstrucción actual.

Las tumbas de Wollmesheim (Renania-Palatinado, Alemania) de Hallstatt A2 ya muestran las nuevas espadas pistiliformes para dar tajos con los dos filos, mientras se incorporan puntas de flecha con un gancho o anzuelo para dificultar su extracción una vez clavadas, que implican mayor importancia de los arqueros durante los combates. Otros elementos en el ajuar de las tumbas masculinas son navajas, torques y alfileres para la ropa, mientras las mujeres suelen llevar dos alfileres de cabeza globular o cónica y brazaletes en los brazos y antebrazos, algunos espiraliformes.

En contextos rituales de depósitos relacionados también con el Bronce IV nórdico, coetáneo a Hallstatt A2, en Dobritz-Dresden (Alta Sajonia, Alemania) apareció una sítula metálica acompañado por 15 copas de oro de los tipos Friedrichsruhe y Fuchsstadt para beber del contenido del recipiente donde se mezclaría la bebida. Estas copas de tipo Fuchsstadt continuarán también durante Hallstatt B1, 1050-1010 a.C. y se intercambiaron hasta Dinamarca.

Cabe presumir la presencia de unas élites militares encabezados por individuos que portaban corazas y escudos, acompañados por guerreros bien preparados que combatían con lanza o espada pistiliforme y una infantería de granjeros

que utilizaban arcos o lanzas. Las grandes galerías dentro las minas de cobre austriacas o la presencia de restos humanos en fosos en algunos poblados de grupo de Knoviz en Bohemia, sugieren que había también esclavos (figura 18).



Figura 18. Armas de un miembro de la élite de los campos de urnas occidentales del Bronce Final IIB-IIIA (Kristiansen, 1998).

A partir de Hallstatt B1, 1050-1010 a.C., hasta Ha B3 950-800 a.C., se produjo la desaparición ritual de las espadas en los ajuares de los Campos de Urnas, que a partir de ahora fueron depositadas en los ríos, indicativo que la tumba siguió perdiendo importancia. También ha sido interpretado como que la transmisión de la propiedad ya no sólo fue al hijo mayor primogénito sino que se amplió a todos los hijos, lo que implica menor deposición de ajuares para repartir la riqueza entre hermanos. Por otra parte, hay una ausencia de enterramientos seguros de Hallstatt B2, 1010-950 a.C., con posibles incineraciones depositadas en los ríos o lagos, o directamente en tierra sin contenedor cerámico.

En cambio, continuaron los depósitos rituales como la sítula de bronce de Unterglauehim (Alemania), con 2 cuencos de bronce grandes y 2 copas pequeñas de oro, durante Hallstatt B1, 1050-1010 a.C.

Un cambio más marcado se produjo durante Hallstatt B2, 1010-950 a.C., con la aparición en las deposiciones rituales de las nuevas espadas de antena y de tipo Moringen que circulan entre el norte de Italia, donde se desarrollan grupos como Este o Etruria, Centroeuropa y llegan hasta Dinamarca, mientras aparecen también los puñales de antenas, las hachas de cubo o las fíbulas de anteojos y de arpa.

4. EL BRONCE ATLÁNTICO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

El Bronce Final II supone el apogeo del área atlántica en la península ibérica, vinculado con el incremento de la explotación del estaño aluvial, la casiterita. Se divide en un Bronce Final IIA, 1325-1225 a.C., con espadas Monza, Rosnoën y Rixheim y el Bronce Final IIB, 1225-1150 a.C., con las primeras espadas pistiliformes. Otros autores consideran que el Bronce Final I comienza algo más tarde, a partir del 1260 a.C. y el Bronce Final II desde el 1200 a.C.

Los poblados en altura fortificados en el sur de Galicia, Minho, Trás-os-Montes y Alto Douro se extienden por los cauces de los ríos Vouga, Duero, Miño y alcanzan hasta las Rías Baixas con la desembocadura del río Ulla en la ría de Arousa, lo que sugiere un control de las rutas de comunicación terrestres y fluviales y su salida al Atlántico. Estos castros de Pontevedra, donde también se concentran los grabados rupestres en Galicia, controlaban el acceso a las minas de estaño más cercanas al mar. Las cronologías más antiguas proceden de la Citánia de São Julião (Braga, Minho) a partir del siglo XIII a.C.

Los yacimientos del grupo Baiões se extienden durante el Bronce Final IIC, 1150-1050 a.C., asignable a la fase Hío con espadas pistiliformes, y continúan en el Bronce Final IIIA, 1050-950/925 a.C., si bien algunos poblados como Monte do Trigo parecen presentar ocupación clara al menos desde la fase anterior en la segunda mitad del siglo XIII AC.

Se trata de asentamientos pequeños situados en emplazamientos de serranía, siendo los más importantes Santa Luzia (Viseu, Beira Alta) y Nossa Senhora da Guía, Baiões (Viseu, Beira Alta) con 1,71 ha, Outeiro dos Castelos de Beijós (Viseu, Beira Alta) con 1,12 ha o Cabeço do Crasto de Sao Romão (Guarda, Beira Alta) con 0,44 ha. En algunos casos son muy pequeños, como Monte do Trigo (Castelo Branco, Beira Baixa), de 0,06 ha, que destaca porque está amurallado, mientras Monte do Frade (Castelo Branco, Beira Baixa), apenas tiene dos estructuras de habitación en lo alto de una elevación. La abundancia del material metálico localizado ellos, a pesar de sus escasas dimensiones, pone en evidencia que algunos de los objetos representados en las estelas decoradas tenían una distribución más frecuente de lo que a veces se ha pensado.

Del estudio faunístico de tres de ellos, Alegrios, Moreirinha y Monte do Frade, se observa un predominio de la ganadería de cápridos, con presencia de bóvidos y cerdos, estando ausentes óvidos y caballos.

El yacimiento más conocido es Nossa Senhora da Guía, Baiões, donde se recuperó un depósito de metal y junto con otros artefactos metálicos recuperados totalizan 17,86 kg. Puede dividirse por su funcionalidad en distintas actividades. Las piezas menos llamativas, pero más indicativas de la presencia de un taller metalúrgico, son un molde bivalvo de hacha de talón de cara plana y 1 anilla, 1 hacha de dicho molde, 9 hachas de talón y dos anillas, 8 hoces metálicas con enmangue tubular y 1 escoplo o gubia bimetálica de bronce y hierro (figura 19).

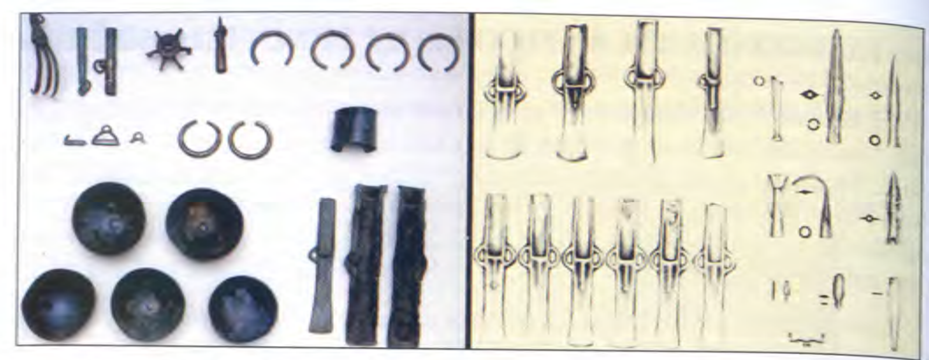


Figura 19. Depósito metálico con brazaletes, cuencos, hachas, lanzas y gancho de carne del castro de Nossa Senhora da Guía, Baiões (Viseu, Portugal), Bronce Final IIC, 1100-1050 a.C. (Silva, 1986).

Un segundo grupo de piezas tienen una funcionalidad militar e incluyen 3 puntas de lanza, fragmentos de moldes de arcilla de puntas de lanza, numerosos aros dobles y simples, que podrían ser bien arneses de caballo o bien pasariendas para un carro, y un posible *stimulus* para aguijonear a los caballos.

Un tercer grupo lo forman piezas que se utilizarían en un ceremonial de banquete, pero también podrían ser utilizadas en rituales en un santuario, que incluyen 3 incensarios con soporte de ruedas, 6 cuencos metálicos semiesféricos, un *regivasi* o soporte para colgar vasos, fragmentos de un caldero metálico y un asa de caldero metálico, un gancho de carne, restos de uno o varios asadores articulados y un cuchillo de hierro con enmangue de bronce que se usaban en los sacrificios. En estas celebraciones rituales les acompañaría la música de un *chalkophón* o calcofón si se les atribuye esta función a unos pasadores con perforaciones (figura 20).

Otras piezas significativas son objetos de adorno, vestimenta y cuidado del cuerpo como pueden ser la presencia de 2 navajas de afeitar o *tranchets*, al menos 3 fíbulas de codo y bucle o arco multicurvilíneo, 3 cuentas de ámbar, 2 brazaletes anchos para los antebrazos con decoración de triángulos rellenos de líneas, similar a la de uno de los cuencos metálicos, 7 brazaletes circulares macizos de bronce, 2 de ellos decorados y 2 brazaletes y 1 torque de oro macizos.

Figura 20. Elementos metálicos del banquete en la península ibérica, calderos, cuencos, ganchos de carne y asadores articulados (Mederos y Harrison, 1996).

Finalmente, importantes para el desarrollo de transacciones comerciales es la presencia de dos posibles pesos metálicos, uno bitroncocónico de 9,1 gr de peso y otro esférico de 6,2 gr.

Durante esta fase, en algunos yacimientos del grupo Baiões se practicaba ya la incineración según la necrópolis de Paranho (Viseu, Beira Alta), *ca*. 1100-1075 a.C.

No se conoce bien el Bronce Final II en el bajo Tajo y en el Suroeste portugués. Es a partir del Bronce Final IIIA, 1050-950 a.C., contemporáneo al momento final del uso de las estelas del Suroeste, cuando disponemos de más información. Por un lado existen poblados fortificados claramente asignables a esta fase como Ratinhos (Baixo Alentejo), con 3 o 4 líneas de murallas en talud con foso y una superficie de 4,5 ha o Passo Alto con la característica cerámica con retícula bruñida externa. Estos poblados en altura coexisten con otros en llano que tenían estructuras excavadas en el suelo, caso de Casarão da Mesquida, alguna de las cuales también presentaban inhumaciones en fosas.

Por otra parte, estos grupos también practican la cremación como sucede con tumbas de Souto o Monte de São Domingos, a la vez que inhumaciones como la tumba 2 de Roça do Casal do Meio.

En esta fase la cerámica con decoración bruñida al exterior es la más característica, identificada en la cueva de Lapa do Fumo (Sesimbra, Setúbal), cerámica que se distribuye principalmente por la Extremadura portuguesa, el sur de Beira Litoral y el Alentejo, mientras otro grupo se sitúa en el valle medio-bajo del río Tajo, donde destaca el poblado como Alto do Castelo de Alpiarça (Santarem, Ribatejo) de 5 ha que cuenta con una necrópolis de cremación en Tachoal de Patudos.

Ya en el entorno de la desembocadura del río Guadiana, la actual ciudad de Huelva fue un gran asentamiento portuario que llegó a alcanzar en el Bronce Final IIIA, 1050-950 a.C., entre 25-35 ha, el cual se encuentra a sólo 45 km del gran complejo minero de Riotinto, por ser el río Tinto navegable 28 km hasta Niebla. Huelva debió actuar como centro redistribuidor tanto del estaño atlántico como del cobre y la plata onubense hacia el Mediterráneo.

Aunque aún no se ha localizado un estrato intacto del Bronce Final II en Huelva, sí hay cerámicas puntuales de esta fase y alguna importación del Levante, destacando en el Bronce Final IIIA la presencia de copas con carena alta y decoración bruñida de motivos solares al interior (figura 21).

No obstante, la información más valiosa procede del posible pecio de la ría de Huelva o estuario del río Odiel, hallado durante el dragado del puerto en 1923, que incluía un cargamento de metales con *ca*. 397 piezas, desglosables en 78 espadas, 90 puntas de lanza, 62 regatones, 29 puñales, 17 puntas de flecha, etc. Ha sido considerado los restos de un barco hundido en la ría de Huelva hacia el 950 a.C., aunque también ha sido interpretado como el resultado de una

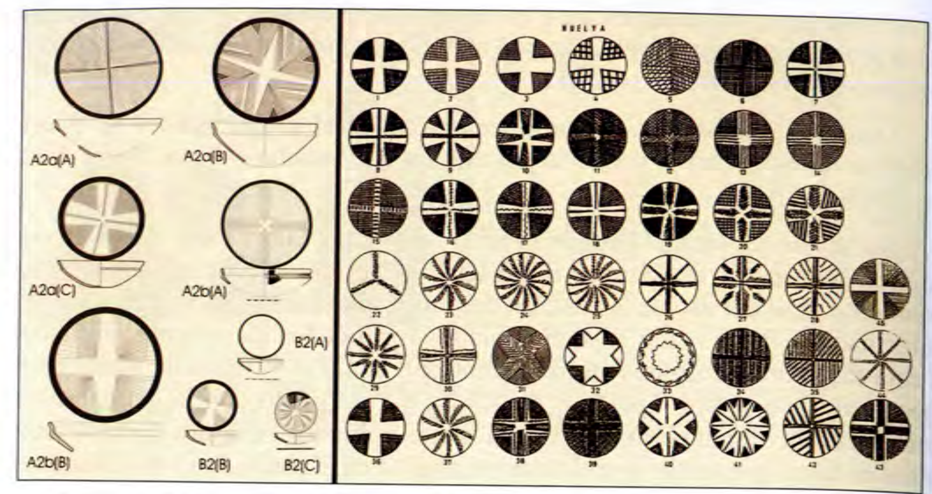


Figura 21. Copas con carena alta y decoración bruñida interna de Huelva con posible carácter solar, Bronce Final IIIA (Gómez Toscano, 2008; Ruiz Mata, 1995).



Figura 22. Espadas, lanzas, puñal y fíbula del posible pecio de Huelva del Bronce Final IIIA, 975-925 a.C.

serie continuada de depósitos rituales de ofrendas a las aguas, destacando la abundancia de espadas de lengua de carpa tipo Huelva, más antiguas que las espadas tipo Vénat, y además con dos lanzas tipo Vénat, que ya marcan el inicio del Bronce Final IIIB (figura 22).

Desde el punto de vista de la organización social, la información más valiosa la aportan las estelas decoradas del suroeste, que conocemos desde el descubrimiento de la estela de Solana de Cabañas (Cáceres) en 1898. Su número y distribución ha seguido ampliándose hasta suponer unos 150 ejemplares en la actualidad. Inicialmente se definieron cuatro zonas, la Sierra de Gata al Norte del río Tajo; el valle medio del Tajo; el valle medio del Guadiana y Zújar y el valle del Guadalquivir, aunque se han expandido por el noroeste por las Beiras alcanzando hasta Sabugal (Guarda) en la frontera casi con Salamanca u Orense (Galicia) (figura 23).

Las estelas decoradas del suroeste de la península ibérica debieron cumplir tres funciones, indicativa de una tumba, residencia del alma y conmemorativa del guerrero fallecido.

La iconografía de las estelas del Suroeste es coherente, siendo particularmente rígida en la fase inicial, pues la punta de la lanza como la empuñadura de la espada están orientadas hacia la abertura externa de la decoración en V del escudo. Un segundo aspecto es que la escotadura externa en V del escudo siempre se orienta hacia el lado derecho o izquierdo, pero nunca está en posición hacia arriba o hacia abajo. Su presencia desde la Beira Alta hasta Córdoba implica una elevada interacción suprarregional.

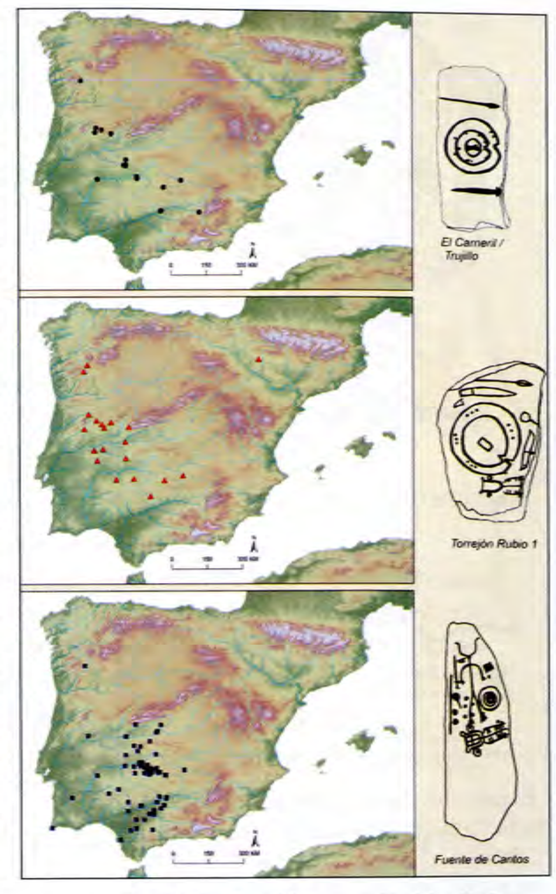


Figura 23. Distribución y evolución de las estelas del Suroeste de la península ibérica, Bronce Final IIA-IIIA, 1300-950 a.C. (Díaz-Guardamino *et al.*, 2019).

En una secuencia cronológica de las estelas, podemos diferenciar un mínimo de 6 variantes que se suceden entre el Bronce Final IIA-IIIA, 1300-950 a.C.: 1) Estelas con lanza, escudo central con escotadura en V externa y espada; 2) Estelas con lanza, escudo central con escotadura en V externa, espada, casco y espejo, que ya implican las primeras importaciones en los espejos de bronce, como sucede en Baracal II porque presenta dos engrosamientos circulares en el mango; 3) Estelas con escudo central con escotadura en V externa y remaches en su interior, guerrero en posición lateral o inferior con espada pistiliforme cerca de la mano, apareciendo ya los carros y las fíbulas con puente asimétrico; 4) Estelas con escudo en V, guerrero con espada al cinto, y pérdida de parte del valor simbólico de la espada; 5) Estelas con escudo en V, guerrero central con espada en cinto, y casco de cuernos; y 6) Estelas con escudo sin escotadura en V, guerrero en posición central y carro con conductor. En las primeras fases, el elemento cronológico más preciso es la presencia de escudos con escotadura en V, mientras la espada va perdiendo parte de su importancia ritual, al incorporarse al cinto, ganando protagonismo la figura antropomorfa. Otros autores en cambio ven las estelas tripartitas con sólo lanza, escudo y espada como de menor rango social, mientras la que tienen más elementos las atribuyen a individuos superiores entre las élites.

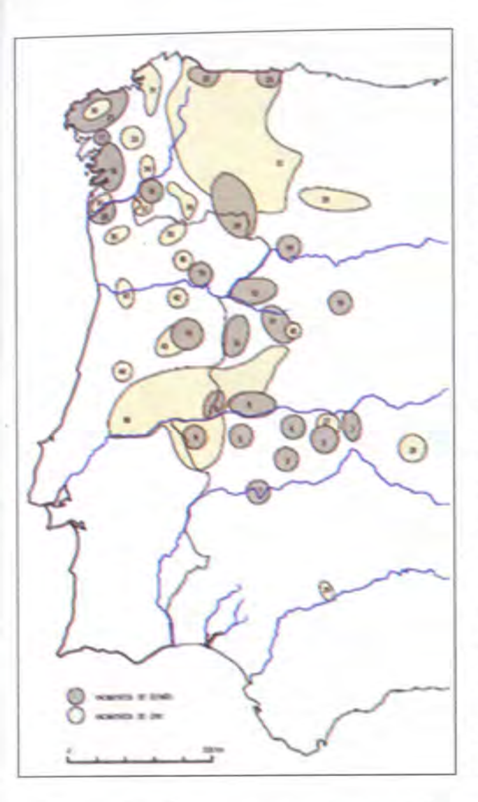


Figura 24. Áreas con estaño aluvial en la fachada atlántica de la península ibérica, que coinciden con el área originaria de las estelas del Suroeste (Pellicer, 2000).

Las estelas representan principalmente armas como cascos, corazas, escudos, lanzas, espadas, arcos y carros. Objetos para el acicalado personal como espejos, peines, pinzas y navajas de afeitar. Fíbulas de bronce para el vestido, y posibles ponderales. Simultáneamente existen estelas antropomorfas de figuras femeninas donde se representan peinados barrocos con diademas o lúnulas, acompañadas a veces por cinturones.

En general existen dos tendencias para fecharlas, quienes las sitúan en el Bronce Final II y III, siendo indicadores la presencia de espadas Rosnöen con un enmangue con cuatro clavos del Bronce Final IIA, espadas pistiliformes con ensanche en el tercio inferior del Bronce Final IIB-IIC y las espada de filos paralelos y lengua de carpa del Bronce Final IIIA, que es la opción más aceptada, aunque en ocasiones resulte difícil su interpretación por el esquematismo del dibujo, y los que las sitúan entre el Bronce Final III y el Hierro tartésico y fenicio, para quienes la presencia de carros, espejos, peines, navajas de afeitar, liras o ponderales sería resultado de los contactos con las colonias fenicias en la península ibérica.

Los grupos que levantaron las estelas controlaban las minas de estaño que comienzan en las Beiras, Cáceres, valle del Zújar y Córdoba con orientación NW-SE en las mineralizaciones, que es la razón que explica la propia distribución de las estelas decoradas con similar dirección NW-SE (figura 24).

BIBLIOGRAFÍA

BRANDHERM, D. (2007): *Las espadas del Bronce Final de la Península Ibérica y Baleares*. Prähistorische Bronzefunde, IV (16). Franz Steiner. Stuttgart.

BRANDHERM, D. y MOSKAL del HOYO, M. (2014): "Both sides now: the Carp's-Tongue complex revisited". *The Antiquaries Journal*, 94: 1-47.

BURGESS, C. (2012): "Alignments: revising the Atlantic Late Bronze Age sequence". *The Archaeological Journal*, 169 (1): 127-158.

COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Publications du Centre Pierre Paris 11-Collection de la Maison des Pays Ibériques 20. De Boccard. Paris.

DÍAZ-GUARDAMINO URIBE, M. (2010): *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense. Madrid.

HARDING, A.F. (2000/2003): *Sociedades europeas en la Edad del Bronce*. Ariel. Barcelona.

HARRISON, R.J. (2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*. Western Academic & Specialist Press. Bristol.

KRISTIANSEN, K. (1998/2001): *Europa antes de la Historia*. Península. Barcelona.

KRISTIANSEN, K. (2010): "Decentralized Complexity: The Case of Bronze Age Northern Europe". En T.D. Price y G.M. Feinman (eds.): *Pathways to Power. New Perspectives on the Emergence of Social Inequality*. Fundamental Issues in Archaeology. Springer. New York: 169-192.

KRISTIANSEN, K. y SUCHOWSKA-DUCKE, P. (2015): "Connected Histories: the Dynamics of Bronze Age Interaction and Trade 1500-1100 BC". *Proceedings of the Prehistoric Society*, 81: 361-392.

LING, J.; EARLE, T. y KRISTIANSEN, K. (2018): "Maritime Mode of Production Raiding and Trading in Seafaring Chiefdoms". *Current Anthropology*, 59 (5): 488-524.

MATTHEWS, S. (2017): "At World's End: The Channel Bronze Age and the emergence and limits of the Atlantic complex". En A. Lehoërff y M. Talon (eds.): *Movement, Exchange and Identity in Europe in the 2nd and 1st Millennia BC: Beyond Frontiers*. Oxbow Books. Oxford-Philadelphia: 49-62.

MEDEROS MARTÍN, A. (2008): "El Bronce Final". En F. Gracia (ed.): *De Iberia a Hispania*. Ariel Prehistoria. Madrid-Barcelona: 19-91.

MEDEROS MARTÍN, A. (2012): "El origen de las estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica en el Bronce Final II (1325-1150 a.C.)". En J. Jiménez Ávila (ed.): *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final* (Mérida, 2008). Anejos de Archivo Español de Arqueología, 42. Instituto de Arqueología de Mérida del CSIC. Badajoz: 417-454.

MEDEROS, A. y HARRISON, R.J. (1996): "Patronazgo y Clientela. Honor, Guerra y Festines en las Relaciones Sociales de Dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica". *Pyrenae*, 27: 31-52.

MILCENT, P.-Y. (2012): *Les temps des élites en Gaulle atlantique. Chronologie des mobiliers et rythmes de constitution des dépôts métalliques dans le contexte européen (XIII^e–VII^e s. av. J.-C.)*. PUR. Rennes.

MILCENT, P.-Y. (2015): "Bronze objects for Atlantic Elites in France (13th-8th century BC)". En H. Fraser y I. Ralston (eds.): *Scotland in Later Prehistoric Europe*. Society of Antiquaries of Scotland, Edinburgh: 19-46.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, Mª L. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica. Barcelona.

SPERBER, L. (1987): *Untersuchungen zur Chronologie der Urnenfelderkultur im nördlichen Alpenvorland von der Schweiz bis Oberösterreich. Habelt. Bonn.*

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. El depósito de la ría de Huelva contiene:
   a) Ofrendas de animales.
   b) Objetos metálicos, sobre todo armas.
   c) Piezas de orfebrería.
2. El túmulo de Skrydstrup fue hallado en:
   a) Suecia.
   b) Francia.
   c) Dinamarca.
3. Ewart Park es la última fase del Bronce Final:
   a) Inglés.
   b) Húngaro.
   c) Alemán.
4. La Cultura de los Campos de Urnas se caracteriza por sus enterramientos:
   a) De inhumación en cistas.
   b) De incineración en urnas.
   c) De inhumación e incineración en dólmenes.
5. El Horizonte de las espadas de lengua de carpa del Bronce Final III se localiza en:
   a) Península ibérica.
   b) Francia.
   c) Bohemia.

Tema 12

LA EUROPA MEDITERRÁNEA AL FINAL DEL BRONCE Y LAS COLONIZACIONES FENICIA Y GRIEGA

Alfredo Mederos Martín

1. INTRODUCCIÓN

La etapa central del siglo XIII a.C. fue un periodo próspero porque después de la anexión de Mitanni por Asiria, el rey hitita Hattushili III, 1267-1237 a.C., optó por una política de alianzas para defenderse de Asiria, primero con el rey de Babilonia y después con Ramsés II, sellada con la boda de su hija con el faraón y hermana del futuro rey de Hatti, Tudhaliya IV (1237-1228 a.C.), que permitió un periodo de paz en el litoral del Mediterráneo oriental durante buena parte del reinado de Ramsés II, 1279-1213 a.C. La anexión de Chipre por Tudhaliya IV pudo tener implicaciones significativas porque debió incrementar los impuestos y obligó a los mercaderes chipriotas a aumentar su actividad mercantil hacia el Egeo, Mediterráneo central y occidental.

2. EL BRONCE FINAL EN ITALIA, SICILIA, MALTA Y CERDEÑA

En el Adriático, los hallazgos de cerámicas micénicas del Heládico Final IIIB, 1325-1185 a.C., o Bronce Reciente en Italia, tienen por primera vez una distribución continuada a lo largo de la costa, a modo de escalas en la navegación, desde Otranto, Oria, Capo Colonna, Coppa Nevigata, Grotta Manaccora hasta llegar hasta Treazzano di Monsampolo en las Marcas, mientras transportaban de regreso bronces de los Alpes y ámbar danés hacia Grecia (figura 1).

El mar Jónico marca también la ruta hacia Occidente, a través de una línea continua de poblados costeros, a menudo fortificados, entre 10 y 20 ha, Punta Meliso, Scalo di Furno, Torre Castelluccia, Porto Perone, Porto Saturo, Scoglio del Tonno, Cozzo Marziotta, Termitito, Broglio di Trebisacce y Torre del Mordillo, siendo el puerto principal Scoglio del Tonno (Apulia) con cerámicas micénicas, normalmente importadas, minoicas y alguna chipriota traída por marinos egeos. Este puerto, con una laguna inmediata, estaba fortificado y había cabañas rectangulares y ovales.

En el Tirreno la ruta de navegación se bifurcaba, algunos barcos seguían hacia la bahía de Nápoles y el Lacio, pero el trayecto principal se dirigía hacia Cerdeña, en particular hacia el golfo de Cagliari y nuraghe Antigori. En esta fase comenzó el despegue de la producción metalúrgica en la isla, hasta entonces escasa, por la dificultad en la explotación de las fuentes locales, generalmente mineralizaciones de plomo-zinc-plata, al acceder a un importante aprovisionamiento de cobre de lingotes con forma de piel de toro procedente de Chipre, con pesos que oscilaban entre 27 y 33 kg.

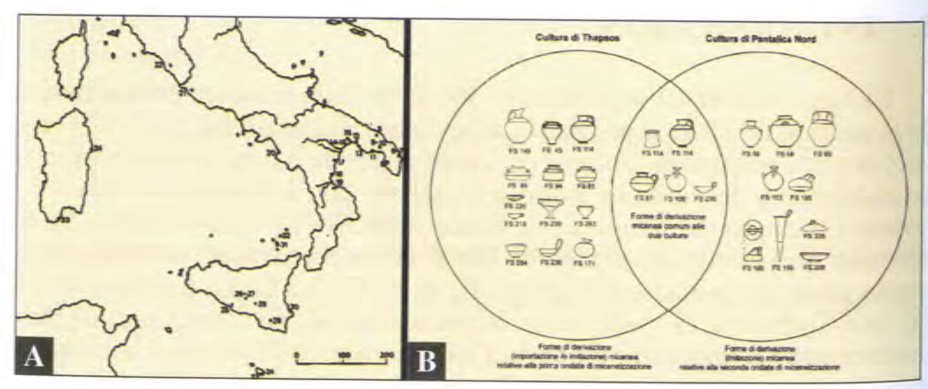


Figura 1. (A) Cerámicas micénicas del Heládico Final IIIB, en Italia, Cerdeña, Sicilia y Malta (Mederos, 1999). (B) Importaciones o imitaciones egeas en las fases de Thapsos (Bronce Reciente 1, HF IIIB1) y Pantálica (Bronce Reciente 2, HF IIIB2) en Sicilia (Tanasi, 2004).

En la ruta de regreso se pasaba por el sur de Sicilia, destacando la región de Agrigento y el asentamiento de Cannatello que tiene estructuras de planta rectangular, cerámicas chipriotas y asas con signos de escritura chipro-minoica. El trayecto continuaba hacia Malta como puerto de escala y presencia de cerámica micénica en Borg en Nadur y Tas Silg (figura 2).

Esta frecuentación micénica debería explicar los cambios estructurales en el asentamiento costero en el islote de Thapsos durante el Heládico Final IIIB, 1325-1185 a.C., actualmente una península, con una estructura central, edificios de planta rectangular con varias habitaciones y calles pavimentadas, junto a cabañas circulares, aunque falta su publicación detallada. Los enterramientos eran de inhumación dentro de cuevas artificiales excavadas en la roca, con ajuares que incluyen cerámicas micénicas y chipriotas, algunas con función de contenedores de aceites olorosos o de opiáceos como las jarras rojas chipriotas

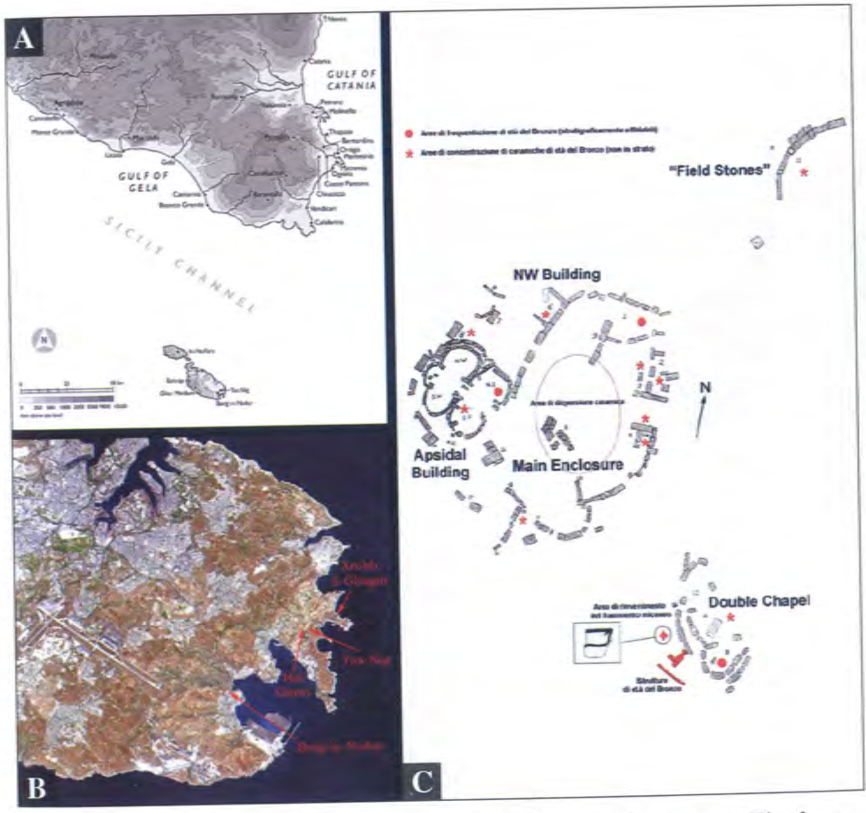


Figura 2. (A) Principales asentamientos del Bronce Reciente y Final en el sureste de Sicilia y Malta (Tanasi y Vella, 2015). (B) Ubicación de Borg in-Nadur (Malta) junto a una gran bahía marítima. (C) Importaciones micénicas en el santuario de Borg in-Nadur (Tanasi, 2008).

de tipo *base ring*. En esta época van a aparecer las fíbulas de arco de violín que indican la popularización de los vestidos de túnicas entre las élites (figura 3).

Durante el Heládico Final IIIC, 1185-1050 a.C. o Bronce Final 1, hizo su aparición por primera vez la cerámica micénica incluso en el Valle del Po, Frattesina, Fondo Paviani, Montagnana y Fabbrica dei Soci, pero se trata de producciones italo-micénicas. Estas cerámicas debieron elaborarse por artesanos egeos emigrados al golfo de Tarento, donde se mantuvo la ocupación en todos

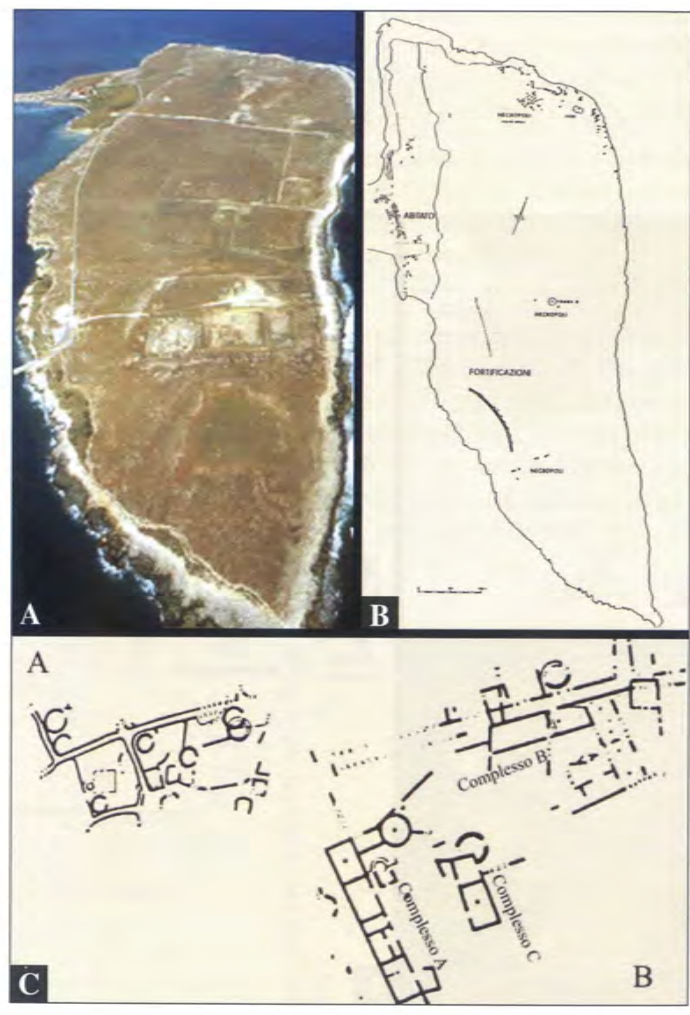
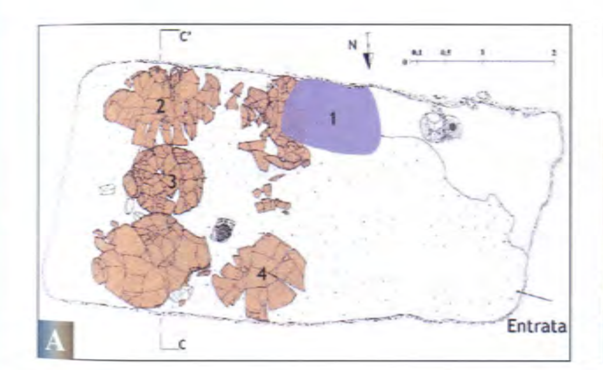


Figura 3. (A) Vista aérea del poblado de Thapsos (Sicilia), un islote actualmente unido a tierra. (B) Principales sectores del poblado, hábitat, fortificación y necrópolis (Voza, 1973). (C) Estructuras rectangulares en el sector residencial de Thapsos (Albertini, 2007).

los poblados, generalmente fortificados, ganando importancia Porto Perone, Porto Saturo y Torre Castelluccia. No obstante, mantuvo contactos directos con Grecia el poblado de Roca Vecchia (Lecce, Apulia), que también estaba amurallado y tenía un excelente puerto junto a una laguna, actualmente desecada, donde también debieron instalarse artesanos egeos. Aquí destaca junto a la gruesa muralla una estructura cultural central de 40x15 m, destruida por un incendio en el Heládico Final IIIC Final y Submicénico, 1050-950 a.C., donde debieron realizarse banquetes con abundante consumo de bóvidos o cerdos. La cerámica egea supone el 10% del total en las fases entre el 1185-1100 a.C.

También disminuyó la frecuentación micénica en la Apulia, Coppa Nevigata como centro principal, Capo Colonna y Bari, todos alrededor del golfo de Manfredonia, sustituidas por cerámicas italo-micénicas que también se distribuyeron hacia el interior, al igual que en la bahía de Nápoles y la Etruria meridional, actual Lacio. En Calabria continuaron Torre Mordillo y en particular Broglio di Trebisacce, con 10 ha, que muestra que el territorio en su entorno está densamente ocupado, desapareciendo las importaciones micénicas de Grecia, que son imitadas localmente. La acrópolis presenta 4 viviendas de 40-50 m^2. En una estructura rectangular anexa, parcialmente excavada en



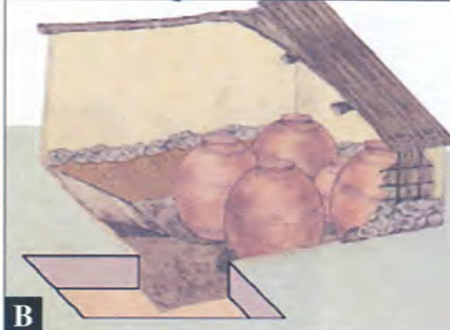




Figura 4. (A y B) Estructura rectangular y reconstrucción con 5 grandes *dolii* en Broglio de Trebisace (Peroni y Vanzetti, 2000). (C) Dos de los *dolii* para contener aceite de Broglio de Trebisace.

el suelo, de 7x3 m, había 5 grandes *dolii* para almacenar aceite, el más grande de 1.000 litros, que guardarían en conjunto la producción de 400 olivos. También dentro de otra cabaña rectangular se localizó la primera pequeña forja de hierro en Italia, dentro de una fosa de 25 cm (figura 4).

Respecto a las islas, el descenso de las importaciones fue muy evidente en Sicilia, con algún caso aislado como una cerámica en la sepultura 133 de Pantálica, aunque la necrópolis presenta unas 3.700 tumbas. Este yacimiento, que sustituye en parte a la función desempeñada por Thapsos, presenta desde el Heládico Final IIIB2 y IIIC un edificio rectangular con varias habitaciones o *anaktoron*, primero de 6 habitaciones C-H, al que en una segunda fase se incorporan dos más A-B, que pudo tener funciones de almacenaje y residencial, construido usando un módulo micénico de 30,5 cm. En el registro material, muchas formas cerámicas imitan tipos egeos como ánforas, hidrias o *askoi*, mientras en los ajuares de las tumbas se observa el uso de las fíbulas con arco simple o los espejos de bronce (figura 5).

Esta situación en el sureste y sur de Sicilia, no va a ser similar en el noreste de la isla ni en las islas Eolias, con la acrópolis en el puerto de Lípari como principal asentamiento. Se presupone que hubo una invasión de grupos subapenínicos de la Calabria, en la Italia peninsular, durante el Bronce Reciente 2 o Heládico Final IIIB2, que se ha utilizado para explicar el final de la fase Milazzese en Lípari y el inicio de Ausonio I. Estas poblaciones introducirían nuevas formas de enterrar, como inhumaciones dentro de grandes *pithoi* cerámicos, que serán posteriormente sustituidos por cremaciones. El descenso de las importaciones egeas hace pensar en una pérdida de importancia de la ruta por el estrecho de Messina hacia Lípari, en favor del sur de Sicilia, quizás por mayor actividad pirática. Estos grupos continuarían durante Ausonio II, contemporáneo a Pantálica II-Cassibile en el sureste de Sicilia, durante el Bronce Final 3, 1050-950 a.C., que ya son contemporáneos al Submicénico y Protogeométrico en el Egeo. Las tumbas de Cassibile, que se distribuyen en una superficie de 180 ha, o las de Pantálica II, siguen siendo inhumaciones excavadas en la roca y entre sus ajuares destacan las fíbulas de codo y en forma de arco.



Figura 5. (A y B) Vista aérea y planta del *anaktoron* de Pantálica (Sicilia), edificio residencial y de almacenaje (Tanasi, 2004). (C) Cuevas funerarias excavadas en la roca en Pantálica.

En cambio, como ya se apuntaba en el Heládico Final IIIB o Bronce Reciente, fue Cerdeña el principal receptor de cerámicas egeas, en nuraghi como Domu S'Orku, Antigori, Barumini, Nastasi o Nora, a veces con cerámicas de origen cretense, probablemente por el papel de escala que desempeñó Creta en la ruta procedente de Chipre, para continuar hacia el Mediterráneo central. Los chipriotas siguieron aprovisionando a Cerdeña de lingotes con forma de piel de toro durante el siglo XII a.C., procedentes del distrito minero chipriota de Apliki, de donde también procedían los lingotes del pecio de Cabo Gelidonia (Turquía), hundido hacia el 1200 a.C. En Cerdeña, los lingo-

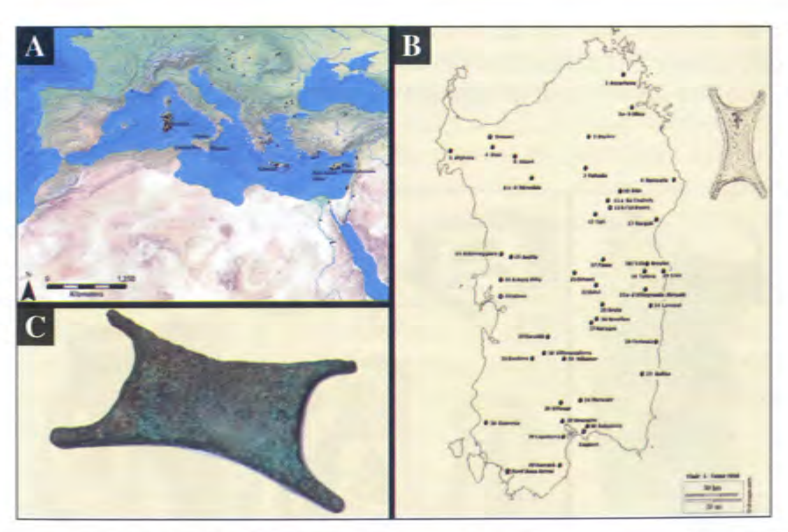


Figura 6. (A) Distribución de los lingotes de cobre con forma de piel de toro en el Mediterráneo y Europa continental (Sabatini y Lo Schiavo, 2020). (B) Distribución de los lingotes en Cerdeña (Lo Schiavo, 2018). (C) Lingote de Ozieri (Cerdeña) (Sabatini y Lo Schiavo, 2020).

tes en 14 ocasiones aparecieron en el interior o inmediaciones de los nuraghi o poblados, y en 13 casos dentro de espacios rituales de santuarios y pozos sacros, donde debieron ser entregados como ofrendas. La caída de los estados palaciales en Grecia y de la ruta por el estrecho de Messina afectó menos a los chipriotas que mantuvieron e intensificaron sus propias rutas marítimas, quizás costeando la costa norteafricana (figura 6).

Esta producción metalúrgica local de bronces exigió un abastecimiento regular de estaño desde la península ibérica que debió comenzar desde el Bronce Reciente, 1325-1200 a.C. y continuó en el Bronce Final 1-2, 1200-1050 a.C., junto al cual llegaron algunas armas como espadas de tipo Huelva o hachas de talón. Durante el Bronce Final 3, 1050-950 a.C., parece existir una navegación de altura entre la península ibérica, las Baleares y Cerdeña por la presencia de hachas de talón con dos anillas sin nervadura central en los depósitos de Can Gallet (Formentera) y Forraxi Nioi (Cerdeña).

Cerdeña es una isla principalmente ganadera, pues el 75,4% de las tierras no son adecuadas para la agricultura, que se restringe a sólo el 23,7% del territorio. Esto propició históricamente una economía ganadera, con bajas tasas demográficas, donde era prioritario el control de las zonas de pasto para el ganado y de las fuentes donde pudiesen abrevar diariamente, lo que provocó constantes conflictos por espacios de pasto, robo de ganado y razzias. Todo ello derivó en constantes conflictos que motivaron la creciente construcción de torres fortificadas que sirviesen para defender a las distintas comunidades y sus ganados de sus vecinos más inmediatos, además de proteger los principales pozos de agua para consumo humano y de los animales. El resultado final fue un enorme número de nuraghi, unos 7.000, a pesar de la gran proximidad que existe entre muchos de ellos, aunque todos no son contemporáneos, indicativo de lo pequeña que era cada comunidad ganadera (figura 7).

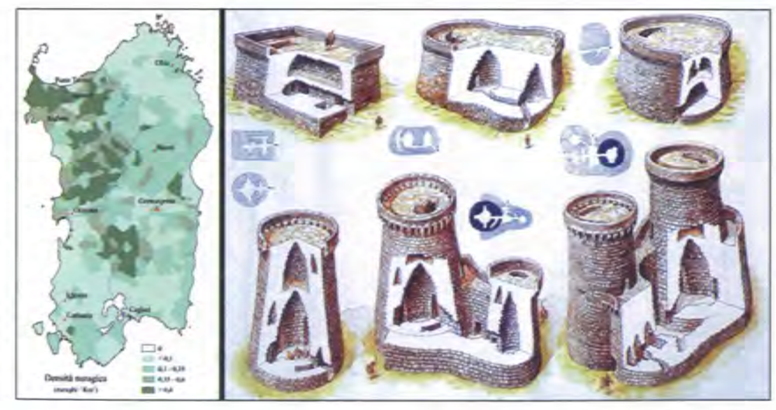


Figura 7. A la izquierda, densidad de nuraghi por km² en Cerdeña. A la derecha, evolución constructiva de los nuraghi (Lo Schiavo y Demartis, 2001).

En estas sociedades la desigualdad social surge de la propiedad de rebaños de diferente tamaño, Los líderes ganaderos portaban bastones como símbolo de su importancia social, incorporando después las espadas de bronce como arma de prestigio. Mediante lazos clientelares se podía formar una familia con un rebaño propio, a partir de ganado cedido inicialmente por el líder, a quien le debían compensar con un porcentaje de las nuevas crías y de los productos lácteos obtenidos. Es posible que las constantes razzias a poblados vecinos acabara incluyendo también a mujeres y niños que fueron integrados en una servidumbre familiar de los principales líderes, quienes también pudieron utilizar a los hombres en el control de sus propios rebaños y en la construcción y ampliación de las torres nurágicas.

La construcción de las primeras nuraghi monotorres troncocónicas con dos pisos, cuya cámara interior cierra en el techo a modo de *tholos*, comenzó durante el Bronce Medio y Reciente, pero se intensificó desde el Bronce Final 1, a partir de 1185 a.C., cuando se propone que se desarrollaron los nuraghi complejos que cuentan con sistemas de torres exteriores unidas por muros rectilíneos como línea exterior defensiva, los cuales pudieron controlar territorios más amplios. Un ejemplo es nuraghe Arrubiu (Orroli) con una doble muralla exterior, una de 5 torres y la exterior con 15 torreones, mientras había una gran torre central de 30 m con 3 pisos. También comenzaron las estatuillas antropomorfas de bronce que representan guerreros y en particular embarcaciones, de las que hay unos 150 ejemplares, en las cuales no se representan velas, timones o remos, cuyo fondo plano podría servir principalmente para cabotaje por la costa o en los numerosos espacios lagunares que caracterizan la costa de Cerdeña (figura 8).

Estas estructuras turriformes también aparecen en el tercio meridional de Córcega, pero aparte de una menor monumentalidad, tienen una cronología más antigua, Parece que comienzan a inicios del Bronce Medio, 1800 a.C., y continuaron hasta el 1450 a.C., cuando fueron abandonadas, no siendo utilizadas durante el Bronce Final, pese a las teorías iniciales, por algunas similitudes formales, que las vinculaban con la llegada de población de Cerdeña entre el 1400-1200 a.C.

Las viviendas se construyeron alrededor del nuraghe, como en Su Nuraxi, siendo circulares, aunque es probable que varias cabañas inmediatas fueran parte de una misma unidad familiar. Por otro lado, había en cada poblado una cabaña de reunión con banco adosado a la pared, como la de Palmavera, que tienen miniaturas de nuraghi en piedra en el centro.

Los pozos sacros aparecieron a inicios del Bronce Reciente, 1350-1325 a.C., caso de Funtana Coberta de Ballao, pero su número se multiplicó durante el Bronce Final 1-2, 1200-1000 a.C., a veces junto a fuentes como Su Tempiesu, y en otros casos con un cierre superior en forma de *tholos* como en Sant'Anastasia. Su carácter sacro lo muestra la abundante presencia de ofrendas en su interior.

La información más escasa es sobre las prácticas funerarias, aunque debieron seguir inhumando reutilizando las tumbas de Gigante, mientras hacia el 1000 a.C. tenemos inhumaciones muy flexionadas dentro de cistas, con una estatua en su parte superior, al menos en Monte Prama.

En Italia continental, a partir del 1185 a.C. comenzó el Bronce Final 1, simultáneamente al Heládico Final IIIC, con un aumento demográfico y desplazamiento de las áreas más dinámicas hacia el norte y centro de la península italiana, que aumentaron sus contactos con Centroeuropa y los Balcanes, en detrimento de las regiones meridionales, afectadas primero por la crisis de los palacios micénicos y por la inestabilidad generada después de la caída del imperio hitita y la destrucción de Ugarit.

El centro más destacado en el valle del Po fue Frattesina (Veneto), un gran poblado de 20 ha que no parece estar fortificado. Las cabañas tenían unos 4x3 m, paredes vegetales recubiertas con arcilla, techo a dos aguas y hogar cuadrangular, con grandes *dolii* en su interior para almacenaje. En la ganadería predominaba el cerdo con un 41%, indicativo de la presencia de bosques



Figura 8. Arriba, vista aérea de nuraghe Arrubiu (Cerdeña), rodeado por dos líneas de muralla con torres. Abajo, propuesta de reconstrucción de nuraghe Arrubiu.

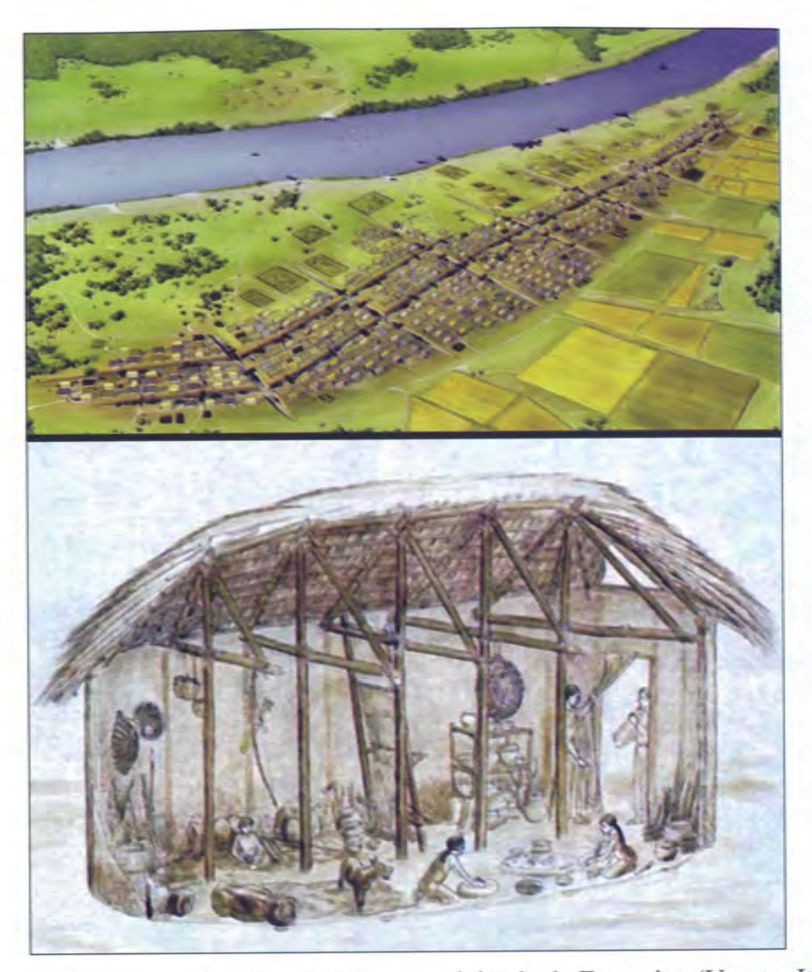


Figura 9. Reconstrucción del poblado y una vivienda de Frattesina (Veneto, Italia).

y agua inmediata, seguido por ovejas, mientras se trabajaba la lana en telares verticales. Lo más destacado es la presencia de talleres artesanos, uno para el trabajo de marfil de elefante, presumiblemente norteafricano, asta y hueso, donde hacían peines decorados de marfil. Otro donde elaboraban cuentas de pasta vítrea azul y rojo, o un taller de fundición metalúrgico que utilizaba lingotes plano-convexos y reciclaba piezas metálicas. Entre las importaciones destaca la presencia de 25 cuentas de ámbar en un depósito (figura 9).

Los enterramientos son de cremación y a sólo 500 m de Frattesina hay 150 tumbas en Fondo Zanotto; a 1.000 m había una segunda necrópolis al otro lado del río, dividida en dos sectores, Narde I, con 630 tumbas, de ellas 2 con espadas tipo Allerona, que indican una élite reducida, y Narde II con 243 tumbas (figuras 10a-10c).

La región que tuvo un desarrollo más acelerado fue Etruria. Al comienzo del Bronce Final 1 y 2, 1185-1050 a.C., también denominado Protovillanoviano, elegían asentamientos en altura, protegidos naturalmente, con dimensiones máximas de 15 a 20 ha, como Montetosto (Cerveteri) o Sorgenti della Nova (Lacio), con una producción metalúrgica aprovechando los recursos minerales presentes en Toscana, como se observa en depósitos como Tolfa (Lacio) o Monte Rovello (Lacio). Los enterramientos eran de cremación dentro de urnas con forma de cabaña, como tumbas aisladas o muy pocas, sin formar necrópolis, lo que sugiere que sólo una minoría se enterraba con este ritual. Más al sur, en el Lacio o *Latium vetus*, los asentamientos fueron más

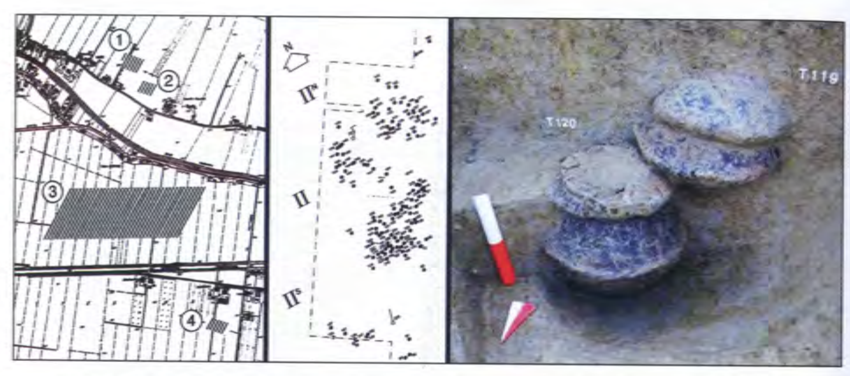


Figura 10. (A) Poblado de Frattesina con las necrópolis de cremación de Fondo Zanotto al sur y Narde I y II en la otra margen del río (Salzani y Colonna, 2010). (B y C) Plano de la distribución de las tumbas en Narde II y detalle de las tumbas 119-120 (Salzani y Colonna, 2010).

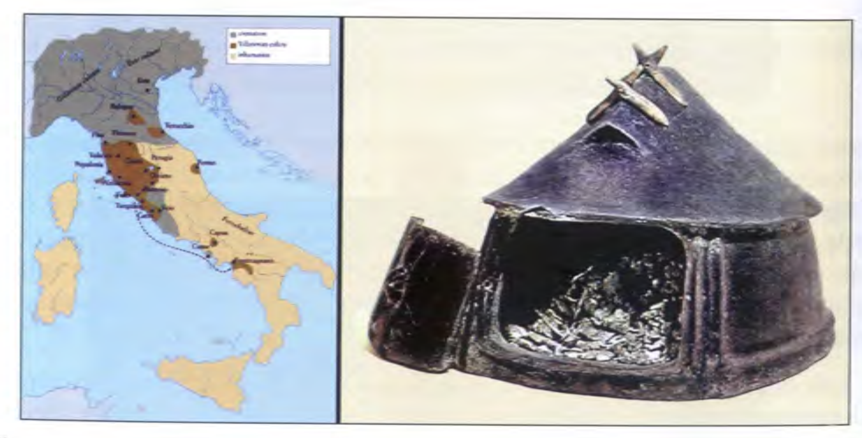
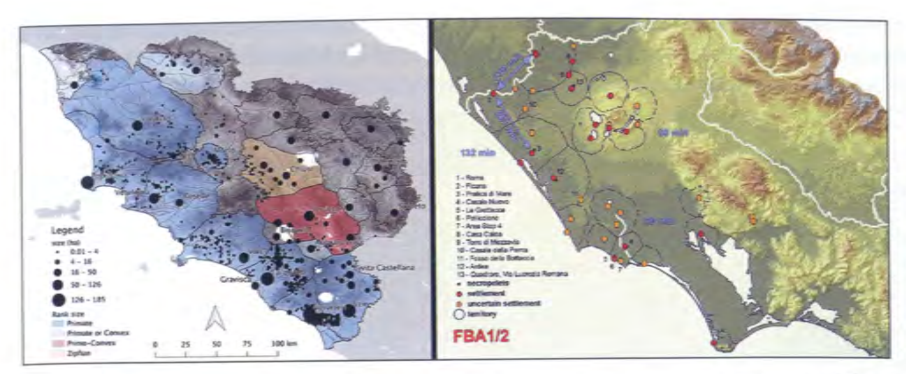


Figura 11. A la derecha, generalización de la cremación en el norte y centro-este de Italia durante el Bronce Final. A la izquierda, tumba villanoviana en forma de cabaña con los huesos cremados en su interior.



Figuras 12. Incremento demográfico y grandes asentamientos en el Bronce Final 2 de Etruria (Stoddart *et al.*, 2020) y el Lacio (Alessandrini, 2013).

grandes y se situaron ya en la llanura como Ardea con 80 ha, que presenta también una cremación dentro de urna con forma de cabaña aislada. Otro poblado como Lavinio, de 30 ha, también carece de necrópolis y sólo tiene tres tumbas, siendo la más numerosa Ficana con 13 sepulturas (figura 11).

El cambio importante se produjo a partir del Bronce Final 3, 1050-950 a.C., en particular en su fase más avanzada, 1000-950 a.C., cuando se empezaron a ocupar las llanuras surgiendo enormes poblados con cabañas dispersas como Tarquinia (Lacio) de 120 ha, Vulci (Lacio) con 90 ha u Orvieto (Umbría) con 85 ha en la Etruria septentrional. Estas concentraciones serán aún mayores en el Lacio o Etruria meridional, cercanas a Roma, como Veii (Lacio) con 175 ha o *Caere Vetus*, Cerveteri (Lacio) con 160 ha. Continuó la ausencia de necrópolis, identificándose sólo un pequeño número, entre 1 y 5 urnas, y algunas agrupaciones en cuatro núcleos que suman 20 tumbas en Tenuta Quadraro (Roma). Siguieron siendo urnas en forma de cabañas, principalmente masculinas, acompañadas a veces de armas como la espada o el cuchillo, indicativo que estaban reservadas a la élite (figura 12).

3. EL BRONCE FINAL EN LA FACHADA MEDITERRÁNEA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

La cremación, que hace presuponer un cambio religioso con menor énfasis en la conservación del cuerpo, se ha documentado en la península ibérica desde el Bronce Final IIA, 1325-1225 AC, fechas que se aproximan a su generalización también en Centroeuropa y Danubio medio. En la fase I de Herrería (Guadalajara) se excavaron 74 tumbas con cremación del cadáver, sin recipiente cerámico o urna, depositados los huesos quemados dentro de hoyos de 25x25 cm, que en 57 casos, un 76%, viene acompañado por una

estela no decorada, con alturas entre 0,15 y 1,20 m, que señala el lugar de la tumba. Estas sepulturas carecen de ajuar, salvo 4 cuentas de pasta vítrea azules y negras en la tumba 38 (figura 13).

Esto pone en discusión si la generalización de la cremación tuvo que estar vinculada a la llegada de nuevas poblaciones al noreste de la península ibérica desde el bajo Ródano y el Languedoc, donde están presentes en Hallstatt A1, 1250-1150 a.C., con una posterior dispersión de estos grupos, ya aculturados, desde Cataluña hacia el Levante. En todo caso, las dataciones de huesos cremados de urnas no están suficientemente generalizadas en Europa y España, por lo que cuando sean más habituales probablemente la adopción de la cremación debió ser un proceso mucho más rápido en Europa.

En Cataluña las cerámicas con decoraciones acanaladas se ha defendido que aparecieron entre los siglos XIII-XII a.C., aunque en los valles del Cinca y Segre del Bajo Aragón estas cerámicas no superan el siglo IX a.C. No obstante, los denominados campos de urnas antiguos no hicieron su aparición hasta el 1100-1000 a.C. Se presuponía que las primeras cerámicas acanaladas con trazos anchos usando punzones romos precedían a las necrópolis de cremación, vinculadas a grupos "pioneros" que no generaban grandes cementerios visibles por utilizar brevemente sus poblados, debido a ese carácter "móvil". Sin embargo, en regiones como Etruria durante el Bronce Final 1-3, 1185-950 a.C., la cremación en urnas fue restringida a muy pocos individuos y se trata de tumbas aisladas, entre 1 y 5, que son difíciles de detectar.



Figura 13. A la izquierda, tumba 64 de cremación de la fase I de Herrería (Guadalajara), Bronce Final IIA (Cerdeño y Sagardoy, 2016). A la derecha, fases del ritual de un enterramiento de cremación (Ruiz Zapatero, 2001).

La secuencia del noreste fue estructurada en 6 periodos. Una fase inicial representada en Can Missert I (Terrassa, Barcelona), una necrópolis de cremación con 48 tumbas sin señalización visible, utilizada durante varios periodos y excavada en 1916. Estas primeras sepulturas carecen de ajuar salvo la tumba 18, que tenía 3 cerámicas y un aro de bronce, las cuales fueron asignadas inicialmente a Hallstatt A1, 1250-1150 a.C. La fase II está presente en Can Missert II, desapareciendo en las urnas la carena por un perfil más redondeado y se alarga el cuello verticalmente con borde divergente. Fue atribuida a Hallstatt A2, 1150-1050 a.C. y habrían alcanzado hasta Castellón. La fase de Can Missert III, introdujo el uso de un pie en la base de la urna, y se asignan ya a los campos de urnas recientes que llegarían hasta Sagunto en Valencia, considerada contemporánea con Hallstatt B1, 1050-1010 a.C. A las fases III y IV le corresponden el mayor número de tumbas, por lo que inicialmente era una necrópolis muy pequeña, que se mantuvo en uso durante generaciones como también sucede en Centroeuropa. Las cremación del cuerpo se hacía sobre una plataforma plana de piedras de 2,70x1 m (figuras 14a y 14b).

El poblado de Genó (Lérida), situado sobre una colina, es el primero asociado a campos de urnas que se ha excavado completamente. De pequeñas dimensiones, con apenas 1.000 m^2, 0.1 ha, para unas 100 personas, parece haber tenido una vida muy breve al haber sido pronto destruido, *ca.* 1000-950 a.C. Presentaba 17 habitaciones rectangulares de unos 35-40 m^2, con zócalos de piedra y paredes medianeras comunes de adobe, techo a un agua, que se abren por una puerta a una plaza central, pero cuyos muros traseros están unidos para formar un paramento continuo a modo de muralla, lo que implica que se planificó para levantarlo colectivamente en un mismo momento, destinado a familiares nucleares. El espacio central se pudo utilizar en actividades comunales o proteger el ganado si fuera necesario. La única habitación más grande, H-2, fue también utilizada para la fundición de metal, zona de actividad que ocupaba buena parte de la vivienda. Por otra parte, hay un importante conjunto de vasos para

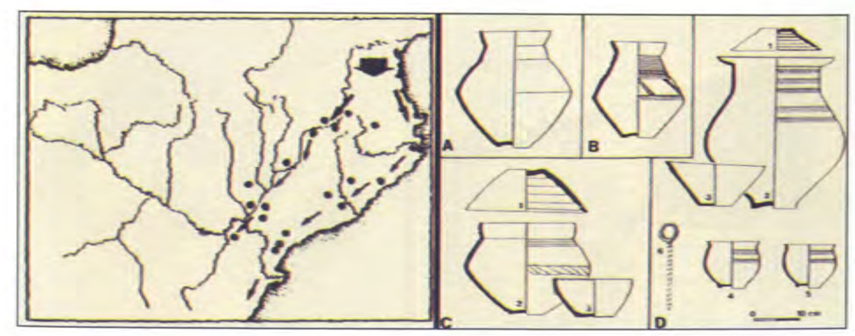


Figura 14. A la izquierda, posibles rutas de penetración de los campos de urnas antiguos (Ruiz Zapatero, 1985). A la derecha, tumbas de cremación con decoración acanalada de la fase I de Can Missert (Barcelona), nº 4 (A), 1 (B), 2 (C) y 18 (D) (Ruiz Zapatero, 2004).

beber, lo que sugiere también un uso comunal en celebraciones. Cada vivienda tenía varios molinos para preparar harina y hay algún horno de pan, siendo su orientación económica la agricultura cerealista de secano complementada con ganadería de ovicaprinos, bóvidos y suidos (figura 15).

Los campos de urnas recientes suponen la aparición de grandes necrópolis que llegan a las 1.058 tumbas en Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona) o superan el centenar en Castellets (Mequinenza, Zaragoza), con fechas entre el 800-750 a.C.; El Calvari del Molar (Tarragona) con 171 tumbas, donde la fase Can Missert IV de Almagro Gorbea está datada entre el 850-750 a.C., o El Coll del Moro (Gandesa, Tarragona) con 108 tumbas, que comenzaría hacia el 800 a.C. Los ajuares siguen siendo muy escasos y modestos, como alguna fíbula o vasijas cerámicas, pero en una fase avanzada ya muestra algún individuo importante, como la tumba 397 de Can Bech de Baix (Agullana, Girona) con una punta de lanza, cuchillo de hierro, navaja, fíbula de pivotes y broche de cinturón.

Para esta etapa destaca el poblado del Cabezo de Monleón (Caspe, Zaragoza) que sólo tiene una datación, quizás demasiado antigua, del 1000 a.C. para la casa 32. Se trata de un poblado con 58 viviendas, que tendría unos 300 habitantes, situado en un cerro prominente que no está completamente cerrado, pues tiene tres posibles accesos. Las viviendas adosadas, con 25-40 m^2 de superficie, tienen techo a un agua y rodean un patio central. Presentan un pequeño porche

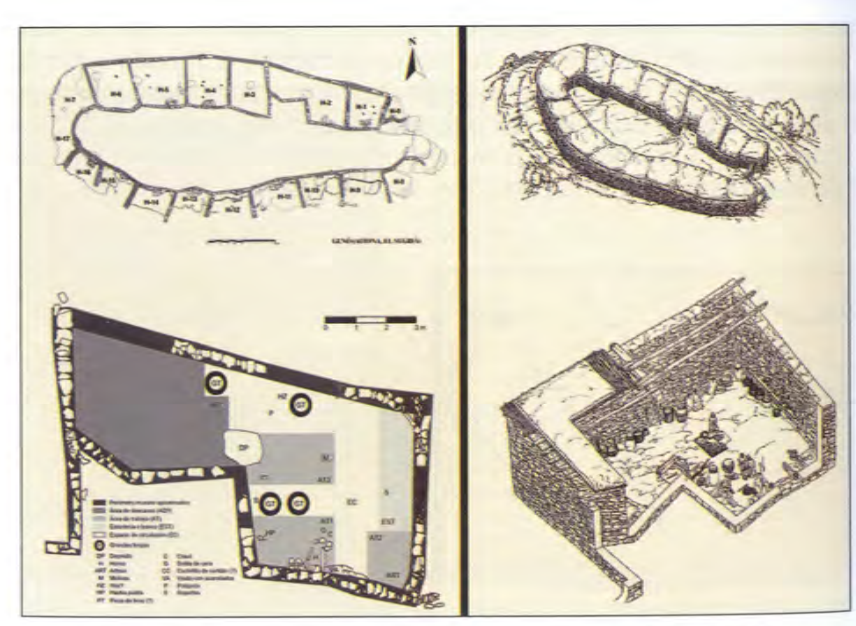


Figura 15. A la izquierda, planta del poblado y de la vivienda H-2 con actividad metalúrgica de Genó (Girona) (López Cachero, 2007). A la derecha, reconstrucciones de poblado y vivienda H-2 de Genó (Ruiz Zapatero, 2004).

y una habitación principal con banco lateral, almacenando al fondo alimentos y utensilios. También aquí hay dos cabañas donde se realizaron actividades metalúrgicas con presencia de moldes, y otra presentó un telar, pero su estructuración sigue pareciendo próxima a la de Genó (figura 16).

Por otra parte también había algunos ocultamientos de bronces para reciclar el metal, destacando el de Llavorsí (Pallars, Lleida), con 148 piezas y 7,38 kg de peso, principalmente brazaletes o botones, pero también hachas, un fragmento de una espada o arreos de caballo.

En el País Valenciano la secuencia más importante procede del Pics del Corbs (Valencia), cuya fase 5, que supone una reestructuración arquitectónica, se ha situado entre el 1000-850 a.C. con la aparición de las cerámicas acanaladas. Otro poblado fortificado es Caramoro II (Elche, Alicante), de 1,5 ha, que controlaba la ruta del río Vinalopó, con presencia de cerámicas acanaladas y una urna con una cremación infantil *ca.* 1000 a.C. El principal poblado de la región del Bajo Segura fue el poblado fortificado de Peña Negra, la ciudad de Herna del periplo recogido por Avieno, que llegó a alcanzar hasta 30 ha. A su primera fase, Peña Negra I, se asocia el nivel inferior de la necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante) con 152 tumbas, fechada entre el 900-725 a.C., aunque debajo de algunas urnas de la fase Les Moreres I aparecieron cremaciones en simples hoyos excavados en el suelo, como las tumbas 13 y 18.

El norte de Almería y el sur de Murcia destaca un conjunto de sepulturas aisladas de cremación como Qurénima, Caldero de Mojácar, Barranco Hondo o Parazuelos, del Bronce Final IIIA, 1050-950 a.C. A veces forman pequeñas necrópolis como las 3 tumbas de Parazuelos (Águilas, Murcia) o las 4 sepul-

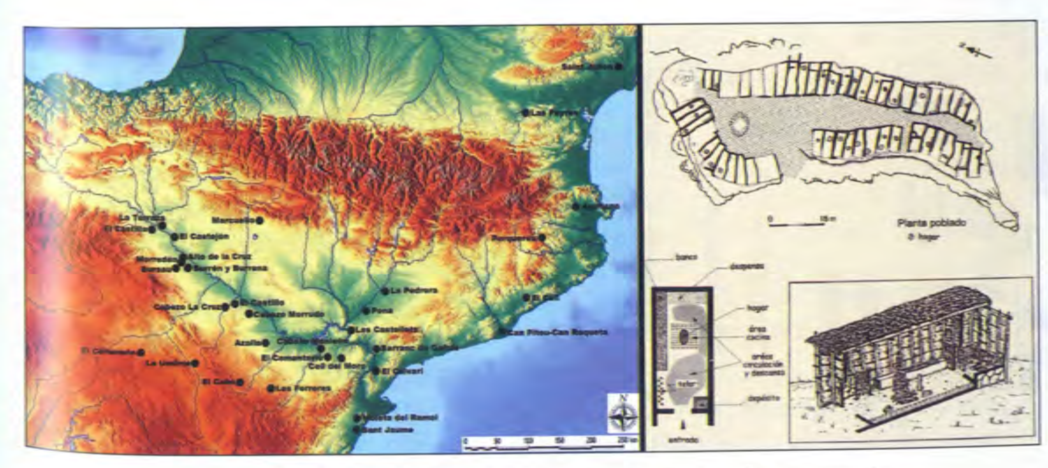


Figura 16. A la izquierda, principales yacimientos de campos de urnas del noreste de la península ibérica (Royo, 2019). A la derecha, planta del poblado y reconstrucción de vivienda de Cabezo Monleón (Zaragoza), campos de urnas recientes (Ruiz Zapatero, 2004).

turas del llano de los Ceperos (Lorca, Murcia), aunque una parte de los enterramientos aún eran de inhumación como sucede en Campos, La Gorriquía o quizás Cañada Flores (Almería). Se han interpretado como la llegada de grupos de población poco importantes que practicaban la cremación por el corredor costero del sur de Alicante hasta Murcia y Almería. Los ajuares más frecuentes suelen ser brazaletes decorados de bronce, pendientes metálicos o cuentas de cornalina y pasta vítrea. Parece, por lo tanto, que inicialmente sólo miembros destacados de la élite tuvieron estos enterramientos en urna, que luego se fueron generalizando en necrópolis como Les Moreres.

4. EL BRONCE FINAL EN LAS ISLAS BALEARES

Respecto a las islas Baleares, entre el 1600-1100 a.C., quizás después de la llegada de nueva población, empezó la construcción en Mallorca y Menorca de estructuras monumentales con cimentación de piedra calcárea, denominadas naviformes, con planta oval y cabecera absidal, mientras que las cuevas, sobre todo las de difícil acceso, van a destinarse a función sepulcral, como las de Càrritx (Menorca), mientras otras como Es Mussol (Menorca) tuvieron un carácter ritual, localizándose una talla de acebuche de la cabeza de un individuo con cornamenta.

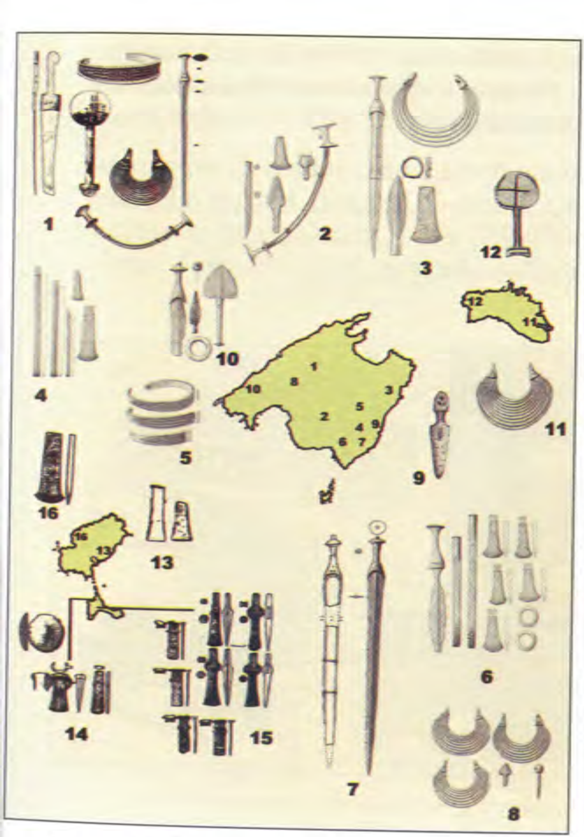


Figura 17. Metalurgia del Bronce Final en Baleares (Guerrero Ayuso *et al.*, 2017).

La etapa siguiente, que se ha denominado Prototalayótico, entre el 1100-850 a.C., antes de la aparición de los verdaderos talayots con la Edad del Hierro, es un periodo de incremento de los contactos exteriores, que se observa especialmente por el desarrollo de la metalurgia en bronce con presencia de pectorales, espadas de mango macizo, hachas y espejos, o la llegada de materias primas como marfil o fayenza, o un pasador de pelo de estaño puro de la cueva des Pas (Menorca) (figura 17).

En los espacios domésticos, mientras continúan algunas viviendas naviformes, destaca en Mallorca la presencia de unas grandes parrillas con fogón para comidas colectivas, como el caso de Son Oms. En las prácticas funerarias continúan los enterramientos dentro de cuevas como Càrritx, con tratamiento postmortem del cabello que es teñido, mientras en otras cuevas como des Pas, fechada entre el 1200-800 a.C., entre los 66 cuerpos, al menos 24 hombres y 23 mujeres, algunos se depositaron en la propia camilla de madera con la que fueron transportados, envueltos en pieles de bóvidos que los cubrían. A la vez aparecen estructuras monumentales funerarias como la naveta des Tudons (Menorca) (figura 18).

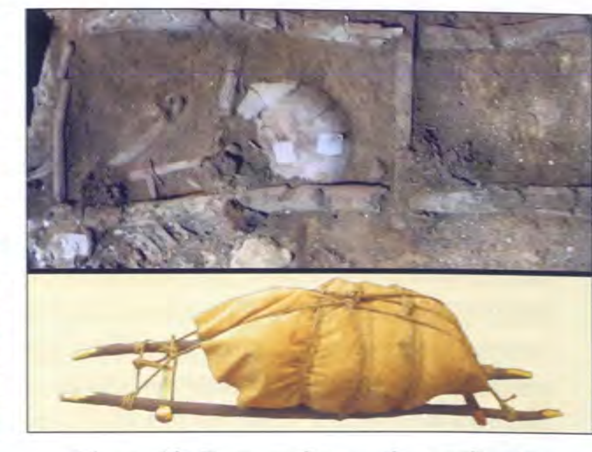


Figura 18. Enterramiento sobre parihuela, con fardo de piel que lo recubría, de cova des Pas (Menorca).

5. COMERCIO Y COLONIZACIÓN FENICIA DEL MEDITERRÁNEO

La crisis de los Pueblos del Mar supuso la caída del Imperio Hitita; una reorganización de los estados sirios, anteriormente dependientes de Hatti, como Tarhuntassa, Kizzuwanda, Mukiš, Ugarit y Amurru; la destrucción de ciudades en la cuenca del río Orontes o el litoral sirio como Alalakh y Ugarit, además de la independencia de Chipre. Por otra parte, Egipto sufrió al menos dos grandes ataques separados entre sí en 32 años, es decir, en dos generaciones diferentes, que fueron repelidos en el año quinto de Merneptah, *ca.* 1208 a.C., y en el año octavo de Ramsés III, *ca.* 1176 a.C. No obstante, parte de estos grupos acabaron asentándose pacíficamente mediante acuerdos en Palestina y Egipto.

Al finalizar esta segunda crisis hacia 1175 a.C., había desaparecido Ugarit como una de las flotas principales del Mediterráneo, produciéndose el traslado de una parte de los mercaderes más activos hacia los puertos del Levante meridional como Sidón, Tiro (Líbano), Acco o Ashkelon (Israel). Esta crisis favoreció particularmente a Chipre, que no sólo debió recibir a otra parte de los comerciantes y artesanos de Ugarit al ser destruida, sino que al liberarse del control político de Hatti pudo aprovechar estos recursos que tributaba para ampliar su red comercial.

Durante la crisis, en 1187 a.C. se produjo el saqueo de Sidón por los filisteos de Ashkelon según Justino (*Epit*., XVIII, 3, 5), por lo que parte de la población de Sidón marchó a Tiro, aunque quizás se asentaron en la Tiro continental, la ciudad de Ušu, parte del reino de Sidón y no necesariamente en la isla de Tiro. Allí se refugiaron y la refundaron "con sus naves (...) un año antes del desastre de Troya" (Iust., *Epit*., XVIII, 3, 5). Según Estrabón (XVI, 2, 13), la isla de Arwad fue también refundada por refugiados sidonios. Estos orígenes sidonios en las otras dos principales ciudades fenicias del Levante explican que Homero en la Odisea identifique a los fenicios con los sidonios.

La reanudación de los contactos con cierta intensidad con el Mediterráneo central y occidental se produjo cuando las ciudades de la costa filistea y fenicia ganaron autonomía, desde el 1153 a.C., justo a la muerte de Ramsés III, a la vez que se intensificó la acción de los mercaderes de las ciudades chipriotas.

La crisis derivada de los ataques de los Pueblos del Mar debió crear desde sus inicios problemas de suministro y desabastecimiento de estaño para la elaboración de bronces tanto en el Levante como en Chipre, un estaño que llegaba por rutas terrestres desde Afganistán, Irán, Tajikistan y Uzbekistan. Por ello, pronto se trataría de buscar fuentes de aprovisionamiento alternativas, pues sabían que se podía conseguir también en la fachada atlántica europea.

Los chipriotas, y desde el siglo XI a.C. los fenicios, se ganaron un prestigio como grandes marinos que combinaban las prácticas comerciales con otras menos ortodoxas como razzias para obtener esclavos, como recoge la Odisea (Hom., *Od*., XIV, 415-416), "los fenicios son piratas y secuestradores de mujeres que monopolizan el tráfico marítimo".

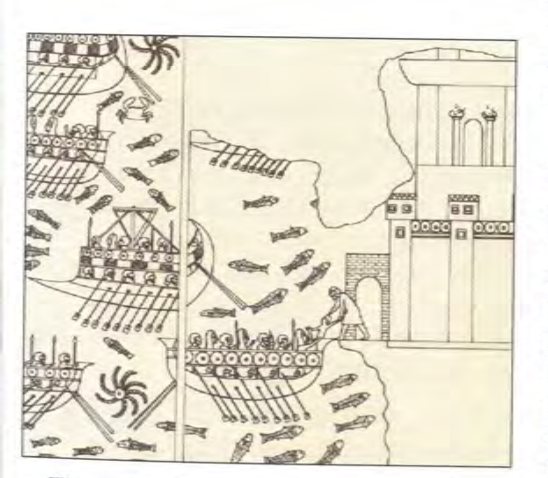


Figura 19. Barcos fenicios comerciales y militares con espolón durante la huida del rey Luli de Tiro con su familia por mar, durante el asedio de Senaquerib, rey de Asiria (Barnett, 1969).

La visión negativa es resultado del triunfo durante el Heládico Final IIIC de nuevas formas de lucha, sustituyéndose en las regiones costeras las batallas terrestres o navales por rápidas razzias de grupos pequeños, pues todos los tripulantes eran a la vez remeros y guerreros (Tuc., I, 10, 4). Esta polivalencia podía transformar un barco comercial en un barco pirata. Uno de los elementos clave fue la introducción del espolón metálico en la proa, para atacar la línea de flotación del otro barco y provocar su hundimiento. Otro factor fue la aparición de la birreme o *driere* para

incrementar la velocidad del barco, tanto al atacar con el espolón como al aproximarse a tierra para desembarcar los tripulantes, poniendo dos filas de remeros en niveles superpuestos por cada lado, lo que aumentó el número de remeros a 28 por lado, la tripulación total, de hasta 56 personas, exigió aumentar las dimensiones de la nave. Ambos tipos de barcos, comerciales y de guerra, ya como birremes, están representados en el relieve del palacio asirio en Dur Sharrukin (Khorsabad, Irak) durante el asedio que realizó Senaquerib, rey de Asiria entre el 705-681 a.C., contra el rey Luli o *Elulaios* de Tiro (729-694 a.C.), aunque pudo escapar por mar hacia Chipre (figura 19).

La actividad comercial la realizaban con el *gaulòs-gôlah* o barco de casco redondeado con 20-30 m de largo y unos 20 tripulantes, que podía transportar entre 250 y 500 toneladas de mercancías. Un aspecto importante es que los barcos tirios tienen cabeza de ánade, como puede observase en el relieve de Khorsabad, y sus velas se distinguían por llevar color púrpura en sus velas, según recoge el Antiguo Testamento, "Púrpura y escarlata de las islas de Elišá forman tu toldo" (Ez., 27, 7).

En el inicio de este proceso colonial debió influir el incremento de la tributación de las ciudades fenicias después de la campaña de Tiglath-pileser I, 1113-1076 a.C., poco después de su décimo año de reinado, *ca*. 1104 a.C., que exigió el pago de tributo en plata a los puertos fenicios de Arwad, *Gubal*-Biblos y Sidón. Además, había una creciente demanda de materias primas de lujo por el imperio Asirio.

Otros autores que defienden una colonización más tardía se remiten a las campañas asirias posteriores del siglo IX a.C. La primera de Asurnasirpal II, rey de Asiria entre 883-859 a.C., quien realizó una campaña contra Fenicia el 875 a.C., asediando a la ciudad de Tiro, pero no la pudo conquistar. La segunda corresponde a Shalmanasar III, rey de Asiria entre 859-824 a.C., quien tras vencer en la batalla de Qarqar el 853 a.C. fue tomando el control de Siria y el Líbano, recibiendo tributo de las ciudades fenicias y de Jehu de Israel *ca*. 841 a.C. Estas campañas redujeron también el comercio fenicio en dirección al Mar Rojo, que había tratado de garantizar Hiram I en su acuerdo con Salomón (1 Reyes 5, 6-10, 1 Reyes 7, 13), para poder utilizar el puerto de Ezion-Geber, actual Aqaba (Jordania) y traer oro africano (1 Reyes 9, 26-29).

En otras ocasiones fueron las luchas de poder dentro de una ciudad, como el enfrentamiento entre el rey Pumayyatun o Pigmalión de Tiro, 831-785 a.C., y Zakerbaal, sacerdote de Melqart, que acabó siendo asesinado, lo que provocó la huida de su mujer Elisha, con un grupo de nobles partidarios suyos y sus clientes, los cuales acabaron fundando la ciudad de Cartago, *Qart-Hadasht*, la ciudad nueva, cercana a Utica entre el 825 y el 814 a.C. (Iust., *Epit*., XVIII, 4). Sin embargo, a pesar de la ruptura política, se mantuvo la vinculación religiosa, pagando anualmente al templo de Melqart en Tiro una décima parte de los beneficios de esta colonia independiente desde sus orígenes.

En cualquier caso, una exclusiva expansión tiria no cuadra con la imagen ofrecida por el viaje de Wenamun, *ca.* 1064 a.C., donde eran los puertos de Sidón con 50 barcos y Biblos con 20 naves, los núcleos costeros que disponían de las flotas más importantes, por lo que Sidón y otras ciudades fenicias también debieron participar en estas fundaciones coloniales fenicias.

El tiempo mínimo del viaje entre ambos extremos del Mediterráneo, desde la ciudad de Tiro hasta *Gadir*, de Este a Oeste, implicaba 19 días para alcanzar Cerdeña y 28 días más desde Cerdeña hasta *Gadir*, sumando un total de 47 días. En dirección inversa, de Oeste a Este, eran necesarios 14 días entre *Gadir* y Cerdeña, más 29 días entre Cerdeña y Tiro, lo que suponían 43 días de viaje, contando con condiciones favorables náuticas y sin cuantificar las escalas en la ruta (figura 20).



Figura 20. Expansión fenicia en el Mediterráneo.

Según Vegecio (IV, 39), en el siglo IV d.C., la navegación era segura sólo entre el 27 de mayo y el 14 de septiembre, incrementándose los riesgos en los meses anteriores y posteriores, entre el 10 de marzo y el 26 de mayo, y del 15 de septiembre al 10 de noviembre, habiendo 4 meses de cierre total de la navegación entre el 11 de noviembre y el 9 de marzo.

Aunque el periodo de navegación o *theros* podría durar entre marzo y octubre, la época buena eran sólo "Cincuenta días después del solsticio, cuando toca a su fin el verano (…) buena época para navegar; y no harás pedazos tu nave" según Hesíodo (*Trab.*, 664-667) hacia el 700 a.C. Por ello, lo habitual en la navegación entre ambos extremos del Mediterráneo debió ser invernar en Occidente y retornar al año siguiente. No obstante, la escala invernal no tuvo por qué ser en un puerto occidental y quizás ya se buscasen puertos del Mediterráneo central en Cerdeña o Túnez, para hacer desde que fuese posible una segunda singladura hasta el Levante.

Entre las regiones lejanas que proveían de metales a Tiro, en particular plata y estaño, Ezequiel (27, 25-36) menciona a Tarshish, y por su importancia había unos barcos que hacían esta ruta que recibían el nombre de naves de Tarshish, *ôniyat tarsis*.

La fundación más antigua parece ser el santuario de Melqart en *Gadir*, la cual se sitúa habitualmente en el 1106 a.C., 80 años después de la caída de Troya, según recoge Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.*, I, 2, 3), pero algún autor local como Mela retrotrae su antigüedad, "el templo de Hércules Egipcio (…) Los tirios lo construyeron (…) desde la época de Troya" (Mel., III, 6, 46), *ca.* 1186 a.C. Anteriormente hubo dos expediciones previas con intentos frustrados de levantar un santuario en Sexi (Almuñécar) y Onoba (Huelva) (Str., III, 5, 5) (figura 21).

La fundación de *Utica*, en el norte de Túnez, a 2 días de navegación de Cerdeña, es recogida por Plinio (*N.H.*, XIX, 63), quien señala "el templo de Apolo en Utica donde aún se encuentran las vigas de cedro puestas cuando la fundación de la ciudad, hace 1178 años", *ca.* 1101 a.C. Esta divinidad solía tener carácter oracular, lo que sugiere debió ser Eshmun, *šmn*, principal dios masculino de Sidón. Por otra parte, según Pseudo-Aristóteles (*De Mirab. Ausc.*, 134), "se encuentra escrito en las historias fenicias" la fundación de *Utica*, donde se indicaba que precedió a Cartago en 287 años.

Un tercer santuario con un altar dedicado a Melqart se fundó en la inmediaciones de la ciudad de *Lixus*, en el noroeste de Marruecos, que según Plinio (*N.H.*, XIX, 63) era incluso algo más antiguo que el de *Gadir*. Se ubicaba en la desembocadura del río *Lixo*, actual Lucus, donde había "una isla (…). También queda allí un altar de Hércules y (…) unos acebuches" (Plin., *N.H.*, V, 3), olivos silvestres asociados al culto de Melqart.



Figura 21. Vista aérea del santuario de Melqart en Sancti-Petri, primera fundación fenicia en la península ibérica.

Los santuarios, para garantizar e incrementar los intercambios, se instalaron en zonas neutrales como islotes, caso de *Gadir*, promontorios costeros como *Utica* o islas en la desembocadura de ríos como *Lixus*. El intercambio era positivo para ambas partes, y como señala Justino (*Epit*., XVIII, 5, 10) en la posterior instalación en Cartago, "acudieron los habitantes de los lugares vecinos, quienes llevaron muchas mercancías a los forasteros con la esperanza de ganancias", pues "los habitantes de aquel lugar (…) se alegraban por la llegada de los extranjeros y por el recíproco comercio" (Iust., *Epit*., XVIII, 5, 8).

En cambio, los principales asentamientos fenicios de Cerdeña no tienen nombre semítico, que sería esperable de ser fundaciones originariamente fenicias, como sucede en *Caralis*-Cagliari, *Nora*, *Bithia* o *Sulcis*, los núcleos principales del sur de la isla, lo que indica que inicialmente se instalaron junto con población indígena, quizás formando barrios de comerciantes, ofrendando estelas de piedra como la de Nora. Por Tucídides (VI, 2, 6) sabemos de la presencia fenicia en Sicilia antes de los griegos, siendo el mejor emplazamiento la pequeña isla de Motia, actual San Pantaleón, al noroeste de Sicilia.

Estas fundaciones probablemente no fueron colonias, sino que una vez creado un espacio sacro que asegurase los intercambios, algunos comerciantes, familiares o algún hijo del armador que fletó la embarcación, optarían por instalarse al principio entre la población indígena, a veces casándose con una hija del jefe que detentaba el poder político local o con hijas de jefes del interior que actuaban como los principales suministradores de materias primas, para sellar alianzas con lazos familiares. Así podrían desarrollar estacionalmente las transacciones comerciales cuando la navegación era posible, e ir acumulando mercancías durante el invierno que se embarcarían con el comienzo de la temporada de navegación. Como señala Homero sobre una escala en la isla occidental de Siria, "unos fenicios rapaces, famosos marinos con su negro bajel, portadores de mil baratijas (…) quedáronse allá por un año completo allegando gran suma de bienes al hueco navío (…) dispuesto al regreso" (Hom., *Od*., XV, 415-416, 455-457) cargado de mercancías.

La ocupación fenicia más antigua en la península ibérica corresponde a la fase IV de La Rebanadilla (Málaga), 971-917 a.C., con presencia de estructuras excavadas en el suelo siguiendo la tradición indígena, una dedicada a actividades metalúrgicas de cobre, otra a un taller de marfil o una tercera procedente de un posible pozo o foso ritual. Poco después se construyó un muro perimetral con adobes de 0,60 m de grosor y en su interior se levantó un santuario que tiene dos templos con altares en su fase III. Se utilizaron muros construidos con ladrillos de adobe de 0,45x0,30 m, bancos corridos y altares en forma de piel de buey. Junto a cerámica fenicia, como un jarro de boca trilobulada y engobe rojo para servir bebida, apareció un *skyphos* del Geométrico Medio II o cerámica sarda como un *boccali* monoansado sardo, ambas para beber y un ánfora tipo Santa Imbenia, que debía transportar vino, los cuales indican ceremonias durante el abandono ritual de uno de los templos (figura 22).

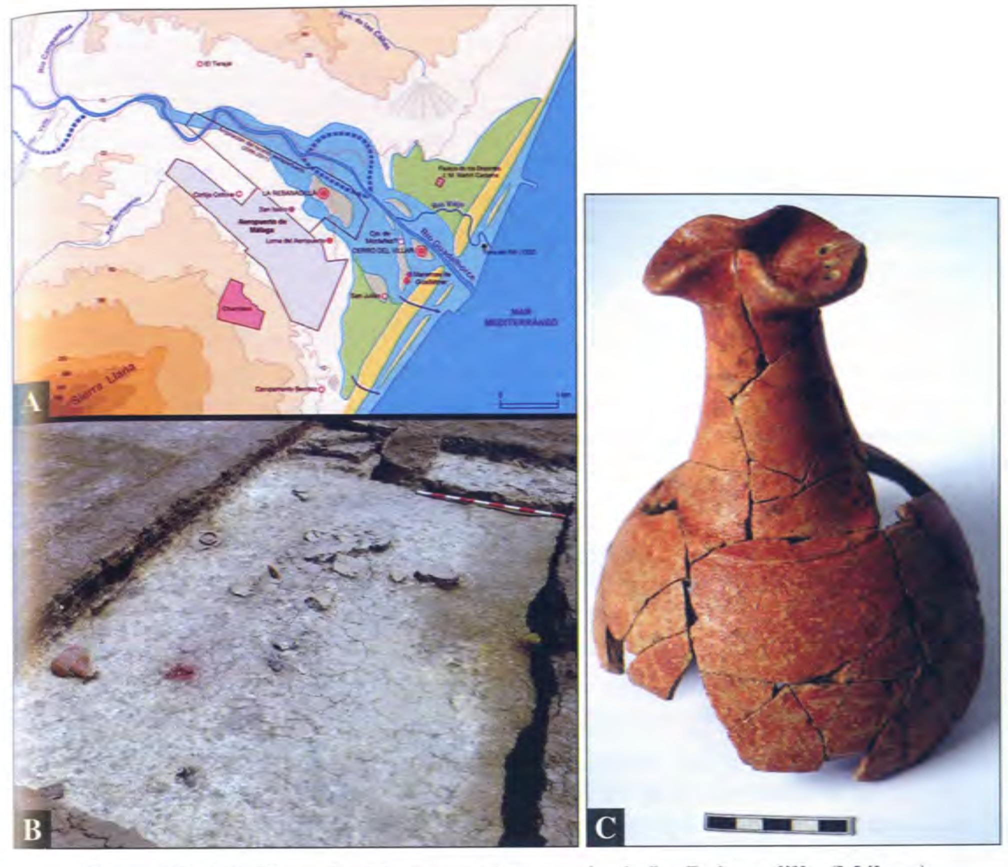


Figura 22. (A) Plano del islote con el santuario de La Rebanadilla (Málaga) en la desembocadura del río Guadalhorce (García Alfonso, 2012). (B) Suelo de abandono ritual de un templo en el santuario de La Rebanadilla. (C) Jarra con boca trilobulada de engobe rojo fenicio procedente del nivel de abandono (Sánchez *et al*., 2012).

En la ciudad de Huelva también se fundó otro santuario fenicio en una vaguada de salida de los cabezos de San Pedro, el Pino y La Esperanza, inmediato a la línea de costa. Se documentó en los niveles inferiores de la calle Méndez Núñez 7 y 13-plaza de las Monjas 12, identificándose numerosas cerámicas locales y en porcentaje similar importaciones fenicias, además de sardas y geométricas griegas. En Huelva los marinos fenicios no sólo obtenían plata y cobre, sino que al igual que a Gadir debía llegar estaño y oro aluvial que traían marinos indígenas o los propios fenicios desde las costas atlánticas. Las dataciones sugieren dos fases, una más antigua entre 970-900 a.C. y otra más reciente entre 900-800 a.C. (figura 23).

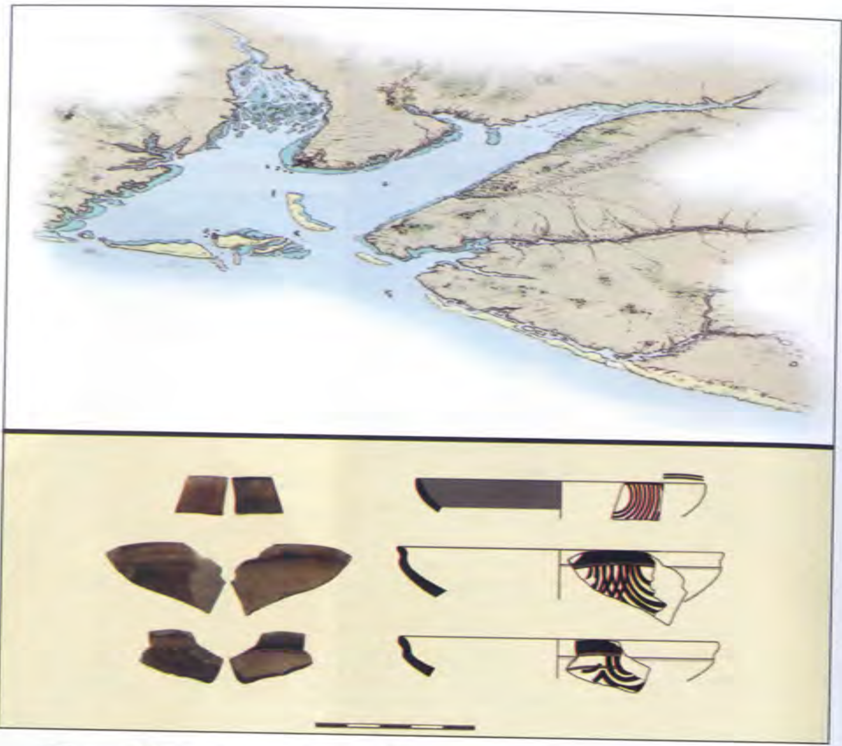


Figura 23. Arriba, emplazamiento de Huelva en una península en la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel. Abajo, cuencos eubeos del Geométrico Medio II con decoración de semicírculos colgantes de la calle Méndez Núñez en Huelva (González de Canales *et al.*, 2004).

No fue hasta el 825-800 a.C. cuando se generalizó la presencia de factorías fenicias en buena parte del litoral mediterráneo y atlántico de la península ibérica, como Puig des Molins (Ibiza), La Fonteta y Cabezo Pequeño del Estaño (Alicante), Punta de los Gavilanes (Murcia), Morro de Mezquitilla (Málaga), Ayamonte (Huelva), Quinta do Almaraz (Setúbal), Rua da Judiaria (Lisboa) o Alçacova de Santarem (Ribatejo).

6. LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN EL MEDITERRÁNEO CENTRAL Y OCCIDENTAL

Grecia tuvo un importante crecimiento poblacional durante el periodo Protogeométrico, 1025-925 a.C., que continuó en Geométrico Inicial y Medio, 925-825/760 a.C., en un contexto de concentración de tierras por parte de la aristocracia o *aristoi* convertidos en terratenientes, mientras buena parte de la población sufría la *stenochoria* o falta de tierras, no pudiendo acceder a su propiedad. La alternativa era arrendar tierras a cambio de una cantidad fija anual en productos, aunque la calidad de la cosecha podía oscilar cada año, lo que les endeudaba durante las malas cosechas. Por otra parte, los pequeños propietarios sufrían las particiones de la tierra familiar en parcelas cada vez más pequeñas en las herencias o bien debían optar por la concentración de las tierras familiares en un único heredero para evitar una excesiva fragmentación, lo que obligaba a emigrar al resto de los hermanos. Esto provocó inicialmente una emigración de antiguos campesinos a los núcleos urbanos que fueron reciclándose hacia otras actividades como comercio, marineros, carpintería, cerámica, etc., pero generó inestabilidad social por lo que la emigración o el "comercio y [así] salir de las deudas y el hambre" (Hesiod., *Trab.*, 646-647) fue favorecida desde las ciudades. Los santuarios, que además actuaban como depositarios de la información sobre rutas y destinos comerciales, ayudaban a dirigir con sus oráculos hacia puntos propicios que conocían para crear nuevos asentamientos.

Para desarrollar sus empresas coloniales, inicialmente contaban con barcos del tipo de la pentecontera de 50 remeros, dispuestos en una fila de 25 por cada lado, y unos 20 m de longitud, que además tenía unos 4 o 5 tripulantes, incluyendo al capitán del barco o *keulestes*. Posteriormente se usó el birreme, con 28 remos a cada lado en dos niveles, totalizando 56 remeros, al que más tarde los piratas le añadieron 14 remeros más, 7 por lado, en un banco superior, denominado *hemiolia*, para ganar velocidad.

La colonización griega parece que comenzó en Pitecusa o *Pithekoussai*, un *emporion* mercantil fundado por marinos eubeos en la isla de Isquia, en la bahía de Nápoles, por mercaderes de sus dos principales ciudades, Calcis y Etreria, el 776 a.C., seguramente después de sucesivas navegaciones comerciales previas a lo largo de años, por lo que quizás esta fecha es sólo una oficialización de una actividad comercial ya regular en las costas del sur de Italia y Sicilia durante varias décadas previas. En las tumbas de la necrópolis, la joyería sugiere que parte de las mujeres eran de la población local. Sin embargo, el asentamiento acabó trasladándose al continente donde se fundó propiamente la primera colonia o *apoikia* griega en Cumas, que tenía ciudadanos y estaba rodeado por un territorio propio o *khora*, tierras que se repartían para su cultivo. Fue fundada por eubeos de las ciudades de Calcis y Cime (Str., V, 4, 4) hacia el 750 a.C. Es un buen ejemplo de cómo partiendo de un territorio pequeño los griegos se fueron expandiendo por la Campania, fundando puertos en *Miseno* y *Dicearquía* y después otra colonia en *Neápolis*, actual Nápoles, denominada inicialmente *Parténope*, en la colina de Pizzofalcone. La calidad del puerto de *Miseno* se refleja en que Agripa lo eligió el 27 a.C. para fundar la principal base de la flota romana, mientras en *Dicearquía* se instalaron después exiliados de Samos (figura 24).

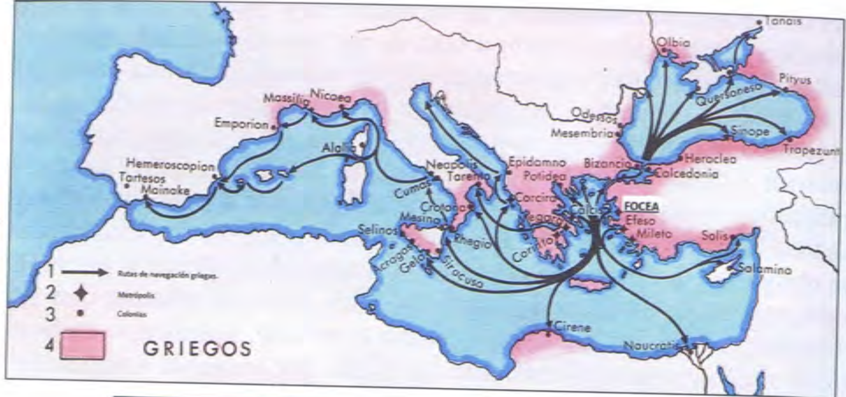




Figura 24. Arriba, colonización griega en el Mediterráneo. Abajo, primera fundación eubea de Pitecusa en la isla de Ischia, bahía de Nápoles (Italia).

La ruta de posibles navegaciones eubeas hacia occidente viene marcada por una serie de topónimos en *oussa*, al igual que *Pithekoussai*, que mencionan a *Meloussa* (Menorca), *Cromoussa* (Mallorca), *Pityoussai* (Ibiza) u *Ophioussa* (Formentera).

Estas navegaciones llegarían hasta las costas andaluzas, a la isla de *Cotinoussa*, o de los olivos silvestres, que los fenicios llamaron *Gadir*, denominación que algún autor como Dionisio Perigeta (*Orbis descriptio*, 455-456; *Eschol. Lyc. Alexandra*, 649) consideran incluso anterior a la fundación fenicia.

No obstante, la incidencia de la colonización griega en la península ibérica siempre ha sido más presupuesta por las fuentes literarias que por los datos arqueológicos, donde siempre Ampurias ha sido el referente. Mencionada como una fundación de los masaliotas (Str., III, 4, 8), después de unas prospecciones en 1818, se publicó en francés un primer plano por Jauberl de Paça en 1823 y la primera campaña se remonta a 1846-47 por la Comisión de

Monumentos de Girona, con pocos resultados. Renovado el interés por el sitio después de la monografía de Joaquim Botet en 1879, las excavaciones no se retomaron hasta unos primeros sondeos de Schulten y el inicio de las campañas anuales por Puig i Cadafalch y Gandia desde 1908 que han revelado la entidad de la única colonia griega actualmente bien conocida con datos arqueológicos en la península ibérica. El lugar, ocupado inicialmente por algunas cabañas durante el Bronce Final IIIA, volvió a reocuparse a mediados del siglo VII a.C. con viviendas de planta rectangular de 5x2,80 m, presentando importaciones de ánforas fenicias y etruscas, cerámicas fenicias también documentadas en la cercana necrópolis de Vilanera. Las primeras importaciones masaliotas llegaron a partir de inicios del siglo VI a.C., que se debieron instalar de manera estable hacia el 575-550 a.C. (figura 25a y 25b).

En otras posibles colonias la información es principalmente textual. Sobre *Rhode* (Girona) se atribuye a "los rodios (…) antes del establecimiento de las Olimpiadas (…) navegando por ello hasta Iberia, donde fundaron Rhodos, que después pasó a ser posesión de los masaliotas" (Str., XIV, 2, 10; Ps.-Scimio,

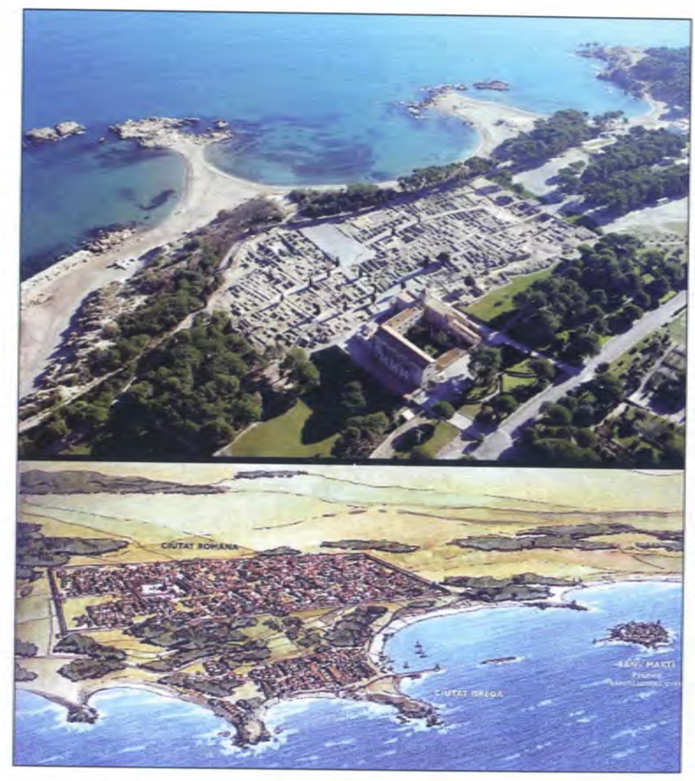


Figura 25. Arriba, vista aérea de la neápolis de *Emporiae* (Girona). Abajo, isla de Palaiàpolis, primer asentamiento griego en Ampurias.

205-206), antes del 776 a.C. y entonces precedería a la fundación de *Pithekoussai*. En otro momento la considera "una pequeña colonia fundación de los *emporitai*, pero según algunos fundación de los *rhódioi*" (Str., III, 4, 8). Los primeros sondeos arqueológicos fueron en 1916 por Bosch Gimpera y Gandía, pero al extenderse por debajo de la ciudadela de Rosas y la iglesia de Santa María, las excavaciones urbanas de momento no han superado el siglo V a.C.

Otros topónimos los aporta la *Ora Marítima* de Avieno, redactada en el siglo IV d.C., pero que incluye datos de un periplo fenicio más antiguo. Entre ellos están *Kypsela*, en el entorno de Gerona, *Kallipolis*, *Salauris* y *Lebedontia* al norte del Ebro, *Hemeroskopeion* por Alicante, que es considerada una fundación masaliota por Estrabón (III, 4, 6), provincia donde se menciona también a *Alonis* como otra posible colonia masaliota según Artemidoro de Éfeso, geógrafo del siglo I a.C.

Para las regiones meridionales la evidencia más antigua es el viaje de Kolaios de Samos a Tartessos, desviado en su ruta a Egipto por una tormenta, hasta que "atravesaron las Columnas de Heracles y arribaron a Tarteso". Por sus grandes ganancias ofrendaron al santuario de Hera en Samos un gran "caldero de bronce" (Herod., IV, 152), donde también se han localizado una serie de peines de marfil con iconografía orientalizante, similares a los de Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). Este texto se ha relacionado cronológicamente con la fundación de la colonia de Cirene (Libia) hacia el 640-630 a.C.

Finalmente, también se narra la llegada de foceos en penteconteras de cincuenta remeros a Tartessos. Allí, su rey Argantonio "les invitó a abandonar la Jonia y a establecerse en sus dominios, donde quisiesen" (Herod., I, 163-164). Esta visita se sitúa durante la talasocracia focea, entre el 584-540 a.C., pero ya los fenicios llevaban más de tres siglos en el sur de la península ibérica.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERTI, G. (2006): "Per una 'gerarchia sociale' a Thapsos: analisi contestuale delle evidenze funerarie e segni di stratificazione". *Rivista di Scienze Preistoriche*, 56: 369-428.

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): "El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica". *Saguntum*, 12: 89-144.

ALMAGRO GORBEA, M. (1986): "Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas". En A. Montenegro (ed.): *Historia de España. I. Prehistoria*. Editorial Gredos. Madrid: 341-532.

AUBET SEMMLER, Mª.E. (2009): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. 3ª Edición ampliada y puesta al día. Bellaterra. Barcelona.

BERNARDINI, P. (2010/2020): *Las torres nuragas y el metal. Cerdeña: historias antiguas de una isla mediterránea*. Bellaterra. Barcelona.

BIETTI SESTIERI, A.M. (2008): "L'età del Bronzo finale nella penisola italiana". *Padusa*, NS, 44: 7-54.

CABRERA, P. y AQUILUÉ, X. (eds.) (2012): *Iberia Graeca. El legado arqueológico griego en la península Ibérica*. Centro Iberia Graeca. Girona.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (2007): "La Península y el Mediterráneo arcaico: las dinámicas coloniales". En E. Sánchez Moreno, A. Domínguez Monedero y J.L. Gómez Pantoja (eds.): *Protohistoria y antigüedad de la península Ibérica. II. La Iberia prerromana y la romanidad*. Silex ediciones. Madrid: 73-432.

GONZÁLEZ de CANALES, F., SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Biblioteca Nueva. Madrid.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. y RUIZ-GÁLVEZ, Mª.L. (2016): "House Societies in the Ancient Mediterranean (2000-500 BC)". *Journal of World Prehistory*, 29 (4): 383-437.

GRAZIADIO, G. y GUCLIEMINO, R. (2011): "The Aegean and Cypriot Imports to Italy as Evidence for Direct and Indirect Trade in the 14th and 13th Centuries BC". En K. Duistermaat, J. Regulski, G. Jennes y L. Weiss (eds.): *Intercultural Contacts in the Ancient Mediterranean* (Cairo, 2008). Orientalia Lovaniensia Analecta, 202. Uitgeveris Peeters. Leuven: 309-326.

GUERRERO, V.M., CALVO, M. y GORNÉS, J.S. (2006): *El poblamiento prehistórico de las islas Baleares. Desde los inicios al fin de la Edad del Bronce*. Historia de las Baleares. I. Rey Sol. Palma.

LEIGHTON, R. (2016): "Cassibile revisited: rock-cut monuments and the configuration of Late Bronze Age and Iron Age in southeast Sicily". *Praehistorische Zeitschrift*, 91 (1): 124-148.

LÓPEZ CACHERO, F.J. (2008): "Necrópolis de incineración y arquitectura funeraria en el noreste de la Península Ibérica durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro". *Complutum*, 19 (1): 139-171.

LORRIO ALVARADO, A.J. (2009-2010): "El Bronce Final en el Sureste de la Península Ibérica: una (re)visión desde la arqueología funeraria". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 25-26: 119-176.

LO SCHIAVO, F. (2018): "Lingotti oxhide e oltre. Sintesi ed aggiornamenti nel Mediterraneo e in Sardegna". En A. Giumlia-Mair y F. Lo Schiavo (eds.): *Bronze Age Metallurgy in the Mediterranean Islands, in honour of Robert Maddin and Vassos Karageorghis*. Monographie Instrumentum, 56. Drémil-Lafage: 13-55.

LO SCHIAVO, F., MacNAMARA, E. y VAGNETTI, L. (1985): "Late Cypriote imports to Italy and their influence on local bronzework". *Papers of the British School at Rome* 53: 1-71.

LULL, V.; MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. (2014): "Las Islas Baleares: desde la colonización humana estable hasta la conquista romana". En M. Almagro Gorbea (ed.): Protohistoria de la Península Ibérica: del Neolítico a la Romanización. Universidad de Burgos-Fundación Atapuerca. Burgos: 147-159.

MEDEROS MARTÍN, A. (1997): "Cambio de rumbo. Interacción comercial entre el Bronce Final atlántico ibérico y micénico en el Mediterráneo Central (1425-1050 a.C.)". *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2): 113-134.

MEDEROS MARTÍN, A. (1999): "Ex Occidente Lux. El comercio micénico en el Mediterráneo Central y Occidental (1625-1100 a.C.)". *Complutum*, 10: 229-266.

MEDEROS MARTÍN, A. (2020): "Comercio y rutas marítimas entre la Península Ibérica y la Cerdeña nurágica durante el Bronce Final (1300-1050 a.C.)". *Quaderni. Rivista di Archeologia della Soprintendenza archeologica di Cagliari e Oristano*, 31.

MINOJA, M., SALIS, G. y USAI, L. (eds.) (2015): *L'Isola delle Torri. Giovanni Lilliu e la Sardegna Nuragica* (Cagliari-Roma-Milano, 2014-16). Carlo Delfino editore. Sassari.

PECHE-QUILICHINI, K. (2011): "Les monuments turriformes de l'âge du bronze en Corse: tentative de caractérisation spatiale et chronologique sur fond d'historiographie". D. García (ed.): *L'âge du bronze en Méditerranée Recherches récentes*. Errance. Paris: 155-170.

RUIZ ZAPATERO, G. (2004): "Casas y tumbas. Explorando la desigualdad social en el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro". *Mainake*, 26: 293-330.

SÁNCHEZ, V., GALINDO, L., JUZGADO, M. y BELMONTE, J.A. (2018): "La Rebanadilla, santuario litoral fenicio en el Sur de la Península Ibérica". En M. Botto (ed.): *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a la luz de los descubrimientos más recientes*. Collezione di Studi Fenici, 48. Consiglio Nazionale dell Ricerche. Roma: 305-325.

TANASI, D. (2004): "Per un riesame degli elementi di tipo miceneo nella cultura di Pantálica Nord". En V. La Rosa (ed.): *La presenze micenee nel territorio siracusano* (Siracusa, 2003). Bottega d'Erasmo. Padova: 337-383.

TANASI, D. (2010): "Bridging the Gap. New Data on the Relationship between Sicily, the Maltese Archipelago and the Aegean in the Middle Bronze Age". *Mare Internum*, 2: 103-111.

VAGNETTI, L. (ed.) (1982): *Magna Grecia e Mondo Miceneo. Nuovi documenti*. Istituto per la storia e l'archeologia della Magna Grecia. Taranto.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. Las nuraghi son:
   a) Construcciones del Talayótico.
   b) Construcciones del Nurágico.
   c) Construcciones del Torreano.
2. Ampurias fue una:
   a) Colonia fenicia.
   b) Colonia púnica.
   c) Colonia griega.
3. La Cultura Pantálica del Bronce Final se desarrolla en:
   a) Córcega.
   b) Sicilia.
   c) Cerdeña.
4. Las corrientes culturales que llegan a la península ibérica a finales del II milenio a.C. son:
   a) Orientales.
   b) Africanas.
   c) Mediterránea, centroeuropea y atlántica.
5. La Cultura Torreana se desarrolla en:
   a) Córcega.
   b) Baleares.
   c) Malta.

Tema 13

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO EN LA EUROPA TEMPLADA

José Manuel Quesada López

1. LA METALURGIA DEL HIERRO

Los prehistoriadores han datado los comienzos de la Primera Edad del Hierro en Europa central y oriental hacia el año 700 a.C. Pero la historia del trabajo de este metal se puede rastrear en tiempos remotos, ya que los primeros objetos aparecieron en el Mediterráneo oriental hacia el tercer milenio bajo la forma de algunas pocas piezas trabajadas de forma tosca. La metalurgia del hierro tuvo fuerte impulso entre los hititas y asirios del segundo milenio. Pero la verdadera metalurgia del hierro, en el continente europeo, comenzó en el 1200 a.C., cuando se registraron objetos pequeños de fabricación muy sencilla en varias tumbas griegas de los periodos Heládico Final IIIc y Submicénico, principalmente joyas menores y pequeños cuchillos. La presencia de objetos de hierro aumentó en el periodo protogeométrico griego, en

el 1000-900 a.C., mostrando una técnica más evolucionada que favoreció por ejemplo la elaboración de puñales y espadas. De ahí se produjo su salto a Occidente y Centroeuropa, utilizando como vía de propagación el fenómeno de la colonización del siglo VIII a.C. En las regiones orientales hubo un vector de expansión del fenómeno a través de las tribus de pastores nómadas del oriente, pero su influencia está todavía por calibrar en sus dimensiones exactas.

Las valoraciones sobre las características del proceso, factores, procedimientos y vías de expansión de la siderurgia han variado a lo largo del tiempo. Durante el desarrollo de las teorías difusionistas de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, el prehistoriador Vere Gordon Childe propuso con vehemencia que la penetración del hierro en Europa fue la consecuencia de las invasiones de pueblos originarios de lo que él llamó altas culturas del Mediterráneo, imbatibles en la ocupación de poblados fortificados (*hillforts*) del interior continental. Frente a esta propuesta radical, prehistoriadores moderados como Pleiner y Maddin justificaron la propagación de la siderurgia por la lenta progresión humana desde los Balcanes o el Caúcaso. En la actualidad la expansión de la metalurgia se interpreta a partir de la colonización fenicia y griega por el Mediterráneo en torno al siglo VIII a.C. Las huellas del metal se reconocen en colonias como Pithecusa y Massalia, desde donde se exportaron las primeras piezas manufacturadas a los poblados indígenas de las culturas colindantes. Fue así como los colonos griegos de Pithecusa propagaron el metal por los territorios de la Cultura villanoviana. En estas culturas itálicas los primeros productos de hierro aparecieron en fechas muy tempranas, hacia el siglo IX a.C., en el marco cultural indígena del Bronce Final. La propagación del hierro en las comunidades centroeuropeas aun tardaría algo más, hasta el siglo VII a.C., probablemente a través de la ruta del río Ródano. El retraso en la adopción de la siderurgia, de la producción efectiva de piezas de hierro, fue una clara demostración de las dificultades de penetración de una tecnología bastante revolucionaria pero muy exigente en el plano tecnológico.

En comparación con la minería de metales tradicionales (cobre y estaño), la minería del hierro proporcionaba muchas posibilidades y expectativas por su abundancia natural. El hierro aparece repartido en casi todas las regiones porque se puede extraer de múltiples minerales: goetita, magnetita, hematíte, limonita, pirita, limnita. Mas a pesar de la riqueza de las fuentes de aprovisionamiento, la siderurgia no se difundió rápidamente debido a las dificultades técnicas. Por de pronto, la fundición del hierro requería temperaturas de 1.537ºC, tres veces superior a la temperatura de fusión del cobre (447ºC). Para alcanzar tales temperaturas, el trabajo del hierro solo era accesible utilizando hornos avanzados con procedimientos de tiro para regular la entrada de oxígeno. Estas elevas temperaturas y la necesidad de crear un ambiente reductor eran condiciones imprescindibles pero no las únicas. Resultaba necesario controlar de manera rigurosa la selección de la materia en bruto más que en los metales tradicionales. No en vano hay componentes químicos que mejoran la calidad, por ejemplo el manganeso. Y otros que provocan dificultades

en la fábrica hasta mermar sensiblemente la calidad del producto acabado u obstaculizar el trabajo. Por ejemplo la presencia de sulfuro hace el hierro quebradizo y la contribución de la más mínima proporción de azufre (inferior al 1%) imposibilita por completo trabajar con el metal.

Durante el proceso de fabricación de las piezas, la metalurgia del hierro necesitaba otras dos operaciones delicadas, que requerían de un alto nivel tecnológico. La primera era el control riguroso del proceso de carburación, tratamiento técnico que regula la absorción del mineral. La segunda era la práctica precisa del proceso de templado a fin de alcanzar un enfriamiento adecuado del metal fundido o ganga. Para todo ello había que calentar el mineral en hornos convenientes, construidos con fuelles de ventilación, y combinar con la destreza necesaria la ganga mineral con el óxido de hierro. El resultado de la mezcla era una materia pastosa que además requería su propio tratamiento, masa viscosa con gran cantidad de escorias que han de ser eliminadas golpeando de forma precisa con un martillo. El conocimiento de la siderurgia exigía además controlar técnicas específicas: el forjado se utilizaba para separar las sustancias no metálicas de los nódulos obtenidos en el horno; la laminación servía para unir láminas de hierro carburado (sometido a intenso calor) mediante el martillado; la aceración o carburación permitía mejorar la calidad, calentando la pieza en la forja para facilitar la separación de la escoria; el temple se usaba para endurecer el metal; y el revenido permitía endurecer puntas y filos. En realidad la auténtica difusión de la metalurgia del hierro en la Europa templada se produjo solo cuando se logró dominar el proceso de aceración y así elaborar hierro endurecido.

Lograr un conocimiento y un control técnico de todos estos procedimientos resultaría una labor bastante compleja para los primeros trabajadores del hierro de la Europa templada del año 1000 a.C. Estos primeros artesanos eran realmente broncistas, que tuvieron que afrontar el nuevo metal a través de un aprendizaje paulatino y lento. Es probable que los maestros broncistas trabajaran inicialmente el hierro de un modo accidental, utilizando pequeños glóbulos sin un control técnico adecuado de las temperaturas, lo que impediría la fusión apropiada y la producción en moldes. Los análisis técnicos de piezas apuntan a un trabajo sencillo de martilleado y al uso de hierro dulce, la variedad más pura del metal pero también la más blanda y por tanto la de menor calidad para fabricar piezas con una resistencia y dureza apropiadas. Todavía se desconocían los procedimientos técnicos para aumentar la resistencia del hierro, en particular la mezcla con elementos (sobre todo no metálicos) como el carbono, que acaba produciendo acero. Los objetos de hierro más antiguos de Centroeuropa muestran notables deficiencias en la fundición, irregularidades en la eliminación de escorias y desconocimiento de la aceración.

Las notables dificultades para controlar el hierro perjudicaron la implantación rápida de la siderurgia en la Europa templada. De hecho las prácticas metalurgias en los siglos VIII-VI a.C. continuaron centradas en la tecnología del bronce, que se usaba plenamente para fabricar la más amplia gama de produc-

tos: instrumentos domésticos, objetos de adorno, aperos de labranza y armamento. El hierro solo se usó de manera muy limitada, para una pequeña gama de piezas: complementos ornamentales, artículos para tareas cotidianas como agujas o pasadores, y unas pocas armas para satisfacer las demandas de prestigio de las élites de la sociedad, principalmente cuchillos, algunas espadas largas y en menor medida guarniciones y arreos para caballos. Pero incluso algunas de las producciones de hierro más prestigiadas, por ejemplo las espadas, eran realmente imitaciones de modelos hechos en los talleres locales sobre bronce. Muchas de esas primeras espadas recurrían a hierro dulce de modo que tenían una calidad muy mediocre y resultaban prácticamente inútiles para combatir en la guerra. En tales circunstancias cabe pensar que las primeras espadas se utilizaron sobre todo como piezas de prestigio simbólico. Hay interpretaciones más complejas, que consideran la expansión de las primeras espadas de hierro como una estrategia social de cara a beneficiar la acumulación de las espadas de bronce por las clases dirigentes, que a fin de cuentas eran mejor valoradas socialmente por su mayor calidad técnica.

La importancia del hierro en los primeros tiempos podría no ser tanto consecuencia de su expansión como de su limitación a sectores privilegiados representados por las jefaturas principescas del Hallstatt. El nuevo metal pudo ser monopolizado por las jefaturas a fin de regular sus medios de producción y sus redes de intercambio, mediante el control de los talleres broncistas recurriendo a lazos de clientela. De esta manera, la primera metalurgia centroeuropea respondería a un modelo de producción monopolista y clientelar, centrado en las



Figura 1. Dispersión de las culturas de la Primera Edad del Hierro en Europa.

clases privilegiadas. Esta perspectiva permite reconocer la siderurgia no solo como un avance tecnológico sino como una realidad socieconómica con múltiples dimensiones: su implicación con un modelo de jerarquización social, con la instauración hegemónica de minorías aristocráticas guerreras, procesos crecientes de desigualdad social, economías basadas en bienes de prestigio y proliferación de las redes de intercambio incentivadas por la colonización mediterránea.

2. LA CULTURA DE HALLSTATT

2.1. Dispersión geográfica y cronología

Los prehistoriadores califican la cultura centroeuropea por antonomasia de la Primera Edad del Hierro como Cultura de Hallstatt. Esa denominación fue implantada por el sueco Hans Hildebrand, si bien los primeros intentos de periodización cultural fueron realizados por los alemanes Otto Tischler y Paul Reinecke. Éste último dividió la Cultura hallstática en cuatro periodos, que con el paso del tiempo se han acabado imponiendo en cualquier investigación sobre la materia. Reinecke calificó los dos primeros periodos como Hallstatt A y Hasllstatt B y su marco cultural se remonta a la Cultura de los Campos de Urnas que caracterizó la Europa Templada en la Edad del Bronce Final (1200-750 a.C,). De manera correlativa, dio en llamar los dos periodos siguientes Hallstatt C y Hallstatt D. Son estos dos los periodos que representan claramente la Edad del Hierro I (750-450 a.C.).

La Cultura hallstática del hierro (a partir de ahora simplemente Hallstatt para abreviar) recibe su nombre de una necrópolis austriaca, que constituye uno de los yacimientos más conocidos de la Europa Templada. La necrópolis llamada Hallstatt se enmarca en un marco natural envidiable, un valle encaramado sobre la orilla de un hermoso lago glaciar cerca de Salzburgo y rodeado por montañas alpinas próximas a 3.000 metros de altura. Los primeros enterramientos en esta necrópolis se remontan hasta el Bronce Final si bien su periodo álgido se situó más tarde, en los siglos VII-VI a.C. El nombre de la necrópolis se ha usado para designar la cultura que se propagó ampliamente entre los territorios de Francia y Checoslovaquia, un crisol de comunidades dispares pero que presentaban una serie de rasgos culturales más o menos comunes. En cualquier caso los estudiosos han discriminado dos regiones hallstáticas distintas para afinar las investigaciones, conocidas como Hallstatt occidental y Hallstatt oriental.

La Cultura hallstática occidental ocupaba la franja septentrional de la cadena montañosa de Los Alpes situada entre Francia occidental y Alemania oriental. El núcleo central de la cultura en las tierras francesas se localizaba en el punto de conexión de las cabeceras de los ríos Ródano y Sena y su poblado más conocido fue Mont-Lassois, en plena Borgoña francesa. Por su parte la

zona más importante en las tierras alemanas se situaba entre las cabeceras del Rhin y Danubio, y sus poblados más relevantes fueron Heunenburg y Hohenasperg, en Baden-Wuttenberg. Los yacimientos arqueológicos de ambas regiones han legado unos objetos arqueológicos comunes que dan uniformidad cultural a la región: los carros de cuatro ruedas, los puñales de antenas, los collares de oro y los brazaletes de bronce. En cuanto al Hallstatt oriental, su territorio se propagó al noreste de Los Alpes, la cuenca de nacimiento de varios afluentes del Danubio. Los yacimientos más conocidos del Haslltatt oriental fueron los poblados de Kleinkein y Stična, así como las minas de Dürnberg y Hallstatt.

2.2. Hábitat y poblamiento

Durante el periodo Hallstatt C el poblamiento se caracterizó por pequeños poblados que integraban un parco puñado de viviendas, formando aldeas y granjas, establecidas como unidades de explotación agropecuaria caracterizadas por la autosuficiencia económica. Muchos de los poblados fortificados en altura –que habían proliferado en el Bronce Final– fueron abandonados y su población descendió a las tierras bajas para formar pequeñas comunidades pacíficas con mínimas necesidades defensivas, salvo algunas empalizadas sencillas. El poblado de Goldberg (región Baden-Wutenberg) fue una aldea típica para la época, pero relativamente extensa pues agrupaba cuarenta casas, todas ellas con planta rectangular. Las viviendas de este poblado se dispersaban por el terreno con cierto orden pero sin una planificación estricta. No obstante tres de ellas formaban un grupo separado del resto del poblado por unos cercados, posiblemente de madera, circunstancia que se ha interpretado como el recinto particular del cabecilla de la comunidad.

Pero la situación comenzó a cambiar en los primeros años del Hallstatt D, por la aparición de asentamientos más grandes y fortificados. Eran poblados de mediana extensión en los que se concentraron nutridos grupos de población, que tenían cierta planificación interior y sistemas de defensa para la protección. La arqueología alemana califica estos poblados como *fürstensitze* y representan la base de un tipo de poblamiento muy jerarquizado, que se vincula con varias circunstancias: la concentración demográfica, por el incremento de la población; la acumulación del poder en manos de minorías dirigentes, que utilizaron los poblados como residencias nobles; el control de los recursos del territorio, provocado por la competitividad con las jefaturas vecinas; y la necesidad de contar con centros idóneos para centralizar la producción y facilitar su distribución desde puntos estratégicos claves del territorio.

Los poblados hallstáticos de tipo *fürstensitze* se ubicaban en altitudes modestas sobre el territorio circundante, promontorios y colinas, que tenían la posición estratégica oportuna para controlar su entorno inmediato y vías de comunicación circundantes. Tenían sólidas empalizadas de madera y en ocasiones hasta auténticas murallas. El interior ofrecía una relativa planificación interna: las viviendas

se disponían más o menos en hileras, a veces separadas por viarios; las zonas para las tareas artesanales se agrupaban en un espacio propio (*suburbium*); y las áreas más elevadas se restringían a las gentes privilegiadas en una especie de *acrópolis* que reunía las viviendas más grandes. El modelo de vivienda habitual se mantenía en las tradiciones del Hallstatt C, plantas rectangulares alzadas con postes verticales, fuertemente hincados, para mantener un entramado de madera sobre la que descansaban techumbres de dos y cuatro vertientes.

El yacimiento de Mont Lassois proporciona una buena idea de cómo fueron los orígenes de los poblados. Pero los rasgos prototípicos se aprecian nítidamente en el poblado más conocido: Heunenburg (figura 2). Este poblado se situaba en un punto estratégico de la región del alto Danubio desde donde controlar varias rutas de comunicación, dominar la importante conexión entre el curso medio del Danubio y Francia central, y tutelar el punto de partida hacia los pasos montañosos transalpinos que permitían acceder al rico valle del Po. Esta posición privilegiada fue razón más que suficiente para levantar el



Figura 2. El asentamiento de Heunenburg representa el poblado hallstático modélico. Reconstrucción del poblado y detalle de la organización interna del poblado en un área de viviendas intramuros.



Figura 3. Las cabañas del poblado de Heunenburg respondían al modelo de vivienda indoeuropea de planta rectangular. Planificación de un conjunto de viviendas próximas a la muralla y restitución de una vivienda hallstática típica.

poblado hacia el siglo VII a.C., aprovechando un altozano junto a las mismas orillas del río, sobre un área de algo más de tres hectáreas. Las excavaciones han permitido conocer algunos núcleos de habitación concentrados en la esquina sureste del poblado y las murallas que protegían el lugar. Las plantas de las viviendas eran rectangulares y sus muros formados por una sólida trabazón de madera (figura 3). Las murallas del poblado fueron remodeladas varias veces para asegurar la conservación. En los primeros años del siglo VI a.C., coincidiendo con el momento de mayor esplendor del lugar, se llevó a cabo la remodelación más importante: los habitantes levantaron un muro defensivo resistente usando tanto adobes como una sólida base de piedra, que alcanzó los cuatro metros de altura y se protegió con numerosas torres rectangulares en las que se abrían saeteras. El uso del adobe y las torres nada tenían que ver con las tradiciones constructivas nativas pues obedecían a pautas de construcción oriental organizadas bajo la supervisión de un experto griego.

2.3. Enterramientos

Hacia el año 700 a.C. desapareció la antigua tradición de los Campos de Urnas y con ello la homogeneidad cultural que caracterizó gran parte del continente en tiempos del Bronce Final. Las urnas de incineración dejaron paso a un ritual de enterramiento basado en la inhumación de los cadáveres, que se depositaban en fosas a veces ocultas bajo túmulos. La inhumación se propagó de manera generalizada desde Francia hasta Checoslovaquia, pero tampoco se tradujo en una homogeneidad cultural absoluta porque existió un amplio abanico de variantes regionales. De hecho, tampoco se abandonó por completo la práctica de incineración que había sido común en los pasados tiempos del Bronce Final. Esta convivencia ritual se aprecia perfectamente en la necrópolis del lugar de Hallstatt, que refleja hasta qué punto se simultanearon los dos modos de enterramiento (figura 4).

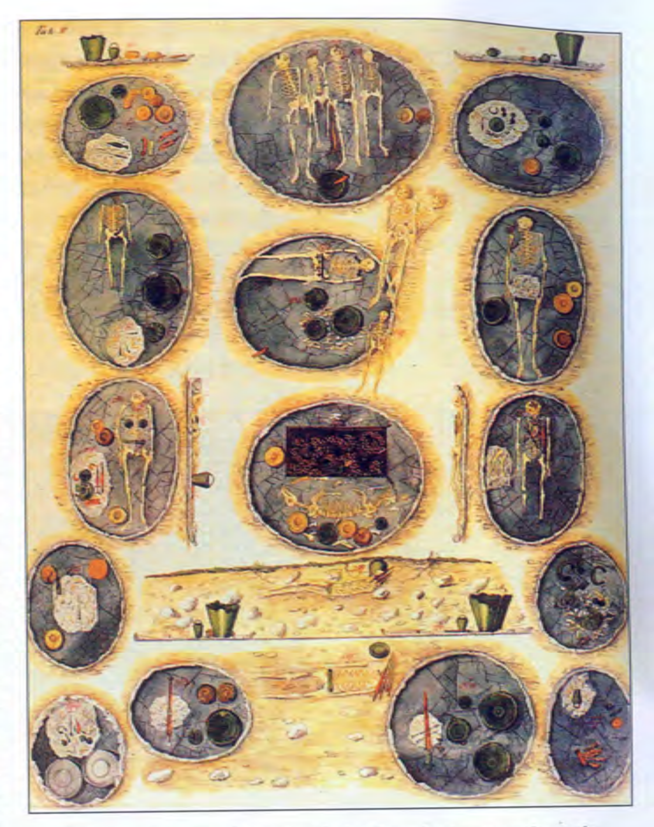


Figura 4. Los planos originales de las tumbas de Hallstatt son un documento histórico único para comprender la necrópolis. Acuarelas de Johann Georg Ramsauer de 1846-1863.

La necrópolis del yacimiento de Hallstatt se sitúa a media ladera de la larga pendiente que asciende hasta las minas. Las investigaciones realizadas hasta ahora han detectado más de dos mil sepulturas, poco más de la mitad ocultaban inhumaciones en posición de cúbito supino (55%), y las restantes, urnas de cerámica con las cenizas del difunto (45%). Tanto en las inhumaciones como en las incineraciones han aparecido numerosos objetos de ajuar, que simbolizaban la posición social del individuo en vida. La tumba más famosa de la necrópolis (la numerada como 507) poseía una urna con las cenizas de un probable guerrero, rodeaba de varias cerámicas y objetos de bronce que denotan una posición de prestigio: una sítula (caldero) de bronce importada, un hacha con decoración zoomorfa, una estatuilla de bóvido, brazaletes, pendientes articulados, copas y un soporte decorado con motivos simbólicos de la tradición solar.

Fue a principios del Hallstatt D cuando se registró la inusitada proliferación de las tumbas privilegiadas de inhumación cubiertas por túmulos de varios metros de altura, situadas en las proximidades de los grandes poblados. La arqueología alemana conoce este tipo de tumbas como *fürstengräber* pero hay una calificación más genérica: tumbas principescas. Estas tumbas privilegiadas del Hierro I representan con nitidez el proceso de desigualdad social originado por el enriquecimiento de ciertos personajes, minorías de alta alcurnia que alcanzaron una preeminencia social y optaron por la amortización de sus riquezas en grandes tumbas como instrumento para prestigiar públicamente su potestad. La estructura constructiva de estas tumbas se convertía en una representación simbólica



Figura 5. Las tumbas principescas tenían al exterior la imagen de túmulos o colinas artificiales, por lo general coronados por una estatua. Túmulo de la tumba de Hochdorf (arriba) y túmulo de Hochmichele (abajo).

de su poder a fin de mantener el control político, social y económico. De hecho los túmulos sobresalían sobre su entorno de manera visible y se alzaban en las cercanías del poblado, ejerciendo así un control sociológico sobre la comunidad (figura 5). En las cimas de varios túmulos llegaron a levantarse grandes estatuas, a mayor recuerdo del difunto, por ejemplo en la tumba de Hirschlanden (zona de Baden-Wüttemberg), que estaba rematada con la imponente imagen en piedra de un guerrero presumiendo de casco y puñal al cinto.

Las tumbas principescas consistían en cámaras soterradas en montículos artificiales que se levantaban con piedra y tierra apelmazada. Estas cámaras constituían una especie de encofrados construidos por una trabazón sólida de fuertes vigas de madera, que ofrecían cobijo a los cuerpos de los difuntos entre numerosos objetos personales como refrendo de la vida de lujo, riqueza personal y prestigio social. Las cámaras tenían divanes, dagas, puñales, hachas, arcos, enormes calderos soportados por elegantes trípodes, vajillas de banquete, cuernos para beber, copas, vasos, y como denominador común una serie de carros de cuatro ruedas usados en sus exequias fúnebres como carruajes mortuorios. En consonancia con varios de esos objetos, algunos prehistoriadores han sugerido un origen oriental para este modelo de tumba principesca tumular, asegurando que presentan clara semejanza con el tipo de enterramiento de los pueblos nómadas esteparios de Europa oriental y Asia. Esta propuesta asegura que los dos rasgos más típicos de las tumbas de los príncipes del Hallstatt, a saber, la cámara de madera y el carro de cuatro ruedas, son los componentes principales de la tradición de enterramiento de los llamados kurganes, típicos entre los llamados pastores nómadas guerreros de oriente. Por el contrario, otros especialistas consideran más probable el origen autóctono en





Figura 6. En su interior, las tumbas principescas contenían cámaras con el cuerpo del difunto y sus exequias. Tumba del príncipe de Hochdorf (arriba; Biel, 2004) y tumba de la princesa de Vix (abajo; Brun, 1987).

tierras centroeuropeas. Hay tres tumbas que sobresalen por encima del resto: Horchdorf, Vix y Hochmichele (figura 6).

La tumba principesca de Hochdorf está situada junto al poblado de Hohenasperg. La cámara permanecía oculta a dos metros y medio de profundidad, rodeada por un túmulo lo bastante extenso como para ocupar 60 metros de diámetro y alcanzar 6 metros de altura. Disponía de una planta cuadrada de 11 m^2 y se soportaba sobre grandes vigas de roble entrelazadas. En este lugar reposaban los restos de un varón de 40 años de estatura elevada y constitución corpulenta. El cuerpo estaba tendido en un diván de bronce, que conformaba un suntuoso lecho mortuorio, decorado con delicados grabados en los que se representaban carros, guerreros y bailarines (figura 7). Las patas del diván se



Figura 7. Los principales elementos de lujo ocultos en la tumba principesca de Hochdorf representan a la perfección los ajuares de prestigio. Pertenencias de la cámara: diván de bronce (con detalle de las figurillas de las patas), caldero, cuernos con apliques metálicos, tejidos, anzuelos y botas con placas de oro. Las figuras no están a la misma escala.

soportaban sobre ocho singulares figurillas femeninas, ocho equilibristas que apoyaban sus pies sobre los pedales de unas ruedas a modo de juego circense y que a su vez formaban un ingenioso mecanismo para poder trasladar el diván con suma facilidad. Los pequeños retales de tejido de la vestimenta aparecieron por doquier, entremezclados con fragmentos de las sábanas que ocultaron el cadáver, de los cojines del lecho y de las telas que colgaban sobre las paredes de los muros. Y también dispersos por la cámara se hallaron multitud de restos minúsculos de las flores y las ramas depositadas junto al cádaver.

Los adornos y vestimentas del príncipe de Horchdorf revelan la alta dignidad del difunto: un cinturón fajaba la cintura, una daga sobresalía al costado, un ancho brazalete rodeaba su brazo derecho, un torques ceñía el cuello, y varios abalorios de ámbar y broches de bronce y plata sobresalían del pecho. Sobre los pies reposaban unas finas placas de oro con delicadas aplicaciones, retales de la decoración de unas botas de caña alta y punta levemente curvada, calzado similar al usado por los etruscos en la misma época. Sobre el pecho quedaban restos de lo que fue en su día un zurrón, en el que se guardaron varios anzuelos de pesca. A la espalda del difunto, colgadas del lecho, aparecieron varias puntas de hierro para la caza. Y junto a la cabeza se depositaron una larga cuchilla de hierro, un peine de madera y los restos de una especie de gorro cónico de 30 cm de diámetro. Pero entre todos los objetos de la tumba, el que poseía mayor dignidad fue un puñal de antenas de 42 cm de largo, colocado sobre su torso a manera de insignia de lo que fue un poderoso príncipe guerrero.

Los objetos que acompañaban al príncipe de Hochdorf revelan su interés por los placeres de una vida tranquila, más allá de los sinsabores de las cruentas batallas propias de un príncipe guerrero. El personaje en vida experimentó el gusto por la caza, la pesca, la moda y también por la bebida y la comida, como muestran los enseres de un rico servicio de bebida para nueve personas que colgaban de uno de los muros de la cámara. Este servicio poseía ocho cuernos de uro decorados con panes de oro, y un cuerno de hierro de proporciones enormes (2 metros de longitud; 5,5 litros de capacidad). Para completar el juego, en una de las esquinas se ubicó un caldero de bronce de 500 litros de capacidad, que sirvió para macerar hidromiel, una especie de vino de miel fermentado con plantas aromáticas como el tomillo, jazmín o llantén. En otra de las esquinas reposaba el objeto más impresionante de la tumba: un carro de cuatro ruedas con planchas de bronce y hierro, en cuyo interior había un yugo de madera, arneses de piel decorados con bronce, un hacha de hierro y una vajilla de bronce para nueve personas. Probablemente se trató del carro de exequias del difunto.

El paralelo femenino a la tumba anterior se descubrió en Vix, en las proximidades del no menos célebre poblado de Mont Lassois. Esta otra tumba tumular de finales del siglo VI a.C. tenía una cámara más pequeña, un recinto de tres m^2, que ocultaba los restos de una mujer de 35 años dotada de unas facciones bastante delicadas. Los huesos yacían sobre el chasis de un carro

desmontado que posiblemente fue su féretro, cuyas ruedas se habían colocado sobre la pared de madera de la cámara (figura 8). Junto al cráneo había un torques de unos 480 gramos de oro, pieza simple pero elegante por su clara influencia helénica, perceptible en las pequeñas figurillas de caballos alados que remataban los extremos. En una parte de la cámara se esparcían recipientes para la degustación de vino: una vasija etrusca, varios vasos áticos y una enorme crátera de bronce. Esta pieza resultaba única por su tamaño (1,64 metros de altura), poseía una curiosa tapa con una estatuilla femenina, presentaba un cuello delicadamente decorado con una procesión de hoplitas y carros al más puro estilo griego, y contaba con tunas asas barrocas ornadas con unas peculiares gorgonas. Estos rasgos muestran una procedencia oriental y parece bastante probable que tan excepcional pieza se confeccionara en talleres de la Magna Grecia o quizá de Esparta. Hay especialistas que apuntan a que pudo servir como un regalo de alta categoría y que su traslado hasta Mont Lassois se realizó en varias piezas desmontadas, por vía marítima hasta Massalia para luego remontar el curso del Ródano. Es bastante probable que la mujer sepultada detentara un rango de máxima categoría y que tal género cumpliera con un mismo nivel que los varones, representando papeles de suma importancia en el sistema aristocrático de las jefaturas principescas.

La tercera tumba importante que merece atención se oculta bajo el túmulo principesco de Hochmichele, en las cercanías del poblado de Heunenburg. El montículo alcanzaba 13 m de altura y 100 m de diámetro, dimensiones que permitían dominar el paisaje circundante y justificaban la elevada categoría del difunto. El lugar ocultaba una tumba principal, que por desgracia había sido saqueada antes del descubrimiento arqueológico. No muy lejos se hallaba otra tumba donde reposaban los cuerpos de un hombre y una mujer, junto a un carro de cuatro ruedas.



Figura 8. Los elementos de lujo de la tumba principesca de Vix revelan el rol de la mujer en las clases privilegiadas hallstáticas. Pertenencias de la vajilla de lujo de bronce (gran crátera, plato, cuenco, jarra) y torques de oro (con detalle del remate). Las figuras no están a la misma escala.

En la región del Hallstatt oriental la necrópolis más conocida es la de Stična, que albergó más de ciento cuarenta túmulos de una gran espectacularidad, tanto por la gran cantidad de tumbas ocultas en algunos túmulos como por la impresionante envergadura de varios de ellos. En uno de los túmulos se hallaron 183 sepulturas, todas de inhumación, que dan una buena prueba de una sociedad organizada en linajes. De acuerdo con estimaciones de población realizadas sobre el número de tumbas de esta necrópolis cabría hablar de un poblado cercano de unos seiscientos habitantes.

El cuidado que dieron esos grandes príncipes a su descanso eterno revela la prosperidad que alcanzaron en vida y una manera de entender el poder basado en el prestigio social y la apariencia pública. La posesión de lujosos artículos de importación oriental se había convertido en la mejor muestra de su dignidad social, hasta el punto de acompañar a los dueños en sus sepulturas, en un sentimiento de ostentación pública más allá de la muerte. La tumba principesca de Kleinaspergle revela el gusto del difunto por este tipo de productos de lujo y por las importaciones de artículos griegos: vasijas de bronce llamadas *stammos*, jarras picudas, boquillas de cuernos y cerámicas de figuras rojas (figura 9) que a todas luces obtuvieron mediante un pacífico intercambio a larga distancia. La crátera de Vix delata el gusto de estos personajes por las modas y costumbres helénicas, como puede desprenderse de los exquisitos relieves griegos que rodean su cuello, que representan un modelo arquetípico de la cerámica helénica: la procesión de hoplitas a pie y de guerreros conduciendo carros. En el respaldo del diván de Hochdorf también se representó una de las costumbres aristocráticas más conocidas del mundo helénico: el combate de grandes guerreros subidos a carros, un modelo de



Figura 9. La influencia helenizante se deja sentir también en las tumbas del Hallstat, por ejemplo en Kleinaspergle (Baden-Wuttenberg, Alemania): vasija de bronce o stammos, jarra picuda, soporte, boquillas de cuernos y cerámicas griegas de figuras rojas entre otros.

lucha entre iguales de alto rango que en el mundo helénico tenía un poderoso trasunto ideológico. En las epopeyas griegas, estos combates representaban lances agonísticos donde los aristócratas se enfrentaban como los eternos héroes clásicos para alcanzar la gloria. Queda por saber si los príncipes hallstáticos gustaron de las lujosas vajillas y divanes de influencia helénica por gusto estético o asumieron la ideología oriental heroizante. Sea como fuere, carros y vajillas se depositaron en sus tumbas como símbolo del poder y prestigio de una minoría privilegiada situada muy por encima de la gente común.

2.4. Sociedad

La mayoría de la población hallstática se componía de agricultores, ganaderos y algunos artesanos. Pero paradójicamente las informaciones disponibles sobre los modos de vida de esta mayoría de la población son pobres y muy limitadas. En algunos poblados, las comunidades vivían de manera muy sencilla e igualitaria, aunque la presencia de ciertas viviendas separadas del conjunto podría apuntar a una posible autoridad.

La mejor imagen de las sencillas gentes hasllstáticas no la proporciona un poblado sino el complejo minero de la localidad alpina de Hallstatt, un yacimiento único que ha ofrecido informaciones sin par sobre los modos de vida de los extractores del metal. En contra de lo que pudiera creerse, los datos arqueológicos de estas minas no siempre acusan unas condiciones precarias de vida. Los numerosos restos de parásitos hallados entre los retales del tejido usado por los mineros del lugar revelan ciertamente pobres condiciones higiénicas. Pero los restos de la comida cotidiana que ingerían delatan una alimentación aceptable a base de carne de buey, cerdo y pan. Los arqueólogos han deducido que las gentes trabajaban en régimen de libertad, los hombres picando y las mujeres trasladando la sal al exterior.

Frente a la precaria información sobre la gran mayoría silenciosa de la sociedad, destaca la documentación arqueológica conocida para los sectores privilegiados, las aristocracias principescas sepultadas en las tumbas tumulares. El esplendor de los túmulos funerarios revela hasta qué punto la personalidad del guerrero había adquirido un rango relevante, punto culminante de una tendencia de aumento del estatus de las minorías que se inició antes de la Edad del Hierro. En los inicios del Hallstatt, los líderes o caudillos guerreros habían consolidado la posición sociopolítica, reafirmado la autoridad sobre la comunidad y asegurado el control sobre la producción económica. En cierto modo estas aristocracias representarían un estadio avanzado de lo que se conoce como «jefatura compleja», que probablemente presentaban diferencias según las regiones. En las tierras del Hallstatt occidental tales aristocracias no llegaron a consolidar su poder más allá del poblado, representando élites locales que trataban de competir con los poblados cercanos, dando lugar a un

marco político muy atomizado, a una situación de competitividad local permanente que derivaba en una constante inestabilidad sociopolítica. La representación de luchas entre guerreros en la tumba de Vix es una muestra de este nivel intrínseco de competición (figura 10). El caso del Hallstatt oriental resultó distinto porque las aristocracias de los poblados principales lograron dominar territorios más extensos, integrando bajo su control a poblados menores, reduciendo así la competición local y favoreciendo una mayor estabilidad.

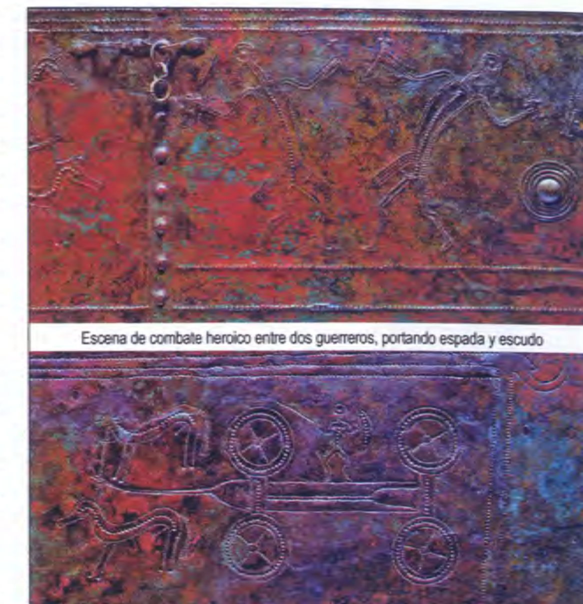


Figura 10. Los calderos de bronce de las cámaras presentaban escenas típicas de las élites principescas. Detalles de dos escenas, una de combate heroico y otra de guerrero sobre carro, de la tumba de Hochdorf.

La necrópolis de Kleinklein, perteneciente al Hallstatt oriental, ha aportado datos sobre la complicada organización de este sector aristocrático. En aquel lugar se levantaron quince túmulos principescos pertenecientes a personajes principales de la comunidad, rodeados de otros setecientos túmulos menores que podrían vincularse a las clientelas militares agregadas a la corte. El túmulo de Magdalenenberg (Baden-Württemberg) también es muy revelador porque las más de cien sepulturas halladas en torno a la tumba principal mostraban rasgos de dignidad aristocrática muy distintos según el sexo: las tumbas de los varones presentaban lanzas, puñales, fíbulas y cerámicas de calidad; las de mujeres poseían pendientes, aros, alfileres, torques y brazaletes. Los ajuares funerarios revelan también diferencias dentro de las propias clases dominantes, notables disparidades en la riqueza, calidad y procedencia de los objetos de prestigio. Los príncipes se enterraban con carros de cuatro ruedas y variados objetos suntuosos importados: puñales, calderos, vajillas para la bebida, cerámicas de calidad y artículos de oro, bronce o plata entre otros. Las clientelas de la corte también yacían con objetos relevantes pero de menor categoría: puñales, guarniciones de arnés, artículos de bronce, cerámica local y en algunas ocasiones un carro. Las clases dirigentes más modestas se enterraban con objetos menos ostentosos: puñales de hierro y lanzas acompañaban a los varones; fíbulas y brazaletes a las mujeres.

El modelo del principado hallstático podría dar una imagen de estabilidad política por su carácter militar, su capacidad para controlar la sociedad y su base económica, pero nada más lejos de la realidad. En las tierras del Hallstatt occidental había un modelo político sumamente frágil porque las jefaturas no tenían los instrumentos oportunos para ejercer un poder permanente y un control eficiente de los medios de producción. Los príncipes mantenían una autoridad muy limitada, en la mayoría circunscrita a su propio poblado y a su territorio reducido, continuamente en entredicho por la extrema competitividad con los principados vecinos. Esta permanente situación de competición no se manifestaba en disputas o guerras sino en la ostentación pública de bienes de prestigio, que además servían para mantener el control sobre la comunidad. Pero la adquisición de estos bienes de lujo dependía en buena medida de la voluntad de los comerciantes extranjeros, que cambiarían a su antojo los contrapesos de poder. Esto colocaba a los príncipes en una posición de clara desventaja, al arbitrio de los intereses foráneos.

Los primeros síntomas de agotamiento del modelo hallstático surgieron hacia la segunda mitad del siglo VI a.C. El poblado principal de Heunenburg proporciona una imagen de la caída de las jefaturas principescas: las tres últimas fases de ocupación del lugar habían padecido sucesos violentos, varias destrucciones por incendios, que revelan un periodo de rivalidades políticas o turbulencias sociales. Los disturbios se extendieron por muchos poblados del Hallstatt occidental hasta bien entrado el siglo V a.C., culminando con el abandono de muchos de ellos hacia el 450 a.C. El propio poblado de Heunenburg quedó deshabitado de manera definitiva tras una violenta destrucción, representando el final de su ocupación. En verdad, las razones de la caída tienen que buscarse no solo en acontecimientos políticos y sociales, sino también en la complicada trama comercial que tanto había favorecido a los príncipes hallstáticos, y que se desbarató con una serie de profundos cambios en el orden económico mediterráneo, cuando la colonia de Massalia entró en un periodo de crisis y buena parte del comercio se desvió hacia las rutas italianas de Los Alpes.



Figura 11. Las tumbas del Hallstatt oriental mostraban mayor impronta guerrera. El ajuar de la tumba de Stična (Eslovenia) es una buena muestra: coraza, umbos de escudos (izquierda); espada, hebillas de cinturón y puntas de flecha (derecha). El ajuar contenía además cerámicas de importación, cuencos metálicos y aros entre otras piezas.

Pero no todos los principados hallstáticos padecieron la crisis, la despoblación y en última instancia la caída del sistema político. Los principados hallstáticos orientales mantuvieron intacto su poder porque sus bases políticas, sociales y económicas eran bastante sólidas y solventes (figura 11). Estas jefaturas orientales impusieron un modelo político más centralizado, más jerarquizado, basado en el dominio sobre territorios mucho más extensos y apoyado en instrumentos sólidos de control social. Por ello no utilizaron las frágiles bases de la economía de bienes de prestigio para sustentar su poder, despreciando la ostentación del lujo como un medio para dignificar su posición y conservando las viejas tradiciones relacionadas con la propiedad de la tierra.

2.5. Economía

La economía de los principados hallstáticos se basaba en la producción agropecuaria y en particular el cultivo de los cereales tradicionales, trigo y en menor medida cebada. Es preciso anotar que en muchas regiones de Europa central y septentrional se produjo un incremento notorio de la producción de centeno, que se ha justificado por la resistencia que presenta este cereal ante las condiciones del deterioro climático generalizado de esa época, perceptible en el descenso de las temperaturas y el retroceso de la humedad. En algunas regiones se registró un mayor interés por la variedad del trigo espelta, y un retroceso de la cebada desnuda respecto de la cebada vestida, dos modificaciones dirigidas probablemente a obtener cosechas más productivas. En cuanto a la ganadería se basaba en el dominio de la cabaña vacuna, complementada con poblaciones menores de cerdo, cabra y caballo.

De esta manera las bases principales de la producción agropecuaria eran muy similares a las registradas en las postrimerías del Bronce Final. Pero la arqueología ha reconocido una diferencia importante con respecto a aquel periodo, motivada por la intensificación notoria de las tareas de labranza a principios del Hierro. La necesidad de producir más alimentos podría haber respondido a un incremento de la demanda a raíz del aumento de la población. En cualquier caso lo que parece evidente es que tal intensificación inauguró un ciclo de expansión productiva en la economía protohistórica. Pero la intensificación agrícola tuvo también sus contrapartidas: provocó una presión excesiva sobre la tierra, una

notable deforestación y un agotamiento que resultó bastante inoportuno al coincidir con el deterioro climático, una combinación fatal que convirtió muchos campos en baldíos e improductivos. Para combatir la fatiga a la larga de la tierra y para afrontar el clima desfavorable hubo que adoptar varias estrategias agrícolas: se implantaron cultivos mejor adaptados al frío y a la humedad: espelta, cebada vestida y centeno; también se incorporó un nuevo instrumental realizado en hierro (hachas y hoces); y muy posiblemente se generalizaron nuevos modos para el almacenamiento (silos) y para la conservación (sal).

La producción minera resultó trascendental en la economía hallstática y se orientó hacia dos materias primas principales: la sal y los metales. La sal era un producto valioso por sus cualidades para la preparación culinaria y la conservación de alimentos, sobre todo en los hábitos de las capas altas de la sociedad. Hay datos que reconocen un incremento notable de la producción de sal hacia el 750 a.C., tal como prueban los volúmenes de las extracciones mineras de la localidad de Hallstatt (topónimo procedente del griego «*hal*», cuyo significado literal es justamente sal). La producción minera en este lugar fue enorme a juzgar por los 4.000 metros de galerías perforadas y los dos millones de metros cúbicos de materia prima extraída. Las tareas eran realizadas por unidades familiares que buscaban los filones de manera sencilla, rompiendo los bloques de material con largos y puntiagudos picos de bronce, cargando la sal con palas de madera y trasladándola a la espalda en morrales de cuero y madera que pesaban unos 45 kg. Las minas de Hallstatt han proporcionado los restos de sus gorros, de sus chaquetas hechas de piel, cuero, lana y lino, de sus silbatos de hueso y de otros muchos instrumentos.

En los primeros tiempos de la Edad del Hierro los mineros de la sal aplicaron muchos de los procedimientos de extracción usados en las tradicionales minas de cobre. Es decir, no hubo innovaciones técnicas sino un trasvase tecnológico que se ha reconocido bastante bien en el complejo alpino de Hallstatt, tan solo separado 40 kilómetros de una de las minas cupríferas más extensas del periodo del Bronce Final, la de Bischofshofen. De hecho, durante el primer periodo de la Edad del Hierro gran parte de la producción metalúrgica se concentraba todavía en el metal tradicional, en el bronce. En líneas generales la región del Hallstatt oriental se situó a la cabeza de los avances tecnológicos en la siderurgia. Fue allí donde comenzaron a explotarse algunas minas de hierro de una notable calidad, sobre todo de limonita y hematites, hasta tal punto que hacia el 800 a.C. la región de Eslovenia ya se había convertido en una importante suministradora de hierro, jugando un papel trascendental en el desarrollo económico de algunos poblados clave de la región, como Stična.

La producción de sal se involucraba en una importante trama de redistribución comercial que en última instancia se tradujo en una ruta mercantil fundamental en las relaciones del continente pues trascendió los límites de la cultura hallstática. Las redes comerciales habituales se mantenían en la limitada esfera local, basada en la transacción inmediata mediante el trueque de productos básicos para la subsistencia, procedimiento de intercambio habitual en los sistemas de autosuficiencia local: mercados centrados en los productos agropecuarios y objetos esenciales para la subsistencia cotidiana. Pero los productos especiales se involucraron en redes de comercio más amplias, basadas en el trueque de carácter regional, que comunicaban los principales poblados: un mercado que comerciaba con hierro, bronce, sal, ganado o cerámica de calidad.

En un nivel de comercio interregional se hallaban las rutas mercantiles a larga distancia, basadas en un volumen de objetos muy limitado pero de elevado valor, principalmente materias primas de lujo y manufacturas de prestigio. Este comercio trascendía la esfera económica para alcanzar una dimensión social porque tenía un papel principal como pilar del ordenamiento político y económico de las minorías aristocráticas. Durante la Primera Edad del Hierro se mantenían varias rutas comerciales de larga distancia heredadas del Bronce Final: la ruta del ámbar, que recorría todo el continente desde la costa polaca del Báltico hasta las costas de Grecia; y la ruta del estaño, una vía marítima tradicional en las aguas del mar del Norte y Canal de la Mancha, todavía activa aunque en retroceso. Pero la vía comercial más representativa del nuevo orden económico de la Primera Edad del Hierro fue la ruta del Ródano, que se convirtió en vía principal de comunicación entre las regiones del Hallstatt occidental y las colonias griegas del Mediterráneo occidental. El centro neurálgico de esta ruta era la colonia griega de Massalia, fundada por navegantes griegos de la *poleis* de Focea, en la desembocadura del Ródano hacia el 600 a.C. La ruta del Ródano sirvió para el transporte de numerosos productos: cereal, vino, lana, carne en salazón, quizás miel, piel, cuero y sobre todo varios metales, como el estaño de las islas Británicas o el cobre de las arenas auríferas de Renania y de Bohemia. Hay especialistas que sugieren un mercado de esclavos a través del Ródano, basado en las *razzias* de los guerreros del Hallstatt en tierras del norte de Francia y de Alemania.

Las redes comerciales a larga distancia resultaron claves en el desarrollo cultural de los principados hallstáticos. De hecho varios prehistoriadores reparan en que el comercio fue un factor imprescindible en la consolidación sociopolítica de las minorías aristocráticas, tanto más incluso que otros factores como la metalurgia del hierro. La expansión comercial que provocó la gran oleada colonizadora del mediterráneo se propagó hacia las latitudes más interiores del continente bajo la forma del comercio de lujo, mediante pactos mercantiles entre las aristocracias hallstáticas y los mercaderes orientales, en un juego de intereses que ofrecía provecho para ambas partes. Los mercaderes mediterráneos conseguían de los principados hallstáticos principalmente materias primas, metales, productos agrícolas y acaso también esclavos. La contrapartida mercantil para los príncipes centroeuropeos consistía en la adquisición de manufacturas de lujo: vajillas de cerámica griega (jarras, ánforas y vasos de figuras negras); pequeñas filigranas de oro; vasos de bronce

y telas suntuarias. La mejor muestra de este comercio se halla en la gran crátera de la tumba de Vix, una producción hecha en los talleres griegos y que se transportó hasta el interior del continente por la ruta del Ródano (figura 12). Y hay otra muestra no menos interesante de la práctica del comercio a distancia, una bebida hasta hace poco desconocida por aquellas tierras: el vino. Los arqueólogos han podido determinar la ruta de distribución de vino hacia el interior del continente a partir de la distribución de dos tipos de cerámicas: las ánforas massaliotas y las cerámicas griegas de figuras negras.

El consumo de vino tuvo particular importancia económica como producto de importación mercantil. Pero también adquirió una trascendencia social como artículo de prestigio sancionador de nuevas maneras de socialización. Para tal fin los mercaderes griegos suministraron a los príncipes hallstáticos tanto la bebida como un amplio abanico de artículos para celebrar el consumo: tazas para servir la bebida (*oinokoi*), calderos para contenerla (sítulas), grandes recipientes para su mezcla con agua (cráteras), coladores de bronce para filtrar los residuos; y copas para beber del más puro estilo ático de figuras negras. La demanda de vino por los príncipes hallstáticos superó la esfera cotidiana para convertirse en un artículo de consumo de prestigio, principal entre las prácticas sociales más ceremoniales, básico para reforzar la

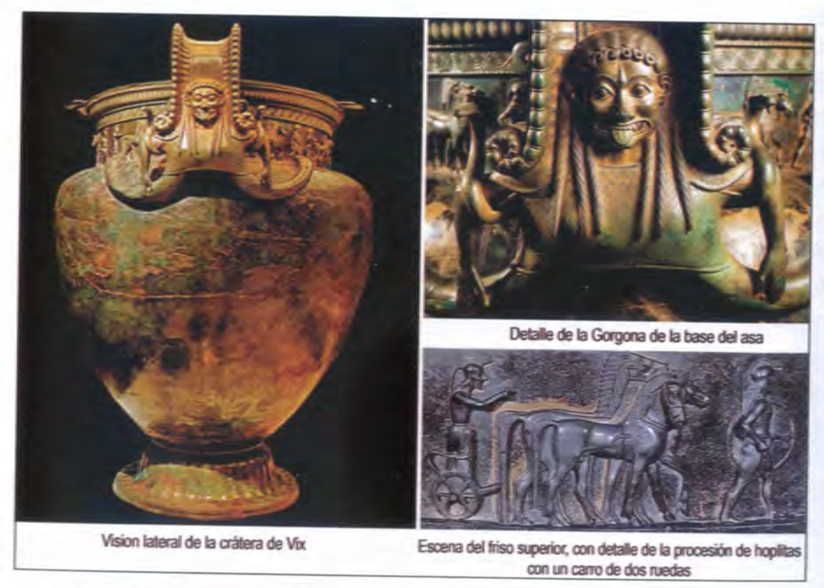


Figura 12. La gran crátera de Vix es producto de un taller griego y pudiera haber formado parte del comercio de dones de prestigio. En las asas se hallan figuras helénicas tan típicas como la Gorgona, posiblemente con una intención propiciatoria o apotropaica. Y en su friso superior muestra una procesión griega de hoplitas y de guerreros montando carros de dos ruedas.

amistad entre líderes y los ritos destinados a la confraternización. De esta manera el consumo de vino adquirió pleno protagonismo en la celebración de banquetes que simulaban los *symposia* de Grecia, por lo que representó a la perfección los procesos de aculturación oriental de la élite hallstática. La participación de la mujer en este tipo de celebraciones parece justificarse en el valioso ajuar funerario de la ya conocida princesa de Vix, cuya crátera de bronce para contener vino tenía unas dimensiones superiores a muchas piezas similares halladas en la propia Grecia. Hay estudiosos que sostienen que la crátera en cuestión podría no ser tanto un objeto de trato mercantil, sino una especie de regalo diplomático en calidad de don con el propósito de complacer a las élites locales y así asegurar buenos tratados y seguras alianzas.

Las redes comerciales a larga distancia también operaron en la región de Hallstatt oriental pero sus príncipes no se interesaron tan solo por los bienes de lujo, también lo hicieron por materias primas de primera necesidad. En realidad los principados del oriente tenían una situación estratégica envidiable en el cruce de varias rutas de comercio interregional. Por una parte trabaron intercambios con las regiones occidentales para obtener metales y sal. Por otra parte se ubicaban en el centro de la ruta del ámbar nórdico que recorría el continente desde el norte hasta el sur. Y por si fuera poco, mantenían contacto habitual con los pueblos nómadas pastores que habitaban el mundo de las estepas orientales, de quienes obtenían varios productos pero sobre todo sus afamados caballos, celebres por su corpulencia y resistencia. En cualquier caso los príncipes orientales no rechazaron los artículos de lujo procedentes del Mediterráneo, pues de hecho mantuvieron frecuente contacto con los pueblos de la región italiana del Véneto para la adquisición de bienes de lujo como los calderos de bronce llamados sítulas. El comercio de bienes de prestigio se puede constatar en los productos mediterráneos hallados en algunos ajuares funerarios principescos, como la coraza griega hallada en Stična (Eslovenia) o los productos griegos e itálicos recuperados en Glasinac y Kaptol, dos grupos culturales en la región de Iliria pero involucrados con la esfera del Hallstatt oriental.

2.6. Cultura material

Los principales restos de la cultura material del Hallstatt son las producciones cerámicas y metalúrgicas. La cerámica y el metal revelan el desarrollo de una notable artesanía que se generaba en centros de producción especializados en los poblados, por lo general al servicio de las élites sociales. En el poblado de Heunenburg los talleres artesanales se concentraban junto a una de las entradas, formando una especie de barrio con distintas áreas especializadas: talleres cerámicos, metalurgia del bronce, forja de hierro, metalistería del oro, e incluso de manera ocasional otras labores más específicas como la talla de coral mediterráneo. No obstante ignoramos los rasgos y carácter de la

producción artesanal, hasta qué punto era una actividad básicamente doméstica o era relativamente especializada, y en qué medida constituía un oficio a tiempo parcial o a tiempo completo, porque lamentablemente el registro arqueológico no ofrece respuestas suficientes para esas preguntas. La mayoría de los productos proceden de las tumbas principescas y por tanto representan un apartado específico de la producción relacionado con la economía de prestigio. Poco sabemos de la artesanía más común, vinculada con la vida cotidiana del resto de la población y con los trabajos de subsistencia.

La cerámica hallstática era una producción a mano centrada en los grandes platos, jarras altas y cuencos bajos. La cerámica funeraria contemplaba urnas de incineración de forma cónica o bicónica, éstas últimas de bordes anchos pero base estrecha. Destacó también la vajilla cerámica para los banquetes que mostraba una calidad inusual por sus pastas depuradas, y una nítida influencia griega. En líneas generales la cerámica se caracterizó por motivos decorativos geométricos aplicados con múltiples técnicas: excisión, incisión, y un estampillado con el relleno posterior de pasta blanca que sirvió para crear imágenes geométricas complejas, formadas por hileras de puntos, triángulos, rombos y bandas ajedrezadas. En el Hallstatt oriental destacó una decoración



Figura 13. Las espadas hallstáticas pertenecían a dos modelos: las Midelheim tenían una empuñadura con forma de sombrero (arriba); las de antenas tenían un pomo bifurcado de volutas (derecha), apéndices o con motivos naturalistas de ánades (abajo).

especial basada en símbolos y figuras humanas, organizadas en una especie de escenas muy simples pero efectivas.

La metalurgia del hierro fue muy minoritaria durante el periodo del Hallstatt C. No fue hasta el Hallstatt D cuando se comenzó a producir un número suficiente de piezas. En realidad la siderurgia solo se consolidó como práctica metalúrgica en plena transición a la Segunda Edad del Hierro. Las producciones de mayor prestigio fueron las espadas, que en su mayoría se hallaron en los ajuares funerarios (figura 13). Los modelos de espadas de hierro más antiguas tenían hoja larga y respondían a prototipos heredados de la Edad del Bronce Final. Pero a medida que la siderurgia fue progresando aumentó la producción de espadas de hierro con las hojas más cortas. Desde el punto de vista tipológico hubo dos modelos básicos de espadas: las de antenas y las Mindelheim. Las primeras reciben tal nombre por una empuñadura bifurcada en dos apéndices; la relación entre longitud de la hoja y contrapeso de la empuñadura permite apuntar a su uso desde el caballo o quizá desde carros. Las espadas Mindelheim se caracterizaban por un pomo macizo con forma de «sombrero», hecha de madera pero cubierta por una capa de oro; las medidas de este tipo parecen asegurar su uso como armas de filo cortante para manejo a pie. Junto a las espadas los artesanos del hierro también realizaron otras muchas armas, desde los valiosos puñales de antenas, considerados como piezas de dignidad aristocrática, hasta modestas puntas de flecha.

Las producciones metalúrgicas de prestigio pertenecían al ámbito del taller especializado pues requerían los conocimientos expertos de especialistas. Los artesanos hallstáticos más avezados realizaron objetos tan complejos como carros simbólicos (figura 14), calderos para contener bebida, *hydrias* para escanciarla y trípodes para sostener todos esos recipientes. Tomando como referencia



Figura 14. La metalurgia del bronce en la Cultura hallstática poseía rasgos de la antigua tradición del Bronce Final, tal como se aprecia en el carro funerario con escena de sacrificio de la tumba monumental de Judenburg, Strettweg (Austria) y un recipiente con motivos ornamentales de aves de la tumba 507 de Hallstat.

importaciones traídas por mercaderes desde las regiones mediterráneas, los herreros desarrollaron una interesante producción local de imitaciones, una serie de encargos para las gentes aristocráticas, que variaban desde los pequeños artículos de adorno personal hasta los lujosos objetos de posible uso ritual. Entre las imitaciones de lujo destacan los calderos metálicos que presentaban los bordes cubiertos por unos peculiares prótomos o cabezas de toro, y por pequeñas figurillas de animales (figura 15). En las producciones de pequeños accesorios sobresalieron las fíbulas, una especie de imperdibles que comenzaron a ser usados para sujetar la vestimenta y que acabaron sustituyendo a las tradicionales agujas. Las fíbulas fueron adquiriendo formas muy variadas y dieron lugar a tradiciones tanto locales como regionales. En un primer momento se utilizó una fíbula de arpa llamada de tipo Statzendorf, pero más tarde surgieron muchos otros tipos: las fíbulas de puente con una curiosa forma de caballito y las fíbulas de disco, con colgantes variados en las que se diseñaban formas animales y humanas. La presencia de artículos de oro era minoritaria porque se limitaba a la esfera social más elitista,



Figura 15. En las orillas inundadas del lago Hallstatt se recuperaron multitud de piezas metálicas realizadas en bronce. En la ilustración, algunos de los objetos metálicos que se ocultaban en las aguas: cuenco, hacha y fíbula con discos.



Figura 16. El trabajo del oro hallstático se limitaba a pequeñas piezas de una factura simple. La imagen presenta el repertorio de oro del príncipe de Hochdorf: su puñal a manera de símbolo de prestigio, brazalete, aros, cuenco y las placas que recubrían las botas. Al fondo restos de tejidos sobrepuestos a la reconstrucción del sombrero.

conformando una panoplia de pequeños artículos, principalmente de joyas y aditamentos para el adorno (figura 16).

3. EUROPA SEPTENTRIONAL

3.1. Las islas Británicas

La Primera Edad del Hierro en los territorios atlánticos representó un periodo importante de cambios respecto del Bronce Final. Los yacimientos hallados en el sur de Inglaterra, la costa de Francia y Países Bajos revelan una recesión socioeconómica que interrumpió el ciclo de expansión económica de los tiempos del Bronce Final. El esplendor cultural del Bronce Atlántico, basado en la producción de metal y en un sólido circuito mercantil de intercambio, comenzó a reflejar los síntomas de la crisis hacia el siglo VIII a.C. La razón principal de esta situación guarda relación con la profunda reorientación de las redes de intercambio de materias primas a principios de la Edad del Hierro, más en concreto de la red de producción y distribución del estaño. La incorporación paulatina del hierro supuso una gran competencia para el antaño lucrativo mercado atlántico de estaño y la inusitada pujanza del circuito comercial del Mediterráneo (suscitada por el proceso de colonización griega) comenzaba a desplazar a la ruta mercantil del Atlántico. El declive del círculo de los metales atlánticos no fue brusco sino paulatino, hasta tal punto que durante la Edad del Hierro I se mantuvo parcialmente operativa. De hecho, los poblados de Gran Bretaña siguieron operando con producciones de bronce de calidad, en forma de lingotes, que se exportaban a las costas próximas de Francia, para luego ser transportadas hacia el sur.

El nuevo marco económico provocó un descenso de los contactos entre las comunidades que habitaban las regiones atlánticas. En consecuencia se produjo una tendencia hacia la regionalización provocada por la fragmentación del poblamiento y una predisposición a la autarquía económica. El modelo de poblamiento resultó ciertamente variable según las áreas geográficas: hacia el norte de las islas Británicas proliferaron los poblados con una protección básica a partir de empalizadas; hacia el sur surgieron poblados en pequeñas alturas delimitados por simples zanjas, que los arqueólogos ingleses llaman *enclosurers*; y en las regiones más meridionales estos últimos alternaban con granjas situadas en zonas de elevado potencial agropecuario.

Las viviendas de la región de Sussex representan un modelo perfecto del tipo de hábitat de estas regiones. Tenían planta circular de seis metros de diámetro, los muros alzados con postes de madera verticales, la techumbre cónica y un espacio interior único si bien a veces fue dividido en dos áreas, una para labores cotidianas y otra de dormitorio. En varias viviendas se cavaron peque-

ñas zanjas exteriores, bien para almacenar, bien para drenar las aguas. Y en otras se han constatado silos interiores para almacenamiento. En las cabañas inglesas tanto de la Primera como Segunda Edad del Hierro hay preferencia por situar las puertas de entrada hacia el este, una posición que ciertos autores aseguran no tenía función alguna, pero sí un componente simbólico profundo vinculado a principios sociales y cosmológicos precisos.

La base de subsistencia se mantenía en la tradición agropecuaria de tiempos del Bronce, pero técnicas y cultivos variaban en relación con el marco regional. En unas regiones se cultivaba sobre todo trigo y en menor medida cebada; pero en otras regiones se plantaba sobre todo centeno. En el sur de Inglaterra se ha detectado una proliferación inusual de hoyos excavados que los arqueólogos han interpretado como silos para dar salida adecuada a un creciente incremento de los excedentes agrícolas, pero se ignora si tal decisión fue resultado de una reorientación económica o un seguro de subsistencia ante los periodos de escasez de alimento. La cabaña ganadera principal consistía en bueyes y vacas, pero con la presencia en menor grado de cerdos, ovejas y cabras, así como un componente de caballo marginal pero relevante socialmente.

En líneas generales la regionalización condujo a una tendencia hacia la autarquía y hacia un régimen de autosuficiencia local. La reducción importante del volumen de intercambio se registró sobre todo en las redes de distribución de producciones cerámicas y materias primas. La red del estaño mantuvo aun un nivel de intercambio aceptable pero manifestó la reorganización de las redes comerciales del continente, tal como prueba el descenso del número de los depósitos de metales, tan representativos en el periodo anterior del Bronce Final. Las transacciones marítimas a larga distancia no desaparecieron del todo pero redujeron su volumen notoriamente y se limitaron sobre todo a ciertos artículos de prestigio requeridos por élites locales. Prueba de este comercio de élite son las espadas hallstáticas que se han recuperado en varios poblados de la costa meridional británica, e incluso Irlanda, que representan productos importados desde los talleres continentales. La mejor muestra de este tipo de contactos se halla en un depósito, Llyn Fawr, en el sur de Escocia, que ofreció un completo juego de guerrero formado por una punta de lanza, una placa de cinturón y elementos de arnés. En varios yacimientos se hallaron también otros productos de intercambio de significado valor, como hierro, bronce, vidrio, ámbar y coral, que en muchas ocasiones funcionarían bajo los sistemas de intercambio de dones entre caudillos. Es preciso anotar que el papel de los productos de importación podría ser relevante desde el punto de vista social pero tan solo representaba un sector minoritario de la economía de la región.

3.2. Montelius VI

Los territorios situados entre la desembocadura del Rhin y el Vístula (Norte de Alemania, Dinamarca y sur de la península escandinava) mostraron

durante la Primera Edad del Hierro una continuidad en la cultura material respecto del Bronce Final. Para esta amplia región resulta habitual mantener la periodización clásica establecida por el arqueólogo Oscar Montelius, razón por la cual el periodo datado entre el 700-500 a.C. es conocido como Montelius VI. Más allá de la perspectiva tipológica implícita en este denominación, la transición al nuevo periodo produjo en la región una serie importante de cambios en el ámbito socioeconómico, relacionados con los cambios en la dinámica comercial del continente: los signos de recesión del circuito comercial del metal en el Atlántico y la conversión del Mediterráneo en el eje principal del comercio durante la Edad del Hierro. La pérdida de valor del cobre y estaño afectó de manera muy especial a la región, tal como se comprueba en la escasez de objetos metálicos en los yacimientos.

El patrón de poblamiento concentrado del Bronce Final fue sustituido por un patrón más bien disgregado, provocado por un proceso de fragmentación social. Los poblados dieron paso a un modo de vida aldeano constituido por pequeñas comunidades, organizadas en caseríos y granjas de tamaño variable en función de las posibilidades agropecuarias del entorno. Los pocos poblados que sobrevivieron carecían de murallas y empalizadas para la protección, mostrando un modo de convivencia pacífico y un nivel bastante reducido de competitividad social. Los poblados carecen también de construcciones grandes para uso comunal –tan habituales en el Bronce Final de la región– lo que apunta un cambio social, a la sustitución de la base suprafamiliar por la unidad domestica más simple. La ausencia de diferencias en el registro arqueológico apunta a una sociedad no jerarquizada, a una tendencia igualitaria donde la justificación del poder no dependía de la acumulación de bienes sino del manejo de los lazos de parentesco.

La agricultura persistió en los modos tradicionales de siembra de cereales, y la ganadería en el cuidado de la cabaña bovina. La caza, pesca y recolección proporcionó un sustento complementario importante en la dieta. En términos generales se produjo una restricción de la economía, que arrastró consigo una reducción de la producción, una disminución de los intercambios y la retracción hacia un modo de economía doméstica. La mejor prueba de la crisis económica se registra en la metalurgia, antaño integrada en la próspera red del metal atlántico. La desaparición de los depósitos y la drástica disminución del número de piezas metálicas revelan la desaparición de los grandes talleres metalúrgicos con sus hábiles broncistas de las producciones especializadas. En su lugar la actividad del metal se redujo a pequeños talleres situados en las viviendas para fabricar sencillos objetos de la vida cotidiana. La sustitución de la producción metalúrgica de gran escala por otra con carácter doméstico refleja la crisis del antiguo circuito del metal, las notables dificultades para conseguir mineral, y la pérdida de valor del bronce y estaño. El reducido número de metal en las tumbas corrobora la escasa circulación de artículos metálicos, que se limitan a algunos pocos artículos de lujo requeridos por las pequeñas élites locales como bienes de prestigio.

Las espectaculares manufacturas metálicas del Bronce Final desaparecieron y dejaron su lugar a productos más sencillos y rudimentarios, principalmente grandes collares huecos y torques en espiral. La aparición del hierro se limitó a una serie limitada de torques que presentaban una manufactura muy básica, hasta tal punto que algunas piezas se podrían describir como meras barras de metal. Los torques más tardíos padecen un alto grado de desgaste, lo que prueba hasta qué punto se prolongó su utilización en vida. Muchos de los torques broncíneos en espiral, a la sazón las piezas más elaboradas, acabaron la vida útil en los pantanos, lugares sagrados tradicionales. La amortización ritual de los torques en los pantanos proliferó a finales del periodo, una circunstancia reseñable para algunos investigadores porque probaría la predisposición hacia el más allá como estrategia social para afrontar la creciente disgregación y el progresivo malestar generado a partir de la pérdida de la autoridad local. El declinar de la producción de la jefatura de prestigio y de los circuitos de intercambio comercial a larga distancia, tal como se registraron en este periodo, habrían de ser el punto de partida para una nueva realidad sociopolítica en la Segunda Edad del Hierro.

3.3. La Cultura lausaciana reciente

En las tierras situadas entre los ríos Vístula y Oder, la Primera Edad del Hierro prosiguió con la antigua tradición de la Cultura lausaciana que había caracterizado el Bronce Final en la región. Los arqueólogos hablan de una continuidad cultural entre ambos periodos y los más aventurados comentan sin reservas la continuación de las tradiciones del Bronce como en ningún otro punto del continente. La estabilidad cultural de la región del Lausitz parece responder a su remota lejanía respecto de las regiones del Mediterráneo (núcleo principal de la dinamización cultural en el Hierro I) y a la pervivencia del circuito comercial del ámbar. En la transición a la Primera Edad del Hierro esta importante ruta mercantil se mantenía en pleno vigor y seguía conectando la zona de Pomerania, en el litoral báltico de Polonia, con las zonas mediterráneas de la Grecia arcaica. La perduración de la ruta del ámbar mantuvo el flujo regular de intercambio necesario para el mantenimiento de la economía.

Esta estabilidad económica contrastó con el ambiente de conflictividad que se desprende del modelo de poblamiento. Los poblados lausacianos del Hierro I mantuvieron los rasgos propios de los poblados del Bronce Final en la región. Eran asentamientos con un carácter fortificado a base de empalizadas de madera, que usaban a varias técnicas constructivas como encajonados, encofrados y reticulados. En algunos casos se levantaron murallas de piedra. Los poblados mantenían una posición defensiva sobre cimas de colinas y en la proximidad a lagos para mejorar las condiciones naturales de protección. En el periodo más tardío hay indicios de ciertas transformaciones provocadas por la proliferación de los poblados fortificados de menor tamaño, la especialización económica de muchos de ellos y una jerarquización de la escala. Los cambios detectados apuntan a un incremento de la conflictividad social y a una disgregación de la población en pequeñas comunidades de carácter agrícola que gozaban de la protección de poblados fortificados de menor entidad pero más eficaces por su inmediata proximidad.





Figura 17. El poblado lausaciano de Biskupin tiene la apariencia de una sólida fortaleza de madera aislada parcialmente por las aguas, tal como se reproduce en el museo de sitio actual.

Los poblados lausacianos más celebres son el polaco Biskupin (Poznan) y el germano Senftenberg (Brandenburgo), que por sus grandes dimensiones y organización interna compleja pudieron proporcionar refugio a una elevada población. Biskupin se ubicaba en un emplazamiento singular, una isla artificial levantada en medio de un lago que necesitó de tareas de drenaje complicadas. El poblado tenía una contundente empalizada de madera que se extendía medio kilómetro de largo, siguiendo el patrón de poblamiento del Bronce Final (figura 17). La distribución interna de Biskupin revela hasta qué punto hubo una planificación estricta del hábitat. Las viviendas ocupaban la mayor parte del poblado, una práctica ideal para el aprovechamiento del espacio interior, que provoca la sensación de profunda compactación de las casas. Los únicos espacios libres en el poblado se limitaban al camino perimetral que discurría junto a la empalizada, y una serie de viarios estrechos paralelos que separaban las hileras de las casas para facilitar la circulación interna. Para optimizar el espacio interior del poblado las viviendas compartían una pared medianera, se alineaban con rigor a partir de trece largas filas paralelas, y tenían rasgos completamente idénticos con un esquema básico de planta rectangular

y tejado a dos aguas. Las calles estaban cubiertas de troncos y ramas para impermeabilizar las vías de circulación y facilitar el tránsito en una zona propensa a inundaciones. El poco más del centenar de viviendas podría haber albergado una población de 400-500 personas, aunque otros autores reducen de modo considerable la cifra, situándola en unas 200 personas al interpretar muchas de las plantas como graneros o talleres.

La estricta organización interna y las complicadas empresas colectivas imprescindibles para la construcción del poblado de Biskupin tuvieron que requerir una autoridad dirigente con capacidad coercitiva y suficiencia de mando, pero la arqueología no revela rasgos de diferenciación social apreciable en la Cultura lausaciana. Las necrópolis prueban que sus habitantes conformaban una sociedad igualitaria. Los ajuares de las tumbas cuentan con piezas similares, no presentan rasgos personales distintivos y no ofrecen amortizaciones de lujo. En la necrópolis de incineración de Biskupin las cenizas reposaban con ajuares en la práctica indiferenciados, salvo unas pocas excepciones consistentes en artículos de lujo importados del sur que no parecían tener una trascendencia social excesiva.

La producción agropecuaria de los poblados lausacianos se concentraba en la agricultura intensiva especializada. La contribución principal consistía en el cultivo de las legumbres, particularmente guisantes, y en menor medida de judías y lentejas. También se recurrió a pequeños huertos para el consumo cotidiano. La cabaña ganadera se centró en el bovino y en menor medida en el cerdo. La ausencia de silos en muchos poblados se justificaría por la elevada humedad del suelo debido a la proximidad de las aguas del lago, haciendo imprescindible el almacenamiento en graneros elevados sobre pilotes. La preeminencia de las legumbres se adaptaba mejor a las condiciones del clima y a las limitaciones del suelo. Las dificultades naturales del suelo no permitían unas prácticas de agricultura intensiva de manera que las cosechas necesarias para mantener poblaciones densas requirieron utilizar estrategias de cultivo alternativas. En el poblado de Biskupin se han reunido pruebas de estas dificultades, debidas a un aumento continuado del nivel de la capa freática, que de manera recurrente provocaba la anegación de buena parte de sus campos. De ahí la intensificación de ciertas prácticas complementarias para la adquisición de otros recursos alimentarios, como las actividades de aprovechamiento de recursos silvestres procedentes de la caza, pesca y recolección.

El circuito mercantil del ámbar báltico había sido fundamental en el Bronce Final y así fue también en las primeras fases de la Edad del Hierro. Las fuentes de provisión principales se ubicaban en el litoral polaco de Pomerania, donde la preciada materia se recogía con una especie de redes aprovechando los suelos erosionados. No había manufactura local alguna, de modo que la materia prima se trasladaba en bruto hacia el sur. En los talleres mediterráneos el ámbar era trabajado para fabricar artículos que vender

a las élites. En rigor la exportación del ámbar en las tierras polacas respondía a una pequeña producción de manera que su valor en origen resultaba bastante limitado, por lo que muchos prehistoriadores relativizan su importancia económica. De hecho, el ámbar solo adquiría un importante valor añadido tras su manipulación en los talleres del norte de Italia y del Adriático, y su reventa como material ya manipulado hacia otras regiones.

La cultura material de la Cultura lausaciana del Hierro resulta modesta. Dada la escasez crónica de metal se adoptó la costumbre de realizar imitaciones en cerámica de los vasos metálicos, popularizándose las pequeñas copas cerámicas con unas peculiares asas en forma de prótomos de ánade (cabezas de aves). En la región de Pomerania destacaron además un tipo de urnas antropomorfas y otras con una forma próxima al *oikos* griego, que se delatan como influencias mediterráneas llegadas por la ruta del ámbar. Hay otras piezas que refrendan esa vía comercial, como las fíbulas con forma de anteojos, las fíbulas en forma de arpa y las cerámicas con remaches de bronce.

La Cultura lausaciona reciente parece tener lugar en un marco de conflictividad política. Puede que los conflictos se debieran a la competitividad interna pero quizá también a una presión externa. En esta última línea hay prehistoriadores que proponen un importante componente de desestabilización procedente del exterior, que relacionan con la presión de los pueblos nómadas pastores de oriente. Esta presión se haría patente sobre todo en las zonas más meridionales del territorio lausaciano, que habrían padecido ataques en forma de *razzias* por pueblos nómadas. Los rastros de esas incursiones se hallarían en la presencia de armas y ornamentos, piezas profundamente representativas de las culturas esteparias de oriente, pero también en huellas de violencia y destrucción de la cadena de poblados fortificados lausacianos, que se intensificaron de manera ostensible hacia el siglo VI a.C.

4. EUROPA ORIENTAL

En las regiones de la Europa oriental situadas más allá de los límites del Hallstatt oriental, los arqueólogos han reconocido una serie de grupos humanos que se caracterizan por su honda personalidad cultural. Estas poblaciones parecen pertenecer a un universo propio relacionado con las estepas y llanuras asiáticas, pertenecientes a una tradición cultural que mantuvo una herencia latente a lo largo de miles de años, probablemente desde los tiempos calcolíticos del tercer milenio. La historia de los pueblos que habitaron en Europa oriental hacia los siglos IX-VIII a.C. fue recogida por los griegos. Heródoto relató que los pueblos de las llanuras y estepas del mar Negro invadieron las tierras del oeste, sobre todo las ramas principales de los cimerios y los tracios. En su libro *Historias* (redactado hacia el 440 a.C.) da cuenta del pueblo cimerio, de su expulsión de las estepas del norte del mar Negro por los escitas en un

pasado muy remoto, su guerra con los asirios (705 a.C.) y su periplo posterior por Frigia, Cilicia y Lidia del Asia Menor. También narró los periplos del pueblo tracio, recordando su participación en la Guerrra de Troya y rememorando sus corazas ricamente decoradas, habilidades orfebres y extrañas costumbres poligámicas. Según los relatos griegos fueron los tracios quienes ocuparon Bulgaria y Rumanía con sus costumbres ecuestres y tumbas tumulares.

La arqueología no ha detectado rastro alguno de los pueblos cimerios y tracios revelados por la literatura grecolatina. No obstante los relatos han tenido una proyección interesante sobre la arqueología porque hay numerosos especialistas que plantean la transición de la Edad del Bronce Final a la Edad del Hierro en las llanuras de la Europa oriental como una compleja dinámica poblacional: una sucesión de movimientos migratorios de pueblos con un modo de vida nómada, que procederían de las estepas situadas en el norte del mar Negro. La formulación más radical de esa teoría difusionista asegura que las migraciones fueron protagonizadas por pueblos de costumbres guerreras, que penetraron en Europa oriental a lo largo de sucesivas oleadas. Desde esta perspectiva los tracio-cimerios de los relatos clásicos podrían identificarse con una de las oleadas invasoras, abriendo camino a través de la zona de los Cárpatos para penetrar hasta Hungría y alcanzar los rebordes de los Alpes orientales.

Lo que sí ha detectado la arqueología es una comunidad cultural muy homogénea que se propagó entre los siglos VIII-VII a.C. por un amplio territorio de Europa oriental: Hungría, Rumanía, Eslovaquia y Serbia. Esta comunidad ha sido calificada como «complejo carro-caballo» pues ambos elementos son los referentes principales de la cultura material. Los asentamientos son mal conocidos, pocos y precarios, de manera que se interpretan como resultado de un modo de vida nómada. En realidad la distribución del complejo se conoce por los enterramientos, que responden a una larguísima tradición funeraria reconocida en las estepas orientales de Ucrania, Rusia meridional y el Cáucaso: las tumbas tumulares llamadas kurganes. El kurgán se identificó por primera vez en las poblaciones calcolíticas que habitaban las estepas del Volga, pero se prolongó durante la Edad del Bronce, luego prosiguió en la Edad del Hierro y perduró hasta periodos históricos (fue el enterramiento típico de los hunos y magiares), conformando una larguísima tradición cultural, asociada de modo indisoluble con los pueblos nómadas esteparios (figura 18).



Figura 18. El kurgán es un tipo de tumba cubierta por un túmulo que caracterizó a los pueblos de las estepas. Imagen del kurgán tracio de Pomorje (Bulgaria).

Los kurganes datados en los siglos VIII-VII a.C. en Europa oriental respondían al modelo básico. Estaban constituidos por una cámara funeraria de madera cubierta por un túmulo visible en el entorno, que ocultaba inhumaciones de individuos prestigiados. Los cuerpos se enterraban con una serie recurrente de elementos culturales entre los que destacaban los grandes carros de cuatro ruedas. La acumulación de esqueletos íntegros de caballo refleja de manera inequívoca los rituales de sacrificio animal. La presencia de los cetros aseguraba la elevada dignidad del difunto, la aparición de broches de cinturón su peculiar moda de vestir y la proliferación de armas su inequívoca impronta militar. Los cuerpos se rodeaban con una amplia panoplia: puñales, cuchillos, espadas ligeras –con empuñadura en forma de T–, puntas de flechas, arcos y brocados de caballo. La presencia reiterada de los caballos y las armas livianas avala una tecnología militar ligera sobre monturas, basada en la triple combinación de espada ligera, puñal y hacha poco pesada, un conjunto perfecto para la carga a caballo. Los arcos y las flechas formarían el equipo básico para el ataque a larga distancia. Y la proliferación general de los bocados de caballo con la embocadura de dos piezas avala una técnica de monta ágil pero adaptada a caballos corpulentos, con una larga tradición en las estepas asiáticas. Este tipo de armamento ligero es opuesto al modelo de milicia pesada que exhiben los ajuares militares de la cultura de los Campos de Urnas, con sus sólidas armaduras, sus macizas espadas y arreos de brida rígida de una sola pieza.

El complejo carro-caballo también se caracterizó por la presencia de motivos decorativos, bajo la forma de una metalistería con representaciones zoomorfas y dibujos geométricos (figura 19). Muchos de estos motivos decoraban posibles cetros, pero también pequeños objetos metálicos calados a modo de colgantes, broches y hebillas de cinturón, que representan toda una tradición ornamental para la vestimenta. No en vano, son artículos de sujeción adaptados a las necesidades del vestir nómada sobre caballo. Hay arqueólogos que suponen habría también una rica tradición en madera en cierto modo similar a los pequeños bronces. Sea como fuere, la formación de lo que se ha llamado estilo zoomorfo escita-iranio reflejaría la consolidación de una identidad cultural que mantenía sus raíces en la tradición zoomorfa de las regiones asiáticas. La presencia de bronces macedonios y tracios con



Figura 19. La orfebrería fue una de las expresiones materiales más notables de las culturas nómadas de las estepas. Las hebillas, broches, placas de cinturón y pectorales señalan su implicación con la vestimenta y trasladan el mundo de los animales y seres fantásticos de las estepas asiáticas.

unos toscos animales, a menudo en forma de ave y con frecuencia bifrontes, que tienen unos orificios calados para suspensión, remite a ese mismo estilo zoomorfo de las estepas. En tiempos posteriores sobre esta tradición influirá el arte helénico, creando las muestras excelsas de la conocida orfebrería escita.

Los partidarios de la teoría difusionista han interpretado el complejo arqueológico carro-caballo con el prototipo cultural de los pastores nómadas guerreros. La distribución de yacimientos apunta hacia una penetración desde las estepas del mar Negro, a través de los Cárpatos, para descender hacia las llanuras del Danubio. La oleada pudo alcanzar los márgenes meridionales del complejo lausaciano, provocando su inestabilidad. El extremo más occidental de esta migración se hallaría entre los ríos Tisza y Danubio, región vacía de yacimientos que algunos prehistoriadores han interpretado como el área fronteriza con los principados del Hallstatt oriental. Desde este punto de vista, la irrupción de nómadas esteparios podría entenderse como la periferia más occidental de una comunidad cultural inmensa que aglutinaba a nómadas pastores indoeuropeos de las llanuras/estepas de Eurasia, un inmenso territorio de casi seis mil kilómetros con un foco neurálgico originario más allá de los Montes Urales. De hecho, las causas de la migración se han relacionado con el cambio

medioambiental registrado en las estepas asiáticas, en aquellos momentos aquejadas por una desecación intensa que provocaría el desplazamiento hacia occidente de los pueblos ganaderos. Estas dinámicas entre clima y población han sido recurrentes en el cinturón de las grandes estepas euroasiáticas, donde los ciclos periódicos de sequía provocaban disputas en las comunidades humanas por la posesión de los pastos, hasta derivar en conflictos armados y finalmente en desplazamientos en masa de comunidades enteras para buscar regiones seguras de pastoreo. Hay especialistas que sitúan el centro neurálgico de las sequías en la región asiática del Altai, que actuaría así como un motor de la inmensa franja de territorio conocida como el "corredor de las estepas".

BIBLIOGRAFÍA

BRUN, P. (1987) : *Princes et Princesses de la Celtique. Le premier Age du Fer (850-450 av. J.-C.)* Paris, Éditions Errance.

CHAMPION, T.C. y MEAW, J.V.S. (Eds.) (1985): *Settlement and society: Aspects of West European Prehistory in the first millenium b.C.* LUP. Leicester.

COLLIS, J. (1989): *La Edad del Hierro en Europa.* Barcelona, Labor.

COLLIS, J. (Ed.) (2001): *Society and Settlement in Iron Age Europe (Actes du XVIIIe Colloque de l´AFEAF, Winchester, April 1994).* Sheffield.

CUNLIFFE, B. (2004): *Iron Age Communities in Britain* (4ª ed.). Londres.

DEAMOS, Mª.B. y CHAPA, T. (1997): *La Edad del Hierro.* Madrid, Síntesis.

KRISTIANSEN, K. (2001): *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro.* Barcelona, Península.

KRISTIANSEN, K. y J. JENSEN (Eds.) (1994): *Europe in the First Millenium BC* , Sheffield, Sheffield Archaeological Monographs, 6.

LEBEDYNSKY, I. (2001): *Les Scythes. La civilisation des steppes (VIIe – IIIe siècles av. J.C.).* Errance.

WELLS, P.S. (1988): *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea.* Barcelona, Labor.

WELLS, P. (2001): *Beyond Celts, Germans and Scythians. Archaeology and identity in Iron Age Europe.* Londres, Duckworth.

WELLS, P. (2002): "The Iron Age". En S. Milisauskas (Ed.): *European Prehistory. A Survey,* Nueva York, Kluver Academic/Plenum Publishers.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. Una de las razones más importantes que motivaron el ascenso de los principados hallstáticos fue:
   a) El incremento de la producción agrícola local, favorecido por un periodo de bonanza climática que permitió la obtención de grandes cosechas.
   b) La llegada de poderosas élites guerreras procedentes de oriente.
   c) La llegada de comerciantes mediterráneos por la vía del Ródano.
2. Las grandes tumbas tumulares del Hallstatt son enterramientos:
   a) De las élites principescas que dominaban la sociedad.
   b) Utilizadas por todos los sectores de la comunidad.
   c) Donde los restos del fallecido se incineran y ocultan en urnas.
3. La caída de los principados del Hallstatt occidental fue originada por:
   a) La invasión repentina de pueblos procedentes de las regiones orientales del continente.
   b) La proliferación de conflictos internos en los poblados y de competencia externa.
   c) No hubo caída alguna, pues los principados se prolongaron hasta bien entrada la Segunda Edad del Hierro.
4. La Cultura Lausaciana del Hierro I fue:
   a) Una cultura de apacibles granjeros viviendo pacíficamente en aldeas sin fortificar.
   b) Una cultura basada en una sociedad fuertemente jerarquizada, dominada por poderosos príncipes guerreros obsesionados por publicitar su poder.
   c) Una cultura marcada por la conflictividad.
5. El complejo carro-caballo se caracterizó por:
   a) La importación de productos de lujo importados del Mediterráneo.
   b) Las costumbre de incinerar a sus muertos y depositarlos en urnas.
   c) La creación de un mundo artístico peculiar caracterizado por las figurillas con decoraciones zoomorfas.

Tema 14

LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO EN LA EUROPA TEMPLADA

José Manuel Quesada López

1. LA CULTURA DE LA TÈNE

1.1. La «*Cuestión celta*»

La Segunda Edad del Hierro en la Europa Templada es conocida de manera genérica bajo la denominación Cultura de La Tène. Este apelativo procede de un yacimiento suizo situado en las orillas del lago de Neuchâtel, que se descubrió en 1857 a raíz del hallazgo de varios restos arqueológicos en sus aguas. Desde ese momento se emplearon arduas tareas con el propósito de recuperar la mayor cantidad de objetos arqueológicos, que se acabaron por prolongar durante varios años. El resultado del trabajo permitió reunir una inmensa colección arqueológica con piezas de lo más variado: espadas,

cuchillos, puntas de lanza, escudos, arneses para caballo, broches de cinturón, fíbulas, cuchillas, calderos de bronce, barras de hierro, yugos e incluso vigas de madera. El lugar alcanzó tal fama que su nombre se impuso como denominación genérica de la cultura centroeuropea de la Segunda Edad del Hierro.

En la actualidad sabemos que la Cultura lateniense se extendió por una franja territorial muy extensa del continente. Los orígenes se situaron en territorios limitados en la Francia occidental y Alemania oriental. Desde allí no tardó en propagarse a regiones colindantes de Francia oriental, Países Bajos, Alemania meridional y Austria; así como también a las regiones bastante más lejanas situadas en la República Checa, Eslovaquia y Hungría. En el transcurso del siglo V a.C. la Cultura lateniense ya se había consolidado por gran parte del continente y comenzaba a dejar su impronta en regiones mediterráneas como el valle del río Po. El momento de mayor esplendor lateniense se produjo cuando dejó huella en territorios más lejanos, más allá del Canal de la Mancha (sur de Inglaterra), las costas del mar Adriático (Croacia) e incluso en las remotas tierras del Danubio. Pero para entrar de lleno en esta última cuestión es imprescindible conocer la otra dimensión de esta cultura, relacionada con el concepto del celtismo.

En la literatura arqueológica hay otra denominación asociada a la cultura lateniense de la Segunda Edad del Hierro que tiene una dimensión étnica: la cultura celta. Durante mucho tiempo, los prehistoriadores no dudaron en asociar la Cultura de La Tène con los pueblos celtas, tal como aparecían en los textos grecolatinos redactados por literatos, cronistas e historiadores grecolatinos (Tito Livio, Diodoro Sículo, Heródoto, Plinio el Viejo). De hecho la palabra celta procede del vocablo griego «*keltoi*», el término que aplicaron los romanos para calificar a todos aquellos pueblos situados más allá de sus fronteras territoriales. En el imaginario romano la imagen del mundo celta representaba la barbarie y figuraba como contrapunto a la civilización. En verdad los romanos no tuvieron un conocimiento preciso de la naturaleza de estas tribus. Los mayores detalles que han trascendido sobre los pueblos celtas proceden del libro «*De Bello Gallico*» (La Guerra de Las Galias), la célebre crónica militar que redactó Julio César durante la campaña de conquista (58-51 a.C.).

La investigación arqueológica sobre los celtas se ha dividido en dos teorías opuestas que han mantenido un ácido enfrentamiento académico. La primera teoría representa un tipo de historiografía tradicional que preconiza la identificación entre la cultura lateniense y los celtas, considerando el celtismo como una cultura paneuropea con unas raíces profundas comunes en el continente europeo. Los partidarios de esta teoría sostienen que los celtas representaron una cultura vigorosa con una fuerte personalidad; que los celtas tenían una identidad étnica común, con una misma cultura, misma lengua y mismo sentido estético. Esta escuela confiere verosimilitud a las crónicas sobre las tribus celtas que relatan las fuentes clásicas romanas, sobre todo a sus avatares militares de invasiones y conquistas por el continente. Es por tanto una teoría con una fuerte

base historicista que participa de la interpretación migracionista de la cultura. La teoría refrenda la imagen popular de unas tribus poderosas y guerreras que dominaron el continente con una inasequible fortaleza de espíritu fuerte ante las adversidades. El prehistoriador francés Venceslas Kruta fue un gran defensor del celtismo, manteniendo con firmeza la existencia de un pueblo celta y asegurando la pervivencia de su legado bajo la forma del folklore y la lengua, tal como se desprende de estas palabras: "las lenguas celtas son habladas en la actualidad por dos millones de personas en la vertiente occidental atlántica de Europa: en Armórica, Gales, isla de Man, Escocia e Irlanda".

Frente a la teoría tradicional, en los últimos cuarenta años se ha consolidado una escuela de pensamiento crítica sobre los celtas. Esta teoría niega la identificación entre la Cultura lateniense y las tribus celtas; pero además mantiene que nunca existió una cultura celta común en la Europa de la Segunda Edad del Hierro. Para estos prehistoriadores críticos los llamados pueblos celtas no existieron porque no son más que la construcción artificial hecha por literatos, historiadores, cronistas, políticos y gente común. Una construcción que se fue elaborando a lo largo de los siglos, a través de historias recreadas, leyendas y mitos, la literatura novelesca y poética, y un vigoroso folklore popular. Los celtas solo se hallan en el imaginario de mitos recreados por el largo paso del tiempo: primero por los cronistas romanos, luego por los mitos medievales, más tarde por los relatos góticos, por los discursos de los historiadores románticos del siglo XIX y por las reconstrucciones de los historiadores nacionalistas



Figura 1. La imagen histórica de los celtas debe mucho a la historiografía romántica del siglo XIX. El óleo de Lyonel Royer (1800) recrea la escena heroica donde el caudillo Vercingétorix arroja las armas ante Julio César y rinde el *oppidum* de Alesia, siguiendo el relato del historiador romano Plutarco.

de inicios del siglo XX (figura 1). Todo ello trufado por el imaginario popular folklorista que ha considerado a los celtas como un vínculo emocional profundo con el pasado más remoto. De esta manera, los celtas serían simplemente una estampa artificial inventada e incluso manipulada, que acabaría convirtiéndose en un icono de la cultura europea: la de poderosos pueblos guerreros que dominaron el continente, con su notable personalidad, portadores de una civilización única. El prehistoriador John Collis ha mostrado bien esta postura crítica al dictar: "no creo en algo llamado Arte Céltico, que no hubo nunca una religión Céltica y que no existe un tipo de organización social que podamos denominar Céltica". En nuestro país, el prehistoriador Gonzalo Ruiz Zapatero ha profundizado en la teoría de la deconstrucción del concepto celta, analizando todas las versiones y recreaciones que se han sucedido en la historia sobre estos pueblos.

1.2. Evolución de la Cultura lateniense

La Cultura de La Tène discurrió a lo largo de cuatrocientos años, desde la primera mitad del siglo V a.C. hasta la mitad del siglo I a.C. Los primeros momentos coinciden con la crisis de los principados hallstáticos, y su final con la conquista romana de Las Galias tras la campaña militar de Julio César y la toma del *oppidum* galo de Alesia en el año 52 a.C. En realidad las raíces culturales latenienses aun pervivieron largo tiempo en las regiones conquistadas por Roma; solo llegaron a desaparecer muchos años después, tras el largo y complejo proceso de la romanización. Entre algunos partidarios del celtismo radical se plantea que la romanización no hizo desaparecer por completo las raíces indígenas, que perduraron como un profundo acervo cultural para renacer tras las invasiones bárbaras que provocaron la caída del Imperio romano de Occidente, configurando la base cultural de las nacionalidades del Medievo.

La periodización de la cultura lateniense ha sido una cuestión principal en la investigación de la Segunda Edad del Hierro. Los primeros intentos de periodización tienen el trasfondo historicista propio de los estudios sobre cultura material. En 1885 el alemán Otto Tschiler realizó una periodización a partir de tres fases recurriendo a la evolución tipológica de los objetos metálicos más significativos: espadas, puñales y fíbulas. En 1902, el también alemán Paul Reinecke mantuvo los tres periodos pero usando como referente los ajuares de las tumbas. Y en 1912 un arqueólogo francés llamado Joseph Déchelette mantuvo la división tripartida recurriendo a una amplia base tipológica de armas (espadas, puñales, cuchillos), joyas, vasos de bronce y enterramientos. En la actualidad, las propuestas de periodización de la Cultura lateniense no se basan en la mentalidad historicista propia de la cultura material, sino en los procesos sociales, económicos e ideológicos implícitos en la dinámica cultural. El arqueólogo británico John Collis ha proporcionado una propuesta tripartita representativa a partir de la socioeconomía: la primera fase se corresponde con los orígenes de la cultura, se identifica con el modelo de jefaturas propias de la tradición hallstática y se reconoce sobre todo en las tumbas principescas; la segunda responde a un periodo turbulento de crisis económica pero de propagación amplia por el continente y su reconocimiento arqueológico se halla en las tumbas de carro; finalmente la tercera es la fase terminal y se corresponde con el desarrollo del mundo de los *oppida*.

Periodo de las jefaturas principescas (siglo V a.C.)

Los orígenes de la Cultura lateniense se remontan a la primera mitad del siglo V a.C., en dos zonas muy concretas. La primera fue la región francesa de Champaña, a la altura del Marne, cuenca media del río Sena. La segunda fue la región alemana de Hünsruck-Eiffel, situada en el frondoso cinturón boscoso del curso medio del Rhin, los territorios de Baden-Wuttemberg, Baviera septentrional, Hesse, Turingia, Bohemia, Moravia y Silesia. Durante los tiempos de la Primera Edad del Hierro ambas zonas habían sido tan solo el *hinterland* económico de los principados del Hallstatt, con una sociedad de agricultores, ganaderos y jefaturas menores, que ocasionalmente practicaban trueques con los núcleos hallstáticos a partir de materias primas y esclavos. En las tumbas de Champagne y Hünsruck-Eifel no hay rastro de relevancia suntuaria ni de amortización de artículos de lujo importados.

Pero la situación de los poblados de Hünsruck-Eifel y Marne-Mosela cambió radicalmente hacia el 450 a.C. por varios motivos. En primer lugar por un crecimiento demográfico que los arqueólogos han reconocido en el aumento del número de hábitats. En segundo lugar por un leve pero interesante incremento de la producción de hierro en las minas locales a fin de satisfacer la demanda local de este metal. En tercer lugar por un crecimiento de los contactos mercantiles con los comerciantes griegos. El momento crucial se produjo con el declive de los principados hallstáticos, la recesión de muchos de sus poblados y la caída de sus jefaturas. Los poblados latenienses consiguieron ocupar el papel privilegiada en el circuito del comercio griego y convertirse en abastecedores de materias primas a cambio de los artículos mediterráneos. La monopolización del comercio de trueque por los líderes aumentó la desigualdad social y permitió el ascenso de las jefaturas latenienses durante este periodo.

La mejor expresión de las primeras jefaturas latenienses se reproduce en la proliferación de las tumbas principescas, repletas de artículos lujosos como signo de distinción social y muestra de enriquecimiento económico (figura 2). Entre los objetos suntuarios sobresalieron sobre todo los carros de dos ruedas, que se acompañaban con las espadas, lanzas y cascos de bronce. La panoplia habitual respondía por tanto a líderes guerreros que presumían de su carácter militar. No obstante tampoco faltaron objetos de ajuar implicados con el adorno personal, por ejemplo torques y brazaletes de oro. Ni los exóticos artículos de origen mediterráneo implicados con ciertos hábitos de tradición

orientalizante, como el consumo de vino, representados por los recipientes de dos asas llamados *stamnoi* y jarros picudos realizados en Etruria.



Figura 2. La tumba francesa de Lavau pertenece a las primeras jefaturas latenienses de la región del Marne. En la cámara se dispuso un enorme caldero decorado con ocho cabezas de leona y cuatro del dios Aqueloo. Una jarra de vino de figuras negras se halló en su interior.

Periodo de las migraciones (400-150 a.C.)

Durante los siglos IV y III a.C. se reconoce una propagación de la Cultura lateniense por buena parte del continente europeo. Hacia el año 300 a.C. ya se había extendido desde los Pirineos franceses en el extremo occidental hasta los montes Cárpatos de la Transilvania rumana en el extremo oriental; y desde el valle italiano del Po en el sur hasta las llanuras meridionales polacas al norte. Los prehistoriadores han discutido largamente sobre las causas de la propagación lateniense, claves internas, elementos y dinámica del proceso. Hay una teoría tradicional de carácter migracionista que asocia la dispersión de la Cultura lateniense con un fenómeno registrado por la antigua historiografía romana: las invasiones de los pueblos celtas por el continente. Esta teoría se sostiene en tres

pilares principales: la identificación entre La Tène y celtismo; la prioridad de los textos literarios sobre la arqueología; y la mentalidad difusionista, basada en la migración de poblaciones sobre el territorio (figura 3).

Los relatos de los historiadores romanos retratan los años 400-300 a.C. como un periodo de enormes turbulencias, originado por las migraciones masivas de las tribus celtas. Entre las migraciones las hubo de carácter pacífico, pero la mayoría fueron invasiones militares lideradas por caudillos guerreros. La literatura romana insiste en este panorama de conquistas, *razzias* y saqueos, que al fin y a la postre creó el prototipo de los pueblos celtas agresivos. Los autores romanos señalan que a finales del siglo V a.C varias tribus celtas invadieron los territorios de Panonia, Hungría, Eslovaquia y Transilvania. Poco más tarde, varias tribus atravesaron los pasos alpinos e invadieron el valle del Po y el litoral meridional francés: los insubros ocuparon la zona al pie de Los Alpes; los cenomanos invadieron el valle del Po; los boios las tierras de Parma y Bolonia; y los lingones el litoral adriático. En la historia de Roma quedó grabada la primavera del año 390 a.C., cuando casi treinta mil celtas (la mayoría de la tribu de los senones) llegaron a las puertas de Roma y exigieron un tributo enorme para no pasar la ciudad por las armas. El poder celta llegó a su punto crucial cuando ciertas tribus pactaron con Alejandro Magno a orillas del Danubio en el año 235 a.C. y cuando otras tribus arrasaron el santuario griego de Apolo en el año 279 a.C. Desde Grecia hubo incluso varias tribus que atravesaron el estrecho del Helesponto para invadir Anatolia y crear allí un reino llamado Galacia.

En su momento el historiador romano Plinio el Viejo buscó una explicación razonada para las invasiones celtas: el aumento excesivo de la población



Figura 3. Mapa de Europa con la dispersión de la Cultura de La Tène durante el periodo de las migraciones.

en las regiones de origen, que provocó una presión demográfica exacerbada y una desestabilización sociopolítica profunda. Livio insiste en las profundas tensiones políticas internas de las tribus, las crueles rivalidades entre los caudillos y las duras condiciones de vida de la población modesta. Los efectos de las hambrunas y rivalidades no se dejaron esperar bajo migraciones violentas a modo de oleadas sucesivas de invasiones y conquistas, una reacción en cadena en la que cada movimiento de tribus desplazaba a los antiguos invasores, que migraban a su vez hacia tierras más lejanas. Estos relatos han servido como base para la teoría migracionista actual, basada en una expansión en oleada y en los principios nemalthusianos de la presión demográfica. Los prehistoriadores que defienden esta teoría aseguran la veracidad de las fuentes clásicas y relacionan las migraciones celtas como una respuesta al problema del excedente poblacional y a las tensiones sociales internas.

La teoría migracionista celta ha sido cuestionada por otros prehistoriadores que rechazan de plano los movimientos de conquista e incluso niegan la posibilidad de las migraciones masivas pacíficas. En su opinión no hay ninguna prueba arqueológica que justifique estos movimientos de población, y mucho menos desplazamientos masivos. Destacan sobremanera que los datos procedentes de yacimientos del siglo IV a.C. muestran un mundo rural más bien pacífico, una serie de núcleos modestos de población con un patrón de poblamiento disperso conforme al patrón de pequeñas aldeas y granjas independientes. La ausencia de grandes poblados y fortificaciones sólidas cuadra mejor con un modo de vida pacífico, asociado a una reducida competitividad social y baja conflictividad política.

Pero más allá de estas polémicas sobre la identidad celta, el periodo 400-150 a.C. admite otras interpretaciones de carácter socioeconómico. Los datos arqueológicos apuntan a una crisis profunda en la economía del continente: reducción de la producción agrícola, progresivas malas cosechas, recesión del intercambio mercantil, paralización de los circuitos comerciales, hambrunas, desabastecimiento alimentario entre otros factores, que en conjunto ofrecen una imagen profundamente negativa. El prehistoriador John Collis calificó el periodo como «Reflujo de la Marea», una metáfora adecuada para definir la honda crisis económica del momento. El militarismo del periodo provocó transformaciones en los modos de vida social, sobre todo la sustitución del modelo de la jefatura principesca por el modelo de caudillaje militar basado en el poder personal de líderes guerreros y la fidelidad de clientelas castrenses.

Periodo de los oppida

Las crónicas romanas recuerdan los siglos II-I a.C. como una etapa de crisis en las tribus celtas, provocada por sus numerosos reveses militares en todo el continente. En el sur no pudieron hacer nada ante el agresivo expansionismo de Roma, que ocupó la llanura del río Po en 197-196 a.C. y la Galia Narbonense del litoral mediterráneo en el 125 a.C. En el oriente padecieron la progresión del reino de Dacia. En las regiones del norte hubieron de retroceder frente a la confederación germánica de cimbrios y teutones, tribus oriundas de Jutlandia y litoral del mar del Norte, que arrasaron parte de Alemania, Chequia, Hungría, Países Bajos e incluso algunas zonas de Francia, hacia el 120 a.C. Tan solo un siglo más tarde Roma decidió conquistar las tribus celtas de Las Galias y Julio César propició una de sus campañas más famosas que acabó con la toma del *oppidum* de Alesia en el año 52 a.C. y la conversión del último bastión celta en una provincia romana.

Desde el punto de vista político el periodo aparece por tanto asociado al retroceso de la cultura lateniense. Pero de manera paradójica la arqueología ha reunido pruebas acerca de transformaciones importantes en la sociedad y economía lateniense que revelan una progresión hacia sistemas políticos más complejos, modelos de poblamiento concentrado y reactivación económica. Durante este periodo se asiste a la aparición de asentamientos complejos llamados *oppida*, a la implantación de formas de gobierno sofisticadas con un nivel superior a la simple jefatura, a la propagación de la permeabilidad social y sobre todo a un ciclo de crecimiento económico que permite el incremento de la producción, la especialización por sectores y la reactivación del comercio. Este periodo de recuperación económica ha sido calificado por el prehistoriador Collis como etapa de «Renacimiento económico» y en su trasfondo laten las profundas transformaciones reconocibles en las culturas del Mediterráneo.

2. SOCIEDAD Y ECONOMÍA LATENIENSE

2.1. Poblamiento y hábitat

Durante la mayor parte de la Cultura lateniense predominó un modelo de poblamiento de carácter disperso. La población vivía en núcleos reducidos formando aldeas, caseríos y granjas, que a lo sumo concentraban poco más de una docena de viviendas. Este tipo de poblamiento carecía de sistemas de defensa (ni murallas, ni siquiera empalizadas), como prueba de un modelo de convivencia pacífica y de una baja conflictividad. Las viviendas tenían planta rectangular con división tripartida (tres estancias), levantadas con postes de madera. Entre ellas se han hallado hoyos de dimensiones y profundidades variadas, que parecen haber servido como silos para almacenar alimento aunque algunos pudieron ser usados como basureros. Algunos poblados contaban con pequeñas zanjas y terraplenes artificiales, que parecen haber servido para proteger el ganado. Esos pequeños núcleos rurales proliferaron por doquier, revelando un patrón rural agropecuario basado en un alto grado de autosuficiencia y descentraliza-

ción, que apunta a un modelo territorial bastante continuista con las tradiciones de la Primera Edad del Hierro de la región. El poblado de Radovesice, enclavado en el territorio checo de Bohemia, proporciona una buena idea de los núcleos de población agropecuaria más extensos: apenas una agrupación formada por dos/cuatro aldeas, cada una de las cuales agrupaba media docena de viviendas, en las que pudieron habitar entre treinta y ochenta personas (figura 4).



Figura 4. El hábitat lateniense principal era la aldea de agricultores y ganaderos de carácter familiar, dedicados a las tareas cotidianas de subsistencia. Es una imagen muy alejada de la visión tradicional de los celtas como pueblo belicoso centrado en la guerra.

Estas aldeas abiertas de La Téne B-C tenían su contrapunto en un pequeño número de poblados fortificados. Estaban emplazados en zonas elevadas como colinas despejadas, promontorios rocosos y altozanos, lo que permitía contar con las protecciones naturales y el control visual sobre el entorno. En ocasiones estos castros tenían terraplenes de tierra y piedra, parapetos artificiales y hasta fosos excavados. En su interior se disponían las viviendas de planta rectangular, sin orden aparente pero adaptándose a las condiciones del terreno. Las áreas habitadas compartían espacio con zonas carentes de estructuras.

Hacia el 150 a.C. se produjo un cambio profundo en el modo de poblamiento lateniense. Los castros, pequeños poblados y aldeas no desaparecieron, pero en pocos años cobró importancia un nuevo tipo de poblado que representó toda una innovación del hábitat en respuesta a una profunda transformación social y económica. Julio Cesar dio renombre a este tipo de poblado en su libro *Guerra de Las Galias*, concediéndoles el calificativo latino con el que desde entonces se llaman: *oppidum (oppida en plural)*. Los autores romanos pensaron que los *oppida* fueron plazas fortificadas levantadas con urgencia por los galos, para defender su territorio de una oleada repentina de hordas germánicas formadas por las tribus cimbrias y teutonas,. Pero en la actualidad sabemos que los *oppida* no fueron solo plazas militares sino poblados de una dinámica muy compleja en el que intervinieron factores políticos, sociales y económicos.

El *oppidum* fue un poblado surgido de un patrón de crecimiento rápido tras un apresurado proceso de concentración y centralización (figura 5). Pero más allá de este surgimiento tan repentino los *oppida* se convirtieron en centros complejos, multifuncionales y de notable operatividad. En primer lugar eran centros políticos residenciales claves para la implantación de un modelo de centralización y de control de los órganos de decisión política, dirigida por clases dirigentes asociadas a un modelo tribal e incluso protoestatal. En segundo lugar, actuaban como centros ideales para la administración económica pues capitalizaban la producción y la distribución en un momento clave de expansión económica que requería de sitios centrales. En tercer lugar eran la representación de una comunidad más compleja, mucho más especializada pero al tiempo más abierta, porque ofrecía un marco de libre oportunidad dentro de un sistema más competitivo. Los *oppida* cumplieron un papel crucial en la recuperación económica del mundo lateniense: la intensificación de la producción de las minas de metal (sobre todo hierro); la implantación de estrategias de control de la tierra; la reactivación de los circuitos comerciales; la especialización de la producción (basada en la sectorización del metal, cuero, grano, ganado, artesanías, esclavos…), son rasgos comunes que pueden rastrearse en los más de cincuenta *oppida* detectados en el área nuclear lateniense.



Figura 5. El *oppidum* alemán de Manching es una muestra perfecta del mundo Lateniense Final: la efectiva planificación del espacio interior (arriba), las fuertes murallas y los parapetos defensivos en puntos clave como las puertas (centro), y las viviendas intramuros organizadas según un patrón sencillo pero con rasgos protourbanos (abajo).

El emplazamiento de los *oppida* sobre colinas permitía el control visual y su situación en los cruces de las rutas principales garantizaba el control de las vías de comunicación. La extensión media de estos poblados se situaba en las 90 hectáreas, pero hubo bastantes que alcanzaron 150 hectáreas y algunos llegaron incluso a las 600. Entre estos últimos destacó Heidengraben (Baden-Wuttemberg), que contaba con 1500 hectáreas si bien el núcleo habitado se restringía a una zona más limitada ya que el resto del recinto interior se usaba como zona de pasto para el ganado. Los *oppida* más conocidos son los descritos por Julio César en la campaña de Las Galias del 50 a.C, Bibracte y Alesia, que tenían una extensión media de 100-150 hectáreas.

El rasgo que más llamó la atención de Julio Cesar fue su intrincado entramado defensivo: murallas macizas, empalizadas sólidas, fosos profundos, baluartes y peculiares campos de aguzadas piedras, hincadas en el suelo. Los modelos técnicos para levantar los muros eran dos: la muralla Gálica y la Kelheim. La técnica del *murus gallicus* es bien conocida por el interés que despertó en Julio Cesar, quién proporcionó una descripción precisa de su ingeniosa obra de ingeniería. Era una muralla levantada a partir de una trabazón de hiladas, integradas por postes de madera enlazados en vertical y horizontal, en la que los postes verticales estaban clavados firmemente en paramentos de piedra seca, siempre a intervalos regulares, y sujetos a los horizontales con gruesos espigones de hierro. Esto representaba una construcción maciza y contundente, pero para aumentar más la firmeza se procedía a recubrir la superficie exterior del muro con un terraplén de cuatro metros de altura y otros cuatro de grosor, mediante un relleno de piedra, grava y tierra apelmazada. El muro era precedido por un foso ancho y profundo, y por campos de largas piedras hincadas sobre el suelo (llamados campos de Frisia), una doble combinación perfecta para frenar a la caballería enemiga. Las murallas y empalizadas formaban una línea continua para cerrar el poblado por completo, ya superando los accidentes topográficos del terreno (como las vaguadas y los montículos), ya integrando estos como protecciones naturales en puntos concretos.

Los recintos interiores del *oppidum* albergaban viviendas, áreas cercadas para el ganado, zonas abiertas para el refugio de la población de los alrededores y en ocasiones hasta edificios singulares como santuarios. Las áreas habitables tenían un núcleo central para las minorías dirigentes, zonas residenciales y barrios artesanales. Los recintos interiores mostraban una planificación orgánica sin límites muy precisos y ofrecían una distribución jerárquizada del espacio. Por ejemplo en Bibracte había una parte alta que albergaba un santuario, una meseta a menor cota que servía para residencias aristocráticas, y unas zonas bajas para la gente más común, incorporando incluso un barrio de artesanos cerca de la puerta principal. Las viviendas tenían planta cuadrangular y se alzaban a partir de un armazón de postes verticales. si bien las cabañas de menor tamaño podían aparecer excavadas en el suelo. En Bibracte, las clases más privilegiadas levantaron residencias de grandes dimensiones en las que se detecta la influencia romana.

Podemos tener una imagen más nítida de este tipo de poblados a través de Manching, un *oppidum* clásico de la región de Baviera datado en 150-50 a.C. El poblado ocupó una colina de 380 hectáreas en un lugar estratégico a orillas del Danubio por ser encrucijada clave de las rutas de comunicación. El interior del poblado contaba con una planificación sencilla pero operativa, las viviendas organizadas por parcelas, separadas a su vez por empalizadas y por vías para el tránsito trazadas con más de 10 metros de ancho. En el núcleo central del poblado se concentraban varias estructuras de habitación que los arqueólogos han reconstruido a partir de los hoyos que sirvieron para encajar los postes de vivienda, de las trincheras de los cimientos y los pozos usados como silos para almacenaje. El área habitacional poseía pequeñas plantas rectangulares de ocho metros de largo, y presentaba estructuras de 80 metros de longitud que pudieron ser graneros. El lugar contaba con zonas especiales, como un área aristocrática y un barrio para artesanos y metalúrgicos. Existía una zona periférica sin restos de estructuras, que sirvió probablemente como área de pasto del ganado. El lugar de Manching fue abandonado tras un episodio muy violento, una cruenta batalla, reconocible en un amplia área escampada central. En ese lugar los arqueólogos han hallado restos de unos trescientos cadáveres humanos con heridas mortales, entre espadas quebradas, puntas de lanza y umbos de escudos, que dan testimonio de la conquista violenta del lugar.

2.2. Enterramientos

Durante la mayor parte de la Cultura lateniense se mantuvo la tradición de inhumación en tumbas individuales planas, aunque no se prescindió del todo de la incineración ni de las tumbas tumulares colectivas. El paisaje funerario respondía a multitud de cementerios de tamaño muy reducido que albergaban unas pocas decenas de cuerpos, una imagen muy al uso del mundo rural de pequeños poblados y aldeas agropecuarias. En muchos casos los cadáveres se enterraban sin ningún objeto o a lo sumo con elementos ordinarios muy sencillos: los varones con una o dos fíbulas a lo sumo; las mujeres con fíbulas de bronce, brazaletes, pulseras, tobilleras y a veces torques y anillos. La presencia de amuletos era habitual en las tumbas de mujeres y niños. En síntesis la imagen que desprenden estos enterramientos se corresponde con una sociedad sencilla y humilde, sin preocupación por la acumulación de riqueza y bajo el modelo de comunidad igualitaria.

Durante el primer periodo, las tumbas de las jefaturas latenienses simularon el modelo de la tumba tumular hallstática pero en menores dimensiones. Buen ejemplo de este patrón de enterramiento es la tumba de Lavau, que pertenecía a un príncipe (o quízas princesa) de la región del Marne. El túmulo presentaba 40 metros de ancho y tenía en el centro una cámara funeraria de 14 metros cuadrados, donde se depositó el cuerpo del difunto junto a un carro y un enorme caldero de bronce, con decoración griega, incluyendo cerámicas áticas.

Durante el periodo de las migraciones, las tumbas de los sectores dirigentes eran minoritarias y destacaban por el depósito de objetos más suntuosos, si bien la acumulación de riquezas nunca resultaba abrumadora ni dio lugar a tumbas principescas. Las sepulturas más espléndidas poseían como mucho unas docenas de objetos: espadas, puñales y de modo ocasional petos, cascos y carros de dos ruedas, a la sazón mayor signo de distinción y de dignidad personal. En cualquier caso, las tumbas que presentaban lujosas importaciones orientales resultaban escasas y prueban el carácter autárquico de las minorías aristocráticas. Dos excepciones merecen ser tenidas en cuenta para evidenciar la marginalidad del comercio de lujo. La primera procede de una tumba de la localidad de Wadalgesheim, y contaba con un elaborado collar y un par de brazaletes –todos ellos de oro–, una sítula de bronce importada de Italia y varias piezas de bronce para decorar un carro. La segunda pertenece a una tumba de Dürnberg, y poseía varias piezas de oro (en particular brazaletes), armamento ofensivo de hierro (una espada y dos puntas de lanza), un casco de bronce, una sítula, una copa, un *kylix* ático y diversas piezas de hierro integrantes de un carro de madera (figura 6).



Figura 6. Reconstrucción de la tumba 44/2 de la necrópolis de Dürrnberg, en la que figura el carro característico de dos ruedas y un ajuar complementario de pequeñas dimensiones, con armamento y un gran caldero que constituyó el componente más relevante del depósito.

Durante el periodo de los *oppida* las necrópolis son mal conocidas. Hay prehistoriadores que conciben la ausencia de enterramiento en torno a los poblados fortificados como una consecuencia del aumento del ritual de incineración realizado directamente sobre tierra, pero en verdad nada hay seguro al respecto. La precariedad es notable para las regiones occidentales. Hacia oriente hay mayor información, que parece probar un incremento de las prácticas de incineración. En todo caso las necrópolis rurales se limitaron a pequeñas agrupaciones de tumbas con un ajuar muy restringido y similar, incluso en los sitios que contaban con mayor número de sepulturas, por ejemplo en la necrópolis de Karaburma (Belgrado), que a la sazón contaba con 170. En las tumbas más lujosas de este periodo no se depositaron muchos objetos, manteniéndose en una tendencia generalizada hacia la sencillez de las costumbres funerarias, tal como quedó registrado en la tumba más importante de ese periodo, localizada en Dürnberg, que poseía vasijas y espejos de bronce originarios de Italia, un caldero de bronce con su soporte, anillos, fíbulas, brazaletes, adornos de ámbar, una moneda de plata y diez vasos cerámicos.

2.3. Sociedad

La imagen que tenemos de las primeras comunidades latenienses es parcial y bastante limitada, salvo algunas consideraciones genéricas: una masa social mayoritaria formada por agricultores y ganaderos; pequeños colectivos de artesanos especializados; minoría dirigente de caudillos con cohortes guerreras acordes al modelo de jefatura compleja con potestad militar. La literatura y el folklore han concedido una relevancia singular a un tipo de especialista de la religión reconocida bajo la figura del druida, que representaría a una especie de casta sacerdotal con múltiples funciones (liturgia, sanación, depositario de las tradiciones orales) y que habría tenido papel crucial para la configuración de la identidad colectiva, la cohesión de la comunidad y la transmisión cultural.

La mayoría de la población lateniense se componía de agricultores y ganaderos, pero las informaciones que tenemos sobre ellos son muy precarias. Se ha pensado que formarían pequeñas unidades familiares de carácter autónomo, sin organización clánica, dedicados a una esfera básica de subsistencia constituida por pequeños cultivos, tareas ganaderas y labores artesanales modestas. La presencia de talleres en algunos poblados apunta a un sector de artesanos, trabajadores probablemente a tiempo completo. La presencia de sectores especializados en las tareas artesanales e industriales se reconoce bastante bien en las minas austriacas de Dürnberg, que ocupaba a una amplia comunidad de mineros, metalúrgicos, ceramistas, tejedores y comerciantes entre otros. La especialización de las tareas resultaba imprescindible para mantener en producción un complejo minero de tan grandes dimensiones y asegurar la distribución del producto. El tamaño de las tumbas de Dürnberg revela una organización familiar del trabajo, a base de pequeñas unidades que podrían integrar unas tres o cinco familias, cada una de ellas con diez o veinte adultos. Las tumbas no presentan diferencias sensibles en la estructura y ajuar, lo que asegura una comunidad igualitaria. Los análisis antropológicos han avalado las duras condiciones de vida de los mineros, pero en un régimen de libertad donde la mina era su modo de vida, tal como había sucedido en la minería hallstática.

La mayoría de la información arqueológica que tenemos sobre la sociedad lateniense se refiere al grupo de las minorías dirigentes y procede del mundo funerario. Las primeras jefaturas latenienses reproducen en pequeño el modelo principesco de tiempos del Hallstatt. En sus tumbas tumulares se reconocía una clase de jefaturas con un poder limitado, con una predisposición a acumular riqueza para su amortización funeraria, pero sin la capacidad para mantener bajo su control amplios territorios.

Durante las migraciones de los siglos IV-III a.C., la jefatura principesca evolucionó rápidamente hacia la figura del caudillo militar, un modelo de jefatura sociopolítica que se adaptaba perfectamente a las necesidades del momento (figura 7). Las tribus estaban dirigidas por un caudillo principal de carácter militar, con un prestigio individual adquirido en la guerra y el combate, rodeado por una poderosa cohorte castrense que se mantenía unida a través de sentimientos profundos basados en lazos de lealtad. La base del poder de las nuevas jefaturas no pretendía la concentración de bienes de prestigio para su exhibición pública, sino la adquisición de prestigio militar, dignidad ecuestre y honores de combate dignos de mantenerse en el recuerdo de su tribu. Este modelo de jefatura militar puede asimilarse al tipo de caudillaje llamado *primus inter pares* («primero entre iguales»): líderes rodeados de individuos de similar categoría, que obtenían el poder por sus habilidades militares y su capacidad de liderazgo. Hay una imagen proporcionada por los historiadores romanos que revela a la perfección este modelo de caudillo: «*Cuando varios cenan juntos, se sientan en círculo; pero el más poderoso de entre ellos, que se distingue de los demás por su valentía en la guerra y por sus conexiones familiares, o por su riqueza, se sienta en medio, como el director de un coro. A su lado se sienta el anfitrión y después, a cada lado, todos los demás en función de sus respectivos rangos. Detrás de ellos unos hombres con armas, con escudos oblongos, permanecen de pie, mientras su guardia personal, sentada directamente en frente y en círculo, participa de la fiesta como su señor*».

La fuerza del caudillo dependía de su capacidad para reunir una cohorte de guerreros a su alrededor, que formaban una suerte de *séquitos de jefatura* bajo su mandato personal directo. La minoría dirigente aparece representada por los *equites*, guerreros que tenían la capacidad suficiente para mantener un caballo y la panoplia asociada (el caballo pronto adquirió un sentido iconográfico de la milicia de mayor alcurnia). El caudillo representaba el líder de amplias cohortes de guerreros vinculados por un sentimiento comunitario y por los lazos de cohesión interpersonal habituales en las llamadas *fratrías*: hermandades que se mantenían fuertemente unidas por la devoción íntima hacia el caudillo y la vinculación en igualdad con sus pares. Para mantener este compromiso de hermandad se realizaban ritos de cohesión, que en ocasiones tenían un carácter sangriento: combates heroicos entre iguales, rituales de sangre con los enemigos y prácticas mortuorias especiales, que proporcionan un profundo sentido mítico a la vida del guerrero y le conferían la



Figura 7. La posición del caudillo militar tuvo una singular relevancia en el modelo social de la época de las migraciones. Las tumbas de estos guerreros halladas en la región del Danubio nos acercan a sus principales objetos: los cascos y las espadas con sus vainas. Estas dos últimas se decoraban en un estilo artístico propio. La espada doblada forma parte del ritual de inutilización funeraria a la muerte del guerrero.

categoría de héroe, convirtiéndose en un modelo para la comunidad. La heroización del líder tenía un papel principal en el reconocimiento de la devoción militar y respondía a unos rituales propios: por ejemplo, la costumbre del combate heroico que enfrentaba a dos grandes guerreros siguiendo el modelo de lucha relatado en el texto homérico griego de la Ilíada; y la identificación del líder con poderosos animales carnívoros de una fuerte carga icónica y pseudo-divinidades a medio camino entre hombre y animal.

Desde la perspectiva de la antropología social, este modelo de caudillaje militar fue un instrumento ideal para la sociedad expansionista celta de los siglos IV-III a.C., para una sociedad con ímpetu militarista caracterizada por las migraciones, las conquistas militares y las *razzias* de saqueo. En opinión de algunos especialistas la distribución igualitaria de la riqueza en las tumbas de guerreros revela que la milicia lateniense no constituía una casta cerrada ni exclusiva sino una comunidad accesible asociada a una gran movilidad social. En otras palabras, más allá del origen o linaje, cualquier joven podía dedicarse a la carrera militar para enriquecerse con los botines, promocionar en la sociedad y obtener reconocimiento personal. Era un modelo de milicia muy distinto al reconocible en las jefaturas militares aristocráticas de la época hasllstática, que representaban un universo endógeno donde la pertenencia a la casta guerrera requería pertenecer a linajes hereditarios familiares. El modelo lateniense representó una democratización de la milicia y construyó una nueva mentalidad basada en el honor y la valentía heroica, pero también en un prestigio individual que no permitía la trasferencia del poder a los descendientes e impedía así la prolongación de dinastías militares.

El poder del caudillo era tan individual e intransferible que acababa con su muerte. Cabe pensar que este modelo de inestabilidad política fuera causa principal en la crisis de la expansión celta. La competencia entre los caudillos para alcanzar el poder resultaría una fuente de rivalidades continuas que acabaría por desestabilizar el sistema sociopolítico, y más aún en un marco tensionado por el uso de la guerra como instrumento endémico de subsistencia. La antropología conoce bien este tipo de sociedades militaristas que usan la guerra como base para la supervivencia. Es una estrategia aparentemente útil a corto plazo, pero imposible de prolongarse indefinidamente porque genera sistemas políticos profundamente inestables, porque impiden a medio plazo un crecimiento sostenido y al final acaban por colapsar. Esto pudo ser lo que sucedió a mediados del siglo II a.C. con la crisis del modelo político militar celta, su evolución hacia un modelo protourbano, hacia una sociedad compleja y hacia la economía mercantilista.

La necesidad de buscar estrategias políticas alternativas al modelo del caudillo militar se hizo patente en los últimos años de la historia lateniense. El modelo tradicional de la jefatura guerrera fue dando paso a prácticas políticas más complejas en varias regiones de Las Galias, que conocemos bien por el relato de Julio Cesar (figura 8). En las páginas de su libro describe el complejo mosaico político del mundo galo a mitad del siglo I a.C. y se da cuenta de las diversas formas de gobierno político: había regímenes de jefatura, regímenes de aire asambleario, incluso fórmulas de carácter protoestatal. El texto proporciona datos sobre tribus galas dirigidas por un alto dignatario (suesones), por dos gobernantes (eburones), magistrados electos entre una especie de aristocracia (eduos) e incluso regímenes asamblearios. El modelo político más complejo descansaba en una especie de magistrados-reyes, que operaban junto a un consejo de nobles ancianos y asambleas populares de varones adultos, a la sazón los únicos considerados libres y con capacidad para contar con armas. Más allá del modelo preciso de gobierno, lo que se desprende de la realidad sociopolítica del siglo I a.C. en Las Galias es una pérdida del poder de los antiguos líderes militares y un ascenso de las oligarquías comerciales o de la incipiente administración. Estos oligarcas convivían en los *oppida*, que se convirtieron en nuevos centros de decisión pero también en un teatro para las rivalidades por el control político. César aporta datos sobre esta complicada urdimbre de conflictos políticos entre reyezuelos, magistrados, oligarcas y caudillos, una intricada trama de rivalidad hábilmente usada por Roma para conquistar Las Galias y la Germania.



Figura 8. El mapa de Las Galias en el año 50 a.C. refleja las numerosas tribus que habitaban la región. Julio Cesar asignó la Galia celta y Galia Aquitana para las tribus celtas en proceso de conquista; la Galia Narbonense era entonces una provincia romana. Más hacia el norte se hallaban belgas y germanos. Las tribus que presentan formas de organización protoestatal aparecen dentro de la línea roja: bitúriges, arvernos, ámbares, eduos y secuanos.

2.4. Economía

a) *La agricultura y ganadería*

La economía lateniense se concentraba en la producción agrícola y ganadera, un modelo similar al registrado durante la Primera Edad del Hierro. Pero la producción agropecuaria de las primeras granjas latenienses tuvo que afrontar un panorama bastante acuciante a raíz de las necesidades causadas por la presión demográfica. Las estrategias adoptadas para aumentar la producción con la que alimentar a una población en continuo aumento revelaron la versatilidad y capacidad de adaptación de la economía. Entre las estrategias para incrementar la producción se halló la incorporación de nuevos aperos de labranza, la roturación de tierras antaño baldías y la puesta en marcha de nuevos cultivos.

La invención de nuevos instrumentos agrícolas, mediante el desarrollo de la metalurgia del hierro, permitió aumentar la producción de alimentos y mejorar la eficacia del trabajo agrícola. El hierro se convirtió en materia prima apropiada para tal fin por su abundancia, su extrema dureza y su amplia versatilidad para elaborar un amplio elenco instrumental, sobre todo para los duros trabajos asociados con el desbroce y la roturación. Este nuevo equipamiento incluía hoces, guadañas, cuchillos de poda, azadas y rejas de arado entre otros útiles. Esta panoplia instrumental posibilitó una mejora tecnológica y permitió la roturación de nuevas tierras, la intensificación de las ya explotadas y la puesta en activo de parcelas baldías. Los procesos de intensificación agrícola tuvieron particular importancia en zonas como los Vosgos franceses, Westerwald alemán y Alpes suizos. Los avances técnicos incluyeron también la mejora de los abonos y de los procedimientos de drenaje. En última instancia, la intensificación agrícola se completó con la mejora de las técnicas de procesamiento de las materias primas, cuya mejor muestra fue la invención del molino giratorio, que representó un adelanto trascendental para aumentar la eficiencia y la rentabilidad del trabajo de molienda.

La agricultura tradicional recurría al cultivo de varias especies de trigo y cebada, principal base de subsistencia. Pero durante este periodo se registró una intensificación productiva de cultivos alternativos que respondían a distintas razones. El incremento del centeno, un cultivo particularmente resistente al frío, fue la respuesta más adecuada a las condiciones de enfriamiento climático que padecieron las regiones más septentrionales. El aumento de la producción de leguminosas (alubias, guisantes y lentejas) fue una adaptación a las exigencias alimentarias, por su alto potencial alimenticio y su capacidad para mejorar la productividad del terruño. Y el incremento de los cultivos especializados obedeció a las nuevas demandas de ciertos sectores económicos: la producción de lino pretendía cubrir la demanda de la artesanía textil; la producción vinícola ofrecía un mercado local para los hábitos de consumo de clases privilegiadas; y la producción de olivo suministraba ciertos productos de prestigio, como aceite y perfume, para los ritos culturales más exclusivos.

La cabaña ganadera comprendía principalmente vacuno, seguido de ovino y porcino, com variedades distintas de las actuales (por sus menores dimensiones). La cabaña ganadera mantuvo un régimen autárquico centrado en el abastecimiento familiar, y si acaso cierta producción destinada al comercio local o comarcal. En los últimos tiempos latenienses, la aparición de mercados de mayor alcance en torno a los *oppida* supuso un cambio radical centrado en el incremento de la producción más allá de un régimen de autosuficiencia o del comercio local. Es llamativo el caso del *oppidum* de Manching, que registró una cría principal de bovinos y cerdos, junto a rebaños menores de oveja, cabra y manadas de caballo. En Manching se han hallado concentraciones masivas de restos de animales que superaban con creces las necesidades del poblado y apuntan de una manera inexorable a un régimen mercantil, a la capacidad del lugar como un centro ferial promocionado a plaza de mercado regional, donde acudían las gentes del entorno para la compraventa de animales. Las crónicas de los autores clásicos dan cuenta de la importante contribución de la cabaña ovina en las actividades económicas de los poblados galos.

b) *La cerámica*

Durante los primeros tiempos de La Tène, la mayor parte de la producción cerámica aun se hacía a mano. El torno de alfarero ya era conocido a finales del Hallstat en el norte de los Alpes, pero su uso se restringió a las plazas claves como Heunenburg, Moint-Lassois y Breisach, suministrando una producción minoritaria basada en las antiguas formas de la alfarería hallstática (figura 9). En este marco tan tradicional la cerámica común se limitaba a producciones sencillas hechas a mano, que a pesar de su poca calidad intentaban imitar artículos metálicos: ánforas de cuello alto con bandas pintadas o incisas, escudillas con pie, urnas; con un predominio de siluetas redondeadas sobre las angulosas y de las decoraciones bruñidas. En líneas generales bien podríamos decir que la cerámica lateniense fue un producto menor y poco interesante.

En realidad la cerámica a torno no tuvo importancia hasta el periodo de los *oppida*, más o menos en el siglo II a.C. Fue por tanto una labor de talleres especializados que cumplían a tiempo completo y que adoptaron las novedades técnicas para aumentar la producción. Los registros arqueológicos señalan que para entonces las dos terceras partes de la producción cerámica se realizaba a torno, ya fuera para los productos de lujo, ya para los artículos cotidianos de cocina y almacenamiento. Las producciones eran básicamente locales pues cada *oppida* era productor de su propia cerámica, recurriendo a las arcillas locales con independencia de la calidad. No obstante también se han reconocido algunos centros cerámicos dedicados a la fabricación de lujosas piezas, que usaban materias primas arcillosas de gran calidad y que producían partidas para la exportación regional. Entre estos centros especializados de calidad destacaron el de Nassau en Baviera y el de Ceské Budejovice en Checoslovaquia, que se concentraron en

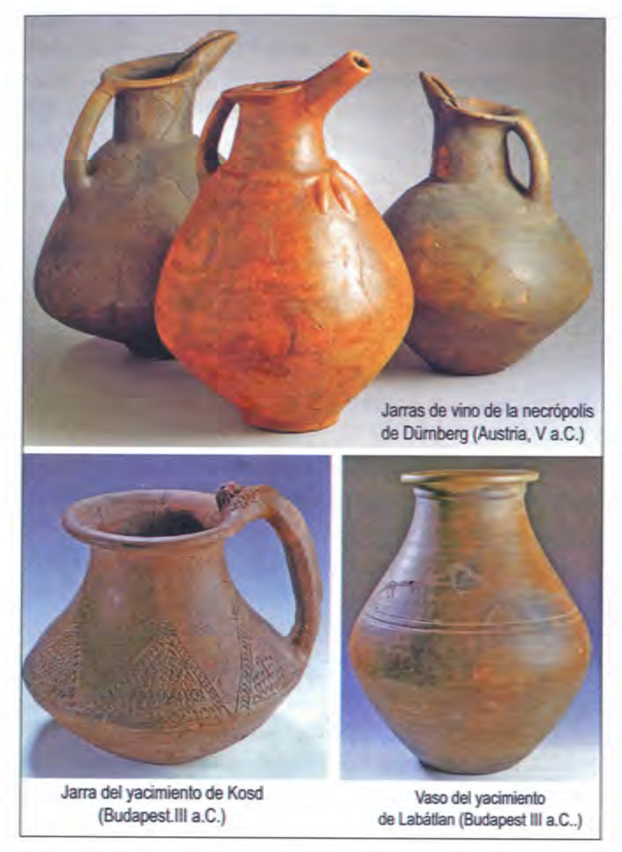


Figura 9. La cerámica lateniense hecha a mano presenta una calidad discreta, pero hay algunos tipos notables: jarras picudas para el vino halladas en tumbas de Dürnberg (arriba); jarras y vasos con una decoración estampillada a base de figuras antropomorfas y zoomorfas muy esquemáticas, halladas en yacimientos de Hungría (abajo).

la creación de unas peculiares cerámicas grafitadas para la exportación a lugares tan distantes como Francia, Italia, Polonia y Rumania. Los productos de mayor calidad eran unas llamativas cerámicas pintadas, que añadían unas arcillas depuradas completamente blancas. La producción habitual tenía motivos decorativos geométricos pintados a base de bandas de colores rojo y blanco, si bien de manera excepcional también se delinearon motivos zoomorfos.

c) *La metalurgia*

Desde el siglo VIII a.C se produjo la definitiva incorporación de la metalurgia del hierro en Centroeuropa, junto a la explotación intensiva de las

minas y la producción diversificada de productos. El retraso en la adopción plena del hierro respecto a otras regiones puede asociarse a las dificultades tecnológicas pero también a factores sociales de profundo alcance porque afectaban a las relaciones tradicionales de producción y a la personalidad del artesano metalúrgico. El herrero profesional solo adquirió plena personalidad en este periodo de la Segunda Edad del Hierro, con unos rasgos perfectamente perfilados y con una posición socio económica muy alejada de la metalurgia tradicional. Este proceso aun se radicalizó más a partir del siglo III a.C. cuando los herreros adquirieron un nuevo perfil profesional, abandonando la tutela clientelar de los linajes aristocráticos y alcanzando un estatus propio en un nuevo marco de relaciones de producción. El prehistoriador David Clarke ha llamado a este proceso "destribalización" y a su juicio fue fundamental porque representó el tránsito del antiguo orden a otro nuevo, un cambio trascendental que marcaría una revolución hacia la plena Edad del Hierro. Desde estas bases el nuevo metal ya aparecía implantado de manera decidida hacia el siglo V a.C., cuando se usaba para manufacturar tres categorías de piezas: las herramientas de labranza para las labores agropecuarias cotidianas; los aditamentos ordinarios para la vestimenta, sobre todo fíbulas y broches de cinturón; y las numerosas armas destinadas a la guerra, como espadas, puntas de lanza, cuchillos, cascos y umbos de los escudos.

La metalurgia del hierro conoció un segundo gran empuje en el siglo II a.C. Fue entonces cuando la producción y manufactura crecieron de manera espectacular, en buena medida por el aumento de la demanda vinculada a las necesidades internas en los *oppida*. Las consecuencias de la intensificación de la producción fueron la democratización del metal y la diversificación de los productos manufacturados. El herrero fabricó martillos, tenazas, yunques, limas, escoplos, punzones y buriles, que servían para su quehacer profesional. Para labores de carpintería se inventaron nuevas hachas, escoplos, taladros, sierras y cuchillos. Para las actividades de artesanía textil se hicieron cuchillas, agujas y azuelas. Para las duras tareas agrícolas se innovaron rejas de arados, azadas, palas, guadañas y cuchillos. El hierro sirvió para producir artículos de aseo, objetos de cocina, balanzas, arneses, piezas de carro, anillas, clavos... Incluso se aplicó a otros sectores económicos tan variados como la pesca, la albañilería o la cirugía. El resultado de todo ello fue una gran revolución instrumental, una especialización sin par y una cualificación técnica de las actividades tradicionales nunca antes conocida. El hierro facilitó una evolución técnica sin precedentes al sustituir instrumentos tradicionales por un nuevo, más variado y más eficiente surtido de utensilios (figura 10).

En el plano estrictamente tecnológico, para la fundición del metal se usaban unos hornos de planta redonda, levantados sobre hoyos de medio metro de profundidad y unos 30 cm de diámetro, dotados de una chimenea troncocónica de cerámica y un sistema de toberas a la altura del suelo a fin de permitir la entrada del aire. Las técnicas relacionadas con los hornos también experimentaron cierto progreso. En ocasiones se recurrió al uso de calamina



Figura 10. La metalurgia del hierro se consolidó en la Segunda Edad del Hierro y provocó una auténtica revolución instrumental. El metal se usó para fabricar un enorme repertorio de objetos más allá del armamento, permitiendo así una "democratización" del metal. Los cuchillos de la lámina superior se hicieron en bronce pero poseen apliques de hierro. Las tijeras y tenazas de la mitad inferior proporcionan una idea de las aplicaciones el hierro en las manufacturas más cotidianas.

(cobre más cinc) para obtener una especie de latón. Y Plinio menciona cómo los galos usaban un procedimiento de estañado y plateado utilizando mercurio, que los datos arqueológicos han confirmado ya que se han conseguido pruebas del conocimiento de la destilación de este metal en el *oppidum* de Alesia. En muchos *oppida* se implantaron actividades de fundición a gran escala, habitualmente fuera de la zona habitada o en barrios aislados para evitar cualquier riesgo, pero incluso en las pequeñas aldeas la metalurgia de hierro superaba las meras necesidades de subsistencia.

La habilidad de los herreros latenienses se puso sobre todo de manifiesto en el apartado del armamento. La producción de las espadas resultó singularmente interesante porque presentó una nítida evolución tecnológica, relacionada con cambios en los modos de combate. Por tal razón las espadas se cuentan como piezas fundamentales en varias de las propuestas de periodización lateniense. Durante los siglos V-III a.C. los herreros realizaron modelos de espadas cortas, ideales para la lucha a poca distancia. Pero con la evolución del estilo de lucha se impuso la manufactura de espadas pesadas, muy largas (superiores incluso al metro de longitud), con filos paralelos y espigo en la empuñadura. La artesanía del hierro brilló con luz especial en las vainas que protegían las espadas, de una delicada factura, consistentes en láminas finas de hierro decoradas con grabados y adornos repujados que imitaban a veces

grano de cobre. La importancia de las vainas ha sido tal que hoy en día se consideran obras maestras del arte lateniense y son una de las piezas representativas del «estilo de las espadas», que adquirió una importancia notable en la región de Hungría (figura 11).



Figura 11. El estilo de las espadas se realizó sobre las vainas de estas armas y reproduce motivos vegetales en espirales y ondulaciones. Esta decoración fue habitual en las embocaduras de las vainas que protegían las espadas de la región del Danubio.

La herrería se empleó también en la fabricación de puntas de lanza de morfologías muy distintas, sobresaliendo unas piezas semejantes al *pilum* romano que destacaban por su cuerpo corto y hoja ancha cordiforme. Los yelmos también ofrecieron muchas variaciones y modas con el paso del tiempo de tal modo que son otra pieza clave en la periodización. Destacaron los ejemplares largos de morfología puntiaguda hacia el año 400 a.C.; y los hemiesféricos de los años 300-200 a.C., que tenían protecciones para el cuello, piezas metálicas para cubrir las carillenas, láminas de oro y ornamentaciones de coral. Durante el periodo de los *oppida* se crearon nuevas formas de yelmos, como el llamado "bombín de batalla", con casquete redondeado y ala delantera. La panoplia militar se completó con cuchillos de filo curvo, escudos largos de diversas formas (ovales, rectangulares o hexagonales), carros con un eje de hierro y dos grandes ruedas; así como adornos, brazaletes, anillos, pectorales, torques y fíbulas.

El bronce quedó relegado para la manufactura de una gama limitada de objetos, algunas vasijas y cuencos, varios complementos para la vestimenta (sobre todo fíbulas), adornos (brazaletes) y jarras (figura 12). Por su parte, el oro se empleó para objetos de adorno, sobre todo torques y brazaletes, aunque también se usó para apliques ornamentales en piezas singulares de carácter ritual, como el excepcional cuenco de en la tumba alemana de Schwarzenbach. Esta última pieza recuerda los bienes suntuarios de prestigio, utilizados en los

banquetes pero finalmente amortizados en las tumbas del siglo V a.C. El oro fue usado también para la decoración de los cascos, muchos de ellos con delicadas ornamentaciones que más parecen para la exhibición que para el combate (figura 13).

d) *El comercio*

Durante las primeras etapas latenienses se mantuvo el sistema comercial hallstático, que se basaba en la adquisición de bienes suntuarios mediterráneos a cambio de materias primas indígenas, recurriendo a las rutas mercantiles del Ródano y de los pasos por los Alpes. Pero con la etapa de las migraciones el sistema comercial colapsó hasta llegar a la práctica desaparición, contribuyendo a la recesión económica y a la retracción de toda la producción económica. El resultado fue un periodo de autarquía y una desaparición del antiguo orden comercial. Del colapso solo sobrevivieron algunas redes regionales que mercadeaban con materias primas muy limitadas: hierro, bronce, oro, vidrio, grafito, sal y ámbar. Esas materias continuaron circulando entre territorios más o menos distantes, si bien en menor medida y menor frecuencia que en los tiempos hallstáticos. El circuito más importante giraba en torno a la sal y tenía su centro neurálgico en las minas de la región de Dürnberg. Las fértiles tierras y la alta producción salutífera de Dürnberg permitieron forjar una red comercial desde la Primera Edad del Hierro, que implicaba una trama de intercambio de artículos de lujo procedentes de Europa centrooccidental, Bohemia, Eslovenia, Italia y el Báltico.



Figura 12. En la metalurgia del bronce lateniense destacaron estas jarras para el consumo del vino. En la imagen izquierda, jarra de la región del Marne, con apliques en la boca, asas zoomorfas e incrustaciones de coral y esmalte rojo. En la imagen derecha jarra de Dürnberg con terminaciones antropomorfas en las asas.



Figura 13. La morfología de los yelmos fue variando con el paso del tiempo. Los más antiguos tenían forma puntiaguda y parecen haber sido de parada. En el periodo de las migraciones se impusieron los casquetes redondeados, muchos ricamente ornamentados con oro e incrustaciones de materias exóticas.

La recuperación del comercio se retrasó hasta mediados del siglo II a.C. La proliferación de los *oppida* resultó clave en esa mejoría por su capacidad para funcionar como centros neurálgicos en la canalización de los intercambios mercantiles. Esta reactivación comercial se reflejó en todos los niveles del comercio: la proliferación de los contactos locales mediante trueque entre las aldeas y su *oppidum*; la generalización de los contactos regionales entre *oppida*; y la reactivación de las redes interregionales basadas en circuitos a larga distancia. Entre los productos que sostenían el tráfico mercantil interregional destacaron las manufacturas metálicas, por ejemplo hachas, broches de cinturón, anillas, yunques de hierro, copas de cobre o bronce… Los poblados latenienses se favorecieron sobre todo con la exportación hacia Roma, que con su progresivo protagonismo se convirtió en centro de demanda de numerosas materias primas: hierro para mantener las necesidades del creciente ejército, pieles y cueros para la vestimenta, grano para alimentar a la población en un incremento constante y esclavos para contar con abundante mano de obra. En contrapartida llegaron a los *oppida* numerosos productos foráneos: cerámicas, vasos metálicos, joyas y vino, entre otros. En Manching se han hallado pruebas de importación de materias primas formando parte de distintas escalas de comercio: mineral de hierro procedente seguramente de otro *oppidum*, Kelhei, situado a cincuenta kilómetros; arcilla de grafito para fabricar cerámica de cocina de Passau, a doscientos cincuenta kilómetros río abajo; y recipientes para el vino traídos de los puertos del Mediterráneo, que tras la conquista romana recuperaron una capacidad comercial sin precedentes.

De nuevo el vino se convirtió en una pieza clave del comercio a larga distancia. Pero en esta ocasión fueron los romanos quienes abastecieron a los poblados latenienses de tan apreciado producto, recuperando la antigua vía del Ródano. La importancia del comercio del vino tiene su reflejo en la amplia dispersión de las ánforas vinarias de cerámica, unos recipientes más rentables para el transporte que los pellejos de cuero y que favorecieron de hecho la incorporación de una economía de mercado. Los romanos almacenaban las ánforas de vino en barcazas y gabarras para subir por las aguas del río Ródano hasta las tierras de Francia y Alemania. La enorme cantidad de ánfo-

ras recuperadas en muchos *oppida* revela la trascendencia del comercio del vino. Las importaciones de este producto fueron muy superiores a las de cualquier otra mercancía, hasta tal punto que se convirtió en un artículo crucial en los trueques romanos para obtener hierro, piel o esclavos. Tal vez por ello los relatos históricos no ahorran detalles sobre la afición de los celtas por el producto, que consumían al natural, sin mezcla alguna, hábito considerado bárbaro por los pueblos mediterráneos –más habituados al ligero hidromiel–.

Entre los mejores signos de los nuevos tiempos que caracterizaron el final de este mundo lateniense tenemos la incorporación de la moneda. En varios *oppida* de los siglos II-I a.C. hay pruebas de una incipiente acuñación monetaria, que representa un avance incipiente desde la economía de trueque hacia una economía de mercado. No obstante, la emisión de moneda no significó la instalación de una economía monetaria, principalmente porque las monedas latenienses tenían poco valor; resultarían útiles para facilitar la distribución de bienes básicos y el intercambio entre *oppida*, pero poco operativas para su utilización en un marco contractual normalizado. Parece que muchas de las primeras monedas se usaron como instrumento para acumular riqueza a juzgar por su presencia en depósitos, quizás en calidad de ofrendas votivas, acaso como parte de escondrijos en momentos de peligro. En ocasiones la presencia de monedas respondió a motivos muy específicos; por ejemplo, la tribu de los avernos fue una de las primeras en emitir moneda pues esta tribu tenía el monopolio del tráfico de estaño, justo antes de la llegada del metal en el área de influencia marsellesa, por lo que necesitaban de este medio para las transacciones con sus vecinos romanos.

2.5. Arte y religión

a) *El arte lateniense*

Los artesanos latenienses dejaron una muestra perfecta de su particular sentir artístico en una amplia serie de objetos y artículos de prestigio, cuyo elevado valor estético les ha convertido en una expresión esencial de la Cultura de La Tène. El arte lateniense era una combinación sutil de motivos autóctonos con modelos estilísticos de una clara raigambre orientalizante griega y estrusca. Los productos artísticos revelan un universo iconográfico particular, como los animales fantásticos convertidos en ampulosos y curvilíneos motivos geométricos, o las complejas espirales y motivos entrelazados. Desde el punto de vista iconográfico el arte lateniense representa una elaboración intelectual de la naturaleza al gusto de la herencia cultural propia, pero readaptada por los estilos orientalizantes, lo que le confiere una personalidad única. En el aspecto formal el arte lateniense no fructificó en grandes obras, sino en piezas delicadas de prestigio y lujo (joyas, jarros, espejos, piezas de

banquete) y armas como espadas, cascos, arneses de caballo y carros de tiro. Era un arte portátil, que en muchos casos se implementaba como elemento añadido, no tanto una expresión para el lucimiento público, como una artesanía de encargo personal que pretendía prestigiar y ennoblecer con la dignidad necesaria la posición privilegiada del propietario en un despliegue de buen gusto y elegancia (figura 14).



Figura 14. Entre las piezas más representativas del estilo vegetal se halla este cuenco de la tumba alemana de Schwarzenbach, que aparece junto a una lámina de oro figurativa de la misma tumba (arriba). El estilo plástico o vegetal tiene entre sus referencias habituales las jarras metálicas de la tumba de Wadalgesheim y los remates metálicos de la jarra de madera del yacimiento checo de Malomèrice (abajo).

La relevancia de la artesanía artística lateniense ha merecido incluso una periodización propia. La secuencia cronológica aceptada se debe a Paul Jacobsthal, que en torno a 1945 compendió la historia del arte celta en cuatro etapas, plenamente aceptada y que tiene un correlato con la propia evolución de la historia lateniense.

La primera fase del arte celta se conoce como el periodo *primitivo o temprano*, y consiste en motivos decorativos de carácter curvilíneo y abstracto, que simulan formas vegetales a manera de hojas de acanto, palmetas y flores de loto. Dentro de este periodo se han distinguido dos estilos. El primero se llama estilo flamígero y se caracteriza por una nítida influencia orientalizante con inspiración en los talleres de Grecia y Etruria. El segundo se llama estilo fantástico y denota una influencia oriental continental. Este periodo temprano se enmarcó en el periodo de los principados latenienses y sus productos principales fueron jarros ceremoniales, torques y brazaletes de oro, por lo general depositados en las tumbas de prestigio. Entre las mejores producciones se encuentra el vaso de la tumba de Schwarzenbach (región del Rhin-Mosela), un recipiente de madera decorado con diseño enrejado de oro que recuerda las palmeras y los brotes de loto, datado en el siglo V a.C. La fragmentación política tiene su refrendo en las variaciones regionales estilísticas. En la región de Champaña predominaba el gusto por diseños geométricos simétricos trazados a compás, que se adaptaban a vainas de espadas y accesorios de arnés. En la región de Austria-Bohemia gustaron de las formas geométricas inspiradas en animales, tal como se aprecia en una jarra de la tumba de Dürnberg, en Salzburgo, que imita la forma de una tinaja etrusca para el vino.

La segunda fase del arte celta se denomina *estilo Waldalgesheim o estilo vegetal*. Frente a la diversidad regional del periodo anterior, se trata de un estilo muy homogéneo que se manifiesta como un medio de expresión común desde el norte de Francia hasta Hungría hacia el 350 a.C., es decir en pleno periodo de las migraciones. Destaca por la aplicación de motivos de plantas y flores, la tendencia a la abstracción curvilínea y la exageración barroca de motivos apiñados o entrelazados. La distribución del estilo es muy amplia. En las producciones más célebres destacan los objetos de la tumba de Waldalgesheim (Mainz, Alemania), de la segunda mitad del siglo IV a.C. El escudo de Battersea es una de las creaciones más famosas, muestra de la expansión por las islas Británicas (pues se halló en las aguas del río Támesis), realizado en bronce pero decorado con delicadas incrustaciones de cristal rojo.

La tercera fase se califica como *estilo de las espadas*, porque se utilizó para decorar las hojas y vainas de este tipo de armas, y se extendió por buena parte del continente hacia el 250 a.C. Muchas de las espadas se han hallado en las aguas, por lo que se infiere que representaban ofrendas ceremoniales. Entre las piezas más representativas se hallan las espadas decoradas húngaras, con sus motivos decorativos de líneas y representaciones zoomorfas abstractas.

El arte lateniense decayó drásticamente a partir del año 150 a.C. El desarrollo del mundo de los *oppida* impuso nuevas normas en la artesanía, basadas en una "industrialización" que perseguía sobre todo la intensificación de la producción y la elaboración de grandes cantidades de artículos en detrimento de la delicada manufactura artesana personalizada de tiempos pasados. Esta merma de la calidad del producto no supuso un retroceso de la relevancia

socioeconómica del artesanado; más bien sucedió lo contrario porque convirtió la metalurgia en una fuente principal de riqueza y motivó un cambio radical en el rol social del trabajador. Los encargos artesanales ya no dependían solo de las élites dirigentes; su producción se regía por nuevas normas basadas en un circuito económico independiente, a partir de grandes redes de intercambio regionales más allá de la demanda local. De este modo, la artesanía pasaba de ser un producto de trueque e intercambio de dones a un producto del nuevo orden económico basado en la transacción mercantilista.

b) *La religión celta*

La religión se considera un rasgo crucial de la personalidad celta y un factor fundamental para la cohesión sociopolítica. La religiosidad celta suele asociarse con tres componentes principales: un culto a la naturaleza, centrado en la imagen icónica del bosque sagrado y rituales acuáticos en manantiales, lagos y ríos; la presencia de un tipo de especialista a tiempo completo llamado druida, un personaje que ejercía múltiples funciones en relación con rituales, sanación y relatos (mitos, leyendas); y la proliferación de numerosos dioses que dio lugar a un inmenso panteón con caracteres particulares en cada tribu. La realidad arqueológica es bastante más incierta y más controvertida, porque la información es precaria y subjetiva. Hay algunos hallazgos que apuntan a ofrendas. Entre ellos destaca un caldero repleto de fíbulas, brazaletes y sortijas, bajo las aguas de una fuente termal en Duchcov (Bohemia). Más complicado resulta la identificación de sitios de culto a manera de santuarios permanentes, aunque tal hipótesis se ha propuesto para unas peculiares estructuras de planta circular o cuadrangular con *cella* central y galería. Así como para unos recintos de planta cuadrangular alzados sobre montículos de tierra y rodeados por fosos. En uno de estos recintos, hallado en el lugar de Gournay (Baviera), se acumulaban esqueletos animales, numerosos restos humanos y armas dobladas, que pudieran ser el testimonio de rituales de sacrificio.

La imagen idealizada que se desprende del culto en la naturaleza contrasta con una serie de ritos reconocibles en la arqueología que muestran un elevado grado de violencia más o menos ritualizada. Las crónicas antiguas relatan el gusto de los celtas por la exhibición de los cráneos de sus enemigos como si se trataran de trofeo, práctica que representaba una ritualización de la violencia y una justificación del combate, a la par que sostenía toda una ideología basada en la heroización del guerrero. Este tipo de rituales proliferó de una manera inusitada en el periodo lateniense más avanzado, sobre todo en las regiones con mayor inestabilidad sociopolítica, tal como sucedió en tierras de la Céltica mediterránea o de la Galia Transalpina. Las tribus que habitaban en la desembocadura del río Ródano levantaron esculturas pétreas mostrando cultos locales (con discreta influencia griega en el aspecto formal) como la Tarasca de Noves, una figura de animal mítico que engullía la pierna de un

hombre al tiempo que mantenía las garras clavadas en cabezas humanas. En el templo del *oppidum* de Entremont había esculpidas pilas de cabezas humanas y en las piedras de la muralla se habían clavado cráneos humanos para su exhibición. Ritual similar al ejecutado a la entrada del poblado de Roquepertuse, donde había varios nichos con cráneos humanos bajo la mirada de un buitre sentado sobre la puerta (figura 15).



Figura 15. En el santuario de Roquepertuse, al sur de la Galia Narbonense, en las tierras de la tribu saluvia, se hallaron las estatuas de posibles divinidades del mundo lateniense. La presencia de dioses con forma humana fue excepcional pero adquirió relevancia en las tribus más influenciadas por los romanos y los griegos.

La proliferación de dioses es un rasgo particular de la cultura celta que parecía responder a la propia fragmentación tribal. La ausencia de deidades universales comunes y la idea de un politeísmo celta responderían a una tradición indoeuropea aunque en verdad nada hay seguro al respecto. Los romanos dieron por sentado la existencia de ciertas tríadas de divinidades y pusieron nombre a algunos de los dioses (Belenos, Cernunno, Epona, Taranis, Teutatis, Esus). En momentos tardíos, las tribus celtas situadas en el sur y por tanto en contacto con el mundo mediterráneo experimentaron la influencia helénica hasta tal punto que aparecieron divinidades aculturizadas, reproducidas en ciertos objetos como un aderezo de Reimheim con una Atenea celtizada y una decoración de Bra con la figura de una lechuza.

3. EUROPA SEPTENTRIONAL

3.1. Las islas Británicas

La historiografía tradicional siempre ha considerado las islas Británicas como una región de personalidad celta indiscutible. En esta línea se aparejaba el arqueólogo Dechelette, que propuso la existencia de una auténtica «*céltica insular*» según sus propias palabras, donde se integraba Inglaterra, Escocia e Irlanda. Hasta los años sesenta del pasado siglo la historia insular de la Segunda Edad del Hierro se asociaba con las invasiones de tribus celtas. Buena parte de esta interpretación remermoraba los relatos de la antigüedad, sobre todo las crónicas de Julio César, quien aseguraba que tribus celtas de la región de la Belgae habían invadido, saqueado y ocupado el sur de Inglaterra en el siglo I a.C. En realidad la arqueología no ha encontrado rastro alguno de invasiones ni de migraciones pacíficas sino más bien todo lo contrario. Los datos demuestran que la isla permaneció bastante aislada del continente y mantuvo muchos de los modos de vida y las tradiciones de la Primera Edad del Hierro. Los restos de la cultura material, los modos de construcción de las cabañas, los hábitos sociales y las prácticas económicas desvelan una continuidad en la transición a la Segunda Edad del Hierro. En verdad las poblaciones británicas no estuvieron aisladas por completo del continente, pues sabemos que en el sur de Inglaterra se comerciaba en el siglo V a.C. con varios productos latenienses de calidad: armas, fíbulas y objetos de arte de estilo artístico Waldagesheim, que reflejan un comercio de bienes de prestigio con las élites regionales.

Buena parte de la población insular vivía en un entorno rural agropecuario de poblados y granjas, aunque la imagen típica del hábitat insular de la Segunda Edad del Hierro fue el *hillfort*, que significa literalmente "colina fortificada". El *hillfort* consistía en un poblado amurallado, elevado sobre altozanos o colinas modestas pero suficientes para lograr un control del territorio inmediato. Entre los *hillforts* más conocidos se hallan Maiden Castle, South Cadbury y Danebury (figura 16). Este último se levantó a mediados del siglo VI a.C. y representó a la perfección el sistema defensivo de este tipo de poblados, con una muralla compleja basada en un entramado sólido a base de madera y piedra, y zanjas profundas exteriores. La muralla se remodeló varias veces para preservar el buen estado de conservación y para aumentar su capacidad defensiva. En el interior del poblado se hicieron cabañas de planta rectangular y circular, con paredes levantadas a partir de un sólido armazón de postes verticales. Las viviendas circulares eran las más habituales y tenían varios rasgos comunes: unos cinco a quince metros de diámetro, tejado cónico y paredes de piedra sin mortero. Las cabañas más grandes presentaban además un anillo de madera en su interior, para proporcionar un apoyo adicional a las grandes vigas. Entre las casas los arqueólogos han hallado numerosos hoyos circulares, que pudieran haber servido como silos para almacenar cereales, probablemente a gran escala

porque su capacidad excedía las necesidades de la población local. No obstante, algunos hoyos habrían sido meros basureros para desechar los desperdicios.

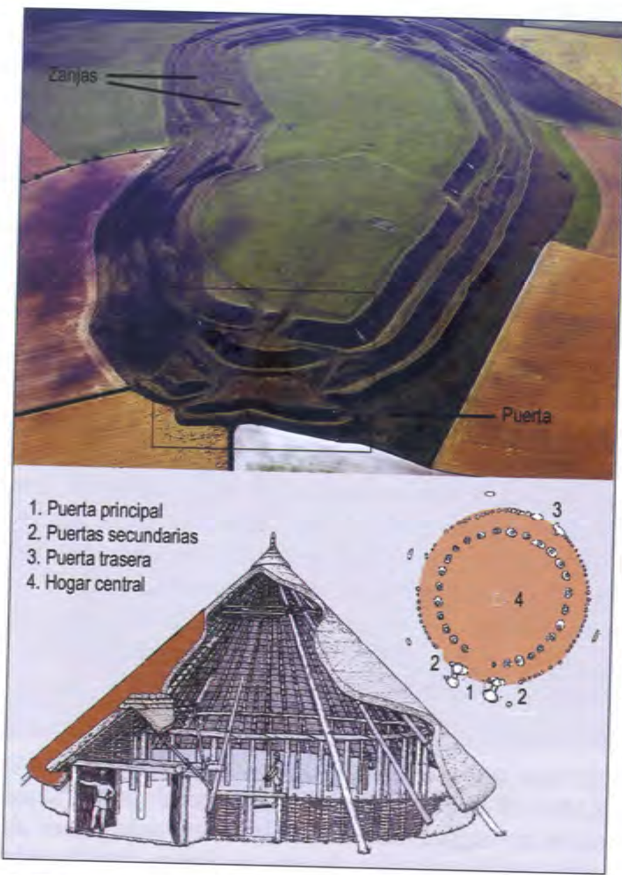


Figura 16. El asentamiento inglés de Danebury (arriba) es el prototipo de los poblados fortificados de la isla, llamados *hillforts*. La planta de la cabaña de Dorset responde al modelo de vivienda británica convencional de planta circular (abajo).

Las viviendas del poblado de Danebury eran muy similares, lo que ha dado que pensar en una sociedad igualitaria sin muchas diferencias internas. Esta igualdad no contraría un modelo de jerarquización del territorio, con un lugar central representado por el *hillfort*, en torno al cual se diseminaban varias granjas de modesta extensión (1-2 hectáreas), que servían de hogar a pequeñas unidades familiares con las sencillas tareas agrocpecuarias que permitían el abastecimiento del lugar central. La ausencia de tumbas parece apuntar a costumbres funerarias más o menos igualitarias, quizás basadas en

la incineración y en el abandono de las cenizas al aire libre, tal vez en el depósito del fallecido en un espacio natural, acaso en el descuartizamiento del cuerpo para deposición de algunos huesos en fosas.

Durante los siglos IV-II a.C. el territorio insular británico padeció un aislamiento respecto del continente. Poco se conoce de esa época aunque existen huellas de un retroceso de los *hillforts* amurallados, que ciertos investigadores interpretan como el resultado de una pacificación territorial, una menor conflictividad social e incluso una activación económica, que permitió un relativo incremento de la producción agropecuaria, una tendencia hacia la especialización y hacia la centralización de artículos de lujo. La presencia de juegos de pesas estandarizadas apuntaría hacia ese marco de complejidad económica.

Entre los siglos II-I a.C. la situación de las islas cambió radicalmente, coincidiendo con el panorama general de transformaciones socioeconómicas registradas en el continente. El modelo de poblamiento basado en hábitats fortificados en altura reapareció con fuerza tal como revela la proliferación de *hillforts* en las regiones de Sussex y Hampshire oriental, lo que apunta a una nueva etapa de competitividad territorial. El contacto comercial con el continente se recuperó de manera más que notable a tenor de los importantes hallazgos realizados en varios yacimientos ingleses: monedas de oro similares a las halladas en el norte de Francia; producciones hechas en torno de alfarero; productos de lujo y prestigio mediterráneos... La reactivación de las redes comerciales se produjo en buena medida por el desarrollo de importantes asentamientos mercantiles, como Hengistbury Head, un núcleo de población ubicado en la costa meridional que representó un importante puerto de comercio con el litoral galo. El puerto recibía barcos procedentes del continente, que traficaban con productos de lujo, como las ánforas vinarias y la cerámica de barniz negro campaniense, procedentes de una larga ruta continental desde las tierras francesas de Carcasona. En contrapartida los británicos exportaron a través de Hengistbury Head todo un conjunto variado de materias primas como hierro, cobre y estaño, traídas de las minas de Cornualles y Gales, junto a otros productos tan escasos como el esquisto negro. Es muy probable que el lugar se usase también para mercadear con pieles y esclavos. Sea como fuere, el puerto de Hengistbury Head revela contactos intensos con el continente y refrenda las palabras de Julio César, que relataba cómo los vénetos, tribu que ocupaba la región Bretaña de Armórica, cruzaban regularmente el Canal de la Mancha en unas embarcaciones robustas, hacia un *emporium* o puerto de comercio del que no ofrece nombre pero bien podría haber sido el yacimiento mencionado.

Durante este periodo final se produjeron ciertos cambios en las costumbres sociales, por ejemplo en los hábitos funerarios. En la comarca de Yorkshire se registró la Cultura de Arrás, caracterizada por la utilización de tumbas para albergar inhumaciones rodeadas de ajuares de calidad a base de objetos personales en el caso de las mujeres, armas y una serie de carros de dos ruedas en el caso de los hombres, como el hallado en la tumba de Wetwang Slack

(figura 17). En la comarca de East Anglia las tumbas revelan mayor interés por la concentración de riqueza, motivada por un leve aumento de los torques de oro y la presencia de objetos excepcionales de artesanía de claro influjo lateniense (figura 18). Este tipo de tumbas podrían representar a los personajes dirigentes de la sociedad con interés por privilegiar su posición tras la muerte. Los textos romanos informan sobre la existencia de élites dirigentes que a finales del siglo I a.C. habían conformado varios reinos tribales con caudillos principales de nombre propio, que se denominaron reyes y llegaron incluso a acuñar moneda. Esta situación en nada sorprende si consideramos que el poblado de Colchester parecía una auténtica ciudad, con viviendas residenciales para una dinastía y tumbas tumulares rellenas de ánforas, bronces itálicos, carros y petos de malla, entre otros objetos. Los arqueólogos incluso han pensado en la existencia de confederaciones lideradas por un estado central, del que dependían otros estados secundarios, sobre todo para los territorios meridionales. En las tierras del oeste y norte continuó la tradición de las fortificaciones en altura con una estructura social de jefatura poco desarrollada.



Figura 17. Los enterramientos de guerrero con carro de dos ruedas de la zona de Wetwang Slack (Yorskhire) son de los pocos reconocibles en el Hierro II de las islas Británicas y se conocen bajo el calificativo de Cultura de Arras, debido al yacimiento del mismo nombre, donde se hallaron tres tumbas de carro.



Figura 18. El arte lateniense de las islas Británicas presenta unas decoraciones muy delicadas, como los finos grabados de los espejos y las incrustaciones de materias exóticas de los escudos. Este tipo de decoraciones se relacionan con el estilo plástico continental.

3.2. La Cultura de Jastorf

En la franja atlántica situada entre los Países Bajos, norte de Alemania, Dinamarca y sur de Escandinavia se desarrolló la Edad del Hierro de la Europa septentrional y de manera más concreta la llamada Cultura de Jastorf. En ciertas ocasiones se ha utilizado también la denominación periodo protogermánico porque supuso la cristalización decisiva de las tribus germánicas que se extenderían hacia el sur y plantarían cara a los romanos en el siglo I a.C. En otras ocasiones la región meridional de Escandinavia se ha calificado durante este periodo como el periodo tardío de la Edad del Bronce nórdica, mostrando así la dificultad para la propagación del hierro en latitudes tan septentrionales.

El poblamiento de la Cultura de Jastorf representó pequeños asentamientos de tipo aldea y granja, un patrón de pequeñas unidades familiares dispersas por el territorio. Los pocos yacimientos documentados son poblados pequeños y no presentaban intenciones defensivas ya que no tenían murallas ni siquiera empalizadas de madera, muestra inequívoca del bajo nivel de conflictividad social. Las viviendas presentaban una planta rectangular y ninguna división interna, si bien las excavaciones del lugar de Grøntfot (Jutlandia) presentaban una planificación interna con un área principal para residencia de la familia y un área para la cuadra del ganado. Las cabañas más grandes halladas en el lugar ofrecían un espacio para diez e incluso para veinte reses, una prueba de la importancia del ganado en la vida cotidiana. La ausencia de estructuras de habitación de gran tamaño muestra la ausencia de un modo de organización de tipo clánico o suprafamiliar. De esta manera todo apunta a una sociedad de granjeros regidos por parámetros igualitarios y basada en unidades de carácter familiar que vivían en un régimen de autosuficiencia.

Estas mismas conclusiones se desprenden de las costumbres funerarias. Los modos de enterramientos no se conocen bien, pero las pocas tumbas reconocidas prueban el uso bastante generalizado del rito de incineración, siguiendo así las costumbres milenarias en la región. Las cenizas se introducían en urnas cerámicas toscas que denotan la sencillez del rito, y se rodeaban de un ajuar muy pobre e incluso cabría decir inexistente. Esta limitada o nula indicación de rango en las tumbas revela unas condiciones de igualdad social y reafirma la ausencia de competitividad. La carencia de grandes ajuares apunta a la desaparición de las élites guerreras. Bien es cierto que las dudas sobre la presencia de líderes persisten por el espectacular hallazgo de Hjortspring (Jutlandia), datado en el 350 a.C: se trataba de una embarcación alargada con todo un arsenal de armas, formado por casi setenta lanzas, más de cincuenta escudos de madera y varias cotas de malla.

La economía presentaba un nivel de producción muy modesto, basada en la producción para la subsistencia y la autarquía. La economía agropecuaria se centraba en el cultivo de centeno, por su capacidad para resistir las bajas temperaturas y su potencial para la recuperación de los suelos, un problema

inherente en la región por la sobreexplotación de la tierra tras cientos de años de rotación incontrolada de los cultivos y del uso continuo de los pastos. El otro pilar de la economía mantenía la tradición milenaria de la ganadería bovina, pero tratando de reducir el impacto sobre la tierra mediante el aprovechamiento de sus recursos secundarios, como el estiércol para fertilizar los suelos. En los territorios de Dinamarca la distribución del poblamiento estaría condicionada de manera estricta por la distribución de los mejores suelos, circunstancia muy importante a tenor del reducido tamaño del territorio. La búsqueda de suelos impulsará de manera creciente la expansión hacia el sur, provocando movimientos migratorios lentos pero constantes hasta finales del siglo I a.C.

En la lejanía de aquellas tierras no se incorporaron novedades tecnológicas de primer orden como el torno de alfarero, ni se recurrió a la utilización de moneda, ni llegaron las redes de intercambio comercial del sur. Nada hay en los poblados de estos territorios que recuerden a los lujosos productos procedentes del Mediterráneo. La metalurgia ofrece una buena medida del nivel de producción artesanal, limitado a agujas y ornamentos de pequeño tamaño. Bien es cierto que un hallazgo espectacular y único destaca sobre la precaria cultura material: se trata del magnífico caldero de Gundestrup (figura 19). Es una pieza excepcional, una obra de artesanía única hallada en Jutlandia, formada por una serie de placas decoradas con figuras humanas y divinidades, combinando distintas técnicas de trabajo del metal entre las que se hallan influencias galas y tracias. Destaca su peculiar iconografía de raigambre profundamente celta: las placas contienen al dios Cernunnos, figuras humanas sosteniendo radios, guerreros con lanzas, tocadores de las grandes trompetas llamadas *carnyx*, y un sinfín de animales, cánidos, felinos, bovinos, un delfín y varios grifos. Se considera una obra de taller lateniense y una muestra inigualable de la mitología celta. Pero se discute sobre su procedencia: quizá fuera un artículo de comercio de lujo, acaso un botín de guerra, tal vez un regalo entre élites bajo el modelo de dones que caracterizó a muchas sociedades de carácter tribal.

4. EUROPA ORIENTAL

La historia de las regiones de Europa oriental a partir del siglo VI a.C. aparece vinculada con un pueblo de sonoras reminiscencias: los escitas. Los orígenes de la Cultura escita resultan controvertidos porque su trasfondo central está involucrado con dos cuestiones claves en la investigación prehistórica: las migraciones y los pueblos indoeuropeos. Para varios especialistas los orígenes responden a una teoría autoctonista, que asegura hubo una evolución endógena de los pueblos que ocupaban desde épocas remotas las zonas de Europa oriental y del mar Negro. Para otros especialistas la interpretación correcta se justifica por una teoría migracionista que sitúa los orígenes en las estepas asiáticas, bien

en las regiones del Turkestán y la Siberia occidental, bien en las regiones de Kazajstán y la Siberia meridional (que fueron la cuna de la Cultura de Andronovo, tronco común de muchas culturas esteparias). En la actualidad, la propuesta migracionista ha consolidado su posición a raíz de las recientes investigaciones realizadas sobre la genética –ADN– de las poblaciones euroasiáticas antiguas. Estas investigaciones acreditan que la Cultura de Andranovo y la Cultura escita tienen una ascendencia genética común, que se remonta a los pueblos de la Cultura yamnaya del año 3.000 a.C. Esta hipótesis confirmaría la teoría tradicional sobre los escitas y avalaría su pertenencia al complejo de pueblos calificados de manera genérica como *Cultura de las estepas* y de forma particular como la *Cultura de los kurganes* (figura 20).


Arriba: Arquero escita. Fondo de plato cerámico de figuras rojas. Epicteto (520-500 a.C.)

Figura 20. El pueblo escita formaba parte del universo cultural conocido como pastores nómadas de las estepas, acostumbrados al uso del caballo y con una fuerte impronta guerrera. Hacia la derecha, imagen que el mundo griego tenía de estos guerreros, pintada en el fondo de una copa ática, portando un arco en la mano derecha y un carcaj con flechas en la izquierda.

Para algunos prehistoriadores los primeros registros arqueológicos de los escitas pueden remontarse a mediados del siglo VIII a.C., en las regiones del mar Negro y aledaños de la Europa oriental. Este periodo inicial se conoce como Escita temprano (750-500 a.C.) y su caracterización cultural muestra profundas semejanzas con el horizonte arqueológico ya conocido del "complejo carro-caballo". Los pocos yacimientos del periodo poseen todos los rasgos propios del mundo de los pastores nómadas guerreros de la estepa: carros, caballos, kurganes, puñales, espadas y broches de cinturón con decoración zoomorfa. Es posible que cimerios, tracios y escitas tempranos constituyeran

expresiones étnicas de la misma realidad cultural. De hecho, hay prehistoriadores que consideran la denominación escita como una construcción artificial de los griegos para nombrar de manera genérica un sinnúmero de tribus, pueblos y etnias que poblaban estepas y llanuras euroasiáticas.

La información arqueológica aumenta sobremanera para el periodo Escita clásico, que se prolongó entre 500-300 a.C. Las fuentes clásicas ubican a los escitas de este periodo en un largo periplo plagado de conflictos en el Próximo Oriente, que tuvieron su punto álgido en la guerra declarada contra el monarca persa Darío I (512 a.C.). El historiador griego Heródoto relata en el libro IV de su obra *Historia* que los escitas fueron derrotados por los pueblos masagetas, que buscaron refugio en las estepas del Ponto Euxino (mar Negro) y que se instalaron principalmente en dos regiones: la Gran Escitia, que se extendida entre Ucrania oriental y la llanura rusa del río Don; la Escitia menor, que ocupaba las tierras de Hungría y Rumanía. En cierta manera las investigaciones arqueológicas han refrendado la presencia de los escitas en tres regiones con sus propias peculiaridades: Iliria, situada en la parte occidental de la península balcánica; Tracia/Dacia, al norte del Helesponto; y las regiones circumpóntidas, al norte del mar Negro. Las dos primeras se corresponden con la Escitia menor y reflejan un mundo bastante helenizado por su hondo contacto con el mundo colonial griego. La última se corresponde con la Gran Escitia y revela un mundo bastante diverso con dos grandes zonas: una cultura tradicional de tradiciones nómadas en la estepa arbolada del norte y una cultura orientalizante con poblados sedentarios de gran tamaño en la estepa abierta del sur.

La región de Iliria incluía la parte occidental de la península balcánica en la costa oriental del mar Adriático –Albania, Croacia, Serbia, Bosnia y Montenegro–. Este territorio mostraba una doble influencia lateniense y helénica hacia el siglo IV a.C., propia de las regiones de marca fronteriza. Probablemente por esta razón el modo de poblamiento escita acusaba un escenario conflictivo caracterizado por la proliferación de poblados fortificados alzados a modo de poderosas fortalezas. El yacimiento de Zidovar representa bien la tradición de estos poblados, algunos de ellos amurallados con la técnica del aparejo ciclópeo propio de la tradición griega. La presencia de poblados fortificados se atestiguó incluso en las llanuras fluviales. La arqueología funeraria acredita la desigualdad social y jerarquización política, por la presencia de tumbas principescas y ajuares de prestigio con una impronta helenizante, perceptible en las vajillas metálicas y cerámicas de lujo para la celebración de banquetes. La influencia griega se apreció incluso en la aparición de algunos edificios públicos y la presencia de monedas.

La región de Dacia era por entonces un área periférica inmediata a Grecia. La importancia de la helenización se apreció en la presencia de enterramientos principescos con ajuares de lujo de procedencia ática. El túmulo búlgaro de Kaloyanova, datado en el siglo IV a.C., representa perfectamente el modelo tradicional de tumba principesca de guerrero, caballo y armamento, pero también la influencia determinante helénica, perceptible en el uso del paramento de piedra y en la amortización funeraria de cerámicas de figuras rojas. En la transición al siglo III a.C. la helenización condujo incluso a la aparición de enterramientos de la clase *tholos*, similares a los reconocibles en la región de Macedonia aun sin perder por ello los signos de tradicionalismo local.

Las tradiciones del pastoreo guerrero nómada se mantenían en las zonas septentrionales de la Gran Escitia. En las estepas arboladas de la cuenca media del río Diepner hallamos yacimientos representativos del modelo escita asiático: un modo de vida nómada, hábitat de cabañas portátiles de madera (tipo yurta), base ganadera y costumbres guerreras. La movilidad trashumante usaba carromatos de cuatro ruedas, tirados por bueyes, tal como se ha representado en alguna pequeña estatuilla de arcilla. Los especialistas piensan que la práctica nómada no habría de diferir mucho de la registrada entre pueblos históricos de la estepa. El modo de vida podría parecer ajeno a limitaciones territoriales pero nada más lejos de la realidad. La presencia de fuentes de agua, pastos y zonas refugio imponen las limitaciones naturales de un medioambiente exigente. El control por los escasos recursos suele desembocar en toda suerte de conflictos, provocando un clima permanente de inestabilidad política y social en relación con un marco de elevada competitividad.

En la región circumpóntida que constituía la Gran Escita los modos de vida nada tuvieron que ver con las prácticas nómadas del norte. Los pueblos escitas acabaron formando poblados sedentarios de enorme extensión, practicando una agricultura intensiva y contactando con las colonias griegas instaladas en la costa para importar objetos preciados. Los grandes poblados escitas acusaron pronto una influencia intensa procedente de colonias jonias, Istros, Thyras, Panticapea y sobre todo Olbia, una plaza clave porque en el siglo VII a.C. canalizaba un importante tráfico mercantil hacia las *poleis* jónicas desde su emplazamiento privilegiado en el estuario del Dnieper. En el siglo VI a.C, los escitas instalados al sur de Kiev habían iniciado un proceso de concentración en grandes núcleos de población. Fue de esta manera como entre el Dnieper y el Donets surgió un largo centenar de poblados, con miles de habitantes, que los arqueólogos rusos llaman *gorodisce*. El *gorodisce* más conocido fue Bel'sk, que tras su fundación al sureste de Kiev (610 a.C.) llegó a ocupar 4.000 hectáreas de un amplio altozano, protegido por tres líneas de fortificaciones y un profundo foso, que formaban una enorme muralla de 33 kilómetros de largo. Era habitual hallar en estos poblados una acrópolis central y una jerarquización interna con la especialización necesaria: barrios de talleres, zona de viviendas, etc.

La Gran Escitia preservó la costumbre milenaria de enterramiento en kurganes incluso a pesar de la sedentarización. La proliferación de tumbas en la región circumpóntida fue tal que Heródoto calificó la región como el país de las tumbas. Era un paisaje funerario único pues los grandes montículos destacaban en la horizontalidad de la llanura formando una especie de agrupaciones o alineándose en varios kilómetros. El modelo mantenía todos los rasgos

tradicionales pero amplificados: una o más cámaras, construidas de madera o piedra, para acoger inhumaciones por lo general simples; bienes de lujo, caballos, armas e incluso de otros cuerpos humanos que podrían haber sido servidores sacrificados. Los únicos cambios que se adoptaron afectaron a la mayor magnificencia tanto en tamaño como en lujo, de tal punto que muchas tumbas se han calificado como "kurganes reales". En las cámaras se incorporaron artículos de lujo de carácter helénico y unas grandes figuras humanas de uno o dos metros, talla tosca y rasgos simples, con los brazos recogidos en el pecho, cuello rodeado de torques y cabeza tocado con casco. En la región del Dineper se hallan tres kurganes famosos: Rozkopana Mohyla, Zavads'ka Mohyla y Hostra Mohyla (el término *Mohyla* significa literalmente tumba).

El kurgán real de Tolstaia Mogila (en ucraniano Tovsta Mogila, que significa literalmente Gran Tumba) es una representación perfecta de las grandes tumbas principescas escitas del curso inferior del Dnieper de mediados del siglo IV a.C. Estaba encaramado en el lugar más elevado de una cadena de veinte kurganes a lo largo de dos kilómetros, tenía una altura de nueve metros, un diámetro de sesenta y un foso ancho –dos metros– y profundo –metro y medio–. El ajuar contenía ánforas y once acumulaciones con los restos de animales (ciervos, jabalíes y caballos) resultantes de un banquete fúnebre. El túmulo cubría dos sepulturas. La primera contaba con un pozo de acceso, *dromos* y cámara en la que se hallaba un individuo principal, su servidor, dos palafreneros (uno de ellos era un muchacho de diez o doce años) y varios caballos con ricos arreos de carrilleras y barras de freno, hechas en bronce plateado, plata y oro. En una segunda sepultura se hallaban una mujer de treinta años, un niño y dos probables servidores. La mujer apareció en una tarima de madera, cubierta por un lienzo de tela, ornada con joyas de oro y rodeada por una vajilla de plata, cerámica y vidrio. El niño reposaba en un sarcófago de madera, con torques, alfileres y pendientes.

El kurgán real de Solokha se levantó en la orilla izquierda del Dniéper a inicios del siglo IV a.C. El túmulo tenía una altura de 19 metros y un diámetro de cien metros. El interior albergaba dos grandes tumbas, si bien la principal había sido saqueada en la antigüedad de modo que solo se recuperaron los restos de una mujer y de dos caballos. La segunda tumba permaneció intacta y contenía el cadáver de un individuo masculino, junto al de un portador de armas, un sirviente y cinco caballos. El hombre aparecía armado con grebas de bronce, casco del mismo metal, una espada con su vaina recubierta de láminas de oro y un carcaj cubierto de plata en el que se depositaron ochenta puntas de flecha hechas en bronce. Entre las obras de arte más conocidas figura un peine de oro en el que se grabaron las figuras de tres guerreros.

El kurgán real de Koul-Oba es uno de los más conocidos por la calidad de sus obras de arte. La tumba está datada en el 400-350 a.C. y se halla en la Crimea oriental. El nombre significa el "Cerro de las cenizas". Destaca por su planta casi cuadrada de más de 4 m^2 y de cinco metros de altura. La techumbre de la cámara imitaba la cubierta tradicional de las tiendas de madera escita. En su interior apareció un individuo masculino reposando en una tarima de madera de lujo, con una diadema en la cabeza y un sombrero decorado con colgantes de oro. El individuo portaba un disco de oro de casi medio kilo en el cuello y de una a tres pulseras en cada muñeca. Cerca del difunto se colocaron varios objetos, entre ellos un cuchillo y un carcaj con incrustaciones de piedras preciosas y oro. Próximo al cuerpo del príncipe se hallaba un sarcófago con el cadáver de una mujer, cubierto por un vestido de brocado y numerosos objetos de oro como una diadema con colgantes, un par de aretes, un disco, un collar y dos brazaletes. Cerca de ella había un espejo de bronce con el mango dorado y entre sus pies una taza con escenas de lo que parece la mitología escita. En la tumba se halló un tercer cadáver más, que se ha interpretado como un posible palafrenero. Entre el suelo había huesos de caballo, un casco, una funda de bronce, dos puntas de lanza, flechas de bronce, varios recipientes de plata, ánforas con residuos de vino y calderos de bronce (figura 21).



Figura 21. La copa de electro (oro argentífero) hallada en el kurgán de Koul-Oba es una de las referencias absolutas del arte escita. Formaba parte del ajuar de un poderoso individuo y sus imágenes ilustran como pocas el mundo nómada de los escitas de oriente.

Los kurganes reales han suministrado una buena representación del armamento típico de las estepas: espadas, puntas de flecha, puñales, arreos de caballos y artículos de parada para la ostentación militar. Destacaron también varios productos de bronce, como unos cuencos de funciones rituales que tenían dos asas y motivos ornamentales geométricos. Pero la metalistería escita destacó sobremanera en la orfebrería, que por su singularidad se ha convertido en un

icono de la identidad cultural escita. Esta artesanía se reconocía por sus delicadas composiciones iconográficas y su sofisticación técnica, destacando en la producción de placas en las que se troquelaban motivos figurativos zoomorfos con lujo de detalles: ciervos, cabras, felinos, rapaces e incluso seres fantásticos que recordaban los legendarios animales de las estepas. Hacia el siglo VI a.C. las corrientes helenizantes influyeron de manera determinante en la orfebrería tradicional, produciendo expresiones artísticas consideradas la cima del arte escita: animales, escenas de caza y de combate aparecían troquelados en placas, peines y otros artículos con una profunda sensibilidad (figura 22). Frente a esta relativa riqueza metalúrgica, la producción cerámica era más limitada. Entre las tribus nómadas de la estepa ucraniana se usaba una vajilla común, grandes vasos y algunos cuencos de pasta grisácea con un acabado sencillo y un trabajo decorativo menor, limitado a pequeñas franjas de puntos y rayas.



Figura 22. La orfebrería del oro escita es una de las mejores señas de la identidad cultural escita y alcanzó sus mayores logros con la influencia artística griega, reconocible en varias de estas piezas de los siglos V y IV a.C.

BIBLIOGRAFÍA

ARNOLD, B. y GIBSON, D. B. (Eds.) (1995): *Celtic Chiefdom, Celtic State.* Cambridge, C.U.P.

BELÉN DEAMOS, Mª y CHAPA, T. (1997): *La Edad del Hierro.* Madrid, Síntesis.

BRUN, P. (1987) : *Princes et Princesses de la Celtique. Le premier Age du Fer (850-450 av. J.-C.)* Paris, Éditions Errance.

COLLIS, J. (1989): *La Edad del Hierro en Europa.* Barcelona, Labor.

COLLIS, J. (Ed.) (2001): *Society and Settlement in Iron Age Europe (Actes du XVIIIe Colloque de l´AFEAF, Winchester, April 1994).* Sheffield.

COLLIS, J. (2003): *The Celts. Origins, Myths, Inventions.* Stroud, Tempus.

CUNLIFFE, B. (1997): *The Ancient Celts,* Oxford, *Oxford University Press.*

CUNLIFFE, B. (2004): *Iron Age Communities in Britain* (4ª ed.). Londres.

ELUÈRE, Ch. (1999): *La Europa de los Celtas,* Barcelona, Ediciones B.

FICHTL, S. (2005): *La ville celtique (Les oppida de 150 av. J.-C. à 15 ap. J.-C.).* Paris, Errance.

HEDEAGER, L. (1992): *Iron Age Societies. From Tribe to State in Northern Europe, 500 BC to AD 700.* Oxford, Blackwell.

JAMES, S. (1999): *The Atlantic Celts. Ancient People or Modern Invention.* Londres, British Museum Press.

KRISTIANSEN, K. (2001): *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro.* Barcelona, Península.

KRISTIANSEN, K. y JENSEN, J. (Eds.) (1994): *Europe in the First Millenium BC,* Sheffield, Sheffield Archaeological Monographs, 6.

KRUTA, V. (2000) : *Les Celtes. Histoire et dictionnaire.* Paris, Laffont.

WELLS, P.S. (1988): *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea.* Barcelona, Labor.

WELLS, P. (2001): *Beyond Celts, Germans and Scythians. Archaeology and identity in Iron Age Europe.* Londres, Duckworth.

WELLS, P. (2002): The Iron Age. En S. Milisauskas (Ed.) *European Prehistory. A Survey,* Nueva York, Kluver Academic/Plenum Publishers.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. Los críticos de la cuestión celta piensan que:
   a) El celtismo representó una comunidad cultural pero no política.
   b) El celtismo es una construcción artificial, los celtas nunca existieron como cultura o pueblo único.
   c) El celtismo tiene una base común basada en la ideología, pero con múltiples manifestaciones culturales.
2. Los primeros enterramientos de La Tène revelan:
   a) Una sociedad con una clase privilegiada interesada por el lujo y la riqueza material.
   b) Un ritual de incineración.
   c) Una sociedad relativamente igualitaria.
3. Los *oppida* fueron el tipo de asentamiento propio de:
   a) Los primeros tiempos de la Cultura lateniense.
   b) El momento final de la Cultura de La Tène, siglos II-I a.C.
   c) Todo el periodo de la Segunda Edad del Hierro.
4. Los últimos tiempos de la Segunda Edad del Hierro en el sur de Inglaterra muestran:
   a) Invasiones procedentes del continente.
   b) La proliferación de las tumbas por toda la isla.
   c) La reactivación de las relaciones comerciales con el norte de Francia.
5. Los kurganes de los escitas revelan una sociedad:
   a) Profundamente igualitaria, sin diferencias entre los miembros de la comunidad.
   b) Eminentemente pacífica, sin conflictos dentro de la sociedad.
   c) Dominada por una casta dirigente guerrera, interesada en mostrar públicamente su poder sobre el resto de la sociedad, incluso más allá de su muerte.

Tema 15

EL MEDITERRÁNEO EN LA EDAD DEL HIERRO

José Manuel Quesada López

1. LAS CULTURAS ORIENTALIZANTES

Los principios de la Primera Edad del Hierro en las regiones del Mediterráneo central y occidental se relacionan con un acontecimiento trascendental que sucedió en el siglo VIII a.C.: la llegada de colonizadores procedentes de las *poleis* griegas y las ciudades estado fenicias. La colonización resulta clave para comprender el proceso de transformación de las culturas autóctonas o indígenas, todavía ancladas en los modos culturales del Bronce Final. Los prehistoriadores han debatido largamente sobre las causas que propiciaron las transformaciones de las culturas indígenas de manera que caben distinguir dos grandes teorías. Los partidarios de una teoría autoctonista interpretan la metamorfosis cultural de las poblaciones autóctonas como un

proceso endógeno porque consideran que el cambio cultural fue resultado de la evolución interna por sí mismas y que la influencia del mundo colonial representó en el mejor caso un estímulo subsidiario. Los adeptos de la teoría que podríamos llamar orientalista o colonialista aseguran que el motor de la transformación fue exógeno porque se debió a la influencia oriental, de modo que las gentes nativas tan solo comenzaron a modificar sus modos de vida con el impacto colonial, desencadenante decisivo del proceso de aculturación indígena durante la Primera Edad del Hierro.

La controversia resulta aún más complicada por las hipótesis sobre los inicios del mundo colonial. Hay partidarios de una hipótesis precolonial, convencidos de que los primeros contactos entre mercaderes orientales y poblaciones autóctonas se produjeron hacia los siglos X-IX a.C. Es un periodo muy temprano que coincide con el Bronce Final, durante el cual no se habrían fundado colonias pero sí habrían llegado barcos desde oriente. Según la hipótesis precolonial, los marinos griegos y fenicios habrían alcanzado las costas tras travesías de largo alcance, con un propósito principal: atracar en los puertos naturales del lejano occidente los días necesarios para realizar pactos mercantiles puntuales con los jefes locales. Este comercio no habría necesitado la estructura mercantil compleja propia de las colonias; más bien sería una actividad mercantil algo oportunista, una especie de «comercio de aventura» a la manera de aquellos viajes míticos por mar realizados por los héroes griegos (por ejemplo el periplo marítimo de los Argonautas hacia la Cólquide). Los partidarios de esta hipótesis precolonial hablan de un "comercio silencioso", porque al ser tan fugaz apenas ha dejado rastro arqueológico visible. Pero su propuesta es rechazada por otros investigadores que niegan tajantemente la presencia oriental antes del siglo IX a.C. por la ausencia de pruebas.

La llegada de navíos orientales a algunas islas del Mediterráneo occidental se remontó a finales del segundo milenio. La estela de Nora hallada en Cerdeña revela la presencia fenicia entre finales del siglo XI y principios del VIII a.C. Pero la instalación de colonias se produjo a partir del siglo VIII a.C., primero en el litoral tunecino, poco más tarde en Sicilia y en la mitad meridional de la isla de Cerdeña. Fue desde ese momento cuando parecen reconocerse los procesos de transformación indígena calificados de modo genérico como orientalizantes. Este término procede de la historia del arte, que lo utilizaba para nombrar las manifestaciones artísticas hechas por las culturas del Mediterráneo occidental bajo la influencia del impacto colonizador fenicio y griego. Hacia los años cincuenta el concepto comenzó a aplicarse no solo al arte sino a toda cualquier expresión de transformación de la cultura: poblamiento, sociedad, economía e ideología. Los primeros prehistoriadores que aplicaron el término participaban de la idea de aculturación indígena y concedían un protagonismo principal a la influencia colonial, incorporando el difusionismo como motor principal del cambio. Pero hacia los últimos años numerosos prehistoriadores críticos han convertido la idea del orientalizante en un objeto de controversia porque en su opinión da una imagen colonialista

de la cultura que intenta mantener una visión de la historia propia de los poderosos. De este modo podríamos decir que hay dos modos de pensamiento a la hora de investigar las culturas orientalizantes. El primero reúne a los prehistoriadores que comparten la teoría colonial como principal causa de la transformación cultural nativa y que asumen los principios mercantilistas clásicos. El segundo integra a los estudiosos que alertan sobre la utilización del concepto orientalizante como un procedimiento para mostrar una visión economicista y colonialista de la cultura, para interpretar el mundo de los indígenas en una posición de inferioridad cultural frente a las civilizaciones de oriente, para sostener principios ideológicos de dominación (aplicando la dualidad colonizador-colonizado) y así negar en última instancia la identidad indígena.

En cualquier caso, los investigadores más reconocidos señalan que el contacto entre los colonos de oriente y las comunidades indígenas de occidente propició un encuentro entre dos mundos distintos. Las poblaciones nativas pertenecían a una sociedad tradicional del Bronce Final: comunidades de carácter clánico en su mayoría, basadas en el liderazgo de la jefatura y concentrados en un modo económico básico agropecuario. El mundo colonial pertenecía a una sociedad de rango estatal con una organización sociopolítica avanzada (*poleis* griega, ciudad-estado fenicia) y una economía compleja que algunos especialistas llegan a calificar incluso bajo los principios del mercado. Esta última propuesta ha tenido un desarrollo propio en las interpretaciones llamadas "teoría de los sistemas mundiales" o "teoría economía-mundo", que apelan a la importancia de la economía para comprender lo que significó la colonización y las culturas orientalizantes. Estas teorías consideran que los dos participantes mantenían relaciones jerarquizadas asimétricas, considerando todo el proceso de la colonización como resultado de una planificación de los territorios a partir de las necesidades del mundo colonial: los territorios próximos, las áreas periféricas y las zonas marginales, que responderían a las necesidades de abastecimiento comercial de las metrópolis de Grecia y Próximo Oriente.

La arqueología proporciona datos para comprender que el comportamiento de los pueblos indígenas ante la presencia colonial fue muy desigual tanto por la intensidad colonial como por el grado de receptividad indígena. Entre algunas poblaciones no hubo mucha resistencia de manera que iniciaron rápidamente un proceso de aculturación oriental. Pero en otras poblaciones se adoptaron prácticas de resistencia o aislacionismo para proteger su modo de vida. Finalmente, otros pueblos mostraron una actitud más pragmática que combinaba cierta capacidad de adaptación con la pervivencia de muchas de sus tradiciones culturales. En muchos casos la aculturación era sectorial porque no afectaba a todo el sistema cultural sino a alguno de sus componentes: algunas prácticas mercantiles, la producción agropecuaria, la artesanía, la producción minera, los usos sociales de las clases privilegiadas, la construcción... Por regla general las primeras manifestaciones de cambio se producían en el ámbito económico, *a priori* más permeable a las transformaciones por su capacidad intrínseca para la acumulación de riqueza. Pero

los cambios en el sector económico promovieron, más tarde o temprano, modificaciones en el orden social tradicional. Finalmente la aculturación acabó afectando incluso el plano de la mentalidad tradicional, que suele ser la vertiente más impermeable hacia cualquier proceso de cambio cultural por su profunda naturaleza conservadora.

Fue de esa manera que las poblaciones nativas incorporaron a partir de la Primera Edad del Hierro numerosas transformaciones en muchos aspectos de su existencia. En materia de hábitat y poblamiento se produjo una tendencia a la jerarquización del poblamiento, la creciente especialización sectorial de muchos poblados, mejora de las comunicaciones, modificación de las viviendas tradicionales, construcción de nuevos modelos de edificios e incorporación de técnicas constructivas avanzadas en piedra, entre muchas otras. En el capítulo de la tecnología se asistió a la importación del torno cerámico, incorporación de nuevos cultivos (por ejemplo vid y olivo), introducción de nuevos animales domesticados, implantación de la metalurgia del hierro, aplicación de nuevas técnicas de producción en las minas, utilización de novedades de trabajo metálico (por ejemplo filigrana, granulado y repujado) e incluso un avance tímido hacia sistemas de pesas y medidas. Estos avances técnicos produjeron un incremento de la producción y permitieron la evolución desde la economía de subsistencia hasta una economía compleja y especializada, que participaba de los principios de los modelos mercantiles orientales y que produjo incluso un cambio en las relaciones de producción, hacia la sectorización profesional y la especialización del trabajo. De tal modo, la economía tradicional de base agropecuaria fue sustituida por una economía más compleja y diversificada, basada en múltiples sectores que mantenían una relación orgánica entre sí.

Las nuevas relaciones de producción repercutieron en la sociedad indígena, aumentando la división social del trabajo. Los cabecillas que formaban las jefaturas locales llegaron a monopolizar buena parte de los medios de producción y ejercieron el control sobre varios sectores claves como la minería y el intercambio comercial con los mercaderes orientales. Este monopolio les suministró altos beneficios económicos pero también les proporcionó la capacidad para consolidar la supremacía política. El componente medular del sistema fue el *intercambio comercial asimétrico*: los jefes indígenas cedían materias primas a los colonos a cambio de manufacturas lujosas (carros, cerámicas, marfiles, bronces, vidrios). Estos artículos simbolizaban bienes de prestigio pues su valor económico se completaba con un valor social, la de ser los símbolos de su ascendiente aristocrático: los exóticos carros representaban su poder guerrero, los objetos de carácter cultual (incensarios, braserillos, jarras) mostraban su autoridad litúrgica, y las delicadas vajillas (copas, vasos, jarros) eran la prueba de su gusto por los banquetes ceremoniales similares a los *symposia* griegos. De esta manera, las jefaturas indígenas no tardaron en aunar en su persona la autoridad política, el poder económico y la potestad religiosa.

2. LA PENÍNSULA ITÁLICA EN LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

2.1. Nurágico, Pantálico y Cultura de las inhumaciones

Las primeras instalaciones coloniales en la isla de Cerdeña, que han sido fechadas hacia el siglo VIII a.C., resultan contemporáneas de la Cultura Nurágica. En la prehistoria sarda los inicios de la Edad del Hierro vienen asociados al periodo llamado Nurágico IV, que se mantiene en la larguísima tradición isleña de la Edad del Bronce pero incorporando este matiz sutil: la presencia de los primeros objetos de hierro. Desde los últimos momentos del periodo Nurágico III la arqueología ha registrado una reactivación sustancial de las construcciones fortificadas llamadas nuragas, las grandes torres troncocónicas cubiertas por falsa bóveda habituales en tiempos del Bronce local. Hacia el 850 a.C. las nuragas se habían convertido en baluartes muy fortificados, recurriendo a nuevas edificaciones pero también a la combinación de las ya existentes (figura 1). Esta preocupación defensiva parece ser reflejo de conflictos territoriales pero ignoramos si se debieron a disputas internas entre las tribus indígenas o a la aparición de los colonos orientales. Por lo demás la arqueología no revela cambio alguno en los modos de vida de las poblaciones nurágicas. Las gentes continuaron habitando poblados tradicionales de cabañas de planta circular, con escasa organización interior salvo repisas y bancos junto a las paredes, con paredes de barro y la techumbre cónica de paja. Las costumbre funerarias se mantenían inalterables en sus necrópolis de inhumación formadas por grandes tumbas de galería, de aparejo cuidado y muros curvos, las llamadas *tumbas de gigantes*. La interacción entre los indígenas y los colonos orientales era precaria pues las pocas muestras de contacto se limitan a pocas figurillas pseudoantropomorfas, halladas en los poblados y tumbas, que presentan un aire sirio y griego.

Los habitantes de la isla de Sicilia reflejan una rápida aculturación tras la implantación del mundo colonial. La llegada de los colonos se produjo durante la Cultura Pantálica, que se mantenía en las tradiciones de la Edad del Bronce. Pero la rápida fundación colonial dejó su huella en los poblados indígenas de la fase llamada Pantálico III, visible en numerosas cerámicas del más puro estilo geométrico griego, principalmente platos, *oinokoes* con la boca trilobulada (jarras para vino) y *askoi* (recipientes para verter líquidos, por ejemplo aceite), todas ellas realizadas a torno y con incisiones decorativas. La llegada colonial coincide con la adopción de un nuevo tipo de tumba indígena, las cuevas artificiales con cámara rectangular y techumbre plana. La evolución hacia la fase Pantálico IV, tan solo un siglo más tarde, revela ya una intensa aculturación indígena. El registro arqueológico avala la proliferación de productos griegos en los últimos poblados pantálicos: cerámicas incisas y pintadas de estilo geométrico egeo, fíbulas y alfileres para la vestimenta, puntas de lanza y cuchillos para el armamento. La aculturación autóctona finalizó con una plena helenización a finales del siglo VIII a.C.

Las culturas meridionales de la Primera Edad del Hierro en la península itálica presentan un notable grado de conservadurismo. El compartimentado mosaico geográfico del sur propició un paisaje cultural hondamente aferrado a las antiguas tradiciones del Bronce Final y sumamente fragmentado en grupos locales: la Cultura de Terni ocupó la región de Umbría, hacia el interior del macizo de Los Apeninos; la Cultura Picena se propagó por la franja costera oriental de Las Marcas y la zona septentrional de Los Abruzzos; la Cultura de las Tumbas de Fosa ocupó la amplia franja tirrénica de Campania, Calabria, Lucania y Bruttia; la Cultura de Apulia se difundió por el corredor adriático meridional. Estos grupos culturales aparecieron en los tiempos del Bronce Final y su transición a la Edad del Hierro se debe básicamente a la aparición de los objetos realizados en este metal, que llegaron por la vía colonial. Pero más allá de tanta fragmentación hubo un común denominador en todos los grupos: la costumbre de la inhumación, tanto más significativo porque contrasta con la incineración de las culturas del norte. En el sur se practicaba la inhumación de los cuerpos, bien en simples fosas, bien bajo túmulos. La precariedad de la información para el hábitat requiere centrar la atención en las necrópolis. Las tumbas de la Cultura Picena poseen objetos muy variados: vasos, jarros con asa horizontal, vasos bicónicos de cuello cilíndrico o acampanado, *navicellas* (fíbulas serpentiformes de dos piezas), collares y pendientes. Las tumbas de Terni presentan espadas con empuñadura de antenas unidas, navajas de afeitar (de hoja rectangular y escotadura) y fíbulas de carácter serpentiforme. En la Cultura de las Tumbas de Fosa resultaban comunes las ánforas y tazas, decoradas con meandros y antropomorfos incisos, las espadas de hoja decorada y fíbulas de tipos muy dispares (arco engrosado, serpentiformes y espirales).

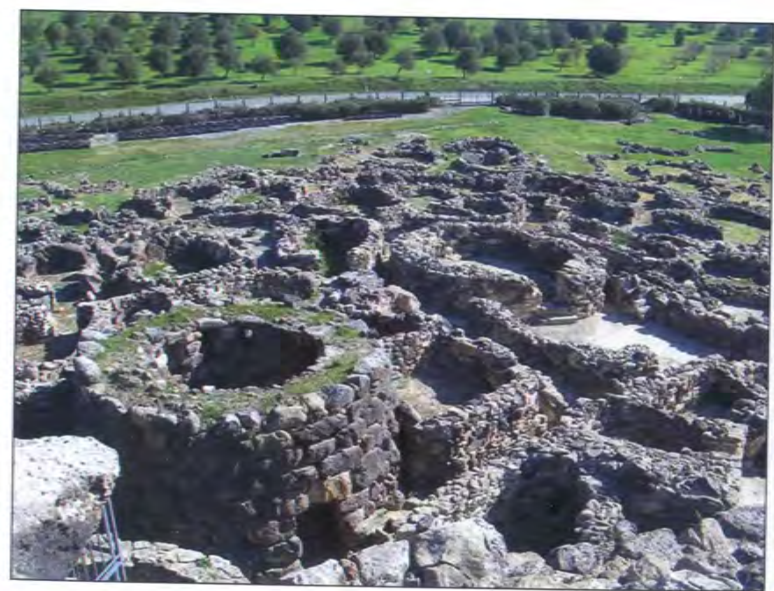


Figura 1. Las nuragas perduraron durante el Hierro I en la isla de Cerdeña sin muchos cambios culturales. La proliferación de estos poblados fortificados da la idea de unas comunidades indígena preocupadas por la defensa del territorio e inmersas en un estado de competitividad por los recursos.

2.2. La Cultura de Villanova

La cultura más conocida de la Edad del Hierro I en la región central de la península itálica se conoce como Villanoviense. Debe su nombre al yacimiento de Vilanova di Castesano, situado en las proximidades de Bolonia, capital de la provincia de Emilia-Romaña. Pero el Villanoviense ocupó un territorio más extenso del centro-norte peninsular: La Marca, sur de Campania y Lucania meridional. Las gentes villanovianas tienen sus raíces en tiempos del Bronce Final, hacia los siglos XI-X a.C., un periodo que los arqueólogos han llamado de varias maneras: San Vitali, Benacci I y Protovillanoviano. Los datos sobre este periodo transicional son precarios y proceden sobre todo de las necrópolis, como las de San Vitali y Veruchio, con sus tumbas de incineración en urnas. En ellas se colocaron ajuares muy sencillos: fíbulas de arco simple, hachas de alerones terminales, hachas de cuerpo ancho y cuadrado, agujas, bocados de caballo, cinturones, navajas de afeitar y espadas tanto de empuñadura maciza como de antenas. Es un registro profundamente autóctono de comunidades igualitarias dirigidas por pequeñas jefaturas tribales.

Los inicios de la Cultura Villanoviana se remontan hasta el siglo IX a.C. y se enmarcan en el mundo tradicional del Bronce Final, pero incorporando un matiz sutil: la presencia de los primeros objetos de hierro. Eran productos importados desde la colonia griega situada en la isla napolitana de Ischia, que se depositaron como parte del ajuar en algunas tumbas muy tardías del periodo. Los arqueólogos han calificado estos primeros momentos de la Cultura Villanoviana como la fase Benacci II y han acreditado su perduración durante un siglo y medio (850-700 a.C.). En este periodo el patrón de poblamiento consiste en una serie de pequeños poblados dispersos por el territorio, formando una especie de aldeas autónomas pero no muy distantes. El yacimiento de Veyes ofrece una buena muestra del modelo de poblamiento: una media docena de aldeas (junto a núcleos de menor tamaño) en una superficie aproximada de 190 hectáreas que mostraban predisposición a ocupar lugares elevados pero sin una excesiva preocupación por la defensa. El paso del tiempo parece reproducir un desplazamiento de la población a las zonas bajas, reconocible en los yacimientos de Populonia, Vetulonia, Vulci, Tarquinia, Cerveteri, Chiusi, Orvieto y Bisenzo. Las viviendas consisten en cabañas muy modestas, con una planta rectangular y a veces oval, levantada con paredes de barro sobre cuatro postes y una estancia que mantenía un hogar central.

La mejor información del Villanoviense-Benacci II procede de la arqueología funeraria. La presencia de una necrópolis autónoma por aldea prueba que hacia el siglo IX a.C. aun no existía una conciencia unitaria de comunidad entre la población. El ritual dominante era la incineración, tradición que continuaba con la práctica tradicional de los Campos de Urnas del Bronce Final. Las cenizas del difunto se colocaban en urnas para su entierro, que se cubrían bien con cuencos cerámicos en posición invertida, bien con peculiares cascos realizados en bronce o barro (figura 2), para ser finalmente colocadas en unas fosas simples o dobles. La mayoría de las urnas presentaban una llamativa silueta bicónica, reconocible en las necrópolis de Benacci y Savena. Pero las urnas más llamativas eran sin duda unas pequeñas réplicas hechas en cerámica, como maquetas en miniatura, de las viviendas de los vivos que se han acabado convirtiendo en una de las principales señas de identidad de la Cultura villanoviana. Junto a tan señaladas réplicas en ocasiones se colocaron otras miniaturas imitando carros. Los objetos que formaban los ajuares junto a las cenizas nos suministran una interesante interpretación en función del género. Los restos de varones se solían enterrar principalmente con armas: espadas de empuñadura pesada y maciza; cascos con cresta; puntas de lanza; hachas y bocados de caballos, más



Figura 2. La Cultura villanoviana destacó por la utilización de urnas cinerarias como estas. Las había de cerámica pero las más llamativas eran miniaturas en metal de las viviendas corrientes de la época (arriba). Las primeras solían cubrirse con cascos de cresta (abajo).

algunos objetos cotidianos como cinturones y navajas de afeitar con forma de media luna. Por contra los restos de mujeres se depositaban con adornos personales, principalmente accesorios de vestir como fíbulas de silueta serpentiforme u ondulante, collares, pendientes y cinturones de bronce decorados. En ocasiones se hallan artículos para tejer como husos de bronce.

Las tumbas proporcionan la mejor imagen de la cultura material, que combina la tradición con la innovación orientalizante. Los ajuares presentan objetos de la tradición local, como navajas de afeitar y fíbulas serpentiformes; mas también ofrecen piezas nuevas traídas de talleres griegos: copas con un pie alto que remiten al estilo tardogeométrico egeo, vasos dobles y *askoi;* incluso artículos originarios del norte de la península como calderos de bronce. La presencia de vajilla griega refleja la importación de productos que por su carácter exótico se implican en el comercio de bienes de prestigio, vinculada con la idea de los banquetes. Y la presencia de los calderos llamados sítulas refleja ciertos contactos comerciales con los pueblos itálicos de la Cultura del Este, que ocupaban la región del Véneto. La combinación de productos griegos y vénetos asegura la integración de estas gentes villanovianas en una compleja red mercantil que comunicaba la mitad norte de la península itálica. La amortización de bienes de lujo en las sepulturas avala un reflejo de distinción social de personajes distinguidos que utilizan el prestigio vinculado con la guerra pero que comienzan a controlar los medios de intercambio en un contexto de incipiente complejidad hacia los influjos coloniales. El camino hacia la intensificación de la red comercial y hacia la concentración del poder en manos de personajes privilegiados se acrecentó más en el periodo siguiente, que los arqueólogos califican como la Cultura de los Príncipes.

2.3. La Cultura de los Príncipes

Hacia el año 720 a.C. la Cultura villanoviana dio paso a un horizonte orientalizante que recibe el calificativo Cultura de los Príncipes y que puede considerarse antecedente inmediato de la Cultura etrusca. En rigor hay especialistas que interpretan este horizonte principesco como la primera etapa de la Etruria antigua. Sea como fuere la Cultura de los Príncipes representó a la perfección la compleja dinámica de interacciones culturales que se manifestaron en las comunidades orientalizantes del occidente a raíz de la instalación de los colonos fenicios y griegos desde el siglo VIII a.C.

El espectacular desarrollo de la Cultura de los Príncipes se explica en buena medida por la implantación de la colonia de Pithecusas en la región de Nápoles, un asentamiento que los griegos oriundos de la isla de Eubea instalaron hacia el 750 a.C. en una pequeña isla frente a la bahía de Nápoles. Los eubeos fundaron esta colonia como enclave estratégico para dominar el acceso a los recursos mineros y controlar las rutas mercantiles hasta las regio-

nes de la Toscana. Apenas cincuenta años después de la instalación colonial insular los griegos fundaron en tierra firme la colonia llamada Cumas, una prueba indiscutible de su capacidad de influencia en el territorio.

La arqueología proporciona pruebas de la rápida aculturación indígena, motivada por su permeabilidad a la cultura griega que irradiaban las colonias. En el 700 a.C. las aldeas villanovianas habían crecido hasta convertirse en poblados bastante extensos que acogían a una comunidad consolidada. Las viviendas eran de planta rectangular y se levantaban sobre sólidos cimientos de piedra, fajadas por muros de adobe, cubiertas por techumbres a doble vertiente y con su interior dividido en dos estancias. Los avances en las técnicas constructivas testimonian la consolidación de los poblados como centros de población permanentes más allá del estado de aldea. En un momento más tardío, finales del siglo VII a.C., las viviendas mantienen los parámetros anteriores pero su complejidad aumenta más con la planificación del espacio interior, distribuido en estancias alineadas de manera conveniente. Bien es cierto que durante este periodo de los Príncipes aún no se han desarrollado palacios ni santuarios, los edificios singulares que comenzarán a levantarse a finales del siglo VI a.C., justamente en los inicios del periodo arcaico de la cultura etrusca propiamente dicha.

La arqueología funeraria también presta una buena imagen del cambio cultural. En el año 700 a.C. aun se mantenía la antigua costumbre de la incineración, pero se aprecian dos claros signos de cambio: la aparición del ritual de inhumación y el enriquecimiento de los ajuares en algunas tumbas. La amortización funeraria de artículos de lujo guarda relación con la importación de varios bienes de prestigio: cascos de bronce, sítulas metálicas en forma de cubo, vajillas delicadas, objetos de marfil y fíbulas para la vestimenta, que justifican un inusitado interés por la acumulación de artículos de origen oriental para la exhibición pública. Esta amortización funeraria de bienes de prestigio revela el ascenso social de ciertos individuos, personajes de condición «principesca» que podemos asimilar al modelo sociopolítico de la jefatura compleja. Entre los años 725-650 a.C. la evolución de las costumbres funerarias da paso a auténticas «tumbas aristocráticas» que reflejan la alta posición social de las jerarquías principescas y que tienen su mejor exponente en las tumbas de cámara. Estas presentaban planta circular o cuadrada, muros levantados con piedras de gran tamaño, una o dos estancias y cubierta tumular de tierra de forma cónica (figura 3). Las tumbas de cámara aparecen en las necrópolis de los grandes poblados, como Populonia, Vetulonia, Tarquinia, Cerveteri o Praeneste. La concentración de las tumbas, su visibilidad en el entono y su asociación a clanes familiares son la mejor representación del papel de los linajes hereditarios en la sociedad y un anticipo de la sociedad etrusca. En las tumbas se depositaron ajuares valiosos formados por carros, numerosas armas, recipientes de bronce y plata, joyas de oro y cerámicas importadas (incluyendo *bucchero* de calidad). Las cenizas se depositaban en urnas muy llamativas, una especie de *vasos canopos* que se realizados en los talleres del poblado de Chiusi, con un perfil ovoide que simulaba el cuerpo de una persona y con tapaderas aparentando cabezas humanas, una simbología iconográfica única que apunta a la importancia del individuo dentro del clan.

Las tumbas aristocráticas permiten comprobar el enriquecimiento de varios sectores de la sociedad. Las élites habían consolidado su poder hasta tal punto que decidieron honrar su propia muerte en tumbas solemnes cuyas dimensiones permiten acoger al conjunto de un linaje familiar. Este modelo de tumba fue antecedente inmediato de los ricos sepulcros de la posterior Cultura Etrusca, perteneciente a la época histórica. El poder se basaba en un control de la base económica agropecuaria pero el estímulo principal para el progreso sociopolítico de los sectores privilegiados fue la producción del mineral y su distribución mercantil hacia las colonias griegas. Las ricas minas de Etruria se explotaban de manera sistemática para satisfacer la demanda griega y su control por las élites permitió el rápido enriquecimiento económico a partir del intercambio asimétrico, pues a cambio de materia prima mineral los príncipes locales obtenían manufacturas de calidad: artículos griegos originales realizados en las colonias y productos orientales traídos del norte de África y del lejano Próximo Oriente. Pronto comenzaron a surgir incluso productos de imitación de los artículos orientales originales, que se elaboraban en los talleres locales para cubrir la incesante demanda de las élites por este tipo de productos.

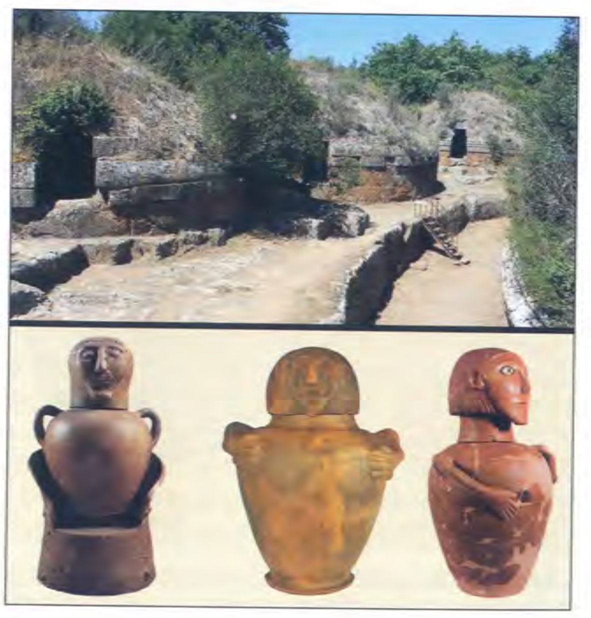


Figura 3. En las sepulturas de la necrópolis de Cerveteri (arriba) se encuentran los orígenes de las grandes tumbas del mundo etrusco. Los vasos canopos usados como urnas funerarias (abajo) testimonian la relevancia social de las élites privilegiadas de la Cultura de los Príncipes.

La influencia griega se percibió de una manera singular en las técnicas artesanales. Los talleres indígenas no tardaron en adoptar la técnica del torno cerámico, particularmente para la fabricación de piezas de calidad. Las cerámicas de lujo aumentaron su número ante las cerámicas comunes y los talleres se especializaron en producciones cualificadas como el *impasto* o el *bucchero*. En los tornos de Ceres y Tarquinia se realizaron un tipo de cerámica de estilo corintio y una variedad peculiar llamada *impasto*, que consistía en una producción delicada a mano o a torno lento, que se decoraba tanto con incisión como impresión, pero añadiendo incrustaciones de materias exclusivas como el bronce, ámbar e incluso hueso. En los hornos de Cerveteri se manufacturaba la cerámica de *bucchero*, una producción de tal calidad que imitaba las vajillas de bronce, a base de una superficie negra decorada con una amplia gama técnica (impresión, incisión, estampillado, relieve, aplicaciones plásticas y molduras cilíndricas). El *bucchero* se acabaría convirtiendo poco después en una seña de identidad del mundo etrusco y se acabaría exportando por



Figura 4. La orfebrería hallada en los yacimientos de la Cultura de los Príncipes revela la profunda influencia orientalizante. La mayoría fueron importaciones pero hubo también imitaciones indígenas de enorme calidad. Se decoraron con procesiones de oferentes, batallas y animales fantásticos como grifos. Algunas importaciones presentan una iconografía oriental absoluta, incluyendo figuras egiptizantes.

todo el Mediterráneo, desde las tierras de Egipto hasta la península ibérica, acompañando habitualmente ánforas para el transporte del vino.

Durante este periodo la metalurgia alcanzó un notable desarrollo. Los talleres indígenas se aprestaron a elaborar productos con unas profundas raíces locales, como la interesante serie de vasos y carros rituales hallados en la región de Bolonia. Pero pronto se implantaron los modos de trabajo oriental a fin de producir una serie objetos de influencia foránea que denotaban nuevas costumbres, principalmente vajillas, armas y objetos para vestimenta y para el aseo. La influencia oriental resultó determinante en la orfebrería, que incorporó las nuevas técnicas de trabajo del oro tan habituales en los talleres del Próximo Oriente. De esa manera se aplicaron las tareas especializadas del granulado y la filigrana para la manufactura de collares, pulseras y diademas. Muchos de estos trabajos trataban de imitar prototipos importados desde las colonias (figura 4). El resultado fue la producción singular de piezas excepcionales como el *lebes*, un tipo de vaso que se decoraba con procesiones de oferentes de influencia egipcia, con prótomos de grifos orientales sobre el borde y con placas de marfil embellecidas con animales fantásticos. Las innovaciones metalúrgicas se aplicaron también para la realización de grandes recipientes de bronce. Entre estos últimos destacaron las sítulas, los calderos metálicos de origen septentrional con su peculiar forma de cono invertido, transportables gracias a las asas móviles, que se usaban para contener bebida. La herencia local también se dejaba traslucir en otros objetos, como los famosos cascos de cresta de origen villanoviano o semiesféricos con botón en la parte superior, en ambos casos con decoración incisa o repujada.

2.4. La Cultura del Lacio

Los inicios de la Edad del Hierro en la región del Lacio manifiestan una nítida continuidad cultural con los últimos tiempos del Bronce Final. La cultura lacial se ha considerado como una especie de *hinterland* periférico del horizonte villanoviano y más tarde de la vigorosa cultura de los etruscos. Tal como sucede con otras regiones itálicas, los orígenes de esta Cultura lacial podrían remontarse hasta el siglo IX a.C. Se trata de un marco conservador de herencias en el Bronce Final, reconocible en poblaciones dispersas por el territorio que se organizan en pequeños poblados instalados en llanuras aluviales y laderas bajas de los montes próximos, habitando cabañas modestas de una planta muy simple y muros de materiales perecederos.

Los datos más relevantes de la Cultura lacial proceden del mundo funerario, en particular de la necrópolis de Ostería dell´Osa. En sus tumbas se reconoce una convivencia entre el ritual de incineración, heredado de la tradición local de los antiguos Campos de Urnas, y el ritual de inhumación (figura 5). Las tumbas de la necrópolis se distribuyen en dos agrupaciones separadas que pertenecían

probablemente a dos clanes familiares. En cada grupo puede percibirse una organización espacial muy nítida: una tumba principal ocupaba un lugar central y albergaba los restos del jefe del clan; rodeado de varias fosas de cremación que por sus ajuares pertenecían a varones adultos próximos al líder; y un círculo más alejado de tumbas con restos de mujeres, jóvenes y niños. No hay huellas de lujo u ostentación en ninguna tumba, de lo que se infiere una sociedad igualitaria organizada en parentelas, clanes o linajes. Pero sí se aprecia un tratamiento funerario distinto en función del género y la categoría social. Los individuos masculinos se incineraban y las cenizas se alojaban en grandes vasijas llamadas *dolium*, junto a un ajuar simple formado por vasos pequeños y fíbulas. Las mujeres, los varones jóvenes y los niños se inhumaban en tumbas de fosa. La mayoría de las mujeres eran enterradas con objetos para hilar, pero muchas jóvenes se inhumaban con ciertos objetos de bronce, ámbar y pasta vítrea, que los estudiosos han interpretado como símbolos de una muerte prenupcial.



Figura 5. La Cultura del Lacio refleja la profunda influencia villanoviana en estas urnas cinerarias de cerámica, que reproducen las cabañas de la región.

En las postrimerías del periodo lacial se reconocen algunas tumbas con ajuares de cierto prestigio. En este marco destaca una tumba perteneciente probablemente a un guerrero por la presencia de yelmo, escudo y carro, que apunta a un nuevo patrón social donde la concentración de bienes de lujo y la ostentación funeraria del poder sugieren el inicio de una tendencia de diferenciación social. Poco más tarde, hacia el año 730 a.C., la región del Lacio comenzó a experimentar una modesta influencia colonial causada por la llegada de mercantes griegos desde el sur. Durante el siglo VII a.C. el proceso orientalizante fue bastante discreto, menos impactante que en las regiones septentrionales de la Toscana porque el Lacio carecía de las importantes fuentes de materias primas demandadas por el mundo colonial. La imagen más representativa se halla en las urnas de incineración en forma de cabaña, a la sazón imitación de las urnas villanovianas del norte, y en los vasos votivos decorados con surcos y con incisiones en forma de meandros, líneas quebradas y cordones. La huella oriental se aprecia en los jarros *askoi*, un tipo cerámico griego para la actividad litúrgica que presentaba la boca descentrada y contaba con un asa en la parte superior.

El impacto orientalizante solo adquirió pujanza a mediados del siglo VII a.C. Los poblados aumentaron de tamaño, las viviendas comenzaron a planificarse en el terreno de acuerdo con un patrón de incipiente protourbanización, las casas empezaron a construirse a partir de zócalos de piedra y a cubrirse con teja. La presencia de fosos rodeando los poblados apunta a un mayor interés por la defensa. Pero nuevamente la mejor información procede del mundo funerario: las necrópolis aumentaron de tamaño e incorporaron tumbas más notables, con mayores dimensiones y una estructura compleja y orgánica pues contaban con un corredor de acceso, varias salas o pseudocámaras y falsa bóveda. Estas tumbas complejas permitían albergar inhumaciones dobles y triples, bajo una cubierta tumular (en relación con el modelo de tumba tumular de la Cultura de los Príncipes del norte). Las tumbas albergaban los restos de una categoría social privilegiada, unas jefaturas locales de aire aristocrático que sancionaban una sociedad diferenciada y deseaban testimoniar su riqueza en los enterramientos mediante la acumulación de artículos extranjeros. En las tumbas privilegiadas se depositaron carros e importaciones etruscas, griegas y fenicias. Es característico el caso de la necrópolis de Laurentina, una de cuyas tumbas poseía un enorme conjunto de piezas de bronce y una vajilla compuesta por más de cien vasos. La cultura material comprendió la generalización del hierro y de la cerámica a torno pintada, pero también una especialización artesanal, por ejemplo el aumento de la metalistería del bronce (sobre todo para elaborar fíbulas) y de metales preciosos.

2.5. Las Culturas del Este y Golasecca

Las culturas septentrionales que caracterizan la Primera Edad del Hierro en la península itálica mantienen una personalidad propia, caracterizada por unas raíces muy acentuadas en los tiempos del Bronce Final. Pero hasta allí llegaron también algunas influencias de un matiz orientalizante procedentes del sur, no directamente del mundo colonial griego sino de manera indirecta través de los contactos mercantiles que mantuvieron primero con los pueblos villanovianos y más tarde con sus herederos etruscos. Dos son las culturas que merecen la atención, ambas situadas al norte de la llanura del río Po: la Cultura de Golasseca en el extremo occidental; la Cultura de Este en el extremo oriental. En ambos casos sucede lo mismo que en otras áreas de la península: su reconocimiento como culturas de la Edad del Hierro se debe tan solo a la aparición de los primeros objetos de hierro, siempre en tumbas y no en calidad de piezas autóctonas sino de importaciones. Y también, como en otras áreas,

la mejor información arqueológica procede del mundo funerario, de manera que los ajuares se han utilizado como base principal para la periodización. Las dos culturas forman el "horizonte de las incineraciones" y comparten un sustrato funerario común derivado de los Campos de Urnas del Bronce Final, que contrasta con el "horizonte de las inhumaciones" de las regiones meridionales de la península.

La Cultura del Este (también llamada Cultura Atestina) ocupaba las provincias orientales de Venecia e Istria, una región fértil situada en la vertiente meridional de los Alpes que se enmarca entre las cuencas de los ríos Adigio e Isonzo. El yacimiento más conocido es la necrópolis de Benvenuto. Los ajuares de sus tumbas han servido para trazar el esquema de periodización de la cultura, recurriendo a cuatro fases que se prolongan incluso más allá de la conquista romana. El primer periodo se ha llamado Este I y se ha acreditado su perduración cronológica entre 900-750 a.C. Es una etapa profundamente autóctona, que hunde sus raíces en el Bronce Final, representada por poblados de pequeño tamaño y por una cultura material muy básica pues las piezas más representativas son unas modestas cerámicas hechas a mano, sencillos adornos de bronce y fíbulas



Figura 6. La figurilla de Scolo di Lozzo representa de manera simple pero eficaz un guerrero de la Cultura de Este, portando espada, gran escudo oblongo y un casco cónico. Las espadas halladas en las tumbas de la región responden a varios modelos en función de la forma de la hoja y el tipo de empuñadura.

de arco simple. La Edad del Hierro como tal se inicia con la segunda fase, llamada Este II y fechada entre 750-575 a.C. La información sobre los poblados es muy precaria nuevamente pero las sepulturas revelan una sociedad en proceso de cambio. En los ajuares de las tumbas se exhibe una cultura material más sofisticada que comprende cerámica a torno, espadas de bronce, fíbulas de arco engrosado, broches de cinturón y cuchillos de hierro (figura 6). Hay importaciones de productos exóticos como coral, vidrio y ámbar, procedentes de circuitos comerciales de gran escala tanto hacia el sur como hacia el norte. Las cerámicas a torno y los cuchillos de hierro proceden concretamente de las tierras meridionales a través de una vía comercial que atravesaba la llanura del Po y descendía hacia las tierras villanovianas de Emilia-Romaña.

La tercera fase de la Cultura de Este se desarrolló entre el 575-350 a.C. y representa una intensificación notable del uso del hierro. Los objetos más comunes son las cerámicas pintadas con bandas rojas y negras, los vasos grie-



Figura 7. La metalurgia del bronce en el norte de Italia ofrece piezas singulares, como la urna funeraria y el carro ritual de la imagen (arriba), ambas con un tipo de decoración figurativa que recuerda tradiciones del Bronce Final. Pero si hubo una pieza metálica significativa fue la sítula (abajo) de la Cultura de Este.

gos y las fíbulas de morfología variada, como las naviformes, serpentifomes, de morfología en caballito y las fíbulas de arco. Pero la pieza más relevante de esta etapa es la sítula, un recipiente broncíneo con la forma de caldero o cubo de asas –para facilitar el traslado– que mostraba una decoración en relieve a base de motivos zoomorfos y antropomomorfos, y que respondían a una larga tradición de obras realizadas en bronce batido. La sítula más antigua procede de Benvenuto y se caracteriza por numerosas protuberancias, por unos motivos geométricos que recuerdan la artesanía del metal durante los Campo de Urnas (que le concede cierto aire arcaico) y por una decoración figurativa única: escenas de banquetes, una procesión de guerreros y varias hileras de seres míticos, toda una escenografía de los modos sociales de la época. El yacimiento de La Certosa ha proporcionado el ejemplar de sítula más avanzada, hacia el 500 a.C. (figura 7), una pieza que constituye el cenit de tan peculiar expresión artística. Tan solo un siglo después, hacia el 400 a.C. el arte de las sítulas dejaba de existir.

La Cultura de Golasecca ocupaba las comarcas de la Lombardía y Piamonte, en el paraje montañoso situado en la vertiente norte del valle del Po. El yacimiento más conocido es la necrópolis de Golasecca-sur-Tessin, situada en la región de Lombardía. Los poblados son mal conocidos pero las necrópolis muestran tumbas de incineración en la más pura tradición del Bronce Final y urnas decoradas con motivos zoomorfos. Los ajuares se han utilizado para trazar una secuencia a partir de tres periodos. Entre los años 900-625 a.C. se prolongó el periodo llamado Golasecca I, caracterizado por la presencia de urnas con una forma bicónica, una decoración figurativa de cánidos y un motivo angular abstracto al parecer similar a dientes de lobo. Las tumbas también destacan por la presencia de las fíbulas, que presentan varios tipos: la fíbula de arco semicircular, la de arco de elevados nódulos semicirculares y una variante local propia llamada fíbula de Valdivico. Pero las piezas más significativas del periodo son las espadas, que incluyeron dos morfotipos: la espada de tipo Moncucco, caracterizada por el pomo macizo de extremo redondeado; la espada de tipo Weltenburg, que pertenece a los modelos de antenas retorcidas. También se han reconocido algunos cascos de guerrero con cresta, que prueban los contactos con la Cultura villanoviana, situada más al sur. Estos contactos mercantiles perduraron durante el segundo periodo, llamado Golasecca II (600-500 a.C.) que se reconoce en las sepulturas por la presencia de urnas bicónicas con decoración geométrica, por fíbulas (tipo dragón, fíbulas de puente aplanado y mortaja), por torques y por las sítulas con tapadera, si bien las piezas principales vuelven a ser las espadas, pertenecientes al modelo de antenas atrofiada con pequeñas protuberancias esféricas terminales.

Los conocimientos que tenemos sobre estas culturas septentrionales se concentran en la cultura material procedente de las necrópolis. La amortización funeraria de productos como el hierro, ámbar y coral en algunas tumbas de Este II y Golasecca II revela la importante posición estratégica de ambas culturas en las redes mercantiles de larga distancia que conectaban los principados hallstáticos con la costa mediterránea y de manera particular con el mundo protoetrusco. Las culturas de Este y Golasecca se emplazan en el camino hacia los pasos alpinos que permiten los desplazamientos entre el norte de Italia y el sur de Alemania, propiciando así el control de una red intercambio que operaba sobre todo con materias primas (sal, ámbar, aceite, vino, carnes saladas) y piezas manufacturadas de cerámica, bronce y hierro. La Cultura de Golasseca intervino como intermediaria en la red mercantil con las importantes jefaturas del Hallstat occidental, propiciando el paso por los Alpes como ruta alternativa al Ródano. La Cultura de Este actuó como intermediaria en el abastecimiento de las jefaturas del Hallstat oriental desde las tierras etruscas, hasta tal punto que en yacimientos hallstáticos como Vace se han hallado algunas de las sítulas más celebradas, con frisos narrativos decorados que exhiben lujosos banquetes al más puro estilo griego.

3. LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

3.1. La mitad norte peninsular

Los primeros años del Hierro I en el noreste peninsular representaron una evolución local continuista de la Cultura de los Campos de Urnas en el Bronce Final. La aparición de los primeros objetos de hierro se debió a la llegada de pequeñas poblaciones procedentes del sur de Francia. El rastro de los primeros útiles de hierro que motivan la transición hacia la Edad del Hierro se puede reconocer bien en la necrópolis de Agullana (Girona), a la sazón principal yacimiento de la región. En realidad la mayoría de la población se mantenía en las tradiciones latentes del Bronce Final, hasta tal punto que el Hierro I en este cuadrante noreste peninsular se conoce como Cultura de los Campos de Urnas del Hierro. El poblamiento se ubicaba en zonas llanas por su idoneidad para las tareas agrícolas. Eran poblados abiertos sin preocupación defensiva, aunque con el paso del tiempo algunos comenzaron a instalarse en pequeñas alturas y en sitios estratégicos junto a vías de comunicación. El incremento del número de yacimientos y su penetración hacia el interior del valle del Ebro se han interpretado como respuesta a un incremento demográfico. Las viviendas eran modestas cabañas de planta rectangular alargada y las necrópolis continuaron con la tradición incineradora propia de los Campos de Urnas, si acaso con un incremento de los ajuares funerarios ricos en armas, fíbulas y broches. En algunas zonas aparecieron necrópolis de incineración tumulares, donde los restos incinerados se depositaron en urnas cubiertas por montículos de tierra. La cultura material consistía en cerámicas a mano, por lo general lisas, con pies elevados y con una decoración grafitada, pintada y excisa.

En las tierras vallisoletanas de la Meseta norte se instaló la Cultura de Soto de Medinilla, que recibe su nombre de un poblado situado a orillas del río Pisuerga. El poblamiento se dispersaba en un largo centenar de poblados al principio abiertos en las vegas fluviales, pero más tarde protegidos por murallas de piedra y empalizadas de madera. Las cabañas tenían planta circular, banco corrido, hogar central y pintura en las paredes. La economía priorizaba la agricultura cerealista intensiva aprovechando las fértiles campiñas del Duero medio. Hacia el 800 a.C. la cultura material se limitaba a cerámica a mano lisa y de modo más ocasional con incisiones triangulares o pintadas, y a la sencilla metalurgia de bronce. Fue en la segunda fase de la cultura, conocida como Soto II y datada a partir del 600 a.C. cuando aparecieron los primeros elementos de hierro, junto a una cerámica decorada con nuevos motivos a base de digitaciones, ungulaciones y aplicaciones de grafito.

En el reborde montañoso del alto Duero se registra la Cultura de los Castros sorianos. La población habitaba castros, poblados fortificados alzados en lugares elevados y puntos estratégicos del territorio con un sistema defensivo muy sólido: murallas de piedra, que se reforzaban con torreones y de manera más ocasional con fosos y campos de piedras hincadas hacia el exterior. Las viviendas eran pequeñas cabañas de piedra, con la planta rectangular y en algunos poblados circular. La cultura material se caracterizó por formas cerámicas a mano muy variadas, desde grandes vasijas de provisiones hasta pequeños vasitos finos. La gama de técnicas decorativas reunía incisión, impresión, cordones, ungulaciones, digitaciones, grafitados y pintados. En las tierras sorianas la base económica era ganadera, complementada con pequeños aportes agrícolas y con las actividades de caza. La metalurgia se basaba todavía en el bronce y contaba con cuchillos, puñales y espadas.

3.2. La Cultura Tartésica

La historia de los pueblos indígenas que poblaban el suroeste de la península ibérica en tiempos del Bronce Final conoció un cambio crucial tras la fundación de la colonia fenicia llamada Gádir, en una pequeña isla situada bajo la actual ciudad de Cádiz. El historiador griego Estrabón relata que Gádir se fundó ciento cincuenta años tras la caída de Troya, o sea hacia el 1100 a.C. Pero la arqueología ha revelado que la instalación de los fenicios en la isla se remonta al año 750 a.C. El topónimo Gádir procede del término semita *Gdr*, que significa literalmente «fortaleza», pero aquellos fenicios oriundos de la ciudad de Tiro no tuvieron que recurrir a labores defensivas frente a los nativos, más bien lo contrario. El rastro de los yacimientos situados en tierra firme avala un rápido entendimiento entre las poblaciones autóctonas y los colonos orientales. Estrabón narra cómo los fenicios pronto levantaron un templo en honor a Melkart, dios protector del comercio en Tiro, que sirvió como santuario pero también como centro del comercio. Esta postura pragmática que sincretizaba religión e intereses económicos respondía a una larga tradición del comercio en el Próximo Oriente, que se realizaba cuando había seguridad para los negocios. El templo de Melkart prueba la capacidad de entendimiento con los autóctonos. Y así fue como en este contexto surgió en el siglo VIII a.C. la Cultura tartésica, el mejor exponente del horizonte orientalizante en la península ibérica.

La cuestión sobre los orígenes de la Cultura tartésica divide a los expertos en dos teorías principales. La teoría autoctonista proclama que las raíces de Tartessos se remontan a la época del Bronce Final local y que su protagonista principal se halla en la población autóctona, de manera que el cambio cultural se produjo a raíz de un paulatino proceso endógeno. Esta teoría reclama la importancia del sustrato indígena del Bronce Final y por tanto apuesta por un proceso de transformación interna iniciado en el siglo IX a.C. con el horizonte de las espadas en lengua de carpa y estelas decoradas. Por su parte la teoría colonial concibe la Cultura tartésica como respuesta a la influencia decisiva del fenómeno colonial y apela a la importancia crucial de la llegada de mercaderes orientales a partir de la fundación de Gádir en el siglo VIII a.C. Estas teorías traducen la controversia sobre los procesos de orientalización que ya hemos apuntado con antelación.

El patrón de poblamiento durante los primeros tiempos de la Cultura tartésica mantiene por una parte la tradición de los antiguos poblados del Bronce Final. Estos presentaban un puñado de cabañas modestas de planta circular u oval, levantadas con barro y sin ningún tipo de diferenciación interna. Pero la arqueología ha detectado la aparición de edificios de nueva planta que responden a una morfología rectangular o cuadrada habituales en la tradición fenicia. Estas viviendas se levantaron sobre zócalos de piedra, tenían muros de adobe sostenidos por vigas de madera y una techumbre a dos aguas. Los suelos eran de tierra batida pero en ocasiones se cubrían con cal, arcilla roja, pizarra, guijarros o conchas, propio de la tradición oriental. También aparecieron edificios especiales con una finalidad incierta: instalaciones aristocráticas, probables santuarios de finalidad litúrgica y sobre todo instalaciones para el almacenaje. Estos cambios afectaron a los principales poblados del valle del Guadalquivir, como Setefilla, Carmona, Hispalis, Corduba, Onuba o Niebla. Todos ellos pasaron de ser simples aldeas a núcleos de población complejos con capacidad para centralizar la producción y facilitar su distribución a través de rutas de comunicación. En algunos poblados se levantaron murallas de grandes sillares, aplicando técnicas orientales como el encaje en ángulo (soga y tizón), paramentos y fosas.

La base económica de las poblaciones tartésicas era agropecuaria: la agricultura de trigo, cebada y algunas legumbres; la ganadería principal la bovina. La arqueología registra un proceso de intensificación de la producción agropecuaria probablemente tanto para cubrir la demanda local creciente como para alcanzar los excedentes que exigía la demanda de las colonias. La ampliación de las tierras de cultivo y la incorporación de nuevas especies traídas por

los colonos de oriente permitieron aumentar la producción a la par que abrir sectores especializados. Los colonos trajeron los cultivos de la vid y el olivo para producir vino, aceite y perfumes. También introdujeron animales avícolas como la gallina, que se convirtió en un componente principal de la producción doméstica. La ganadería bovina se convirtió en algunos poblados en un recurso principal de subsistencia, siguiendo la línea tradicional de la transhumancia del Bronce Final de la región. La ganadería no solo fue un recurso de subsistencia sino un elemento de riqueza que proporcionaba un signo de alta consideración social. Fue además un impulsor de las rutas de expansión tartésica hacia Extremadura a través de las vías de trashumancia tradicional. Prueba de la relevancia del sector ganadero son las leyendas que refieren los relatos clásicos sobre Tarsis, como la de los toros de Gerión, rebaño de bueyes de un rey tartésico, que Hercules robó como parte de sus famosos doce trabajos.

La minería tradicional del Bronce Final se transformó de manera radical, por los intereses particulares de las colonias orientales en la extracción de plata, oro y cobre en el cinturón de piritas onubense. Los fenicios introdujeron a los nativos en nuevas técnicas mineras para aumentar la producción en los ricos filones metalúrgicos de la serranía de Huelva y las áreas periféricas de Alta Andalucía y Extremadura. La demanda de metales favoreció incluso la aparición de poblados indígenas especializados en las labores de extracción y de distribución de minerales, por ejemplo Tejada la Vieja, un poblado amurallado desde donde se centralizaba la producción de las minas de Aznalcóllar para su traslado hacia la costa.

La intensificación económica provocó de manera colateral el incremento del volumen de intercambio. El comercio de materias primas y artículos manufacturados se tradujo en un elevado volumen de negocio que implicaba el trasiego constante de metales, productos agrícolas de primera necesidad, ganado, artículos de lujo de importación y cerámicas de todo tipo, entre muchos otros. La naturaleza del comercio tartésico respondía en buena medida a la demanda colonial griega y fenicia, de manera que las redes mercantiles de los poblados tartésicos se implicaban en una trama de intereses a gran escala en las que participaban las colonias instaladas del litoral malagueño e incluso las del norteafricano, Las transacciones variaban desde el trueque asimétrico más o menos informal hasta el pacto comercial disciplinado, a cargo de profesionales fenicios (con la figura preeminante del mercader) y regulado incluso por sistemas de medidas. El comercio impulsó las redes de transporte terrestre a partir de grandes ejes de comunicación, que potenciaron rutas naturales recorridas desde mucho tiempo atrás: la Vía de la Plata hacia Extremadura y la Vía Herakleia a lo largo del Guadalquivir.

La cerámica constituyó una importante seña de identidad de la Cultura tartésica (figura 8). Entre las poblaciones previas a la llegada colonial predominaba una cerámica a mano, que exhibía una superficie bruñida, negra y decorada con singulares motivos geométricos reticulados. La cerámica que los prehistoriadores llaman de estilo Carambolo también se hizo a mano pero mostraba una decoración de figuras rojas que podría relacionarse con las funciones litúrgicas. La calidad de las cerámicas indígenas menguó hacia las postrimerías del siglo VIII a.C. Fue entonces cuando se impuso un estilo de cerámica gris hecha a torno que se mantenía en la esfera tradicional pero recurriendo a las innovaciones técnicas exportadas por los fenicios. De este modo surgieron producciones de gran calidad, como la cerámica de barniz rojo y sobre todo la cerámica Lora del Río, que se caracterizó por la presencia de cuencos, copas, urnas y *pithoi* decorados con unas figuras fantásticas que recuerdan a ciertas aves con un largo pico, probablemente vinculadas a funciones litúrgicas. Entre las producciones más singulares se hallaban las urnas del tipo Cruz del Negro para las prácticas funerarias.



Figura 8. Las cerámicas de calidad en los poblados tartésicos son las del estilo Carmona (arriba) y Cruz del Negro (abajo), las primeras con una función ritual y las segundas usadas como urnas. Es probable que algunas de esas cerámicas se hicieran realmente en talleres de ceramistas fenicios.

La influencia oriental destacó sobre todo en las obras de orfebrería tartésica, que pronto se aplicó para la utilización de técnicas de larga tradición en el Mediterráneo oriental: la filigrana, el granulado y el repujado. Estas técnicas permitieron realizar auténticas joyas para el consumo de lujo indígena: arracadas, pendientes, collares, cinturones, diademas y anillos. Estos productos imitaban los delicados, pequeños y finos productos orientales, marcando un estilo muy distinto de los pesados y macizos artículos de oro que se habían impuesto en el Bronce Final. La toreútica o trabajo del bronce también sirvió para fabricar artículos de prestigio, por lo general con función litúrgica: quemaperfumes (*thymaterium*), jarros, escudillas y braserillos entre otros La mejor prueba de las producciones de bronce es el famoso Bronce Carriazo, una placa con representaciones de aves acuáticas en los laterales que enmarcaban la figura de la diosa fenicia Astarté (figura 9). Este tipo de creaciones de carácter profundamente oriental también se hicieron en marfil: peines, pixides y placas de revestimiento de cajitas, que mostraban motivos decorativos incisos y que por su impronta oriental (escenas de combate heorico, grifos, leones y palmetas) podrían haber sido en realidad producciones fenicias. De hecho se han reconocido auténticas importaciones de productos fabricados en oriente, como los delicados anillos con escarabeos basculantes, los alabastrones para contener perfumes y las cáscaras de huevo de avestruz decoradas procedentes del norte de África.



gura 9. El tesoro del Carambolo fue hallado en un
ntuario sevillano y se considera la obra maestra de
a orfebrería tartésica (arriba), si bien los estudios
recientes atribuyen el edificio al mundo fenicio.
La pequeña figura hathórica del Bronce Carriazo
bajo) revela la profunda aculturación de sectores
del mundo indígena.

La sociedad tartésica estaba gobernada por jefaturas complejas que alcanzaron su poder gracias al control de la producción, sobre todo de la mineria, de sectores agropecuarios y del comercio con el mundo colonial. El control de los medios de producción les garantizó los beneficios suficientes para el enriquecimiento económico, para forjar sus aspiraciones políticas y para sancionar públicamente su prestigio mediante la adquisición de

artículos de lujo. De esta manera surgieron las *tumbas principescas* donde amortización funeraria de los bienes de prestigio se convirtió en una estrategia de reconocimiento social mediante el que sancionar su poder. Las tumbas de la necrópolis de La Joya (Huelva) albergaban las cenizas de un aristócrata entre numerosos objetos de lujo: un carro de madera de nogal con apliques de bronce en forma de cabeza de león; jarros, platos y pebeteros (figura 10); cerámicas de calidad; huevos de avestruz y arquetas de marfil entre otros. Las tumbas de la necrópolis tumular de Setefilla (Sevilla) ofrecen la imagen de un pequeño montículo que cubría las urnas de sesenta individuos alrededor de una tumba central compuesta por una compleja cámara de mampostería que albergaba los restos de un individuo poderoso. Este túmulo refleja la estructura clanica de la corte aristócrata, con varios miembros del mismo linaje en torno al *pater familias*.

Los llamados popularmente *tesoros* son otra prueba del panorama de ostentación pública de las aristocracias indígenas orientalizadas. El Tesoro del Carambolo es uno de los más conocidos y comprendía una veintena de joyas de oro de inspiración fenicia y chipriota, con un pectoral, colgantes, brazaletes y plaquetas (figura 9). El Tesoro de la Aliseda se componía de trescientas piezas de oro, procedentes de una tumba femenina que contaba con una diadema, cinturón articulado, pulseras, pendientes, collares, anillos con sellos de amatista, jaspe, cornalina y cristal, vasos, brasero, espejo, ánforas fenicias, y una botella de vidrio con jeroglíficos egipcios. El esplendor de las tumbas y los tesoros revela una aristocracia principesca de alto nivel de vida, recordada en leyendas y narraciones como la que rememoró Estrabón siglos más tarde. Según este historiador romano en Tartessos había gobernado un rey llamado Argantonio que gozaba de amplia celebridad y generosa riqueza. El personaje de Argantonio sería un mito pero podría tener un trasfondo his-



Figura 10. Las piezas de bronce del sepulcro de
La Joya (quemaperfume, jarras y braserillo) tuviero
función ritual, posiblemente durante la liturgia del
entierro. El animal de fauces abiertas del carro
(abajo) fue un símbolo de la alta posición social
del difunto. Las piezas no están a la misma escala

tórico pues su nombre significa literalmente *hombre de plata*, una alusión a la gran abundancia de este metal en la antigua Tarsis. En realidad la arqueología no revela ningún poder de tipo centralizado a manera de monarquía, sino élites minoritarias como régulos, caudillos, príncipes o aristócratas, con un poder local limitado a su poblado.

La presencia de santuarios monumentales en piedra representa una de las dimensiones más conocidas del mundo tartésico. Estos grandes edificios proliferaron de una manera particular en el Guadiana medio hacia un momento tardío a medio camino entre los siglos VI-V a.C. Los mejores exponentes son los santuarios de Cancho Roano y Turuñuelo. El primero fue un edificio sagrado rodeado por un foso relleno de agua, que a través de un puente permitía un acceso monumental, para penetrar en un patio de acceso, rodeado de numerosas estancias y un santuario central con los restos de un altar en forma de piel de buey (figura 11). El mismo tipo de altar se hallaba en el centro del túmulo de El Turuñuelo, ocupando el lugar central de un habitáculo rectangular que acogió una *hecatombe* (sacrificio ritual) de diecisiete caballos, dos toros y un cerdo, ofrendados durante un banquete ritual, tras el cual se procedió a quemar intencionadamente el edificio.

Después de doscientos años de esplendor, Tartessos padeció una notable recesión que acabó con su desaparición en la transición hacia el siglo V a.C. Las razones pudieron ser varias: la crisis del mundo colonial, el agotamiento de las minas de plata de Huelva o la recesión agrícola de las campiñas del Guadalquivir. Pero la caída del mundo tartésico no provocó una crisis profunda: las ciudades y el campo poseían bastante resistencia para hallar nuevas



Figura 11. El santuario de Cancho Roano pudo ser un complejo templario bajo la dirección de un sacerdote, pero también pudo ser residencia de una jefatura divinizada. Esta interpretación se basa en el modelo de las monarquías divinas que tanto proliferaron en el Próximo Oriente por la misma época.

estrategias de supervivencia económica, manteniendo parte del antiguo entramado socioeconómico. De esta manera, no hubo una ruptura cultural entre el viejo mundo de Tartessos y la nueva realidad del siglo VI a.C. sino un cambio paulatino hacia la Cultura turdetana ibérica.

4. LOS PUEBLOS PRERROMANOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

4.1. Los pueblos ibéricos

La Cultura Ibérica es una de las más llamativas de la Segunda Edad del Hierro en Europa occidental por la complejidad y espectacularidad de sus manifestaciones. La cronología de la cultura ibérica se remonta hasta el 500 a.C. y prácticamente perduró hasta el siglo I a.C. La extensión cubría la amplia franja costera mediterránea del sur del Languedoc- Rosellón, Cataluña, País valenciano, Murcia y Andalucía meridional. Pero también se propagó por buena parte del valle inferior del Ebro, Mancha meridional y oriental (hasta el Guadiana) y la cuenca del Guadalquivir. Los pueblos ibéricos no se pueden concebir como una cultura unitaria, sino como un complejo mosaico de comunidades que presentaban una serie de rasgos comunes pero también poseían sus propias singularidades. Los historiadores de la antigüedad (Hecateo de Mileto, Heródoto, Estrabón, Rufo Avieno entre otros) nos han legado una imagen aproximada de tan complejo caleidoscopio étnico (figura 12).



Figura 12. Mapa con la distribución geográfica de las etnias perromanas de la península ibérica.

En el sur peninsular habitaron los turdetanos, que ocuparon toda Andalucía, a lo largo del valle del Guadalquivir, desde Huelva hasta Sierra Morena, coincidiendo básicamente con el solar de la antigua Tartessos, de los que se consideran descendientes directos. Entre las provincias de Granada, Albacete, Almería, Jaén y Murcia, habitaron los bastetanos o bástulos desde su capital Basti (actual Baza). Hacia el interior hallamos los oretanos, que habitaban las tierras situadas entre Sierra Morena y el Guadiana, hacia las provincias de Ciudad Real, Córdoba, Albacete y Jaén, con su ciudad principal en Oretum. Los oretanos marcaron la línea fronteriza con el área indoeuropea peninsular en el llamado por los romanos *Saltus Castulonensis* (Sierra Morena). De regreso a la costa mediterránea, los contestanos ocuparon la provincia de Alicante y zonas colindantes de Murcia, Albacete y Valencia. Los edetanos controlaron parte de las comarcas de Valencia y Alicante, desde la sede principal en el poblado de Edeta. Los sedetanos habitaron las comarcas interiores próximas al valle del Ebro. Finalmente, en las regiones catalanas se hallaban numerosas etnias de pequeño tamaño: los ilergetes en las comarcas interiores de la orilla izquierda del Ebro; los ilergavones, cesetanos e indiketes en la franja litoral que asciende desde Tarragona hasta Girona; los lacetanos y ausetanos las sierras prelitorales catalanas; y los ceretanos y andosinos las montañas pirenaicas.

El poblamiento en las tierras meridionales refleja un proceso de incremento demográfico y concentración de la población en una serie de poblados de envergadura que se han denominado *oppida* por analogía con los poblados galos descritos por Julio César. Los *oppida* más grandes se hallaban en la Turdetania y respondían a núcleos de población con un cierto carácter protourbano porque contaban con una planificación interna y jerarquización del espacio. Estaban ubicados en puntos claves de comunicación o zonas con potencial agropecuario, a modo de plazas centrales para controlar el territorio y los medios de producción. En su mayoría presentaban murallas de varios metros de espesor, construidas con técnicas avanzadas y paramentos de calidad, por ejemplo sillares ciclópeos y métodos de encaje en ángulos característicos de la edicilia griega. Las murallas se reforzaban con bastiones, torres y puertas de acceso con adaptaciones especiales. Estas características se reflejan bien en los yacimientos de Cástulo, Porcuna y Puente Tablas. En el interior del poblado las viviendas se planificaban a partir de vías centrales y seguían un orden para el mejor aprovechamiento del espacio, recurriendo a muros medianeros o a sistemas de terrazas sobre las laderas.

En los pueblos ibéricos de la región levantina los poblados no alcanzaron la magnitud de las tierras turdetanas. Las murallas, torres y fosas protegían un espacio interior bastante más reducido, pero manteniendo el control estratégico del territorio. El patrón habitual fue el poblado de calle central, así llamado porque las viviendas se disponían a lo largo de un viario que atravesaba el eje longitudinal, manteniendo por lo general muros medianeros y apostando las paredes traseras junto a la muralla. Esta planificación sencilla presentaba una larga tradición que se remontaba a los tiempos del Hierro I.

Las viviendas ibéricas presentaban planta rectangular, zócalos de piedra, muros de adobe, tabiques de tapial para separar las estancias, hogar central, despensa y a veces una especie de porche. Muchas de ellas contaban con piso superior, accesible mediante escaleras, y en ocasiones el piso inferior se horadaba en el subsuelo. El espacio interno presentaba una clara división en función de la especialización de las tareas, de modo que había áreas específicas para el hábitat, tareas artesanales domésticas, transformación de alimentos, almacenes y a veces un patio. El pavimento era de tierra apisonada, adobe, cal o losas de piedra. En ocasiones se contaba con pequeñas instalaciones industriales o con talleres unifamiliares en las viviendas, sobre todo hornos de pan y fundiciones.

Dentro del mundo funerario se puede encontrar una notable diversidad en los modos de enterramiento. En los pueblos septentrionales resultó habitual la incineración y el uso de urnas cerámicas enterradas en fosas simples, junto a un ajuar proporcional a la posición social del difunto, pero sin muestras excesivas de lujo salvo unas pocas sepulturas con cráteras o copas áticas. En los pueblos del sur, básicamente turdetanos y bastetanos, se utilizaron rituales muy variados y más complejos, que mostraban claramente procesos de desigualdad social. La necrópolis de incineración de El Cigarralero (Murcia) contenía una serie de ajuares metálicos pertenecientes probablemente a caudillos guerreros, formados por fíbulas, puntas de lanza, manillas de escudos y falcatas, a la sazón el tipo de espada habitual en la zona. Las tumbas de cámara subterránea halladas en Toya (Jaén) y Galera (Granada) eran construcciones adinteladas de piedra, con una o varias estancias, ocultas bajo túmulos visibles en el paisaje pero accesibles mediante un corredor en rampa.

En el capítulo funerario merecen una mención particular las dos piezas más expresivas de la cultura ibérica: la Dama de Elche y la Dama de Baza (figura 13). La primera se trata de un busto de caliza de los siglos V-IV a.C., descubierto en el yacimiento de La Alcudia de Elche, que posee una influencia helénica en el rostro pero con rasgos púnicos en ciertos componentes de la vestimenta. La parte trasera presenta un amplia orificio para albergar las cenizas, que en primer momento se supuso fue varón pero que en interpretaciones recientes se asegura era mujer. La Dama de Baza es una figura de cuerpo entero en una actitud sedente sobre un trono con amplias alas laterales, datada en el siglo IV a.C., que todavía conserva restos policromados en rojo. La pieza se halló en una tumba de fosa de la necrópolis de Basti, junto a otras piezas, cerámicas y una falcata. Las cenizas fueron introducidas por un orificio lateral del gran trono.

En el plano sociopolítico, las etnias ibéricas poseían distintos grados de desarrollo, desde las tradicionales jefaturas hasta los pequeños estados tribales. Existía un patrón social de tipo clientelar con una pirámide social controlada por caudillos, aristócratas o reyezuelos, que contaban con una hueste de guerreros como cohorte principal. Esta minoría estaba lejos del prototipo aristocrático del periodo tartésico; más bien se aproximaba a la imagen de un guerrero con



Figura 13. Las damas ibéricas son la mejor expresión de la estatuaria de caliza del mundo ibérico. Las Damas de Elche y de Baza fueron en realidad urnas en las que se depositaron las cenizas de personajes principales, quizá femeninos a juzgar los recientes estudios sobre la primera. Las Damas oferentes tenían un papel distinto, quizá representaciones de sacerdotisas ofreciendo ofrendas a la divinidad.

autoridad sobre la milicia. Los monumentos de heroización llamados *herooms* y los túmulos funerarios proporcionan una idea de los códigos sociológicos de estos personajes. El monumento turriforme de Pozo Moro fue una sepultura ideologizada como *heroom*, una tumba alojada bajo una torre de sillares, que guardaba las cenizas de un individuo. Las esquinas del monumento se protegían con estatuas de leones de claro aire neohitita y la parte superior ofrecía un friso con las hazañas de una especie de héroe mítico, que podría identificarse tal vez con el difunto (figura 14). El conjunto escultórico de Porcuna (Jaén) pudiera ser otro *heroom* funerario de un personaje importante, decorado con figuras que representan momentos de enfrentamientos bélicos, narraciones míticas, eventos cinegéticos e incluso lances eróticos. En las regiones del sudoeste se hallaban los pilares-estela levantados sobre pequeños túmulos, con las figuras de toros, esfinges o grifos, que parecen haber funcionado también como señaladores de tumbas heroizadas.

La base económica de los pueblos ibéricos era la agricultura de cereal y la ganadería con bóvidos y ovicápridos en función del entorno. La producción contemplaba además cultivos de leguminosas, lino, esparto, vino, olivo y cerdo. La elevada productividad de los cultivos de cereal en algunas regiones permitía su intercambio con las colonias griegas instaladas a lo largo de la costa. El intercambio mercantil se consolidó a partir del año 600 a.C., tras la fundación de una colonia llamada Emporion, por mercaderes massaliotas procedentes del Golfo de Rosas. Durante los siguientes ciento cincuenta años la colonia ampuritana logró tal prosperidad que trenzó una red comercial por la costa mediterránea levantina a partir de un lucrativo intercambio con los pueblos ibéricos. Los griegos tenían interés por la adquisición de materias primas, principalmente tres productos: cereal, sal y metal. En contrapartida, los pueblos ibéricos del levante adquirían manufacturas de lujo e importaciones cerámicas: *lekythos* de figuras negras, *kylikes* de barniz rojo, cráteras y todo tipo de ánforas.

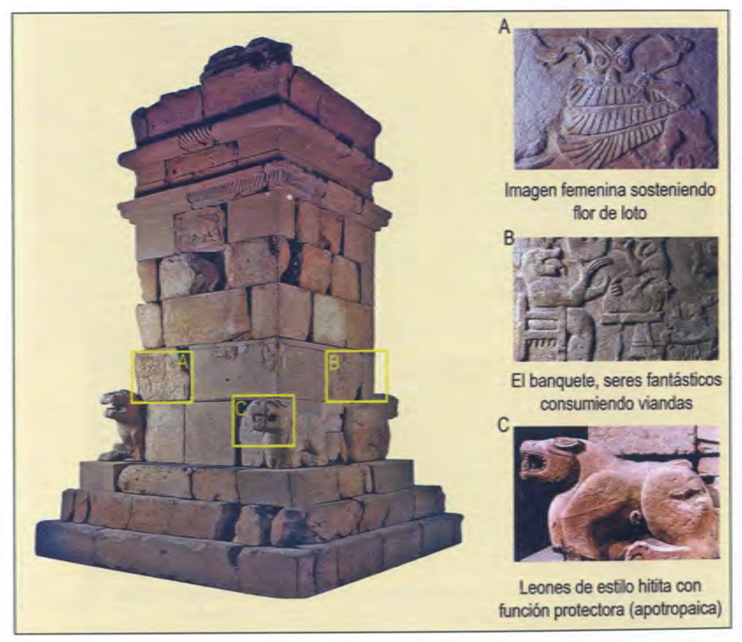


Figura 14. El monumento de Pozo Moro fue sepultura para las cenizas de un personaje principal y también sirvió como un *heroom* para glorificar al fallecido. En sus frisos se esculpieron escenas probablemente mitológicas, banquetes de seres fantásticos y combates entre héroes, al tiempo que los leones de fauces abiertas en sus esquinas protegían el alma del difunto.

La cultura material de los pueblos ibéricos se caracteriza por algunas producciones muy prestigiadas que reflejan la introducción de importantes avances técnicos. La cerámica ibérica destacó por una producción de inspiración griega de pastas anaranjadas a torno y decorada principalmente con motivos geométricos (bandas paralelas, meandros, círculos concéntricos) y en menor medida con motivos vegetales, si bien no faltaron las figuras zoomorfas e incluso antropomorfas. Hubo dos producciones cerámicas de mayor calidad estética y técnica que con el paso del tiempo se han convertido en referentes inevitables de la cultura ibérica (figura 15). La primera fue la cerámica del estilo narrativo Oliva-Liria, propio de la Edetania, que mostraba frisos pintados con escenas de caza, de guerra, procesiones y labores cotidianas, a base de pequeñas figuras silueteadas o con tinta plana. La segunda fue la cerámica del estilo simbólico Elche-Archena, propio de la Contestania, que exhibía grandes motivos geométricos y vegetales incluyendo figuras humanas, animales y seres fantásticos como una especie de carnicero, probablemente lobo. La tipología más popular de la cerámica ibérica fue el *kalathos,* llamado también "sombrero de copa" por su singular apariencia.



Figura 15. La cerámica ibérica más prestigiada se moldeó en tierras de levante, la Contestania y la Edetania. Presentaba dos estilos bien diferenciados: Elche-Archena y Olivia-Liria. El tipo de vaso más reconocido fue el kálathos, que solía estar decorado con escenas o figuras de trascendencia social o religiosa.

La artesanía ibérica brilló también en otros campos. En la orfebrería se elaboraron bellas diademas y delicados broches con una clara inspiración griega. En el trabajo del bronce se realizó una singular producción doméstica de pequeñas estatuillas humanas o partes del cuerpo humano, que se utilizaban como ofrendas votivas en los santuarios ibéricos y que se conocen como exvotos. La serie de exvotos del santuario del Cerro de los Santos son una buena muestra de tal tipo de piezas, miles de pequeñas figurillas depositadas para asegurar prosperidad, fortuna o salud. El registro contiene pequeñas figuras femeninas, guerreros a caballo, miembros sueltos del cuerpo humano (brazos, piernas) y figuras masculinas itifálicas.

La escultura en piedra destacó en la representación de representaciones de guerreros, animales fantásticos y damas oferentes en posición de servidumbre ante la divinidad. Las estelas de guerrero de Osuna (Sevilla) proporcionan una buena muestra de la estatuaria guerrera, prácticamente en tiempos de la romanización: las escenas bélicas portando los escudos y las falcatas, los combates contra enemigos y los enfrentamientos contra seres míticos o fantásticos similares a grifos, componen la mejor serie estatuaria ibérica (figura 16). Entre las



Figura 16. El guerrero tuvo un papel principal en la sociedad ibérica. Aparece como un héroe en luchas contra enemigos e incluso contra seres fantásticos (arriba). La panoplia principal incluía la espada llamada falcata, cuchillo, puntas de lanza y regatones (abajo).

damas sobresalen la serie del Cerro de los Santos, con su gran dama oferente y otras pequeñas representaciones únicas o acompañadas por figuras masculinas. Son esculturas de estilo hierático, con una posición frontal y a pie, que sostienen en sus manos vasos de ofrenda (figura 13). El contrapunto a estas figuras humanas se hallaba en unas estatuas animales más o menos toscas, por lo general entremezclando atributos de varias especies y de seres fantásticos. La bicha de Balazote (Albacete) es la mejor expresión de este último tipo, que por lo general proyectan estereotipos orientales arcaicos.

La metalurgia tuvo en el armamento un capítulo particular: escudos, espadas, puñales y en menor medida cascos. Los escudos ibéricos presentaban dos tipos: la *caetra* era un modelo pequeño, circular y sin embrazar; el *scutum* era un tipo más grande, más oblongo y con umbo. Las espadas contaron con un modelo característico que pasa por ser icono de la cultura: la falcata, una especie de sable grueso con hoja curva y acanaladuras, filo cortante y empuñadura con cabeza de ave o caballo, frecuentemente decorada con cobre y plata. El armamento también contemplaba faláricas, flechas pedunculadas, hachas de doble filo y una larga lanza de hierro de una sola pieza llamada *soliferreum*, que a veces aparece en las tumbas completamente doblada, probablemente como parte de un ritual de inutilización de las armas.

4.2. Los pueblos indoeuropeos

Los protohistoriadores han datado en los principios de la Segunda Edad del Hierro en las regiones indoeuropeas peninsulares hacia el siglo VI a.C. Este podría considerarse como punto de partida de los pueblos prerromanos que iniciaron el camino hacia los llamados «celtas históricos». En la actualidad se prefiere el término indoeuropeos para calificar a estos pueblos, porque evita las connotaciones implícitas en el término celta. Los estudios realizados en etnias como los galaicos, vacceos y celtíberos, acreditan que sus orígenes se hallan en la propia península ibérica y se remontan al sustrato indoeuropeo autóctono de la Primera Edad del Hierro, incluso hasta tiempos del Bronce Final en algunos casos. El prehistoriador Martín Almagro ha mostrado las profundas raíces de la gran mayoría de estos pueblos, como sucede por ejemplo con los pueblos galaicos, que presentan clara continuidad con una remota tradición milenaria de raigambre atlántica.

Los historiadores clásicos han transmitido una imagen bastante aproximada del grupo de pueblos indoeuropeos peninsulares. Entre ellos los celtíberos ocupaban un lugar principal porque durante mucho tiempo se consideraron prototipo de las etnias celtas peninsulares y porque protagonizaron un largo conflicto histórico con los romanos. Las guerras celtibéricas finalizaron con la toma de Numancia en el 132 a.C. y se han considerado hito crucial en la conquista romana de la península. Es precisamente el historiador Estrabón quien muestra a los celtíberos como una confederación formada por cuatro tribus: belos, titos, lusones y arévacos, si bien otros autores incluyeron también los pelendones, lobetanos y turboletas. De entre todo ellos, los arévacos se habían hecho con el liderazgo desde su solar en tierras de Soria (figura 17). La Celtiberia también ocupaba el Sistema Ibérico y las zonas colindantes con Guadalajara, Zaragoza, La Rioja y Teruel.

Los vacceos ocuparon el territorio del Duero medio limitado entre los ríos Odra y Esla. El historiador Diodoro Sículo les calificó como el pueblo celta más civilizado de la península ibérica. Los orígenes inmediatos se remontan a la Cultura de Soto de Medinilla y poseen una personalidad propia marcada: un pueblo agrícola, fuertemente cohesionado por lazos de solidaridad colectiva, que vivía en grandes castros. El contrapunto al pueblo vacceo se halla en los vettones, que habitaron ambas vertientes del Sistema Central. Presentan una marcada personalidad, basada en una imagen guerrera y en una economía ganadera con el bóvido como principal recurso. El pueblo vettón se ha identificado a nivel arqueológico con la llamada Cultura de Cogotas II y su imagen prototípica se reconoce en sus castros y estatuas zoomorfas llamadas popularmente verracos. El modo de vida de los vettones tenía mucho parecido con el de los lusitanos, que habitaron hacia la región portuguesa situada entre el Tajo y el Duero. Los lusitanos protagonizaron muchos relatos latinos, que trazan una imagen nada halagüeña de pastores y bandidos.

La idiosincrasia celta peninsular ha tenido uno de sus mejores exponentes en los pueblos galaicos, que ocuparon el cuadrante noroccidental, por Galicia,

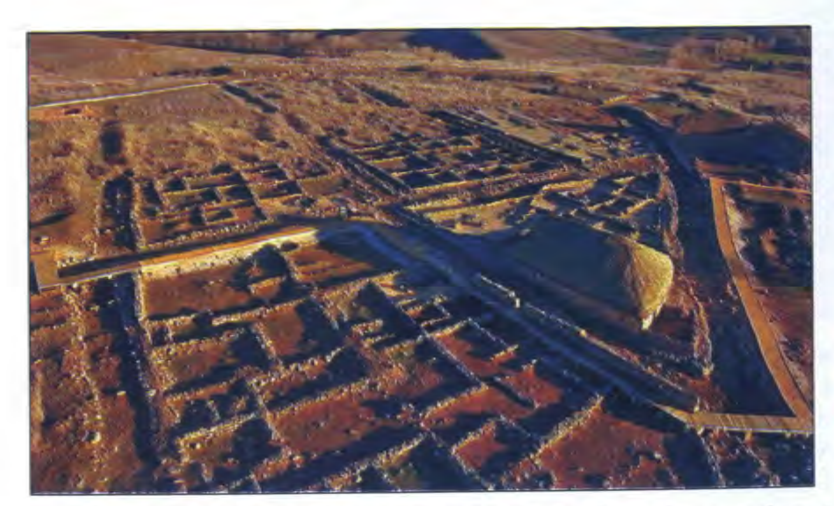


Figura 17. El poblado de Numancia fue habitado por los arévacos y durante el Celtibérico Final se convirtió en una perfecta representación del incremento de la complejidad de los castros hacia modelos protourbanos, similares a los que en Las Galias condujeron al modelo del *oppidum*.

norte de Portugal, buena parte de Asturias y norte de León. Los romanos llamaron galaicos a numerosos *populus* de las remotas tierras del oeste, que la arqueología ha reunido bajo el nombre de Cultura Castreña. Estrabón les calificaba como rudos y salvajes por sus costumbres guerreras y su alejamiento de la civilización. La historiografía tradicional les consideró el exponente de las invasiones celtas procedentes de Centroeuropa, pero los estudios recientes sobre su etnogénesis han demostrado un origen autóctono y un hondo sustrato que se perdería en el Bronce Final. Los primeros rastros de la Cultura castreña cristalizaron en el siglo VIII a.C. (periodo protocasterñño), aunque su plena identidad se alcanzó en el siglo IV a.C., y la mayoría de los castros pertenecen a un periodo muy posterior, hacia el siglo II a.C. En relación con la órbita castreña pero con matices propios se hallaban los pueblos astures, que ocuparon Asturias centro-occidental y las tierras altas leonesas. De hecho los astures recibieron tal nombre por el río Astura, que se identifica con el Esla. En los relatos romanos se citan varias tribus si bien la arqueología revela un mundo bastante homogéneo al menos en la región cismontana (León y Zamora) pues en la zona cantábrica se registraba una mayor fragmentación sociopolítica. Esta tendencia al fraccionamiento era un denominador común en los pueblos de la franja cantábrica, como los cántabros, autrigones, caristios y várdulos. En cierto modo también del pueblo vascón, que habitaba las tierras altas y bajas de Navarra en un complicado mosaico cultural con dos áreas bien diferenciadas: el llamado *ager Vascorum* en las llanuras del Ebro y el *saltus Vasconum* en las montañas pirenaicas.

La historiografía tradicional consideró estos pueblos como celtas de origen centroeuropeo y justificó su presencia por una oleada de invasión que acabó por ocupar la casi totalidad de la península ibérica. La imagen de guerreros celtas dotados de profunda personalidad encajó bastante bien con las ideas difusionistas de la escuela alemana de la *kulturkreise*, una teoría de pensamiento que imperó en el primer tercio del siglo XX, basada en dos principios: los círculos culturales y la propagación de las culturas desde un centro difusor. Esta teoría tuvo su aplicación inmediata al mundo celta bajo los siguientes presupuestos: se trataba de un pueblo único, una etnia común que surgió en las tierras centroeuropeas y se propagó a todo el continente mediante invasiones guerreras. El modelo se utilizó por la ideología franquista para crear una imagen icónica del pasado basada en el imaginario guerrero que forjaría el espíritu nacional.

En los años ochenta se produjo una reorientación profunda de la interpretación tradicional que rompió con los antiguos moldes del celtismo. La nueva generación de investigadores centró la atención en la etnogénesis de los pueblos prerromanos, renunció a las hipótesis difusionistas y abandonó la idea de las migraciones o invasiones celtas. En su lugar se impuso una corriente de pensamiento crítico sostenida principalmente por dos pilares: los pueblos prerromanos hundían sus raíces en la propia península, en un profundo sustrato autóctono del Hierro I e incluso Bronce Final; la propia denominación celta es inadecuada porque no hubo un sustrato común ni una homogeneidad

étnica. La crítica del concepto celta se integraba en una tendencia más amplia, liderada por la escuela de pensamiento llamada postprocesualismo, interesada por deconstruir los procesos históricos implícitos en la investigación de la Prehistoria. En esta línea de pensamiento el fenómeno celta se consideraba una construcción historiográfica pero no una realidad histórica.

La evolución del mundo celtibérico proporciona una buena referencia para conocer cómo pudo producirse la evolución de los pueblos prerromanos indoeuropeos de la península. La arqueología ha identificado un periodo inicial llamado Celtibérico Antiguo hacia el siglo VI a.C. que se caracterizó por la proliferación de los castros fortificados y por los primeros indicios de una sociedad de grupos gentilicios liderados por aristocracias con una base hereditaria. En la mitad del siglo V a.C. tomó forma el periodo Celtibérico pleno, cuando los castros comenzaron a aumentar y a mostrar signos claros de complejidad interna, en paralelo a la proliferación de las necrópolis y a la consolidación de las élites de guerreros aristocráticos. Durante este último periodo la arqueología da cuenta del repertorio militar de las tumbas, que presentan como ajuares toda una parafernalia de espadas, puñales, arreos para caballo, cascos, discos-coraza, umbos de escudos y hasta objetos suntuarios de bronce. Finalmente, desde mediados del siglo III a.C. se instauró el periodo *Celtibérico tardío*, que dio paso a una sociedad militarizada pero más democrática a juzgar por la desaparición de los objetos de las aristocracias ecuestres de otros tiempos.





Figura 18. Los castros tenían básicamente dos tipos de plantas. La rectangular se considera un modelo estrictamente indoeuropeo y su presencia era la norm entre las tribus de la meseta, como vacceos, vettone y celtíberos (arriba). La planta circular caracterizó los castros del mundo astur-galaico y representó una prolongación de la larga tradición del hábitat e[n] la región, perceptible ya en los tiempos de la Edad del Bronce Final (abajo).

El poblamiento del mundo prerromano indoeuropeo se caracterizó por la proliferación de los asentamientos llamados castros (figura 18). Estos eran poblados fortificados a base de

murallas, empalizadas y protecciones naturales. Las murallas más avanzadas estaban construidas con muros gruesos de hileras irregulares, mampostería en seco con grandes bloques de piedra, pequeñas losetas, tierra y guijarros menudos. En algunos casos las murallas se resguardaban con torres, fosos exteriores y franjas de terreno erizadas de piedras para protección contra las cargas de caballería. En Galicia y la cornisa cantábrica los castros tenían pequeñas dimensiones y se mantenían dispersos por el territorio según un patrón de intensa fragmentación territorial. En las tierras del interior peninsular se caracterizaron por sus mayores dimensiones y su vinculación con patrones de poblamiento bastante más concentrado. Pero ni siquiera en una región como la Celtiberia los castros llegaron a ser grandes núcleos de población tal como se conocían en los *oppida* de Las Galias. Los pocos casos que acreditan procesos de incremento demográfico y complejidad interna se hallan en Numancia, Uxama o Tiermes, que progresaron en el periodo Celtibérico Final a poblados protourbanos. Buena prueba de ello se halla en el *oppidum* de Numancia, que en sus momentos finales registró cierta planificación orgánica en manzanas de viviendas, calles con calzadas empedradas e incluso desagües en las viviendas. Este poblado tenía unas 22 hectáreas y mil metros de perímetro, con unas dos mil viviendas, separadas por una decena de calles transversales y un camino de ronda junto a la muralla.

Las viviendas se desperdigaban en el espacio interior de los castros de manera aleatoria pero no anárquica. Las cabañas se adaptaban a la orografía interna y en ocasiones a una sencilla planificación que permitía su construcción a partir de muros medianeros y viarios. Los celtíberos, vacceos y vettones proyectaron viviendas del modelo indoeuropeo: planta rectangular, varias cámaras, zócalo de mampostería, muros de tapial, techumbre vegetal a dos aguas sostenida por una trama de vigas, perfectamente reconocible en los castros de Las Cogotas y Mesa de Miranda. En Numancia este modelo básico se complicaba con corrales, porches cubiertos a la entrada y sótanos para almacenamiento. Entre las tribus galaicas y astures el modelo de vivienda resultaba bien distinto: planta circular, muros de adobe, poste central, cubierta cónica de vegetal y barro y una sola estancia interior. Este modelo, reproducido perfectamente en los castros de Coaña y San Chuis, responde a la tradición milenaria de los pueblos atlánticos desde la Edad del Bronce.

Los modelos de subsistencia de los pueblos indoeuropeos variaban en función de las propias peculiaridades del territorio. Había pueblos que tuvieron la agricultura como pilar principal de subsistencia. El caso más representativo fueron los vacceos instalados en las llanuras cerealistas del valle medio del Duero. La agricultura vaccea alcanzó una producción de excedentes tal que su fama llegó a Roma como abastecedores de cereal a los celtíberos. En relación con los vacceos siempre se ha mencionado la conocida cita de Diodoro sobre la existencia de una especie de colectivismo agrario que procuraba marcar un reparto equitativo de la cosecha. En palabras del historiador clásico allí «*no había propiedad individual pues la tierra pertenecía íntegramente a la comunidad de modo que las labores del campo requerían realizar un sorteo anual y los elegidos habían de trabajar la tierra*».

En otros pueblos indoeuropeos la base principal de la economía era la ganadería, sobre todo entre los celtíberos, vettones y lusitanos (figura 19). El pastoreo de ovicápridos y la ganadería bovina representaron un modo de vida ideal, perfectamente adaptado a los rigores climáticos y a la compleja orografía de sus montes, pastos y majadas. La práctica ganadera se basaba en el sistema de trashumancia estacional de corto alcance llamado trasterminancia, que exigía el desplazamiento de los rebaños a través de rutas marcadas. La identificación de las comunidades ganaderas con su medio de vida era tal que los animales no solo eran un recurso de subsistencia sino un símbolo de una potencia iconográfica única. El mejor estereotipo de la iconografía ganadera fueron las toscas esculturas llamadas verracos, imágenes de toros (en menor medida cerdos y jabalíes) talladas en voluminosos bloques de piedra que se han convertido en la máxima expresión de la Cultura vettona.



Figura 19. Los vettones han legado algunas de las expresiones simbólicas más sugerentes del mund[o] prerromano. Las grandes estatuas de ganado conocidas como verracos (arriba) y los santuarios rupestres tallados sobre el suelo (abajo) son las mejores representaciones del mundo ideológico de la Cultura de Cogotas II.

En los pueblos septentrionales la economía se formulaba en términos de diversificación. Los galaicos, astures, cántabros y vascones recurrían al cultivo de cereal y leguminosas en pequeñas parcelas, al pastoreo de ovicápridos, a una cabaña ganadera mayor bajo el régimen de trasterminancia, a la recolección silvestre, incluso al marisqueo y la pesca. De esta manera su modo de vida se basaba en economías de pequeña escala pero bastante diversificadas. Entre los pueblos del norte destacó de manera notable la actividad minera, sobre todo de oro y plata, que dio lugar a una interesante orfebrería atlántica en la línea de la tradición regional. Las joyas castreñas revelan una hábil combinación de recursos técnicos que se plasmó en anillos, pendientes y sobre todo torques. Este último era una maciza varilla arqueada con sección circular o poligonal y remates volumétricos, que ha pasado a ser el icono de la orfebrería castreña.

Los pueblos prerromanos de la meseta norte compartían el ritual de enterramiento de la incineración. Los celtíberos y vettones calcinaban los cadáveres en piras elevadas sobre el suelo llamadas *ustrinum* y recogían las cenizas en urnas cerámicas para sepultarlas en hoyos cavados a poca profundidad. Las urnas cerámicas se recubrían con otras vasijas o lajas para ser finalmente enterradas, dejando la superficie llana o formando un túmulo de tierra e incluso piedra. Las necrópolis mejor conocidas son las vettonas (Las Cogotas, La Osera) y las celtibéricas (Numancia y Carratiermes). Las tumbas se agrupaban formando necrópolis próximas a los castros y en ocasiones reunidas en grupos de linajes.

Figura 20. La figura del guerrero fue clave en la sociedad de muchas etnias indoeuropeas peninsulares. He aquí una presentación de las armas habituales en la Celtiberia: las espadas de antenas, con sus vainas, y un casco calcídico con sus típicas láminas para enhebrar penachos. También aparecen las típicas fíbulas de caballito y un broche de cinturón. Las piezas no están a la misma escala.

Las sepulturas reflejan las huellas de una jerarquización social. Las tumbas de las gentes modestas solo contenían las cenizas, si acaso algún pequeño objeto doméstico como los punzones, agujas y fíbulas. Pero hay una minoría de tumbas que contenían varios tipos de armas: puñales, espadas, puntas de lanza, regatones y cuchillos entre otras, muchas de ellas destruidas intencionalmente como parte de un ritual de inutilización. Las tumbas de los personajes aristocráticos contenían arreos de caballos con sus cadenas y argollas de hierro. En ninguna tumba militar faltaban las espadas y los puñales –junto a las vainas y tahalíes–, cuyas empuñaduras y hojas habían sido bellamente ornamentadas a base de damasquinados geométricos trenzados con finos hilos de plata. El equipamiento militar se completaba con pequeños escudos redondos llamados *caetra*, largas lanzas de hierro de una pieza llamadas *soliferreum*, discos-coraza usados como pectorales, cuchillos de hoja curva y cascos de bronce. Pero además, en las tumbas de la aristocracia guerrera se colocaron pequeñas pertenencias: fíbulas, broches y hebillas de cinturón, brazaletes, pulseras o collares de pasta vítrea (figura 20).

La ausencia de tumbas entre los galaicos, astures y cántabros apunta a otros rituales que la arqueología no puede reconocer: la dispersión de las cenizas, el abandono de cuerpos en las aguas o la exposición natural de los fallecidos. Las crónicas históricas revelan que alguna de estas prácticas fue bastante común. El historiador Silio Itálico relataba que los celtíberos «*dan sepultura en el fuego a los que mueren de enfermedad..., más a los que pierden la vida en guerra... los arrojan a los buitres, que estiman como animales sagrados*». Estas costumbres responden a una ética de la guerra que concebía la muerte en combate como la manera más excelsa de muerte y que consideraba la exposición del cadáver ante los animales como una expresión de la dignidad: «*los celtíberos consideran un honor morir en el combate y un crimen quemar el cadáver del guerrero así muerto; pues creen que su alma remonta a los dioses del cielo, al devorar el cuerpo yacente el buitre*».

Los pueblos indoeuropeos de la meseta instituyeron una sociedad patriarcal con base parental y lazos de sangre, que reunía a los individuos en organizaciones suprafamiliares llamadas *gens* y *gentilitates*. Los miembros de las gens poseían un antepasado común que les proporcionaba profundo sentimiento de cohesión. En estas mismas sociedades era proverbial la fraternidad hacia los foráneos, institucionalizada en la costumbre del *hospitium (*hospicio), pacto de hospitalidad con carácter contractual que incluso se reproducía en textos llamados *tesera hospitalitas*. La base gentilicia comenzó a ser desplazada hacia el siglo IV a.C. por otro modelo sociopolítico llamado clientela, un modelo de vasallaje basado en pactos de fidelidad interpersonales mediante acuerdos de palabra entre caudillos y guerreros. Este clientelismo permitió la proliferación de caudillos rodeados por una comunidad de guerreros (*clientes*), que obtenían sustento del patrón a cambio de una fidelidad absoluta (*fides*). Los guerreros se hermanaban en unas cofradías (*fratrías)* bajo unos inquebrantables lazos de solidaridad militar. El exponente máximo de la fidelidad se llamaba *devotio,* un vínculo simbólico del guerrero con el jefe que unía los destinos de ambos, hasta tal punto que la muerte del patrón exigía también la muerte de sus acólitos en forma de inmolación.

El modelo social de las tribus galaicas, astures y cántabras no se basaba en la parentela sino la pertenencia a un poblado. Tal era así que cualquier mención personal pasaba por citar el nombre y a continuación el topónimo de *origo*, es decir el poblado natal. Entre los romanos llamó la atención el carácter matriarcal de estos pueblos del norte, (algo negado por algunos especialistas), que otorgaba protagonismo peculiar a la mujer en el cultivo de la tierra, heredad de las posesiones, casamientos y concesión de dotes.

En los pueblos indoeuropeos, la producción cerámica se componía de toscas vasijas realizadas a mano de tonalidades parduscas para las tareas domésticas cotidianas, que mostraban decoraciones sencillas impresas, estampilladas y a peine. Pero la manufactura cerámica experimentó un cambio sustancial tras la introducción del torno, lo que permitió crear una producción propia entre ciertas poblaciones. El mejor ejemplo fue la conocida cerámica celtibérica. En poblados como Numancia se creó una amplia variedad de vasos, cuencos, jarras, incluso platos, en un estilo propio que se caracterizaba por su coloración anaranjada y la aplicación de una pintura ornamental con los colores rojo y negro. La decoración contaba con motivos geométricos pero también con animales e incluso escenas antropomorfas (figura 21). Dentro de esta producción destacaron las piezas no vasculares: trompas de guerra; figurillas de cerdos, toros y pies; cajitas; sonajeros e incluso canicas.

La incorporación del hierro permitió una producción sofisticada relacionada sobre todo con las armas. El armamento incluía principalmente puñales, espadas, vainas, lanzas, arreos de caballo y pectorales. Las espadas recordaban los prototipos europeos de empuñadura con antenas y mostraron a partir del siglo IV a.C. una amplia variadad morfológica que en realidad respondía a tipologías territoriales. En la zona castreña del noroeste destacó el modelo de espada Coubueira. En las tribus del sudoeste sobresalieron las espadas del tipo Illora y Alcacer do Sal. En la zona norte con foco en la tribu turmoga destacó un tipo muy singular, la espada Miraveche-Monte Bernorio. Pero la mejor variedad y muestrario de espadas se concentró en el interior de la meseta, con los modelos siguientes: Aguilar de Anguita, Atienza, Atance y Arcóbriga. Los puñales y las vainas seguían las fórmulas principales de las espadas, componiendo así panoplias con una unidad estilística clara. Entre las piezas más sobresalientes se hallaban las espadas, vainas y cuchillos del tipo Miraveche-Monte Bernorio, que exhibían motivos zoomorfos a base de gavilanes curvos jabalíes y ánades, en medio de cuidadas incrustaciones y nielados de plata. Las vainas no son menos celebres por la presencia de unos discos solares a modo de decoración. La presencia de cuchillos, umbos y *soliferreum* completaba la rica panoplia del guerrero.



Figura 21. La cerámica numantina es la mejor producción cerámica del mundo indoeuropeo prerromano. Figuraciones animales en platos, escenas de lucha en vasos y motivos geométricos en asas, son algunas de sus producciones. En el imaginario principal queda el famoso vaso de los guerreros, representación esencial de la cultura celtibérica.

Pero además la metalurgia se empleó para una interesante relación de piezas de bronce que se empleaban como accesorios de prestigio para la vestimenta, sobre todo las hebillas de cinturón y las fíbulas para pr ender los vestidos. Entre los tipos de fíbulas mas habituales había de pie vuelto, doble resorte, anulares, fíbulas de caballito y las de jinete. Entre los broches de cinturón sobresalieron los de tipo céltico a base de placas rectangulares y garfios para su ajuste.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (2014) (Editor): *Protohistoria de la Península ibérica. Del neolítico a la romanización*. Universidad de Burgos, Fundación Atapuerca. Burgos.

AUBET, M.E. (2009): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.

BLÁZQUEZ, J.M. (1992): *Fenicios, griegos y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid.

BARTOLINO, G. (1989): *La cultura villanoviana. All´inizio della storia etrusca*. Florencia.

CAMPOREALE, G. (2004): *The Etruscans Outside Etruria*. Paul Getty Museum. Los Angeles.

CELESTINO, S. (2016): *Tarteso. Territorio y Cultura*. Ariel. Barcelona.

COLLIS, J. (1989): *La Edad del Hierro en Europa*. Labor. Barcelona.

FERNÁNDEZ URIEL, P.; GONZÁLEZ WAGNER, C. y LÓPEZ PARDO, F. (2001): Intercambio *y comercio preclásico en el Mediterráneo*. Madrid.

GARCÍA, D. (2004): *La Celtique méditerranéenne. Habitats et sociétés en Languedoc et en Provence VIIIe-IIe siècles av. J.C.* Errance. Paris.

MARZATICO, F. y GLEIRSCHER, P. (2004): *Guerrieri Principi ed Eroi fra il Danubio e il Po dalla Prehistoria all´Alto Medioevo*. Catálogo Mostra "Guerrieri Principi ed Eroi fra il Danubio e il Po dalla Prehistoria all´Alto Medioevo" (Trento, 2004). Provincia Autonoma di Trento; Castello del Buonconsiglio, Monumento e Collezioni Provinciali).

MOSCATI, S. (Dir.) (1988): *Los Fenicios*. Folio. Barcelona.

WELLS, P.S. (1988): *Granjas, aldeas y ciudades. Comienzo y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*. Barcelona.

EJERCICIOS DE AUTOEVALUACIÓN

1. Los partidarios de la hipótesis precolonial sostienen que:
   a) Los primeros navegantes orientales fundaron colonias para comerciar con los pueblos autóctonos.
   b) Los primeros navegantes orientales practicaron un comercio sin tener como punto de partida a colonias, en un momento muy antiguo, previo a la fundación colonial.
   c) Las colonias fueron fundamentales en la orientalización de las comunidades del Bronce Final.
2. El principal motor que impulsó la primera fase de la colonización en el suroeste de la península ibérica fue:
   a) El metal.
   b) El cereal.
   c) La búsqueda de tierras.
3. La cultura de los Príncipes es considerada:
   a) Una cultura del Bronce Final.
   b) Una cultura del Hierro II.
   c) Una cultura orientalizante.
4. La cultura tartésica responde a una organización política del tipo:
   a) Estado unitario.
   b) Monarquía bajo la personalidad única de un rey, al estilo de Argantonio.
   c) Probablemente un conjunto disperso de ciudades o regiones, cada una bajo la autoridad de un jefe o caudillo.
5. Las sítulas eran:
   a) Vasos cerámicos utilizados como urnas cinerarias por los pueblos villanovianos.
   b) Calderos de metal de la Cultura de Este.
   c) Un tipo de espada de filo curvo de la Cultura de Golasseca.

SOLUCIONARIO

Tema 1
1. b)
2. a)
3. d)
4. d)
5. c)

Tema 2
1. c)
2. a)
3. a)
4. d)
5. c)

Tema 3
1. b)
2. c)
3. a)
4. c)
5. b)

Tema 4
1. b)
2. c)
3. d)
4. c)
5. a)

Tema 5
1. b)
2. a)
3. b)
4. a)
5. c)

Tema 6
1. b)
2. a)
3. c)
4. c)
5. a)

Tema 7
1. b)
2. b)
3. a)
4. c)
5. a)

Tema 8
1. c)
2. b)
3. b)
4. a)
5. c)

Tema 9
1. b)
2. b)
3. a)
4. c)
5. a)

Tema 10
1. b)
2. c)
3. b)
4. c)
5. a)

Tema 11
1. b)
2. c)
3. a)
4. b)
5. a)

Tema 12
1. b)
2. c)
3. b)
4. c)
5. a)

Tema 13
1. c)
2. a)
3. b)
4. c)
5. c)

Tema 14
1. b)
2. a)
3. b)
4. c)
5. c)

Tema 15
1. b)
2. a)
3. c)
4. c)
5. b)